# VIDA DE LOS PADRES

## DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

CON UNA INTRODUCCIÓN, NOTAS Y CITAS HISTÓRICAS

**Por M. Eugenio VEUILLOT**

Y TRADUCIDA AL ESPANOL

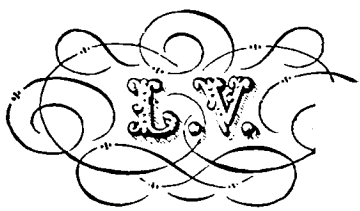
POR

EL PRESBÍTERO DON JOSÉ PERER REINA

Doctor en Sagrada Teologia y Cura dimisionario de la Iglesia parroquial del Apóstol San Pedro de la ciudad de Antequera.

---

TOMO CINCO



PARIS

LUIS VIVES, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13

—

1895

Imp. de Bordon rue Serpente

Saint Baradat.

San Baradat.

# VIDA DE LOS
# PADRES DE LOS DESIERTOS
# DE ORIENTE

## SAN BARADAT Y SAN TALELEO, SOLITARIOS DE SIRIA

San Baradat ocupaba por su eminente virtud un lugar tan distinguido entre los solitarios de Siria, que, queriendo el emperador León saber los sentimientos de la Iglesia de Oriente acerca del concilio de Calcedonia, como ya hemos visto en la vida de san Simeón Estilita, le escribió, así como á este santo y á san Jacobo el Sirio. Nada más sabemos acerca de su vida que lo consignado por Teodoreto en su Historia religiosa, pero es muy suficiente para justificar la grande estima en que se le tiene.

Despues de describir este autor las diferentes prácticas de penitencia, en que con tanto fervor se ejercitaban los solitarios, habla de san Baradat despues de san Simeón Estilita, llamándole admirable, y diciendo que fué muy ingenioso en inventar nuevas austeridades.

Se encerró primeramente en una cabaña, en la que permaneció mucho tiempo entregado á una contemplación casi continua. Despues subió á una roca del mismo lugar,

[1] Teodoret. Vit. PP. — Los bolandistas.

en donde construyó una habitación, ó mejor dicho, una especie de caja, tan pequeña, que no podia tenerse de pié, y tenia que estar encorvado. Las tablas estaban tan mal unidas, que dejaban entrar el aire por todas partes, y por consiguiente, se hallaba expuesto al sol, al agua y á todas las inclemencias del tiempo. La única ventaja que en ella encontraba era la incomodidad que sufria, y la práctica de una grande mortificación, á que se habia condenado por amor de Dios.

Pasó largo tiempo en este molesto recinto, hasta que Teodosio, patriarca de Antioquía, muerto en 428, le aconsejó que saliese de él: pero no lo hizo para buscar una morada más cómoda, pues continuó viviendo expuesto á todas las injurias del aire. Su ejercicio casi continuo era estar de pié, con las manos elevadas al cielo, y cantando las alabanzas del Criador del universo. Su hábito era de cuero, y le cubria de pies á cabeza,no dejándole libres más que la boca y las narices para respirar. Aún cuando no era muy robusto, y se veia aquejado de diversas enfermedades, no dejaba de sobrellevar con santo gozo tan rudos trabajos, pues el fervor de que estaba animado se los hacia soportar con heróica paciencia.

Tenia un gran conocimiento de las cosas santas: respondia con suma oportunidad á todas las cuestiones que se le proponian, y razonaba mucho más sólidamente, dice Teodoreto, que los que se ejercitaban en las sutilezas de Aristóteles. Su ciencia iba acompañada de una gran humildad. Asi es que, aunque llegado á la cumbre de la virtud, no permitia que le acompañase la vanidad, pues conocia muy bién los funestísimos efectos que el orgullo produce en las almas.

» Hé aquí, añade Teodoreto, la sabiduría de este gran siervo de Dios. Deseo que vaya siempre en aumento, de tal modo, que acabe felizmente su carrera: pues la gloria de

los que triunfan en estos combates es un motivo de gozo y de consuelo para todas las personas que gustan y practican la piedad.

San Efrén propone á san Baradat, así como á san Simeón y á san Jacobo el Sirio, como modelos de defensores de la fé católica, y dice que fueron célebres en toda la tierra, y que se conservaron con la más entera fidelidad en la comunión de la Iglesia. Bién lo demostró san Baradat en la respuesta que dió al emperador León, que, como ya hemos visto, le escribió, pidiéndole su parecer acerca del concilio de Calcedonia y acerca de Timoteo Eluro, usurpador de la silla de Alejandría. Esta respuesta se halla al fin de las actas del concilio, y está fechada en 27 de agosto del año segundo de este príncipe, indicción 20, que corresponde al año 458, como puede verse en Tillemont. El Santo, dice Fleuri, trata en ella muy doctamente el misterio de la Encarnación, y expone con suma claridad todo lo relativo á la Eucaristía ; pero como hace notar el mismo Tillemont, está escrita en un estilo parabólico, lleno de citas de la sagrada Escritura, y en un sentido muy oscuro.

Despues de manifestar al emperador el gozo con que ve su celo por la paz de la iglesia y por la conservación del precioso depósito de la fé, le dice que Dios le ha escogido para quebrantar la impiedad de los malvados, y para librar á los buenos de los lazos que les tiende la malicia, para lo cual le habia dotado de una sabiduría superior. » No ignoramos, añade, que los lobos se han reunido para sacar los rebaños de sus apriscos y degollarlos, sin temer ni aún á los pastores ; pero Vos, cuyo celo corresponde al nombre que llevais, rugireis cual leon y los espantareis con vuestra imponente magestad, arrancándoles las ovejas que han arrebatado. Así conviene á vuestra piedad, y se reconocerá en todas partes que vuestras órdenes corresponden á vuestro nombre y á la dignidad de vuestro imperio, y se os apli-

cará lo que dice la sagrada Escritura, á saber : *Que la cólera del príncipe es igual al furor del León* [1]. El Todopoderoso exaltará el nombre de León que ha domado á los impíos, que han osado levantarse contra él, y sacudir el yugo de su obediencia y el temor de su justicia. Se dice en los Libros santos que Dios envió al profeta Semei á Jeroboam para reprenderle su impiedad, ordenándole al mismo tiempo que nada comiese ni bebiese en aquel lugar ; pero habiendo faltado el profeta á esta segunda órden despues de haber reprendido al príncipe, Dios le envió un león que le arrojó de su montura, y le destrozó. De esta manera es cómo conviene á vuestro celo religioso dar órdenes contra los que se atreven á quebrantar las de Dios, corrompiendo la fé, como hacen los partidarios de Timoteo Eluro, cuya bellaquería y malicia son tan negras, que ha hecho morir al esposo y arrebatado á la esposa. » Alude el Santo en estas palabras al asesinato del patriarca Protero realizado en Alejandría por los partidarios de Timoteo, como puede verse en la historia eclesiástica.

« Claro es, prosigue, que esta acción no procede de Dios, ni de vuestras órdenes. Miéntras que debieran implorar la misericordia divina, haciendo penitencia, y grangearse vuestra piedad, para que no se les pida cuenta de la sangre con que han manchado sus manos, se atreven á sembrar por todas partes sus impías doctrinas, y emplean toda clase de artificios para seducir, si posible fuese, á los mismos elegidos, como dice el Evangelio. »

« Despues de esto, habla muy extensamente san Baradat del misterio de la Encarnación, contra la impiedad de Entiques, de que Timoteo Eluro era uno de los principales fautores. Más como estos intrusos habian enviado diputados de su partido al emperador para sorprender su reli-

[1] Prov. XIX, 12.

gión, y como protestaban seguir la fé de los concilios de Nicea y de Efeso, dice san Baradat, que no basta esto, sino que es preciso admitir también el concilio de Calcedonia. Pues, dice, aunque san Pablo fué llamado al apostolado despues de los demás discípulos, estos no dejaron de admitir la doctrina que se le habia revelado, y de reconocerla como conforme á la verdadera fé. Luego con mucha más razón los diputados enviados por Timoteo á vuestra Majestad imperial deben respetar la memoria de vuestro predecesor Marciano, y admitir todo lo que en el tiempo de su reinado se ha hecho en el concilio de Calcedonia... Os escribimos esto en conformidad con el precioso tesoro de la fé que hemos recibido de los Profetas y de los Apóstoles, y que siguieron constantemente los justos que habitaron en las soledades, y que tan agradables se hicieron al Señor por su santidad : os escribimos esto, repito, porque conocemos vuestra piedad, y porque no nos mueve otro fin que la gloria de Dios, de su Cristo y del Espíritu Santo. Hace mucho tiempo que los santos y venerables obispos definieron esta fé, y no otra cosa es lo que han hecho en el concilio de Calcedonia ; pues no ha habido variación en la fé. Y así como Dios no sólamente ha aceptado los sacrificios de Abraham y de Job, sino también los que despues se le han ofrecido, de la misma manera Dios ha aprobado todo lo que se ha hecho, no sólamente en los otros concilios, sino en el último de Calcedonia... Me he permitido haceros estas observaciones, penetrado del más profundo respeto á vuestra piedad, á 27 de agosto, en el segundo año de vuestro imperio, indicción décima. Saludo profundamente á vuestra Majestad imperial, y ruego al Todopoderoso, que prolongue vuestra vida en este mundo, y os conceda la gloria en el otro. »

Despues de hacer Teodoreto el elogio de san Baradat, pasa al de san Taleleo que puede considerarse como un

prodigio de penitencia, y que por lo mismo se llamó maravilla de su tiempo. Taleleo era natural de Cilicia. Renunció al siglo, y se estableció en una montaña, á una legua de Gabala, pequeña, pero hermosa ciudad de la Siria. Habia en aquel lugar un templo que los idólatras del pais habian consagrado à los demonios, á quienes adoraban con ceremonias sacrílegas : lo cual hacian más por temor que por reverencia. Pues decian que eran tan malvados, que causaban toda clase de males, no sólamente á los hombres de las cercanías y á los transeuntes, sino á las bestias y á todos sus bienes.

Tal era la obcecación de los habitantes de esta montaña. San Taleleo vino á establecerse en una cabaña que construyó. Los espíritus malignos le miraban como á un enemigo que venia á arrojarles de allí, y le declararon la guerra ; pero el Santo, á quién hacian intrépido una fé viva y una firmísima confianza en Dios, rechazó sus asaltos con el signo de la cruz y con la oración, y les obligó á cederle el lugar. Entónces descargaron su furor sobre los àrboles de la montaña, entre los cuales habia una gran cantidad de higueras y olivos, y de los cuales arrancaron más de quinientos.

Volvieron á la carga algún tiempo despues, y una noche se congregaron en gran número, llevando antorchas encendidas y lanzando espantosos gritos, con objeto de asustarle y obligarle á dejar aquel sitio. Pero hizo tan poco aprecio de estos ardides, que llenos de confusión, huyeron, y lo dejaron dueño del lugar.

No tardó en consagrarlo al servicio del Señor, pues los idólatras se fueron convirtiendo, y pasado algún tiempo se encontró renovada toda la comarca merced á sus cuidados, virtudes y prodigios. Hízo destruir el antiguo templo, y en su lugar se levantó otro, grandioso y sólido, en honor de los santos mártires. « De esta manera, dice Teodoreto, este

pais, sumido ántes en la idolatría, renunció al error en que habia sido amamantado, y fué ilustrado con los rayos de la luz divina, y Thaleleo, dedicando una iglesia en honor de los mártires, opuso á los falsos dioses hombres enteramente divinos, por cuya intercesión pudo llegar victorioso al fin de su carrera. »

Aseguraban los habitantes del pais que hacia muchos milagros, tanto en favor de sus personas como de sus bienes, y que era su consuelo en todas sus necesidades, como lo prueba su conversión á la fé de Jesucristo. Pero no se necesita otro milagro que su penitencia : pues el deseo de inmolarse á Dios como una víctima de su amor, le hizo imaginar un nuevo género de penitencia, de que hasta entónces no se habia dado ejemplo, y que tenia su cuerpo en una constante tortura. Habiase formado una especie de jaula compuesta de dos ruedas, fija la una sobre la otra por medio de clavijas, clavos y tablas, y suspendió esta máquina entre dos estacas clavadas en tierra y unidas por su parte superior. Se colocó en el espacio que mediaba entre estas dos ruedas, que era de dos codos de alto y uno de ancho : de modo que no podia levantar la cabeza, sino que tenia que tenerla constantemente junto á las rodillas : situación en extremo trabajosa, pues era de elevada talla.

Diez años hacía que se habia condenado á ésta rigorosa penitencia, cuando Teodoreto escribia esto. Fué á visitarle, como hacia con otros solitarios, con cuyas virtudes procuraba edificarse, y le encontró ocupado en leer las sagradas Escrituras, de las cuales sacaba los frutos que producia en las almas dispuestas á recibir piadosamente esta celestial semilla. Le preguntó porque se habia condenado á un género de penitencia tan nuevo y extraordinario, y le dió esta admirable respuesta que demuestra cuán penetrado estaba su corazón del temor de los juicios de Dios, de las penas eternas y de una santa compunción.

« Como me siento culpable, dijo, de muchos pecados, y no puedo dudar de los castigos de la otra vida, si no los expio en esta, he escogido el medio que considero más á propósito, y castigo mi cuerpo, como veis con menores y voluntarias penas, para evitar los suplicios que he merecido, y que son no sólamente en gran número, sino incomparablemente más duros, á medida que sean más involuntarios. Porque lo que sufrimos voluntariamente, por trabajoso que sea, lo es mucho ménos que lo que tenemos que sufrir forzosamente, por lo mismo que nos lo imponemos voluntariamente y sin violencia. Espero, pues, ganar mucho, evitando con estos pequeños trabajos los horribles tormentos de la otra vida, que nunca tendrán fin. »

Teodoreto admira la sabiduría de esta respuesta, que daba á conocer en este bienaventurado penitente sentimientos tan generosos y dignos de atraer la misericordia del Señor, y concluye su elogio deseándole una feliz perseverancia y pidiendo para sí un ardiente deseo de amor á la penitencia. Como este obispo escribia su historia en el año 440, según hemos notado en otro lugar, y como el Santo practicaba esta austeridad hacía diez años, no puede asignarse su muerte ántes de esta época. Todo esto nos inclina á creer que es el mismo de que habla san Juán Mosch en su *Prado espiritual,* en donde dice, que el abad Pedro, sacerdote del monasterio de san Sabas, le refirió que el abad Taleleo de Cilicia, habia pasado sesenta años en la vida religiosa, y que habia adquirido un gran espíritu de contrición, que le hacía derramar constantemente lágrimas, y decir á toda hora : » El tiempo de esta vida se nos ha dado para hacer penitencia ; si no lo aprovechamos, se nos pedirá estrecha cuenta ». Los griegos celebran la fiesta de san Thaleleo el 27 de febrero.

Juán Mosch habla de otro Thaleleo, diferente de éste, y del cual nos ocupamos aquí por llevar el mismo nombre.

« El abad Gregorio, anacoreta, dice, moraba en una montaña del monasterio del abad Teodosio de la Roca. Perdió á su discípulo, y no teniendo ningún instrumento adecuado para cavar la sepultura, bajó desde la montaña á la orilla del mar, en donde encontró una embarcación. Pidió á los marineros que le ayudasen á enterrar á su discípulo, y estos se prestaron de muy voluntad. Uno de los marineros, llamado Thaleleo, admirado de la virtud de este anciano, rogó que le admitiese en lugar del discípulo que acababa de perder. Pero Gregorio le respondió : ¿ Podrás soportar la penitencia que yo practico ? Perdonadme, Padre mio, le dijo el marinero : espero hacerlo ayudado con la gracia del Señor... Permaneció, pues, con él durante un año, ejercitándose fielmente en los trabajos de la vida espiritual. Al cabo de este tiempo se postró á los pies del anciano, y le dijo : Seguid, Padre mio, rogando por mí, pues conozco que por la virtud de vuestras oraciones me ha concedido Dios la gracia de soportar sin trabajo las austeridades que practico. No me impresionan ni el frio, ni el calor, ni la inclemencia del tiempo, y mi alma goza de la más dulce tranquilidad.

El anciano le dió su benedición, y permanecieron reunidos durante dos años. Entónces fué revelado á Thaleleo que le quedaba poco tiempo de vida, y rogó á su padre espiritual que le llevase á Jerusalem para adorar la Santa cruz, y orar en la iglesia de la santa Resurrección. Accedió el anciano á sus deseos, y despues de hacer las estaciones en los santos Lugares, y de lavarse en el agua del Jordán en memoria del bautismo de nuestro Señor, no vivió Thaleleo más que tres dias, no tardando en seguirle el anciano Gregorio. Ambos fueron sepultados en el monasterio de Coprata.

## SOLITARIOS DE LA DIOCESIS DE CIRO

### LOS SANTOS MAISIMO, ACEPSIMO, CEBINAS POLICRONO, ETC.

Habiendo escrito Teodereto la vida de muchos santos solitarios, como hemos tenido lugar de ver, es muy justo que demos un lugar preferente á los que florecieron en su diócesis, compuesta de ochocientas parroquias, que visitaba con frecuencia, y en donde tenia el consuelo de ver á muchos anacoretas eminentes en virtud y célebres por su vida celestial y por los dones extraordinarios con que Dios les favorecia. Así es que no ha dejado de hacer su elogio en su *Historia religiosa*, y despues de tratar de las brillantes luces de virtud y de piedad que brillaron en Antioquía, pasa á las santas praderas de Ciro, para contemplar estas flores admirables, cuyo olor excede al de todos los más esquisitos perfumes.

El primero de que habla es san Maisimo, no le conoció personalmente, pero sí á la madre de un niño que habia sido curado por sus oraciones. Era natural de Siria, sin que pueda asegurarse que abrazara la vida monástica. Lo que dá lugar á presumirlo es que Teodereto lo incluye entre los anacoretas, cuya vida escribe, y dice que, habiendo sido criado en el campo, se hizo recomendable por toda clase de virtudes en la vida privada. Fué párroco de una aldea, en donde vivió con el mismo desprendimiento que el más perfecto religioso : pues se asegura, dice este autor, que es-

tuvo mucho tiempo sin mudar de hábito, contentándose con remendarlo.

Velaba con tanto celo por el rebaño que le habia confiado la Providencia, que se le puede considerar como un excelente modelo de sacerdotes consagrados á la salvación de las almas. La ley de Dios era la norma de todas sus acciones, así como de todas sus palabras : nada decia ni hacia que no estuviese conforme con ella, y de esta manera alimentaba espíritualmente á sus ovejas con sus instrucciones y buenos ejemplos.

Su casa estaba siempre abierta á los extranjeros y á los pobres. Habia siempre en ella dos barriles, uno lleno de trigo, y otro de aceite, para los que acudian á él en sus necesidades. El señor manifestó con un prodigio que pudiéramos llamar perpetuo, cuán agradable le era la caridad de su siervo, pues multiplicaba de tal manera este trigo y este aceite, que los barriles no se desocupaban, por más que se les sacase. Fué favorecido, dice Teodereto, con la misma gracia que la viuda de Sarepta, á la que no faltaba aceite en su cántaro para recompensar su caridad.

Maisimo recibió también el don de los milagros. Hizo muchos, pero Teodoreto no refiere más que dos para no hacer muy larga su relación. El primero fué en favor de una mujer tan distinguida por su fé como por su nacimiento. Tenia un hijo muy jóven, que cayó enfermo sin que de nada le sirviesen los auxilios de la ciencia. Esta madre afligida pensó muy bién, según los sentimientos de su piedad, que era mejor poner su esperanza en las oraciones de los santos, y se presentó acompañada de su hijo á san Maisimo para implorar el auxilio de sus oraciones. El santo varón tomó al niño en sus brazos, lo puso al pié del altar, se postró en tierra, y rogó al soberano médico de los cuerpos y de las almas, que le devolviese la salud. Su oración fué oida al punto, y devolvió á la madre al hijo per-

fectamente curado. Esta misma madre, dice Teodoreto, me lo ha referido, y es incapaz de mentir.

Obró el segundo en favor de un señor de una aldea de que era párroco el Santo. Este señor, llamado Lothois, era primer presidente de Antioquía é idólatra. Habia venido á aquel lugar para recojer las rentas de sus posesiones; pero las exigia con tanto rigor, que el Santo se vió obligado á rogarle que emplease más dulzura y compasión. Nada pudo conseguir de él; pero Dios le hizo ver muy pronto que era necesario respetar los caritativos avisos de sus siervos, pues habiendo subido á su carruaje, no podian tirar de él las mulas por más esfuerzos que hacian. Muchas personas acudieron para ver de arrancarle; pero todo fué inútil.

Por último, un amigo de Lothois, que con él iba en el carruaje, pensó que tal vez las oraciones del Santo serian el obstáculo. Entónces indicó al presidente que se arrojase á sus pies, y le pidiese perdón del desaire que le habia hecho. De esta manera aquel hombre soberbio se vió obligado á humillarse ante el que no respiraba más que humildad, y se desataron los lazos invisibles que sostenian el carruaje.

Añade Teodoreto que se referia otra multitud de maravillas, y se sirve del ejemplo de este Santo para demostrar que se puede alcanzar la salvación y llegar á la cumbre de las más eminentes virtudes, lo mismo en el ministerio sacerdotal que en la soledad, siempre que se halle grabado en el corazon el celo por la gloria del Señor.

El mismo historiador hace también el elogio de Acepsimo, diciendo que se encerró en una celda, en que estuvo sesenta años sin hablar ni ver á nadie. Una vez á la semana se le llevaban unas pocas de lentejas remojadas, que le introducian por un agujero oblicuo practicado en la muralla, y por la noche salia á recoger agua en una fuente inmediata.

Apercibióle en medio de la oscuridad de la noche un pastor, y como el Santo estaba encorvado bajo el peso de las cadenas, como despues veremos, caminaba á cuatro pies. Creyó el pastor que era un lobo, tomo una piedra para arrojársela con la honda; pero su mano quedó inmóvil hasta que el Santo regresó á su celda. Comprendió entónces el pastor su error, y á la mañana siguiente fué á encontrarle, para referirle lo ocurrido y pedirle perdón.

Deseando un curioso saber lo que hacia el Santo en su celda, subió á un árbol desde donde podia verle; pero no tardó en ser castigada su temeridad: pues quedó paralítico de la mitad del cuerpo, lo cual le obligo á pedir perdón al Santo, y á rogarle que alcanzase su curación con sus oraciones. Lo curó efectivamente, pero á condición de que cortase el árbol sobre el cual habia subido, para quitar á otros este motivo de tentación.

La vida de san Acepsimo, en un recinto tan estrecho, era un ejercicio continuo de oraciones y penitencias. Llevaba tantas cadenas sobre su cuerpo, que tenia que estar siempre encorvado. No se ocupaba más que de Dios y de su alma: de Dios, con quien conversaba á toda hora, lo cual constituia todo su consuelo, y por ello habia renunciado á toda conversación con las criaturas: de su alma, sobre la cual no dejaba de vigilar ni un solo momento para dirigir á Dios todos sus pensamientos y acciones, é impedir que manchase su pureza con la más leve falta.

Dios le reveló la hora de su muerte cincuenta dias ántes de que ocurriese. Entónces abrió la puerta de su celda, y dejó entrar á todos los que querian verle. El obispo de la diócesis vino, y quiso conferirle el sacerdocio. Respondióle con la humildad que le caracterizaba, que no ignoraba que el sacerdocio es una carga muy pesada y terrible, y que no podia pensar sin estremecerse en la cuenta que tienen que dar á Dios los que han recibido este sagrado

carácter: pero que por otra parte, hallándose en los últimos dias de su vida, se sometia á su voluntad. » Pues si hubiese de vivir mucho tiempo, no podria aceptar tan sublime ministerio, y os rogaria que me dispensaseis. » Dichas estas palabras, se puso de rodillas para recibir el sagrado carácter, y el obispo le impuso sus manos para que descendiese sobre él el Espíritu Santo.

Murió precisamente en el tiempo que Dios le habia revelado y los habitantes de los pueblos inmediatos se reunieron en número muy considerable para darle sepultura, pretendiendo cada cual tener el honor de dársela en su aldea. Pero miéntras resolvian la contienda, apareció un hombre diciendo, que el Santo le habia obligado bajo juramento á que le enterrase en su celda, lo cual terminó la contienda. Teodoreto hace sobre esto la siguiente reflexión. El amor que las almas santas profesan á la sencillez subsiste despues de su muerte. Como no han estimado la vanidad durante su vida, y no han deseado más que agradar á Dios, se preocupan poco de ser alabadas despues de su muerte por los hombres, pues todos sus afectos los tienen puestos en el celestial Esposo. Pero Dios que ha visto que, al consagrarse á su servicio, no le han pedido más que bienes celestiales, ha sido liberal con ellas, dándoles otros bienes que superasen sus deseos, según la promesa que ha hecho en el santo Evangelio: *Buscad primeramente el reino de Dios* y *su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas*[1]..... Cualquiera *que dejare casa ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna*[2]. Tal es el oráculo de la verdad, y los efectos responden á sus promesas. » San Acepsimo era célebre en el pais desde el reinado de Valente, ha-

[1] Luc. XII, 31.
[2] Math. XIX, 29.

cia enaño 370, y san Maisimo era contemporáneo suyo.

Los santos Zebinas, Policrono, Moisés y Damiàn fueron célebres en la diócesis de Ciro. Teodoreto no conoció á san Zebino ó Zebinas, que murió ántes del año 423, y cuya memoria honra la Iglesia juntamente con la de san Policrono, su discípulo, el 23 de febrero. Este Santo mereció por excelencia el título glorioso de hombre de oración, pues excedió en la asiduidad de esta virtud á todos los solitarios de su tiempo. En ella se ejercitaba dia y noche sin cansarse jamás: ántes por el contrario, miéntras más se aplicaba á ella, más se aficionaba. Puede con mucha razón decirse que imitaba en cierto modo sobre la tierra á los espíritus bienaventurados, que cantan ante el trono de Dios el cántico siempre antiguo y siempre nuevo.

Esta es la razón de que hablase muy poco á las personas que venian á verle, pues le causaba hastío el trato con las criaturas que le arrebataban los momentos, que queria, emplear en la contemplación de las cosas celestes. Así es que tan luego como las despedia, tornaba nuevamente á la oración, si es que puede decirse que la habia interrumpido: pues dice Teodoreto, que durante el poco tiempo que hablaba con los demás, no se separaba su espíritu de la contemplación de las cosas divinas. De esta manera era tan grande la veneración que se le profesaba, que san Marón, de quién pronto hablaremos, y que fué uno de los solitarios más ilustres de su tiempo, no se cansaba de admirarle: le miraba como á su padre y maestro: le llamaba modelo de todas las virtudes y exhortaba á todos los que iban á verle, á que fuesen á recibir su bendición.

Pero si la oración era para este Santo un motivo de consuelo, le sirvió tambien de ejercicio de penitencia: pues la hacía de pié, y el único alivio que se permitia en la vejez, era apoyarse en un bastón. Teodoreto no detalla otras austeridades, sólamente dice que no se pudo hacer

que las mitigase ni aún al fin de su vida, en que el peso de los años hubiera sido para cualquiera otro un motivo de cansancio. San Marón habia pedido con vivas instancias que se le sepultase en su misma tumba; pero san Zebinas, que habia muerto algún tiempo ántes, fué enterrado en Citta, aldea inmediata á su celda, en donde se edificó sobre su tumba una gran iglesia, que fué muy frecuentada á causa del gran número de milagros que se obraban por su intercesión.

San Policrono tuvo la dicha de ser su discípulo, y dice Teodoreto que no se representa mejor el cordero en la cera que las virtudes del maestro en las del discípulo. Policrono se hallaba abrazado, como él, en el fuego del amor divino: como él se elevó sobre todas las cosas de la tierra, y como él, parecia que su alma tenia alas para remontarse á los cielos y contemplar incesantemente la belleza de Dios. Por último, como él, se ocupaba en las cosas divinas á la vez que hablaba à los que venian á verle.

Imitaba también à su bienaventurado maestro en las vigilias y manera de orar, haciéndolo siempre de pié, y pasando las noches enteras en este ejercicio. A estas prácticas laboriosas añadia otras muchas, entre las cuales señala Teodoreto una que demuestra su profunda humildad á la vez que su amor á la penitencia. » Habia desterrado, dice este historiador, todos los vicios de su corazón, y sobre todo el deseo de ser honrado por los hombres, para lo cual se alejaba todo cuanto podia de ellos. Con esta intención no quiso cargar su cuerpo de cadenas, como lo practicaban otros muchos anacoretas, temiendo que se deslizase en su alma alguna secreta vanidad á causa de esta austeridad que no podia ocultarse á la vista de los hombres. Más para no cederles en el combate espiritual, se procuró una gruesa raiz de encina, que colocaba sobre sus espaldas, orando de este modo durante toda la noche. Lo mismo

hacía durante el dia, pero se la quitaba tan luego como alguien llamaba á la puerta.

Por mucho que fuera su cuidado para ocultar su penitencia, fué descubierta por alguno que se la refirió á Teodoreto. Este fué expresamente á verle, y dice, que, habiendo querido levantar de la tierra esta pesada raiz, apénas pudo hacerlo con las dos manos. Pretendió, llevársela con el fin de aliviarle de este penoso trabajo, pero desistió en vista de la gran pena que le causaba.

Una sequedad extraordinaria afligió por aquel tiempo á todo el pais. Los habitantes acudieron á las oraciones de los anacoretas. Muchos sacerdotes vinieron también con el mismo objeto, y entre ellos uno que era pastor de muchas aldeas de las inmediaciones de Antioquía, el cual rogó á los ancianos que se hallaban presentes, que persuadiesen al Santo para que bendijese un vaso de aceite; pero convencidos todos de su profunda humildad, le respondieron que era inútil conseguirlo. Entónces pensó obtenerlo por medio de un artificio, y para ello, cuando todos se hallaban en oración, se levantó el sacerdote, y presentó al Santo el vaso, del cual empezó á salir tanta cantidad de aceite, que no podian contenerlo con las manos.

Dejábase también ver su humildad en la manera con que recibia á los que venian á verle. Se postraba ante ellos, y abrazaba sus rodillas, sin distinción de personas, lo mismo ante el soldado y el artesano, que ante las personas de más consideración.

Habiendo venido á tomar posesión de su cargo el gobernador de Ciro, personaje de gran virtud, deseó conocer á los siervos de Dios, que por su piedad eran más ilustres en el desierto, y rogó á Teodoreto que le acompoñase. Despues de visitar á varios, le llevó Teodoreto á la morada de Polícrono, á quien dijo que le presentaba al gobernador, que era amante de la justicia y de las personas buenas.

Entónces Polícrono, arrojándose á sus pies, le dijo que tenia que pedirle una gracia. Pensó el gobernador que se trataba de alguna recomendación, y le prometió complacerle; pero no pudiendo permitir que estuviese á sus pies una persona de una virtud tan eminente, le rogó que se levantase. » Puesto que me habeis empeñado vuestra palabra de honor, le dijo Polícrono, la gracia que os pido es que rogueis por mí de todo corazón. » Admirado el gobernador de su petición, le rogó que le relevase de su juramento, pues no se creia digno de perdir á Dios ni por sí mismo.

Era tan grande el desprendimiento de san Polícrono, que rehusó un hábito de piel que san Jacobo el Sirio le habia enviado, porque le pareció demasiado cómodo é impropio de un religioso. Habiéndole visitado algunas veces Teodoreto para pedirle su bendición, no encontró en su celda más provisiones que dos higos, y asegura este escritor que era tan amante de la pobreza, que, para practicarla perfectamente, no tomaba más alimento que el absolutamente necesario, y con frecuencia no comia más que cada siete dias. Muchas personas le ofrecieron dinero, y otras se lo legaron por su muerte; pero jamás admitió la más pequeña cantidad, y decia á los que se lo llevaban que lo distribuyesen entre los pobres.

Nada cercenaba á sus austeridades ni aún en tiempo de enfermedad, y era tan rigoroso para sí mismo, que con mucho trabajo pudo conseguirse que se le edificase una cabaña para preservar su cuerpo del frio. Pero al mismo tiempo era sumamente condescendiente para con los demás, así es que, habiendo ido á ver, en compañia de Teodoreto, á san Jacobo de Siria, que se hallaba enfermo, se ofreció á beber primero una medicina que se le habia preparado, por más que eran las primeras horas del dia.

Viéndole Teodoreto cascado por la edad y sin fuerzas, y que no tenia por otra parte auxilio de persona alguna, le

propuso que admitiese alguna que le asistiera. Resistióse en un principio, pero al fin se consiguió que habitasen cerca de él, ó sea en dos celdas inmediatas, dos jóvenes muy piadosos. Aún cuando estos estaban ya muy ejercitados en las prácticas de la vida monástica, quedaron muy admirados de verle toda la noche en oración, y le hicieron presente que debia proporcionar sus trabajos á la debilidad de su cuerpo. Más les dió á entender que no queria que le imitasen en esto, y les mandó que se acostasen. ¿Como hemos de acostarnos, le respondieron, cuando en el vigor de nuestra edad, vemos orar de pié á un hombre que, despues de haber envejecido en la penitencia, no atiende á la debilidad á que se halla reducido?

De estos dos discípulos, uno de los cuales se llamaba Moisés y el otro Damián, aprendió Teodoreto todo lo que dice de las vigilias de san Policrono. Se animaron con su ejemplo, é hicieron tantos progresos en la virtud, que llegaron á imitar en un todo su género de vida. Moisés continuó viviendo con él y asistiéndole, y asegura su historiador que llegó á ser una imágen viva de sus virtudes. Damián se retiró á una celda que encontró cerca de una ciudad llamada Niara, en donde observó la misma disciplina que habia visto practicar á su maestro. Todos los que le veian recordaban á Policrono, porque, como dice Teodoreto, además de que practicaba las mismas vigilias y los mismos trabajos, tenia su sencillez, su bondad, su modestia, su dulzura, su afabilidad, su recogimiento, su asiduidad en la oración, su alimento y su pobreza, que era tan grande, que no tenia en su celda otro mueble que un vaso en que ponia las lentejas remojadas de que se alimentaba. Por esta razón, puede muy bién decirse, que el espíritu de su padre habia pasado al de su discípulo. El Menologio griego une á Moisés y á Damián con san Zebinas y san Policrono en el dia 23 de febrero.

El monje Asclepio vivia á una media legua de san Polícrono, y era una perfecta copia de sus virtudes. Créese que se ejercitaba ántes en la vida cenobítica en unión de otros religiosos que moraban en una aldea inmediata; pero también practicó excelentemente la de los anacoretas siguiendo las huellas de san Polícrono, é imitándolo en el alimento, en el hábito, en los trabajos, en la caridad y en el espíritu de oración y de recogimiento. No sólamente su ejemplo, sino también sus conversaciones respiraban el amor de Dios de que estaba inflamado su corazón, y producian abundantes frutos de santidad en las almas, tanto en la ciudad de Ciro, como en las demás de la diócesis.

Entre las personas que atrajo á la virtud, distingue particularmente Teodoreto á un personaje llamado Jacobo, que se encerró cerca de la ciudad de Nimuzan en una pequeña celda, en que á nadie veia, ni hablaba más que por un pequeño agujero con las personas que venian á pedirle consejo. Sólamente abrió su puerta en consideración á Teodoreto, y se observó que jamás encendia lumbre, ni tenia luz. Tenia más de noventa años, cuando Teodoreto escribió su historia religiosa, hacia el año 440.

---

## SAN MARON Y SUS DISCIPULOS, JACOBO EL SIRIO Y LIMNO [1]

San Marón debe ser considerado como uno de los padres principales de la soledad de la diócesis de Ciro. Teodoreto hace su elogio en muy pocas palabras, pero de ellas se des-

[1] Teodoreto, Baronio, Gennadio y Bulteau.

Imp. Ch. Chardon aîné Paris

Geom. direxit

Saint-Maron.

San Maron.

prende que se distinguió por su mortificación, por su amor á Dios y por los dones celestiales con que fué favorecido. Nos lo representa como un jardinero que crió para el Señor muchos árboles de virtud y de vida perfecta, y san Jacobo, llamado el Sirio, de quién hablaremos despues de él, y que le formó en la vida religiosa, basta por sí solo para darnos una perfecta idea de su mérito.

Se retiró á lo alto de una montaña, en que los idólatras habian dedicado en otro tiempo un templo á lo demonios, consagrándola al Dios vivo, y haciendo constantemente oración en ella, edificó una pequeña celda, de que no se servia sino muy raras veces; pues de ordinario vivia al descubierto, como hacian la mayor parte de los anacoretas de este pais. No contento con imitarlos en su rudísimo género de vida, inventó, dice Teodoreto, nuevas austeridades, para acumular más y más en su alma los tesoros de la sabiduría evangélica.

Este soberano Maestro, por cuyo amor sufrió tantos trabajos, le recompensó con usura, aún en esta vida, colmándole con los dones de su gracia. Le concedió con tanta plenitud el don de curar toda clase de enfermedades, que, de cualquiera naturaleza que éstas fuesen, desaparecian con sus oraciones. Su reputación se extendió á todas partes: todos acudian á él, y ninguno que imploraba sus auxilios quedaba defraudado en sus esperanzas.

Pero si habia sido dado por Dios como médico que curase las enfermedades corporales, no era ménos feliz en prestar eficacisimo remedio á las espirituales. Hablaba con energia contra los vicios: daba excelentes instrucciones para la práctica de las virtudes cristianas, y acompañando á sus palabras la unción del Espíritu Santo, tuvo el consuelo de ver convertidas á muchas personas. « Con esta santa agricultura, dice Teodoreto, hizo crecer muchas plantas en la virtud, y ofreció á Dios este admirable jardin que hoy

existe en la diócesis de Ciro. » Esto nos indica que san Marón fué como el padre de casi todos los monjes que florecieron en tiempo de este historiador en las soledades de este país, y que entre los monasterios que fundó, hubo uno en el territorio de esta diócesis.

Teodoreto no conoció á este Santo, pero sí á Jacobo, su principal discípulo. Tampoco nos dice la edad en que murió; pero dá á entender que era muy anciano, pues termina su elogio diciendo, que una enfermedad de pocos dias, dió á conocer el desfallecimiento de sus fuerzas, pero que conservó hasta el fin el vigor de su naturaleza.

Como habia estado en gran veneración durante su vida, los habitantes de la comarca se disputaron la dicha de poseer su santo cuerpo; pero habiendo acudido los de una aldea vécina y muy numerosa, obligaron á los demás á retirarse, y se apoderaron del precioso tesoro. Edificaron sobre su tumba una grande iglesia, en la que se celebraba su fiesta con extraordinaria solemnidad. Así es que, aún cuando habia deseado muy ardientemente, como hemos visto en el capítulo precedente, ser sepultado con san Zebinas, la Providencia lo dispuso de otro modo, sin duda para que fuese honrado con un culto especial en esta iglesia.

San Jacobo, llamado el Sirio ó de Ciro, y á quién por este segundo nombre es fácil distinguir de otros solitarios del mismo nombre, era el más anciano de los que vivian en tiempo de Teodoreto: pues los demás habian ya muerto. « Despues de haber consagrado, dice, algunas palabras á relatar los generosos combates de estos atletas, cuya virtud ya ha coronado el Señor, vengamos á los que todavía viven, y se esfuerzan por superar con sus trabajos á los que les han precedido. Demos principio por Jacobo, ilustre personaje, puesto que es mayor en edad, y ha superado en trabajos á los que se esforzaron en imitarle en un género de vida tan maravillosa y extraordinaria. » Este historiador

no es el único que le da el título de grande, otros también se lo han dado así como el de taumaturgo, y merece el uno y el otro, tanto por su eminente virtud como por los prodigios que obró, y que fueron, como dice el mismo historiador, dignos de los apóstoles.

Vivió en un principio bajo la disciplina de san Marón, y como este Santo habia añadido nuevas austeridades á las que ántes que él habian practicado otros anacoretas, él sobrepujó á las de éste, y se condenó á los más rudos trabajos para satisfacer á sus deseos de inmolarse á Dios por medio de la penitencia. No se entregó desde luego á ella con todo su ardor, sino que empezando por trabajos menores y fáciles, se fué preparando gradualmente á los mayores y más difíciles. Así es que empezó por encerrarse en una pequeña celda, en que, alejado del ruido y tumulto del mundo, se ocupaba sólamente y con más libertad de espíritu en la contemplación de las cosas divinas, y se disponia á la perfección de la virtud, que constituia el único objeto de sus deseos.

Cuando se sintió con suficiente fuerza y ánimo para emprender mayores combates, fijó su morada en lo alto de una montaña, a treinta estadios, ó sea á legua y media de Ciro. Hacía treinta años que practicaba la penitencia, cuando Teodoreto escribia su historia, y era tal esta penitencia, que este célebre escritor no vacila en ponerla sobre la de su padre espiritual. « Pues si éste, dice, no tuvo otra casa que las ruinas de un templo consagrado á los demonios, y por hábito pieles de cabra que le preservaban de la lluvia y de la nieve, Jacobo no tenia ni casa, ni techo, ni cabaña. El cielo le servia de techumbre, de suerte que, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, unas veces estaba mojado por la lluvia, otras transido de frio, otras abrasado por los ardientes rayos del sol, y todo esto lo sobrellevaba con ánimo inquebrantable, y cual si su cuerpo estuviese destituido de toda sensibilidad. »

Se esforzaba, continúa este historiador, en vencer la debilidad de su cuerpo con la fuerza de su espíritu. Aunque de una carne mortal y pasible, obraba cual si fuese impasible, y aunque cargado con el peso de su cuerpo, vivia como si no lo tuviese. Así es que podia decir con el Apóstol: *Aunque andamos en carne, no militamos segun la carne: porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas, derribando consejos y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo entendimiento, para que obedezca a Cristo* [1].

Hace notar Teodereto una circunstancia particular de su vida austera, y que no podia ménos de serle muy trabajosa, y es que no teniendo, como hemos dicho ni techumbre, ni paredes, ni vallado que pudieran resguardarle, estaba siempre expuesto á ser visto de las personas que venian á la montaña con objeto de verle, lo cual le molestaba mucho. Añade el mismo historiador, que tuvo que sufrir muchas molestias á causa de una enfermedad en que la modestia y la decencia religiosa exigian que estuviese solo. Consistia esta enfermedad en un derramamiento de bilis acompañado de disentería y de fiebre, que le habia reducido á extrema debilidad.

Hallábase, por lo tanto, expuesto á las miradas de todo el mundo, sin que nadie pensase retirarse para dejarle en libertad de hacer sus necesidades. Apercibióse Teodereto que estaba presente, y rogó al pueblo que se retirase para dejarle solo; pero despues de muchos ruegos y amenazas, lo consiguió á la caida de la tarde. Miéntras tanto el Santo resistió á la violencia de la naturaleza, y esperó á que llegase la noche para que nadie pudiese verle.

A la mañana siguiente vino Teodoreto, y observando

[1] I Cor. x, 3-5.

que el calor era muy grande, por ser verano, quiso procurarle alguna sombra, y sin proponérselo directamente, porque por mortificación no habia de consentirlo, le dijo que no podia soportar los ardores del sol. El Santo entónces se apresuró á clavar alguna estacas en la tierra, sobre las cuales puso unas pieles, rogando a Teodoreto que se pusiese bajo esta tosca cubierta ; pero este le respondió : Seria vergonzoso para mí que, siendo jóven y robusto, aceptase este alivio ; miéntras que vos, abrasado por ardiente fiebre, lo rehusais. Si quereis, pues, que yo me ponga á la sombra, hacedlo vos también, y no me obligueis á separarme de vuestro lado.

Por consideración á Teodoreto consintió el Santo, y cuando hubieron tomado asiento bajo las pieles, el mismo Teodoreto, que queria que se acostase para que sufriese ménos, le manifestó que no podia estar siempre sentado, y que debian ambos acostarse en la tierra para poder hablar más fáciamente. Consintió también el Santo, y pudo observar Teodoreto que llevaba bajo el hábito gruesas cadenas de hierro, que rodeaban su cuerpo desde el cuello hasta la cintura : Padre mio, le dijo, la fiebre que os devora debe serviros de penitencia : hariais muy bién, para no aumentar el desfallecimiento que os aniquila, en quitaros las cadenas que volvereis á tomar cuando esteis mejor. » El humilde Jacobo no resistió á la voluntad de su obispo, y con este alivio se encontró curado al cabo de algunos dias. Esto acaecia al principio del episcopado de Teodereto, pues dice que era jóven y robusto.

Cayó despues el Santo en una enfermedad aún más peligrosa, y como no era de esperar que saliese de ella, se reunieron muchas personas de las cercanías, para enterrar su cuerpo cuando espirase. Habia caido en un total desfallecimiento, y estaba destituido de todo conocimiento, cuando esta gente se agrupó en torno de él. Muchos le

creyeron muerto, y le cortaron algunos cabellos para tener alguna reliquia, pero los habitantes de Ciro acudieron con algunos soldados, y despues de poner su cuerpo en un lecho, lo llevaron á un monasterio de la ciudad, próximo á la iglesia de un profeta.

Teodoreto se encontraba entónces en Berea con Acacio obispo de esta ciudad, y vinieron á participarle el estado del Santo. Inmediatamente partió, no descansando noche y dia hasta llegar al paraje en que habitaba. Le encontró destituido de palabra y de conocimiento ; pero al saludarle y decirle que Acacio, á quién tanto estimaba, se encomendaba á él, abrió los ojos, y volvió á cerrarlos tan luego como le hubo preguntado como se hallaba, y cuando habia venido.

Tres dias permaneció en esta situación, al cabo de los cuales recobró algún tanto el conocimiento ; preguntó en donde se hallaba, y cuando lo supo, se afligió en extremo, siendo necesario trasladarle nuevamente á la montaña. A la mañana siguiente, Teodoreto, que no se separaba de su lado, quiso hacerle tomar una bebida, y le dijo que la aceptase como una penitencia propia del tiempo de enfermedad. San Polícrono estaba presente también, como hemos visto en el capítulo precedente, y le rogó también que la tomase. En esta ocasión se manifestó cuanta es la rectitud de corazón de los Santos, y cuán léjos se hallan de obrar por miras puramente humanas, pues uno de los que estaban presentes quiso cubrir el vaso en que estaba la bedida. San Jacobo le preguntó la causa, y habiéndole respondido que lo hacía para que nadie le viese, le respondió estas hermosas palabras.

« Procura, hijo mio, no ocultar á los ojos de los hombres lo que es conocido de Dios, Creador de todas las cosas : pues no queriendo vivir más que para él, me tomo poco cuidado de la gloria y estimación de los hombres. ¿ Qué

provecho puedo yo sacar de que los que vienen á verme crean que mis austeridades son mayores de lo que aparecen en la presencia de Dios, si es éste, y no ellos, el que recompensa los trabajos que se emprenden por servirle? », Teodereto admira con mucha razón este respuesta, que prueba, cuán elevado estaba el espíritu de este Santo sobre todas las alabanzas humanas.

Queriendo este historiador darnos otra prueba de su extremada paciencia en la vida penitente que llevaba, dice que ocurria con frecuencia, que, hallándose postrado en tierra, le cubria la nieve, que durante dos y tres dias caia, hasta el punto de no verse sus hábitos. Y todo esto lo sufria con admirable dulzura de espíritu, hasta que algunos habitantes de las cercanías venian á quitarle la nieve. Nada de esto era suficiente á apartar su espíritu de la oración.

Pero no sólamente tuvo que combatir consigo mismo, tratando su cuerpo con tanto rigor ; sino que hubo de luchar contra las potestades de las tinieblas, que, desde el principio de su vida solitaria, le declararon encarnizada guerra. El demonio se le apareció durante diez dias consecutivos á la hora de la comida, bajo la repugnante figura de un etiope que arrojaba fuego por los ojos. Pero despreciando estas ilusiones, no dejaba de comer, lo cual irritó de tal manera al inmundo espíritu, que le amenazó con una vara. Pégame, le dijo entónces el Santo, si Dios te ha dado poder para ello, y entónces recibiré con gozo tus golpes, porque no vendrán de tu mano, sino de la suya; pero si no te lo permite, no podrás hacerlo, por más que tu rabia lo intente mil veces. Este desafío desvaneció el fantasma, pero el maligno espíritu no dejó de tenderle otros lazos.

Dos veces en la semana le llevaban agua para sus necesidades. Ocurrió un dia que el demonio, tomando un cuerpo fantástico, se puso delante del que se la llevaba, y

se la quitó de las manos. Tres veces consecutivas hizo lo mismo, de modo que el siervo de Dios tuvo que sufrir mucha sed. Preguntó, por último, al que se la llevaba cual era la causa de haber dejado de hacer esta obra de caridad durante quince dias, y éste le respondio : ¡ Ay ! yo no he dejado de traerla, y la pongo en tal sitio. Comprendió entónces el Santo el artificio del demonio, y dijo á este hombre : Aún cuando mil veces me veais en este sitio, llevadme el agua á este otro.

Descubierto de esta manera el demonio, vino á atacarle nuevamente de noche, gritándole con voz espantosa : Destruiré tu reputación : te se mirará como á un hombre deshonrado, y nadie hará caso de tí... Tanto mejor, le respondió el Santo : me harás en ello un señalado servicio, porque no viendo á nadie, tendré todo el tiempo por mio, y lo podré consagrar enteramente á la contemplación de las cosas eternas... El demonio intentó efectivamente hacerlo, apareciendo en unión de otro maligno espiritu sobre la montaña bajo la forma de dos mujeres, para figurar que el Santo las hubiese llamado. Turbóse su corazón, lo cual demuestra que no permitia que viniesen á verle las mujeres en su retiro. Pensó arrojarles piedras ; pero recordando la amanaza del demonio, y comprendiendo que queria ejecutarla por aquel medio, le dijo : Annque quieran acercarse á mí, yo emplearé contra ellas las armas de la oración. Esta firme determinación desconcertó á los demonios, y les hizo huir.

En otra ocasión y miéntras que se entregaba á la oración, le hicieron oir el ruido de un carruaje y de un numeroso cortejo, cual si se acercase el gobernador del pais con todo su séquito. Pensó que no podria ser este señor, que á la sazón se hallaba ausente, y que la estación era muy mala, para que un carruaje pudiese subir á la montaña. Reconoció entónces que era obra del demonio, y cuando se

hubo acercado convenientemente, le dijo con intrepidez : ¿ Hasta cuando, desgraciado espíritu, has de usar de tus artificios, y despreciar la bondad de Dios ? En seguida se volvió hacia la parte de Oriente, y se puso á orar, lo cual obligó al maligno espíritu á retirarse ; pero al desaparecer, le dió un empujón, como para echarlo á tierra, lo que no pudo conseguir, porque le sostenia la gracia del Señor.

Teodoro aprendió estos hechos de la misma boca del Santo á quién considera incapaz de faltar á la verdad. Ya hemos hecho notar, al trazar la vida de este ilustre prelado, que sus oraciones le atraian los auxilios del cielo, para que pudiese purgar su diócesis de los marcionitas de que estaban infestadas muchas ciudades, á lo cual añadiremos que Dios hizo conocer á san Jacobo la protección que debia dar á este santo obispo, para que llenase cumplidamente su misión. El mismo Teodoreto lo refiere en estos términos. « Habiendo resuelto ir á la principal de estas aldeas, y encontrando grandes dificultades, envié á pedir á mi Isaías (san Jacobo) el auxilio de sus oraciones, y me respondió : Nada temais, Dios me ha hecho ver en esta noche, no en sueños, sino en una visión real, que todos los obstáculos se disiparán cual una tela de araña, y cuando empecé á cantar los salmos, ví hacia la parte de estas aldeas una serpiente de fuego, que era llevada por los aires desde el oriente al occidente. Cuando habia dicho tres salmos, ví á esta misma serpiente replegarse en forma de círculo, de suerte que su cabeza tocaba con su cola. Cuando estaba en el salmo octavo, la ví partida en dos trozos, y ser reducida á humo. »

Los efectos comprobaron la verdad de esta visión, y explicaron el misterio, pues continua Teodoreto : « Desde muy temprano vinieron los herejes de la parte de occidente con la espada en la mano : cerca de las nueve de la mañana se replegaron en forma de círculo para atender á

su propia seguridad, y por último, á las cuatro de la tarde se dispersaron, y pudimos entrar en la aldea, en donde encontramos una serpiente de bronce, á la que tributaban sus adoraciones. » El mismo autor refiere otras dos visiones habidas por el Santo, una del patriarca José, y otra de san Juan Bautista. Hablando, por último, de los milagros que hizo, dice, que curó á muchos enfermos, y libró á muchos poseidos con su bendición y sus oraciones. Asegura como una cosa conocida de todo el mundo, que resucitó á un niño, á quién iban á dar sepultura. » ¿Quién no sabe, dice, que un niño, cuyos padres vivian en un barrio de la ciudad, fué resucitado por sus oraciones? Cuando éste nació, habian tenido otros hijos, todos los cuales habian muerto jóvenes, y queriendo el padre que éste no sufriera la misma suerte, acudió á las oraciones del Santo, prometiendo que, si no se moria, lo consagraria al Señor; Sin embargo, el niño murió á la edad de cuatro años. Hallábase su padre ausente, y cuando volvió, encontró que le llevaban á la sepultura. Puesto que he prometido, dijo, consagrar mi hijo al Señor, quiero presentárselo por medio de su siervo San Jacobo, para cumplir mi promesa en cuanto me es posible. Llevóle, pues, á los pies del Santo, el cual, postrandose, se entregó á la oración. Llegada la tarde, el niño empezó á llamar á su padre, y el Santo se lo devolvió, despues de dar gracias al soberano Arbitro de todas las cosas, que con tanta misericordia se rinde á los votos de los que tienen grabado su temor en sus corazones. » Teodoreto supo todo esto por la relación que le hizo el padre, y porque conoció al niño.

Hallábase el Santo muy molestado, porque á cada momento le interrumpian en su oración, pues no teniendo celda, ni muros, ni techumbre, no podia ocultarse á los que venian á verle; miéntras que los demás anacoretas, estando encerrados en sus celdas, gozaban del más com-

pleto reposo. Así es que algunas personas se quejaron á Teodoreto de que no las atendia.

Hablóle Teodoreto de estas quejas en estos términos: Muchos tienen pena de tener que retirarse sin recibir vuestra bendición. Me parece que, despues que han emprendido un viaje tan largo y penoso, no debe privárseles de este consuelo. A lo cual respondió: Yo he venido á esta montaña con el exclusivo objeto de salvarme: pues teniendo mi alma cubierta de llagas á causa de los muchos pecados que he cometido, necesito orar mucho para que me las cure nuestra Señor Jesucristo. Pues bién, si yo estuviese al servicio de un amo, cuando llegase la hora de ponerle la comida, no me entretendria en hablar con mis compañeros. Así mismo, si yo tuviese que comparecer ante un magistrado, no le dejaria en medio de su discurso para hablar con cualquiera otra persona. ¿Porqué, pues, se pretende de mí, que, miéntras estoy hablando con el Señor del mundo, con el Juez soberano, interrumpa mis oraciones para entretenerme en conversación con los hombres, que no son más que servidores y clientes como yo? Comprendióle Teodoreto, é hizo comprender estas razones á los que iban á quejarse.

La extrema veneración que se le profesaba, hizo que se pensase anticipadamente en la manera de honrar sus reliquias el dia que muriese, y con este objeto se edificó una iglesia en la aldea más próxima á la montaña, y Teodoreto, por su parte le construyó una tumba en la iglesia de los santos Apóstoles. Llegó á apercibirse de ello, y rogó á Teodoreto que se le sepultase en la montaña.

Quiso persuadirle este prelado, haciéndole ver que, habiendo despreciado hasta entónces todas las cosas de esta vida, no debia preocuparse de lo que se hiciese de su cuerpo despues de su muerte. No se rindió el Santo á estas razones, su humildad no le permitia aceptar semejante dis-

tinción, y así es que rogó encarecidamente á Teodoreto que le librase de aquella gran mortificación, y queriendo satisfacer en algún modo á sus deseos, hizo llevar á la montaña la tumba que habia preparado, y edificar una humilde capilla que la preservase de las injurias del tiempo.

No quedaba satisfecha con esto la humildad del Santo, pues temia que esta tumba inmortalizase su nombre. Como no habia trabajado más que para poseer á Dios en el cielo, no queria que se conservase en el mundo ningún monumentò que perpetuara su memoria. Nunca permitiré, dijo, que se diga, ésta es la tumba de Jacobo, y así es que deseo que esta capilla lleve el titulo de los santos Mártires, y por lo que á mi toca, que se me coloque en un lugar inmediato, como un pobre á quién se ha hecho la caridad de recibirle.

Para ello recogió varias reliquias de santos, que colocó en la tumba que Teodoreto le habia preparado, creyéndose muy dichoso con ocupar un rincón al lado de estos despojos sagrados, para resucitar un dia con ellos, y participar de su gloria en el seno del mismo Dios. Teodoro el Lector asegura que se le colocó en la misma tumba, y esto despues de la muerte del obispo Teodoreto, pues el Santo le sobrevivió. San Zebinas le habia dado su primer cilicio, así como una túnica de pieles, la cual envió á Polícrono, el compañero de sus trabajos, pero éste, encontrándola demasiado buena para él, como hemos dicho en el capítulo precedente, no quiso usarla.

No debemos olvidar que el emperador León escribió á nuestro Santo en particular, así como á san Simeón Estilita y á san Baradat, para consultar su opinión acerca del concilio de Calcedonia y de Timoteo Eluro, que habia usurpado la silla de Alejandría, y que en su respuesta le manifestó, lo mismo que estos dos santos, tanto horror á la conducta de Timoteo, como veneración al concilio. Escri-

bió con este mismo objeto á Basilio, obispo de Antioquía, una carta de un estilo sencillo, pero llena del espíritu de Dios. Esto demuestra en cuán grande estimación era tenido el Santo. El mismo Teodoreto, habiéndose visto obligado á escribir á dos magistrados en favor de sus diocesanos, á quienes se oprimía con excesivos tributos, les hace presente que el santo hombre Jacobo le pedia también esta misma gracia, y que si no les escribia, era porque no tenia costumbre de hacerlo, á causa del amor que profesaba al silencio y á la contemplación.

Como no es de creer que Teodoreto viviera más allá del año 457, se sigue que san Jacobo, que murió despues de él, vivia en este año. Los griegos celebran su fiesta el 26 de noviembre. Valois opina que este santo era el mismo Jacobo, sacerdote y monje, á quién Teodoreto escribió su carta vigésima octava. Pero Bulteau no es de la misma opinión, y Tillemont hace notar muy oportunamente, que el nombre de Jacobo era tan común, que no puede servir de prueba, y que si el Jacobo de que tratamos hubiera sido sacerdote, Teodoreto no hubiera dejado de hacerlo constar.

San Limno fué también discípulo de san Marón, y se puso bajo su dirección al mismo tiempo que san Jacobo; pero en su juventud habia sido ejercitado en las prácticas de la vida religiosa por san Talaso, que tenia su morada en una pequeña colina, situada al mediodía de la aldea de Tilima, en que brillaba por sus virtudes, y principalmente por su sencillez y modestia.

Teodoreto trató mucho á san Talaso, que parece haber muerto hacia el año 440, ó sea cuando este prelado escribia su Historia religiosa. La primera lección que este santo anciano dió á Limno fué prevenirle, que uno de los principales deberes del religioso consiste en tener sumo cuidado con la lengua, y obediente este discípulo, la practicó con

tanta perfección, que estuvo mucho tiempo sin hablar á nadie.

San Limno era de avanzada edad, cuando se puso bajo la dirección de san Marón, á cuyo lado hizo grandes progresos. Movido despues por un ardiente deseo de imitar su penitencia, se trasladó á una montaña inmediata á la aldea de Targalo, y en lugar de construir una celda, se encerró en un recinto formado con piedras, y cuya puerta tapó con tierra. A ejemplo de su maestro, se condenó á vivir al aire libre, expuesto noche y dia á las inclemencias de las estaciones. A pesar de esto, le buscaban innumerables personas para aprovecharse de sus instrucciones, que les daba por una pequeña ventana ; pero abrió su puerta á Teodoreto que vino á visitarle, y con este motivo penetraron al mismo tiempo muchas personas deseosas de escuchar más de cerca sus celestiales avisos. Este prelado asegura que obraba muchos milagros, de alguno de los cuales fué testigo ocular. Se sirvió de este don para curarse á sí mismo en dos ocasiones, en que se dejó ver su invencible paciencia y la fé viva de que se hallaba animado. Hallándose un dia molestado por un fuerte cólico, y mordido en otra ocasión por una víbora, no empleó otro remedio que la oración y el signo de la cruz, con el cual quedó enteramente curado.

Su caridad le hizo construir dos habitaciones al rededor de su estrecho recinto, en donde hospedaba á algunos ciegos, á quienes alimentaba con las limosnas que recogia, á la vez que cultivaba sus almas con sus instrucciones, y les excitaba á cantar las alabanzas divinas. Hacía treinta y ocho años que vivia de esta manera, cuando Teodoreto escribia lo que acabamos de exponer. Los griegos honran su memoria el 22 de febrero, juntamente con la de san Talaso, su primer padre espiritual.

## LOS SANTOS EUSEBIO, JUAN, MOISÉS, ANTIOCO, ETC.

Muy poco dice Teodoreto de estos santos solitarios, por lo cual trataremos en un solo capítulo todo lo que á ellos se refiere. Dice de Eusebio, que murió de muy avanzada edad : que sus trabajos igualaron á sus años, y que su virtud igualó á sus trabajos. Este Santo comenzó sus primeros ensayos de vida monástica en una comunidad compuesta de excelentes religiosos, distinguiéndose por su ciega obediencia. Su docilidad le hizo estar enteramente sometido á la voluntad de sus superiores, los cuales le formaron en la ciencia de los santos, y le hicieron caminar á grandes pasos por la senda de la virtud.

Despues de unos progresos tan felices como rápidos, Dios recompensó su fidelidad imprimiendo en su corazón un ardiente deseo de practicar el dulce reposo de la vida de los anacoretas, y un atractivo irresistible á la oración. Para ello se retiró á una montaña no muy lejos de la aldea de Asica, escogiendo para su morada una fosa descubierta, que rodeó con una muralla de piedras secas. Allí, sin otra techumbre que el cielo, y vestido con un hábito de pieles, añadió á los rigores del frio y á los ardores de un sol abrasador una abstinencia en extremo rigorosa, no alimentándose más que de legumbres, y esto en muy reducida cantidad.

Continuó este género de vida hasta muy avanzada edad, y las austeridades estenuaron hasta tal punto su cuerpo, que parecia un rígido esqueleto, y si se tenia en pié, era porque su piel estaba enteramente pegada á su hábito.

Se habia retirado á la montaña, para entregarse más fácilmente á la contemplación de las cosas celestiales, que formaban todas las delicias de su corazón; pero aún en este lugar apareció su virtud cual fulgente antorcha, que se vé desde más lejos, á medida que más se eleva, y atrajo á muchas gentes ávidas de escuchar de su boca instrucciones dignas de la estimación que su piedad le habia grangeado. No pudo en un principio estar tan solo como deseaba, sino que se veia obligado á recibir á muchas personas, á las cuales dirigia sabios consejos, basados en las sagradas Escrituras, despidiéndolas despues para entregarse nuevamente á la oración.

Pero queriendo librarse poco á poco de estas visitas, que le eran muy enojosas, por lo mismo que le distraian de la contemplación, tapó con una grande piedra la puerta de su celda, no dejando en la muralla más que un pequeño agujero, por el cual respondia á los que venian á verle, y por donde le daban su frugal alimento. Sólamente Teodoreto penetró en su reducido albergue, y con él trataba familiarmente.

Por grandes que fuesen sus precauciones para alejarse del mundo, no pudo evitar que muchas personas viniesen á pedir sus consejos y su bendición. Esto le determinó á abandonar aquel lugar, y aunque muy anciano, se retiró á un monasterio inmediato, escogiendo para morada una fosa que hizo en un rincón en donde continuó el mismo género de vida que hacia en la montaña. El superior de este monasterio, personaje, dice Teodoreto, muy recomendable por sus virtudes, asegura que pasó toda la cuaresma sin comer más que quince higos.

Por último, despues de tantos trabajos sufridos con tan heróica paciencia por amor de Dios, estando su cuerpo agoviado por el peso de los años, miéntras que su espíritu conservaba el vigor de la juventud se encontró al

fin de su vida, que habia consagrado al amor de Dios y á la contemplación de su bondad infinita. Murió ántes del año 440, pues Teodoreto que escribia su historia en este tiempo, dice que murió poco tiempo ántes, á la edad de más de noventa años. Los griegos celebran su fiesta el quince de febrero.

Los bienaventurados Juán, Moisés, Antioco y Antonio, por más que vivian en parajes muy retirados, estaban animados del mismo espíritu, y practicaron las mismas austeridades. Así es que los griegos no los han separado en su fiesta, que celebran el 23 de febrero. Estos consideran á Juán como discípulo de san Limno, y á los otros tres como discípulos de Juán. Vivia éste al aire libre en una roca desnuda y descubierta por la parte del norte, lo que no sólamente hacia que fuese muy fria, sino que estuviese expuesta á los furores del Aquilón. A esta morada tan difícil de soportar, es preciso añadir los más rigorosos ayunos y las cadenas ó pesadas masas de hierro que llevaba este santo hombre en su cuerpo, bajo un hábito de pieles, que servia de lección de penitencia á todos los que le veian. El temor de gozar de algún consuelo humano le hizo cortar un almendro que le proporcionaba alguna sombra, y recreaba su vista. Miéntras más se privaba de toda satisfacción pasajera, tanto más su alma, elevada sobre todas las cosas sensibles, gustaba de las dulzuras de la oración y del sagrado comercio con Dios.

Sólamente sabemos de Moisés que vivia en la cumbre de una montaña que dominaba á la aldea de Rama : que Antioco vivia en otra montaña desierta y expuesta, como la de san Juán á las injurias del aire, en una pequeña porción de terreno rodeado de muros, y que Antonio, aunque de avanzada edad, conservaba todo el ardor de un jóven para entregarse á los laboriosos ejercicios de la penitencia. Teodoreto dice de ellos en general, que eran enteramente iguales en el hábito, en el alimento, en la vivienda y en sus

oraciones y trabajos: que todos ellos llegaron á una edad muy avanzada, sin que la debilidad del cuerpo, inherente á ella, disminuyese en nada su fervor y su constancia en el deseo ardiente de agradar á Dios y de sacrificarse por su gloria. Todos estos santos vivian en el año 440.

Habia dos solitarios llamados Maris, el uno, sacerdote y monje en una de las diócesis de Apamea, y á quién san Juán Crisostomo escribió desde su destierro una importante carta, y otro de quién habla Teodoreto en el capítulo XX de su *Historia religiosa*, y al que colocan los griegos en sus *Menólogos* el dia 25 de enero. Este último entró en el desierto siendo ya de madura edad; pero todo el tiempo que vivió en el mundo, practicó la virtud de un solitario. Esto es tanto más de admirar, cuanto que tenia una arrogante figura y una voz tan hermosa, que el pueblo gozaba oyéndole cantar en las fiestas de los mártires. Pero la pureza de su alma era una voz aún mas harmoniosa, que penetraba los cielos, y ofrecia á Dios un tributo de alabanza que le era muy grato. Aunque expuesto por sus prendas naturales á los peligros del mundo, supo preservarse de su contagio, pues no le movia otro fin que la piedad y el amor de Dios. Conservó la castidad con especial esmero, y á la edad de noventa años confesaba á Teodoro, con tanta verdad como sencillez religiosa, que se hallaba, por la gracia de Dios, tan puro como el dia en que nació.

El siglo no era digno de poseer tan rico tesoro. Maris aspiraba á la penitencia de los anacoretas, cuyas virtudes habia imitado en la vida secular, y para ello se retiró á las inmediaciones de una aldea de la diócesis de Ciro, llamada Homero, y se encerró en un pequeño edificio, en extremo húmedo y malsano, en donde pasó los treinta y siete años restantes de su vida, sin que pensase nunca en habitación más cómoda: pues asegura Teodoreto que en el invierno manaba el agua por todas partes.

Imp. Ch. Chardon aîné, Paris

Girard. direx.

Religieuses de Syrie.

Monjas Siriacas.

Añade este mismo autor que con los trabajos aumentó su virtud. Alaba mucho su sencillez, y dice que detestaba con todo su corazón la doblez y el disimulo, y que amaba la pobreza evangélica,que había profesado, más que todas las riquezas de la tierra. A la edad de noventa años llevaba todavía un hábito de piel de cabra, y no se alimentaba más que con un poco de pan y de sal.

Este escritor podia hablar con toda certeza, pues le visitaba frecuentemente, y era recibido por él con señales de amistad y gran respeto. Sus conversaciones no versaban nunca sobre cosas inútiles, sino sobre asuntos piadosos. Un dia le manifestó Maris que hacía mucho tiempo que no habia visto celebrar el santo sacrificio de la Misa, y le rogó que lo hiciese en su celda. Se concedió esta gracia, enviando para ello por vasos sagrados á una iglesia inmediata, y en lugar de altar se sirvió de las manos de los diáconos que le acompañaban. Experimentó con ello tanto gozo este anacoreta, que se imaginaba haber entrado en el cielo, y aseguraba no haber tenido en su vida un consuelo tan grande. Murió ántes que Teodoreto escribiese su historia, y cree Bulteau que fué hacia el año 430.

---

## RELIGIOSAS DE SIRIA[1]

Hemos hablado en otra parte de una santa abadesa, llamada Publia, que gobernaba en Antioquía una comunidad de vírgenes en tiempo del emperador Juliano el Apóstata. Otras muchas piadosas mujeres quisieron imitar el fervor

[1] Teodoreto, san Basilio y los Bolandistas.

de los solitarios, y los desiertos de Siria no fueron ménos santificados por sus virtudes, que por las de estas santas mujeres. San Juán Crisóstomo asegura que se ejercitaban en las prácticas religiosas con el mismo fervor, y Teodoreto, despues de trazar el elogio de santa Domnina, de que despues hablaremos, termina con estas palabras: « No fal- « tan otras personas del mismo sexo que se ejercíten en « imitar sus virtudes. Se vé un gran número de ellas, entre « las cuales, unas han abrazado la vida enteramente solita- « ria, y otras viven unidas hasta el número de doscientas « cincuenta, tomando todas el mismo alimento, aconstán- « dose sobre esteras, empleando sus manos en trabajos pro- « pios de su sexo, y sus lenguas en alabar á Dios. Y esto « no se verifica sólamente en nuestras provincias, sino en « la Siria, en la Palestina, en Egipto, en Asia, en la Meso- « potamia, y en el Ponto; pues desde que Jesucristo nació « de una Vírgen, la tierra ha ofrecido al Criador santas « praderas llenas de vírgenes, que son como otras tantas « flores de esquisito olor, cuya brillo y hermosura jamás « se agosta. No hay, pues, distinción entre las virtudes y « perfección de ambos sexos: porque, como dice el santo « Apóstol: *No hay macho, ni hembra, porque todos voso-* « *tros sois uno en Cristo* [1] ».

Expone este historiador los ejercicios de las religiosas de su tiempo, diciendo que profesaban la misma regla que los solitarios, tanto cenobitas, como anacoretas. Aparece también que eran muchas las que vivian en comunidad, pues en algunos monasterios habia doscientas cincuanta. En cuanto á las que seguian la vida de los anacoretas, sus austeridades igualaban á las de los hombres, y para convencerse de ello, no hay más que leer lo que dice este santo obispo de las santas Maranas, Cira y Domnina. Fueron tres

[1] Galat. III, 28.

prodigios de penitencia, y realizaron en su tiempo lo que despues dijo el autor de la imitación, á saber : que el amor de Jesucristo impulsa á las almas á grandes acciones, sin que necesiten grandes esfuerzos : que el trabajo les supone muy poca cosa : que emprenden mucho más de aquello á que alcanzan las fuerzas naturales, y que su ánimo les basta para todo.

Todo esto podemos aplicarlo á las tres santas solitarias de que vamos á hablar. Teodoreto comienza la historia de santa Marana con estas palabras : « Despues de haber expuesto las acciones de tan ilustres personajes, debo, para realizar el objeto que me propuse en esta obra, debo también hablar de algunas mujeres, que no sólamente les igualaron, sino que les excedieron en sus trabajos y combates : pues teniendo un cuerpo más débil, merecen mayores alabanzas, por lo mismo que han demostrado más ánimo al prescindir de la delicadeza de su sexo ».

Santa Marana y santa Cira pertenecian á una ilustre casa de Berea, y habian sido educadas cual correspondia á su nacimiento ; pero el amor de Jesucristo les movió á despreciar todas las ventajas de su condición, y á emprender un género de penitencia, cuyo solo relato espanta á la naturaleza, y demuestra cuanta fuerza y ánimo comunica el amor divino al corazón abrasado en sus ardores. Se encerraron en un pequeño recinto cerca de la ciudad, amurallando enteramente la puerta, y no dejando más que una ventana, por la cual recibian lo necesario para la vida. Allí, sin celdas ni techumbre, y expuestas á las inclemencias del tiempo, como hemos dicho de muchos solitarios, no tenian para preservarse de los temporales más que un largo hábito que cubria todo su cuerpo, y un velo que les llegaba á la cintura, y que cubria su rostro y sus manos.

Además de que este hábito, austero por sí mismo, no las preservaba del frio ni del calor, llevaban cadenas tan

pesadas, que santa Cira, que era más delicada, iba encorbada hasta la tierra. Se mortificaban también con largos ayunos, y quisieron imitar los de Moisés y de Daniel, pasando tres cuaresmas y tres semanas sin comer. Guardaban rigoroso silencio, y sólamente hablaban en el tiempo de la Pascua á las mujeres que venian á verlas, y aún entónces sólamente hablaba santa Marana, pues jamás se oia la voz de santa Cira.

Como Berea no distaba más que diecisiete leguas de Ciro, Teodoreto las visitaba en algunas ocasiones, y el respeto que profesaban á su elevada dignidad les hacía abrir su puerta para recibirle. Fué, por lo tanto, testigo ocular de su vida austera, y vió las cadenas que llevaban. Cediendo á sus instancias, se las quitaron ; pero cuando se retiró, volvieron à cargarse con ellas, colgándolas del cuello, y ciñéndolas á las cintura, á las manos y á los pies.

En una ocasión salieron de su clausura, con objeto de ir á Jerusalem á venerar los lugares consagrados por los misterios de la pasión de Jesucristo, y durante el viaje, que fué de veinte dias, nada comieron, hasta que hubieron satisfecho sus piadosos deseos. También fueron á visitar la tumba de santa Tecla en Selencia [1], (Isauria) para inflamar más sus corazones en el fuego del amor divino, y también hicieron este viaje sin comer. Sólamente una fuerza superior podia sostenerlas en tan largos viajes, sin tomar alimento, así es que esta circunstancia no puede menos de considerarse como un prodigio con que Dios manifestaba, cuán agradable le era su fervor.

Hacía cuarenta y dos años que vivian en su clausura consagradas á tan laboriosos ejercicios, cuando Teodoreto escribia su vida, y por lo tanto, despues de una penitencia

[1] La peregrinación á la iglesia de santa Tecla era muy común. Basilio, obispo de Seleucia en 451, habla de muchas personas piadosas, que la emprendian con mucha devoción.

tan larga, no respiraban más que mortificación. No sabemos cuanto tiempo vivieron despues; pues cuando este autor escribia su vida en 440, aún no habian muerto. Sus nombres se hallan en el Martirologio romano en 3 de agosto, y la iglesia griega las honra el 28 de febrero. No debemos olvidar que, habiendo deseado algunas de sus criadas imitar su género de vida, les construyeron una habitación inmediata á la suya, y abrieron una ventana, desde la cual las dirigian, y las excitaban á la oración y al amor de Dios. Así es que podia considerarse aquel lugar como un monasterio de santas mujeres, que, animadas con sus exhortaciones y ejemplos, glorificaban al Señor con sus virtudes.

Santa Domnina no practicó tan grandes austeridades como las dos santas de que acabamos de hablar; pero no dejó de llevar también una vida muy penitente. Se propuso por modelo á san Marón, y habiendo edificado en el jardín de su madre una pequeña cabaña cubierta de bálago, se consagró en ella á las dulzuras de la contemplación. El amor de Dios de que se sentia inflamada, y el ardiente deseo de poseerle en el cielo, la hacian derramar continuamente lágrimas, y su corazón no suspiraba más que por el término de este destierro. Por la mañana se dirigia á la iglesia de la aldea, para ofrecer sus oraciones al Señor, y lo mismo hacia por lo tarde. Teodoreto no dice el nombre de esta aldea; pero indica que pertenecia á la diócesis de Ciro, hacia la parte del mediodía. Así es que, cuando pasó por ella para visitar su diócesis, no dejó de ir á ver á la Santa, que besó su mano para participar de su bendición.

Esta gran sierva de Dios profesaba un respeto extraordinario al lugar santo, y se esforzaba por inspirarle á los demás. Su solo ejemplo era una lección saludable, y bastaba verla en la iglesia, para aprender el espíritu de religión con que debe estarse en ella. Tenia además un especial

esmero por su ornato, é inclinó el ánimo de su madre y de sus hermanos á que empleasen en él gran parte de sus bienes.

Ya hemos dicho que su vida era muy austera. Estaba vestida con hábito tejido con piel de cabra que la cubria enteramente, de modo que, aún cuando estuviese en medio del pueblo ó en la iglesia, ni veia á nadie, ni nadie podia ver su rostro. Sus vigilias eran muy prolongadas, y consagradas á la contemplación. Lentejas remojadas en agua constituian su alimento ordinario ; pero comia tan poco, que su cuerpo estaba desecado por el rigor de la abstinencia.

Aunque pasaba, dice Teodereto, los dias y las noches en estos ejercicios, no descuidaba la práctica de las demás virtudes. Llena de caridad para con el prójimo, y solícita con los pobres, suplicaba á su madre y á sus hermanos, que los socorriesen, y Dios bendecia su liberalidad por las oraciones de la Santa, Vivia aún en el año 440. Los griegos celebran su memoria el 5 de enero y el primero de Marzo. Teodoreto concluye su *Historia religiosa* con la vida de esta Santa.

---

## DESIERTO DE CHALCIS

### SAN MARCIANO [1]

El desierto de Chalcis estaba en las extremidades de la Siria, hacia la parte de la Arabia, y se extendía hasta el Eúfrates. Fué habitado por santos monjes, siendo Avito y Marciano los más conocidos. San Jerónimo habitó en él

[1] Teodoreto, Tillemont.

Imp. Ch. Chardon aîné Paris. Cervi dirext

St Avite & St Marcien.

San Avicio y San Marciano

durante algún tiempo. Hemos hablado de estos solitarios á la vez que de los de la diócesis de Ciro, porque estaban inmediatos á ella. No se conoce de Avito más que lo que refiere Teodoreto. « Era éste, dice, un santo personaje, » dotado de extraordinaria sabiduría. Era mayor que san » Marciano, y entró ántes que éste en los ejercicios de la » vida monástica. Su desierto, que formaba parte del de » Chalcis, estaba más inclinado á la parte septentrional » que el de este Santo, y muy expuesto á los vientos del » nordeste. Allí edificó una pequeña celda, en que llevaba » un género de vida muy austera, y á la que se habia acos- » tumbrado por la continuada práctica de la mortifica- » ción. Habiendo oido hablar de las virtudes de san Mar- » ciano, creyó proporcionar un gran beneficio á su alma, » tomando conocimiento con él, y fué á visitarle. » Tal era Avito según Teodoreto.

Hablando de san Marciano, dice que tuvo tres patrias, la ciudad de Ciro, la soledad y el cielo. La primera le vió nacer : la segunda lo nutrió en la piedad, y la tercera coronó sus virtudes. Era de raza patricia, y por consiguiente, de una casa noble y opulenta. Además de las gracias exteriores de que le habia dotado la naturaleza, pues tenia elegante figura, faz hermosa y modales distinguidos ; además, repito, de estas gracias exteriores, era muy recomendable por las cualidades de su alma, por su prudencia y por su sabiduría. Así es que gozaba de gran distinción en la corte.

Sin embargo, despreció todas estas ventajas del nacimiento y de la fortuna, para seguir la voz de Dios que le llamaba á la soledad, y movido por un excelente amor de preferencia, renunció á las criaturas y á sí mismo, y se entregó sin reserva á Aquel de quién todo lo habia recibido.

El lugar que escogió para su retiro fué el desierto de

Chalcis, en el cual este hombre, que hasta entónces no habia habitado más que suntuosos palacios, se redujo á una celda tan estrecha y baja que apénas podia contener su cuerpo. Allí, alejado de toda conversación humana, se entregó enteramente á los atractivos del amor divino, que habia arrebatado su corazón.

No tenia otra ocupación que la oración, la lectura de los libros santos y los cánticos sagrados. « El canto de los salmos, dice Teodoreto, sucedia á su oración : su oración sucedia al canto de los salmos, y la lectura de las santas escritura sucedia á uno y otro ejercicio. » Los consuelos que sacaba de esta santa lectura superaban á todos los consuelos que pudieran proporcionarle los hombres. Parecíale oir la voz del mismo Dios que le hablaba, y él á su vez le dirigía su palabra en sus fervorosas oraciones, y su alma se inundaba, por decirlo así, de inefables delicias en estos amorosos coloquios.

De este amor ardiente de que se sentia santamente abrasado, nacía en su corazón ese fervor y ese gozo admirable, con que se consagraba á los trabajos de la penitencia, sin que nada le hiciera detenerse en la trabajosa carrera de las austeridades monásticas. No comia más que por la tarde, y esto en tan poca cantidad, que una libra de pan le bastaba para cuatro dias. El agua la tomaba también por medida : de modo que se habia condenado á hambre y sed perpetuas.

Preferia comer un poco todos los dias á hacerlo despues de algún tiempo : pues decia que, cuando no se come durante muchos dias, se halla el cuerpo estenuado, y participando el espíritu de su languidez, se imposibilita para los ejercicios espirituales. Además, cuando se come despues de un ayuno de muchos dias. se hace con avidez, se carga excesivamente el estómago, y el cuerpo se pone pesado, y se resiste á las vigilias.

Pasó mucho tiempo en su celda, como en una prisión á que voluntariamente se habia condenado por amor de Dios, y muy bién puede llamarse prisión, dice su historiador, porque era tan estrecha y tan baja, que no podia sostenerse de pié. Pero la Providencia, que le destinaba á ser el padre espiritual de un pueblo numeroso de solitarios, le envió á dos excelentes sujetos, por medio de los cuales las reglas que les prescribió se extendieron á un gran número de monasterios, como pronto veremos. Estos dos religiosos fueron Eusebio y Agapeto. El Santo no les dió albergue, porque su celda era sumamente estrecha; pero les permitió que edificasen otra, y les ordenó que hiciesen juntos sus ejercicios, que consistian en cantar los salmos, en hacer oración, y en leer las santas Escrituras, como él mismo hacia.

Eusebio fué testigo de dos maravillas, que le dieron á conocer que el espíritu de Dios reposaba en san Marciano, y que se le habia concedido el don de milagros. Teniendo este santo discípulo curiosidad de saber lo que hacía el Santo en su celda, se puso una noche á observarlo por la ventana, y vió sobre su cabeza una luz celestial, que era símbolo del don de inteligencia, que le daba Dios, para que penetrase el sentido de las sagradas Escrituras, cuyo libro tenia en la mano. Quedó lleno de santo temor, dice Teodoreto, y al ser testigo de la gracia infusa que Dios habia derramado sobre el alma de Marciano, vió cuán bueno es Dios para con los que le sirven fielmente.

El mismo discípulo vió desde lejos una serpiente que se habia colocado sobre el muro de la celda del Santo, que hacía en aquel momento su oración, vuelto hacia el Oriente. Viendo que este monstruoso animal le miraba desde lo alto del muro con ojos amenazadores y con la boca abierta en además de devorarle, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones para avisarle el peligro en que se

ballaba. Pero Marciano, lejos de temer, hizo el signo de la cruz, y sopló sobre la serpiente, que cayó al punto hecha pedazos, cual si fuera un tronco quemado por el fuego.

Era, sin embargo, tan grande su humildad, que le contaba mucho trabajo resolverse á usar del don de milagros, y á manifestar el de sabiduría y de ciencia espiritual, que habia recibido de lo alto, y nada omitia por tenerlos ocultos. Teodoreto nos ofrece dos pruebas de ello. « Un » hombre distinguido de Berea, dice, y que ocupaba un » puesto muy elevado en el servicio del príncipe, tenia una » hija poseida del demonio, y vino al desierto de Chalcis » para alcanzar su libertad por las oraciones del Santo, á » quién ya conocia; pero no pudo verle, porque san » Marciano no hablaba á los seculares más que en tiempo » de Pascua. En su consecuencia, se determinó rogar á un » buén anciano solitario, que estaba encargado de llevar » al Santo las cosas que necesitaba, para que pusiese ante » su celda una ampolleta de aceite, á fin de que lo bendi- » jese, y pudiera servir á su hija de remedio contra el de- » monio que la atormentaba. »

« El anciano le manifestó que era muy difícil hacer lo » que pretendia, porque temia que el Santo le reprendiese, » pero rendido por las instancias del afligido padre, con- » sintió al fin. Sin embargo, cuando fué á llevar la botella, » no se atrevió á hablar al Santo, y pretestó que venía á » preguntarle si necesitaba alguna cosa. Intentólo segunda » vez, y tampoco tuvo valor para manifestarle el objeto » de su visita. Pero Marciano, viendo que habia venido dos » veces contra su costumbre, sospechó la causa, y le rogó » que le dijese la verdad. »

« El anciano, que no ignoraba que tenia el espíritu de » Dios, y que seria inútil ocultarle el motivo de su visita, » porque Dios se lo daria á conocer, se lo confesó tem- » blando. Le manifestó la enfermedad que aquejaba á la

» hija de este oficial, y le enseñó la botella de aceite que » deseaba le bendijese para su curación. El humilde Mar- » ciano, que hacía todos los esfuerzos posibles para ocultar » la gracia de hacer milagros, que habia recibido de Dios, » se sintió tan afligido, que reprendió severamente al an- » ciano, y le dijo que no admitiria lo que le llevara, aún » cuando tuviera necesidad de ello, si se encargaba de se- » mejante comisión. En su consecuencia, no quiso bendecir » el aceite, y ordenó al religioso que lo devolviese al ofi- » cial.

» Pero al mismo tiempo que se resistia á obrar este mila- » gro, Dios mismo lo hizo, para manifestar cuán preciosa » era á sus ojos la humildad de su Santo. Efectivamente, » gritando el demonio en alta voz por la boca de la jóven, » declaró que la virtud de Marciano le obligaba á salir de » su cuerpo, lo que, á su vuelta á Berea, supo el oficial » haber acaecido precisamente en el momento en que el » anciano le devolvia de parte de Marciano la botella. De » esta manera, desde el fondo del desierto, separado unas » cuatro jornadas de Berea, ejercia Marciano su poder » sobre el demonio que atormentaba á esta criatura. Y » ¿cuantos milagros no hizo sin querer? pues cuanto más » se empeñaba en ocultar la gracia que habia recibido, con » tanta más claridad la manifestaba el mismo Dios. »

El mismo escritor manifiesta en las siguientes palabras la segunda prueba que dió de su profunda humildad. « No evitaba ménos el que se conociesen la sabiduría y » las gracias espírituales con que Dios habia enriquecido » su alma. No recibia visitas más que en tiempo pascual, » y entónces acudia una multitud numerosa para tener la » dicha de hablar con él. Muchas veces tampoco admitía » ni aún á las personas de más elevada dignidad. Un dia, » pues, vinieron á visitarle cuatro prelados de la más ele- » vada gerarquía, á saber Flaviano, patriarca de Antioquia,

» Acacio, obispo de Berea, Isidoro que lo era de Ciro, y » Teodoreto de Hierópolis, acompañados de varias per- » sonas de distinción, y de algunos magistrados, que, » llevados de su fé, quisieron acompañarles en su piadosa » visita. Los recibió con el respeto debido á su elevada » categoría, y habiendo tomado asiento, esperaban que » empezase á hablar. Pero como el esperase también que » otro lo hiciese ántes, le dijo uno de los de la comitiva, » que ya le conocia, por haber estado bajo su dirección: » Padre mio, todos los que veis aquí, hasta los mismos » prelados, han venido para escuchar de vuestra boca » algunas palabras de edificación; no los priveis de los » beneficios que piensan reportar de esta visita. »

« El humilde Marciano suspiró, y no queriendo decir » cosa alguna que pareciese fruto de su ingenio, apeló » al gran libro del universo y á las instrucciones que Dios » nos da en las santas Escrituras, Dios nos habla, dijo, » por la boca de todas sus criaturas, y al mismo tiempo » nos instruye por medio de los Libros santos. Nos ma- » nifiesta nuestros deberes; nos dice lo que tenemos que » hacer para el bién de nuestras almas: nos amenaza con » sus castigos, nos anima con sus promesas, y sin em- » bargo, no nos aprovechamos de los unos ni de las » otras ¿ Como pues, podrá seros útil Marciano, cuando » él mismo se aprovecha tan poco de las bondades del » Señor, y no saca de sus gracias el fruto que podrian pro- » curarle, si fuese fiel á ellas ? »

« Estas palabras dieron, ocasión á que los demas habla- » sen tambien; insensiblemente entraron en largos dis- » cursos, y por último, se retiraron muy satisfechos de esta » visita. Así se deduce de la intención que tuvieron los » obispos de elevarle al sacerdocio. Habiéndose, pues, » levantado, y despues de la oración con que los solitarios » acostumbraban terminar sus visitas, determinaron los

» obispos ordenarle sacerdote ; pero defiriendo unos á otros el honor de imponerle las manos, excusándose con el respeto con que lo miraban, se retiraron sin hacerlo. Lo que Dios indudablemente permitió para favorecer la humildad de su siervo.

« Despues de esta visita, refiere Teodoreto la que le hizo el solitario Avito, quién, habiendo oido hablar de sus virtudes, quiso tener el consuelo de verle personalmente. » Marciano le abrió su puerta : le recibió con marcadas señales de consideración, y ordenó á su discípulo Agapeto que cociese yerbas y legumbres, moviéndole la caridad á tratar á su huésped mejor que él lo hacia consigo mismo. Tuvieron una larga conversación durante la cual se conocieron perfectamente uno y otro : despues dijeron el oficio de Nona, y en seguida Agapeto llevó la mesa y el pan. « Seais bienvenido, Padre mio, le dijo Marciano : hoy comeremos juntos. »

No era ciertamente la hora acostumbrada por los solitarios, que no comian ordinariamente hasta la tarde, y Avito manifestó á Marciano, que le costaba no poco trabajo tomar la comida ántes de la hora acostumbrada. Pero Marciano, que tenia tanto discernimiento como humildad, le respondió suspirando : « Me aflige, Padre mio, que « pensando encontrar en mí á un hombre instruido en « los deberes monásticos, hayan salido defrandadas vues- « tras esperanzas, y que en lugar de un hombre sobrio, « encontreis á un religioso amante de la buena mesa. »

Comprendió muy bién Avito lo que queria decirle, y le confesó que hubiera querido mejor comer carne, que haber dado motivo para aquella reprension. Entónces se apresuró Marciano á replicar. « Somos de la misma profesión, y observamos la misma regla. Preferimos el trabajo al reposo, y el ayuno á la comida : si vos tomais el alimento por la tarde, yo lo hago igualmente. Pero habeis de saber

que la caridad es más agradable á Dios que el ayuno, puesto que « la caridad se nos impone como un precepto, « mientras que el ayuno depende de nuestra voluntad, « y por lo tanto, en curcurso de estas dos virtudes, de- « bemos dar la preferencia á la caridad sobre las austeri- « dades voluntarias. »

De esta manera le hizo comprender Marciano, que sólamente por motivos de caridad habia adelantado en su favor la hora de la comida: pues como hemos visto en el curso de esta obra, muchos solitarios de muy eminente piedad hacian otro tanto en las mismas circumstancias, atendiendo de este modo más á la práctica de la virtud, que á la de la voluntaria penitencia, y sabiendo con espíritu de discreción, dice Teodoreto, discernir el tiempo de ejercer la caridad. La acción de gracias siguió á la frugal comida, y la conferencia espiritual á la acción de gracias. Tres dias pasaron juntos, y despues se separaron para no verse más.

No dió el Santo una prueba ménos evidente de la sabiduría evangélica, con que Dios le habia favorecido, en una visita que le hizo su hermana. Vino ésta expresamente con su hijo, que ya ocupaba un elevado puesto en la ciudad de Ciro, y le trajo algunas provisiones. Era tiempo de Pascua, en el cual, como hemos dicho, todos, á excepción de las mujeres, podian hablarle. Por esta razón no permitió ver á su hermana; pero recibió á su sobrino con religiosa dulzura. Este le rogó que aceptase los presentes que le traia, y el Santo le preguntó sí habia pasado por algunos monasterios, y dejado en ellos parte de sus liberalidades. Habiéndole respondido que no, continuó el Santo diciéndole. « Pues en este caso no puedo aceptar cosa alguna, « porque, al traerme estas cosas, sigues las afecciones de « la carne y de la sangre, y no obras por pura caridad « cristiana. Además, yo nada necesito. »

No degeneró san Marciano de los demás solitarios en la defensa de la fé católica. Como vivia en la época de los emperadores Constancio y Valente, que defendian á los arianos, tuvo también que ejercitar su celo contra estos herejes. No detestaba ménos los errores de los Apolinaristas, y de los Sabelianos, que, bajo un hábito religioso, estaban contagiados con la heregía de los maniqueos. Este celo por los santos cánones le hizo conocer á un solitario llamado Abrames, á quién atrajo á la verdadera doctrina, de que se habia separado por ignorancia.

Abrames vivia en el mismo desierto que él, y habia llegado á una edad avanzada, despues de ejercitarse, dice Teodoreto, en todo género de virtudes. Sobre todo se admiraba en él un espíritu de compunción, que le hacía derramar constantemente lágrimas. Abrazó primeramente por ignorancia el error de los Cuartodecimanos, llamados así, porque, á semejanza de los judiós, celebraban la Pascua el dia catorce de la luna de Marzo, lo cual habia sido prohibido por el concilio de Nicea. No era él, dice su historiador, el único que habia caido en este error. San Marciano compadecido de él y celoso del prestigio de los santos canones, se propuso atraerle á la verdadera Iglesia; pero no pudiendo conseguirlo, le declaró que se separaría de su comunión. Preciso es convenir en que esta declaración, juntamente con sus discursos, produjo el resultado que el Santo deseaba. Abrames, que sólamente habia pecado por sencillez, concibió un sincero arrepentimiento de su falta, y volvió al seno de la Iglesia.

Era tan generalmente conocida la virtud del Santo, que, aún viviendo, se edificaron en diferentes lugares capillas, para depositar en ellas sus reliquias despues de su muerte; pues todos pretendian ser depositarios de ellas en la tierra, para tenerle por protector en el cielo. El hijo de su hermana, llamado Alipo, edificó una en Ciro: Zenobiana,

señora de grande consideración, y tan rica en virtudes como en bienes temporales, construyó otra en Chalcira, y así otras muchas. Su humildad no pudo ménos de alarmarse, cuando llegó á su conocimiento, y para evitarlo, hizo que su discípulo Eusebio le prometiese bajo juramento, que le enterraria secretamente en el desierto, y que no manifestaria el lugar de su sepultura más que á otros dos discípulos, en quienes tenia grande confianza: así como también que no hablasen de él en una larga serie de años, á fin de que se borrase su memoria, ya que no habia querido vivir sino para Dios.

Eusebio ejecutó puntualmente su voluntad: hizo que durante mucho tiempo se ignorase su muerte, y cuando llegó á saberse, vinieron muchas personas á buscar su santo cuerpo; pero no pudo ser encontrado hasta despues de cincuenta años, y esto porque el único discípulo que quedaba, viendo que se habian puesto reliquias de mártires en las capillas edificadas, y creyendo que ya no serian transladadas las del Santo, descubrió el paraje en que Eusebio las habia depositado, y los que heredaron su celda las colocaron en una tumba de piedra que hicieron con este objeto.

Esta traslación se hizo, según Tillemont, dos años ántes de que Teodereto escribiese las Vidas de los Padres, y por consiguiente, hacia el año 438, y cincuenta despues de la muerte del Santo, que debió, por lo tanto, tener lugar en 388. Los griegos celebran su fiesta el 2 de noviembre, y Baronio les ha seguido en el Martirologio Romano. No se sabe la edad en que murió, pero es de presumir que era muy avanzada.

Imp. Ch. Chardon aine Paris

Gérom. dessc.

Saint Malch.

San Malco.

## DISCIPULOS DE SAN MARCIANO [1]

## SAN MALCH, SOLITARIO Y CAUTIVO

Eusebio y Agapeto fueron los primeros discípulos de san Marciano, como hemos dicho en el capítulo precedente. Habitaron juntos en una celda diferente de la de su maestro : pero como hubiese otros que deseaban también participar de la dicha de vivír bajo la dirección del Santo, hizo éste construir otra habitacion para ellos, y encargó á Eusebio que los gobernase en cualidad de superior, según las reglas que le habia dado. Despues de su muerte heredó Eusebio su celda ; pero no permaneció en ella mucho tiempo, pues escogió para morada una antigua cisterna desecada, en donde pasó tres años, cargado con dosciéntas cincuenta libras de hierro, es decir, con ciento veinte que llevaba ántes de la vida de san Marciano, con ochenta que llevaba éste, y con otras cincuenta que le dejó su condiscípulo Agapeto, ya fuese por su promoción al episcopado, como despues veremos, ó ya por su muerte. No es de creer que viviese Eusebio hasta el tiempo en que fueron trasladadas las reliquias de san Marciano, ó sea, cincuenta años despues de la muerte de éste, pues que entónces sólamente quedaba un testigo de los que habian visto en donde fueron ocultadas según sus órdenes ; así es que debió morir antes del año 438. Pero poco más tarde se formó una comunidad en el eremitorio de san Marciano, y los religiosos que la

[1] S. Jerónimo, Teodoreto y Tillemont.

constituian fueron los que construyeron la tumba, en que colocaron los restos del Santo con la decencia que convenia á su memoria.

Agapeto, despues de haberse formado bajó la dirección de san Marciano en las virtudes religiosas, se retiró á la diócesis de Apamea, en Siria, lugar de su nacimiento, en donde fundó dos grandes monasterios en la aldea de Nicertas. Uno de estos monasterios llevó su nombre, y el otro el de san Simeón, otro discípulo de san Marciano, que durante cincuenta años brilló por sus virtudes en la celestial disciplina que aprendió de su maestro. En el tiempo en que Teodoreto escribia la historia de este Santo, habia más de cuatrocientos religiosos en estos dos monasterios, que vivian con un fervor y una piedad ejemplares, y que se esforzaban por alcanzar el cielo con los trabajos de le penitencia. Se hace mención del monasterio del bienaventurado Agapeto y del de Simeón en las firmas de una exposición dirigida á Antioco hacia el año 520, é inserta en las actas del concilio de Constantinopla bajo el patriarca Mennas. El de Agapeto tenia entónces por superior á un sacerdote, llamado Simeón. De estos dos monasterios se formaron otros muchos, en donde se santificaban las almas bajo la regla dada por san Marciano. De aquí es, dice Teodoreto, que puede asegurarse, que fué san Marciano el que los formó todos, pues habiendo él dado la semilla, debe con razón ser considerado como la causa de todos los bienes por ella producidos.

Agapeto no murió en su estado de monje : la estimación en que eran tenidas sus virtudes fué causa de que se le eligiera obispo de Apamea, su patria. En tiempo de Arcadio se distinguió tanto entre los prelados, como ántes se habia distinguido entre los solitarios.

Basilio, á quién Teodoreto llama hombre eminente, tuvo la felicidad de ser discípulo de este Santo, y fundó despues

un monasterio, en donde se hizo célebre por sus virtudes, y sobre todo por su amor á Dios y por su hospitalidad. En él formó también á un gran número de discípulos que se distinguieron por su piedad. Algunos autores creen que este Basilio es el obispo de Selencia; pero Teodoreto no lo dice, y Tillemont opina que son dos personajes diferentes.

Basilio tuvo entre otros discípulos á un religioso llamado Sabino, á quién representa Teodoreto como hombre de la más austera mortificación, pues para vencer mejor su apetito, no comia más que harina humedecida con agua, cuyo alimento le servia para todo un mes: de modo que cuando iba á tomarlo, ya estaba enmohecido. Esto sólamente lo hacia cuando estaba solo; pero cuando alguno venia á verle, comia indiferentemente de lo que se le presentaba. Con sus oraciones libró á la hija de una señora de consideración de Antioquía, que se hallaba poseida del demonio. Sabino ocupaba el tercer lugar en el monasterio de Basilio, y Teodoreto habla de él como de un religioso muy célebre: y preciso es que así fuese, puesto que este historiador lo distingue entre otros muchos religiosos muy perfectos é ilustres. Murió antes del año 440.

Pasemos ahora de los discípulos de san Marciano á la historia de san Malch, que nos ha conservado san Jerónimo, y que, siendo jóven, aprendió de boca del mismo santo, que, ya anciano, vivia en una pequeña aldea de Maronia, situada á la parte de Oriente, á treinta millas de Antioquía, á donde se habia retirado en sus últimos dias.

« Habiendo llegado á mi conocimiento, dice san Jeró-
» nimo, por los habitantes de Maronia las maravillas de
» este siervo de Dios, y deseando conocerlas mejor, me di-
» rigí á él mismo, y hé aquí lo que me refirió: Hijo mio,
» me dijo, mis padres vivian de un pequeño campo que
» cultivaban en el territorio de Nisiba. No tenian otro hijo
» que yo, y considerándome como el único vástago de la

» familia, quisieron casarme, para que ésta se perpetuase. » Les respondí que prefería ser solitario, y para hacerme » desistir de esta resolución, empleó mi padre las amenaza» zas, y mi madre las caricias. Para librarme de esta persecu» ción doméstica, tomé el partido de retirarme de la casa ».

« El Oriente me estaba vedado, tanto por la proximidad » de los Persas, como porque el paso estaba cerrado por » las tropas romanas. Me volví hacia la parte de Occidente, » llevando algunas provisiones, que sólo podian satisfacer » una necesidad extrema, y llegué, por último, al desierto » de Chalcis, en donde encontré una comunidad de solita» rios. Me puse bajo su dirección : como ellos, ganaba el » sustento con el trabajo manual, y con su ejemplo aprendí » á domar las pasiones por medio del ayuno.

« Muchos años pasé en esta santa compañía, y supe que » habia muerto mi padre. Pensé entónces volver al lado de » mi madre para consolarla en su viudez, y permanecer á » su lado hasta que Dios dispusiese de ella, con objeto de » vender, despues de su muerte, mi pequeña heredad, de » la cual proyectaba dar una parte á los pobres, edificar » con otra un monasterio, y reservar el resto para mi sus» tento. Al referir esto, no puedo ménos de llenarme de » verguenza, recordando mi infidelidad.

« Manifesté al abad mí resolución, quién me dijo que era » una ilusión del demonio, que queria engañarme con » apariencias de bién. Me manifestó que este enemigo ha» bia seducido á otros muchos con el mismo artificio, y » para convencerme más, me citó algunos pasajes de la sa» grada Escritura. Viendo que, á pesar de estas razones, » insistia yo en mi funesto propósito, se postró ante mí, » suplicándome que no le abandonase : que no corriese á » mi perdición, y que no volviese atrás despues de haber » puesto la mano en el arado [1] ».

[1] Luc. IX, 62.

« Pero, para desgracia mía, mí obstinación superó á » su ternura, pues me parecia que obraba más bién por » su propio consuelo, que por mí beneficio. No me dejó, » sin embargo, abandonado á mí mala voluntad : así es que, » viendo que me disponía á marchar, me acompañó hasta » la puerta del monasterio con el mismo dolor, que si me » hubiese acompañado á la sepultura, y dándome un triste » adios, me dijo : Te miro, hijo mio, como si estuvieses » marcado con el carácter de Satanás : no me alegues pre- » texto alguno : no admito excusas : la oveja que se separa » del rebaño está expuesta á ser devorada por los lobos.

» A pesar de esto, no desistí, sino que tomé la dirección » de Berea, y en el camino de Edesa me uní á unas sesenta » personas, que iban unidas para defenderse, en caso nece- » sario, contra los sarracenos, que hacian sus correrías por » los desiertos inmediatos. Lo que temiamos acacció bién » pronto : una partida de ismaelitas cayó sobre nosotros, y » yo, juntamente con la mujer de uno de los que formaban » la caravana, caimos en poder de un mismo amo.

» Nos puso atados sobre un camello, y en esta disposi- » ción atravesamos aquella vasta soledad y un gran rio, sin » otro alimento que un poco de carne casi cruda y leche de » camellos, hasta que llegamos al paraje más lejano de este » desierto.

» Es costumbre de estos bárbaros el obligar á los nue- » vos esclavos á que se postren ante sus mujeres é hijos al » llegar, y así lo hicimos nosotros. Me quitaron mi hábito » y me encargaron la guarda de un rebaño. Esta ocupación « me consolaba en medio de mi desgracia, porque muy ra- » ras veces veia á mis amos y á los demás esclavos. Me re- » presentaba en mi imaginación á Jacob y á Moisés apacen- » tando sus rebaño en el desierto, y el asemejarme en este » punto á aquellos patriarcas servia para dulcificar mi ser- » vidumbre. Me alimentaba con leche y queso : oraba fre-

» cuentemente : cantaba los salmos que habia aprendido en » el monasterio, y daba gracias al Señor que, en mi estado, » me habia proporcionado otra soledad, aunque distinta de » la que habia abandonado.

» Pero el enemigo de las almas, que constantemente se » ocupa en tenderles lazos para su perdición, vino á tur- » bar, cuando yo ménos lo pensaba, la tranquilidad de » que disfrutaba. Viendo el señor que el rebaño se multi- » plicaba bajo mí custodia, y que en nada faltaba á la fide- » lidad que le debía, porque había aprendido de san Pablo[1] » á mirar en los superiores á Dios, quiso, para sujetarme » más á su servicio, casarme con la mujer, que al mismo » tiempo que yo, habia sido hecha cautiva. Lo rehusé di- » ciéndole que yo era cristiano, y que mi ley me prohibia » tomar la mujer del que todavía vivia. Esta respuesta le » hizo pasar de la dulzura á un furor extremado; se vino » hacia mí con la espada en la mano, y me hubiera dado » muerte, si no me hubiese apresurado á dar la mano á » esta mujer. »

» Entónces fué cuando sentí todo el peso de mi cautivi- » dad. Vino la noche, y conduje á mi pretendida esposa á » una caverna casi arruinada, y allí, entregándome á toda la » violencia de mi dolor, recordé los votos que había hecho » en el monasterio despues de dejar á mis padres y mis bie- » nes : me reprendí mis pecados y mi infidelidad, y prefi- » riendo morir á ejecutar la voluntad de mi amo, dije á esta » mujer, que ántes queria ser mártir que esposo. »

» Entónces ella arrojandose á mis pies, me manifestó que » también era cristiana, y que tenia los mismos designios. » Preferis, me dijo, morir á ser mi esposo : pues yo tam- » bién daría mí vida antes que ser esposa vuestra. Unamos » nuestras almas : hagamos creer á nuestros amos que so-

[1] Coloss. III, Ephes. VI.

» mos esposos, y que Jesucristo vea que somos hermanos. » Fácilmente podremos persuadirle de que estamos des- » posados, cuando vea muestras de un afecto, que no será » en realidad más que manifestaciones de la caridad cris- » tiana. »

« Semejante resolución no pudo menos de conmoverme: » admiré su virtud, y la amé más que si hubiera sido su es- » poso. Nada sospecharon nuestros amos, y creyéndonos » unidos, como lo deseaban, nos miraron con alguna con- » sideración. Me dediqué con mayor afán á la guarda » de mis ganados, para no perder en la paz lo que habia » ganado en el combate. »

» Hacía tiempo que llevaba este género de vida, y en- » contrándome un dia solo en el desierto, sin ver otra cosa » que el cielo y la tierra, me entregué á mis pensamientos, » recordando á aquellos solitarios, á quienes tan cobarde- » mente habia abandonado. Recordaba principalmente al » excelente superior que me había servido de padre en la » religión, que con tanto esmero habia cuidado de mí, y á » quién tanta pena habia costado mi deserción. Miéntras » que estas cosas reflexionaba, ví un enjambre de hormi- » gas que hacian sus provisiones para el invierno, y ad- » miré su industria, recordando que Salomón propone su » ejemplo á los perezosos, para que salgan de su letargo[1]. » Comencé á hastiarme de mi cantividad, y deseé con más » anhelo tomar parte en el trabajo de aquellas hormigas es- » pirituales, que trabajan en el monasterío por el bién co- » mún, sin cuidarse del propio.

» Estas reflexiones me causaron tristeza, y mí aparente » esposa, que al venir por la tarde al lugar en que me ha- » llaba, hubo de conocerlo, me preguntó la causa. Se la ma- » nifesté, y me propuso que huyéramos. Convine en ha-

[1] Prov. VI.

» cerlo, pero recomendándole el más absoluto sigilo. Du-
» rante algún tiempo fluctuamos entre el temor y la espe-
» ranza, y por último, nos resolvimos á poner en práctica
» nuestro propósito. »

» Tenia yo en mi rebaño dos machos muy grandes : los
» maté y despojé de la piel, y llegada la noche nos pusimos
» en marcha, llevando las dos pieles y alguna carne para
» nuestro sustento. Atravesamos el rio merced á las pieles
» que sóplamos, dejándonos llevar por la corriente de las
» aguas, á fin de desembarcar muy abajo en la otra orilla,
» y que no pudiesen seguir nuestras huellas. Procurábamos
» caminar, ó mejor dicho, correr de noche por miedo de
» encontrar á otros bárbaros, y siempre mirando á todas
» partes, temerosos de que se nos persiguiese. »

» Al tercer dia descubrimos á lo léjos á dos hombres
» montados en dromedarios, que parecían acercarse pre-
» surosos á nosotros. Creimos que era nuestro amo, y no
» nos equivocamos. El temor se apoderó de nuestros cora-
» zones, viéndonos amenazados de una muerte segura ; pues
» la huella de nuestros pasos marcada en la arena, nos ha-
« cía traición. Una caverna profunda que vimos á nuestra
» derecha, nos sirvió de refugio ; pero el temor de encon-
» trar en ella alguna bestia feroz que nos devorase, nos
» obligó á ocultarnos en una excavación que habia á la en-
» trada, y allí, temblando, esperamos nuestra suerte.

« ¡ Dios mio ! ¿ cuanta no fué nuestra consternación,
» cuando sentimos que nuestro amo, guiado por las pisa-
» das, se acercaba, y mandaba á su esclavo que nos hiciese
» salir, miéntras que él cuidaba de los dromedarios ? Pasó
» este esclavo poco más allá del sitio en que estábamos
» ocultos, sin vernos, porque al pasar de la claridad de la
» luz á la oscuridad de la caverna, quedó enteramente des-
» lumbrado : miéntras que nosotros le veiamos con toda
» claridad. »

« La ronca voz del esclavo hizo estremecer la cueva con » estas palabras : Salid, miserables : salid, hijos de la » muerte ; vuestro amo os espera para daros el castigo que » mereceis. Al ruido de sus voces salió una leona que es- » taba oculta en el fondo de la caverna, y apoderándose » de él, lo estranguló. Viendo el amo que no parecia, creyó » que estaria luchando con nosotros, y entró con la espada » desenvainada, y dando furiosos gritos ; pero no tardó » en sufrir la misma suerte que el esclavo. »

« Hasta ahora nos véiamos libres de dos formidables » enemigos ; pero no estabamos más seguros, porque la » ferocidad de la leona podia ensañarse también en noso- » tros. No nos atreviamos á movernos, y en tan grande pe- » ligro sólamente fundábamos nuestra esperanza en la cas- » tidad que habíamos guardado, y que considerábamos » como nuestra defensa en la presencia de Dios. En efecto, » su misericordia nos salvó : la leona viéndose descubierta, » y temiendo que se le tendiese algun lazo, se llevó sus » cachorros á su guarida, y nos dejó en libertad de salir. » Esperamos, no obstante, el resto del dia, temerosos de » encontrar á la leona en nuestra huida, y á la tarde vimos » á los dromedarios que estaban rumiendo á corta distan- » cia. Despues de reponer nuestras abatidas fuerzas con » las provisiones que estos llevaban, montamos en ellos, y » al cabo de diez dias llegamos á tierra de romanos, en » donde fuimos presentados al maestro de campo, á quién » relatamos todo lo que nos habia ocurrido. »

« Desde allí se nos envió á Mesopotamia de donde era » gobernador Sabiniano. Coloqué á mí compañera de cau- » tiverio con unas jóvenes muy piadosas, y sabiendo que « habia muerto mi abad, volví á unirme con los solitarios » que habia dejado. »

Tal es la relación que hizo san Malch á san Jerónimo, » quién con este motivo nos dá esta hermosa instrucción.

» Siendo Malch muy anciano, me refirió todo esto, cuando » yo era aún muy jóven, y lo refiero cuando soy ya viejo. » Presento á las almas puras un célebre ejemplo de casti- » dad, exhortándolas á que no lo olviden. Referid esta his- » toria á los que vengan despues de vosotros, para que se- » pan que ni en medio de las espadas, de los desiertos y de » las bestias feroces, se halla cautiva la castidad, y que un » verdadero siervo de Jesucristo puede ser matado, pero no » vencido. »

Este santo Doctor que hace hablar á san Malch en la historia que acabamos de relatar, no nos refiere más que las circunstancias de su cautiverio; pero nada nos dice de lo que hizo despues de su libertad. Créese que vivió con esta mujer en Maronia, quitando su avanzada edad todo motivo de sospecha. Este Santo los vió hacia el año 375. Y en efecto, vivian ambos con tanta piedad, y asistian con tanta asiduidad á la Iglesia, dice el mismo san Jerónimo, que se les hubiera tomado por Zacarías é Isabel, y todos los habitantes de aquellos lugares les miraban como personas santas y muy agradables á Dios. San Malch se celebra, según el Martirologio Romano, el 21 de octobre.

# PARTE VII

## SOLITARIOS DE LA SEGUNDA SIRIA Y DE LA MESOPOTAMIA

---

### EL ABAD MARCELO Y SANTA FEBRONIA RELIGIOSA Y MARTIR [1]

El más antiguo monasterio de la segunda Siria de que tenemos conocimiento, es el que en el año 300 gobernaba un abad llamado Marcelo en Sibaple ó Nísibe [2], ciudad situada en la frontera que separaba el imperio romano del de los persas. De él se habla en las actas de santa Febronia; pero nada sabemos de la disciplina que en él se observaba. Habia también desde entónces en la misma ciudad una comunidad de cerca de cincuenta religiosas, que habia formado, y á la que habia dado reglas la diaconisa Platonia. La vida que en él se observaba era muy austera: pues las religiosas no comian más que una vez al dia, y el viérnes no salian del oratorio, en donde despues de la salmodia leia Platonia en alta voz la sagrada Escritura hasta la hora de Tercia: despues entregaba el libro á otra religiosa llamada Brienna, que ocupaba el segundo puesto en la comunidad, y que la reemplazaba en el doble cargo de dia-

[1] Los Bolandistas.

[2] Hoy Nazib. Esta antigua cindad no es al presente más que una aldea de un centenar de habitantes.

conisa y de superiora. Esta continuaba la lectura hasta la hora de Vísperas, y la acompañaba de una explicación edificante para la instrucción de sus hermanas.

En esta casa de virtud fué educada santa Febronia desde la más tierna infancia, y en ella se preparó con la inocencia y la práctica de todas las virtudes religiosas al martirio que sufrió por la gloria de Jesucristo. Era sobrina de Brienna, y sólamente tenia dos años, cuando ésta se encargó de su educación. Estaba dotada de belleza tan singular, que su piadosa tia temió que le fuese un peligro, y tomó todo género de precauciones para preservarla de la malicia. Así es que, cuando llegó á la edad de ayunar, le prescribió que no comiese más que cada dos dias, y la dócil Febronia, secundando sus designios, y viendo que no se debilitaba su naturaleza, no tomaba más alimento que un poco de pan y de agua. A esta rigorosa abstinencia añadia el acostarse sobre una tabla corta y estrecha, y algunas veces sobre la misma tierra. Si durante la noche venia el demonio á tentarla, se levantaba al punto ; se ponia á orar ó á leer, y al punto se disipaban sus ilusiones con la oración y con la eficacia de la palabra de Dios. Con esta práctica conservó su inocencia, y con su humildad y obediencia edificó á todas sus hermanas.

Muerta Platonia, Brienna que se hallaba encargada de la dirección de la comunidad, encomendó á Febronia la lectura del viérnes ; pero como en este dia acudian algunas señoras de la ciudad, deseosas de aprovecharse de la palabra de Dios, encargóle que se cubriese el rostro con el velo : pues tenia un especial cuidado en que no la viesen ni aún las personas de su mismo sexo. A pesar de esto, era tanta la sencillez y claridad con que Febronia explicaba las sagradas Escrituras, que de ello se hablaba en toda la ciudad ; lo que, unido á las alabanzas, que de su belleza y de su virtud hacian las demás religiosas, fué causa

de que se excitase la curiosidad de muchas señoras.

Entre éstas hace mención su historia de la viuda de un senador, llamada Hieria, que no habiendo vivido con su marido más que siete meses, volvió á su patria despues de la muerte de éste, llevando entre sus parientes una vida tranquila, pero tenia la desgracia de estar imbuida en las supersticiones del paganismo. Impresionada con lo que se decia de Febronia, é interiormente mucho más por el movimiento de la divina gracia, deseaba hacer conocimiento con ella, tanto para instruirse en los misterios de la religión, como para tener la satisfacción de tratar á una persona de quién tantos elogios se hacian. Tan luego como Brienna se presentó en la puerta del monasterio para recibirla con toda la consideración debida á su rango, se arrojó Hieria á sus pies, le rogó con muchas lágrimas que no la rechazase, aunque era pagana, y que le concediera la gracia de hablar con Febronia, con la intención, decia, de librarse de sus parientes que la obligaban á que contrajese segundas nupcias, y de proveer á la salud de su alma, instruyéndose en las verdades de la fé.

Brienna le dijo que le habia impuesto el precepto de no dejarse ver de nadie : « La recibí, dijo, de manos de sus » padres, cuando sólamente tenia dos años : al presente » tiene dieciocho, y como es muy bella, no he querido que » persona alguna del mundo la vea ; pues ni aún á su » misma nodriza he concedido esta gracia. » Pero Hieria continuó demostrando con sus lágrimas la rectitud de sus intenciones, y al fín consiguió la gracia que deseaba; pero á condición de que dejase sus atavios, y vistiese un hábito de religiosa, porque la Santa nunca habia visto los adornos mundanos.

Hieria accedió sin trabajo alguno, y conducida por la superiora al oratorio de Febronia, que creyó tener á su vista á una religiosa extranjera, se postró á sus pies, y la

abrazó como á una hermana en Jesucristo. Brienna las invitó á que tomasen asiento, y despues de las primeras manifestaciones de la caridad fraterna, ordenó á Febronia que empezase la lectura. Hieria tocada en su corazón por la divina gracia, se conmovió tanto, que no cesaba de derramar lágrimas, y pasaron insensiblemente toda la noche en este santo ejercicio : pues Febronia no se cansaba de la lectura, y Hieria recibia sus instrucciones con santa avidez.

La superiora tuvo necesidad de ordenar á la mañana siguiente que Hieria se separase de la Santa, lo cual ejecutó despues de abrazarla con la mayor ternura, y habiendo vuelto al lado de sus parientes, les manifestó las instrucciones celestiales que la Santa le había dado, y les persuadio á que abandonasen el cutto supersticioso de los ídolos para abrazar la religión cristiana. Febronia se informó por Tomaida, que ocupaba el segundo lugar en el monasterio, quién era aquella supuesta religiosa : pues decia : ha llorado tanto, cuando yo le hacia la explicación de la sagrada Escritura, que parecia como si nunca la hubiera oido. Tomaida le manifestó entónces que era la senadora Hieria, con lo cual, admirada la Santa, dijo : ¿ porqué no me lo habeis advertido ? pues le he hablado con la misma confianza que si hubiese sido una religiosa. Pero Tomaida le respondió que esta señora así lo habia querido, y que no se lo habia podido negar. Despues deesta entrevista consiguió Hieria algunas otras, y habiendo caido la Santa gravemente enferma, quiso asistirla, y no la abandonó hasta que estuvo enteramente restablecida.

Tal era el estado de esta comunidad, cuando el emperador Diocleciano mandó á aquella provincia á Lipsimaco, hijo de Antimo, que se cree haber sido prefecto de Antioquía, con Selenio, hermano de este prefecto, para perseguir á los fieles. Selenio era un hombre extremadamente

violento, y tan enemigo de los cristianos como el mismo emperador ; pero los sentimientos de Lipsimaco eran enteramente opuestos, y su madre, que era cristiana, le habia encomendado al morir, que protegiese en todo cuanto pudiera á los cristianos. Diocleciano, que estimaba mucho á Antimo, no quiso conceder su puesto á su hijo sin tener alguna segunidad de su adhesión á los ídolos y de su odio al nombre cristiano, sospechando las buenas instrucciones que habria recibido de su madre ; pero Selenio, que se le habia dado más bién como fiscal que como compañero, respondió de su sumisión á las órdenes del príncipe, y partió con él y con el conde Primus, pariente también de Lipsimaco.

No tardó, en llegar á Nisibe la noticia de la persecución por las crueldades que Selenio ejercia en la Mesopotamia y en la Siria Palmeriana, en donde había hecho dar muerte, tanto con la espada como con el fuego, á todos los cristianos que encontró, y arrojar á las fieras la parte de sus cuerpos que no habia consumido el fuego. No pudiendo Lipsimaco soportar tantos excesos, dijo secretamente al conde Primus : No ignorais que, aunque mi padre fué pagano, mi madre era cristiana, y me inclinaba á que yo siguiese su religión : pero me lo han impedido siempre el temor del emperador y de mi padre. No pudiendo complacerla, me recomendó que, á lo ménos, no diese muerte á ningún cristiano, y que á todos los tratase con tolerancia. Así es que no puedo ver, sin llenarme de compasión, las crueldades que mi tío Selenio ejerce con ellos, pues entrega á los más rudos tormentos á todos los que caen en sus manos. Os ruego, por lo tanto, que trateis con dulzura á todos los que se os presenten, y favorezcais su huida. El conde accedió á estos buenos sentimientos, y desde entónces no mandó que ninguno fuese arrestado : sino que avisaba secretamente á los monasterios, para que los religio-

sos no fuesen sorprendidos, y presentados á Selenio.

Cuando hubieron pasado algun tiempo en la Mesopotamia y en las ciudades inmediatas, emprendieron la marcha á Nisibe, y al tenerse noticias de su próxima llegada, los eclesiásticos, los monjes y hasta el mismo obispo desaparecieron, y se ocultaron en diversos parajes. Las religiosas del monasterio de Brienna quisieron imitarles, y suplicaron á la superiora que les permitiera ponerse en seguridad.; ¡Ay ! les dijo ésta : aún no habeis visto al enemigo, y ya huis : aún no ha empezado el combate, y ya os dais por vencidas. Tened, hijas mias, sentimientos más dignos del estado que profesais : permanezcamos quietas y expongámonos generosamente al combate y á la muerte por Aquel que quiso morir por nosotras, para que vivamos eternamente con él.

Estas palabras hicieron por el pronto alguna impresión en ellas, pero al poco tiempo se apoderó de sus corazones un terror aún más grande, y temerosas de que la soldadesca las insultase, y de que no pudiesen soportar los tormentos, insistieron nuevamente con la superiora, y ésta se vió obligada á permitirles que se retirasen. Su intención era llevar á Febronia consigo, y efectivamente la exhortaron á que las siguiese. Pero la santa doncella les dijo : « Os » protesto en la presencia del Señor, á quién me he consa» grado, que no me separaré de aquí, y que prefiero morir » y ser sepultada en este lugar, ántes que salir de él. »

Separaronse, pues ; pero exhalando gemidos y derramando lágrimas. Entónces la superiora, viéndose sola con Tomaida y Febronia, y temiendo la ruina de su monasterio, buscó consuelo y fortaleza en la misericordia de Dios, y entrando en su oratorio, se postró en tierra, llorando amargamente é implorando los auxilios del Señor con tantos gemidos, que, oyéndola Tomaida, acudió á prestarla consuelo : ¡ Ay ! señora y madre mia, le dijo ¿ porque os

entregais á tan acerbo dolor ? tranquilízaos. ¿ No es Dios suficientemente poderoso para socorrernos, y hacer que la tentación se convierta en un beneficio para nuestras almas ? ¿ Quién hay que, poniendo en él su confianza, haya quedado confundido ? ¿ Quién, que persevere en su santo temor, ha sido rechazado ? — Teneis razón, le respondió la afligida superiora ; pero ¿ qué será de Febronia ? ¿ como la pondremos en seguridad ? Y si no lo consigo, ¿ como he de poder verla en manos de los bárbaros ? — Tranquílizaos, repito, replicó Tomaida, ¿ habeis olvidado que el que puede resucitar á los muertos, puede también librarnos de todo peligro ? Levantaos : dejad de llorar, y vamos á inspirar ánimo á Febronia, que se halla enferma.

Siguióla, en efecto, pero aumentóse su aflixión al ver á la Santa : se sentó bajando la cabeza hasta tocar con las rodillas, y comenzó á lamentarse y á derramar amargas lágrimas. Febronia preguntó el motivo á Tomaida, quién le respondió que ella era la causa : pues viendo que eres jóven y dotada de singular belleza, y conociendo la crueldad de los perseguidores, está con mucha razón alarmada. — Yo os ruego, dijo la doncella, que pidais á Dios por vuestra humilde sierva. Dios puede mirarme con ojos de misericordia; pues me humillaré ante él, y espero que me concederá la fortaleza y la paciencia, que nunca ha rehusado á los que le aman de todo corazón.

Entónces Tomaida y Brienna la exhortaron con las más tiernas y vivas expresiones á combatir animosamente por la gloria do Jesucristo, y entre otras cosas le dijo Tomaida : « Ha llegado, hija mia, la hora del combate. En cuanto á nosotras, si caemos en manos de los tiranos, nuestra ancianidad les hará concluir pronto con nuestro vida ; pero no harán lo mismo contigo, sino que tenderán lazos á tu belleza y á tu juventud. Teu mucho cuidado, si se apoderan de nosotras, de no dejarte seducir por sus halagadoras pro-

mesas, pues te ofrecerán riquezas, vistosas alhajas y toda clase de bienestar mundano. No pierdas el mérito de tus pasados trabajos, haciéndote el juguete de los demonios y de los paganos. Nada hay tan honroso y meritorio como la virginidad, á la que el Señor reserva la más grande recompensa en el cielo; pues el Esposo divino de las almas es inmortal, y les ha prometido la inmortalidad. Así pues, Febronia, considera que te has consagrado á él: guárdate, hija mia, de quebrantar los votos que le has hecho, y de profanar las arras de santa unión que te ha entregado. Teme aquel dia terrible, en que ha de juzgar al universo, para dar á cada uno el premio ó castigo de sus obras. »

La piadosa Brienna le habló á su vez de este modo: « Hija mia Febronia, acuérdate que siempre has sido dócil á mis instrucciones, y que has sido capaz de darlas á otras. Tu sabes que te tomé de las manos de tu nodriza, cuando aún no tenias más que dos años, y que te he guardado con tanto esmero, que ni aún he permitido que te vean las mujeres del mundo, para que te conservases mejor en la virtud. Honra mi vejez: no hagas inútiles los trabajos que por tí he tomado, como madre espiritual que he sido para tí. Recuerda los combates que han sostenido tantos mártires, no sólamente esforzados varones, sino delicadas doncellas, y sobre todo, no olvides á las dos hermanas, Liba, que fué decapitada, y Leónida consumida por las llamas. Recuerda tambien la generosidad de Eutropia, que, no teniendo más que doce años, fué martirizada al mismo tiempo que su madre. Tú has admirado su constancia, cuando, hallándose condenada á ser atravesada por las flechas, no quiso huir, aunque pudiera haberlo hecho, prefiriendo exponerse á los dardos que se le arrojaban, y que le quitaron la vida. Tú has alabado su virtud y su ánimo, y sobre todo, ella era muy jóven, y

no tenia tanto conocimiento de las virtudes como tú, que te hallas en condiciones de enseñar á otras. »

Estas palabras llenaron de valor á Febronia. « Me inspirais, dijo, mucho ánimo, y siento muy fortalecido mí corazón con vuestras palabras. Sí hubiera querido evitar la persecución, habria huido con las demás; pero como deseo ardientemente unirme á Aquel á quién me he consagrado, procuraré conseguirlo, pues espero que querrá hacerme digna de combatir y de morir por él. »

Pasó la noche en estos diálogos, y á la mañana siguiente corrió el rumor de la aproximación de Selenio y Lisímaco. Inmediatamente fueron encarcelados muchos cristianos, y habiendo algunos paganos denunciado á Selenio el monasterio de la Santa, envió al punto algunos soldados para que franqueasen las puertas, y se apoderasen de Brienna, Tenian ya levantadas sus espadas para darle muerte, cuando se interpuso Febronia, pidiéndoles que la matasen á ella primero, y no le diesen el sentimiento de ver morir á su superiora.

El conde Primus llegó en este momento, y mandó á los soldados que se retirasen. En seguida preguntó á Brienna, en donde estaban las religiosas, y ésta le respondió que se habian retirado, ¡ Ojala ! dijo Primus, hubieseis hecho vosotras lo mismo; pero aún es tiempo, y podeis salvaros como las otras. Cuando llegó al pretorio, se aproximó á Lisimaco, y le dijo secretamente: « El aviso que se os ha dado de un monasterio de mujeres es cierto; pero todas han huido, á excepción de una anciana y de una joven. Debo deciros que esta jóven es de una belleza tan encantadora, cual nunca he visto, y tomo á los dioses por testigos, que, al verla, he quedado tan deslumbrado, que, si no fuese tan pobre, como aparece, seria digna de ser vuestra esposa. »

« No puedo olvidar, dijo Lisimaco, la órden que me dió

mi madre de economizar la sangre de los mártires, y de favorecerlos en lo que de mí dependa ¿ como, pues, he de atreverme á tender lazos á las siervas de Jesucristo? Os ruego, pues, que volvais al monasterio, y hagais que se retiren las que quedan en él : sed su libertador, y procurad que no caigan en manos de mi tio Selenio, cuya severidad conoceis. » Pero fué inútil esta precaución de Lisimaco: un soldado, el más inhumano de aquella tropa, que oyó lo que habia dicho el conde Primus, se apresuró á ponerlo en conocimiento de Selenio, que, en un arrebato de cólera y de indignación, envió inmediatamente guardias al monasterio, para que impidiesen que nadie saliera de él, é hizo publicar en toda la ciudad, que á la mañana siguiente compareceria Febronia ante su tribunal. Esto atrajo numerosa concurrencia de espectadores ; no sólamente de la ciudad, sino de toda la comarca.

En efecto, al dia siguiente sujetaron los soldados con cadenas á Febronia, le pusieron una argolla al cuello, y la sacaron del monasterio. Brienna y Tomaida la abrazaron con el corazón transido de amargura, y pidieron á los soldados que les permitiesen hablar algunas palabras con ellas, y acompañarla, para que no fuese sola al combate ; pero contestaron que tenian órden de llevar sólamente á Febronia, si bién le permitieron que le hablasen. No fué mucho ; pero aprovecharon el tiempo. « Vas al combate, hija mia, le dijo Brienna: considera que el celestial Esposo te está mirando, y que los ángeles tienen en su mano la corona que te está destinada : no temas los tormentos, y procura que quede burlado el demonio. No tengas compasión de tu cuerpo, aún cuando lo veas destrozado por los azotes ; pues aunque lo repugnemos, ha de ser un dia sepultado en la tumba, y reducido á polvo. Yo quedo en el monasterio entregada al dolor y á las lágrimas, esperando que me traigan noticias favorables ó

funestas de tí. Te pido, carísima hija, que estas noticias me sean gratas, ! Ah ¡ ? quién pudiera asegurarme que mi Febronia habia combatido hasta el fín, y merecido ser puesta en el número de los mártires? »

« Yo confio, madre mia, en nuestro Señor Jesucristo, respondió la jóven, y espero, que así como me ha concedido la gracia de ser fiel à vuestras santas instrucciones, me aprovecharé tambien de las que acabais de darme. Los testigos de mi combate os dirán que sois feliz en vuestra vejez por haberme educado, como planta que habeis cultivado con el mayor esmero. Espero demostrar que en un cuerpo débil tengo un ánimo generoso y esforzado. Rogad por mí, y permitidme que me retire. » Tomaida le prometió tomar un hábito secular para ser testigo de su combate, y miéntras Febronia se despedia de ambas pidiéndoles su bendición, levantó Brienna sus ojos al cielo, exclamando : « Señor mio Jesucristo, que asististeis á vuestra sierva Tecla en su martirio, bajo la figura de san Pablo, asistid igualmente á esta vuestra sierva en los tormentos que va á sufrir. » Despues de esta desgarradora escena, y de darles el último ósculo, se postró Febronia en el oratorio, pidiendo al Señor que se dignase sostenerla hasta el fin, y partió conducida por los soldados.

La prisión de Febronia contristó mucho á todas las señoras de la ciudad, que tenian costumbre de pasar los viernes en el monasterio para escuchar la lectura de los Libros santos y las instrucciones con que la inocente doncella las acompañaba. Lloraban amargamente viéndose privadas de una religiosa que tanto bién proporcionaba á sus almas. Hieria, de quién hemos hablado, llena de dolor, se dirigió al pretorio, en donde encontró á otras señoras y á Tomaida, á la que, aunque disfrazada, conoció muy bién. Al verse no pudieron ménos de derramar abundantes lágrimas. El concurso era tan grande, que llenaba toda la casa.

Habiendo ocupado Selenio y Lisimaco el tribunal, ordenaron que compareciese Febronia. Tan luego como apareció con las manos ligadas y la argolla al cuello, todo el mundo prorumpió en gritos y lamentos. Selenio ordenó que se guardase silencio, y dijo á Lisimaco que empezase el interrogatorio. « Decidme, joven, preguntó éste, ¿ cual » es vuestra condición ? ¿ sois de condición libre, ó nó ? » — Soy esclava, respondio Febronia. — ¿ De quién sois » esclava ? replicó Lisimaco. — De Jesucristo, respondió » ella. — ¿ Cual es vuestro nombre ? — Ya os he declarado que soy una humilde cristiana, y me llamo Febronia. »

Selenio que conocia las dispositiones de su sobrino en favor de los cristianos, no quiso que continuase el interrogatorio, así es que tomó la palabra, y dijo á la Santa : « Tomo por testigo á los dioses, Febronia, que estando irritado contra vos, no me hubiera dignado interrogaros, si hubiese seguido los impulsos de mi cólera; pero me han apaciguado vuestra belleza y vuestra modestia, y quiero despojarme por un momento de mi cualidad de juez, y hablaros como padre á fin de persuadiros mejor. Escuchadme pues, hija mia, con atención. Los dioses me son testigos de que mi hermano Antimo y yo habiamos destinado para Lisimaco una esposa muy rica ; pero quiero prescindir de todo compromiso con la hija de Fosforo, que le está destinada, y preferiros á ella. Aquí teneis al señor Lisimaco sentado á mi derecha : es jóven, y de arrogante figura como vos : seguid el consejo que os doy, cual si fuese vuestro padre, y os colmaré de honores. No sea obstáculo vuestra pobreza ; yo no tengo mujer ni hijos, mis bienes serán la dote que llevareis á Lisimaco, y no habrá mujer, á quién se guarden tantas consideraciones como á Vos, ni que sea tan dichosa. Gozareis también de las mercedes del emperador, que ha prometido á Lisimaco

elevarle á un alto rango y hacerle pretor. Ya me habeis oido; ahora solo espero que dareis al que os quiere servir de padre una respuesta, que sea grata á los dioses y ventajosa á vos misma. Pero si no puedo persuadiros á seguir mi consejo, tomo por testigo á los mismos dioses, de que no os quedan más que tres horas de vida. Decidid.

« Tengo, respondió Febronia, un lecho nupcial en el cielo, que no ha sido hecho por la mano de los hombres. El Esposo que he escogido es inmortal : su reino es mi dote. No puedo ni quiero preferirlo á un esposo mortal y corruptible. No perdais, pues, el tiempo en vanos discursos : ni vuestros halagos ni vuestras amenazas podrán hacerme variar de resolución. » — Irritado Selenio con una respuesta tan generosa, ordenó á los soldados que le quitasen sus vestidos y la vistiesen con sucios andrajos, que dejasen descubierto casi todo su cuerpo. Así ejecutado, preguntó el tirano á la pudorosa doncella si no le daba verguenza de verse en aquel estado ante todo el mundo, á lo cual respondió : « Aún cuando añadiereis á esta ignominia el hierro y el fuego, á todo me hallo dispuesta ¡ Quiera Dios encontrarme digna de sufrir por amor del que tanto ha sufrido por mí ! »

Mujer impúdica y sin honor, le dijo Selenio, veo que la belleza de que te envaneces, te impide avergonzarte del estado en que te hallas, y que, por el contrario, te complaces en él. — Nó, replicó Febronia, Jesucristo sabe que hasta el presente, léjos de faltar á la modestia, jamás he permitido que nadie vea mi rostro; pero estando dispuesta á sufrir los azotes y todos los tormentos con que me amenazas, debo entrar en el combate con el demonio que es tu padre, como entran los atletas en el suyo.

Pues bién, dijo Selenio en su furor, puesto que pide tormentos, hagámoselos sufrir. — En su consecuencia, ordenó que la atasen á cuatro palos : que pusiesen fuego de-

bajo, y que miéntras era quemada, descargasen fuertes azotes sobre todo su cuerpo. Todo lo cual fué ejecutado con tanta crueldad, que todo su cuerpo se cubrió de sangre, y sus desgarradas carnes caian á pedazos. Esta escena no pudieron presenciarla sin horror los espectadores, y pidieron á grandes voces al tirano que se compadeciese de la santa doncella. Pero á nadie quiso oir hasta que la creyó muerta, y entónces mandó que la desatasen.

Tomaida, que, como hemos dicho, se hallaba presente, viendo tan cruelmente atormantada á su querida hermana, cayó desfallecida á los pies de Hieria, que, transida también de dolor, no pudo ménos de exclamar. ¡ Ay ! mi querida Febronia, señora y maestra mia, no sólamente me veo privada de vos, sino que voy á perder á Tomaida. — Al oir la Santa su voz, quiso hablarle, pero el juez no lo permitió; ántes bién, le dijo. « Pues bién, Febronia, ¿ qué tal habeis salido de vuestro primer combate ? ¿ que os parece ? — Vos mismo podeis juzgar, respondió la Santa, si es fácil vencerme, y si hago mucho caso de vuestros tormentos ».

Que se la suspenda del caballete, dijo el tirano : que se abran sus costados con peines de hierro, y que se le aplique fuego hasta que se consuman sus huesos. Así lo ejecutaron los verdugos, y entre tanto la Santa, á quién el fuego producia tan agudos dolores, no pudo decir más que estas palabras : « Venid, Señor, en mi auxilio, y no me abandoneis en esta hora. »

Un gran número de los que habian asistido á este terrible espectáculo se retiraron, no pudiendo soportar la vista de tanto suplicio ; miéntras que otros pedian á gritos que no se le aplicase el fuego. Selenio accedió á ello ; pero continuó su interrogario, aún estando la Santa en el caballete. Viendo que no le respondia, porque el dolor le habia privado de la palabra, en lugar de compadecerse, se dió por ofendido de su silencio. Hizo que la bajasen del caballete,

que la atasen á un palo, y que le cortasen la lengua en castigo de no querer responderle. No necesitó que la violentasen : ella misma la sacó, cual si quisiese decir al verdugo : hela aquí, córtala. Pero el pueblo lo impidió, y en su lugar ordenó Selenio que se le sacasen los dientes. Sacáronle diecisiete, y era tanta la sangre que perdió en esta cruel operación, que cayó desmayada. Pudo al fin contenérsela, y recobró el conocimiento ; pero fué para hacerle sufrir nuevos suplicios.

Selenio la interrogó de nuevo, diciéndole. Al fin vendrás á concederme lo que te pido, y reconocerás á los dioses. Execrable seas, respondió la Santa, miserable viejo ; pues quieres detenerme en mi camino, é impedir que vaya á mi celestial Esposo. Apresúrate á librarme de este cuerpo deslersnable ; pues el que me ama me espera en el cielo. — « Veo, replicó Selenio, que tu juventud te hace más insolente, pero pronto sucumbirás al hierro y al fuego ». Inmediatamente ordenó que se le cortasen los pechos, y que se le aplicase el fuego. Fué tan excesivo el tormento de la Santa, que, levanta ndo los ojos al cielo, exclamó : Señor y Dios mio, ved cuán enorme es mí sufrimiento : llevad mi alma á vuestro seno.

Todos los espectadores se hallaban indignados de ver tratar á una doncella tan jóven de una manera tan bárbara, y muchos se retiraron exclamando : Malditos sean Dioclesiano y sus dioses. Pero Tomaida y Hieria permanecieron en el lugar á pesar del dolor que oprimia sus corazones, y enviaron á decir á Brienna que no cesase de levantar sus manos al cielo y pedir por Frebonia que era excesivamente atormentada. Al llegar esta noticia á Brienna, exclamó : Señor mio Jesucristo, venid en auxilio de vuestra Febronia. ¿ En donde estás, Febronia? Dios mio, atended á la humildad de vuestra sierva : concededle la gracia de que termine gloriosamente su combate, y que yo tenga el

consuelo de verla en el número de los santos mártires.

Selenio mandó que la desatasen del madero, y la desfallecida doncella cayó en tierra sin poder sostenerse. Entónces, dijo el conde Primus á Lisimaco : ha muerto. No lo creais, respondió éste : todavía tiene que combatir por la salvación de muchos, y tal vez por la mia. He oido á mi madre hacer relatos de muchos cristianos que han sufrido tan valerosamente como ésta jóven. No he podido librarla : dejémosla que combata hasta el fin ; muchos se aprovecharán de sus sufrimientos para la salvación de sus almas. Pero no pudiendo sufrir Hieria que tanto se atormentase á la Santa, exclamó en un trasporte de celo y de indignación : Hombre cruel y despojado de todo sentimiento de humanidad, ¿ no has hecho ya sufrir suficientemente á esta jóven ? ¿ No ves que tiene un cuerpo como el de tu madre, de cuyos pechos tomaste el primer alimento ? Pero tú has debido nacer bajo un mal augurio, y por esto pones ahora el colmo á tu maldad. ¿ Como no han podido dulcificar estas consideraciones tu humor bárbaro y despiadado. El Rey de los cielos no te perdonará, como tú no has perdonado á esta jóven.

Selenio, pálido de cólera al oirla, ordenó que se acercara para hacerle sufrir el interrogatorio. Hieria se presentó llena de gozo, é invocó al Señor, diciendo : « No me rehuseis, Dios de Febronia, aunque me halle sumida en los errores de la idolatría : sostenedme y asociadme á mi maestra y señora ».

Iba á interrogarla el tirano, pero los amigos que estaban cerca de él le aconsejaron que desistiese de hacerlo, porque todo el pueblo se declararia cristiano con ella, y tendria que hacer parecer á toda la ciudad. Este aviso le contuvo ; pero rugiendo de rabia, dijo con tono de furor. Hieria, ruego á los dioses que se venguen de tí : lo que has dicho en favor de Febronia no servirá sino para procurarle

nuevos tormentos. » Y efectivamente, ordenó que inmediatemente se cortasen á la Santa las dos manos y el pié derecho. Cortó el verdugo las manos, pero no pudo hacer lo mismo con el pié á pesar de haber descargado dos hachazos, lo cual hizo de nuevo gritar y proferir exclamaciones de horror á todos los espectadores. Por último, se lo cortó al tercer golpe, y Febronia hizo un esfuerzo para levantar el pié izquierdo, para que hiciesen lo mismo. Selenio se irritó aún más, y gritó con furor : Esta impudente es en extremo obstinada : córtale también ese pié. Indignado Lisimaco, se levantó y dijo : ¿ qué más quereis hacer á esta infortunada ? Vamos á terminar : que es hora de comer. — Nó, respondió Selenio, castíguenme los dioses, si salgo de aquí, ántes que esta jóven expire. » Y viendo que aún palpitaba, dijó á los verdugos : ¿ Qué ? ¿ no ha muerto aún ? ¿ en donde está vuestro valor ? Cortadle la cabeza. » Uno de ellos la tomó de los cabellos, y se la cortó, cual si fuese una dulce oveja que se deja inmolar.

Entónces los jueces se levantaron para ir á comer. Lisimaco no pudo ménos de derramar algunas lágrimas, y queriendo el pueblo levantar el cadáver de la Santa, lo impidió, y puso algunos soldados que lo custodiasen. Sin embargo, en vez de sentarse á la mesa con los demás, se retiró á su aposento, penetrado de dolor por la muerte de Febronia, lo que visto por Selenio, se puso á dar grandes paseos por la sala con aire pensativo. Despues lleno de furor contra sí mismo, cual fiera que dá mugidos, se estrelló contra una columna, y murió.

Se dió parte á Lisimaco del accidente ocurrido á su tio, y al verle muerto, sacudió la cabeza, esclamando : « Verdaderamente es grande el Dios de los cristianos : bendito sea el Dios de Febronia que ha vengado su sangre inocente. » — Ordenó que se enterrase el cadáver, despues de lo cual habló de esta manera al conde Primus : « Os mando

en nombre del Dios de los cristianos, que ejécuteis lo que os voy á decir. Mandad que hagan un féretro de madera incorruptible para Febronia, y publicad por toda la ciudad un edicto, en que se haga saber al pueblo, que todos los que quieran asistir á sus fenerales pueden hacerlo con toda seguridad, porque mí tio ha muerto. Os son conocidos mis sentimientos. Tomad algunos soldados, y que lleven el cuerpo al monasterio, y lo entreguen á Brienna. No permitaís que nadie se apodere de ningún miembro, y procurad que juntamente con el cuerpo sea llevada la tierra empapada con su sangre.

El conde ejecutó fielmente las órdenes de Lisimaco. Mandó que los soldados llevasen el cuerpo de la Santa, y él mismo se encargó de la cabeza, de las manos, de los pies y de los dientes, envolviéndolos en su manto y conduciéndolos al monasterio. Pero era tan grande la multitud que acudió, que le fué muy dificil llegar, y tuvo que poner centinelas, no dejando entrar más que á Tomaida y a Hieria.

Cuando la piadosa Brienna recibió el santo cadáver, y lo vió tan mutilado, cayó desmayada; pero vuelta en sí, lo abrazó exclamando. ¡Ah! hija mia Febronia, ¿ no te he de ver más? ¿ quién nos leerá las santas Escrituras, y que manos se atreverán á tomar tus libros? Las demás religiosas que se habian retirado por temor al tirano, volvieron al punto, y llenas de respeto se postraron ante las santas reliquias. Hieria, por su parte, no pudiendo contener el dolor que sentia por la pérdida de su catequista y maestra, exclamó llorando : « Dejadme abrazar estos pies que han hollado la cabeza de la serpiente : dejadme besar las heridas que servirán para la salvación de mi alma : dejadme ceñir su cabeza con los flores de alabanza que merece, puesto que ha sido la gloria de nuestro sexo por el triunfo que ha reportado en el combate.

Habiendo llegado la hora de Nona, que era la de la ora-

ción, dijo Brienna á Febronia, cual si estuviese viva. » Ven tú también, hija mia, ven á orar con nosotras. ¡ Ay ! ? en donde estás, Febronia ? levántate y ven. Si siempre has sido dócil á la voz de nuestra madre, añadió Tomaida, ¿ porqué no la obedeces ahora ? El milagro que deseaba Brienna no se verificó, pero obróse otro de que más abajo hablaremos.

Llegada la tarde se lavó el cuerpo de la Santa, y se adornó convenientemente. Entónces Brienna mandó que se abriesen las puertas para que todo el mundo pudiese satisfacer su piadosa curiosidad. El concurso fué muy grande : las señoras que venian los viernes á escuchar la lectura é instrucciones de la Santa, se apresuraron á entrar. Vinieron también varios obispos y monjes, y Lisimaco y el conde Primus, renunciando al culto de los ídolos, se unieron á la multitud para tributar á las reliquias de la Santa el honor que les era debido.

A la mañana siguiente llevaron el féretro que Primus habia mandado construir, y se puso en él el cuerpo de la Santa, colocando cada uno de los miembros mutilados en su lugar. En cuanto á los dientes que no podían entrar en sus alvéolos, se pusieron sobre el pecho. En seguida se llenó el féretro de aromas, y se procedió á cerrarlo ; pero el pueblo pidió que lo dejasen abierto, y fué preciso que los obispos interpusiesen su autoridad para hacer comprender que era necesario depositarlo en un paraje del monasterio que se habia preparado convenientemente. Todos los que acompañaban el fúnebre cortejo vertian abundantes lágrimas, y la gloria que en esta ocasión se dió á Dios es el más acabado elogio que puede hacerse en honor de Febronia.

Muchos paganos pidieron el santo bautismo. Lisimaco y Primus fueron de los primeros, y renunciaron enteramente á las esperanzas que les halagaban en el siglo, para abrazar la vida religiosa en el monasterio del abad Marcelo, de

que hemos hablado al principio de esta historia. En el consumaron su vida con grande piedad. Muchos soldados se convirtieron también á la fé. Hieria, suficientemente preparada para la regeneración espiritual, fué bautizada con toda su familia, y en seguida vino á arrojarse á los pies de Brienna, rogándole que la recibiese en su comunidad en lugar de Febronia, y prometiéndo servirla tan fielmente como ésta lo habia hecho. Quiso que se empleasen sus alhajas en adornar la tumba de la santa mártir, y dió sus bienes á la comunidad.

Dios glorificó á la Santa despues de su muerte con un gran número de milagros. Sus actas dicen que todas las noches ocupaba su lugar en el oratorio, desde la media noche hasta la tercera oración, cuando las religiosas se levantaban para cantar el oficio divino. En un principio tuvieron miedo, y Brienna corrió hacia ella para abrazarla, diciendo: « Hé aquí á mi hija Febronia. » Pero esta desapareció al instante. Despues de esta aparición no tuvieron ya miedo; pero ninguna se atrevió á acercarse á ella, y su presencia les inspiraba grande fervor, y les hacía derramar lágrimas de gozo.

El obispo del lugar mandó edificar una hermosa iglesia en su honor, cuya obra duró seis años. Concluida ésta, congregó á los obispos de los lugares inmediatos, é hizo todo cuanto estuvo de su parte para que la dedicación de la iglesia y la traslación de las reliquias se celebrasen con todo la solemnidad posible. Pero deseando las religiosas conservar su precioso tesoro, suplicaron encarecidamente á los prelados que no se les privase de él. Dios decidió la piadosa contienda en su favor: pues al querer retirarlo, se oyó un ruido semejante al de un espantoso trueno, y como aún se obstinasen en llevarlo, se sintió un gran terremoto que conmovió toda la ciudad. No pudiendo dudar los obispos de que con estas señales demostraba la Santa que no queria

que su cuerpo saliese del monasterio, desistieron de su propósito, y pidiéron que á lo ménos se les diese algunos de los miembros mutilados. Con esta intención abrió Brienna el féretro, del cual salió una claridad tan brillante que la dejó deslumbrada. Quiso sacar una mano; pero la suya quedó sin movimiento. Entónces díjo la piadoso Brienna llorando: « Hija mia Febronia, no te enojes conmigo, y en memoria de los cuidados que, como madre espiritual, ejercí contigo concédeme alguna cosa en obsequio á los obispos. Su oración fué oida: su mano recobró el movimiento, y tomó uno de los dientes, que colocó en una cajita. Los obispos recibieron con gran respeto este presente, que encerraron en un relicario de oro para colocarlo en la nueva iglesia.

La venerable Brienna vivió dos años despues de la dedicación de este templo, sucediéndole Tomaida en el gobierno de la comunidad. Esta es la que escribió la historia de la Santa, que termina con estas palabras. « Yo Tomaida, encargada de la dirección del monasterio despues de la muerte de Brienna, he escrito la historia de Febronia, consignando todo lo que yo he visto, y lo que me ha enseñado el señor Lisimaco, para dar gloria al triunfo de esta santa Mártir, y para que los que la lean puedan aprovecharse de ella, y se exciten á adorar y alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo ahora y por los siglos de los siglos. Amen. »

## PABLO DE TELMISO Y OTROS MONJES PERSEGUIDOS POR LOS ARIANOS[1]

Los monasterios de san Marón y el de Jugat son los principales de la segunda Siria, cuya memoria se ha conservado. Hemos dicho en la vida de san Marón, que despues de su muerte, se suscitó contienda entre varias aldeas sobre la posesión de sus reliquias. Los que la ganaron hicieron edificar sobre su tumba una gran iglesia, en donde se celebraba despues su fiesta con grande solemnidad. Es de creer que se confiase á religiosos la custodia de este precioso depósito, y que con este fin se edficase el monasterio que llevaba el nombre de san Marón. Procopio dice que esta iglesia estaba en los confines de la diócesis de Apamea, metrópoli de la segunda Siria, y este monasterio de san Marón ocupaba el primer rango entre todos los de la provincia, como aparece de las actas del concilio de Constantinopla en 536.

El monasterio de Jugat no fué ménos célebre, y se le designaba con el nombre del bienaventurado Pablo, que fué su fundador. Sozomeno nos representa á este Pablo como uno de los más ilustres religiosos que florecieron en la Siria. Era natural de Telmiso, y fué padre de muchos monasterios que fundó en diversos lugares, y á los cuales dió reglas, que fueron fielmente observadas por aquellas respetables comunidades. Se estableció, por último, uno en Jugat ó Jugap, que fué el más considerable de todos, y en el cual terminó sus días. No sólamente fué el fundador de

[1] Procapio, Sozomeno, san Basilio y Bulteau.

Paul de Telmise.

San Pablo de Telmisa

todos estos monasterios, sino el modelo de los religiosos que los habitaban, á los cuales dió brillantes ejemplos de todas las virtudes. Despues de una larga vida, fué sepultado su cuerpo en este monasterio. En su tiempo se hizo sentir la persecución de los arianos en estas comarcas, y créese que es á él y á algunos otros monjes, á quienes dirigió san Basilio una de sus cartas, relativas á este asunto.

Hemos hablado en otro lugar de la persecución que sufrieron los monjes de Egipto bajo el emperador Valente, protector de los arianos. Los de Siria compartieron con ellos la misma gloria, principalmente en las diócesis de Chalcis y de Berea, pues inmediatamente despues de la Pascua de 376, vinieron los perseguidores á atacar sus moradas, y á ponerles en fuga.

San Basilio les escribió una carta prodigándoles consuelos, y en ella cita en particular á los principales; á saber, Acacio, Aecio, Pablo, que creemos ser el de Jugat, y Silvano. « He sabido, les dice, con el más vivo dolor la persecución que habeis sufrido, y que, pasada la fiesta de la Pascua, los enemigos de la fé, que parecen no haber ayunado sino para prepararse á ejecutar las injustas órdenes que se les habian dado contra vosotros, y haceros una guerra cruel, os arrojaron de vuestras celdas, y quemaron todos vuestros trabajos, sin considerar que con semejante atentado os procuraban en el cielo una morada no hecha por manos de hombres, miéntras que á sí mismos se preparaban las llamas del fuego eterno. Ya veis que teneis ménos motivos de llorar que ellos, que tan léjos han llevado sus maldades.

« Yo creia que, viéndoos obligados á abandonar vuestras moradas, vendriais á refugiaros á mi lado, y que dulcificariais mi dolor con el consuelo de abrazaros, y de compartir con vosotros el mérito que habeis contraido sufriendo por la verdad. Pero al saber que estais en otra parte, quiero

escribiros para aplaudir vuestros combates. No me ha sido fácil hacerlo hasta ahora, ya por que ignoraba en donde estabais, ya también porque es muy raro que haya personas de ese pais, á quienes pueda confiarse una carta; pero el Señor me ha procurado á nuestro piadoso hermano, el sacerdote Factésimo, que os saludará de mi parte. Me encomiendo encarecidamente á vuestras oraciones, y me complazco en la grande recompensa que os está preparada en el cielo. Y como sé que vuestra fé y vuestra confianza en Dios hacen eficaces vuestras oraciones, os recomiendo que no dejeis de orar noche y dia, para que cese la persecución, para que vuelvan á sus pueblos sus legítimos pastores, y para que la Iglesia vuelva á brillar con todos sus esplendores. Estoy seguro que, si le ofrecemos oraciones que le sean agradables, no nos hará esperar mucho tiempo los efectos de su misericordia, y nos sacará victoriosos de esta tentación. Saludad de nuestra parte á todos los hermanos.

Encuéntrase tambien otra carta del mismo Santo dirigida á los solitarios perseguidos por los arianos; pero no se sabe si es á los de Egipto ó á los de Siria. En ella les dice que no deben considerarse ménos dichosos por haber sufrido las persecuciones de los enemigos de la fé, que si hubiesen gozado en paz de las dulzuras de la soledad, pues participan de la bienaventuranza de los que son perseguidos por el nombre de Jesucristo. No teme enaltecer su mérito sobre el de los antiguos mártires, y expone por razón, que estos sufrieron de parte de los idólatras, enemigos declarados de la fé cristiana, y por consiguiente, veian que podecian por el nombre de Jesucristo. Pero en cuanto á aquellos que sufren de parte de los arianos, que se glorian de llamarse cristianos, no aparece tan clara la justicia de su causa á los ojos del pueblo ignorante, que más bién los considera como criminales, que como perseguidos por la ver-

dadera fé. « Así pues, dice, á mi juicio recibís mayor recompensa de parte del soberano Juez, que os colmará en el cielo de los honores que habeis merecido por vuestra fidelidad, y de que el mundo, ciego ó engañado por los herejes, no os considera dignos.

Les exhorta despues á no dejarse abatir por la tribulación, sino á que acrecienten su fidelidad y su amor á Dios, á que conserven íntegro el depósito de la fé y de la piedad, á que no se escandalicen de la conducta de algunos eclesiásticos, que han cedido cobardemente al error de Valente; pues no son, dice, los títulos de honor los que nos salvan, sino la voluntad recta y el amor sincero á Dios.

« Por último, dice, no os espante el número considerable de enemigos: es preciso mirarlo como el mar á quién agita el viento. Aún cuando vieseis á los católicos de vuestras comarcas reducidos á tan pequeño número, que no quedase más que uno solo, como Loth en Sodoma, debeis permanecer firmes en vuestra fé, y poner todas vuestras esperanzas en Dios, que nunca abandona á sus Santos. »

Ya, hemos dicho que la carta que san Basilio escribió á los monjes de Siria iba dirigida á Acaecio, Aecio, Pablo y Silvano. Acacio y Pablo eran sacerdotes, y los otros dos diáconos. El primero fué enviado á san Basilio por el clero de Berea, no se sabe si ántes ó despues de la persecución; pero ello es que por él supo el brillante estado de esta diócesis, y que los eclesiásticos, los magistrados y todos los fieles profesaban la fé ortodoxa, y se aplicaban á los ejercicios de la piedad. Así aparece de dos cartas que les escribió este santo Doctor, y sobre todo de la segunda, en que les manifiesta el gozo que le ha causado todo lo que le ha referido Acacio, y les exhorta á perseverar en la fé en medio de las tribulaciones de esta vida. Entre otras cosas se encuentran en ella estas hermosas palabras: « No os dejeis abatir por las penas que experais, aún cuando aparezcan

más bién aumentar que dísminuir ; ántes por el contrario, animaos con la esperanza de las coronas y recompensas que Dios os prepara, y está dispuesto á daros. No perdais por pusilanimidad el fruto de vuestros trabajos ; no empañeis por cobardía el lustre que habeis alcanzado con vuestras victorias. Considerad la caducidad de las cosas humanas, que, cual las flores del campo, brillan y se marchitan muy pronto; miéntras que la palabra de Dios vive eternamente. Convencidos, como estais, de esta verdad, no hagais caso de lo que pasa aquí abajo. El ejemplo de vuestra Iglesia ha levantado el espíritu de otras muchas, cuyo celo habeis reanimado mucho más de lo que yo pudiera expresar, y el Señor infinitamente rico en misericordia, como lo es en poder, no dejará de recompensaros con magnificiencia los combates que habeis sostenido por su gloria.

Sozomeno habla en su historia de muchos solitarios que florecieron casi al mismo tiempo en la Siria y en la Mesopotamia ; pero lo hace tan brevemente, que apénas dá á conocer más que sus nombres. Procuremos, no obstante, referir lo que hemos podido recoger acerca de ellos. Este historiador trata juntamente de Pablo, de quién ya hemos hablado, de Marosas, Bassono, Valentin y Teodoro. Marosas era natural de Nequiles : instruyó á muchas personas en la perfección, y convirtiéndose de maestro en discípulo, se retiró bajo la dirección del venerable Abba al monasterio de Corifo. De Bassono no se sabe, sino que era natural de Telanisa. Hubo dos religiosos que llevaron el nombre de Valentin, el uno natural de Emesa, ó de Aretusa ; fundó el monasterio de Capriol, que más tarde llevó su nombre, como aparece de las firmas de una exposición de los religiosos del pais, dirigida al concilio de Constantinopla bajo el patriarca Mennas en 536, y en que Valentín es llamado bienaventurado. El otro era natural de Tillis, en el territorio de Apamea, y edificó el monasterio de Vazala, que

llevó también su nombre. Teodoreto era también de Tillis, y se le dá la cualidad de Santo.

Sozomeno dice en general de los solitarios de Siria, que hacían gran desprecio de las cosas de la tierra : que se ejercitaban con ánimo generoso en las vigilias, ayunos y otras prácticas de penitencia : que se ocupaban únicamente en la oración y sagrados cánticos, y que, estando desprendidos de las riquezas y solicitudes del mundo, no vivian más que para glorificar á Dios. Todos llegaron á una edad muy avanzada ; pues, como dice este historiador, Dios prolongaba sus dias, á fin de que pudiesen trabajar más tiempo en la propagación de la religión cristiana. Convirtieron, efectivamente, á la fe á casi todos los habitantes sirios, y á gran número de persas y sarracenos, é introdujeron en el pais la vida monástica, en la cual floreció una multitud muy considerable de discípulos é imitadores de sus virtudes.

Dice también de Marosas, Valentín y otros que ya hemos citado, que tuvieron que sufrir mucho de parte de los idólatras del pais, que los miraban con horror, tanto por su religión, como por su estado de monjes ; pero que al fin tuvieron el consuelo de ganarlos para Jesucristo, oponiendo á su furor la paciencia cristiana, y manifestando un santo gozo en las injurias y tormentos que sufrian. De esta manera triunfó la fuerza de la virtud, y aprendieron los obreros evangélicos á predicar más con el ejemplo que con la palabra, y á conformarse en sus costumbres con las santas verdades que anunciaban, á fin de que la semilla de la fé produjese frutos de vida en las almas.

## SAN PUBLIO, ABAD, Y SUS SUCESORES

Nació san Publio en Zeugma [1], ciudad de Siria situada sobre el Eúfrates, á la que, según Teodoreto, dió Jérjes este nombre que significa reunión, porque, queriendo hacer la guerra, reunió allí un gran número de bajeles, para que su ejército atravesase el rio. Pertenecia este santo á una familia de senadores, y además de cuantiosos bienes de fortuna, estaba dotado de excelentes cualidades de cuerpo y de alma. Podia, por consiguiente, figurar y distinguirse en el mundo ; pero más dispuesto á buscar la gloria del cielo que la de la tierra, tan luego como murió su padre, siguió á la letra los consejos del Evangelio: vendió los bienes que habia heredado : los distribuyó á los pobres, y se retiró á una pequeña celda que edificó en una montaña, á legua y media de la ciudad.

Allí fué en donde, libre de todos los cuidados de la tierra, se aplicó enteramente á hacerse agradable al Señor, y á aumentar de dia en dia las austeridades de su vida. Se dedicó principalmente á llenar tan bién cada momento de ella, que no dejaba pasar uno solo sin merecer algo ante la presencia de Dios con los trabajos de la penitencia. Una parte del dia la consagró á la oración y al canto de los salmos, otra á la lectura de los Libros sagrados, y el resto á ejercer la hospitalidad ú otras obras meritorias.

El olor de su santidad atrajo á su lado á muchas personas deseosas de aprovecharse de sus santas instrucciones y ejemplos. Así es que en el territorio de Zeugma dirigió

[1] Hoy Proum-Kaleh.

una escuela de virtudes religiosas, de la que salieron muy excelentes discípulos.

Los primeros que tuvo hablaban la lengua griega, pues, según hace notar un sabio autor, desde Alejandro Magno se hallaba la Siria poblada de sus antiguos habitantes, llamados Sirios, y de griegos que se quedaron en ella, y que constituian la mayor parte de los habitantes de las ciudades ; miéntras que los sirios habitaban las aldeas y campiñas. Muy pronto los que hablaban la lengua siria quisieron también participar con los otros de la dicha de vivir bajo la dirección del Santo. Hizo que sus primeros discípulos habitasen en celdas distintas, pero no muy separadas unas de otras ; los visitaba frecuentemente dia y noche, tanto para animarles á la virtud, como para cerciorarse de que cumplian exactamente sus deberes religiosos. Si veia que por la noche se entregaban á la oración en el tiempo prescrito por la regla que les habia dado, pasaba sin distraerlos de su ejercicio ; pero si descubria que alguno se dejaba llevar del sueño, le reprendia por cuidar de su cuerpo más que de su alma.

No permitia nada superfluo en sus celdas : les recomendaba también la frugalidad : llevaba una balanza para pesarles el pan, y queria que también tomasen el agua con medida, recomendándoles que nunca se saciasen, y que no comiesen más que lo necesario para la conservación de la vida. Si alguno se excedia de la cantidad que le tenia prescrita, le reprendia severamente, y le trataba como á un glotón y sibarita. Les prohibia el uso del vinagre y de las uvas, y por consiguiente, el del vino. No comian leche ni queso, y el aceite sólo lo usaban tiempo de Pascua.

Considerando algunos de sus discípulos que le era muy trabajoso vigilarlos en celdas separadas, le propusieron construir un edifício en que pudiesen vivir reunidos : pues

además de que esto debia aliviarle mucho, le seria más fácil asegurarse de su fidelidad en practicar la observancia que les habia prescrito. Como no se aferraba nunca á su propio juicio, aprobó este consejo, y se procedió á su ejecución. Cuando todos los religiosos estuvieron alojados en él, los exhortó á servirse mutuamente de su ejemplo, procurando cada uno imitar la virtud más saliente que observase en cada uno de los otros hermanos: « Pues copiando, decia, unos de otros las virtudes que nos faltan, llegaremos con más facilidad á la perfección. Debe ser esta morada común como un mercado en que uno vende pan, otro legumbres, otro calzado, y cada uno compra á los demás lo que necesita para satisfacer sus necesidades. Haced lo mismo en órden á las virtudes, comunicándolas unos á otros con los ejemplos que reciprocamente os deis. »

Este primer edificio fué ocupado sólamente por los que hablaban la lengua griega, é hizo otro para los que hablaban la siriaca, levantando al mismo tiempo una iglesia que servia para unos y otros, y en la cual se reunian por mañana y tarde. Cantaban alternativamente las alabanzas divinas en sus respectivas lenguas, diciendo, según Teodoro, cada uno un versículo, es decir, los unos repetian en siriaco lo que los otros habian dicho en griego, y añade este historiador, que este órden continuaba todavia en su tiempo.

Nada más dice acerca de la vida de este Santo; pero en la *Coleccion de las vidas de los Padres* se encuentra un hecho singular realizado por él. Cuando en 363 hacía Juliano el Apóstata la guerra en Persia, envió por artes mágicas un demonio para que le refiriese lo más pronto posible lo que pasaba; pero este espíritu maligno fué detenido durante algunos dias en el camino por las palabras de Publio, sin que pudiese avanzar ni retroceder. Quejándose Juliano de su tardanza, le manifestó la causa, é

indignado este príncipe apóstata, protestó que se vengaria del Santo ; pero Dios lo impidió enviándole la muerte. Añádese que uno de los generales de Juliano, apénas vuelto de su expedición, que fué tan funesta, dió todos sus bienes á los pobres, y dirigiéndose á san Publio, se hizo su discípulo, llegando á una gran perfección, y muriendo en la paz del Señor.

San Publio debió morir hacia el año 380, según la cronología de Tillemont. Los griegos celebran su fiesta el 25 de enero, Teocteno y Aftono le sucedieron en la dirección de ambos monasterios, encargándose el primero de aquel en que se hablaba la lengua griega ; pero vivió muy poco tiempo. El segundo gobernó el de los sirios durante más de cuarenta años. Ambos fueron imágenes vivas de las perfecciones de san Publio, y conservaron tan exactamente el espíritu en estas dos casas, que apénas se notó la muerte de Santo.

Teodoreto dice de Teocteno, que, despues de practicar en la juventud todas las virtudes, murió en la misma reputación de santidad que su predecesor. Le sucedió en la dirección de los griegos, hácia el año 390, Teodoreto, natural de Armenia, que habia sido educado por él en las reglas de la obediencia religiosa, y que gobernó con tanta piedad, que casi oscureció la gloria de los que le habian precedido. El amor de Dios habia abrazado de tal manera su corazón, que noche y dia derramaba constantemente lágrimas, y cuando oraba, lo hacía con tanto fervor, que todos los presentes guardaban silencio para escuchar las palabras de fuego, que más bién que de su boca, salian de su corazón ; de modo que la atención con que le veian orar servia para animarlos á la piedad, tanto como si ellos mismos orasen. De esta manera fué creciendo de dia en dia en perfección y mérito ante Dios, y despues de haber dirigido durante veinticinco años este rebaño, entró,

según el lenguaje de las sagradas Escrituras, en el camino de sus padres, siendo de edad avanzada, hacia el año 415. Su sobrino, llamado también Teocteno, ocupó su lugar en la dirección de los griegos. Habia llegado á ser su hermano según el espíritu, y habia practicado desde la juventud toda clase de buenas obras. No degeneró de su piedad ni de su prudencia en el gobierno, y murió con la misma reputación de santidad.

Le sucedió Gregorio, que vivia en tiempo de Teodoreto en 440, quién dice de él que era sumamente anciano, y que no se ejercitaba ménos en la abstinencia y en los demás trabajos de vida religiosa, que si hubiese estado en todo el vigor de su vida.

Aftono, que, como hemos dicho, gobernó el monasterio de los sirios durante cuarenta años, según el espíritu y las reglas de san Publio, fue más tarde elevado el episcopado. No indica Teodoreto la silla que ocupó, pero es de creer que fuese la de Teugma, pues no por ello dejó la dirección de sus religiosos, sino que venia con mucha frecuencia al monasterio, lo que demuestra que estaba muy próximo su episcopado. Su nueva dignidad no le hizo cambiar su hábito ni su género de vida. Pasaba la mayor parte del tiempo con sus religiosos, componiendo sus pequeñas diferencias, consolándolos en sus tribulaciones, animándolos en sus penas, y dirigiéndoles saludables exhortaciones. Pero más que todo esto es de admirar, que, no obstante ser su obispo y superior, se rebajaba á las más viles funciones, cocia sus hábitos, expurgaba las lentejas, y se ejercitaba en otros actos de humildad. Sabemos por las cartas de san Juán Crisostomo, que los religiosos de los monasterios de san Publio le profesaban un cariño muy tierno. Habia visto su comunidad durante la visita que hizo á los santos Lugares y á diversos solitarios de la Palestina y de la Siria, que debió tener lugar en los primeros años de su retiro á la in-

mediaciones de Antioquía. Conservó á estos religiosos la estimación de que eran acreedores por su piedad, y á que ellos correspondieron con el respetuoso afecto que unia á los santos monjes con sus obispos.

Poseemos una carta de este santo Doctor dirigida á Aftono, Teodoto, Quéreas y á todos los religiosos en general. La escribió durante su destierro en Cucusus, y en ella les manifiesta con la ternura que él sabe expresar, cuanto consuelo le produciria el verles; pero no siendo posible, tanto por la considerable distancia que los separaba, como por el rigor de la estación, y principalmente por las correrías de los Isaurios, les suplicaba que le compensasen esta privación con sus oraciones. « Esto me indemnizará en cierto modo, dice, del consuelo que tendria en veros. Me contento por el pronto, con que postrados en la presencia de Dios, le pidais con fervor y con lágrimas que tenga compasión de su siervo. Estando retirados del siglo, os veis libres de sus vanos cuidades; estais á cubierto del diluvio de males que inundan el mundo : en el puerto tranquilo de la soledad no experimentais las borrascas de este agitado oceano, y en ella, pasando las noches y los dias en santas vigilias, es muy justo que hagais partícipes de vuestras oraciones á los que tenemos que estar en los cuidados de la tierra. Aunque esté léjos, puedo sentir los efectos de vuestras oraciones; porque ni la distancia de los lugares, ni la diversidad de tiempos pueden ser un obstáculo para ello. Ayudadme, pues, y dadme, por decirlo así, la mano con vuestras oraciones : con ello hareis una gran obra de caridad. Y para que mi consuelo sea mayor, decidme en que situación os hallais, y si, gozais de salud : de esta manera os tendré ante mis ojos á pesar de la distancia que nos separa. En efecto, la fuerza de la caridad es tan grande, que graba en el espíritu la imágen de aquellos á quienes se ama, y de este modo, aùn cuando estuviese yo en

un destierro mucho más duro que el que experimento, no dejaré de recibir mucho consuelo. »

Teodoto y Quéreas respondieron al Santo, manifestándole, que hubiesen ido á verle, si las incursiones de los Isaurios no se lo hubiesen impedido. A esta carta respondió el Santo con otra en que no se demuestra ménos afectuoso que en la primera. En la dirección de esta segunda carta hace mención del monje Nicolás, y les dice. « No me digais que las correrías de los Isaurios os impiden venir à verme ; yo os veo aquí presentes y sostengo con vosotros mis conversaciones ; pues la caridad cristiana tiene alas que franquean todos los obstáculos, y se traslada á toda partes en un momento, y con una facilidad admirable. Es verdad que estoy privado de veros con los ojos del cuerpo ; pero os ruego que no me priveis del consuelo de vuestras oraciones, y que las ofrezcais al Señor, á fin de que yo tenga un dia el gozo de veros. No dudeis que pienso con mucho frecuencia en vosotros, y que deseo ardientemente que llegue el momento de veros. Espero que, si lo pedis al Señor con instancia, quitará todos los obstáculos, pues con una sola palabra hace cesar las tempestades, y que sobrevenga la calma. Como sé que os interesais en todo lo que á mí se refiere, debo deciros para vuestra satisfacción, que al presente gozo de tranquilidad, y que me encuentro más aliviado, por más que los calores del verano no me sean ménos contrarios que los rigores del frio, y que me hallo escaso de las cosas más necesarias para la vida, así como de remedios para la enfermedad, sin hablar de las alarmas que incesantemente nos causan los isaurios, lo cual no es propio para recobrar enteramente la salud. Pero en fin, me siento ya bién de la grave enfermedad que he padecido, y gozo de mediana salud ».

« Dadme noticias de vuestro estado, y escribidme con frecuencia ; pues vuestra caridad para conmigo dulcifica

mis penas, y consuela en extremo mí corazón. Cuantas veces reflexiono sobre el afecto que me profesais, y lo repaso en mi espíritu, lo cual ocurre muy frecuentemente, me encuentro como aquel, que habiendo sufrido violenta tempestad, tiene la dicha de llegar á puerto tranquilo y seguro ».

Casi lo mismo dice en otra carta dirigida á Aftono, Teodoto y Quéreas, en la cual les expone todo lo que tiene que sufrir por la incomodidad del lugar y por las alarmas producidas por las incursiones de los Isaurios : de modo que todos los dias se encuentra amenazado de muerte, cual los que á ella están condenados, á lo que se une su mala salud ; pero que, despues de la confianza que tiene puesta en Dios, no hay cosa que le consuele tanto como el afecto que le profesan, y el tener noticias de ellos.

Aftono, Teodoto y Quéreas eran sacerdotes, como aparece del título de las cartas que acabamos de citar. Es de creer que Quéreas fuese uno de los principales del monasterio de san Publio, pues este santo Doctor lo une á Aftono y Teodoto, que eran superiores. Tampoco puede dudarse que Nicolás, á quién escribe la carta 146, al mismo tiempo que á Teodoto y Quéreas, fué también sacerdote como estos, pues en esta carta se le atribuye este carácter.

San Juán Crisóstomo escribió una carta particular á Nicolas, que es la 53, en la cual no le llama monje, sino sólamente sacerdote. Le habla el Santo de la misión á Fenicia, á donde, hallándose aún en Constantinopla, habia enviado obreros evangélicos para que exterminasen la idolatría. Como preveia que las maniobras de sus enemigos habian de arrojarle de su silla, y temia que su deposición cediese en perjuicio de esta grande empresa, no quiso retirar à los misioneros, sino que escribio una carta á un sacerdote llama Constancio, para que los animase. Nicolás le ayudó mucho á sostener esta misión, aunque se hallaba

muy léjos de Fenicia. Envió monjes á ella, á los que animaba mucho con sus cartas; pues esta obra del celo del Santo era embarazada solapadamente por muchos, tan enemigos suyos como de la gloria de Dios. Con este motivo escribió otras cartas á Nicolás, que demuestran el ardor con que este fervoroso solitario secundaba la excelente obra del Santo.

« Me habeis colmado de consuelo y de fortalcza, le dice en la epistola 53, al saber que tomais un singular empeño en animar con vuestras cartas á los obreros que trabajan en la conversión de los idólatras de Fenicia, y que, á pesar de la distancia, que de ellos os separa, os interesais en el buén éxito de su misión. « En lo cual manifestais un celo verdaderamente apostólico, y admiro el que, despues de haber enviado monjes para trabajar en ella, los animais con vuestras cartas á superar las dificultades que encuentran y á perseverar en sus trabajos evangélicos, llenando así la doble función de piloto y de médico. Pues á la manera que el buén piloto atiende al timón cuando las aguas del mar están muy agitadas, y que el médico observa con más cuidado la enfermedad cuando aumenta la fiebre: así vos, varón respetable, atendeis con más solicitad à esta misión, cuando veis que encuentra más obstáculos, y cuando más se necesita animar á los que la llevan á cabo.

Le ruega despues que vea la manera de que dos santos sacerdotes, llamados Geroncio y Juán, vayan á unirse á los monjes encargados de ella, y demuestra cuán grande es el precio de las almas, y cuan meritoria es la obra de sacarlas del error y llevarlas á camino de salvación, á pesar de todos los obstáculos que ordinariamente suscita el infierno á semejantes empresas.

Hémos expuesto algunos trozos de estas cartas para demostrar de una parte que san Juán Crisóstomo tenia en grande estima la virtud de estos religiosos, y hacer ver,

por otra, el ardiente deseo de estos por secundar su solicitud por la conversión de los idólatras. De donde se deduce, que, por muy amantes que fuesen de su soledad, se prestaban con laudable celo á la propagación del Evangelio, cuando la ocasión se presentaba.

---

## SAN SALAMAN, SACERDOTE Y HESICASTA EN SIRIA [1]

San Salamán fué del número de aquellos solitarios que los griegos llaman *hesicastas* ó amantes del reposo, porque vivian en un absoluto retiro, en un profundo silencio y entregados enteramente á la contemplación. Nació en una aldea llamada Capersán, situada en la orilla occidental del Eúfrates; pero renunció al mundo y se retiró á la otra parte del rio, en donde se ocultó en una celda, cerrando la puerta y la vantana para no ver á nadie. No salia de ella más que para cultivar un huertecito, de cuyo producto comia, y no hablaba á nadie, quién quiera que fuese.

Conociendo el obispo de la diócesis la santidad de su vida, quiso elevarle al sacerdocio, y para ello, mandó abrir su celda, le hizo la imposición de manos, y le dirigió una instrucción acerca del carácter sagrado que acababa de recibir. Salamán se dejó ordenar sin oponer resistencia, y escuchó con grande respeto todo lo que le dijo el prelado, pero sin proferir una sola palabra. El obispo hizo cerrar de

[1] Teodoreto, San Nilo, Vita PP. san Juán Crisóstomo, Juán Mosch, Tillemont, Baronio, los Balandistas y Bulteau.

nuevo la puerta y la ventana de la celda, y lo dejó en su retiro.

Pasado algun tiempo, sus compatriotas de Capersán quisieron tenerle á su lado. En la persuación de que su presencia les atraeria las bendiciones del cielo, pasaron el rio, y quisieron traérselo á una celda que edificaron cerca de la aldea. Ninguna resistencia opuso el Santo, sino que se dejó llevar sin decir una palabra, y continuó en este nuevo retiro el mismo género de vida que habia practicado en el auterior. Los habitantes del otro lado del rio ; se dieron por ofendidos, y vinieron una noche con objeto de llevárselo á su antigua morada. Salamán, tan indiferente á la primera mudanza, como á la segunda, tampoco opuso resistencia, sino que se dejó conducir con la misma tranquilidad de espíritu, y guárdando siempre el más rigoroso silencio, de suerte que, como dice Teodoreto, podia decir con san Pablo : *Estoy enclavado en la cruz juntamento con Jesucristo. Y vivo, ya no yo : vive Cristo en mí* [1]. Dice el mismo Teodoreto que no exagera, con lo cual demuestra suficientemente que su vida era muy perfecta. No puede dudarse que recibió de Dios un don muy emimente de oración : pues estando tan vacio su corazon de todo afecto á las cosas de la tierra, se hallaba dispuesto á recibir esta abundancia de gracias celestiales, que Dios comunica á sus elegidos á proporción de su despego de las cosas de la tierra.

Debemos hacer notar aquí, que, miéntras en la Siria y en la Mesopotamia, de que pronto hablaremos, habia monjes, cuya principial, y casi exclusiva ocupación era la oración, habia también muchos monjes herejes que reducian todas sus buenas obras á la oración, y miraban todo lo demás como vano é inútil. Este error era muy común

[1] Galat. II, 22-23.

entre los herejes. tanto hombres como mujeres, quienes á menudo mezclaban obscenidades y extravaganesas con esta práctica religiosa. El jefe de estos herejes, llamados Mesalianos á Euquitas, y que también recibieron otros nombres que caracterizaban algunos de sus errores, ó á algunos de sus fautores, su jefe, digo, era un secular llamado Adolfo, cuya, perniciosa doctrina descubrió san Flaviano, obispo de Antioquía, y condenó en un sínodo. Hizoles salir de la Siria y de todo el Oriente, y mandó á los obispos de Mesopotamia que hiciesen otro tanto, para que purgasen sus provincias de sus delirios.

Aunque este error no tuvo su orígen entre los monjes, no dejó, sin embargo, de seducir á algunos, á lo ménos en lo relativo á la oración. Hemos visto al tratar de los solitarios de Egipto, que consideraban el trabajo manual como uno de los principales deberes de los monjes, y que lo recomendaban mucho ; pero como el hombre abusa de todo, los ancianos de estas soledades se quejaban de que algunos monjes, demasiado apegados á las comodidades de la tierra, se aplicaban al trabajo manual más de lo que exigia el desprendimiento de que hacen profesión, descuidando la oración y otras prácticas espirituales.

Así como estos faltaban por exceso entregándose asiduamente al trabajo con detrimento de la oración, algunos monjes de Siria, siguiendo el error opuesto de los Mesalianos, no querian el trabajo, y no hablaban más que de oración. Pecaban, pues, por otro exceso, y esto nos demuestra que obraba muy sabiamente san Antonio el Grande, recomendando la discreción, como la virtud más conveniente á los monjes, y más adecuada para evitar los excesos, que siempre son viciosos.

Puede notarse que, en las vidas de los santos solitarios de Siria que acabamos de exponer, se habla muy poco de trabajo manual, y mucho de oración, de contemplación y de

lectura ; miéntras que en las de los de Egipto se habla mucho de trabajo ; pero además de que en Siria habia muchos monasterios, en que los monjes ganaban su sustento con el trabajo manual, como hemos visto en la historia de san Malch : los *Hesicastas* ó silenciarios y los Estilitas, que oraban incesantemente, eran llamados á esta práctica por una vocación especial de Dios, que no podia servir de regla común. Esta vocación se reconocia por la pureza de su fé, por la santidad de sus costumbres, por el celo de la gloria de Dios, y por los prodigios que obraban.

No sucedia así con los Euquitas ó Mesalianos, los cuales eran unos vagabundos, cuyas moradas no podian merecer el nombre de monasterios, por más que algunos viviesen en comunidad. No hacian penitencia alguna, ni ayunaban, ni mortificaban sus cuerpos : consideraban el Bautismo y la Eucaristia como cosas indiferentes, y condenaban, como cosa mala, el trabajo manual. Eran ordinariamente mentirosos, y perjuraban sin escrúpulo. A estos puntos de doctrina, que por sí solos bastaban para condenarles, unian costumbres obscenas, y prácticas ridículas é indignas de la razón, y para pintarlos, en una palabra, con sus verdaderos colores, eran impostores y hombres entregados á todos los extravíos de la razon y á todos los vicios del corazón.

Hemos creido conveniente hacer esta aclaracion, para separar el buén grano sembrado por el Padre de familia en las soledades de Siria, y que, por la fecundidad de sus virtudes, producia el ciento por uno, de la maldita zizaña plantada por el hombre enemigo ; pero que supieron descubrir y anatematizar los obispos católicos en el concilio general de Efeso en el año 431.

Imp. de Martinet rue St. Jacq.

Cerom. direx.

Saint-Théodore l'Antiochien.

San Teodoro el Antioqueno.

## SAN TEODOSIO DE ANTIOQUIA, ABAD DEL MONASTERIO DE LA ROCA EN CILICIA [1]

A continuación de la advertencia que acabamos de hacer acerca de los herejes Mesalianos, enemigos del trabajo manual, ponemos la historia del celebre san Teodosio, que lo recomendaba eficazmente á sus discípulos, y que les enseñó á combinarlo con los ejercicios de oración y de penitencia, á semejanza de los solitarios de la Tebaida, del Egipto y de la Arabia. Este ilustre Santo, llamado el Antioqueno, por que era natural de Antioquía, y para distinguirlo de san Teodosio el Cenobiarca, que floreció en Palestina, era de una familia muy distinguida, pero despreció los honores y las riquezas, y se retiró á una montaña cerca del golfo de Issus, al mediodía de la ciudad de Rosa en Cilicia. Allí se encerró en una celda, y se consagró enteramente á la penitencia, teniendo por hábito un cilicio, y por lecho la tierra. Llevaba pesadas cadenas al cuello, á las manos y á la cintura : ayunaba muy austeramente y hacía largas vigilias : oraba casi continuamente, y á todas estas prácticas añadia el trabajo, ocupándose unas veces en hacer varios utensilios, y otras en cortar los árboles que cubrian parte de la montaña, así como en cultivar alguna tierra para su sustento. No pasó mucho tiempo, y ya se le admiraba y buscaba por muchas personas, que veian la santidad de su vida. Por muy grande que fuese su deseo de permanecer desconocido á los ojos de los

[1] Teodoreto, san Nilo, Baronio, los Bolandistas y Bulteau.

hombres, su reputación se extendió á lejanos paises, y muchas personas vinieron á colocarse bajo su dirección. Su caridad no le permitió rechazarlas, y viéndose encargado de un considerable número de discípulos, les enseñó á practicar sus mismas austeridades, á excepción de las cadenas que llevaba. Quiso que compartiesen el tiempo entre la oración y el trabajo, y pasasen sucesivamente de una ocupación á otra: « Pues es muy vergonzoso, les decía, que los monjes no ganen lo poco que necesitan para su sustento, miéntras que los seculares trabajan con incesante afán para sostener á sus familias, para pagar los tributos y aún para socorrer á los pobres. » Así es que, animado del mismo celo de san Pablo, que trabajaba noche y dia para no ser gravoso á nadíe, y para proveer á sus necesidades y á las de los que le acompañaban, animaba á sus discípulos á unir el trabajo corporal con el espiritual, y estos discípulos, dóciles á las instrucciones que les daba con su palabra y con su ejemplo, hacian ora telas, ora cestos, ora cultivaban la tierra. Como vivian cerca del mar, construyeron una pequeña embarcación para trasportar los objetos elaborados y traer todo lo necesario. Así también lo practicaban, como hemos dicho en otra parte, los religiosos de Tabenna.

Hemos visto en la vida de san Nilo, que escribió una carta á los monjes de Cilicia, en la cual les alaba por su vida penitente y laboriosa, de la cual le habia hablado un sacerdote llamado Martin. Es de creer que esta carta se refiera á los discípulos de san Teodosio. Ejercía también este santo la hospitalidad, y para este empleo escogia á aquellos de sus discípulos que más se distinguian por su carácter dulce é inclinado á la caridad para con el prójimo. Estableció también que todos los años y en el dia de Juéves Santo se diese una limosna á todos los pobres de la comarca, dándo á cada uno media fanega de trigo, un

cuartillo de vino, dos cuartillos de miel, y algunas otras cosas.

Esta limosna se continuó despues de su muerte, y hallándose afligido en tiempo de Juán Mosch el pais por el hombre, Dios castigó al abad con un milagro evidente por haber querido disminuirla. Lo referiremos aquí para que sirva de ejemplo á los fieles, y les anime á la virtud de la limosna. « Era costumbre, dice Juan Mosch, que el Juéves Santo se reuniesen en el monasterio los pobres y huérfanos del pais, y se les distribuye trigo, miel y vino; pero tres años ántes de que yo fuese á ver á esta comunidad, sobrevino una esterilidad que encareció considerablemente el precio del trigo. Algunos religiosos hicieron presente al abad la conveniencia de cercenar algún tanto la distribución de este artículo, por temor de que faltase para las necesidades del monasterio.

« Resistióse el abad, exponiendo que era necesario no interrumpir una práctica de caridad tan recomendaba por san Teodosio, y que debian confiar en la protección divina, que no los abandonaria. Insistieron aún, hasta que cedió el abad; quién les dijo, aunque con pena, que hicieran lo que quisiesen. Cercenóse, efectivamente, la distribución; pero cuando algún tiempo despues abrió el ecónomo el granero, vió que todo el trigo habia germinado, y fué preciso arrojarlo al mar. »

Afligido el abad con esta pérdida, tomó motivo para hablar á sus religiosos de esta manera: « Ved aquí como castiga Dios á los que faltan á la obediencia de nuestro Padre: ved lo que nos ha resultado de nuestra desobediencia. Hemos querido economizar algunas fanegas de trigo, y lo hemos perdido todo. Continuando la costumbre, hubiéramos hecho una obra agradable á nuestro santo padre Teodosio, y habriamos socorrido á los pobres que son nuestros hermanos ¿ Qué hemos ganado, hijos mios? Me-

jor dicho ¡ cuanto hemos perdido! Hemos cometido dos culpas, la una faltando á la obediencia de nuestro padre, y la otra confiando en nuestros cuidados, más bién que en los de la divina Providencia. Aprendamos, hermanos mios, á reconocer, que hay un Dios que dispone de todo, y que san Teodosio, aunque está en el cielo, no deja de interesarse por nosotros. » — Juán Mosch, que refiere este hecho, vivia ciento cincuenta años despues de san Teodosio, lo que demuestra que este gran Santo, á quién Dios habia coronado, no olvidaba en la presencia divina el cuidado de sus religiosos.

Volviendo á la vida del Santo, hallábase situado su monasterio al pié de una grande roca, por lo cual se llamó el monasterio de la Roca, como se vé en muchos pasajes de la vida de los Padres. Esta roca era muy seca, y para proveer de agua á la comunidad, era preciso traerla de un torrente inmediato, que probablemente sería el rio Piapo. Construyó el Santo un eqüeducto desde la roca al monasterio, como si estuviese en su poder, dice Teodoreto, sacar de ella agua cuando á bién tuviese. Cuando estuvo hecho el aqüeducto, se levantó una noche ántes que los religiosos despertasen para el oficio, y subiendo á lo más alto de la roca, elevó con fé viva y firme confianza una plegaria al Señor, que nada niega á los que le temen. Tocando despues la roca con su báculo, brotó de pronto un manantial que dotó al monasterio del agua necesaria, yendo la restante á desaguar en el mar.

Esta fuente continuaba corriendo á fines del siglo VI, en tiempo de Juán Mosch. Todo esto contribuyó á que se hiciese su nombre tan célebre, que muchos de los que, á cincuenta leguas, ve veian próximos à sucumbir en una borrasca del mar, invocaban el nombre de Teodosio, y la tempestad cesaba. Los Isaurios, de que hemos hablado en el capítulo precedente, hicieron en los años 440 y

siguientes correrías por todo el Oriente, cometiendo crímenes espantosos; pero respetaron al Santo y su monasterio. Estos hombres crueles y despiadados, dice Teodoreto, que no perdonaban ciudad ni aldea, robando, saqueando y reduciendo á cenizas todo cuanto encontraban á su paso, estos hombres, repito, tan inhumanos, respetaron á san Teodosio. Dos veces fueron á su monasterio, y se contentaron con pedirle pan, y decirle por señas que rogase por ellos.

Temian, sin embargo, los obispos, que si volvian tercera vez, lo cautivasen, para pedir un fuerte rescate, como habia ocurrido con dos prelados, por cuya libertad exigieron una suma considerable. En su consecuencia, le aconsejaron que se refugiase en Antioquía, á lo cual accedió, fijando su residencia en las orillas del Oronte, y continuando sus ejercicios ordinarios con algunos de sus monjes. Muchas personas piadosas venian á verle para aprovecharse de sus sabios consejos. Pero esto duró muy poco tiempo, pues no tardó en ir á ocupar su puesto al lado de los ángeles. Su muerte acaeció en el año 412, según los Bolandistas y Bulteau.

Su cuerpo fué conducido á través de la ciudad con sus cadenas de hierro, que le adornaban más que si hubiesen sido de oro. Acompañábanle los oficiales y todo el pueblo, con la esperanza de atraer sobre sí grandes bendiciones, depositándolo en la iglesia de los santos Mártires, en la capilla de san Julián y en la misma tumba de san Afraato, para que despues de la muerte estuviesen juntos los cuerpos de los dos santos, como lo habian estado en vida sus espíritus para sostener tantos trabajos por amor de Jesucristo. Los griegos celebran su memoria el 11 de enero.

Hemos dicho en la vida de san Jerónimo, que, habiéndose retirado este santo Doctor al desierto de Chalsis despues de haber recorrido los diferentes monasterios de

Oriente, escribió á san Teodosio y á sus discípulos una carta, en la que alaba mucho sus virtudes, y se encomienda á sus oraciones, para poder perseverar en la penitencia que deseaba abrazar. El contenido de esta carta demuestra cuàn grande era la santidad de Teodosio, y cuán rigorosa y edificante la disciplina que se observaba en su monasterio. Parece que san Jerónimo habla cual si hubiese sido testigo, ya sea porque hubiera recibido hospitalidad en él, ó porque lo hubiera habitado algún tiempo, y conociera, por lo tanto, su género de vida.

El monasterio de san Teodosio fué gobernado despues de su muerte por Heladio, que fué obispo de Tarso, despues de pasar sesenta años en el estado monástico. Hace constar Teodosio que no dejó este prelado sus austeridades, sino ántes por el contrario, aumentó sus trabajos y penitencias. Durante algún tiempo, sin embargo, eclipsó su gloria, uniéndose á los enemigos de san Cirilo de Alejandría para apoyar á Nestorio; pero al fin volvió á la comunión de los obispos católicos.

Rómulo, religioso de este monasterio, gobernó uno cerca de la aldea de Marato, en donde hizo observar la regla de san Teodosio á un gran número de religiosos. Creése que murió en 420, como puede deducirse de las palabras de Teodoreto. Entre las cartas de san Juán Crisóstomo hay una dirigida á Rómulo y Bizo, monjes, á quienes no conocía más que por su reputación. En ella les dice que deseaba verles: pues sabiendo que era muy grande su piedad, se hallaba penetrado de una grande caridad para con ellos, á quienes siempre tenia presentes á los ojos de su espíritu. Pero como la grande distancia que los separaba, el rigor del invierno y las correrías de los Isaurios no le permitian emprender este viaje, se había determinado á manifestarles por escrito el afecto que les profesaba. « Pues la caridad cristiana, dice, disipa

todas los obstáculos, y no puede ser detenida por la distancia de los lugares, como tampoco se debilita con el trascurso del tiempo: así es que no deja de estimar á las personas piadosas, aunque no las haya visto. Por esta razón, aunque haya muchos obstáculos para estar á vuestro lado, no por eso os amo ménos; ántes por el contrario, quiero manifestároslo por escrito, y deseo saber vuestro estado. Me será un motivo de consuelo en mi destierro el saber que en los trabajos de la vida penitente que llevais, os conserva Dios una salud firme y constante. »

La disciplina que san Teodosio habia establecido en su monasterio no se conservó sólamente en su vigor hasta el año 440 en que Teodoreto escribió su obra, sino que floreció hasta fines del siglo VI: pues Juán Mosch, que vivia en esta época, le dá un lugar preferente en su *Prado espiritual*.. Gobernábalo entónces el abad Juliano, y este superior se distinguía por su dulzura y discreción. Habitaba también en este monasterio un santo anciano, llamado Juán, á quién habia dado el Señor tanto imperio sobre los demonios, que era su terror, y cuando se le llevaba algún poseido lo curaba al punto con la eficacia de sus oraciones. Un dia que salió del monasterio, encontróse en una lengua de tierra, que se llamaba el pequeño Promontorio, á un patrón que, hacía dos semanas, empleaba inútilmente un considerable número de obreros en botar al agua una nave que habia construido, pues gentes mal avenidas con él lo impedian por artes mágicas. Angustiado este hombre por ver que nada conseguia, y viendo al santo anciano, en quién reconoció á un hombre de Dios, le dijo: « Orad, Padre mio, para que pueda poner á flote esta nave, pues ciertos sortilegios me lo impiden. El anciano no queria por humildad hacer el milagro en su presencia, así es que le hizo retirar con toda su gente, y cuando se encontró solo, se postró en tierra y

oró : despues hizo tres veces la señal de la cruz en nombre de Jesucristo sobre el navío. En seguida hizo venir al piloto, quién sin esfuerzo alguno, lanzó la nave al agua.

Hemos visto que san Teodosio obtuvo del cielo, por medio de sus oraciones, una fuente de agua que desde lo alto de la roca descendia al monasterio. Juán Mosch dice, que dos años ántes de que él lo habitase, pidieron los religiosos al superior que consintiese la construcción de un baño, esperando que sus aguas tendrian eficacia para curar las enfermedades. Los baños constituyen una costumbre, casi una necesidad en Oriente, pero los religiosos se abstenian de ellos por mortificación ; así es que, aún cuando el abad consintió por mera condescendencia, Dios manifestó con un milagro evidente que no le eran agradables : pues apénas empezaron á usarse los baños, se secó el manantial. Esta maravilla hizo que reflexionasen los religiosos en la causa que la producia : que orasen y ayunasen, pero todo inútilmente : la fuente no volvió á brotar, hasta que mandó el abad que se quitasen los baños.

Refiere el citado autor que, hacia el mismo tiempo, se propuso una piadosa señora de Apamea cavar un pozo ; pero á pesar de muchos trabajos y gastos no pudo encontrarse agua. Una noche se le presentó en sueños un personaje, el cual le dijo que pidiese en el monasterio de la Roca la imágen de san Teodosio, y la bajase al pozo, con lo cual Dios atenderia á sus súplicas. Hízolo así, y al momento se llenó el pozo de agua.

Además de los religiosos del monasterio de san Teodosio, habia anacoretas en estas comarcas, y referian los ancianos á Juán Mosch, que hacía poco tiempo que habia muerto un ermitaño de gran santidad, que habia envejecido en la vida solitaria. Vivia en una caverna del bosque inmediato, sin que se supiese con precisión el sitio. Algunas veces venia á verles ; pero habiendo muerto sin que lo su-

pieran, creyeron que habria pasado á otro desierto. Algún tiempo despues apareció en sueños al abad Juliano y le dijo: « Tomad algunos religiosos, é id á retirar mi cuerpo que se halla en la montaña del Ciervo. Tan luego como despertó el abad, se trantadó á ella con algunos religiosos; pero estaba tan oculta la caverna por las nieves y las malezas, que durante muchas horas la buscaron inútilmente. Lo cual visto por el abad, dijo á sus religiosos: Volvamos, hermanos mios, al monasterio; más al descender de la montaña, vieron una cabra silvestre que, á poca distancia de ellos, cavaba la tierra. El abad Juliano no dudó entónces que el cuerpo del anacoreta estaba en aquel lugar, y lo dijo á los otros. Cavaron un poco, encontraron el cadáver todavía entero, y lo trasladaron al monasterio, en donde le dieron honrosa sepultura.

Habia también en este desierto otro anacoreta, que todos los domingos iba á la iglesia del monasterio para asistir á los divinos oficios. Sucedió un dia, que se le dió un motivo de tristeza, y estuvo cinco semanas sin parecer. Se afligieron los religiosos al notar su ausencia, y cuando, pasado algún tiempo, volvió, se postraron á sus pies, pidiéndole perdón, y dando muestras de gozo por su vuelta. Otro tanto hizo él, y participó con ellos de los divinos misterios. Pero despues de recibir la sagrada Eucaristía, se puso en medio de la iglesia, y allí entregó su alma á Dios sin haber dado señales de mal alguno. Con lo cual comprendieron los ancianos del monasterio, que habia previsto la hora de su muerte, y que habia vuelto á la iglesia para no comparecer ante el tribunal de Dios sin haberse reconciliado con los religiosos, que le habian causado alguna pena.

Dice también Juan Mosch, hablando de los anacoretas de este desierto, que, habiendo ido, á dos leguas de Rosa, á una aldea situada al pié de la montaña, fué recibido por dos ancianos legos, y alojado en la iglesia edificada en un

terreno que le pertenecia. Mostráronle una piedra sepulcral de mármol, y le dijeron que bajo aquella piedra estaba sepultado el cuerpo de un santo anacoreta. Pregun tóles Juán Mosch, como lo habian sabido, y le dijeron : « Hay cerca de siete años que sobre la cumbre de la montaña vimos encerderse fuego. Esto se repitió durante algunas noches, y un dia nos acercamos á ver de donde procedia semejante fenómeno ; pero no vimos cenizas ni cosa alguna que indicase su orígen. »

A la noche siguiente y durante tres meses seguidos, volvió á aperecer la llama. Por último, nos determinamos á ir á la hora en que se presentaba el fuego, acompañados de algunos hombres bién armados que nos defendiesen de las fieras. La claridad de la luz sirvió para que viésemos el camino, y allí permanecimos hasta el dia. Entónces vimos una pequeña caverna, y entrando en ella, encontramos á un anacoreta muerto. Estaba vestido con un cilicio y un pequeño manto : tenia en sus manos un Crucifijo de plata, y en un papel que habia á su lado leimos estas palabras : « Yo el humide Juán, he muerto en la indicción decima quinta. » Formando, pues, el cálculo, dedujimos que hacia siete años que habia muerto. Sin embargo, estaba su cuerpo tan fresco y entero, cual si acabase de espirar. Lo trasladamos, y le dimos sepultura en la iglesia.

Refiere también el mismo autor, que habia en el monte Pterigio, no léjos del monasterio de san Teodosio, dos solitarios : el uno de ellos de edad muy avanzada. y el otro, muy jóven, se hallaba bajo su dirección. Habiendo muerto el anciano, cavó su discípulo una sepultura, y lo enterró en ella. Algunos dias despues bajó de la montaña, y rogó á un campesino, que llevase sus instrumentos y cavase una fosa en el lugar que le indicó. Cuando lo hubo hecho, descubrióse el cuerpo del anciano, y echándose sobre el jóven anacoreta, oró un rato, y quedó muerto. Habíase retirado

muy poco el campesino, y recordó que no le habia pedido la bendición. Volvió con este objeto ; pero le encontró yerto cadáver.

Por último, dice este historiador, que le refirió el anciano Pedro, que, habiendo ido al monte Amano, entró en una caverna, y encontró en ella á un anacoreta de rodillas, con las manos levantadas hacia el cielo, y con unos cabellos tan largos, que llegaban á la tierra, Creyendo que estaba vivo, se postró ante él, y le dijo : » Padre mio, rogad por mí. » Viendo que no le respondia, se acercó para darle el ósculo de paz, y reconoció que estaba muerto. Supo despues por un anacoreta que vivia en una caverna inmediata, que aquel á quién habia visto hacia quince años que habia muerto, y que la Providencia habia conservado en aquella posición su cuerpo.

Hemos añadido estos hechos á la historia de san Teodosio y sus discípulos, para demostrar que, tanto en su monasterio, como en los desiertos vecinos, habia excelentes religiosos á fines del siglo VI, ó sea en tiempo de Juán Mosch, no obstante las turbulencias y desgracias que afligian aquellas provincias, tanto por las incursiones de los bárbaros, como por las facciones de los herejes, y para poner de manifiesto con el ejemplo de estos anacoretas que se encontraban muertos en sus cavenas, que no todos los santos son hoy conocidos ; sino que hay muchos que sólamente lo son de Dios y de los espíritus bienaventurados, cuya santidad aparecerá con todos sus esplendores en el dia solemne en que Dios vendrá á hacer justicia, condenando públicamente á los pecadores, y colmando de gloria á los santos, de quienes el mundo no hace caso, y á quienes con frecuencia ha despreciado y perseguido.

Bulteau, en su Historia monástica, despues de hablar de Teodosio y de sus sucesores, hace mención de san Telémaco, ó Almaco, que no es conocido más que por un rasgo

de su celo, que le procuró una muerte gloriosa, y le ha colocado en el número de los mártires, y cuyo recuerdo debemos á Teodoreto. » Haciendo Telémaco, según la expresión de este escritor, profesión de la vida monástica en Oriente, lo que puede significar que vivia en la Siria, ó en la diócesis de Antioquía, que se llamaba por antonomasia *diócesis de Oriente*, vino á Roma con objeto de alcanzar que cesasen los combates de gladiadores, que eran una reminiscencia de las supersticiosas crueldades de los paganos, que en vano habian intentado abolir los emperadores cristianos. Habiendo llegado á la capital del mundo, se dirigió al anfiteatro un dia, en que se daba al pueblo el sangriento espectáculo. Era dia de las calendas de enero, en que la Iglesia celebraba la octava del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, y exclamó ante todo el pueblo : « Hoy es la octava del Señor : dejad estas supersticiones : separaos de los sacrificios impuros que se ofrecen á los idolos. » No se contentó su celo con esta exhortación, sino que, deseoso de que cesase un espectáculo tan injurioso á Dios como nocivo á la humanidad, salió á la arena, apostrofó á los gladiadores, y quiso separarlos para que no se matasen. Pero el pueblo que se complacia en estos crueles combates, y que se hallaba empujado por el demonio, que no se complace ménos en la efusión de la sangre humana, el pueblo, digo, indignado de que un hombre desconocido, y que carecia de prestigío para imponerse, osase turbar sus diversiones, se llenó de furor, le apedreó, y los gladiadores acabaron por matarle. Alipio, prefecto de la ciudad, se hallaba presente, y con la autoridad que ejercia, debiera haber apaciguado el tumulto, y librar á Télemaco de las manos de estos furiosos ; pero era pagano, y le costó poco trabajo dejar que le inmolasen.

La muerte de este santo solitario tuvo el éxito que no pudieron alcanzar sus exhortaciones : pues el emperador

tomó de ella motivo para abolir enteramente en Roma estos espectáculos tan crueles como impios, y Telémaco fué colocado en el numero de los mártires. El cardenal Baronio es de opinión que este hecho acaeció en tiempo del emperador Teodosio, padre de Honorio; porque precisamente entónces era Alipio prefecto de Roma, como lo prueba por medio de las inscripciones, y lo confirma con el hecho de que, una vez nombrado el citado Alipio por el mismo emperador prefecto de Egipto, fué convertido á la fé por san Juán de Egipto, cuya vida hemos trazado en el libro primero de esta historia, en donde dijimos, fundándonos en el relato de Paladio que se hallaba presente, que tuvo una larga conferencia con el Santo.

Sin embargo, el testimonio de Teodoreto, que asegura que esta tragedia pasó en tiempo de Honorio, ha arrastrado á los críticos contra la opinión de Baronio. Creemos inútil insistir en una cuestion que no tiene grande importancia.

Algunos escritores han dudado, si se debia distinguir á san Telémaco de san Almaco; pero esta duda no tiene solido fundamento. El nombre de Telémaco significa *fin del combate*, y podria hacer creer que se le dió este nombre para dar á entender que su muerte puso fin al combate de los gladiadores, y que pudo tener otro que ignoramos. Pero puesto que Teodoreto no le nombra de otro modo, preciso es creer, que por felix coincidencia, se adaptó su nombre á los efectos producidos por su martirio.

Su fiesta está asignada en el Martirologio en el dia primero de enero.

## PRIMEROS SOLITARIOS DE MESOPOTAMIA — LOS PASTORES Y LOS MONASTERIOS [1]

Dice Sozomeno que el primer solitario de la Siria, es decir de la Mesopotamia, que confunde con la Siria, fué Aonez. « Refiérese de él, dice, que comenzó á vivir en este pais según las más perfectas máximas de la celeste filosofía, y que hizo en él lo que san Antonio en la Tebaida .» Le dá por compañeros á Gaddano y Azizo, que se esforzaron en seguir sus huellas. Establecieron su morada en Fadán, que es el lugar en que el mayordomo de Abraham vió á Rebeca, Estaba muy cerca de Carrhes, lo que indica que esta aldea era la de Harán, en que Raquel vivia con su padre Labán.

No está probado hasta le evidencia, que este Aonez haya sido verdaderamente el primer solitario de esto pais. Sozomeno habla ántes de los que se llamaban pastores, y si es verdad que Aonez floreció bajo el emperador Valente, como parece deducirse de las palabras de este escritor, resulta que san Jacobo de Nisiba, que, ántes de ser obispo, fué solitario y del número de estos pastores, fué más antiguo que él. Así lo nota Tillemont.

Eran estos pastores verdaderos anacoretas, que en Mesopotamia se llamaban pastores, porque no tenian casa ni celda, sino sólamente cavernas, á las que se retiraban durante el invierno, como veremos en la vida de san Jacobo de Nisiba. No comian pan, ni cosa alguna cocida al fuego,

[1] San Efren, san Basilio, Casiano y Sozomeno.

así como tampoco bebian vino. Cuando llegaba la hora de la comida, tomaban una podadera, y cortaban los retoños de las yerbas que á su paso encontraban, por lo cual recibian el nombre de pastores. San Agustín habla de ellos en los mismos términos que Sozomeno. Pero tenemos un discurso de san Efren, en que detalla su género de vida, y de que vamos á dar un resúmen, por ser un monumento muy edificante de sus austeridades, de su desprendimiento de la tierra y de su vida enteramente celestial.

« Publiquemos, dice, las recompensas de los santos religiosos que han sido los padres de la vida ascética y solitaria: cantemos las alabanzas de los habitantes de los desiertos: relatemos los combates de los que, llevados de un amor ardiente y de un verdadero deseo de su salvación, han dejado las ciudades, y venido á estos lugares solitarios, para alejarse del tumulto del mundo. No se hallan, por lo tanto, ausentes; no están léjos de nosotros; pues el afecto que les profesamos hace que los tengamos presentes, y que no cesen de rogar por nosotros. No los consideremos como hombres viles y despreciables, ni como ignorantes y groseros: son muy célebres y respetables: son los maestros de todos los hombres en la escuela de la piedad y de las buenas obras, pues el mismo Señor es el que los instruye. »

Aún cuando estén errantes por los desiertos y las montañas, no se separan del rebaño de la Iglesia; sino que son miembros perfectos de este místico cuerpo, y están llenos de justicia. « No resisten á la ley sino que la cumplen: honran á los sacerdotes y á los ancianos, y en todas sus acciones son guiados por una fé viva. Cuando los venerables sacerdotes suben al altar para celebrar y ofrecer los santos Misterios, y cuando se sientan á la sagrada Mesa, son los primeros en levantar sus manos, y reciben con fé el cuerpo de Jesucristo. Cual palomas, se remontan á lo alto, y fijan su morada en la cruz. Cual místico rebaño, se extienden

por el desierto, y reconocen la voz del soberano Pastor, lleno de bondad y de misericordia. Son mercaderes que salen de su pais para buscar la margarita de inestimable valor: son generosos atletas que se hacen ilustres por los trabajos de la virtud. »

« El amor que les profeso me hace ir en busca de ellos para encontrar tesoros espirituales, que me llenen de inapreciables riquezas. Es verdad que me espanta la austeridad de su vida; pero cuando se ponen de rodillas para orar conmigo y por mí, de débil y miserable que soy, me trueco en fuerte y vigoroso. Cuando levantan sus manos hacia el cielo, mi oración sube a él con la suya para alcanzarme la gracia de cantar con piedad y con fé los himnos y los cánticos. Yo me uno á ellos cuando imploran los auxilios del cielo, y si alguno derrama una làgrima por mis pecados, es oido, y mis culpas quedan perdonadas. »

« Vayamos, pues, á participar de sus dones espirituales, de sus oraciones, de su gozo y de sus celestiales delicias. Recibamos de ellos la caridad, que es una virtud mucho más excelente que todas las piedras preciosas. Recibamos de ellos la fé, que es infinitamente mejor que todas las perlas y ornatos de que tanto se precian los mundanos. Volemos rápidamente cual ágiles palomas, y trasportémonos al lugar que habitan estos hombres incomparables, que han preferido las montañas y lugares solitarios al tumulto y agitación de las ciudades. Sus cuerpos se hallan cubiertos de saco y cilicio, sin otro ornato que su larga cabellera; pero llevan con gozo estas ásperas vestiduras, porque saben que con ellas agradan al Señor. Su rostro está macilento, y su mirada revela no sé qué de austero; pero esta misma austeridad constituye la belleza y la gloria de sus almas.

« Este exterior penitente les hace tan respetables, que, si les encuentra un ladrón, se postra ante ellos lleno de veneración. Las fieras huyen de ellos al ver sus sacos, como

si viesen un objeto admirable y prodigioso. Huellan con sus pies las serpientes, porque están ceñidos de la justicia que viene de la fé. El mismo Satanás los mira con horror y espanto ; dá gritos horribles y huye precipitadamente, porque le combaten animosamente, y le persiguen hasta que le han destrozado enteramente, por decirlo así, con sus pies, al mismo tiempo que desprecian sus ilusiones y artificios.

Los bienes del mundo no les tientan, pues los miran como arena despreciable, y cual los ángeles, tienen todas sus riquezas en el cielo. El hambre no les aflige, pues están saciados con Jesucristo que es el pan de vida eterna que ha descendido del cielo. La sed no les abate, pues á todas horas tienen en su alma y en su lengua á Jesucristo, que es la fuente de agua viva. El maligno espíritu no les turba, porque están edificados sobre la piedra firme que no puede ser quebrantada. »

« Viven en las cavernas y en los agujeros de las rocas, cual si fuesen ricos y cómodos aposentos. Se encierran en las montañas y en las colinas, cual en fortalezas inexpugnables. La tierra es su mesa, y las yerbas y raices silvestres su alimento ordinario. Las aguas que corren por tranquilo riachuelo, ó que brotan de las rocas son su deliciosa bebida. En cualquier lugar en que se encuentran tienen su iglesia, porque oran incesantemente, y pasan los dias enteros en este santo ejercicio. Las alabanzas divinas, con que hacen resonar á toda hora las concavidades de las montañas, son los sacrificios que ofrcen al Señor. Oran por nosotros, y curan nuestras enfermedades con la eficacia de sus oraciones. »

« Por las mañanas, cual si desplegasen sus alas, se extienden por toda la soledad : se levantan con nuevo ardor, y hacen resonar, como si fuesen atronadoras trompetas, los valles y las montañas con las alabanzas de Jesuscristo, por cuyo amor suspiran. Ejércitos de ángeles les acompa-

ñan, velan por ellos, les guardan y les protegen. La gracia del Señor está siempre con ellos, y no permite que el enemigo eclipse su gloria. Si se ponen de rodillas, á poco está la tierra empapada en lágrimas. Huyen de la gloria del siglo, y cifran la suya en el desprecio y las humillaciones. No se dan reposo alguno, ni buscan otras recompensas en sus trabajos, que las que les están preparadas en el cielo. Se consideran más honrados con sus hábitos tejidos de piel de cabra, que los grandes con su púrpura y esplendorosas alhajas: pues la púrpura se usa y destruye, miéntras que el saco y el cilicio inmortalizan á estos piadosos solitarios con la paciencia y el amor de los sufrimientos. Los mismos reyes, asentados en su dorados tronos y rodeados de majestad no gozan una tranquilidad tan dulce, como la que ellos experimentan en sus desiertos: la gloria de que huyen les persigue por todas partes, y sus virtudes les hacen respetables. Cuando alguno de ellos se presenta en alguna parte, todo el pais se llena de gozo y manifiesta su piadosa alegría. Su humildad y su dulzura les atraen la veneración y la estimación de todo el mundo. »

« Cuando han caminado largo tiempo por las montañas y se sienten fatigados, se acuestan sobre la tierra, cual sí fuese un lecho mullido y delicado. Pasan la noche en el lugar en que se ven sorprendidos por ella. No se preocupan de su sepultura: no piensan en construirse mausoleos, porque están crucificados con Jesuscristo, y el ardiente amor que le profesan les hace encontrar la muerte en todas partes. Con frecuencia el mismo paraje en que concluyen sus ayunos y mortificaciones les sirve de sepultura. A muchos les sorprende el sueño de los justos en el fervor de sus oraciones, y otros, encerrados en sus grutas de la rocas, entregan plácidamente sus almas en manos del Señor. Unos mueren en las montañas, sin salir de su ordinaria sencillez: otros previamente avisados por el cielo, y estando confir-

mados en la gracia, se fortalecen con el signo de la cruz, y se colocan en la fosa que ellos mismos han cavado : otros entregan su espíritu á Dios cuando se hallan comiendo algunas yerbas que su Providencia les ha proporcionado : muchos, por último, son arrebatados de este mundo, cuando están rezando los salmos por las montañas y cantando las alabanzas divinas. »

« De esta manera, estos santos anacoretas morian en el ósculo del Señor. Sus cuerpos esperan en el lugar en que se hallan ocultos la voz del arcángal, que les llame á la resurrección, y entónces aparecerán cual lirios que florecen en los campos. El Señor les dará una eternidad gloriosa : en lugar de los cabellos que llevaban en desórden, ceñirá sobre su frente rica diadema : su cilicio se convertirá en ropaje de resplandeciente blancura : en lugar de las yerbas y del agua que constituian su alimento, Jesucristo mismo será su pan de vida eterna, y en lugar de las grutas y cavernas que habitaron, poseeran su reino inmortal. Quisieron sufrir en el este mundo, y Jesucristo les colmará de gozo en el otro. »

« No hay palabras que puedan expresar las inefables delicias que les están preparadas. Los ángeles les llamarán bienaventurados por haber caminado fiélmente por los senderos de la justicia, por haber llegado al puerto tranquilo del cielo, por haber combatido sus pasiones en la tierra, y haber amado ardientemente á Jesucristo. Estos espíritus bienaventurados se regocijarán de tenerlos por coherederos del reino celestial. No cesarán de alabar y bendecir con ellos á la santísima y adorable Trinidad, á quién sea dada toda gloria por los siglos de los siglos. »

Tal es el resúmen de las alabanzas que hace san Efren de estos anacoretas, no debiendo considerarse este elogio como exagerado é hiperbólico, sino como una relación fiel de su vida, tanto más cuanto que se halla conforme con lo que

dice Sozomeno. Veianse estos admirables anacoretas desde el tiempo de Constantino en 340, sobre todo en el territorio de Edesa y en el de Amida, hacia el monte Gángalo. Así es que san Efren, que murió en 377, no habla sólamente de los que vivian en su tiempo, sino de los que habian florecído ántes de él. Los habia tambien en el territorio de Nisiba y de Carres, cerca del monte Sigorón, entre los cuales es preciso colocar á Batteo, Eusebio, Bargo, Halas, Abbón, Lázaro, Abdaleo, Zenón y Heliodoro, de quienes habla Sozomeno, aunque muy sucintamente. Batteo vivió en una abstinencia tan grande, que se pudrieron sus dientes y criáronle gusanos. Halas no permitió comer pan, sino despues de haber llegado á la edad de ochenta años. Heliodoro pasaba sin dormir la mayor parte de la noche, y semanas enteras sin comer. Eusebio vivió recluido cerca de Carres. Lázaro fué consagrado obispo por honor, y sin asignársele ninguna diócesis ; pero puede ser muy bién que se haya engañado Sozomeno acerca de este particular, como lo estuvo acerca de san Barso y san Eulogio, que, uno despues, de otro, ocuparon la silla metropolitana de Edesa. Nada se sabe de Bargo, así como de Abbón, Abdaleo y Zenón, como no sea, que se distinguieron, como los demás que hemos citado, en la celeste filosofía entre los santos habitantes de estas soledades.

Aún cuando nos ha dado san Efren una idea tan grande y justa de la virtud de los pastores de que acabamos de hablar, no deja de quejarse, al mismo tiempo, de algunos religiosos, que, siguiendo su propio consejo, quisieron imitar su género de vida, sin haberse preparado con el fondo de virtud necesaria para sostener los combates á que están llamados los anacoretas, ni la pureza de intención que debe preceder á semejantes empresas. « Advertid, dice al monje Juán, á esos religiosos vuestros, que es muy fácil que les engañe el demonio, inspirándoles proyectos superiores á

sus fuerzas, pues como dice el Apóstol san Pablo, es preciso reformarse en novedad de espíritu, pero buscando cual es la voluntad de Dios buena, y agradable y perfecta[1]. Unos se confian temerariamente á sus propias luces: otros rehusan vivir en la obediencia del monasterio, y en el servicio mutuo, que con el trabajo manual se prestan los hermanos: otros aspiran á la estimación de los hombres, ó dejándose llevar de la volubilidad de su espíritu, quieren vivir como los pastores; miéntras que, si consideraran detenidamente cuales son los trabajos de este estado, y los peligros á que se exponen, verian que es una gran indiscreción internarse en los áridos desiertos, en que perecerán miserablemente. Esto mismo ha ocurrido precisamente no hace mucho tiempo. Algunos religiosos resolvieron abandonar sus celdas, sin querer prestar oidos á las reflexiones que los superiores y otros religiosos les hacían para que desistiesen, y no dando otra razón sino que querian ser pastores. Internáronse, pues, en arenosos desiertos, en que carecían de agua y de todo alimento, y habiéndose alejado considerablemente, empezaron á sentir el castigo de su temeridad. Entónces quisieron volver á lugares habitados, pero no les fué posible encontrar camino. Por último, acosados por el hambre, por la sed, por el cansancio y por el excesivo calor, cayeron en tierra, y hubieran perecido, si la divina Providencia no les hubiera proporcionado que unos hombres los subiesen en sus caballos para llevarles á lugar habitado. Pero no dejaron de sufrir durante algún tiempo grandes incomodidades, y no todos tuvieron la misma dicha, pues algunos que no encontraron semejante coyuntura, fueron devorados por las aves y bestias salvajes. De esta manera pudieron aprender los que se salvaron, que nada debe emprenderse sin consejo: que es preciso desconfiar de las propias luces, y pedir

[1] Rom. XII, 2.

con humildad y caridad consejo sabio y prudente. Si alguno cree haber llegado á una virtud perfecta, y haber vencido sus pasiones, no se fie de sí mismo, no sea que se verifique lo que dice la Escritura: *Pobreza é ignominia á aquel que abandona la correcion*[1].

Lo que acabamos de referir demuestra que en la Mesopotamia se observaba la misma regla para abrazar la vida de los anacoretas, que se practicaba entre los monjes del Egipto y de la Palestina, en donde no se permitia que los religiosos viviesen solos en el desierto, sino despues de haber sido probados en el monasterio por la más rigorosa obediencia y por la más absoluta renuncia de sí mismos; más si alguno ha sido exceptuado de esta regla común, lo ha sido por una vocación especial y bién probada, y no por su propio consejo.

Despues de haber tratado de los pastores ó anacoretas de esta provincia, necesario es también hablar de los monasterios en que se hacía la vida común. Los de Mesopotamia no fueron ménos célebres que los de Egipto, como atestigua Rufino: así es que san Basilio que vivió hacia el año 357, habla de ellos con la misma admiración, con que lo hace de los de otras provincias que habia visitado. Dice desde luego en su epístola al Clero de Neocesarea: » Se nos acusa de tener á nuestro lado religiosos llenos de piedad, que han renunciado al siglo y á sus vanas solicitudes, comparadas por Jesucristo á las espinas que ahogan la divina semilla; pero estos monjes llevan la mortificación de Jesucristo á quién siguen firmemente, llevando su cruz. ¡ Ojala, no hubiese en toda nuestra vida otra cosa de que se nos acusase, y que no tuviésemos bajo nuestra dirección más que personas que imitasen su piedad. Gran número de ellas se encuentra en el Egipto y la Palestina, así como en la Siria y en la

[1] Prov. xii, 18.

Mesopotamia. A su lado no somos más que niños en la virtud. Hay también comunidades de vírgenes que no han abrazado con ménos ardor los consejos evangélicos, y que viven consagradas á la compunción y la penitencia. A todos ellos los consideramos muy dichosos por hallarse en estado de tanta santidad, y tenemos la pena de no imitarles. Sólamente el demonio, que es padre de la mentira, puede hacer que se desapruebe un género de vida tan perfecta. Nuestro mayor deseo seria que Dios nos proporcionase un gran número de estas personas, tanto hombres como mujeres, que han crucificado su carne con todas sus concupiscencias, que no se cuidan del alimento y del vestido, que consagran el dia y la noche á la oración, que no hablan el lenguaje del mundo, que no usan de su lengua sino para cantar las alabauzas del Señor, que no tienen otras aspiraciones que las de alcanzar el cielo, y que, por último, unen á los rigores de la penitencia el trabajo manual, con el cual no sólamente atienden á su sustento, sino también á las necesidades del pobre. »

No habla este Santo con ménos elogio y cariño de los monjes de Mesopotamia, en su carta á Eustaquio, obispo de Sebaste : « Habiendo leido en el santo Evangelio, dice, que uno de los medios más seguros de alcanzar la perfección en vender los bienes, distribuirlos á los pobres, dejar las solicitudes del mundo, y arrancar del corazón el afecto de las cosas terrenas, he deseado tener á mi lado á uno de estos hombres que han abrazado un estado tan santo, y con cuyos consejos y ejemplos pueda yo elevarme sobre las oleadas del tempestuoso mar del mundo. He encontrado á muchos en Alejandría y en el resto de Egipto. También los he visto en la Palestina, en la Siria y en la Mesopotamia, y no he podido ménos de admirar la santidad de su vida, su mortificación, su paciencia en los trabajos, y su fervor y asiduidad en la oración. No he podido ménos de admirar á

hombres que no se dejan vencer por el sueño, que no escuchan la voz de la naturaleza, y que sufren el hambre, la sed, el frío y la desnudez, cual si no tuviesen un cuerpo. Estos hombres se consideran como si no estuviesen en el mundo, como lo demuestran en todas sus acciones : tienen constantemente elevados á Dios su espíritu y su corazón, y su conversación está en los cielos. No puedo mirar á estos hombres heróicos, y cuya alma está adornada de la más eminente virtud, sin envidiar su felicidad, y sin sentir cierta emulación por imitarles. »

Tal es la excelente idea que este santo Doctor nos dá de los solitarios de Mesopotamia, de quienes habla como testigo ocular. De lo que dice se desprende que no cedian en austeridades, en recogimiento, en elevación de espíritu y en oración á los de Egipto, de la Palestina y de la Siria. No sólamente habla de los anacoretas, sino también de los cenobitas, puesto que alaba su trabajo común. Sabemos, por último, por sus escritos, que habia comunidades de vírgenes, que no llevaban una vida ménos perfecta que los hombres.

Hablando Casiano en sus *Institutiones de las* reglas *monásticas*, une á los religiosos de Mesopotamia con los de la Palestina y del Egipto, y con poca diferencia se les pueden atribuir las mismas costumbres, que hemos expuesto en el resúmen de sus instituciones, al hablar de la disciplina monástica de los solitarios de Egipto. Esta disciplína no atendia sólamente á la dirección exterior de las acciones de los religiosos, es decir, al oficio divino, á las vigilias, á las ceremonias, á las correciones, á las penitencias y al trabajo manual, sino también á los combates contra las pasiones y los vicios, á la práctica fiel de las virtudes, y sobre todo à la humildad, á la obediencia, á la paciencia, á la caridad y al espíritu de recogimiento y de oración : puesto que Casiano habla también de los reglamentos de los monasterios.

Pero san Efren es el que trata más especialmente de la disciplina de los monasterios de la Mesopostancia, y de las grandes virtudes que en ellos se practicaban, ya sea alabando á los Padres que vivieron ántes que él, ya cuando traza las reglas de conducta que habian de observar tanto los relígiosos como los novicios. Por los excelentes avisos que dá se conoce cuales eran las máximas que informaban el espíritu de los religiosos, y los elogios que de ellos hacen otros escritores eclesiásticos, demuestran que estos avisos se ponian en práctica. Es verdad que hablando san Efrén de la virtud de los hermanos que le habian precedido, lo hace como lamentándose de que hubiesen degenerado los de su tiempo; pero sus palabras, más bién que como corrección, deben considerarse como exhortación, para inspirarles la emulación del bién, y sostenerles en los sentimientos de humildad: pues hablando de sí mismo, es el primero que se acusa de relajación y de ser un grande pecador, siendo así que nadie ignora la santidad de su vida.

Vamos á exponer un compendio de algunos de sus opúsculos, que pondrá de manifiesto, por una parte, la santidad de los primeros padres de la Mesopotamia, y de otra, las virtudes que se exigian á los cenobitas de su tiempo en la misma provincia.

Inflamado san Efrén de un celo ardiente por la conservación de las virtudes y de la disciplina regular en los monasterios de su provincia, propone en uno de sus discursos la eminente santidad de los Padres que les habian precedido, y que habian muerto en paz. Manifiesta vivamente su pena por hallase privado de su presencia, que tanto les animaría. Deplora la relajación de los que no siguen sus huellas, y con un sentimiento de la más profunda humildad, se coloca en el número de los relajados y negligentes, manifestando la más viva contrición

de sus faltas. Sus palabras expresan muy claramente la elevada perfección que habian alcanzado los que vivieron ántes que él.

» Mi corazon, decía, se halla consternado : tomad parte, hermanos mios, en mi dolor ¿ Es donde están mis lágrimas? ¿ en donde mi compunción, para que mi llanto pueda purificar mi alma ? Yo veo, Dios mio, que purificais á vuestros santos, para que aparezcan cual oro purísimo, y para trasportarlos desde este siglo seductor á la vida eterna. Como el viñador que cuida de recoger sus frutos cuando han llegado á la madurez, así vos, Salvador mio. llamais á vuestro seno á vuestros elegidos, despues que han vivido santamente, ejercitándose con fidelidad en las obras de virtud. »

¡ Desgraciado de mi ! habla con tus lágrimas, alma mia : tu dolor debe ser muy amargo, viéndote privada de los Padres y santos religiosos, que te servían de modelo de perfección. ¿ En donde están aquellos hombres vigilantes, sobrios, humildes, dulces, piadosos y religiosos? En donde aquellos amantes de la pobreza, aquellos hombres movidos de tanta compunción, que se hacian agradables á Dios? Cual ángeles, le ofrecian sus oraciones, y postrados en su presencia, regaban la tierra con las dulces lágrimas, que la compunción de sus corazones hacía brotar de sus ojos.

¿ En donde están aquellos verdaderos amigos de Dios, que, despojados de todo por una caridad perfecta, no querian poseer cosa alguno sobre la tierra, que llevaban continuamente la cruz en pos de Jesucristo, que marchaban con circumspeccion por el camino estrecho, que vigilaban por sí mismos para no extraviarse, que corrian á grandes pasos por el sendero de los preceptos divinos, que servian á Dios con celo y santa alegría, que jamás se separaban de la regla de vida que se les habia prescrito,

y que afligian sus cuerpos con los rudos trabajos de la penitencia? Dios, que tan tiernamente los amaba, los ha conducido al puerto de la vida y del reposo eterno, en que gozan de la presencia infinitamente amable y deliciosa del Esposo inmortal. »

¡ Ay ! no se ven ya entre nosotros estas virtudes: no se encuentran su piedad, ni su religión, ni su dulzura, ni su pobreza voluntaria. No se vé aquella caridad fervorosa, aquel ardiente amor que abrazaba sus corazones, aquella unión á Jesucristo, aquella compasión y aquellos vínculos estrechos entre sus miembros. ¿ Quién no deplorará la languidez y relajación de nuestro estado? »

« Nuestros Padres, los santos religiosos que nos han precedido, no eran tan descuidados y perezosos. Ellos fueron piadosos y fieles á Dios, y se hicieron agradables á sus ojos. Estos hombres perfectos no se afanaban ni pensaban tanto en las cosas del mundo : no tenian más que un solo cuidado y un solo pensamiento, el de santificarse. Este era el único negocio en que se ocupaban. Uno solo de ellos podia obtener gracias para muchas personas, y apaciguar la cólera divina, justamente encendida contra millares de personas. »

¡ Que desgracia ! hermanos mios muy amados. Nos cegamos á nosotros mismos: el ojo de nuestra alma no está vigilante ; nuestro espíritu está agoviado por la disipación y embarazado por las cosas del siglo: somos tan débiles y tan ciegos, que no vemos nuestra propia miseria. Sin embargo, sabemos la manera con que se han salvado los santos y los justos ; no ignoramos los medios que han puesto en práctica para arribar al puerto de la vida eterna, y tal vez Dios los haya arrebatado de nuestro lado, para que no sean testigos de nuestras faltas y de los males que éstas nos acarrean. Han sido escogidos y preferidos á nosotros, que quedamos sumidos en el más lastimoso estado.

Han sido trasladados á la bienaventuranza, miéntras que nosotros permanecemos en este siglo vano y seductor. Se hallan en el lugar de las delicias, y nosotros quedamos en mortífero sueño. Ellos se acercan á Dios con entera confianza, y nosotros permanecemos atados á la tierra con funestas ligaduras. »

« Seamos, pues, sobrios, hermanos mios y vigilemos. Somos los amigos de Dios, somos los hijos queridos del Padre. Separemos del mundo nuestros pensamientos : entremos en nosotros mismos : postrémonos, y lloremos en la presencia de Dios : pidámosle con confianza, con fervor, con amor. Por lo mismo que me encuentro muy indigno y pecador, os pido que rogueis por mí, para que yo alcance la compunción, y llore con vosotros, y no busque otra cosa que á mi Dios y Salvador. Así os lo pide el pecador Efrén, vuestro hermano descuidado y negligente. Trabajemos de concierto para apaciguar la ira divina, y hacernos propicios á nuestro Dios ahora que aún es tiempo. »

Con estas reflexiones tan vivas como conmovedoras acerca de los antiguos Padres de los monasterios de Mesopotamia, ponia san Efrén á la vista de los religiosos de su tiempo las virtudes de que queria hacerlos dignos imitadores. De ellas se desprende su abnegación, su humildad, su fervor, su piedad, su amor á Dios, y la perfección *en que habian sido consumados*, pues ésta es lo frase que se empleaba en el desierto, cuando se queria expresar que alguno habia muerto. Se vé también cuán profunda era la humildad de este Santo, al implorar las oraciones de sus hermanos para obtener el espíritu de contrición.

Sabemos por otros de sus opúsculos, como se formaban los jóvenes en los deberes monásticos, y podremos al mismo tiempo formar una idea de la santidad de sus obras

por la santidad de los avisos que les daba. Este opúsculo lleva por título : *Atiende á tí mismo.*

« Sabe, dice, carísimo hermano, que has renunciado al siglo, y que has venido al desierto á abrazar la vida solitaria : permanece, pues, firme en tu resolución : sé fiel á tu estado y á la observancia de la regla que has abrazado. ¿ Has comenzado bien ? pues persevera y concluye de la misma manera. Pero al mismo tiempo, no olvides que tienes que sostener grandes combates, según las palabras del Apóstol : » Tenemos que combatir no contra los hombres de carne y de sangre, sino contra los principados y potestades, contra los príncipes de este mundo. Deja, por lo tanto, el mundo, deja su vanidad y su orgullo. Haz renunciado á las riquezas ; no conserves en tu corazon su deseo y sus solicitudes. Has dejado á tus padres : sé firme en tu resolución. Soporta con valor los trabajos que acompañan á la virtud. Ya te se digan injurias, ya te se hagan ultrajes, ya te se calumnie, ya te se olvide y desprecie, sopórtalo todo con una paciencia que jamás se desmienta. »

« Caminaban dos hombres á una ciudad, que distaba treinta estadios : [1] cuando habian andado tres, percibieron un bosque muy ameno. A pesar de la hermosura del lugar, el uno de ellos siguió su camino hasta llegar á la ciudad ; miéntras que el otro quiso descansar á la sombra de los árboles que eran muy espesos, y gozar los encantos de aquel ameno paisaje. Pasado algún tiempo, quiso continuar su camino : pero como hacía mucho calor, volvió nuevamente á acogerse bajo la sombra de los copudos árboles. Más he aquí que una fiera sale del bosque, le prende entre sus garras, y le arrastra á su caverna. Hé aquí la explicación de esta parábola : Estos dos hombres representan á los que

[1] El estadio no tenia siempre la misma proporción. Ordinariamente el estadio olimpio era de seiscientos pies, o cuatrocientos codos.

han emprendido el sendero de la piedad. Queriendo el enemigo que no adelanten, les inspira deseos de diferentes vicios, de orgullo, de vana gloria de ambición etc. El que ha continuado su marcha representa á las almas fieles ; el que se ha detenida figura á los que separan su espíritu de las cosas invisibles para dirigirse á las de la tierra. El calor que experimenta simboliza los trabajos de la virtud que se le hacen difíciles. Es cogido, por último, y despedazado por una fiera. Tal es el estado de un alma engreida en el amor de las cosas terrestres. »

« Sirvamos, pues, á Dios con toda la sinceridad de nuestros corazones : no nos dejemos arrastrar de los malos deseos : no nos dejemos llevar del cariño á un hábito, á una capucha, á un cordón ó á un manto de buenas formas : esto no es justo. Busquemos lo más vil, lo más bajo, lo más sencillo, lo más modesto, lo más distante de la vanidad, como conviene á los santos. Despreciemos todo lo que es vano y frívolo, y apliquémonos á hacer agradable á Dios al hombre interior. »

« Si la carne te libra combates, no te dejes llevar de un temor inmoderado : no sucumbas á lo que ella te sugiera, para que este enemigo no se vuelva más envalentonado é insolente. Confía en Dios, y que tu espíritu no caiga en el abatimiento : preséntale tus oraciones y tus lágrimas, en la seguridad de que ha de escucharte, y sacarte de este abismo de miseria. No te desanimes, no decaiga tu ánimo, no te intranquilices : Espera un poco : no habrás concluido tu oración, y el Señor te dirá : Heme aquí dispuesto á auxiliarte. »

« Si no estamos tentados, tal vez juzguemos mal de los que lo están : si no experimentamos estos combates, tal vez nos llenemos de orgullo. No es un mal que el espíritu se halle atacado por las pasiones, siempre que se resista á ellas ; pero si lo es caer por pereza, y dejarse vencer por el enemigo. »

« Invoca al Señor en toda tribulación. Consulta siempre á hombres sabios y piadosos, que, con sus buenos consejos fortalecerán tu alma contra los ataques del enemigo. Huye de las destemplanza y de las conversaciones peligrosas. En tus aflixiones acude al Señor, que te llenará de consuelo. Trabaja para ganar las cosas necesarias á la vida, miéntras goces de salud. No te aflijas por el trabajo ; pues los que no sufren por él, sufren de parte de su inacción y negligencia.

« No te contristes cuando alguno te diga la verdad : pues aquel que se irrita con el que le dá una medicina, es señal de que no quiere curar, y de que se prefiere el mal. Abracemos con cariño la piedad, y atendamos, carísimo hermano mio, á nosotros mismos. Nunca te propongas como modelo á los perezosos sino á los vigilantes. No sigas las huellas de los que caminan en pos de su ruina, sino las de los que se salvan. No te hagas esclavo de tus pasiones ; sino ántes por el contrario, procura librarte de su servidumbre. Tú estás en la arena : muéstrate como bravo y generosa atleta. El demonio da vueltas en torno de nosotros, como dice la Escritura, cual león que ruge, viendo á quién puede devorar. Tan grande es su violencia y su crueldad.

« El Señor, al llamarte á la religión, te ha admitido á sus bodas : no seas ingrato : ponte la vestidura nupcial. Aplícate con toda la energía de tu alma á cumplir los deberes de tu santa profesión, para que no seas rechazado y reprobado. Sé piadoso, sobrio, humilde, modesto, afable, pacífico, prudente y casto, como has prometido á Dios. Guárdate de ser desobediente, temerario, murmurador y mentiroso. Ama á tus hermanos, sé caritativo con ellos, y consuélalos en sus aflixiones. »

No te enorgullezcas por nada, sino ántes bién humíllate en todo : pues ¿ qué hay en nosotros que pueda excitar el orgullo ? Entre los pájaros del cielo ninguno es tan grande

como el aguila, y entre las bestias de la tierra ninguna es comparable al león. Pero entre los hijos de los hombres el más grande es el que teme á Dios : pues Dios que es infinitamente bueno, y que ha creado todas las cosas, eleva al que le teme. No rebajes á ninguna persona en tu corazón, ni devuelvas mal por mal, sino procura llenarte de caridad, cueste lo que cueste ; pues la Escritura ensalza esta virtud sobre todas las demás, y la compara con el mismo Creador del universo, cuando dice que *Dios es caridad* [1]. »

« Un religioso del monasterio le consultó una dificultad, y el Santo le respondió : Sucede en los monasterios lo mismo que en las academias : miéntras que unos pasean y discurren por las salas, otros tienen el cuidado de atizar el fuego. Comprendió el religioso el sentido de la comparación y se aprovechó de ella. En efecto, cuando veas á algunos negligentes, aún de aquellos que han sido muy vigilantes en la religión, necesitas de un grande auxilio para no caer en la tentación de imitarle, y para no llenarte de orgullo por tu templanza y continencia. Escucha siempre á todo aquel que te aconseje la continua vigilancia sobre tí mismo. No nos justificaremos por las obras de otros, ni los otros serán, condenados por las nuestras. »

« Cuida, hermano mio, de que la antígua serpiente no te enseñe á imitar á los que descuidan su salvación. Sé tú en la casa de Dios un vaso de honor, y no un vaso de ignominia. Si no observas esta vigilancia, estarás colmado de aflixiones en esta vida y en la otra : pues todo lo que se hace contra la regla y la ley conduce á la condenación. No seas tú de de los que se contentan con un exterior de piedad, y con llevar el hábito religioso, cual el soldado, que, cogido prisionero, no conserva más que la librea de su príncipe. Sufre con resignación los trabajos de esta vida : pues

[1] I Joan. IV.

Dios que es justo, no puede olvidar las buenas obras, y coronará no sólamente á los que han padecido por la fé, sino tambien á los que se han hecho agradables á sus ojos con los ejercicios de la vida religiosa y de la caridad. »

« Escucha, carísimo hermano, lo que voy á decirte. En el mundo el que lleva ricos vestidos se atrae las miradas de los hombres ; pero en la profesión religiosa el que desprecia estas vanidades y se contenta con lo necesario, adquiere una grande gloria en el cielo. En el mundo, se glorian sus secuaces de una salud firme, de un cuerpo robusto y de grandes riquezas ; pero en el estado que nosotros hemos abrazado el que se rebaja y humilla es ensalzado en la presencia de Dios. No amemos, pues, más que lo que agrada á Dios, como buenos y fieles servidores : no consideremos las contradicciones que en ello hemos de sufrir : no nos dejemos abatir, aún cuando tuviéramos que caer en poder de los bárbaros y ser entregados á su servidumbre. Los profetas fueron llevados cautivos á tierra extrangera, y no por eso su espíritu se separó de Dios. En efecto, que nuestro cuerpo sea vendido ó no, no está en nuestro poder el evitarlo ; pero si lo está el que nuestra alma participe á no participe de las obras de los impíos. He aquí porque los santos, firmes y constantes en la virtud, vencieron á los tiranos y despreciaron sus amenazas. Pues bién, nosotros somos hijos de los profetas, y debemos seguir sus huellas con una fé inquebrantable, para que merezcamos unirnos con ellos en el cielo. »

« Si alguno te manifiesta sus pensamientos y te descubre sus faltas, no lo condenes como culpable ; sino piensa que quiere corregirse, y alégrate de su conversión : pues esta declaración es una prueba de la mudanza de su vida ; así como, por el contrario, el ocultar las faltas es una prueba de que se quiere perseverar en ellas. El que va en compañia de ladrones y libertinos no los denuncia, sino más bién

los abandona. Recibe, pues, con grande dulzura, y consuela al que te descubre su corazón y lo que tiene más oculto en su conciencia : *amonéstale con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas también tentado* [1]. »

« Acuérdate de san Antonio, y tén siempre á la vista sus escritos. Ayunaba continuamente, llevaba á raiz de la carne un cilicio, y sobre él un hábito de pieles : sufrió largos y muy grandes trabajos : no sabia lo que era bañarse : nadie vió su cuerpo descubierto. No entro en más detalles ; pero al mismo tiempo debo hacerte notar, que aparecia mucho más robusto y fuerte que los que tienen buena mesa, que los que se dan baños y están ricamente vestidos. »

« Si la íntima amistad con algún religioso fuese perjudicial á tu alma, sepárate de el ; pues dice un Santo : procura tener paz y caridad con todo el mundo ; pero procede siempre con moderación. Al darte este consejo, no quiero que odies al prójimo, sino que le alejes del pecado. »

No nos extenderemos más en este resúmen de los consejos que daba san Efrén á los novicios, con tanta más razón, cuanto que hemos de exponer en su lugar correspondiente su doctrina espiritual. Basta con lo dicho para que pueda formarse una idea exacta de los principios en que se educaban los religiosos de su época. No se les hablaba más que del desprendimiento del mundo, del desprecio de sus vanidades, de mortificación, de humildad, de obediencia, de caridad, de pobreza voluntaria, de castidad y de amor de Dios. Insistiendo en estos puntos esenciales, es como se inculcaba fuertemente la virtud en el espíritu de los principiantes, y se les hacía pasar á lo más íntimo de sus corazones. De esta manera los monasterios eran verdaderas escuelas de las virtudes evangélicas, en que se cultivaban con esmero, se conservaban con fidelidad, y se practicaban con perfección.

[1] Galat. VI. 1.

## SAN JACOBO, ANACORETA Y OBISPO DE NISIBIS. — SAN JULIANO, SOLITARIO [1]

Tillemont opina que san Jacobo fué el padre de los anacoretas de la Mesopotamia, porque no hacía anterior á su tiempo el establecimiento del estado monástico. Pero no hay ningún autor de la antigüedad que tal cosa diga, y por otra parte, si, como confiesa este sabio crítico, el tiempo en que vivió este Santo no permite asegurar que este género de santa vida pasase del Egipto á la Mesopostamia, preciso es convenir es que se estableció, ó ántes de que hubiese monjes en Egipto, ó á lo sumo, al mismo tiempo.

Nisíbis, ciudad muy célebre en los confines del imperio romano y del de los persas, dependia de los primeros en la época del nacimiento de san Jacobo; pero poco despues pasó al dominio de los segundos. Además del nombre de Nisíbis que le daban los sirios y asirios, llevó el de Antioquía, y el sobrenombre de Migdonia [2] á causa del rio Migdonio, [2] que la regaba, y dividia en dos partes.

En esta ciudad, pues, y á fines del siglo tercero, nació el Santo de que hablamos, como puede conjeturarse del contexto de su vida. Dice Gennadio, que fué del número de los confesores del nombre de Jesucristo bajo Maximiano, á quien obedecía la Mesopotamia. Esto nos inclina á creer que nació ántes del fin del siglo tercero, á no

[1] San Efrén, Gennadio, Nicéforo, y Teodoreto.
[2] Antioquia Migdonia.
[3] Hoy Sindjar.

ser que fuese muy jóven, cuando tuvo el honor de confesar la fé ante el tirano. Aseguran los griegos que sufrió muchos tormentos en esta confesión, y Nicéforo lo enumera entre los obispos del concilio de Nicea, que llevaban en sus cuerpos las marcas insignes de lo que habian sufrido en las persecuciones.

Sin embargo, Teodoreto no habla de esta circunstancia de su vida que tanto le enaltece, aún cuando tuviera ocasión de haberlo hecho, al referir la parte que tomó en este concilio. Pero si el silencio de este escritor constituye argumento negativo, no destruye enteramente el hecho; pues no nos dá más que un resúmen de su vida, y apénas ha hablado de su nacimiento, pasa á su entrada en la soledad. « Abrazó, dice, la vida solitaria, y escogió para morada la cumbre de las más altas montañas. Pasaba en el bosque la primavera, el estío y el otoño, y cuando llegaba el invierno, se retiraba á una caverna. No se alimentaba más que de lo que naturalmente producía la tierra, es decir, de frutos silvestres y de yerbas, y esto en la cantidad extrictamente necesaria para la conservación de la vida. Jamás encendia lumbre, ni para preparar sus alimentos, ni para calentarse, y por vestido tenia un hábito muy rudo de piel de cabra. »

Miéntras que de esta manera afligía su cuerpo para reducirlo á servidumbre, nutria su alma con un alimento celestial, y la levantaba con entera libertad á Dios, de quién recibia consoladoras comunicaciones. En ellas su alma tan pura y desprendida de los sentidos, adquiria luces extraordinarias. Le fué también otorgado el don de penetrar los secretos de lo porvenir, y de que se le concediesen todas las gracias que pedia.

Se cree que fué sacerdote, y tal vez tendria este órden sagrado, cuando, según refiere Teodoreto, fué á Persia á visitar los cristianos que allí existian, y fortalecerles en

las tribulaciones que experimentaban. En este tiempo la idolatría se hallaba favorecida por los emperadores romanos, y los cristianos de Persia podian considerarse como tiernas plantas, que era preciso cultivar.

Además de la estimación en que se le tuvo por sus admirables virtudes, se hizo respetar por dos milagros que obró: el uno para castigar la desverguenza de algunas mujeres, y el otro para corregir á un juez inicuo. En ocasión en que el Santo pasaba por una fuente, algunas mujeres que lavaban sus rapas, le miraron descaradamente, teniendo sus cabezas y pies más descubiertos de lo que permite la modestia. Para corregirlas, maldijo la fuente, que quedó al punto agotada, y ellas mismas sufrieron los efectos de esta maldición, pues su rostro se arrugó y sus cabellos encanecieron, cual si fuesen repugnantes ancianas. Llenas de terror, corrieron á la ciudad manifestando lo que les habia ocurrido, y todos los que las veian se dirigieron, llenos de compasión al Santo, para suplicarle que hiciese cesar este doble castigo. Hizo efectivamente su oración, y la fuente empezó á correr nuevamente. En cuanto á las mujeres, como quiera que se negasen á venir ante su presencia, quedaron en su lastimoso estado, para que su castigo las enseñase á ser más modestas.

En otra ocasión fué testigo de una sentencia injusta dada por un juez persa, y en el ardor de su celo por la justicia maldijo y redujo á pequeños pedazos una piedra enorme, lo cual espantó de tal manera al juez y á todos los asistentes, que revocó la sentencia, y dió una contraria. « En esta ocasión, dice Teodoreto, imitó este Santo la dulzura del divino Maestro, haciendo caer su maldición sobre la piedra y no sobre al juez, para que el efecto producido en este objeto insensible, le hiciese más equitativo en sus sentencias. »

Tan admirables prodigios y el amor que todo el mundo

le profesaba le llevaron á la cátedra de Nisíbis, su patria; pero fué preciso hacerle violencia, para que dejase su amada soledad. Una vez elevado á tan alta dignidad, no cambió su género de vida: ayunaba y se acostaba sobre la desnuda tierra, como ántes, y á las austeridades de su vida añadió los trabajos del cargo pastoral, de suerte que trabajaba mucho más que cuando estaba en el desierto. Tenia un cuidado especial de los pobres, de las viudas y de los huérfanos. Socorria á los que se hallaban en aflixión; reprendia la maldad de los opresores, y para decirlo en pocas palabras, cumplia con exacta fidelidad todos los deberes del ministerio episcopal, porque no abraba sino con el fin de agradar al Señor del rebaño que se le habia confiado.

Su caridad para con el prójimo le proporcionó ocasión de hacer dos milagros en favor de una misma persona. Pasando un dia por un lugar, unos pobres le pusieron delante á uno de sus compañeros que simulaba estar muerto, y le pidieron que les diese para sepultarlo. Dando crédito á sus palabras el Santo, les entregó un poco de dinero, y rogó al Señor que tuviese misericordia del difunto: pero miéntras que hacía esta oracion, espiró el simulado difunto sin que nadie se apercibiese.

Despues de este acto de caridad continuó su camino, miéntras que los pobres hacían que se levantase su compañero; pero inútilmente, porque habia muerto. Corrieron al punto trás el Santo, se postraron á sus pies, le pidieron perdón de su impostura, y le rogaron que volviese á la vida á su compañero, como así lo hizo efectivamente. Un caso semejante había ocurrido ántes á san Gregorio Taumaturgo, y otro despues á san Epifanio; pero estos Santos dejaron á los malvados en la muerte que habian merecido: pero san Jacobo no sólo hirió de muerte al impostor, sino que hizo el nuevo prodigio de volverle á la vida.

Sigamos á san Jacobo al gran concilio de Nicea, celebrado el año 325, en que fué solemnemente condenada la heregía de Ario. « Se presentó en él, dice Teodoreto, como uno de los principales jefes del ejército de Jesucristo, para combatir en defensa de la fé católica. Nueve años despues el emperador Constantino hizo venir á Ario á Constantinopla, y mandó á san Alejandro, obispo de esta ciudad, que le admitiese en la comunión de la Iglesia : pues muchos obispos, algunos de los cuales favorecian sus errores, creyeron que los habia abjurado, y se hallaba sinceramente convertido, por lo cual intercedieron por él. Pero Alejandro, que conocia mejor que nadie su profunda malitia, se resistió á sus instancias. Hallábase á la sazón en Constantinopla san Jacobo, y aconsejó al pueblo que hiciese un ayuno de siete dias para implorar la misericordia de Dios en tan tristes circumstancias. Dios vino, efectivamente, en auxilio de su Iglesia, y la muerte trágica de Ario, que todo el mundo conoce, fué una prueba evidente de que habia oido las oraciones de san Alejandro, de san Jacobo y de los verdaderos católicos.

Quiso Dios también patentizar de una manera no ménos evidente, cuán aceptas le eran las oraciones de nuestro Santo, cuando Sapor, rey de Persia, vino á poner cerco á la ciudad de Nisíbis en 350. Ya en otras dos ocasiones, en 338 y en 346, habia sido rechazado por la oraciones del Santo. Pero habiendo sabido el emperador Constancio la rebelión de Magencio, y queriendo pasar á Occidente con objeto de sofocarla, creyó encontrar Sapor la ocasión oportuna para poner nuevamente cerco á esta ciudad, que era la plaza màs fuerte del imperio romano en las fronteras. Vino, pues, con un numeroso ejército : levantó torres, y empleó todas las máquinas de guerra que entónces se conocian. Pero viendo que nada habia adelantado despues de setenta dias de trabajos, pues los hacian inú-

tiles las oraciones del santo obispo, tuvo el acuerdo de detener por medio de un dique que hizo construir más arriba de la ciudad, las aguas del rio Migdonio que la atravesaban. Cuando el dique habia retenido una considerable cantitad de agua, la dejó ir con impetuosidad sobre la muralla, que quedó destruida.

Los persas prorumpieron en grandes gritos, creyendo que podrian dar fácilmente el asalto, y lo difirieron hasta el dia siugiente, porque las aguas hacian inaccesible la plaza. Pero durante la noche repararon los habitantes de la ciudad la murallas, empleando una diligencia increible, miéntras que san Jacobó y las personas imposibilitadas de trabajar oraban en la Iglesia. Así es que á la mañana siguiente quedaron sorprendidos los persas al ver una nueva murallas, á la que no podia subirse sino con el auxilio de escalas. Sapor hubo de aproximarse para cerciorarse por sí mismo de la verdad de lo que se le decia, y le pareció ver sobre la muralla al emperador romano, cuya púrpura y diadema arrojaban una claridad maravillosa. Esto le llenó de ira contra los oficiales de su ejército que le habian aconsejado el cerco en la creencia de que el emperador estaba ausente. Pero como estos le asegurasen que Constancio había partido efectivamente para el Occidente, y que en la actualidad se hallaba en Antioquía, comprendió lo que significaba esta visión; pues como dice Teodoreto, « era san Jacobo el que Dios hizo que apareciese revestido con las insignias imperiales. » No quedándole duda de que Dios auxiliaba á los Romanos, arrojó un venablo hacia el cielo, cual si pretendiese vengarse de él.

Entónces san Efrén, que era discípulo del Santo, le rogó que lanzase su maldición contra el enemigo, y subiendo á una torre, desde la cual lo divisiba, pidió al Señor que enviase una plaga de mosquitos sobre los persas, para hacer

brillar su poder por medio de estos miserables animalillos. Y ¡ prodigio admirable ! al punto cayó sobre ellos una nube abrumadora de insectillos que, penetrando en las trompas de los elefantes y en las orejas y narices de los caballos, les hacian correr despavoridos y romper las bridas y arneses. No pudiendo Sapor resistirse al poder de Dios, levantó vergonzosamente el sitio, y se retiró con presteza á la capital de su imperio. Nunca pudo olvidar este desastre, pues habiendo vuelto á la Mesopatamia en 360, se apoderó de otras ciudades, y en particular de Singaro, y no quiso atacar á Nisíbis, por más que hacía cerca de diez años que habia muerto san Jacobo.

No señalan los autores la época de su muerte : sólamente dicen que acaeció en tiempo de Constancio. Teodoreto añade, que, perseverando y adelantando de dia en dia en la piedad, consumó su vida lleno de gloria. Pero es de creer que murió el año 350, poco despues del levantamiento del sitio, y tal vez el último dia de octubre, en que los griegos celebran su fiesta.

El emperador Constantino le tenia en tanta estimación, que mandó á su hijo, que, ocurrida la muerte del Santo, le hiciese enterrar en Nisíbis, para que fuese el defensor de esta ciudad, no obstante la costumbre que tenian los romanos de no enterrar dentro de las ciudades. Constancio lo ejecutó fielmente ; pero habiendo tomado Juliano el Apóstata las riendas del imperio en el año 361, ordenó que se le sacase de la ciudad, tanto en odio á la fe, como para destruir, en lo posible, todo lo hecho por Constantino.

Joviano, que le sucedió, viósé obligado á entregar esta ciudad á los Persas en el año 363. Todos los cristianos tuvieron que salir de ella, llevando consigo el cuerpo de su santo protector. » En medio de las lágrimas con que se separaban de su patria, dice Teodoreto, no dejaban de cantar las alabanzas del Santo, asegurando que si viviese, no les

ocurriria semejante desgracia. Se ignora el paraje á que lo trasladaron ; pero es de presumir que fuese á la aldea que edificaron cerca de Amida, y á la que dieron también el nombre de Nisíbis.

Despues de san Jacobo, conviene que hablemos de san Juliano, solitario en el terreno de esta ciudad, compañero y confidente de san Efren, que escribió su vida. Procedia del Occidente, tal vez de Goth, ó de alguna otra nación enemiga de los Romanos, pues san Efrén dice que era bárbaro. Nada se sabe de su pais, ni de su juventad, sino que se entregó á la intemperancia y al libertinaje, como lo confesó á este Santo con humildad y contrición. Durante mucho tiempo fué esclavo de un señor en Hierápolis, en el Líbano. Pero habiendo tocado su corazón la gracia, para que conociese y practicase la verdad, arregló de tal manera su conducta á la fe, que, aún cuando esclavo de un hombre, procedió con la libertad de los hijos de Dios. Mucho le hizo sufrir por la fé su señor ; pero la muerte de éste le libró de su tiranía, y pudo abrazar la vida monàstica.

No sabemos precisamente el lugar que escogió para su retiro ; pero es de creer que fuese en las inmediaciones de Nisíbis ; pues, como veremos en el capítulo siguiente, san Efrén, que vivia allí en una congregación de religiosos, tenia su celda próxima á la suya, y se visitaban con mucha frecuencia. Aún cuando no puede dudarse que hubo en esta comunidad excelentes religiosos, no fué, sin embargo, tan perfecta, que no hubiese en ella algunos relajados y negligentes, que eran causa de disensiones domesticas. San Juliano no tuvo que sufrir poco con este motivo ; pero lo sobrellevó con humildad y paciencia.

En efecto, desde que entró en la vida solitaria, abrazó todas sus prácticas con fervor extraordinario, y se ejercitó en todas las virtudes de su profesión con una generosidad

maravillosa. Como era robusto, nada se dispensaba de los trabajos de la penitencia, y se propuso caminar en esta penosa carrera sobre las huellas de los antiguos. Encerrado siempre en su celda, vivia, en cuanto posible le era, en el silencio y el recogimiento. Se ocupaba en hacer velas de navío para ganar su sustento con el trabajo; pero al mismo tiempo que sus manos estaban ocupadas en él, su alma se alimentaba con la meditación de las verdades divinas, y se desahogaba en sentimientos de una saludable compunción. Tenia también en su celda una excavación ó especie de tumba, en que se acostaba, cual si ya estuviese sepultado, lo cual le servia para tener siempre ante sus ojos el recuerdo de la muerte, y excitar en su corazón sentimientos de compunción.

San Efrén lo representa derramando constantemente lágrimas, y exhalando gemidos de contrición, que se oian desde lo exterior de su celda. Amaba à Dios con todo el afecto de su corazón, y para hacerse más agradable á sus ojos, se esforzaba en practicar todas las virtudes con la más grande perfección que le era posible. Su santo historiador nos dá una prueba de la ternura de este amor, diciendo, que, habiéndose apercibido de que varios libros que habia en su celda estaban destrozados, principalmente en aquellos parajes en que estaba escrito el nombre de Dios, de Jesucristo ó del Salvador, cuyas letras estaban borradas, le preguntó la causa. « Nada os puedo ocultar, le contestó; Pues bien, yo hago como la mujer pecadora. Sabeis que ésta se acercó al Salvador, regó sus pies con sus lágrimas, y los enjugó con sus cabellos. De la misma manera, en cualquier lugar en que encuentro el nombre de Dios, lo riego con mis lágrimas, para obtener el perdón de mis pecados. » A lo cual respondió san Efrén sonriendo. « Deseo que Dios recompense vuestra piedad segun su misericordia; pero procurad que no se destrocen los libros. »

Le manifestó un religioso el deseo que habia concebido de ir al fondo del desierto para descubrir á los anacoretas, que pasaban toda su vida en la contemplación, y le propuso que le acompañase. No quiso hacerlo sin tomar consejo, y para ello se dirigió á otro religioso de reconocida prudencia. Es de creer que este religioso fuese el mismo san Efrén, que no quiso dar su nombre por modestia. Éste le disuadió de su pensamiento, diciéndole que consideraba mejor que se quedase en su celda, buscando la perfección, que ir al desierto en busca de cosas inciertas, y que no eran absolutamente necesarias para adelantar en la virtud.

En efecto, san Juliano sacó mucho aprovechamiento de estar recogido en su celda. Compartia el tiempo entre la oración y el trabajo, pudiendo decirse que ni aún durante el tiempo que invertia en éste interrumpia su oración: pues su espíritu estaba ocupado en saludables pensamientos, y su corazón en seutimientos de compunción. Combatia también esforzadamente las tentaciones de la concupiscencia, huyendo de todas aquellas ocasiones en que el enemigo pudiera tenderle sus lazos, y sobre todo, del trato con las mujeres. Vivia en una continencia absoluta y en una pobreza la más rigorosa. Su obediencia era tan perfecta como todas las demás virtudes, y era tan exacto en la asistencia al oficio divino y á las demás oraciones de la comunidad, que procuraba siempre ser el primero. Hace notar san Efrén que estaba en estos actos con tanta modestia y con una humildad tan respetuosa, cual si se hallase ante el tribunal de Jesucristo.

De esta manera, y sufriendo con admirable paciencia las contradicciones de los que veian en su piedad la condenación de su vida relajada y negligente, vivió durante veinticinco años. Al cabo de este tiempo murió, ó como dice san Efrén, fué á gozar de la gloria eterna que mereció

Imp. Ch. Chardon aine. Paris

Saint Ephrem.

San Efren

por su dulzura, su humildad y su contrición. Fué para san Efrén un motivo de grande aflixión verse separado de un compañero tan ilustre : pues ambos estaban unidos con una amistad la más estrecha, con esa amistad que tiene por vínculo el mérito de la santidad, y que justifica las lágrimas que produce la separación. Como san Efrén se hallaba en Nisíbis en la época en que Sapor puso cerco á esta ciudad, en el año 350, es de suponer que san Juliano muriese en este tiempo ó poco ántes. No podemos dar una garantía más segura de la santidad de su vida, que un historiador tan piadoso y sincero como san Efrén, que le conoció y trató hasta la muerte. Su fiesta se halla asignada en el Martirologio el 9 de Junio.

---

## SAN EFRÉN [1]

Edesa [2] se distinguia entre todas las ciudades de Oriente por la piedad de sus habitantes y por los santos solitarios que florecieron en su territorio, tales como san Efren, de quién vamos á tratar, san Barses, san Eulogio, san Afraates, san Juliano, llamado también Sabas, y tantos otros eminentes en virtud. San Isidoro de Sevilla cree que esta ciudad fué fundada por Nemrod, y que en un principio llevó el nombre de Jara ó Arach, como dice san Jerónimo. Recibió el nombre de Edesa, cuando fué reedificada por Seleuco, primer rey de Siria, en memoria de

[1] Obras de san Efrén, san Gregorio de Nisa, *Vita*, *PP.* Teodoreto, Focio, Tillemont, Cotelier, Bulteau y los Bolandistas.

[2] Hoy Orfa.

una ciudad del mismo nombre en Macedonia. Fué la capital de Osroene, y tuvo durante mucho tiempo sus reyes, que se llamaron príncipes de Édesa ó de Osroene, y que tomaban el nombre de Angaro ó Abgan, que significa *el Grande*. El segundo de este nombre reinaba en tiempo de Jesucristo, y Eusebio le llama poderosísimo príncipe de las naciones situadas al lado allá del Eúfratres. Dice que éste escribió una carta á nuestro señor Jesucristo, que le fué contestada por el Salvador, y en cuya contestación le prometia enviarle á uno de sus discípulos para que le curase sus males, y le diese la vida á él y á los suyos. Así consta en los archivos públicos de Édesa. En efecto, despues de la Ascensión del Salvador, santo Tomás envió á dicha ciudad á Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, el cual curó á este príncipe, hizo muchos milagros, é instruyó á sus habitantes en los misterios de la fé.

Si hay alguna cosa que pueda probar este aserto de Eusebio, en que no convienen todos los sabios, es que esta ciudad puede contarse entre las primeras que abrazaron el cristianismo. Sus habitantes se distinguieron por su celo y su constancia en las persecuciones. San Juán Crisóstomo dice que, en tiempo del emperador Diocleciano, se retiraron á ella algunas santas mujeres de Antioquía, como lugar más seguro. Habiendo pasado el emperador Juliano el Eúfrates para ir á la Persia, rehuzó entrar en esta ciudad, y la dejó á un lado, pretestando que era muy cristiana, y en tiempo de la persecución de Valerio, emperador ariano, se contaron en ella tantos confesores de la divinidad de Jesucristo, como habitantes habia en ella.

Pero lo que más ennoblece á esta ciudad, que Rufino llama la más fiel entre los pueblos, es haber servido durante muchos años de teatro al celo y piedad del célebre san Efren. Muy bién podemos llamarle así en vista de

los magníficos elogios que de él hicieron todos cuantos le conocian, y aún puede añadirse, que en todo el mundo ha merecido este calificativo, pues á todas partes ha llegado el buén olor de sus virtudes.

No recibió ningún honor de su familia, si hemos de juzgar según las máximas del siglo; pues él mismo dice que sus antepasados eran extranjeros, que vinieron á Nisíbis en Mesopotamia, en donde tuvo lugar su nacimiento, y que vivieron del trabajo manual y de las limosnas que se les hacian. Sus abuelos adelantaron algo más, pues cultivaban un campo, y sus padres, sin salir de la misma humilde condición, poseyeron algunas tierras en las inmediaciones de la ciudad. Pero en esta misma condición, que no ofrecia título alguno de nobleza á los ojos del mundo, tenian uno que les distinguia á los ojos de Dios, y es estar unidos con los vínculos de la sangre á muchos mártires, y aún haber confesado ellos mismos el nombre de Jesucristo ante los jueces, en la persecución de Diocleciano.

De estos padres tan ilustres por su religión nació san Efrén, en el reinado del gran Constantino, ó un poco ántes. Si en su casa no encontró los perecederos tesoros de la tierra, pudo en ella enriquecerse con los del cielo, por las instrucciones y ejemplos de piedad que le dieron aquellos de quienes recibió la vida. Encontraba también en sus vecinos motivos de edificación, y los relatos que se le hacian de los tormentos que habian tenido que sufrir durante la persecución, y cuya memoria aún estaba muy reciente, no podian ménos de animarle y sostenerle en la piedad, así como las máximas de la sagrada Escritura, con que procuraron sus padres formar su espíritu.

Sin embargo, en la confesión que hace de las faltas de su juventud, se acusa de los efectos que tenia entónces, cuales eran ser querellador y envidioso, dispuesto á en-

colerizarse à todas horas por los más insignificantes motivos. Dice también que llegó á dudar de la Providencia, y casi á persuadirse de que los sucesos de la vida acaecian por casualidad. Deplora una acción que atribuye á su malicia, y por la que Dios no tardó en castigarle, para hacerle conocer que nada escapa á su sabiduría y á su justicia.

« Me enviaron un dia, dice, mis padres, cuando aún era yo muy jóven, al campo. Al pasar por la selva, ví una vaca embarazada y próxima á dar á luz, que pacía tranquilamente. Tomé algunas piedras, y la perseguí largo tiempo, hasta que cayó desfallecida, y murió. De modo que las fieras la devoraron aquella noche. Poco despues encontré al pobre á quién pertenecía, el cual me preguntó si la habia visto, y yo le contesté con palabras injuriosas.

Tales fueron las faltas de su juventud, de que se acusaba en presencia de los religiosos, cuando abrazó la vida monástica, y que siempre deploró amargamente. Pero si se considera que habla de todos los estados de su vida, como de la de un grande pecador, y que dice tener motivos para temer más que ninguno otro la severidad de los juicios divinos, resultará que, aunque no fuese enteramente inocente, sobre todo en lo que hizo con la vaca, pueden atribuirse estas faltas á lijerezas de la juventud, y al gusto de ver correr una vaca, sin pensar en lo que habia de ocurrir, más bién que á malicia y deseo de hacerle daño.

Como quiera que sea, el Santo refiere á seguida la manera con que Dios le castigó, y como le hizo conocer que castiga á los hombres por los pecados que pueden ocultar á los demás, pero no á sus divinos ojos. En efecto, cerca de un mes despues de haber cometido esta falta, le enviaron sus padres á la casa de campo; sorprendióle la noche, y un pastor le invitó á que la pasase con él; pero habiéndose embriagado este pastor, vinieron los

lobos, y dispersaron todo el rebaño. Los dueños de éste prendieron á Efrén y al pastor, y los llevaron ante el juez, acusándoles de haber cooperado con unos ladrones, para que robasen el rebaño. Tal vez así lo habia declarado el pastor para disculparse.

No obstante los juramentos con que Efrén protestaba de su inocencia, el juez lo mandó encarcelar juntamente con el pastor, pero incomunicados, para esclarecer la verdad. En la misma prisión habia otros dos reos, á quienes perseguía la justicia por varios crímenes, de que eran inocentes. Pero no lo eran de otros ocultos y que sólamente Dios conocia: pues el uno de ellos habia dado por cincuenta escudos un falso testimonio contra una viuda jóven y muy piadosa, á quién se acusaba de mala conducta, para favorecer la avaricia de dos hermanos, que, por medio de esta calumnia, pretendian privarla de su legítima paterna. El otro vió á un hombre, que se, ahogaba, y lo dejo perecer, no obstante las voces con que le pedia auxilio.

Dios permitió que san Efrén se encontrase en la misma prisión con estos dos hombres, y con algunos otros que se hallaban en semejantes circunstancias, para convencerle con estos ejemplos de que nada escapa á su Providencia. Así pasó siete dias, y al octavo se le presentó en sueños un personaje de un aspecto severo, pero que con gran dulzura le preguntó el motivo, por el cual se hallaba en aquella prisión. Anegado en lágrimas, le manifestó la causa, y este personaje, que no podia ser otro que un ángel, le dijo sonriendo: « Es verdad que estás inocente del crímen de que te se acusa; pero recuerda lo que hiciste pocos dias ántes, y los pensamientos que tenias acerca de la Providencia. » Le manifestó también, que los que con él estaban no eran culpables de los crímenes que se le imputaban; pero que Dios queria castigarles por otros desconocidos á los jueces, y no ocultos á su divinos ojos.

Una vez despierto Efrén, recordó fácilmente la muerte que hizo sufrir a la vaca. Refirió el sueño á los otros, y estos no pudieron ménos de confesarle sus crímenes ocultos, todo lo cual le dió á conocer que no habia tenido un sueño ordinario, sino una instrucción que Dios le daba por el ministerio de un ángel, sobre la equidad de sus juicios. El mismo ángel se le apareció á la noche siguiente, y le dirigió estas palabras : « Mañana verás á los que te calumnian. » Estas palabras le entristecieron, por no saber lo que habia de ocurrirle. Los que con él estaban le preguntaron la causa de su tristeza, y cuando se la manifestó, se llenaron también de temor sus corazones.

Al dia siguiente el gobernador ocupó su tribunal, é hizo comparecer á Efrén y á los otros dos compañeros cargados de cadenas. Estos fueron sujetados al interrogatorio con algunos otros, entre los cuales se hallaban los hermanos de la viuda de que hemos hablado, y contra la cual habia dado falso testimonio uno de los reos. Efrén fué testigo de los tormentos á que se les sometió, y derramaba amargas lágrimas, esperando sufrir la misma suerte. Para mayor aflixión, los asistentes le increpaban, diciendo que no era tiempo de llorar, y que más valia que no hubiese cometido el crímen.

Sin embargo, nada se le hizo sufrir, y lo volvieron con los demás á la prisión. Como se esperaba la venida de un nuevo gobernador, tuvo que esperar dos meses el fallo de su causa. Entre tanto se le apareció nuevamente el ángel, diciéndole : « ¿ Reconoces, Efrén, que Dios gobierna el mundo, y que son equitativos sus juicios ? — Sí, respondió llorando, lo reconozco ; pero puesto que me habeis hecho que lo reconozca, tened piedad de vuestro siervo, y sacadme de esta prisión, para que pueda hacerme monje, y consagrarme enteramente al servicio de mi señor Jesucristo. — Serás sometido, le dijo, una sola vez al inter-

rogatorio, y en seguida te verás libre. » Efrén le manifestó que no se hallaba con valor para sostener las amenazas del juez, ni los tormentos del interrogatorio. Pero díjole el celestial espíritu, que si hubiese tenido cuidado de cumplir sus deberes, se veria libre de este castigo. Le consoló y aseguró que el gobernador le pondria en libertad.

Al cabo de setenta dias, el gobernador hizo comparecer á los prisioneros y les aplicó la sentencia que habian merecido. Efrén le fué presentado casi desnudo y cargado de cadenas; pero el juez que era de su pais, y habia tratado á su familia, le reconoció al punto. Hubiera querido darle pruebas de su afecto; pero como tenia que obrar con sujección á la ley, le interrogó é informó de la causa de su prisión. Despues fué interrogado el pastor, que tuvo que confesar la verdad, y de esta manera, reconocida la inocencia de Efrén, fué inmediatamente absuelto.

A la noche siguiente se le apareció el mismo ángel diciéndole. « Vuelve á tu casa; haz penitencia de tu pecado, y no olvides que hay un ojo que todo lo vé. » Hízole amenazas terribles, y ésta fué la última vez que le habló. Todo esto lo referia el Santo á los religiosos con minuciosos detalles, y Dios que le preparaba singulares gracias, y que le destinaba para llevar su palabra de salvación á los hombres, quiso con estos sucesos formar su espíritu sobre una profunda humildad, é imprimir en su corazón el temor de sns juicios, á fin de que viviese en la compunción, y que inspirase á los demás saludables sentimientos.

Para formar un juicio más exacto, expondremos las mismas palabras con que referia á los religiosos del monasterio las circunstancias de su conversión. Lleno de aflixión, dice, y anegados los ojos en lágrimas, he venido; pero ¡ ay ! no sé si aún he satisfecho á la justicia divina. Pido, por lo tanto á todos el auxilio de sus oraciones, pues he hecho una profunda herida á mi alma. No me turban

las visiones que he tenido, sino los pensamientos que he escuchado. Un ángel apareció á Faraón, y le predijo lo que habia de ocurrirle ; pero no se convirtió. Jesucristo dijo á los que profetizaron en su nombre : No os conozco, porque haceis obras de iniquidad. Yo sé que lo que he visto es verdad ; yo mismo lo he experimentado, y por eso me atormenta la injuria que he hecho á Dios ¿ No es, efectivamente, destruir la Divinidad el atribuir todas las cosas al acaso ? Estoy seguro de mi falta, y de mi arrepentimiento ; pero no lo estoy de haber apaciguado la cólera de Dios, ni de haber merecido su perdón. »

Volviendo á su historia, no difirió un momento ejecutar la órden que habia recibido y la promesa que habia hecho. En su consecuencia, se retiró á una montaña cerca de un anciano que vivia en soledad, y postrándose á sus pies, le refirió todo lo que le habia ocurrido, y consiguió quedar bajo su dirección. Como dicen los historiadores que vivió en una congregación de monjes con san Juliano, de quién hemos hablado en el capítulo precedente, no sabemos si el anciano á quién se dirigió era el superior de esta congregación, ó si pasó á ella despues de haber hecho sus primeros ensayos de la vida monástica. Lo cierto es que, habiendo abrazado la soledad desde su juventud, hizo tan rápidos progresos en todas las virtudes, que se le perdió, por decirlo así, de vista, en la perfección á que se elevó. No habia estudiado la filosofía humana ; pero habia adquirido la de Dios. Se encerró en su soledad, para llegar, á favor del reposo y del recogimiento á la vida perfecta á que aspiraba con todo el afecto de su corazón. Llegó á un desprendimiento tan grande de las cosas del mundo, que, aún cuando su humildad le hacía hablar mal de sí mismo, pero como era tan sincero en sus palabras como humilde en sus sentimientos, pudo decir con toda verdad, como declaró á sus discípulos en la hora de su muerte, que jamás

tuvo bolsa, ni báculo, ni alforja, ni oro, ni plata, ni posesión alguna sobre la tierra, en lo cual practicaba el consejo de Jesucristo. Así es que su pobreza puede compararse con la de los apóstoles, y se le considera como un modelo perfecto de esta virtud.

A esta absoluta abnegación de todas las cosas unió el combate consigo mismo, mortificando su cuerpo con todo género de austeridades para someterlo á la razón, y domando con ayunos, vigilias y otras obras de penitencia sus desordenados apetitos. Pasaba de ordinario muchos dias sin comer: era muy enemigo del sueño, y no tomaba más que el extrictamente necesario para la vida, empleando para vencerlo todo aquello que podia inspirarle deseo ardiente de adelantar en la virtud. Para ello se acostaba sobre la desnuda tierra, y añadia otras mortificaciones. Se acusa en su confesión de no haberse aplicado al trabajo manual; pero esta confesión debe considerarse como un efecto de su humildad que le hacía exagerar sus más pequeñas faltas: pues si no se aplicó tanto como otros religiosos al trabajo, tampoco recibió de nadie su subsistencia, y en sus obras recomienda con encarecimiento este trabajo, de lo cual se deduce, que deseando inspirar á los demás su práctica, no se dispensó á sí mismo de ella.

Dios bendijo su penitencia con el don de castidad, con que le favoreció de una manera singular, pues se sabe que es un don que sólamente puede venir de Él. Por su amor á esta virtud angélica fué comparado al patriarca José. Para conseguirla, vigilaba constantemente sobre sus sentidos, se apartaba de todas las ocasiones peligrosas. El demonio le suscitó muchas, como despues veremos, pero de todas ellas pudo librarse.

Et celo con que se consagró á vencerse á sí mismo le hizo enmendar todos los defectos que procedian de su carácter. Era naturalmente colérico, pero consiguió dominarse, y

se notó que, desde que se hizo solitario, no se dejó llevar de ningún acto de ira; al contrario, se distinguió por su dulzura y afabilidad. Sozomeno y la *Vida de los Padres de los desiertos* refieren el siguiente rasgo de moderación. Habia ayunado durante muchos dias, y como quisiese tomar algún alimento, se le cayó el plato, y lo derramó en el suelo. Viéndo el Santo que el religioso que se lo traia, se habia afligido mucho de esta acción involuntaria, le dijo para consolarle: No se afliga, hermano: puesto que la comida no viene á mí, yo iré á ella. Y sentándose junto al plato roto, comió con alegría todo lo que pudo recoger.

Pasaba un dia por una ciudad, y queriendo algunas personas probar su virtud, dijeron á una muger de mala vida que lo llamase. Hízolo ésta devergonzadamente con palabras poco decentes. Más el Santo, sin inmutarse, le respondió: « Seguidme. » Cuando estuvieron en un lugar muy concurrido, le hizo una conmovedora exhortación. La desgraciada mujer se retiró llena de confusión, sin haber podido excitar en él el mas leve movimiento de ira.

Aún cuando practicaba todas las virtudes en un grado eminente, se distinguió por su profunda humildad. Toda su esperanza estaba en Dios, y era tan grande su confianza en su bondad, que todo lo hacía por su gloria. Huía de tal modo de la de los hombres, que toda alabánza que se le tributaba le afligía en extremo. San Gregorio Niseno que lo dice, asegura á este propósito, que, alabandole una persona en su presencia, fué tan grande la pena que experimentó, que se le mudó el color, bajó los ojos á tierra, y se llenó de tanta confusión, que corrió el sudor por todo su cuerpo. Dice también Sozomeno que, habiendo sido elegido obispo de una ciudad, que no nombra, y buscándosele para consagrarle, se fué á la plaza, dando vueltas cual un loco, desgarrando sus vestidos, y comiendo en medio de todo el mundo. Lo hizo con tanta propiedad, que los que

le habian elegido creyeron que habia perdido efectivamente la razón. Cuando vió que le habian dejado solo, huyó y estuvo oculto hasta que otro fué consagrado.

Para convencerse más de esta profunda humildad, no hay más que leer sus obras, en las que nada omite para convencer á todo el mundo de que es un gran pecador, principalmente aquella en que hace su confesión y la historia de su conversión, en la cual detalla sus defectos y faltas, precisamente en el tiempo en que era honrado de todo el mundo, y en que habia escrito mucho para el bién de las almas, como si por este medio hubiese querido destruir las ideas ventajosas que de él se habia formado todo el mundo. En los mismos sentimientos perseveró hasta el fin de su vida, y su testamento, de que despues hablaremos, es una prueba no ménos evidente que edificante.

Efecto de esta misma humildad son los suspiros y lágrimas, cuyo don habia recibido en tanta abundancia, que eran inagotables, y á este propósito dice San Gregorio Niseno : « No se puede hablar de sus lágrimas sín derramarlas. Eran tan ordinarias en él, como natural es á los hombres la respiración. Lloraba noche y dia, sin que hubiera un solo momento en que no lo hiciera, fuera del escaso tiempo que daba al sueño. Unas veces lloraba los pecados de los hombres, y otras los suyos propios. Sus suspiros sucedian á sus lágrimas, ó más bien eran efecto de la abundancia de éstas. Formábase en él como una especie de círculo, en que sus suspiros le hacian derramar lágrimas, y las lágrimas excitaban sus suspiros : de modo que no podia discernirse cual era la causa y cual el efecto, porque se sucedían sin interrupción. »

« Pero persuadirse de esta verdad, dice san Gregorio, no hay más que leer sus obras : pues no sólamente se reconoce este don precioso en lo que escribió para animar á los demás á regular sus costumbres y abrazar la penitencia,

sino también en los elogios que hace de los Santos. Se le vé siempre llorando, y siempre insistiendo en sus sentimientos de compunción. Sus lágrimas eran las riquezas de su alma penitente, que ofrecia á los demás. »

Parecia como que su humildad arrojaba raices más profundas en su corazón, á medida que se extendia su reputación. Cuanto más se le estimaba, tanto más vil y despreciable aparecia á sus propios ojos. Cuando hallándose en Edesa, se acudia á él para recibir sus instrucciones, encontraba nuevos motivos de humillarse, considerándose como aquellos escribas y fariseos, de quienes decia Jesucristo, que hiciesen lo que enseñaban con sus palabras, pero que no imitasen sus obras. Cuando se le pedia consejo, creía que era para instruirse á sí mismo, á medida que hablaba á los demás. Nada tan expresivo como lo que dice en el tratado *de las Virtudes y de los Vicios*, que compuso para unos religiosos extranjeros que vinieron á consultarle.

«¡ Que dichosos sois, carísimos hermanos en Jesucristo, les dice, en llevar una vída tan laudable y útil ! ¡ Y cuán desgraciado soy yo, que tan inútilmente la empleo ! Sí, hermanos mios, yo os consídero muy felices, porque sois amigos de Jesucristo y de sus ángeles ; pero ¿ quién podrá llorar suficientemente mi suerte por haber irritado á Dios con la inutilidad de mis obras ? Vosotros sois felices, porque os haceis dignos del cielo con una vida santa y una caridad inmensa, y admiro el que hayais emprendido un viaje tan largo y penoso para la utilidad de vuestras almas, y mucho más aún admiro el que hayais venido de un pais tan lejano á pedir consejos de vida espirítual á un hombre tan despreciable y pecador como yo. Estais saciados, y os dirigis á un hombre hambriento. Los que reciben abundantemente el rocío de la gracia, vienen á pedir agua al sediento. Los que han gustado las dulzuras de la virtud, vienen á un hombre que experimenta la amargura del pecado,

¿Como siendo ricos, pedís á un pobre? ¿ Como siendo tan sabios, venis á consultar á un hombre grosero é ignorante? ¿Como gozando de salud, venís en busca de remedios? ¿Como siendo libres, venís al lado de un esclavo? Vosotros sois fervorosos, y yo relajado : vosotros brillais por vuestras virtudes, y yo estoy oscurecido por la culpa : vosotros por vuestra templanza, por vuestra caridad y buenas obras, sois buén olor de Jesucristo, y yo no exhalo más que la fetidez y la podredumbre del pecado. »

En el mismo tono sigue todo el prefacio de esta obra, y en toda ella no se vé más que un completo anonadamiento de sí mismo. Cada una de sus palabras es un oráculo, por más que él mismo no se aperciba de ello, pues el bajo concepto que de sí tenia formado le impedia conocer que pronunciaba máximas sublimes, preciosas y santas. Es que por su boca hablaba el espíritu de Dios, así como este mismo espíritu era el que le conservaba en su profunda humildad. Así se le habia manifestado en una visión que, segúu afirma san Gregorio, tuvo en su juventud, y en la que le pareció ver salir de su boca una vara cargada de fruto, la cual creció tan prodigiosamente, que al poco tiempo cubrió toda la tierra, viniendo todos los pájaros del cielo á comer de sus frutos, y siendo estos tanto más abundantes, cuanto más se cogían. Este símbolo anunciaba visiblemente que Dios le habia escogido para sembrar su palabra en el corazón de los hombres, á la vez que prefiguraba esa humildad tan sincera y constante, en cuya virtud, al mismo tiempo que comunicaba á los demás los dones que habia recibido del cielo, permanecia enteramente lleno, sin que el orgullo ni la gloria mundana hinchasen su amor propio, ni le pudiesen robar el fruto de su celo.

Hallábase en Nisíbis en el año 350, cuando Sapor, rey de los Persas, puso cerco á esta ciudad, como hemos dicho en la vida de san Jacobo, y fué el que hizo subir á este santo

obispo sobre la muralla, para que maldijese á los enemigos. Es de creer que fuese discípulo de este gran Santo, ó á lo ménos, que viéndole con mucha frecuencia, aprovechó sus palabras y ejemplos para adelantar en la virtud. Es de creer también que la muerte de san Jacobo y la de san Juliano, su vecino de celda y confidente, fueron causa de que abandonase á Nisíbis para pasar á Edesa; pero san Gregorio Niseno dá otra razón de esta mudanza.

« No cambió de lugar, dice, por su propio espíritu, sino movido por el espíritu de Dios, que le instruia interiormente, y le inspiraba para el bién de las almas. Fiel á su voz, y sumiso á sus órdenes, iba á donde el Señor le llamaba, y de esta manera, imitando la obediencia de Abraham, salió de su patria para volver á Edesa : pues no era justo que un astro tan brillante permaneciese oculto. »

Propúsose también en este viaje venerar las reliquias de algunos santos, especialmente las del apostól santo Tomas que se conservaban en Edesa, y conferenciar con un santo varón para aprovecharse de sus luces, así como él estaba destinado á comunicar las suyas á otros. San Gregorio no nombra á este varón; pero los habia muy ilustres en Edesa y en sus cercanías, entre otros, Barses, que murió en 379, y que pudo muy bién haber sido obispo en 350, san Juliano Sabas, y otros muchos.

Al aproximarse á la ciudad, pidió al Señor que el primero que saliese á su encuentro, le hablase de las sagradas Escrituras. Pero quedó sorprendido al ver que fué una mujer de mala vida, y no un hombre de ciencia y de piedad. Volvió sus ojos con cierta amargura, y se quejaba interiormente á Jesucristo de no haber oído su oración. Aquella mujer se detuvo mirándolo atentamente, y dijo á Efrén ; « Hago muy bién en miraros, porque soy mujer, y la mujer fué sacada del hombre : y vos haceis muy bién en mirar á la tierra, porque sois hombre, y el hombre fué sacado de

la tierra. » Quedó el Santo admirado de estas palabras, y alabó el poder incomprensible de Dios, que por los medios que nos parecen ménos adecuados, nos concede las gracias que le pedimos. Sozomeno que refiere esta historia, dice que el Santo escribió sobre ella un libro, que era uno de los más estimados por los Sírios; pero esta obra no ha llegado á nosotros.

La casa en que se hospedó era precisamente la de otra mujer de malas costumbres; pero él lo ignoraba. Pasados algunos dias, le dijo esta mujer: « Padre mío, dadme vuestra bendición. » Volvió los ojos hacia la ventana para ver quién era, y cuando la reconoció, le dijo: « Que Dios os bendiga. — Padre mio, le replicó, os falta alguna cosa en esta casa? — Sólo me faltan algunos piedras y un poco de tierra para tapar esta ventana. — Me tratais muy duramente, replicó la mujer, siendo ésta la primera vez que os hablo. » En seguida empleó el lenguaje que podia esperarse de ella. El Santo le preguntó sí era capaz de hacer en la calle lo que hacía en la casa, y contestando que le causaria verguenza, tomó el Santo ocasión para reprenderla, diciendole que si se avergonzaba, y con mucha razón, de hacerlo ante los hombres, con más motivo debia temer al Señor, cuya vista penetra en todas partes, y que en el dia del juicio dará á cada uno su recompensa ó el castígo que sus obras hayan merecido. « Quedó esta mujer tan conmovida con esta exhortación, que se arrojó á sus pies derramando lágrimas, y diciéndole: « Siervo de Jesucristo, os ruego que me pongais en camino de salvación, para que Dios me perdone todos los crímenes que he cometido. » Entónces el Santo la exhortó nuevamente á que hiciese penitencia, y al poco tiempo la colocó en una casa religiosa, para que estuviese libre de toda ocasión de pecar.

Para continuar los ejercicios de la vida solitaria, se retiró á un monasterio, en donde no pudo permanecer

oculto, ya porque su reputación habia llegado á Edesa ántes que él, ya porque su mérito no tardó en darle á conocer. Así es que tan luego como llegó, tuvo que interrumpir con frecuencia el reposo de la celda que deseaba, tanto para dar instrucciones particulares á los que, llenos de confianza en sus luces y en su piedad, venian á pedirle consejo, como para predicar públicamente al pueblo. Fué elevado al diaconado, y adscrito á la iglesia de Edesa. Aún cuando el ministerio de la predicación no era la función ordinaria de su órden, la obediencia prestada á su obispo le obligó á ejercerlo, al paso que su ardiente caridad tampoco le permitia excusarse de él, por más que siempre lo ejercia con el temor de ser condenado ante Dios por anunciar las máximas evangélicas, que en su humildad no creia practicar debidamente.

El discurso sobre el sacerdocio, que se ha colocado á la cabeza de sus obras, es un sermón dirigido al clero. Como la predicación fué su principal función, conviene que nos detengamos en las disposiciones con que se preparaba á ella, en las gracias que recibió del cielo para desempeñarla dignamente, en el celo con que la ejerció, en los sentimientos con que la acompañaba, y en los frutos de salud que producia. Para ello acudiremos á buenas fuentes, con objeto de no relatar más que lo extrictamente verdadero. San Basilio, san Gregorio Niseno, Teodoreto, Sozomeno, y sus mismas obras serán las autoridades á que apelaremos.

San Efrén no había sido educado en las ciencias humanas; ignoraba las de los griegos, y no hablaba más que su lengua nativa, que era la siriaca; pero lo hacía con toda pureza, y la enriqueció con varias poesias que compuso. Estudió la lógica y las reglas del raciocinio, fijándose sólamente en lo que podia serle útil, y dejando lo superfluo. Pero su principal estudio lo consagró á la sagrada Escri-

tura, á los dogmas de la Iglesia, y á las falsas opiniones de los herejes, para refutarlos y confundirlos.

Pero lo que principalmente contribuyó al éxito de su ministerio fué la pureza de su corazón, por la cual mereció que Dios le concediese el don de sabiduría y el de la palabra de una manera milagrosa, y que le hizo ser admirado en su tiempo, como lo es hoy por los trozos que de sus obras nos quedan.

Con estos maravillosos dones discernia con grande penetración la verdad del error, siendo de notar que muchas veces convencia y conmovia á su auditorio con lo que ménos adecuado parecia. Y ¿ qué no debia esperarse de un hombre que hacía constantemente su estudio en los Líbros santos y en la oración, y cuyo corazón se hallaba, por lo tanto, en las más excelentes disposiciones para recibir las luces que Dios comunica á aquellos que deben enseñar las sublimes verdades de la religión?

Jamás ejercia el ministerio de la predicación sin implorar los auxilios de la gracia divina, preparándose con la oración y las lágrimas, y suplicando á sus oyentes que uniesen las suyas, para alcanzar de Dios la gracia de que les fuesen provechosas sus palabras: pues su humildad le persuadía que eran más dignos que él de ser oidos por el Padre celestial. Mezclaba con frecuencia en sus discursos elevaciones á Dios, y los terminaba siempre con una súplica, lo cual hace que, aún hoy, nos conmueva la lectura de sus sermones.

Hé aquí, por ejemplo, una súplica que dirige á Dios en medio de un discurso sobre la compunción. « Dios de bondad y de misericordia, yo os pido por esta misericordia que no me coloqueis á vuestra izquierda entre los réprobos, entre los que os han irritado, y que no me digais *no te conozco* ; ántes por el contrario, dad á mis ojos una fuente de lágrimas, para que no cesen de llorar. Herid, triturad

mí alma con la compunción: humillad mi espíritu y mí corazón, y hacedlo templo de vuestra santa gracia: pues aunque soy pecador, aunque he cometido la iniquidad, aunque he practicado acciones impías, llamo, no obstante, á toda hora á vuestras puertas, y por más que soy relajado y negligente, procuro siempre marchar por vuestros caminos. »

Merece ser notada la pureza de intención con que este Santo ejercía el ministerio de la divina palabra. Además de la obediencia, en cuya virtud lo ejercía, le guiaba sólamente su ardiente amor á Dios y su sincera caridad para con el prójimo. La humildad que en todas sus acciones le acompañaba, le hacía en cierto modo onerosa esta misión, porque hubiera preferido recibir instrucciones á darlas, y porque temia condenarse á sí mismo combatiendo los vicios de los demás. Pero su celo amoroso por la gloria de Dios y su compasión para con las almas, que no le permitian verlas perecer sin llenarse de dolor, le hacian vencer toda repugnancia, y le animaban á anunciar las verdades evangélicas.

« Y ¿ qué ? dice en uno de sus discursos, ¿ he de callar por temor de condenarme ? ¿ qué otro medio tengo, Dios mio, para atestiguaros mi celo y mi amor ? Hablaré pues, y no dejaré de hablar, porque mejor quiero condenarme que dejar de cumplir el ministerio que se me ha confiado. No tengo inconveniente en perecer, siempre que seais glorificado. Conozcan con esto los paganos la fuerza y el poder del amor : vean los judíos el ardor de mi celo por vuestra gloria, y que puedo morir por vos, sin que el hierro, ni el fuego, ni los demás suplicios me quiten la vida. »

Se vé también en sus discursos que consideraba como uno de sus principales deberes el que todos aprovechasen el don de la palabra que Dios le habia concedido. No po-

dia resolverse á ver perecer á sus hermanos, ó por ignorancia de sus obligaciones, ó por malos consejos, ó por seducción de los falsos doctores, sin poner cuanto estuviese de su parte para salvarlos. Creia ganar mucho para sí haciendo que los demás se aprovechasen, y que así como el que pierde á otros se pierde á sí mismo, de la misma manera expiaría sus propios pecados, curando los de los demás. Por último, se esforzaba en salir de la tibieza, en que, segun decia, habia caido, procurando animar á los demás á la virtud.

Es de notar también que habla siempre en sus discursos de una manera llena de ternura y afecto, suplicando, instando y pidiendo ; pero en ciertas ocasiones lo hace reprendiendo con fortaleza y vehemencia. Un solo ejemplo, entre innumerables que pudiéramos citar, bastará para demostrarlo : « Mi aflixión, dice, me obliga á hablar ; pero mi indignidad cierra mi boca. Mi dolor me obliga á levantar la voz, pero mis pecados me hacen callar. Puesto que tengo que elegir entre ambos extremos, romperé mi silencio. ¿ Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojós una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las heridas de mi alma y el sumo relajamiento de la vida religiosa, relajamiento, que aumenta de dia en dia? »

« Nuestros padres hicieron florecer la vida religiosa, observándola con toda perfección. Estos grandes modelos de virtud eran como astros refulgentes que derramaban su claridad por todo el mundo. Aún en medio de los herejes y de los impíos llevaban una vida santa, obligaban en cierto modo á sus enemigos y perseguidores á admirar la inocencia y pureza de costumbres, y á no pocos de ellos les hacian sus imitadores. Hoy practicamos una conducta enteramente opuesta : no hay entre nosotros aquellos hombres dulces y pacíficos, que sufrian con paciencia las injurias y los ultrajes. Todos, por el contrario, son coléricos y sober-

bios ; todos son relajados, perezosos y negligentes ; todos buscan la elegancia y vanidad en los vestidos : todos ambicionan la vana gloria ; todos son egoistas, etc. »

San Gregorio Niseno no deja de admirar la fuente maravillosa de ciencia que habia puesto en su alma el Espíritu Santo ; « de modo, dice, que, aún cuando las palabras salian de su boca como un torrente, eran, sin embargo, muy lentas para expresar sus pensamientos. Por pronta que fuese su lengua, sucumbia á la multitud de ideas que la mente le suministraba : pues igualaba á la velocidad de los demás espíritus, pero no á la rapidez del suyo. Por esta razón pedia á Dios que moderara este fondo inagotable que le habia dado, diciéndole : Retened, Señor, las oleadas de vuestra gracia. Y efectivamente, este mar de ciencia, que tendia á desahogarse por su lengua, agoviaba en cierto modo los órganos de la palabra, que no eran suficientes á expresar lo que les presentaba la inteligencia para la instrucción de los demás. »

Esta fecundidad admirable de la ciencia que el Espíritu Santo le comunicaba, fué manifestada en una visión á un anciano respetable por su piedad, como refiere el mismo san Gregorio. « Un anciano muy ilustre, dice, vió una gran multitud de ángeles, que, bajando del cielo, traian un libro escrito por dentro y fuera, y se decian unos á otros : ¿á quién daremos este libro ? Unos nombraban á unas personas, y otros á otras de las que más se distinguian en aquel tiempo, y despues de examinarlas todas, dijeron á un mismo tiempo : Es verdad que todas estas personas son santas y verdaderos siervos de Dios ; pero no se les puede dar este libro. Por último, despues de nombrar á otros santos, convinieron en que sólamente podia darse aquel libro á Efrén, que era dulce y humilde de corazón. El santo anciano favorecido con esta visión se apresuró á dirigirse á la Iglesía, en donde oyó á san Efrén que estaba

predicando con tanta gracia y fruto, que reconoció la verdad de la visión que habia tenido. Desde entónces no le quedó duda de que el Espíritu Santo inspiraba lo que decia, y admiró la gracia abundante que habia recibido. » Sozomeno refiere la misma historia, que se halla también en las *Vidas de los Padres del desierto*, que, por abreviar, no exponemos.

Pero no podemos omitir los efectos que las exhortaciones de san Efrén producian en el corazón de los que las escuchaban. Oigamos nuevamente á san Gregorio. « No habia uno solo de sus oyentes que pudiese resistir á la fuerza de sus discursos y que no se determinase á convertirse sinceramente, viendo la abundancia de lágrimas con que acompañaba sus palabras de vida. ¿ Qué corazón, aunque fuese más duro que el diamante, no se enternecia y lloraba sus pecados, concibiendo verdaderos sentimientos de penitencia ? ¿ Qué carácter, por bárbaro y cruel que fuera, no se dulcificaba con la miel exquisita y saludable que brotaba de sus labios ? ¿ Quién, por más alejado que estuviese de la penitencia y entregado á las voluptuosidades de los sentidos, despues de oir los castigos que Dios reserva á los pecadores en la otra vida, no pensaba seriamente en corregirse y borrar sus faltas con lágrimas de penitencia ? »

Puede también juzgarse de la impresión que harian sus discursos en sus oyentes por la que hoy producen sus escritos. « Cuando se quiere expresar, dice el citado san Gregorio, que una cosa no puede hacerse, se dice en proverbio, que es tan imposible como quebrantar la dureza del pedernal. Pero la experiencia nos enseña que san Efrén realizó este prodigio : pues ablandó y quebrantó con la fuerza de sus palabras muchos corazones más duros que el pedernal. No puede leerse lo que dice acerca de la humildad sin renunciar á todo orgullo y sin concebir senti-

mientos de desprecio de sí mismo. Lo que dice de la cari dad dá un santo fervor y anima á sufrirlo todo por Jesucristo. El elogio que tributa á la castidad hace tan amable esta virtud, que mueve á consagrarlo todo á Dios. ¡ Qué grande aparece, cuando habla de la segunda venida de Jesucristo ¡ Lo hace con tanta viveza, representa el formidable aparato con tanta propiedad, que parece como que se vé al Juez soberano asentado en su trono de magestad, y sólo la realidad podrá dar una idea más viva.

Nos hemos extendido algo más en lo relativo á la predicación de san Efrén, porque este ministerio es el más importante de su vida. ¡ Con qué corazón tan bién dispuesto hablaba ! ¡ Con cuanta rectitud de intención ! ¡ Con cuanto celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas ! ¡ Cuán léjos estaba de hacer alarde del talento que habia recibido de Dios ! ¡ Con cuanta dulzura, y al propio tiempo, con cuanta vehemencia se expresaba ! ¡ Cuanta sublimidad en sus pensamientos, cuanta grandeza en sus sentimientos, cuanta nobleza en sus expresiones, y cuanta efusión de corazón en su celo ! Tenia todas las cualidades exteriores que constituyen á un verdadero orador, y todas las virtudes interiores que necesita un predicador. Quebrantaba, heria, conmovia y subyugaba los corazones. Nada se le resistia. Conmovia, porque él estaba conmovido, y de este modo Dios bendecia los trabajos que practicaba por su gloria y por su amor.

Aunque hemos dicho que san Efrén corregia su carácter naturalmente inclinado á la ira en su juventud, sustituyéndola con la dulzura ; sin embargo, como esta dulzura era hija de la caridad, que no entibia el ardor de su celo, cuando se trataba de la gloria de Dios y del bién de las almas, se levantaba con fortaleza y vigor apostólico en defensa de la fé. Así es que durante su vida no cesó de perseguir á los herejes, muy numerosos en su tiempo, y consiguió

sacar de sus lazos á muchas personas seducidas por ellos. Dice san Gregorio, que, cuando los atacaba, se asemejaba á un atleta experimentado y vigoroso luchando con un niño tierno y raquítico.

Ninguna consideración humana, nigún género de temor podian impedirle combatir esforzadamente en favor de la doctrina católica. Aunque la impiedad de Ario dominaba por aquella época en Oriente, y era protegida por los poderosos del siglo, se mostró siempre, tanto en sus palabras como en sus escritos, defensor intrépido del dogma de la Santísima Trinidad, increada y consustancial, y de la divinidad de Jesucristo. Combatia á los herejes antiguos y á los de su tiempo, y hasta previó los errores que más adelante habian de aparecer, como los de Nestorio y Eutíques, según veremos al hablar de su testamento. No perseguia con ménos fortaleza á los paganos: así es que, sin poseer la lengua ni la erudición de los griegos, y sólamente con los auxilios sobrenaturales que habia recibido de Dios, impugnaba con tan vivos argumentos á estos enemigos de la fé, que sucumbian á los golpes de su arrebatadora elocuencia.

Un hereje llamado Bardesano, que dió su nombre á una secta, y su hijo Harmonio, se hicieron célebres en Osroene, infestando esta comarca con sus errores. Para hacerlos deslizar más insensiblemente en los espíritus, se valió Harmonio de su erudición en las ciencias de los griegos, componiendo poesías en lengua siriaca, y poniéndolas en música, lo cual hasta entónces no se habia acostumbrado en aquel país. Viendo san Efrén el daño que semejante artificio podia acarrear á la fé, se sirvió del númen poético con que Dios también le habia favorecido, y compuso himnos sobre las verdades católicas, tanto en honor de Dios y de sus Santos, como sobre otros puntos de doctrina. De modo que, encontrando el pueblo en ellos la

misma armonía, é instruyéndose en las verdades que debía aprender, dejó las canciones heréticas para entonar las del Santo, lo cual contribuyó al mismo tiempo para dar mayor esplendor y solemnidad á las fiestas de los mártires, como dicen Teodoreto y Sozomeno.

Aunque san Efrén se hallaba muy ocupado en el ministerio de la predicación y en las funciones de su órden, no dejaba de vivir en retiro y soledad en cuanto le era posible. Su estado de solitario le era inmensamente más amado, y conservaba su hábito y sus prácticas. Vivia ordinariamente en su celda y en un monasterio, de donde no salia más que para cumplir los deberes de su misión y del puesto que tenia en el clero. En este monasterio recibia á todos los que venian á pedirle consejo y á recibir sus excelentes instrucciones.

Hay entre sus obras una carta, por cierto muy digna de él, de la que aparece que fué superior de este monasterio; pero como tenia necesidad de salir con frecuencia de Edesa para cumplir los deberes del diaconado, encomendó el gobierno á un monje llamado Juán, y vivió despues como simple religioso, Así es que, pretendiendo un tal Teodosio entrar en el monasterio, lo envió á Juán, como abad que era, y á nadie recibia sin previa licencia de éste, lo cual patentiza una vez más su humildad. Movido por esta misma virtud alababa las diferentes prácticas de los demás religiosos; miéntras que se anodadaba á sí mismo diciendo que su relajación le impedia imitarles.

Hemos dicho que san Efrén, movido interiormente por el Espíritu Santo, dejó á Nisíbis, su patria, para vivir en Edesa, como asegura san Gregorio, quién añade que, impulsado por el mismo Espíritu, hizo un viaje de Edesa á Cesarea, en Capadocia, para ver al grande san Basilio, que era su obispo. Todo lo que le ocurrió en esta visita demuestra que Dios se la habia inspirado: San Basilio le

conocia, ya por su reputación, ya sea cuando estuvo en Mesopotamia hacia el año 357, ya sea por lo que le dijo san Eusebio de Samosata, á quién visitó en el de 372.

El mismo san Efrén refiere parte de lo que le ocurrió en esta visita, y dice que, habiendo llegado á Cesarea, y queriendo Dios manifestarle los efectos de su misericordia, oyó una voz que le dijo: Levántate Efrén, y anda á recibir pensamientos é instrucciones que te servirán de gran provecho — Movido del ardiente deseo que siempre le animaba por el bién, se apresuró á contestar: ¿En donde, Señor, podré encontrarlos? — La misma voz le replicó. Yo tengo en mi casa un magnífico y precioso vaso, que te proporcionará este alimento. — Lleno de gozo y de admiración al oir estas palabras, se dirigió á la iglesia, en donde encontró á san Basilio, verdadero vaso de elección expuesto á la vista de su rebaño, cuyos ojos estaban fijos en él, y al que con la elevación de su celeste elocuencia suministraba el pasto de la divina doctrina, es decir, de la ley evangélica, de la enseñanza de Jesucristo y de los Apóstoles, y de todo lo que puede inspirar respeto á los sagrados misterios. Dios quiso abrir de una manera extraordinaria los ojos de Efrén, y manifestarle la fuente de donde sacaba este santo Doctor las aguas que distribuia á sus ovejas, y para ello le hizo ver sobre sus espaldas una paloma blanca como la nieve y rodeada de luz esplendente, la cual ponia en sus oidos las verdades que enseñaba á su pueblo. Efren no pudo ménos de alabar en alta voz la sabiduría de este santo Doctor, y la magnificencia de Dios, que de una manera tan portentosa glorifica á los que le glorifican.

Como se expresaba en lengua siriaca, sólo algunos asistentes le comprendieron, y preguntaron quién era este extranjero que de esta manera alababa á su obispo. Al mismo tiempo hizo Dios conocer á san Basilio que era san Efrén,

y concluida la asamblea, le llamó, le preguntó por medio de un intérprete porque le habia alabado en presencia de todo el pueblo, y añadió: ¿Sois, pues, Efrén, el que tan generosamente se ha sometido al yugo saludable de Jesucristo? — ¡Ah! respondió, yo soy Efrén, el que se ha separado del camino de la salvación.

San Basilio le tomó de la mano, le abrazó, y le ofreció una mesa cargada, no de manjares corruptibles, sino de verdades eternas. Le habló de los medios de hacerse agradable á Dios, de evitar el pecado, de domar las pasiones, de hacerse favorable al Juez soberano, y de llegar á la perfección evangélica. Pero lo hizo con tanta unción, que Efrén, no pudiendo contener el efecto que estas palabras habian producido en su corazón, exclamó bañado en lágrimas: Padre mio, no abandoneis á un relajado y perezoso: ponedme en camino seguro, ablandad mi corazón de piedra. Dios me ha traido á vos, para que os intereseis por mi alma, y para que, como experimentado piloto, me lleveis al puerto de salud. »

Conversaron durante algún tiempo con esa satisfacción y gozo mútuo con que tratan los santos las cosas celestiales. Asegura san Efrén que sintió en su alma un vigor tan grande, que la renovó enteramente. Como en el elogio que hace de san Basilio, habla extensamente de la contienda que sostuvo este santo Doctor con el emperador Valente en defensa de la fé católica, es de creer que supiera de él mismo todos sus detalles. Le refirió también san Basilio la historia de los cuarenta soldados martirizados en Sebaste bajo Licinio, y le exhortó á que trazara su elogio, como efectivamente lo hizo. Además de lo que acabamos de referir, extrayéndolo de las obras de san Gregorio Niseno y de las del mismo san Efrén, pueden verse los documentos de la Iglesia griega de Cotellier.

Hace notar Tillemont, que, de la manera con que se

expresa san Efrén al hablar del emperador Valente en el elogio de san Basilio, se deduce que este príncipe habia muerto hacía poco tiempo, y que aún vivia san Basilio. Valente murió el nueve de Agosto de 378, y la vida de san Efrén no puede asignarse más allá de Setiembre del mismo año. Pero ántes de tratar de su muerte, debemos notar algunas circunstancias de su vida.

Dios le habia favorecido con un don eminente de oración. Además de las visiones que tuvo y que hemos referido, le compara san Gregorio á Moisés, y dice, que, como este candillo del pueblo escogido, gozó de la vista de Dios en cuanto es posible á un hombre, y que, como los profetas, tuvo diferentes revelaciones. Aduce en particular, que, meditando un dia sobre uno de los misterios de nuestra santa religión, vió una columna de fuego que se levantaba hasta el cielo, con lo cual se le demostraba la sublimidad de este misterio.

En otro ocasión y siendo ya anciano, se hallaba sentado en un lugar tranquilo, meditando las miserias de esta vida y la negligencia con que de ordinario la pasamos. Levantó sus ojos al cielo, y como arrobado en éxtasis, se le manifestó Dios á los ojos de su corazón, asentado en trono de gloria, y reprendiéndole severamente. Quedó tan atemorizado con esta visión, que no pudiendo contener la mirada de tanta Majestad, buscaba en donde ocultarse. Se arrojó, por último, á los pies del Señor, y le suplico humildemente que tuviese misericordia de él. Dios escuchó su plegaria, y tranquilizó su agitado corazón. Escribió lo que le habia ocurrido, y lo manifestó á los demás religiosos, diciéndoles que á toda hora se acuerda de esta visión; que su cuerpo se estremece, y que no puede menos de derramar lágrimas, por lo cual les rogaba que orasen para alcanzarle la misericordia de Dios.

En otra ocasión salia de Éfeso con sus discípulos muy

de mañana, y fijandose en la claridad de las estrellas, se representó á su imaginación la gloria con que aparecerán á la derecha de Jesucristo los cuerpos de los bienaventurados en el dia del juicio. Esta idea terrible le llenó de tanto temor, que le hizo arrojar un randal de lágrimas. Preguntáronle sus discípulos la causa, y les respondió: « Temo mucho, mis queridos hermanos, que los que no juzgan de mí sino por las exterioridades, y alaban las buenas obras de que no tengo más que apariencia, sufran un desengaño cuando me vean en las llamas eternas: pues yo solo sé cuán negligente soy. »

Quiso Dios que un año ántes de su muerte uniese á la corona que le habian labrado sus virtudes, y sobre todo su humildad, la que tiene reservada á los que ejercen la misericordia. La ciudad de Edesa se vió muy afligida por el hambre, y las gentes de las campiñas no sufrian ménos que las de las ciudades. Lleno de compasión, dejó su celda, de donde, como hemos dicho, no salia sino para cumplir sus funciones ecclesiásticas. Vino á la ciudad, y reprendió severamente á los ricos, que en una pública calamidad no socorrian á los pobres, haciéndoles ver que esta dureza, hija de la avaricia, seria la causa de la perdición de sus almas, cuya salvación debian anteponer á todas sus bienes temporales.

Los ricos, que, por otra parte, profesaban una gran veneración á este Santo, quisieron en un principio excusarse, dando por razon que no se hallaban apegados á sus riquezas, sino que no encontraban medios de distribuirlas equitativamente, por lo cual temian que sus limosnas no llegasen á los verdaderamente necesitados. Entónces san Efrén, tan caritativo como humilde, valiéndose del buén concepto que de él tenian formado, les dijo: « Y yo ¿de que sirvo? ¿no seré capaz de hacer una distribución equitativa? Puesto que teneis confianza en mí, confiadme el cuidado de los po

bres : desde hoy y contando con vuestros caritativos sentimientos, me encargaré de proveer á sus necesidades. »

Cuando hubo recibido algunas cantidades, dispuso trescientas camas en las galerías públicas que hizo cerrar : proporcionó alimentos á los que de él carecian, y medicinas á los enfermos, prestándose á todos los oficios del cargo que voluntariamente se habia impuesto con un celo eficacísimo y una caridad infatigable. Durante un año se consagró á estos ejercicios, y siendo abundante la siguiente cosecha, quedó terminada su mision, y se retiró nuevamente á su celda, en donde murió al cabo de un mes despues de breve enfermedad.

Al saberse en la ciudad que se hallaba enfermo, todos sus habitantes querian ser testigos de sus piadosos sentimientos, que nos han sido conservados en su testamento. Es éste un documento muy respetable, que patentiza las clarísimas luces de su privilegiada inteligencia y las tiernas expansiones de su corazón. Este hombre de Dios, rodeado de sus discípulos y de gran número de los habitantes de Edesa, como en otro tiempo lo estuviera el patriarca Jacob de sus hijos, y á pesar de su debilidad y de los dolores que experimentaba, abrió su boca acostumbrada á pronunciar oráculos, y lleno del espíritu de Dios que le habia guiado en todas sus obras, exhortó á todos á que se aprovechasen de las instrucciones que les habia dado durante su vida, á que formasen de ellas la regla de conducta, y á que se conservasen en la pureza de la fé. Insistió principalmente sobre este último punto á causa de las herejías que entónces infestaban el mundo, y lo hizo con palabra enérgica, para que los sentimientos que les inspiraba se grabasen profundamente en sus corazones. Fulminó sus anatemas contra los arianos, los maniqueos, los novacianos, los ofitas, los marcionitas, los eunomianos, los paulianistas, discípulos de Pablo de Samozata, los valentinianos, los apolinaristas,

los infames borborianos ó gnósticos, contra todos los que adoran los árboles, las piedras, el sol, la luna y las demás criaturas, contra todos los que se guian por los augurios y la astrología judiciaria, y por ultimo, contra los mesalianos, que, bajo el hábito de monjes y las apariencias de una continuada oración, renovaban las impiedades de los maniqueos. Recomendó á todos que se guardasen de estos obreros de la iniquidad, á quienes trató de insensatos y seductores, y los exhortó á que permaneciesen firmes en la fé de la Iglesia, á la que llama el cordero que nunca podrá devorar el lobo, y la paloma que no caerá en las garras del dragón infernal.

« De esta manera, les dice, mis amados discípulos, y así podría llamar á todos los habitantes de Edesa, de esta manera, acordándoos siempre de las recomendaciones que os tengo hechas, y de la doctrina que os he enseñado, y que he conservado fielmente desde mi infancia, guardaos mucho de no extraviaros en ningún punto de la fé católica, ni de dejaros llevar de la duda, ni precipitar en el cisma. Si alguno se levantase contra la Iglesia, ó combatiese sus sagrados dogmas, desertando de la verdad, pido á Dios que lo hiera con el terror de Caín, y que, cual éste, viva sobre la tierra : que sea tragado por ésta, ó que perezca sirviendose de los lazos de iniquidad que empleó Júdas para darse muerte. La fé que os he enseñado es la misma que enseñaron los apóstoles : pues que Dios no ha dado otra á la tierra. Es una temeridad intolerable y un crímen que debe rechazarse con horror el blasfemar de Dios, y es blasfemar el abjurar su fé. » — Inculca con tanta insistencia estas verdades en el espíritu de sus discípulos y de todos lo que se hallaban presentes, que se creería no tener que hacerles otra recomendación. Lo cual nos indica que el cisma y la herejía son gravísimos males : que los santos los miraron siempre con horror y que procuraron con sus ins-

trucciones y ejemplos apartar de ellos á los pueblos.

La humildad, que profesó todo su vida, le acompañó hasta la muerte, como aparece de su testamento. Aún cuando en algunos pasajes parece hablar favorablemente de sí mismo, se vé que lo hace más bién por animar á sus discípulos á seguir sus consejos, que por propia alabanza. Así lo hizo en otro tiempo Samuel al dejar el gobierno del pueblo de Dios, y san Pablo en Mileto, cuando se retiró del Asia. Por otra parte al reiterar tantas veces la acusación de sus pecados, no se reconoce, ni quiere que se le mire sino como un pecador que teme á toda hora la justicia de Dios : que tiene que presentarse temblando ante su tribunal : que implora con lágrimas su misericordia, y que tiene puesta su confianza en su bondad infinita.

Por esta razón creyéndose indigno de toda alabanza y de todo honor, emplea gran parte de su testamento en prohíbir severamente que se le tributen honores de ningún género despues de su muerte. Insiste más de una vez en este encargo, y dice que no quiere que su cuerpo se revista de ricos habitos, ni que se le embalsame, ni que se le conduzca con pompa á la sepultura, ni que se le entierre bajo un altar ú otro lugar del templo, ni con los santos, porque es indigno de semejante compañía. Tampoco quiere que se le enciendan cirios, ni que se le ponga en una tumba especial, ni que se tome cosa alguna de sus hábitos, cual si fuesen reliquias. Ordena que se le vista con la túnica y el manto que lleva de ordinario; que se le lleve en hombros, y se le entierre en el cementerio público y en el lugar destinado á los extranjeros, sin otras ceremonias que la recitación de los salmos y oraciones acostumbradas por la Iglesia. Pide con muchas instancia que se ore por él, que se celebre con frecuencia el santo Sacrificio, y que se haga conmemoración de él en los treinta dias siguientes á su defunción.

Impone todas las prohibiciones que acabamos de notar, fulminando terribles anatemas contra los que falten á ellas; pues todo su designio no consiste sino en que se le considere como un gran pecador, y quiere que todo el mundo se convenza de ello, como él mismo lo está, en lo más íntimo de su alma. Así pues, todos los que quieran aprender á adquirir la virtud de la humildad, que eleva el alma á Dios tanto más cuanto ella más se rebaja, encontrarán en este documento un modelo perfectísimo que imitar.

Pero al mismo tiempo que se esforzaba por rebajarse ante el pueblo de Edesa, Dios le ensalzaba haciéndole aparecer cual un profeta, y hablar con la autoridad de los antiguos patriarcas, cuya fé viva y relevantes virtudes habia grabado en su alma, como hace notar san Gregorio Niseno. Teniendo, pues, presentes á los testigos de sus últimas disposiciones, despues de llamarlos sus padres, sus hermanos y sus hijos, despues de suplicarles en nombre de Jesucristo que distribuyesen entre los pobres lo que hubiesen de invertir en su sepultura, les dá su bendición en estos terminos: «Que el Señor reciba vuestros dones, como recibió el sacrificio de Noé y el de Abraham, nuestro padre en la fé. Que vuestra ciudad sea bendita, y benditos con ella todos sus habitantes; porque Edesa es la ciudad y la madre de los verdaderos sabios, como bendita lo fué de Jesucristo por medio de sus apóstoles.»

En seguida dió su bendición á sus discípulos, tanto en general como en particular, cual hizo Jacob con sus hijos, y estas bendiciones fueron otras tantas profecías.

Dios confirmó al mismo tiempo con un milagro los anatemas que habia fulminado contra los que osasen prescindir de sus disposiciones en sus funerales. Un hombre opulento que se hallaba presente, y habia llevado una rica vestidura para envolver en ella su cuerpo, al oir que queria que se distribuyese á los pobres lo que hubiera de desti-

narse á ellos, dijo para sí: Guardaré este rico hábito, puesto que tengo suficiente dinero para hacer la limosna. Pero en el mismo momento fué poseido del demonio, que le hizo caer en tierra al pié del lecho del Santo, y echando espumarajos, empezó á dar gritos. El Santo le reprendió su falta, y quiso que la confesase públicamente. Despues oró por él, le impuso sus manos, y lo curó.

Entretanto una señora, llamada Lampriotata, se arrojó á sus pies, y le rogó que á lo ménos le permitiera hacerle una sepultura. Concedióselo, pero á condición de que no fuese de mármol, y le aconsejó que no caminase en sillas gestatorias llevadas por hombres, porque esta costumbre no estaba muy conforme con la piedad. Prometió la jóven hacerlo así, y al darle el Santo su bendicion, no sólamente le prometió la gloria del cielo, sino que le anunció que la verdadera fé subsistiria en su familia.

Por último, despues de hacer otras muchas recomendaciones, espiró en la paz del Señor, y se le enterró de la manera que habia ordenado en su testamento. Ocurrió su muerte en el año 378, según la autoridad de san Jerónimo. Los griegos celebran su fiesta el 28 de enero, y los latinos el primero de febrero, sin que por esto se deduzca que murió en ninguno de estos dias: pues Paladio relaciona su última enfermedad con la época de las mieses, con lo cual está conforme el martirologio de Beda, que señala como dia de su deposición, es decir, de su muerte y sepultura, el nueve de julio.

Su memoria fué inmediatamente celebrada por la Iglesia, pues san Gregorio Niseno, que no vivió más allá del siglo sexto, pronunció públicamente su panegírico en un aniversario de su muerte, que se celebraba ya en Capadocia. Para hacer este elegio, se valió del mismo testamento del Santo, lo cual demuestra la autenticidad de este documento, y en su discurso hace constar que en el rostro de

san Efrén se reflejaban la sencillez, la dulzura, la probidad y la majestad de un ángel: de modo que, aún cuando guardase silencio, bastaba verle para excitarse á sentimientos de misericordia y de caridad, y no habia hombre, por desvergonzado que fuese, que, al verle, no se sintiera inclinado á la modestia.

Termina su discurso con este apóstrofe al Santo, cuyas alabanzas celebra: «Éste es, amadísimo Padre é ilustre Doctor de la Iglesia, el justo homenaje de alabanza que os rendimos. No teneis necesidad de él, pues vuestra gloria no depende de nuestro elogios, sino de vuestras virtudes; pero os alabamos para utilidad y consuelo de los que viven. El relato de las grandezas de los hombres célebres es una luz que ilustra á los demás, y un estímulo que los excita á vivir bién. Sin hablar de las diferentes razones que nos mueven á celebrar vuestras grandezas en este dia, grandezas que se fundan en la santidad de vuestra vida y de vuestra doctrina, grandezas que han llenado toda la tierra de vuestro nombre, nos vemos obligados á hacerlo por la libertad que ha alcanzado un esclavo invocando vuestro nombre. Por esta razon, aunque seamos indignos de ensalzar vuestros méritos, lo hacemos para manifestar nuestra gratitud al Señor, que por vuestra intercesión nos ha concedido esta gracia. Y aún cuando la debilidad de nuestra palabra rebajé vuestras grandezas, perdonadnos; pues sabemos que, habiendo sido tan humilde durante vuestra vida, rehusais las alabanzas aún despues de la muerte. Como quiera que sea, abrigamos la confianza de no ofenderos, y que, por satisfacer nuestra devoción, no os indignareis con los que se glorian de ser hijos vuestros muy amados: ántes por el contrario, os dignareis aceptar las alabanzas que os tributamos, aunque lo hagamos con lengua balbuciente. Teneis la dicha de estar en el cielo ante el altar de la Trinidad Beatísima, y de afrecer en

unión de los espíritus angélicos el sacrificio de alabanza debido á la majestad infinita de Dios. Os suplicamos, pues, que os acordeis de nosotros, y que nos alcanceis el perdón de los pecados, para que podamos gozar de la gloria eterna de Jesucristo nuestro Señor, á quién sea dada toda gloria y toda alabanza por los siglos de los siglos. »

La libertad del esclavo á que se refiere san Gregorio ocurrió del siguiente modo. Un hombre, llamado también Efrén, cayó en manos de los ismaelitas ó sarracenos, y fué hecho esclavo. Movido, al cabo de mucho tiempo, del deseo de volver á su patria, imploró el auxilio de san Efrén, y se puso en camino. Pero ignorando la senda que debia seguir, pues por todas parte habia sarracenos, y corria peligro de caer nuevamente en su poder, imploró la intercesión del Santo, dirigiéndole fervorosa plegaria. Esta tuvo pronto efecto, pues el dichoso esclavo pudo evitar todos los peligros de los bárbaros y llegar felizmente á su patria. Este hecho lo atestigua el mismo san Gregorio que conocia muy de cerca al esclavo.

San Efrén tuvo un gran número de discípulos, entre los cuales sobresalieron Amba ó Abba, Abrahám, Símeón, Maras y Zenobio. Asegura Sozomeno que gozaron de gran reputación, y que los sirios se gloriaban de tenerles por maestros. Al bendecir san Efrén á Amba, le llamó hombre admirable en virtud, y le deseó que fuese semejante á Moisés : que se convenciesen todos los que le vieran de que era un verdadero siervo de Dios : que Jesucristo hiciese celebre su memoria en toda la tierra, y que fuese asociado á los àngeles que asisten ante el trono de la Magestad divina.

Dijo á Abraham, que, habiéndole amado mucho, rogaba al Señor que escuchase siempre sus oraciones, y que llenase su alma de los dones de sabiduría y de inteligencia

ántes de hablar, para que se verificase en él la palabra del Profeta: *Abre tu boca, y yo la llenaré.*

Dijo á Simeón, que, lo mismo que á Abrahám, deseaba que Dios escuchase sus oraciones, y le hiciese digno de gozar de la bienaventuranza eterna. Añadió que atraería á la Iglesia á los diferentes pueblos que tienen la desgracia de estar sentados en las tinieblas del error, y á los que Dios abriria los ojos del espíritu, para que se instruyesen y salvasen. Le alaba por haber trabajado en la conversión de muchas mujeres, y por el cuidado con que velaba por los religiosos, y desea que el Señor continue derramando sus bendiciones sobre su doctrina, y comunicándole el don de sabiduría y de prudencia.

Dijo á Maras que era un hombre sencillo, humilde, recto y dulce: que sus virtudes no son hijas de su carácter natural, sino de su voluntad ayudada de la gracia, y que, confiando en los auxilios divinos habia trabajado mucho para conseguirlas. Ruega al Señor que le recompense en la sociedad de los Santos por el bién que le ha hecho consolándole en sus aflixiones.

Llama á Zenobio poderoso defensor de la sana doctrina, y desea que sus palabras sean como un fuego que consuma los errores de los apóstatas de la fé. Pide que se acrecienten sus luces y su celo, y que como David echó á tierra al impío Goliat, pueda él quebrantar el orgullo de los herejes con la celestial sabiduría que Dios le comunicará en sus fervorosas oraciones. « Revístete, anadió, de las armas de los Santos, que son el espíritu de Dios y la doctrina de los Apóstoles. Quo el brazo de Dios te acompañe y te ayude en todas partes; que Dios, que es tan bueno y misericordioso, no te abandone jamas. »

Puede conocerse el mérito de estos discípulos de san Efrén por las bendiciones particulares que les dió en el lecho de la muerte; pues las palabras de este maestro

son un cumplido elogio, que los hace muy respetables.

Los dos discípulos á quienes el mismo Santo maldijo fueron Paullonas y Aroandro. « ¡ Desgraciado de tí, dijo al primero, y desgraciado el vientre que te ha llevado, porque te has unido á los herejes, y asociado á sus crímenes ! ¡ Desgraciado de tí, por haberte despojado de la gracia! Has abandonado la columna inquebrantable, y como otro Júdas, has hecho traición á la fé, para seguir los extravíos de tu espíritu. Te has apoyado sobre el báculo roto, en lugar de apoyarte en la virtud, que es Jesucristo, único apoyo de los enfermos. Por esta razón serás herido en tu cuerpo, como lo has sido en tu alma, y el mal con que Dios ha de afligirte, patentizará la grandeza de su poder y la severidad de su justicia. »

« Hombre rebelde y sin freno, dijo á Arouandro, que tu nombre sea borrado del libro de la vida, pues has querido destruir la Iglesia: te has separado de la Mesa santa, en que somos alimentados con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, para solazarte con la carne de las víctimas inmoladas á los ídolos, y beber el vino de los pecadores. Que el Verbo divino, el Hijo del Padre celestial, contra el cual has osado abrir tu boca y blasfemar, se vengue de tí con todo el rigor de su justicia, y que castigue á los arianos, á los maniqueos y á todos los demás herejes. »

Gennadio habla de un Paulino, obispo y discípulo de san Efrén, que era de una inteligencia muy depejada, y habia alcanzado un conocimiento muy profundo de las sagradas Escrituras; sin embargo, reconocía san Efrén, en sus inclinaciones y discursos, que buscaba novedades, y que no moderaba la impetuosidad de su genio, por lo cual habia de caer en el error. Así es que con frecuencia le llamaba el nuevo Bardesano, y le decía: « Guardaos, Paulino, de dejaros arrastrar de vuestras ideas y de la hinchazón del orgullo. Aun cuando sepais muy bién lo que es Dios, estad

persuadido, de que no podeis comprenderlo del todo. » Dice también que el Santo le habló poco ántes de morir, y añade que despues de su muerte, se separó Paulino efectivamente de la Iglesia, y escribió contra la fé. Pero sí como aparece del testamento, es este Paulino el mismo Paullonas de que hemos hablado, es de creer que Gennadio se engañase en las circunstancias de esta historia, asignando la desersión del mal discípulo despues de la muerte del Santo: pues cuando éste lo maldijo, habia caido ya en el error.

### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN EFRÉN

Toda la antigüedad admira las obras de san Efrén, como admira la santidad de su vida, y pocos escritores ha habido cuyas obras hayan sido acogidas con tanto aplauso. Todos los historiadores que han hablado de ellas lo hacen con grán encomio, y notan en particular que, en las traducciones que se han hecho á diferentes lenguas, han perdido poco de su belleza, la cual se halla más en los pensamientos que en las expresiones. Asegura san Jerónimo que, al leer una de estas obras traducidas, reconoció la vivacidad de esta inteligencia tan sublime, y que era tenida esta obra en tanta veneración, que se leia públicamente en algunas iglesias despues de la santa Escritura. San Basilio, dice Sozomeno, á quién se reconocia como uno de los Padres más elocuentes, admiraba la profundidad de sus escritos, y no cesaba de alabar á su autor. El mismo Sozomeno se espresa de este modo: « No habiendo sido educado Efrén por los maestros de las letras humanas, hizo, no obstante, tantos progresos en su lengua nativa, á sea la siriaca, que en sus escritos se encuentran los más elevados conceptos filosóficos, y aún puede decirse que superó á los más eminentes escritores griegos, tanto por la facilidad y nobleza

de expresión, como por la abundancia y solidez de los pensamientos. Se nota también que, cuando las obras griegas se quieren traducir á la lengua siriaca ó á cualquiera otra, pierden mucho de su belleza; pero con las de Efrén sucede todo lo contrario: pues lo que de ellas se ha traducido conserva toda la propiedad y elegancia del original, de modo que el griego no le admira ménos en su lengua, que el sirio en la suya. »

Focio emite el mismo juicio, y dice que los sirios le atribuyen más de mil obras. Sozomeno le atribuye también tres millones de versos, además de sus escritos en prosa. Desde luego parece extraño, que, aplicado de una parte á los ejercicios de la vida religiosa y á la oración que constituia todas sus delicias, y ocupado por otra en el ministerio de la predicación, así como en satisfacer las consultas de muchas personas, haya podido escribir tanto número de obras. Pero ya hemos hecho notar que Dios le habia comunicado sus dones por una infusión sobrenatural, y le habia concedido también el de la palabra para expresar dignamente lo que le inspiraba el Espíritu Santo. No sorprenda, pues, que, estando lleno en esta divina fuente, haya difundido con tanta abundancia sus saludables aguas.

No es nuestro designio entrar en el análisis de todas las obras que se conservan, pues iríamos más allá de los límites que nos hemos trazado en nuestro plan. Bastará que demos un extracto de ellas, sacándolo de la traducción francesa publicada en Roma á mediados del siglo dieciocho, para exponer, en cierto modo, la doctrina espiritual de este gran Santo.

Hemos dicho en su Vida, que de todas partes venian muchas personas para recibir sus consejos, como de un excelente maestro de la virtud, y sobre todo de la vida religiosa. Habiendo venido de pais muy lejano unos religiosos, compuso el tratado de las virtudes, y de los vicios que á

ellas se oponen, en el cual demuestra las ventajas que estas virtudes proporcionan al alma, y las miserias a que la arrastran los vicios opuestos.

1° — Sobre el temor de Dios y sobre la falta de este temor dice : « Feliz el hombre que teme á Dios, pues el Espíritu Santo le llama bienaventurado, y este temor saludable le pone á cubierto de los lazos del enemigo. No es seducido por sus artificios, disipa sus ilusiones, triunfa de su malicia, combate la carne, se muestra sordo á las solicitaciones de la voluptuosidad, vive en el recogimiento, vela sobre sí mismo, y está atento á sus deberes. Ama y ejecuta con prontitud todo lo que es agradable al Señor, y por último, este saludable temor es una fuente fecunda de bienes. Pero el que no teme á Dios se halla expuerto á todos los lazos del demonio : es ligero, insconstante y veleidoso : es relajado, sigue las inclinaciones de los sentidos, se complace en la ociosidad, se deja arrastrar por sus pasiones, ama la vanidad, teme la humillación, no piensa en el juicio que le está preparado. Así es que será separado de los buenos, y arrojado á las tinieblas exteriores ! Que suerte tan desgraciada ! »

2° — Sobre la caridad y sobre los que se hallan despojados de esta virtud dice : « ¡ Feliz el hombre en quién habita la caridad ! pues lleva á Dios en su corazón según la frase del Evangelista amado ; *Dios es caridad, y quién permanece en caridad en Dios permanece, y Dios en el* [1]. El que posee esta virtud es elevado con Dios sobre todo cuanto existe, no se hincha por el orgullo, no aborrece á nadie, no es celoso, ni falso, ni calumniador. Por el contrario, está siempre lleno de compasión hacia todas las necesidades ; se apresura á dar su mano al que se ha extraviado, y consuela al que padece aflixión. Expone su

[1] I Joan. IV, 16.

vida para salvar al que está en peligro, todo lo sufre, y se considera como el menor de todos. El que tiene caridad es verdadero discípulo de Jesucristo. Dichoso, pues, el que posee esta virtud, porque reconociendo Jesucristo que le pertenece, le recibirá en su seno: habitará con los ángeles, y reinará con Jesucristo que ha producido la caridad en su corazón. Desgraciados, por el contrario, los que se hallan desprovistos de caridad, porque pasarán su vida en vanidades ¿ Quién no gemirá viéndoles alejados de Dios, y sumidos en las tinieblas en que han querido sepultarse ? El que no tiene caridad fácilmente se irrita, se alegra del mal del prójimo, no se compadece del que cae, rehusa prestarle auxilio, no advierte que se extravia, incita á disputas, aplaude á los maldicientes y blasfemos, se asocia á los calumniadores, favorece los designios de los envidiosos, y es el ministro é instrumento del enemigo común. »

3° — Sobre la longanimidad y el vicio opuesto, dice : « La Escritura hace el elogio de la longanimidad, diciendo por la boca del Sabio : *El hombre paciente se gobierna con mucha prudencia.* [1] ¿ Quién es, efectivamente, más dichoso y más digno de admiración que él ? Siempre se halla contento y gozoso, porque tiene puesta su esperanza en el Señor : no hace caso de las palabras que le molestan, ni aún de las injurias. Miéntras que los demás se afligen, él conserva la paz de su alma en las adversidades : se goza en las buenas obras de otros, y sufre pacientemente á los envidiosos ¿ Se le manda alguna cosa ? al punto obedece. ¿ Se le reprende ? pues recibe con humildad las amonestaciones, y se ejercita constantemente en la paciencia. Por el contrario, el que carece de esta virtud se turba é impacienta con facilidad : ultraja al que le ofende, y se venga del que le infiere algún mal. Es voluble, inconstante é inconsi-

[1] Prov. xiv, 29.

derado. No forma juicios verdaderos, es indiscreto, y manifiesta traidoramente los secretos que se le confian. Es muy desgraciado, y se le puede considerar como un miserable. »

4° — El Santo que se distinguia por su dulzura tanto como por su humildad, continua la misma materia en los artículos síguientes, y habla en particular de la paciencia que se funda en la esperanza en Dios, que nunca queda defraudada. Dice que Dios se halla lleno de misericordia para con los que en él esperan : que el que posee la esperanza tiene la paciencia y todas las demás virtudes : que se halla siempre dispuesto á la obediencia : que es prudente, muy recatado en sus palabras y acciones, irreprensible en todo lo que hace, lleno de fervor en el canto de los salmos y en sus oraciones, perseverante en sus ayunos, recto en sus respuestas, regulado en su conducta, exacto en su ministerio, afable en la conversación, dulce en sus consejos, contento en sus vigilias, caritativo para con los extraños, celoso en la asistencia de los enfermos, y enriquecido, por último, con todo género de virtudes, dice con el real Profeta : *Esperando he esperado en el Señor, y me atendió, y oyó mis ruegos, y sacóme de un lago de miseria, y de un lodo cenagoso* [1].

Dice de la bondad de corazón, que el que posee esta virtud, alejando de sí todo espíritu de dureza y animosidad, tiene siempre el alma tranquila y el rostro alegre , que dá poca importancia á los discursos de los ociosos, y procura huir de los coléricos y habladores : que se hace templo del Espíritu Santo, al cual no contrista, y que ama con todo su corazón a Jesucristo. Este divino Maestro llama bienaventurados á los mansos, porque ellos poseerán la tierra, es decir, la tierra de los vivientes, que es el cielo, y nada

[1] Ps. XXXIX.

hay en este mundo que pueda compararse á la grandeza y magnificencia de esta promesa. Por esta razón, hermanos mios, dice, estando prometidas estas inmensas riquezas á esta virtud, es preciso que os esforceis por adquirirlas. Escuchad al profeta Isaias : ¿ *En quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que tiembla de mis palabras* ? [1] ¿ No debe arrebatarnos de admiración esta promesa ? Procurad, pues, no hacer cosa alguna que pueda privaros de ella, y emplead todos vuestros esfuerzos en poseer sólidamente esta eminente virtud : pues no hay buena obra que no contribuya á enriquecer al hombre que es dulce. Se complace en las injurias : dá gracias á Dios por los males que le sobrevienen ; apacigua con caridad la cólera de los demás ; sufre con resignación las correcciones ; ama la obediencia, y se goza en las humillaciones. No se gloría del bién que hace ; vive en paz con todos, y huye de la doblez ¡ Oh ! ¡ cuán grandes y amables son las riquezas, que proporciona la dulzura ! Todo el mundo ensalza esta incomparable virtud. »

5° — Oponiendo san Efrén á estas tres virtudes los vicios opuestos, dice contra los que pecan contra la paciencia, que están condenados por todos los Libros santos : que son como una hoja que el menor viento agita : que son cobardes en la adversidad : que son propensos á la disputa, en la que de ordinario quedan vencidos ; que murmuran en vez de resignarse : rehusan obedecer cuando se les manda : son perezosos en la oracion, soñolientos en las vigilias, tristes en los ayunos, indecisos en sus respuestas, desvergonzados en sus acciones, imperiosos en lo que mandan, enemigos de los hombres de bién, y por último, que están agoviados de amargura, y no pueden llegar á la

[1] Luc. XI, 46.
[2] Is. LXVI, 2.

virtud, pues según el Apóstol, solamente por la paciencia podemos correr á la batalla que nos está propuesta [1]. Dice contra la cólera, que es muy desgraciado el que se halla dominado por ella : que esta pasión dá muerte al alma, y que hasta influye en la salud del cuerpo, porque lo mismo atormenta al espíritu que á los sentidos, y que es odiosa para todo el mundo. Dice, por último, contra el vicio opuesto á la dulzura, que no se pueden llorar todo lo suficiente los que están poseidos de él : pues como dice el Salmista : *los que proceden malignamente serán exterminados* [2]. Caracteriza al hombre maligno de este modo : « Nunca puede estar en paz : siempre está agitado y turbado, siempre lleno de bilis, de veneno y de odio. Es envidioso, murmurador, altivo, colérico, rebelde á sus superiores, enemigo de sabios consejos, de buenas costumbres y de santas leyes : desprecia las advertencias que se le hacen, persigue á los buenos, hace sufrir á los sencillos, se incomoda con los que son dulces y pacientes, hiere traidoramente con su lengua á los ausentes, enciende en todas partes la discordia, y por último, se halla cargado de tantos defectos, que es en extremo digno de compasión. »

6° — Despues habla el Santo de la verdad y de la mentira [3]. Bienaventurado, dice, el que ama la verdad, pues imita á Dios que es la verdad, y en quién no puede haber mentira. El que observa la verdad es agradable y útil á los hombres : su rectitud y su sinceridad forman el gozo de sus hermanos. Es muy sincero en sus respuestas, y muy recto en sus juicios : es de un trato dulce y afable, y es rico en buenas obras y en virtudes. Por el contrario, es muy desgraciado el que se entrega á la mentira, y se asemeja al

[1] Hebr. XII, 1.
[2] Ps. LXXXL, 9.
[3] I Cor. VI, 10.

demonio que es el padre de ella. El mentiroso pierde toda autoridad, todo crédito : se atrae á un mismo tiempo el odio de Dios y de los hombres : es sospechoso en todas sus respuestas, y nadie aprueba su conducta : suscita querellas en los monasterios y en las familias, y es para las comunidades como una polilla que todo lo corroe. Publica lo que debe tenerse en secreto, y divide á los que están unidos por los más estrechos lazos de la sangre ó de la amistad. Nada hay tan vergonzoso como la mentira : todo el mundo la detesta, y á su natural horror va unido un desprecio el más soberano. »

7° — Habla en seguida el Santo de la obediencia, como de la virtud fundamental de la vida religiosa, y de la murmuración que es opuesta á ella. « El verdadero obediente, dice, es muy dichoso, porque imita al Maestro celestial, que se hizo obediente hasta la muerte, y por lo mismo, es coheredero de su gloria. El que ha obtenido del cielo el precioso don de la obediencia, ha adquirido un bien inestimable, ha encontrado el tesoro celestial, y además se hace grato al mundo. Todos le alaban, todos le estiman, todos le honran ¡ Oh ! cuán grande es el verdadero obediente ! Adelanta, y hace rápidos progresos en la virtud. Jamás resiste, jamás se excusa ; siempre se halla dispuesto á practicar lo bueno. Si se le reprende, no se incomoda : si se le dá un consejo, no se enfada : si se le destina á un lugar, no opone ninguna resistencia. Exacto observador de su regla, jamás sale de sus preceptos, ni pone medios para atemperarlos. Alaba, celebra y practica los ejercicios de la vida religiosa. Huye la ociosidad, no busca complacencias, y vive, segun la enseñanza del Apóstol, en el estado en que Dios le ha colocado. Pero si el verdadero obediente es digno de elogio, el que se deja llevar de la murmuración es odioso y digno de desprecio. Y efectivamente, uno de los mayores males que pueden

afligir á una comunidad religiosa es la murmuración. Es un escándalo constante para los hermanos, rompe la unión, y arruina la paz y la caridad. El murmurador para nada es bueno : si se le envia á alguna parte, alega frívolas excusas: si se le aplica á alguna obra, nunca la considera buena ni conveniente, á la vez que con su ejemplo, incita á otros á la desobediencia. Si se le llama á la vigilia, pretexta hallarse enfermo : si se le dá un consejo, lo rehusa. Nunca comienza solo su obra ; siempre procura que álguien le acompañe, para tener con quién murmurar. Es perezoso : habla siempre al oido, y propala mentiras contra unos y contra otros ; es falso en su amistad é implacable en su odio. Guardémonos, pues, hermanos mios, de murmurar y de entristecernos cuando hay que ejecutar las órdenes de nuestros superiores. Nunca aleguemos vanas excusas para dispensarnos de la obediencia, ni nos creamos más hábiles que los que nos gobiernan.

8° — Trata despues el Santo de la envidia y de la maledicencia que condena enérgicamente, así como alaba á los que se hallan exentos de estos vicios. « El que no es envidioso, dice, no siente pena por el bién de su hermano, ni por las alabanzas que se le tributan, porque estima á los demás más que á sí mismo, y no busca su propia gloria. Se complace en la virtud de los otros, los alaba, y los anima á adelantar en ella. No insulta al que peca, sino que lo corrige sabia y caritativamente. No irrita más al que se halla encolerizado, sino que procura apaciguarlo. Consuela al que se halla afligido, y atrae al sendero del bién al que se ha extraviado, y para decirlo en dos palabras, el que se halla exento de la envidia no deprime á sus hermanos, sino que se complace en su bién. Por el contrario, el envidioso es enemigo de todo el género humano : arroja la piedra del escándalo á los pies de los que caminan rectamente, se burla de su piedad, interpreta en mal sentido el

bién que hacen, se goza en las caidas de otros, hace sentir su mal humor á todo el mundo, y se muestra enemigo de todos. El veneno de la envidia es mortal, es una fuente inagotable de odios y de querellas, y por último, el que se halla dominado de este vicio participa de la malicia del demonio, y se halla condenado como él. Feliz el que, sabiendo que todos estamos sujetos á defectos, tiene horror á divulgar los de de los otros, porque se conservará inocente y libre de pecado, triunfará de los demonios, y se preparará un tesoro que nadie podrá arrebatarle; habitará desde ahora con los ángeles, y su boca exhalará el buen olor de los frutos del Espíritu Santo. Pero el que se complace en la maledicencia, se hace culpable de todo el mal que resulta á los otros, y merece ser considerado como un fatricida, que ha ahogado en su corazón los sentimientos de la naturaleza. Por esta razón enumerando san Pablo las malas obras de los impíos, añade á ellas la maledicencia : *Ni los maldicientes*, dice, *ni los robadores poseerán el reino de Dios* [1].

9° — Habla también san Efrén de la templanza y de la continencia, con las cuales combatimos los apetitos desordenados. La continencia, dice, es una virtud muy excelente, que ejerce su imperio sobre la lengua, y la impide emplearse en vanos discursos. Ella pone en la boca el freno de la modestia, y el que posee esta virtud no se mezcla ni ocupa sino en lo que le interesa. La continencia de los oidos impide que se preste atención á la maledicencia y á las nece dades, y la de los ojos no permite que se mire con indiferencia todo lo que agrada á la vista, y que está prohibido. Hay también la templanza del espíritu, que hace que se reprima la cólera y la ambición de la gloria mundana, que se repriman los vanos deseos, que se disipen los

[1] I Cor. VI, 10.

malos pensamientos y que se venzan las pasiones. La templanza en la comida y en la bebida regula el apetito por medio de la sobriedad : léjos de buscar los manjares delicados y las bebidas exquisitas, se contenta con el alimento necesario, y evita todo exceso. Por último, la templanza en los placeres hace que se dominen los sentidos, que se ponga freno á la concupiscencia, y que, con el deseo de los placeres celestiales, se desprecien las vanidades de la tierra. Más el que se dá á la intemperancia se deja vencer fácilmente por los demás vicios ; se constituye en un charlatán, no gusta más que de chanzonetas, busca el aplauso y la gloria de los hombres, se expone á conversaciones peligrosas, huye de la compañía de los sabios y de los ancianos, le enfada la de los religiosos, teme la austeridad de los Padres, y se entristece con el ayuno y el silencio. ¡ Desgraciados, pues, los que se despojan de la virtud de la continencia !

10° Concluye el Santo su tratado con un rasgo de la profunda humildad de que se hallaba penetrada su alma, y que tanto más le enaltece, cuanto más se esfuerza por rebajarse. « ¿ Pero que será de mí, dice, que, predicando constantemente á otros las virtudes, no he adquirido la práctica de ninguna de ellas? ¿ No se me podrán aplicar estas palabras de Jesucristo : *Cargais á los hombres de cargas que no pueden llevar*, y *vosotros ni aún con uno de vuestros dedos tocais las cargas* ? Por eso, hermanos mios, á vosotros que estais prevenidos con las bendiciones del Señor, y que participais de los bienes del cielo, os recomiendo que os apliqueis con todas vuestras fuerzas á haceros agradables á Jesucristo. Ya que teneis la dicha de estar alistados en su santa milicia, procurad que ninguno sea rechazado como relajado y negligente. No os dejeis llevar de la ley de la carne, pues no encontrariais escusa en el tribunal de Jesucristo. ¡ Desgraciado de mí, que en-

tonces me encontraré destituido de todo auxilio! ¡Desgraciado el que sea citado ante este tribunal y acusado de vana gloria, de arrogancia, de obstinacion, de desobediencia, de destemplanza, de insolencia, de orgullo, de envidia, de cólera, etc.! ¿Qué excusa podrá dar? Aún podria hablar de otras muchas faltas. No nos dejemos seducir por el demonio, que quiere hacernos aparecer como almas ligeras: guardémonos de ser cogidos en sus redes, y vigilemos sobre nosotros mismos para merecer la recompensa eterna. Amen. »

Un solitario, que creyó haber hecho grandes progresos en la virtud, cayó en el lazo de la vana gloria, y se ilusionó con la extravagante idea, de que seria arrebatado al cielo, cual otro Elías. Al saberlo san Efrén, se afligió sobre manera por el alma de aquel religioso seducido por el demonio, y le dirigió una extensa carta, en que le daba excelentes lecciones de humildad, de que todos pueden sacar grande provecho.

« Todo ejercicio de piedad, dice, toda templanza, toda obediencia, toda pobreza voluntaria, toda regularidad y austeridad, toda penitencia y maceración, toda virtud, en una palabra, es vana y estéril sin la humildad. Así como ésta es el principio y el fin de todo bién, así el orgullo es el principio y el fin de todos los males. El espíritu impuro es hábil y mañoso, y sabe tomar toda clase de formas: por esta razón estudia á toda hora la manera de hacerse dueño de los hombres, y en todos los caminos tiende sus lazos. Para con el sabio se vale de su misma sabiduría, para con el fuerte de su misma fortaleza, para con el rico de sus mismas riquezas, y para con el elocuente de su misma elocuencia. »

Pues de la misma manera ataca á los que tienen bienes espirituales. Al que ha renunciado al siglo le ataca por esta renuncia: al que vive en el silencio y en el reposo de

la soledad, por este silencio y este reposo, al pobre por su pobreza, al estudioso por sus talentos, al piadoso y religioso por su piedad y religión, al sabio, en fin, por su ciencia. Pero la verdadera ciencia va siempre acompañada de la virtud. »

« El demonio, pues, se vale de toda su astucia para sembrar por todas partes la zizaña. Hé aquí porque nuestro señor Jesucristo, conociendo las dificultades que ofrece el vencer esta pasión, que tan luego como ha arraigado en el corazón humano, hace inútiles todas sus buenas obras, nos previene con esta saludable máxima : *Cuando hiciéreis todas las cosas que os son mandadas, decid, siervos inútiles somos : lo que debiamos hacer hicimos.* [1] »

« ¿ Porque, pues, hemos de engañarnos á nosotros mismos, considerándonos más dignos que los demás ? ¿ Es que nuestra templanza y nuestra modestia nos hacen superiores á los débiles ? Escuchemos á san Pablo : *No el que se alaba á sí mismo, el tal es aprobado, sino aquel á quien Dios alaba.* [2] Si por haber trabajado más que otros os considerais superiores á los que viven en el reposo de la contemplación, acordaos que Jesucristo dijo á María, que habia escogido la mejor parte, y si por llevar una vida más tranquila, os creeis más dignos que los que se consagran al ministerio exterior, recordad que Jesucristo dice que *no vino á ser servido sino á servir.* [3] »

« Tenemos formado un gran concepto de nosotros mismos, porque vivimos en el desierto, y hemos escogido por morada una gruta. Esto podrá ser una prueba de mortificación y de desprecio del mundo ; pero estos trabajos no nos serán de utilidad alguna, y debemos temer que lo que hemos escogido voluntariamente y consideramos como

[1] Luc. xvii, 10.
[2] II Cor. x, 18.
[3] Math. xx, 28.

virtud, nos sea ocasión de caida dejándonos arrastrar por el orgullo. No imitemos á esos herreros ignorantes, que en lugar de emplear en sus hornos carbón de piedra, queman maderas preciosas. Fundemos todos nuestros trabajos y mortificaciones en la humildad. »

« ¿ Sois ricos? ¿ usais de moderación y equidad? pues de nada os servirán, si no teneis la fé de Abraham, que decia ser polvo y ceniza. ¿ Gobernais á otros? pues Moisés, que fué el caudillo de un gran pueblo, no se llenó por ello de orgullo; ántes bién dice la sagrada Escritura que *era el hombre más manso de todos los que moraban sobre la* tierra [1] ¿ Ciñe vuestra frente gloriosa diadema? pues recordad que el rey David decia: *Soy un gusano de la tierra,* y *no un hombre* ¿ Sois hombre de ciencia, de sabiduría y de templanza? pues aún no habeis llegado á la virtud de Daniel, que decia, que sólo Dios era infinitamente sabio y justo. »

« Ahora bién, si todos los hombres justos han brillado por su humildad. ¿ qué sentimientos deberemos concebir de nosotros mismos, que somos pecadores? ¿ Ignorais lo que sufrió san Pablo por la religión, segun dice en su epístola á los Corintios? Sin embargo, despues de tantos peligros, de tan heróicas acciones, y de obras tan meritorias, decía este grande Apóstol con una humildad la más profunda: No creo haber alcanzado todo aquello para que me llamaba Jesucristo ».

« Elevarse á sí mismo, llenarse de orgullo, no es propiamente otra cosa que reprochar á Dios sus obras, ó el bién que hace. Así es que no he podido ménos de llenarme de horror al saber que no habeis rechazado con firmeza el pensamiento que os ha inducido al orgullo y á una excesiva estimación de vos mismo. En estas grandes tentaciones

[1] Núm. XII, 3.

deberiaís pensar y decir, ¿quién soy yo? ¿A que estado he sido reducido? ¿cuantos milagros he hecho? No digais que no tiene esperanza alguna de salvación el que no haga estas obras divinas: pues aunque no obremos prodigios, abrigamos la esperanza de salvarnos, si reconocemos nuestra debilidad y nuestra poca fé. El que es débil necesita misericordia y no exaltación, y para alcanzar misericordia se necesita la humildad. »

El que quiere limpiar y adornar su casa, tiene que bajarse al suelo. Lo cual nos enseña que debemos rebajarnos y humillarnos para purificar nuestra alma, y no permitir cosa alguna que pueda ofender á Dios. Huyamos del orgullo, pues que Dios lo abomina: amemos la humildad, pues por esta virtud se han hecho los justos agradables al Señor. Es un don excelente, es un timbre de gloria, es una gran felicidad, es un honor inapreciable para los que la poseen. Con ella se vive pura é inocentemente; con ella se alcanza la perfecta sabiduría. El fariseo encontró la humillación en su orgullo, y el publicano su exaltación en su humillación. »

Conservamos de san Efrén unas máximas de piedad, hechas á imitación de los Proverbios de Salomón, en las cuales expone diferentes puntos de doctrina sin sujetarse á un órden escrupuloso. Son pensamientos que arrojaba, por decirlo así, sobre el papel, y demuestran la fecundidad de su celo por el bién de sus hermanos. Hé aquí algunos.

« El que cree en el Hijo de Dios tiene la vida eterna. Es firme, sus pasos no vacilan.

Una gran cantidad de leña arrojada al fuego aumenta su llama y su ardor. El temor de Dios aumenta la ciencia en el corazón del hombre, y el ejercicio de las buenas obras la fortifica.

« Vigilad con mucho cuidado, y cuando sembreis el

buén grano del Señor, procurad que el enemigo no siembre al mismo tiempo la zizaña. »

« Pidamos al Señor su santa gracia: pidámosle un espíritu vigilante, para que en todas las cosas obremos con templanza. »

« El que camina por el sendero de los mandamientos divinos jamás sera confundido : en el dia de su muerte encontrará gracia en la presencia del Señor : los ángeles recibirán su alma en la morada celestial, en la que se le dará en herencia la vida eterna. »

« Guardaos de decir que sois justo é irreprensible en la presencia del Señor, porque lo que á vuestros ojos se oculta á los suyos es manifiesto. »

« El más grande entre los hombres es el que teme al Señor, y es semejante á la luz que guia á los hombres por el camino de lo salvación. »

« Hay unos que dejan su casa para buscar la virtud, y otros que la dejan para sacudir el yugo de la obediencia y vivir en la ociosidad. Los unos obedecen por amor á Jesucristo, y los otros por ambición y por un sórdido interés. »

« Hay unos que corren y combaten por Jesucristo, y otros que lo hacen por ostentación. Estos alaban al prójimo para ser á vez alabados por él, aquellos lo alaban porque Jesucristo lo manda. »

« Unos trabajan por avaricia, otros por hacer el bién. Unos trabajan fuera del tiempo establecido para el trabajo, otros permanecen ociosos cuando debieran trabajar. »

« Unos hacen resonar su hermosa voz, cuando debieran callar; otros guardan silencio cuando debieran cantar los salmos. Unos velan fuera de tiempo, y otros murmuran en el tiempo de la vigilia. »

« Honrad al Señor, y caminareis prósperamente. Honrad al obispo y al sacerdote, para atraer sobre vosotros su bendición. Respetad á los ancianos, como á personas que han

servido mucho tiempo á Jesucristo. Honrad á vuestros hermanos como á siervos de Jesucristo, para que ellos os amen. »

« Si amais el silencio y el recogimiento, concluireis felizmente vuestra vida. El que quebranta el silencio de su regla, se distrae en imaginaciones y en cosas terrenas; pero el que se ocupa seriamente en el negocio de la salvación, desea con ardor los bienes preparados á los Santos en el cielo. »

« Por lo mismo que sois religioso, sed sobrio: no comais carne, ni bebais vino. Si cortais los troncos que se levantan al rededor de la palmera, ésta se elevará á lo alto. De la misma manera, si cortais y alejais de vuestra alma los pensamientos y solicitudes mundanas, se elevará á las alturas de la virtud. »

« Al entrar en la casa de Dios, no dejemos divagar el espíritu. Comencemos nuestra oración con estas palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*, para que no vengan á turbar vuestra alma con pensamientos extraños. El que vá de camino, y lleva dinero para comprar bueyes, no se detiene á ver puercos ni perros. Si se distrajese, ¿no se hallaría expuesto á que le robasen el dinero. »

« Si el que está á vuestro lado se queja y toce mucho, no lo abandoneis; sino considerad que muchos de vuestros hermanos se dedican voluntariamente á asistir á los enfermos. »

« La fé produce el buén espíritu, y el buén espíritu es un rio de agua viva. Así como una lámpara no arde sin aceite, así tampoco hay buén espíritu sin la fé. »

« El que rechaza la corrección, se odia á sí mismo; pero el que se somete á ella ama su alma. »

« La paciencia no tiene medida ni límites, cuando va unida con la humildad. La paciencia es un don de Dios que la dá á los que le aman. Los que la poseen se ven libres de muchas miserias y tribulaciones. »

« Cuando un religioso sabio y prudente es enviado á evacuar algún asunto, los que le ven glorifican al Señor; pero el religioso insensato y dado á la intemperancia, se conduce tan inconvenientemente en los lugares por donde pasa, que es la verguenza de su superior y de sus hermanos. »

« Un religioso, cuya virtud se halla sostenida por la humildad y la caridad, puede levantar la cabeza, y brilla á los ojos de los que van á visitarle. La caridad ilumina los ojos del espíritu. »

« El que ama las divisiones y querellas es semejante al que pone continuamente su mano en la boca del aspid. »

« El que se compadece de su prójimo, cuando está afligido, atrae sobre sí las misericordias del Señor. ¿ Gozais de autoridad ? pues no os enorgullezcacis; sed como uno de tantos entre todos. Recordad los trabajos que habeis tenido en otro tiempo, y considerad que los demás se hallan hoy en el mismo estado, y que no debeis mirarlos con desprecio.

« Comprended bién lo que os digo: No hagais demostraciones exteriores de piedad, si interiormente no teneis más que vanidad y orgullo. Reprimid estas tentaciones ántes que dominen vuestro corazón, destruid el orgullo ántes que ocasione vuestra ruina. Si vivís con un anciano de mérito, no os contenteis con publicar sus virtudes, sino imitad su vida, lo cual os será mucho más provechoso. »

« Un religioso locuaz no sirve en un monasterio sino para suscitar querellas y divisiones; por el contrario, el que sabe callar se hace amar. La obediencia que observa por amor de Dios es un gran bién. Para conocer su precio, no teneis más que considerar que esta virtud hace al hombre agradable á Dios, y que lo santifica hasta la muerte. »

« Que el que vea, obre como si no viese más que lo que le conviene. Que el que oye no oiga más que lo ne-

cesario, y se estime como el último entre los últimos. Tened siempre ante los ojos esta máxima del Maestro celestial: *No querais juzgar, para que no seais juzgados*[1]. No dejeis vagar vuestra vista, ni fijarla en bellezas peligrosas, á fin de que el enemigo no se valga de vuestros ojos para perderos. Guardaos de imitar á los negligentes, y tomad por modelo á los hombres virtuosos. »

« Cuando esteis en la mesa, comed vuestro pan, y no destroceis la honra de vuestro prójimo. Usad en la comida una modesta templanza, y no mireis á todas partes, cual un jóven que no ha tenido educación. »

« Si vuestro hermano cae en alguna debilidad, ayudadle á levantarse, porque el que desprecia al débil irritará al Señor. El que se goza en la caida de su hermano, dará una caida mucho más grande. El que no sirve à un solo Dios, servirá à muchos señores. »

« El que no quiere someterse à un solo superior, se someterá á muchos, y el que no se somete al trabajo manual, tendrá que sufrir otros muchos trabajos. »

« El que procura el excesivo ornato de sus vestidos, perjudica á su alma. Los vestidos ricos deshonran al religioso, y dan á conocer lo que es en realidad; por el contrario, los vestidos sencillos y pobres le sientan bién y le honran. Es muy impropio de un religioso tener ojos vagos y disipados, que pueden ocasionarle graves peligros. »

« Si no teneis recogida la mirada, no caminareis por el sendero de la templanza y de la pureza. »

« Cuando vayais á la ciudad, no os detengais en las calles y plazas mirando á todas partes, para que no tropeceis con la ruina de vuestra alma. »

« La gloria de un hombre de mundo consiste en ostentarse públicamente; por el contrario, la gloria de un reli-

[1] Math. VII, 1.

gioso estriba en no atravesar el dintel de su puerta. »

« Es mucho más ventajoso ocuparse en el trabajo, en la oración y en la meditación de las santas Escrituras, que perder el tiempo en discursos inútiles, de donde salen la maledicencia y la calumnia. No tenteis á vuestros hermanos con chanzonetas, que os pueden causar amarguras. Un hombre violento y colérico turba á sus hermanos ; pero el que es dulce y paciente demuestra que teme al Señor. »

« Si amais el camino de la justicia, conseguireis en premio la vida eterna. »

« Si vivís tranquilamente sin mezclaros en los negocios de los demás, llegareis en paz al término de vuestra vida. »

« Si amais el silencio, sereis muy amado. »

« Si huis de la vanidad, tendreis pensamientos castos. »

« Si amais la templanza, tendreis enfrenado al demonio de la impureza. »

« Si amais la pobreza, pondreis en fuga al demonio de la avaricia. »

« Hay cuatro cosas que aumentan la vanidad en los monasterios, y la cuarta es la peor de todas, la desobediencia de los jóvenes, los ancianos envidiosos, el religioso que se porta mal, y el superior que abusa de sus súbditos. Hay, por el contrario, cuatro cosas que aumentan la estimación y el prestigio de un monasterio, y la cuarta es la de más valor á los ojos de Dios y de los hombres : la unión de los hermanos en dulzura y justicia, un religioso que dá consejos saludables para que los demás se conserven en el temor del Señor, los jóvenes sumisos y obedientes á los mayores, como á sus maestros, y el superior que ama á sus hermanos como á sí mismo, y que se interesa verdaderamente por la salvación de sus almas. Las delicias de un religioso consisten en guardar los preceptos de Jesucristo : su consuelo es no cometer el pecado : su gozo es andar siempre en la presencia de Dios, y su gloria en temerle. »

« Entre las obras de san Efrén tenemos una exhortación á la virtud en forma de carta, dirigida á un jóven que hacía poco tiempo que habia abrazado la vida religiosa. Hé aquí en sustancia lo más notable de ella, por más que todo cuanto dice sea muy precioso.

« Repaso á toda hora, hermano mio, en mi memoria la visión que has tenido, y que me has manifestado. Conságrate, pues, á llevar una vida digna de tu vocación, á fin de hacerte agradable al capitán de nuestra milicia. Conozco tu fervor, tu celo y tu amor á Dios. Por esta razón, y conociendo tu firme resolución de vivir conforme al estado que has abrazado, y que aún no has alcanzado la experiencia necesaria y el exacto conocimiento de la vida religiosa, te aconsejo, que sigas las huellas de los Padres y religiosos que son santos y perfectos, y que te los propongas por modelo, á fin de que aprendas de ellos la manera de conducirte en el servicio del Señor. »

« En las virtudes de cada uno de ellos has de considerar, lo que debes imitar : en el uno la fé pura y perfecta que le anima, en otro su caridad para con Dios y para con el prójimo, en aquel su desprendimiento de las cosas del mundo, la perfecta abnegación de sí mismo, y su modo de vivir enteramente ajustado á la religión : en éste el recogimiento de espíritu, para poderse entregar á la oración sin que ninguna cosa le distraiga : en otros la modestia y la humildad, por la cual se constituyen en sus propios censores y acusadores. En unos puede servir de modelo su celo y diligencia, otros te inspirarán el amor del reposo y del silencio, el espíritu de dulzura, de paciencia, de clemencia y de bondad : otros te ofrecerán costumbres pacíficas, una vida amable, la unión y la concordia, y en otros, por último, podrás admirar la inteligencia, la prudencia, la sabiduría de sus consejos, la discreción y un profundo conocimiento de nuestros santos misterios. »

« También tienes que imitar en muchos la firmeza y la constancia en el combate espiritual, su obediencia, su diligencia en el trabajo, su fervor en servir á los demás religiosos, su celo, su piedad, su sumisión, y su desprendimiento de las cosas de la vida, pues se han crucificado á sí mismos con una paciencia á toda prueba. Copia al mismo tiempo de estos religiosos, cuya virtud brilla con tanta claridad, su exactitud, su regularidad, su templanza, su candor, su pureza, su vida, en una palabra, enteramente espiritual y angélica. »

« Puesto que te hallas en medio de tantas riquezas, afánate por no hacerte pobre. Vive como las vírgenes prudentes, para que no seas colocado en el número de las necias. Ante tus ojos tienes una multitud de astros brillantes, que te iluminan noche y dia : camina á beneficio de su luz, y sigue sus huellas. Apresúrate, marcha con presteza para que camines al par de ellos. Ciñe tus lomos, enciende la lámpara de la justicia, espera en el Señor, y está dispuesto á comparecer ante él.

« No te contentes con decir : He entrado en una casa religiosa, llevo un hábito santo y digno de un ángel ; pues Dios no mira el hábito exterior, sino más bién el ornato interior, y exige frutos de buenas obras. Sé, pues, en el campo del Señor un árbol siempre florido ; lleva y presenta abundantes frutos de virtudes. »

« Guárdate de que el gusano del orgullo penetre en tu corazón, y carcoma el fruto de la humildad : que la mentira no triunfe de la verdad ; que la vanidad no oscurezca la piedad ; que la cólera no te arrebate la dulzura y la paciencia ; que las reyertas no te quiten la paz y unión con los demás religiosos ; que la gula no perjudique al mérito de tus ayunos, ni la pereza cercene tu diligencia. Procura no dejarte vencer del sueño en las vigilias, que la flojedad no entibie tu fervor, que la negligencia no te impida el

oficio, que la murmuración no sustituya á la sumisión, ni la indocilidad á la obediencia. »

« A nadie desprecies: no te quejes de ninguna ofensa: no te muestres altanero ni obstinado: no concedas descanso al cuerpo, para que no gravite sobre el alma. Medita la ley del Señor noche y dia, porque el enemigo no deja de expiar el momento en que te encuentre descuidado en este santo ejercicio. Deja enteramente el mundo, y sigue á Jesucristo. Aplícate á regular tu vida: examina todos los dias tus pensamientos, diciendo: ¿ he tenido hoy piedad ? ¿ ha sido movido mi corazón por la compunción ? ¿ soy humilde ? ¿ he concebido verdaderos sentimientos de mi miseria ? Haz además un justo discernimiento de tus acciones, diciendo: ¿ No es verdad que he trabajado poco ? ¿ vivo bién ó mal ? ¿ he dicho palabras inútiles ? ¿ me he encolerizado ? ¿ he deseado los bienes de la tierra ? etc. Lee y relee cuidadosamente todo el contenido de esta carta, y cuando lo hayas puesto en práctica, te daré otros avisos, para que puedas llegar á la perfección que de tí exige Jesucristo. »

De este resúmen se desprende que en tiempo de san Efren habia excelentes religiosos y un gran número de monasterios, que se distinguian por la práctica de todas las virtudes, de modo que no habia más que proponer su ejemplo á un novicio para trazarle el camino de perfección que debia seguir. Podia también haberse propuesto á sí mismo como un prodigio de humildad, si esta misma virtud no le hubiese impedido conocer el tesoro que poseia en su alma. « Se encuentran aquí, dice en la misma carta, muchos modelos de perfección, á los cuales debes ajustar tu conducta, y no á mí que soy un relajado y perezoso. »

## Continuacion de la materia precedente.

### ALGUNOS PASAJES HISTORICOS REFERIDOS POR SAN EFREN

El temor de traspasar los límites que nos hemos prescrito, no nos permite exponer todas las máximas de piedad que se hallan repartidas en las obras de san Efrén, y con pena nos hemos visto obligados á compendiarlas. Existe entre sus obras un *Tratado* de *piedad* dividido en cuatro partes, que contiene reglas excelentes para los religiosos y anacoretas ; pero no nos ocuparemos más que de las concernientes á los primeros, porque las relativas á los segundos tienen hoy poco interés. Añadiremos algunos otros avisos tomados de otro tratado, y algunos pasajes históricos diseminados en sus obras, que cuadran perfectamente en este lugar.

« Si haceis, dice, la vida solitaria en el desierto, procurad conocer los ejercicios de los perfectos anacoretas y sus progresos en la virtud. Si vivís en comunidad, estudiad las reglas del monasterio, y no las desprecieis. Tanto en uno como en otro estado, si observais sus leyes y máximas con conciencia pura, sereis agradables á Dios. »

Si vivís en comunidad en un monasterio. no os separeis de la ley legítimamente establecida, ni de las reglas apostólicas : pues lo que en un principio parece una falta leve, con el trascurso del tiempo ocasiona una pérdida grave. Es necesario asistir con los religiosos á las conferencias, á las vigilias, al trabajo manual y á los demás ejercicios de la comunidad. Conviene también que todos coman juntos en el refectorio, fuera del caso de enfermedad, y nunca ni en nada seguir la propia voluntad. »

« Ser lijero, inconstante, disipado, ir de acá para allá, pasar de una obra á otra, no es medio de que los frutos de

la virtud lleguen á su madurez. El enemigo no ataca al religioso de la misma manera en todo lugar: aquí le insinua que debe pasar de una vida oscura y trabajosa á otra en que brillen más las obras de piedad: allí le inspira que deje este empleo que es beneficioso para su salvación, bajo pretexto de que á nadie es útil. Al que vive en un monasterio le sugiere pensamientos de retirarse al desierto para tener más recogimiento, y al anacoreta le persuade que deje el desierto bajo pretexto de que carece de todo consuelo. »

« Los que vivís en el monasterio, aunque se os dé de comer dos veces al dia, hacedlo con acción de gracias. Si os causa amargura el que se os pongan muchos platos, pensad que no se han preparado por órden vuestra. Por el contrario, si lo que se os dá es malo y en poca cantidad, pensad que el Rey de los cielos, al hacerse hombre, no se desdeñó de comer pan de cebada. El llevar la templanza más allá de sus legítimos límites no es obrar con sabiduría; pero al mismo tiempo la destemplanza enciende el fuego de la concupiscencia, y hace al hombre esclavo de los deseos de la carne. »

« El que vive en un monasterio debe ser obediente, sin disputar ni contestar. Debe ser compasivo para con el prójimo y alejado de toda vana gloria: no debe ambicionar los honores, ni buscar la dominación. Debe ser exacto en todos los ejercicios de la religión: mantenerse en su retiro, no ir de celda en celda, no hablar sin haber meditado lo que ha de decir, ni portarse con afectación, ni aparecer como sabio y habilidoso, sino portarse en todas las cosas con sencillez. »

« Conservad vuestro cuerpo puro y exento de pecado, porque lo habeis ofrecido á Dios, y no podeis disponer de él, sin caer en sacrilegio. Dos hombres ricamente vestidos se pasean juntos por una plaza: uno de ello da un paso

en falso, y cae en tierra: entónces movido de la envidia, hace también que caiga su compañero para no aparecer solo cubierto de lodo. Pues esto es una imágen muy apropiada de los que, habiéndose separado del camino de la virtud, se esfuerzan en arrastrar consigo á los demás. ¡ O hombres perversos y pecadores ! ¡ O corazones corrompidos! ¡ O bocas llenas de doblez ! Huid, huid de su trato, que es más amargo que la hiel. »

A muchos religiosos que se ven atormentados de malos pensamientos, hasta en el mismo oratorio,y cuando se celebran los santos aficios, les dá san Efrén este aviso. « En cuanto á los pensamientos de que me habeis hablado, y á las tentaciones que turban vuestra alma, no os ocultaré mi debilidad, yo siento la misma aflixión. Los malignos espíritus no atacan sólamente en la soledad, sino hasta en la misma casa del Señor, para impedirnos asistir con un espíritu puro y atento á los santos y terribles misterios de la religión. Pero el que se ejercita en la sobriedad y en la templanza, si procura recoger sus ojos, vigilar sobre su corazón y estar atento, vencerá á su enemigo con los auxilios de la gracia. »

« Vigilemos, pues, sobre nuestro corazón y sobre nuestros sentidos, para no hallarnos expuestos á grandes combates. No los rehusemos, sin embargo, sino sostengámoslos animosamente. Disipemos los fantasmas é ilusiones de nuestro enemigo. Pero ántes de presentarnos al combate, recurramos á Dios, y digámosle humildemente con Daniel: *No hay confusión para los que en vos confian*[1] : queremos seguiros con todo nuestro corazón : os tememos, y al mismo tiempo os buscamos. No permitais que seamos llenos de confusión, sino tratadnos según la muchedumbre de vuestra misericordia. Libradnos, aunque sea obrando las mara-

[1] Dan. III, 40.

villas y prodigios de vuestra diestra. Haced, Señor, que demos á vuestro nombre la gloria que le es debida: que sean confundidos todos los que incitan á vuestros siervos al mal: que sea destruido todo su poder y quebrantadas sus fuerzas: que sepan que vos sois el soberano Rey de cielos y tierra. »

« Muy dichosa es aquella ciudad, dice en otro tratado de piedad, que es dirigida por buenos gobernantes. Muy dichoso el monasterio que es regido por superiores sobrios y prudentes; pero si estos son dados á la disipación, el monasterio será arruinado por su relajación y negligencia. Si os hallais bajo la obediencia de padres espirituales, no creais practicar la virtud, cuando os dirijan palabras dulces y caniñosas; sino cuando sufrais pacientemente los desprecios y ultrajes. No os incomodeis, pues, con el que os corrige é instruye, si quereis ser un instrumento de elección; sino estudiad atentamento todos los medios de perfeccionar la obediencia y la humildad. »

« Que vuestro corazón sea siempre firme y constante, porque la inconstancia y la relajación son contrarias á la virtud. Haceos violencia, cuando os asalte la pereza, cual intrépido viajero que no se arredra por lo largo y dificultoso del camino. Considerad el hábito que llevais; ved cuán diferente es del de el mundo. Él os enseña el desprecio con que debeis mirar las cosas del mundo, y la vida enteramente celestial y ocupada en obras espirituales que debeis llevar. No os dejeis arrastrar de los malos deseos, ni de la vana gloria. Conservaos en la pureza, y si la llama de las tentaciones empieza á prender en vuestras almas, procurad extinguirla con lágrimas de compunción. La pureza es un rico tesoro: si la amais, el Señor os glorificará! »

« Busquemos con solicitud la vida espiritual, y abracémosla con fervor: reprimamos nuestras pasiones, si queremos adquírir la ciencia de Dios. Haciéndolo así, alcanzaremos el don de inteligencia, que nos ilustrará, y nos hará

brillar cual resplandecientes lámparas. No descuidemos nuestra alma: sometámosla al Espíritu Santo, y pongámosla bajo su divino poder, para que sea purificada y santificada. Nuestra alma es un bién que nos es propio: es preciso, pues, cultivarla, como un campo, para que produzca abundantes frutos. »

Si el enemigo nos hace caer, procuremos levantarnos en seguida, para no ser arrastrados á mayores males, y llegar á la desesperación, que sería el calmo de la desgracia y el principio de la perdición eterna. Aún cuando hayamos caido en las mayores iniquidades, no continuemos en ellas, no desesperemos; pues con el auxilio de la penitencia podemos salir de este abismo. Cuando vea el Señor que hemos mudado de vida, y que nos hemos convertido á él, nos recibirá como verdaderos amigos, y nos dará sus auxilios para abrazar las más perfectas virtudes. »

En el capítulo VIII de este *Tratado de piedad* habla extensamente san Efrén de la necesidad de huir de los herejes, y del peligro que encierra su trato. Este capítulo merece ser leido: pues en él se observa la pureza de su celo y su adhesión á la fé de la Iglesia, así como el horror que profesaba á todo aquello que la ataca. « Huid, dice, de la compañía de los herejes y de los hombres disolutos, cuyas palabras son corrompidas, contrarias á la fé y á la religión, y penetran, cual punzantes flechas, el corazón. Yo he conocido á algunos que con sus discursos pervertian las almas, pudiendo compararse á aquellos hombres atacados de la lepra, de que habla la santa Escritura, los cuales hacian impuros, según la ley, los lechos en que dormian, las sillas en que se sentaban, y los sitios en que escupian. Pues de la misma manera las palabras de un alma impura hacen abominables á todos que les prestan oidos. » El retrato que de ellos hace en todo el resto de este capítulo, los representa al natural, en sus palabras artificiosas, en sus maqui-

naciones, y en la sutileza de sus discursos, así como en la falsedad de sus sentimientos.

Añadiremos aquí algunos pasajes históricos referídos por el Santo en sus tratados, y que no son ménos instructivos que las máximas de piedad que propone. « Un religioso, dice, que estaba bajo la obediencia de los Padres espirituales, fué en busca de uno de sus hermanos, y le dijo, que deseaba dejar á estos Padres, para vivir tranquilamente por sí mismo. El hermano á quién tal propósito habia manifestado le dijo : Un hombre que tenia un hijo, lo colocó con un artista, para que éste le enseñase su oficio. Pero este jóven era disipado y distraido en su trabajo : así es que algunos dias despues dijo á su padre, que lo retirase de la casa del maestro, porque podía aprender el oficio por sí mismo. Si estando al lado de un maestro, le respondió el padre, nada has podido aprender, ¿ que harás tú solo, que no sabes ni aún obedecer? Veo que te disgusta el oficio, y que cualquiera otro que tomes te ha de costar más trabajo. Apréndelo pues, como corresponde, para que seas un buén artista, y te encuentres con medios de ganar tu subsistencia, porque la muerte devora á los ignorantes, y son muy desgraciados los que carecen de ciencia y oficio. »

Un religioso, que reprendia á otro le expuso bajo la siguiente parábola los esfuerzos que hace el demonio para retraer á los que quieren entrar en el camino de la salvación. « Dos hombres se dirigian á una ciudad, distante unos treinta estadios. Cuando habian caminado dos ó tres, encontraron un paisaje muy encantador : era un bosque de copudos árboles que proyectaban agradable sombra, y en que se escuchaban las dulces melodías de innumerables pajarillos, y mil objetos que encantaban la vista. Uno de ellos, con el afán de llegar à la ciudad, continuó su camino ; miéntras que el otro se detuvo á contemplar aquellas delicias, y á gozar de la plácida sombra. Entre tanto

una fiera salió del fondo del bosque, y lo devoró. »

El religioso que oia esta parábola, le rogó que la explicase, y para complacerle, le dijo su compañero : Estos dos hombres representan á los que han comenzado el camino de la piedad, y se esfuerzan por llegar á ella. Queriendo el enemigo detenerles en su camino, les inspira deseos diabólicos, es decir, pasiones de vana gloria, de ambición, de orgullo, de vanidad y de otros vicios semejantes. Los que corren afanosos por llegar al término, y recoger el premio á que Dios les llama, no se detienen por nada del mundo. El otro que se ha dejado cautivar por las bellezas del bosque, designa á las personas que separan su espíritu y su corazón de las cosas espirituales, para ponerlos en las visibles. El calor que teme, simboliza los trabajos y aflixiones que se encuentran en el camino de la virtud. Pero al detenerse en este lugar, es sorprendido por las fieras, que significan las cosas terrestres que, cual fuertes lazos, aprisionan las almas. Por esta razón el pecado, cual bestia feroz, se abalanza sobre los que se hallan entregados á los placeres, según la expresión de la Escritura : *La concupiscencia, despues que ha concebido, pare el pecado, y el pecado, cuando es consumado, engrendra muerte.* [1]

« Referia un religioso, que habia un hombre que encomendó sus bienes y negocios á un criado de todo su confianza. Este concibió un ardiente deseo de abrazar la vida monástica ; pero su amo puso en juego todos los medios posibles para hacerle retroceder de su designio, sin que pudiese conseguirlo. Algunos años despues le asaltó una violenta tentación de volver al siglo, y dejando efectivamente su celda, fué á la casa de su amo con pretexto de hacerle una visita. La primera y segunda vez fué recibido con grande agasajo, y á la tercera manifestó su debilidad,

[1] Jac. I, 15.

diciendo que, no pudiendo soportar el yugo de la vida religiosa, le suplicaba que lo admitiese nuevamente en su casa prometiéndole que cuidaria de sus negocios con el mayor esmero. A esto le contestó el amo : Si no has sido fiel á la promesa que has hecho á Dios, ¿ como has de serlo á la que á mí me haces ? Esta sencilla observación le hizo entrar en sí mismo, y se apresuró á volver á su celda. »

« Un hombre se presentó en un monasterio para abrazar la vida religiosa, y quiso habitar en una misma celda con un anciano. Algunos dias despues pensó variar de celda, y otro religioso le reconvino por su inconstancia, diciéndole : Aún cuando hubieseis caido en poder de los bárbaros, ¿ os atreveriais á decir que no podiais vivir entre ellos ? Al oir el religioso estas palabras, se sintió movido á compunción, é hizo penitencia. »

« Un religioso se sintió atacado de vanos pensamientos, que le alentaban á figurarse que habia hecho algunos progresos en la virtud. Queriendo reprimirlos, puso la mano en una caldera de agua hirviendo, y se decia : Vé aquí que te quemas, y no te enorgulleces. Cuando los tres niños estaban en el horno de Babilonia, lejos de llenarse de orgullo, alababan á Dios con humildad, y tú que vives en la tibieza y en la molicie, ¿ pretendes llenarte de vanidad. De esta manera triunfaba este religioso del demonio de la soberbia. »

Otro religioso que habia tomado el hábito, fué tentado de dejar el monasterio, y á cada hora se le ocurria este pensamiento : Lo mismo debe sucederme á mí que á las legumbres que se crian en una huerta : si el hortelano no las saca de su lugar para trasplantarlas no crecen. Más para librarse de este pensamiento inoportuno, se decía al mismo tiempo : Es verdad que el jardinero trasplanta algunas legumbres, pero no las arranca todas, sino que deja las que puede sostener el terreno. Además las que se tras-

plantan pierden algo de su vigor, por lo cual yo debo ser de las que no se trasplantan. Con este razonamiento y con los auxilios de la gracia triunfó de la tentación.

« Pasaba un jóven su noviciado en un monasterio guardando el más absoluto silencio, y decian sus compañeros que no lo hacía por virtud, sino porque no sabia hablar, y hasta algunos llegaban á sospechar que estuviese poseido del demonio. El novicio, sin embargo, no se daba por entendido, y glorificaba al Señor en lo más íntimo de su alma. »

« Un religioso decia que rogaba al Señor que le concediera la gracia de que, cuando alguno de los padres le mandase alguna cosa, pudiese decir con humildad : Este religioso es mi maestro, y yo debo obedecerle : que cuando fuera otro religioso el que se lo mandaso, pudiese decir : Este es hermano de mi maestro, y que cuando fuese un jóven, dijera : Este es hijo de mi maestro. De esta manera resistia este buén religioso á la tentación, estaba siempre en paz, y adelantaba con los auxilios de la gracia. »

« Algunos religiosos hacian sobre tarea y durante la noche una obra. Uno de ellos se sintió bastante molestado por el frio, y tuvo que retirarse á su celda, lo cual dió ocasión á que otros le murmurasen. Enviaron pues á uno de ellos para hacerle venir, y éste, al ver que estaba verdaderamente malo, no le habló de volver al trabajo, sino que se contentó con decirle : Los hermanos desean saber como estais : en cuanto al trabajo no os preocupeis, los demás haremos la parte que os corresponde. — Hermano mio, le contestó el enfermo, diga vuestra caridad que deseo ayudarles, pero que mi mal estado me lo impide : »

« Un religioso se veia afligido de tentaciones en órden al trabajo manual, y para vencerlas, se decia : « Y ¿ qué, siervo malo ? ¿ no te has vendido al monasterio ? luego no

te perteneces á tí ¿ qué cosa mejor has podido hacer ? El Señor le consolaba con esta reflexión. »

« Hallándose los religiosos en el refectorio, presentó uno de ellos un jarro de vino. Lo tomó un religioso, y viendo que estaba muy caliente el agua que le habia mezclado, le dijo : » Hijo mio, me he quemado. « Al oirlo el religioso, se retiró á su celda, hiriendo su pecho y diciendo: « Si yo fuese criado de un amo muy severo, éste me hubiera castigado por semejante accion. Lo cual me indica que en adelante no debo ser negligente. »

« Extendian dos religiosos durante la noche un poco de lino, y lo disponian para machacarlo. Quebróse la cuerda por un lado y se incomodó el que por él la sostenia. Entónces el otro, sin que pudiese ser notado, la rompió por el otro lado, y de este modo quitó todo motivo de contienda. »

« Otro religioso leia durante la noche, y queria concluir el capítulo, por lo cual se le pasó la hora. Otro le murmuró creyendo que estuviese acostado, por lo cual le dijo el primero : » Si estando en la mesa, hubiese dicho el superior que se podia beber algún vino más ¿ no nos hubiéramos alegrado ? El murmurador reconoció su falta, y le pidió perdón. Un religioso dijo también á otro en la mesa : « ¿ Porqué quitais tan pronto los platos, y no me dejais concluir ? — Es, respondió, que yo, como servidor, tengo que hacer lo que los superiores me ordenan » — El religioso comprendió que tenia razón, y le pidió perdón.

« Un religioso se vió atormentado del pensamiento de quedarse acostado en tiempo de vigilia ; pero lo combatió diciendo : « ¿ Crees tú que hoy no estás obligado á levantarte, y que mañana lo harás ? » — El mismo pensamiento tuvo en órden al trabajo ; pero también se dijo : « Nó, trabajaré hoy, y mañana Dios cuidará de que también lo haga. »

« Otro religioso se hallaba enfermo, y sin embargo, no dejaba de trabajar. Llorando un dia en su celda, pedia á Dios que le devolviese la salud ; pero en seguida se dijo : « ¡ Pobre de mí ! ¡ que relajado soy! Mi alma está siempre enferma, y no me aflijo ; pero tan luego como tengo una pequeña enfermedad corporal, pido á Dios con lágrimas verme libre de ella ¡ Ah ! Señor mio Jesucristo, curad mi alma y mi cuerpo, para que yo no sirva de carga á mis hermanos. El hombre no se sostiene por sus propias fuerzas, y perece si vos no atendeis á sus necesidades. Dadme la salud para que yo no sea un siervo inútil, porque en nada se ostenta tanto vuestra misericordia como en perdonar al pecador arrepentido, y haced que brille en mí la grandeza de vuestro poder. »

« Un religioso que, por órden del superior, tenia que ir á moler trigo en un molino en que se proferian palabras indecentes, preguntó á otro, que deberia hacer. » No habeis visto, le respondió, como muchos niños están juntos en la escuela, y cada uno se aplica á estudiar su lección, y no la de los otros ? Si os turban esas palabras, recordad lo que dice el Apóstol : *Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno* [1].

## ORACIONES DE SAN EFRÉN, QUE PUEDEN SERVIR DE MODELO A LAS ALMAS PIADOSAS

No tememos ser demasiado prolijos en la historia de san Efrén, copiando algunas de sus oraciones, para que al mismo tiempo que dan á conocer los trasportes que arrobaban su corazón, puedan servir de modelo á las personas piadosas, y excitarlas á sentimientos de compunción, de reconocimiento y de ardiente caridad. El don de la oración

(1) Tess. v, 21.

es el más excelente que podemos pedir á Dios, pues atrae sobre nosotros los randales de la gracia, y el Santo, cuya vida venimos trazando, obtuvo este don en grado eminente, no pudiendo leerse sus obras, sin hallarnos en cierto modo dispuestos á experimentar sus mismos sentimientos. Con esta intención copiamos algunas de estas oraciones.

### SAN EFRÉN DA GLORIA Y ALABANZA A DIOS

« Gloria os sea dada, Dios mio, porque me sufrís y tolerais : gloria os sea dada, Señor, porque teneis tanta paciencia : gloria os sea dada, porque sois la bondad por esencia. Gloria á vos, ó Sér por excelencia, á vos que sois el único é infinitamente sabio : gloria á vos, que sois el bienhechor de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Gloria á vos, que haceis que salga el sol sobre los buenos y los malos, y que caiga la lluvia en beneficio de los justos y de los pecadores. Gloria á vos, que alimentais á todas las naciones y á toda la naturaleza humana, cual si fuese un solo hombre : á las aves del cielo, á las bestias de la selva, á los reptiles y á los peces, lo mismo que al más pequeño de los insectos : pues todas las criaturas esperan que les deis su alimento en su tiempo oportuno. Vuestro poder no tiene límites, y vuestra misericordia se eleva sobre todas vuestras obras. Por esta razón os pido que no me rechaceis, como á aquellos que dicen, Señor, Señor, y sin embargo, no cumplen vuestra voluntad soberana, y esta gracia os la pido por la intercesión de todos los que se han hecho agradables á vuestros ojos. Vos conoceis mis más ocultos pensamientos : las llagas de mi alma están abiertas á vuestros ojos. Curadme, Señor, y quedaré sano. »

SAN EFRÉN IMPLORA LA MISERICORDIA DEL SENOR

· Aceptad, Señor, mis lágrimas, y estad atento á la oración que este pecador, penetrado de vuestro temor, os ofrece, á vos, que sois indulgente para castigarle, y lleno de misericordia y de clemencia. No me trateis según mis obras, y olvidad las culpas de mi juventud. Yo soy un pecador, pero vos sois el Dios que nos ama tiernamente: dadme tiempo para hacer penitencia. Que vuestra misericordia, que ha soportado las faltas de mi juventud, se digne sufrir ahora las de mi vejez. Habeis jurado, Señor misericordioso y lleno de ternura para con nosotros, habeis jurado que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva [1]: tened piedad de mí que soy un pecador miserable, y que os lo pido por las entrañas de vuestra misericordia. Que la libertad que me tomo de pediros no os sea desagradable. Vos veis, que, oprimido mi corazón de vivo y amargo dolor, me atrevo á dirigiros mi palabra: considerad, dulcísimo Salvador mio, las lágrimas que brotan de mis ojos: atended á los gemidos de mi alma llena de miserias: acordaos de vuestras promesas, y haced que se cumplan en mí. Concededme algún tiempo para hacer una verdadera penitencia. Vuestra gracia, Padre benigno y misericordioso, no puede rechazar al pecador, que viene á vos anegado en lágrimas, pues perdonais á todo el que se humilla. El que es santo y bueno por esencia escuchará mi voz, mis gemidos y mis lágrimas, y tendrá piedad de mí. Dignaos, pacientísimo Señor, mirarme con ojos de misericordia, para que pueda hacer frutos dignos de penitencia.

[1] Ezech. xxxiii, 14.

SAN EFREN CONFIESA SUS PECADOS CON SANTA COMPUNCION.

Señor, os confieso mi pecado á Vos que sois la bondad por esencia, á Vos que olvidais las injurias. Aunque yo permanezca en silencio, á vuestros ojos nada se oculta. Puesto que habeis dicho por uno de vuestros profetas, *yo soy el mismo que borro tus iniquidades por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados*, yo os confieso que he pecador, que no soy digno de levantar mis ojos al cielo, ni de contemplar vuestra magnificencia. Por un placer miserable y pasajero no he hecho caso del fuego eterno, y no he trabajado por alcanzar vuestro reino ¿Que haré, pues? ¡ soy el más miserable de los hombres! Lloraré noche y día todo el tiempo de mi vida, para que mis lágrimas sean escuchadas. Dadme, Señor, vos que sois tan bueno y tan misericordioso, dadme lágrimas de compunción, para que por medio de ellas pueda yo pediros y obtener vuestra gracia. ¡ Desgraciado de mí! ¿ Qué haré? ¿ Como evitaré el horno encendido y las tinieblas exteriores, en que no hay más que llanto y rechinar de dientes? Alma mia, tú has pecado, haz penitencia, porque el tiempo de esta vida pasa como sombra fugaz. Un poco de tiempo, y saldrás de este mundo, y pasarás por lugares espantosos. Alma mia, no tardes en convertirte al Señor : no te des reposo; humíllate ante tu Dios, que está lleno de bondad y de clemencia, y ruegále que desde las alturas del cielo te envie su gracia y su misericordia.

SAN EFRÉN IMPLORA EL AUXILIO DE DIOS CONTRA LAS TENTACIONES DEL DEMONIO.

Mi alma está agoviada de dolor, se echa en vuestros brazos, é implora, Señor y Dios santo, con amargas lágri-

mas vuestra gracia contra el demonio, el seductor que quiere pervertirla. Os invoca con profunda humildad, y os suplica que la asistais contra este cruel enemigo, que la turba y atormenta. Puesto que se dirige á Vos con confianza, no dejeis de oirla : puesto que con grande amor pone en Vos su esperanza, y tiene un vehementísimo deseo de poseeros, apresuraos á visitarla y protegerla ; desfallecerá, si en la cruel angustia que la atormenta, no os apresuraís á socorrerla ; pero si la visitais en vuestra misericordia, se fortalecerá y tomará nueva vida. Si la mirais, será salvada : amadla con grande amor, por que sólamente á Vos pertenece. Ella es vuestra esposa, y el apóstol san Pablo declara que Vos sois un esposo celoso é inmortal. Castigadme, Señor, pero hacedlo con misericordia : instruidme, y no me entregueis en manos del enemigo, que es un corruptor. Es verdad que no reconozco ningún bién en mí : sólamente sé que ignoro el mundo, y que sólo á Vos conozco. Vuestra gracia es inmensa, y con vuestra misericordia son constantemente curadas mis llagas ; pero por mi negligencia son abiertas nuevamente. No ignoro, que, habiendo obtenido misericordia, irrito de nuevo vuestra cólera, y no olvido que me soportais sólamente por la compasión que inspiro á vuestra clemencia. Una madre tierna é indulgente, por más que su hijo le cause molestias, no puede resolverse á abandonarle, porque tienen muchas fuerzas y poder sus entrañas de piedad. ¿ Podrán, pues, abandonarme vuestra bondad y vuestras misericordias ? Yo, Señor, me hallo en aflixión, y mi alma está atribulada. Me veo obligado á levantar mi voz, y á rogaros con insistencia que me auxilieis contra mi enemigo. Sed mi asilo, y con una sola palabra vuestra será arrojado este importuno adversario, que á toda hora me ataca, introduciéndose sutilmente sín que yo me aperciba. El me distrae en vanas ocupaciones, sin que yo me dé cuenta de ello. ¡ Desgraciado

de mí ¡ ! con que enemigo tan formidable tengo que combatir ! Pero, alma mia, anímate, tienes un redentor muy poderoso, que recompensa con generosidad á los atletas que combaten con valor.

### SAN EFRÉN IMPLORA LA MISERICORDIA DE JESUCHISTO, OFRECIENDOLE SU DOLOROSA PASION.

¡ O Cordero sin mancha, que has sido inmolado por la salud del mundo, no me rechaces, yo te lo suplico, aunque venga á importunarte. No me digas ¿ qué has sufrido por mí? En el dia terrible del juicio nos dirás á todos los pecadores, ¿ conoceis lo que yo he sufrido por vosotros? Siendo invisible, me hice visible por vosotros : siendo inmortal, fuí condenado á muerte por vosotros : estando exento de culpa, fuí abofeteado por vosotros : me crucificaron, y no manifesté sentimientos de ira : me insultaron con crueles sarcasmos y me cargaron de oprobios, sin que yo respondiese á las injurias. Yo soy el Señor impecable por esencia, y sin embargo, he sufrido todas las consecuencias del pecado. Pero vosotros sois pecadores y criminales, y ¿ qué habeis sufrido por mi? Por esta razón no tenemos excusa. Acordaos, pues, Señor, que habeis sufrido por nosotros todos estos oprobios, todas estas injurias, todas estas ignominias, y esto sólamente por vuestra misericordia, por vuestra bondad, por vuestra justicia, y no por nuestras buenas obras, Si entônces os entregasteis por nosotros á la muerte, porque erais bueno, santo, y exento de toda culpa, ahora también lo sois : pues la infinita misericordia, que es vuestra naturaleza, es inmutable. Haced pues, que sea firme y estable lo que en nuestro beneficio y por pura bondad habeis hecho por nosotros.

## SAN EFRÉN PIDE A DIOS QUE LE COLME DE SU GRACIA PARA ALABARLE, Y HACER QUÉ LOS DEMAS LE ALABEN

Salvadme, Señor, conceded á vuestro siervo la gracia que de todo corazón os pide, y abrid el teroso de vuestra misericordia, á fin de que vuestra gracia, como fuente inagotable, brote continuamente en su boca y en su corazón, y que este corazón y esta boca sean un templo santo y puro de vuestra gracia, un templo digno de recibir al Rey de la gloria. Haced, bondadosísimo Padre, que el dedo de vuestra gracia dirija mi lengua, y la toque como las cuerdas de una lira, para que cante vuestras alabanzas y publique vuestras glorias, para que yo no cese durante todo el tiempo de mi vida de glorificaros y bendeciros con amor y con todo el afecto de mi corazón. Señor, el que es perezoso y negligente para alabaros, merece ser excluido de la vida eterna. Oid, Señor mio Jesucristo, la plegaria que sale de lo más íntimo de mi corazón : que mi lengua sea como una lira, que con la dulzura de su armonía haga resonar en todo el mundo el poder de vuestra gloria, para que pueda explicar en la tierra el santo Evangelio, que es vuestra divina palabra, en mis escritos y en mis discursos, aún cuando en estos escritos y en estos discursos se encuentren algunos defectos, y para que en el dia del juicio, y cuando la pasmosa majestad de vuestra gloria haga temblar y llene de espanto á todas las criaturas, pueda refugiarme á vuestro lado. Sí, Jesús mio, yo os lo suplico, oid y recibid, como una ofrenda, la oración de vuestro siervo. Soy un pecador, pero un pecador á quién ha salvado vuestra gracia. Sea dada toda gloria á Vos, que por vuestra misericordia habeis salvado á los pecadores.

SAN EFRÉN PIDE AL SENOR CON HUMILDAD, QUE MODERE LA DULZURA DE SUS COMUNICACIONES, CUYA ABUNDANCIA NO PUEDE CONTENER SU CORAZON.

Jesús mio, dulcísimo Salvador del mundo, os suplico que tengais piedad de mí. Vuestra gracia se ha derramado en mí con profusión, saciando mi hambre y mi sed. Mi alma se hallaba sumida en las tinieblas, y ella la ha iluminado y sacado del abismo en que la habian precipitado sus pensamientos. Ahora reconozco mi debilidad, y confieso mis pecados. Adoro é imploro vuestra inefable bondad. Moderad un poco esta abundancia y esta profusión, y reservádmela para el terrible dia de vuestro juicio. Como no tengo fuerzas para sostener la impetuosidad de esta inundación de gracias, me hago presuntuoso y temerario. Divino Carácter de la sustancia del Padre y Esplendor de su gloria inefable, moderad el exceso de vuestros favores. Vuestra gracia enciende un fuego tan vivo, que abrasa mi corazón : reservádmelo para el cielo. Salvadme para hacerme entrar en vuestro reino, y en el dia de vuestra manifestación derramad sobre mí toda la plenitud de vuestra bondad, y bendito seais juntamente con el Padre por los siglos de los siglos.

SAN EFRÉN PIDE A DIOS SUS GRACIAS Y LAGRIMAS DE COMPUNCION, CUYA EXCELENCIA ENSALZA.

Autor y dador de todos los bienes, manantial de todas las gracias, fuente saludable que curas todos mis males, tesoro inmenso de misericordia, ó Dios mio, que sois misericordioso y el bién soberano, no ceseis de dispensar el bién á los que os lo piden con un corazón puro y sincero. Señor lleno de clemencia, la experiencia cotidiana de vuestras bondades,

los bienes inmensos de que continuamente me colmais con tanta profusión, me enseñan y me invitan á recurrir á Vos con entera confianza. Yo os suplico humildemente que no dejeis de derramar sobre mí vuestra santa gracia : ella me sacará de la multitud de distracciones que me agitan : ella ligará mi espíritu, lo mantendrá en el recogimiento, y curará sus profundas llagas. Mis disipaciones y mi orgullo las renovarán incesantemente ; pero Vos que sois tardio en castigar, y que con vuestra gracia haceis continuas curaciones, Vos que estais lleno de misericordia y de clemencia, curad las frecuentes enfermedades de este pecador. Yo lo sé, Señor, yo no puedo conocer dignamente las curaciones que obrais en mi alma : estos saludables y celestes remedios son inapreciables y superiores á todo encarecimiento. El cielo y la tierra no os pueden dar nada que sea digno de estas excelentes y admirables curaciones que haceis todos los dias, pues son gratúitas y puro efecto de vuestra bondad. Estos santos y saludables remedios exceden á nuestras riquezas ; nadie puede apreciarlos. Pero, ó divino Salvador, Vos los distribuís con largueza á todos : vos los dais principalmente á las lágrimas y amargos gemidos.

¿ Quién no se llenará de admiración, y no hará resonar su voz para publicar vuestra clemencia, y vuestra extrema bondad, cuando en precio de estas maravillosas curaciones no admitís más que algunas lágrimas? ¡ Oh lágrimas ! ¡ cuán grande es vuestro poder ! Penetrais atrevidamente hasta el mismo cielo, sin que nada os puede contener ¡ Oh lágrimas ! ¡ que admirable es vuestra virtud ! La confianza que nos dais es para los ángeles y para todas las potestades celestes un motivo de gozo. ¡ Oh lágrimas ! ¡ que grande es vuestro poder ! Podeis presentaros sin temor ante el trono sublime de la Divinidad, ante el Dios de toda pureza y de toda santidad. ¡ Oh lágrimas ! ¡ que maravilloso es vuestro

poder! En un momento, y como conducidas por lijeras alas, os elevais hasta el cielo, y alcanzais de Dios raudales de bendiciones para la tierra: Dios os oye, Dios os escucha: Dios os acoge, y con bondad y misericordia os concede el perdón de los pecados.

Dadme, pues, Señor, este precioso don de lágrimas, por más indigno que yo sea, á fin de que pueda llorar todos los dias. Dadme esta fuente fecunda, esta dulce y amable virtud, para que derramando torrentes, se halle mi espíritu más iluminado en la oración, y para que borradas las deudas que he contraido por mis pecados, se apague el fuego á que mereciera ser condenado: pues si lloro en este mundo, evitaré el fuego del infierno en el otro.

SAN EFRÉN DA GRACIAS A JESUCRISTO POR LOS FAVORES QUE HA RECIBIDO, Y DESEA UNIRSE CON ÉL EN EL CIELO PARA CANTAR SUS MISERICORDIAS.

Amorosísimo Salvador, Vos os habeis hecho para mí el camino de vida que lleva al Padre. Este camino es el único lleno de un gozo perfecto, y el reino de los cielos es su término y fin. Os habeis hecho el camino de la luz que puede iluminarme, y yo, lleno de ardiente deseo y de fervor, hé bebido en la fuente inagotable de vuestras gracias y beneficios. Vuestra gracia ha sido para mi corazón como una lámpara ardiente, para mi boca un manjar más dulce que el panal de miel, y para mi alma un tesoro que ha enriquecido mi pobreza. En ella he encontrado mi asilo, mi fortaleza, la protección y la grandeza de mi alma, la gloria y el sustento de toda mi vida ¿Como podrá permanecer vuestro siervo en silencio, y no publicar las dulzuras y los encantos de vuestro amor y de vuestra gracia? ¿Pero como podrá mi lengua alabar y glorificar dignamente la liberalidad, y

magnificencia del autor y dador de todos los bienes ? ¿ Como yo, pecador y miserable que soy, he de contener los torrentes y oleadas de vuestra gracia, que brotan en mi corazón, y que lo llenan é inundan con la dulzura de toda clase de bienes? Cantaré, pues, las glorias y alabanzas del Señor de los cielos, que tan largamente ha derramado sus dones sobre su siervo. Alabaré vuestra gracia, Salvador mio; mi lengua no dejará de ensalzarla, y mi lira no cesará de entonar armoniosamente cánticos espirituales.

El amor en que mi alma se siente abrasada me atrae hacia Vos, Salvador mio, que sois la gloria de mi vida, vuestra gracia arrastra mi espíritu con irresistible dulzura, y lo mueve á seguiros. Que mi corazón se convierta en una tierra fértil y apropiada para recibir la buena semilla, y que vuestra gracia derrame sobre ella el rocío de la vida eterna. Que vuestra gracia saque de la tierra de mi corazón la excelente mies de la compunción, de la adoración, de la santificación, y de todo lo que os es agradable. Unid mi alma á vuestro rebaño, y llevadla al paraiso de las delicias. Que sea colocada en los esplendores de vuestra luz, y así como, despues de encontrar esta oveja descarriada, la habeis llevado sobre vuestros hombros, atraedla á Vos con vuestra poderosa mano, y ofrecedla á vuestro eterno Padre, para que en medio de las delicias de que gozan los Santos, pueda yo decir con ellos : Gloria sea dada al Padre inmortal: adoraciones sean tributadas al que ha derramado sus celestes dones sobre este hombre vil y despreciable, para que pueda ofrecer el dracma de gloria al Rey del universo por los siglos de los siglos. Amen.

## CONCLUSION DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN EFRÉN

Como nos hemos extendido bastante en la doctrina espiritual de este Santo, vamos á reducirla á pocas palabras,

para que pueda retenerse fácilmente en la memoria, y para ello no tenemos más que exponer literalmente lo que dice en uno de sus discursos acerca de las distracciones y de los malos pensamientos.

« Bienaventurados, dice, los que aman á Dios, y por este amor desprecian las cosas de la tierra. Bienaventurados los que lloran noche y dia para librarse de la cólera y de la venganza divina. Bienaventurados los que se rebajan y se humillan voluntariamente, porque serán ensalzados. Bienaventurados los que guardan la templanza y la continencia, porque gozarán de las delicias del paraiso. Bienaventurados los que afligen sus cuerpos con las vigilias y ejercicios de virtud, porque les está preparado el gozo del paraiso. Bienaventurados los que con su pureza se han hecho templos del Espíritu Santo, porque serán colocados á la derecha. Bienaventurados los que poseen el amor de Dios en sus corazones, porque serán declarados amigos de Jesucristo. Bienaventurados los que se crucifican á sí mismos, porque noche y dia contemplarán á Dios, y todos sus pensamientos estarán fijos en él. Bienaventurados los que han tenido ceñidos sus lomos, y preparadas sus lámparas para recibir al Esposo, cuando vuelva de las nupcias. Bienaventurados los que han podido ver con los ojos del espíritu los bienes futuros y los suplicios eternos, y los que con todas sus fuerzas han trabajado para alcanzar la gloria inmortal. Bienaventurados los que siempre han tenido ante sus ojos esta hora terrible y espantosa, y se esfuerzan por agradar á Dios en el tiempo de esta vida. Bienaventurados los que gozan de reposo como los ángeles, á fin de regocijarse con ellos en el dia del Señor. »

« Trabajemos, pues, hermanos mios, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas para no atender más que á las cosas del cielo, para no tener gusto más que en las cosas del cielo, para no discurrir más que en las cosas

del cielo, para no meditar más que en las cosas del cielo, para no conocer más que las cosas del cielo, para no hablar más que de las cosas del cielo, para no hacer más que las cosas del cielo, para no ocuparnos más que en las cosas del cielo, para no tomar en nuestra boca, en todo tiempo y lugar, más que las cosas del cielo, para no vivir más que en el cielo, y para no habituarnos más que á las cosas del cielo. »

---

## SAN BARSÉS Y SAN EULOGIO, SOLITARIOS Y OBISPOS EN MESOPOTAMIA [1].

Sozomeno dice de san Barsés y de san Eulogio, que se distinguieron entre los solitarios de Mesopotamia, pues todo su cuidado lo ponian en desprenderse de las cosas de la tierra para estar dispuestos á servir á Dios, y que ejercitaban su alma en el ayuno, en la oración, en los cánticos sagrados y en la práctica de todas las virtudes, viviendo en un desprendimiento tan absoluto de los bienes y negocios del siglo, y hasta de sus propios cuerpos, que parecian no vivir en este mundo.

Añade que la grande estimación en que se tenian sus méritos hizo que se les consagrase obispos en sus propios monasterios, sin asignárseles ninguna diócesis. Pero este hecho es muy dudoso, porque Teodoreto, obispo de Ciro y vecino de Mesopotamia, asegura que fueron sucesivamente obispos de Edesa, á no ser que, para justificar á Sozomeno, se diga, que, estando ya consagrados obispos, se les asig-

[1] San Basilio, Sozomeno, Teodoroto, Rufino y Sócrates.

nó la Iglesia de Edesa, lo cual es muy incierto. Como quiera que sea, nada sabemos de su vida en la soledad, sino lo que este historiador refiere en el elogio que hace de todos los solitarios, pudiendo conjeturarse que lo merecieron más particularmente por las grandes virtudes que les adornaban, cuando fueron elevados á la cátedra de Edesa. Su nombre se hizo aún más célebre por la persecución que sufrieron de parte de los arianos en tiempo del emperador Valente. Y comenzando por san Barsés, su santidad no brilló sólamente en Edesa y en las ciudades vecinas, sino también en la Fenicia, en la Siria, en el Egipto, en la Tebaida y en todos los lugares á que fué desterrado por causa de la fé.

El primer lugar de su destierro fué la isla de Arad[1], en las costas de Fenicia. En ella hizo tantos milagros con la gracia apostólica de que estaba lleno, que de todas partes venian á visitarle, lo cual fué causa de que el emperador le enviase á Oxirrinca, ciudad muy populosa de que hemos hablado en el libro primero de esta historia. El lecho que dejó en Arad, sirvió para la curación de muchos enfermos, pues todos los que se acostaban en él sanaban.

Esta misma reputación le siguió á Oxirrinca, en donde todo el pueblo concurria á su lado. Viendo el emperador que, cuanto más se le perseguia, tanto más se le honraba, cambió tercera vez su destierro sin guardar consideración á su edad, á un castillo, llamado Filo, en las extremidades del imperio, y próximo á tierra de bárbaros. Como los antiguos historiadores no dan más detalles, no es fácil decidir el lugar en que se hallaba este castillo. Es de creer, sin embargo, que estuviese en la Tebaida, pues Teodoreto dice que el santo anciano estaba allí desterrado, y se cree que allí también murió ántes de terminar la persecución.

[1] Hoy Ruad.

San Basilio le dirigió á su destierro dos cartas, que se conservan. En la primera le manifiesta el deseo que tenia de verle, y añade que era preciso pedir al Señor que los librase pronto de los enemigos de la cruz, y que diese la paz à su Iglesia, pues que así debia esperarse de su bondad. « Porque así como fijó, dice, el tiempo de la cautividad de Babilonia en setenta años, cuando quiso castigar los pecados de los Israelitas, este Dios todopoderoso, que ahora nos aflige por el tiempo que tiene determinado en sus sabios consejos, nos dará la paz de que ántes gozabamos á no ser que los males que experimentamos sean precursores del Anticristo. Si esto es así, rogad al Señor que difiera estos males para otro tiempo, ó que nos fortalezca con su misericordia para sobrellevar tantas tribulaciones. Os ruego que saludeis en mi nombre á todos los que os acompañan. » — Estas últimas palabras de san Basilio dan á entender que habia otros eclesiásticos desterrados con él, y esto aparece aún más claramente en su segunda carta.

En ésta no le manifiesta el mismo santo Doctor ménos cariño. Deseo ardientemente, le dice, manifestaros de viva voz la estimación en que tengo vuestra piedad, y felicitaros por las grandes cosas que Dios realiza por vuestro ministerio para su gloria, pues vuestro nombre se ha hecho muy célebre entre los que temen verdaderamente al Señor. Pero mis enfermedades y el cuidado de las iglesias de que me hallo verdaderamente agoviado, me privan de este placer, que sólamente puedo gozar por escrito. Espero pues, que vuestra piedad pida á Dios por mí y por estas iglesias, para que pasemos los dias, ó tal vez las horas que nos quedan de vida, sin peligro de perdernos. A todos los que están á vuestro lado y que con vos combaten por la fé deseamos lo que para nosotros deseamos. Dignaos aceptar algunos presentes que os envio, y concederme, á ejemplo del patriarca Isaac, vuestra santa bendición. Me encomiendo á

vuestras oraciones, y pido al Señor que os conserve para mi consuelo y para bién de su Iglesia.

Como se eligiese un lobo, segun la expresión de Teodoreto, ó sea un ariano, para ocupar la silla de san Barsés, el pueblo, á quién también se habian quitado las iglesias, no quiso comunicar con él, y celebró sus asambleas en el campo. Con este motivo ocurrió un hecho que honra mucho la memoria de este pastor y la fé de sus ovejas, por lo cual no debemos dejar de narrarlo, fundándonos en el relato de Sócrates, Rufino, Sozomeno y Teodoreto.

Habiendo venido el emperador Valente á Edesa para ver la célebre iglesia en que descansaban las reliquias de santo Tomás apóstol, se irritó en extremo al encontrar reunidos á muchos católicos, y en el arrebato de su ira abofeteó al prefecto, llamado Modesto, que se hallaba á su lado, reprendiéndole por no haberles arrojado de ella, como tenia ordenado. Le mandó al mismo tiempo reunir á todos los arcberos de la ciudad y á toda la gente de guerra, para castigar á los católicos y disolver sus asambleas.

Aún cuando Modesto se hallaba enteramente sometido á la voluntad del emperador, tuvo miedo de ejecutar esta órden, y la difirió hasta el dia siguiente: además avisó secretamente á los católicos para no tener á quién castigar. Salió pues á la mañana siguiente con grande aparato y haciendo terribles amenazas para salvar las apariencias; pero quedó sorprendido al ver que los católicos, lejos de ocultarse, corrian apresuradamente al lugar de la asamblea. Lleno de estupor, no sabia que partido tomar, y adelantaba pensativo hacia el lugar en que se celebraban las reuniones, cuando una mujer con un niño en sus brazos atravesó por entre las filas de soldados, para reunirse á los católicos.

Bién sabia Modesto cual era el designio de esta mujer piadosa; pero para asegurarse mejor, la mandó acercarse, y le dijo: ¿A donde vas, desgraciada, sin velo en la cabeza

y con tanta precipitación ? — Voy, le contestó, á unirme á mis hermanos. — ¿ No sabes, insistió el prefecto, no sabes la órden que ha dado el emperador, de dar muerte á todo el que vaya al lugar de la asamblea ? — Ya lo sé, contestó esta mujer heróica, y por lo mismo me apresuro yo á ir. — ¿ Y porqué llevas á ese niño ? — Para que tenga la dicha de sufrir el martirio.

Por el ánimo de esta mujer intrépida comprendió el prefecto que todos los católicos se hallaban animados del mismo espíritu, así es que, presentándose al emperador, le refirió lo que habia visto, y le hizo presente que era necesario dejar á los católicos, ó dar muerte á todos, lo cual no podria ménos de ser cruel y vergonzoso.

El emperador cedió en parte á estas razones, y mandó que se llamase á los que ocupaban el primer lugar entre los católicos, es decir, á los sacerdotes y diáconos, y se les ordenase de su parte comunicar con el obispo ariano, ó desterrarles, si rehusaban hacerlo. Hallábase san Eulogio á la cabeza de este respetable clero, y Protógeno ocupaba el segundo lugar. Eulogio habia practicado, como hemos dicho, la vida solitaria cerca de Carrhes. Habiéndolos reunido Modesto, les manifestó con mucha moderación que era una temeridad oponerse á la voluntad de un príncipe que mandaba tantos pueblos, no siendo ellos más que un puñado de hombres sin poder alguno, y les exhortó á obedecer.

Le escucharon en silencio, y queriendo el prefecto tener alguna contestación, se dirigió á Eulogio. « No tengo necesidad de responder, dijo el Santo, puesto que no me habeis preguntado. — Hace mucho tiempo que estoy hablando, dijo el prefecto, y que os exhorto á tomar el partido más ventajoso. — He creido, replicó Eulogio, que, habiendo hablado á todos en general, no debia yo solo hablar ; pero si quereis saber mis sentimientos, no los ocultaré. — Co-

municad con el emperador, interrumpió el prefecto. — A lo cual respondió Eulogio con gran sagacidad ; ¿ Es que el emperador quiere unir la dignidad de obispo al poder imperial ?

Enojado el prefecto, respondió con algunas palabras poco cultas, y añadió : « No os he dicho esto, hombre ignorante y estúpido, sólo pretendo que comuniqueis con los que con él comunican. » Pero habiéndole dicho Eulogio que estaban sometidos á un pastor, arrestó el prefecto á ochenta eclesiásticos, y los desterró á Tracia.

Muy pronto se extendió la noticia, y los habitantes de las ciudades y aldeas inmediatas se apresuraron á salir á su paso para colmarles de honores, y felicitarles por su constancia y por el triunfo que habian alcanzado sobre la herejía. Sus enemigos se llenaron de envidia, é hicieron entender al emperador que, en lugar de deshonrarlos con este destierro, habian alcanzado más grande gloria, lo cual determinó al príncipe á separarles y enviarles de dos en dos, unos á Tracia, otros á la Arabia, y otros á la Tebaida, llevándose la crueldad hasta el punto de separar á los hermanos y á los que se hallaban más unidos por los vínculos de la sangre y de la amistad.

Pero Dios que se vale de la malicia de los hombres para sus santos fines y para su gloria, permitió que Eulogio y Protógeno fuesen relegados á Antinoe para obrar la salud de muchos.Allí encontraron un obispo católico, y asistieron á las asambleas eclesiásticas. Pero viendo que era pequeño el número de fieles, miéntras que era muy considerable el de paganos, no se contentaron con gemir ante el Señor, sino que resolvieron trabajar en su conversión. San Eulogio se encerró en una celda, en donde oraba dia y noche, para que Dios bendijese su empresa, y Protógeno que era hombre de ciencia, abrió una escuela en que enseñaba á los niños á leer y escribir : los instruia en las santas Escri-

turas, y les dictaba los salmos y aquellos pasajes de los Libros santos, que eran más convientes para su instrucción.

Un milagro que hizo en este tiempo dió crédito á su santa doctrina, y apresuró la conversión de muchos. Habiendo caido enfermo uno de sus discípulos, fué á visitarle, y tomándole de la mano, le curó con su oración. Cundió al punto la noticia, y así es que, cuando habia algún niño enfermo, le llevaban los padres, para que lo curase. Pero como les dijese que no podía pedir por ellos miéntras no recibiesen el santo bautismo, se consintieron sin dificultad á ser bautizados, y de este modo, al par que la salud del cuerpo, les daba la del alma.

Dice también Teodoreto que, cuando convertia á algún pagano, lo llevaba á san Eulogio, para que éste le imprimiese al santo carácter. Más como se lamentaba de que viniesen á interrumpir su oración, le respondió Protógeno, que más interesante que la oración era la salvación de los que salian del error. Añade este historiador que todo el mundo admiraba la virtud de Protógeno, que, á pesar de haber recibido de Dios el dón de hacer milagros y luz para hacer conocer á tantas gentes la verdad, se consideraba, no obstante, inferior á Eulogio, y le llevaba á los que habia convertido.

Por último, habiendo sido devuelta la calma á la Iglesia, volvieron estos dos santos á su patria, aunque con grande pena de aquellos á quienes dejaban, quienes les acompañaron durante un largo trayecto de camino, y sintiendo sobre manera su partida el obispo del lugar, que se veia privado de estos celosos operarios. A su regreso ocupó Eulogio la silla vacante por defunción de san Barsés; miéntras que Protógeno se encargó del gobierno de la iglesia de Carrhes [1], en la que tuvo que trabajar mucho á causa del

[1] Hoy Harran, ad sud-oeste de Edesa.

gran número de paganos que habia. Así es que ninguno otro hubiera sido tan adecuado para que se le confiase un campo tan erizado de abrojos y espinas. San Eulogio fué colocado en la cátedra de Edesa por san Eusebio, obispo de Samosata, ántes del concilio de Antioquía, al cual asistió en el año de 379, y del de Constantinopla en 381. El Martirologio, romano hace memoria de san Barsés el 30 de Enero, de san Eulogio el 5 de Mayo, y de san Protógeno el 6 de este mismo mes.

---

## SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y SACERDOTE, Y SANTA MARIA PENITENTE, SU SOBRINA

Es tan conocida la historia de san Abraham, que nada nuevo podemos añadir acerca de ella. Pero esto no nos dispensa de exponerla; ántes bién los que la hayan leido en otras obras quedarán nuevamente edificados de encontrarla en la nuestra; pues los ejemplos de esta naturaleza siempre impresionan, y cada vez que se oyen producen nueva satisfacción. No es pequeña la que experimentamos por tener al gran san Efrén como garantía de lo que vamos á decir, ¿Cual mejor? Es verdad que algunos autores han atribuido su historia á otro Efrén; pero Tillemont ha combatido esta opinión con razones muy sólidas. Para realizar nuestro propósito, nos valdremos de la traducción de Vossio y de la de Rosweide.

Fácilmente se reconoce en el prólogo de san Efrén la humildad profunda que aparece en todas sus obras, y esto nos confirma en que ésta es verdaderamente suya: « Me he propuesto, hermanos mios, dice, relataros la vida bella

Imp. de Chardon aîné, Paris

Grani Direxit

Saint Abraham & Marie sa nièce.

San Abrahan y Maria su sobrina.

y perfecta de Abraham, y cómo desde la más tierna juventud hasta la muerte se conservó fiel al Señor. Pero cuando considero que soy un hombre grosero é ignorante, temo que mis palabras no acierten á exponer una vida tan llena de merecimientos y de perfección. Pero si no puedo trazarla tal cual es, lo haré en cuanto me lo permita mi capacidad, y os presentaré en él á un segundo Abraham, que ha llevado en nuestro tiempo una vida evangélica y celestial, y que por su paciencia invencible se ha hecho como un diamante, que no han podido quebrantar los sufrimientos, y que ha sido colocado en la gloria del cielo. En él podreis admirar una pureza tan grande, que desde la más tierna edad le hizo un templo y un varón de santidad en que tuvo su morada el Espíritu Santo.

El bienaventurado Abraham nació en una casa opulenta, y sus padres, que le amaban con extraordinaria ternura y que se prometian colocarle en un puesto distinguido, concertaron su matrimonio con una jóven, que con su fortuna podia contribuir á sus designios. Pero miéntras que ellos no pensaban más que en procurarle un rango distinguido en el siglo, él no se ocupaba más que en ser agradable al Señor. Así es que, á medida que su razón se iba desarrollando, avanzaba en su convencimiento y en su amor, para lo cual frecuentaba las asambleas que se celebraban en las iglesias, y escuchaba con grande atención la lectura de los Libros santos, que constituian sus mayores delicias y el objeto de sus más serias reflexiones.

Cuando hubo llegado el tiempo de celebrarse el matrimonio, comenzaron á hablarle de él y á inclinarlo; pero manifestó mucha repugnancia, hasta que fué vencido por las reflexiones de unos y otros. Celebróse el acto, y pasados los siete dias de fiesta que se acostumbraban, en vez de proceder á su consumación, sintió su alma penetrada de un vivo rayo de la gracia, y determinado á dejar à su esposa

salió de su casa, y fué á ocultarse en una celda que encontró vacía, á tres cuartos de legua de la ciudad. Allí, abriendo libremente su corazón á la unción del Espíritu Santo, que le habia guiado á su retiro, dió gracias al Señor con santa alegría, y no pensó más que en glorificarle. Grande fué la sorpresa de sus padres y de todos sus convecinos : le buscaron por todas partes, y por último, al cabo de diecisiete dias le encontraron orando. « ¿ Porque os admirais de verme? les dijo el Santo : admirad más bién el favor que Dios me ha hecho sacándome del lodazal del pecado, y pedidle que me conceda la gracia de llevar hasta el fin el yugo dulcísimo de su servicio, que ha querido imponerme sin atender á mi indignidad, y que cumpla fielmenta todo lo que exige de mí. » En vista de esta firmísima resolución no le hicieron instancia alguna, y consintieron en que siguiese su vocación, y él á su vez les suplicó que no viniesen á interrumpir sus ejercicios con pretexto de visitarle. Cuando se retiraron, tapió la puerta de su celda, no dejando mas que una pequeña ventana, por la que recibia el alimento que en ciertos dias se le llevaba.

De esta manera emprendió la obra de su perfección con un fervor admirable, y ayudado con la divina gracia, hacía de dia en dia nuevos progresos con la completa renuncia de todas las satisfacciones de los sentidos, con las vigilias, con la oración, con las lágrimas de compunción, así como con la práctica de la humildad y de la caridad. Así es que, aún cuando estaba encerrado en su celda, no tardó en brillar exteriormente su virtud. Su fama fué aumentando insensiblemente, y los que oían hablar de él se apresuraban á ir á verle para asegurarse por sí mismos, y encontrar ocasión de instruirse y edificarse. Puede decirse que Dios mismo era el que los llevaba : pues habiéndole colocado en este lugar como una luz de que queria servirse para iluminar á los demás, le concedió con abundancia el don de

consejo y de sabiduría, con el cual se le oia siempre con gusto hablar de las cosas celestiales.

Hacía diez años que habia renunciado al mundo, cuando supo la muerte de sus padres, y que habia heredado de ellos bienes muy considerables. Su corazón estaba tan despegado de las riquezas, que no se preocupaba de ellas. Rogó, pues, á un amigo, cuya honradez conocía, que las repartiese entre los pobres y huérfanos, á fin de no tener que distraerse con este oficio de piedad.

Este sacrificio fué un nuevo empeño para deshacerse más de las cosas de la tierra, y animarse con nuevo celo á enriquecer su alma con los tesoros de la virtud. No poseia más que un manto, una túnica de pieles, un plato para comer, una estera de junco para acostarse, con cuya pobreza tomó su alma mayores vuelos para elevarse á Dios, y hacer progresos extraordinarios en la perfección.

Oigamos lo que acerca de él dice san Efrén, testigo fiel y verídico de su eminente virtud, y á quién estaba unido con estrecha amistad. « No se dispensó cosa alguna, dice, desde que abrazó la vida solitaria. No pasó un solo dia sin que derramase lágrimas : jamás se le vió reir : nunca levantó sus ojos. Consideraba cada dia, como si fuese el de su muerte. ¿ No era un milagro continuo y patente ver á este hombre en tan grande abstinencia, en continuas vigilias, en incesante llanto por sus pecados, y en otras austeridades con que afligía su cuerpo? ¿ No era un prodigio sobrenatural el no dejar nunca de sufrir, el no entibiarse en sus ejercicios, el no cansarse de una vida tan ruda, sino continuarla con heróica perseverancia, como si fuese insaciable de penitencia, y considerarla como la ocupación más dulce y agradable? »

« Pero hé aquí otra cosa no ménos digna de admiración : en una vida tan austera conservó siempre un semblante fresco, un aire agradable y simpático, y un cuerpo sano y

vigoroso, no obstante ser de un temperamento delicado, cual si no hubiese hecho penitencia. ¡ Tanto le fortalecia la acción de la gracia, y le sostenia en todas sus acciones, y tanto gozo espiritual comunicaba á su alma ! Es, por último, muy admirable, que durante cincuenta años no se mudó la ropa de piél de que estaba vestido, y que llevó hasta la misma sepultura. »

Hemos dicho que el olor de sus virtudes atraia á su celda á multitud de personas. San Efrén nos enseña que las recibia, las instruia, las consolaba, y las animaba á trabajar en su salvación. » Su humildad, dice, era muy profunda, y su caridad se extendia á todo el mundo, sin distinción de personas. No preferia á los ricos, ni á los grandes; sino que para todos tenia la misma ternura cristiana. A nadie reprendia con acritud, ni sabia lo que era emplear frases duras, sino que todas sus palabras estaban sazonadas con la caridad y la dulzura. Así es que nadie se cansaba de oirle, y todos, al ver la santidad que resplandecia en su rostro, se sentian con deseos de verle con frecuencia. »

« ¿ Quién hay que, como él, haya amado á Dios con todo su corazón, y á su prójimo como á sí mismo? ¿ Quién ha tenido tanta compasión para con los afligidos ? ¿ Quién, ha rogado á Dios con tanto fervor como él, que haya impedido que el demonio le seduzca con sus artificios ? ¿ Cual de los solitarios ha sabido vivir con más grande perfección ? ¿ Quién ha derramado tantas lágrimas dia y noche por la conversión de los pecadores ? »

« El incomparable Abraham, este hombre de penitencia, de oración y de caridad, se ejercitaba en estas virtudes encerrado en su estrecha celda, cuando la Providencia quiso hacer brillar su celo, su amor y su paciencia con una misión á que le llamó, y que exigia nada ménos que una virtud tan ardiente, tan firme y tan inquebrantable como la suya. Habia en la diócesis una populosa ciudad, cuyos ha-

bitantes eran idólatras, y tan obstinados en sus supersticiones, que jamás habian querído oir á los sacerdotes y diáconos que el obispo les habia enviado, ni á muchos solitarios que habian intentado su conversión. Antes por el contrario, uniendo la crueldad a su obcecación, no habia conseguido la caridad de estos solitarios otra cosa que excitar su furor. »

« Era, por lo tanto, un poderoso motivo de aflixión para el obispo el haber hecho tantas y tan inútiles tentativas para atraerlos á la fé de Jesucristo. »

« Un dia en que se hallaba reunido su clero, recayó el discurso sobre la virtud de san Abraham, de quién se hicieron grandes alabanzas. Entónces ocurrió á este prelado la idea de enviar á estos paganos al gran siervo de Dios, como el más adecuado para quebrantar la dureza de sus corazones con su caridad y su paciencia. Todos los eclesiásticos aplaudieron esta elección, de modo que, levantándose todos, se trasladaron á su celda. Despues de saludarle el obispo, le habló de los paganos, y le manifestó su intención de ordenarle sacerdote, y enviarle á trabajar en su conversión. »

« Abraham estaba muy lejos de huir el trabajo, pues tenia todas sus delicias en la penitencia ; pero la humildad ocultaba de tal manera á sus propios ojos sus virtudes, que no veia en sí mismo más que debilidad y miseria. Así es que la proposición del obispo no pudo ménos de llenarle de tristeza. » Yo os suplico, Padre mio, le dijo, que considereis que soy un hombre vil é incapaz de llevar adelante un negocio de esta importancia. Por esta razón os ruego que me dejeis llorar mis pecados. — Dios con su gracia os hará á propósito para él : así pues, no pongais dificultad alguna. — Os suplico de nuevo, replicó Abrahám que os compadezcais de mi debilidad, y que me dejeis llorar mis pecados. — ¿ Y qué? dijo el obispo, lo habeis dejado todo, habeis

abandonado el siglo y todo cuanto pudiérais esperar de él, ¿ y no habeis adquirido la virtud de la obediencia? — ¡ Ay ! Padre mio, respondió Abraham, derramando un torrente de lágrimas, ¿ que otra cosa soy más que un perro malo ? ¿ que vida he llevado yo, para que me considereis adecuado para una empresa de esta naturaleza ? — Aquí, le dijo el obispo, no os ocupais más que en vuestra propia salvación, miéntras que allí podreis, con los auxilios del Señor, convertir muchas almas y salvarlas. Considerad que de este modo podreis alcanzar mayor recompensa : si permaneceis aquí os salvareis á vos sólamente, miéntras que allá podreis salvar á muchos. — A estas razones contestó el Santo, llorando : Que se cumpla la voluntad del Señor : estoy dispuesto á obedeceros y á ir á donde me ordeneis. »

El obispo le llevó á la ciudad, le ordenó de sacerdote, y le envió al lugar de los paganos. Al marchar Abraham, levantó su corazón al Señor, diciéndole. « Dios lleno de piedad y de clemencia, volved vuestros ojos á mi debilidad é insuficiencia para un ministerio tan grande, y enviadme de lo alto vuestros auxilios, para que vuestro santo nombre sea glorificado. Cuando hubo entrado en el lugar, no viendo por todas partes más que signos de idolatría, y un pueblo entregado enteramente á sus abominaciones, levantó sus ojos al cielo, y lanzando profundos suspiros acompañados de lágrimas, dijo á Dios : Solo Vos sois impecable; solo Vos sois misericordioso, clemente y bueno : no rechaceis la obra de vuestras manos.

Como aún le quedasen algunos bienes, envió á pedir alguna cantidad al amigo á quién se los habia confiado con el fin de edificar una iglesia. Sea que Dios por una virtud secreta impidiese á los paganos que se opusieran á su edificación, sea que no se atreviesen, porque el Santo estaba apoyado por la autoridad de los magistrados, y tal vez por

algún rescripto del emperador Constantino, que le hubiese alcanzado el obispo, ello es que la iglesia quedó concluida, y los paganos venian con frecuencia á visitarla por curiosidad.Cuando estuvo terminada, hacía á Dios largas oraciones por el pueblo, cuyo cuidado le habia confiado la Providencia, y ofrecia el sacrificio de sus lágrimas, diciendo : « Llamad á Vos á estas pobres criaturas extraviadas : congregadlas en este santo templo : abrid los ojos de sus almas, para que vean la vanidad de sus ídolos, y reconozcan que solo Vos sois el Dios verdadero. »

Hasta entónces habia pasado por entre los ídolos sin decir nada, y contentándose con gemir y llorar; pero al fin, animado de un santo celo, y autorizado por el Espíritu Santo, ási como por las leyes que habia publicado Constantino, pues esto ocurria entre los años 330 y 335, derribó los altares, é hizo pedazos los ídolos. No fué necessario más para excitar el furor de los habitantes : se arrojaron sobre él, le apalearon y arrojaron del lugar; pero llegada la noche, volvió á la iglesia, y más dolorido de su dureza, que de lo que le habian hecho sufrir, continuó pidiendo para ellos las misericordias del Señor.

A la mañana siguiente quedaron sorprendidos los paganos de encontrarle en la iglesia orando. Con este motivo les exhortó á renunciar á sus supersticiones ; pero en lugar de escucharle, se arrojaron sobre él llenos de furor, le azotaron cruelmente, le arrastraron, atándolo con una cuerda, por toda la ciudad, y le apedrearon dejándole por muerto. Pero á media noche recobró algunas fuerzas, y clamando á Dios desde el fondo de su corazón, le dijo : ¿ Porqué, Señor, desdeñais mi bajeza ?¿ porqué apartais vuestros ojos de mí ? ¿ porque rechazais los deseos de mi corazón ? ¿ porque despreciais la obra de vuestras manos ? Yo os suplico, ó Dios de ínfinita bondad, que dirijais una mirada de misericordia sobre este pobre pueblo. Dadle la gracia de

que os conozca, y de que crea que solo Vos sois el Dios verdadero.

Despues de esta oración Dios le dió fuerzas para que volviese á su iglesia, y cantase sus alabanzas. Al venir muy de temprano los paganos, quedarón más admirados de verle que el dia anterior. Se encendió nuevamente su rabia, y le trataron con mayor crueldad. Tres años duró esta persecución, y durante este tiempo no hubo malos tratamientos que no le hiciesen sufrir. Pero ya le azotasen, ya le ultrajasen, ya le arrastrasen, ya le apredreasen, ya le hiciesen sufrir hambre y sed y todos los tormentos imaginables para hacer que se retirase, parecia como un diamante que no se deja ablandar ni torcer, ni se notaba en él el más leve movimiento de cólera ni de indignación; ántes por el contrario, miéntras más le perseguian, más se inflamaba su caridad para con ellos. Unas veces les exhortaba con celo, otras les aconsejaba con dulzura, otras les daba señales de ternura y de afabilidad. Trataba á los ancianos como á padres, à los de su edad como á hermanos, y á los jóvenes como á hijos, por más que no dejasen de despreciarle, y de decirle injurias y ultrajes.

Por último, llegó el dia de la misericordia : Dios escuchó las oraciones, las lágrimas y los sufrimientos de su siervo,y le recompensó con la conversión de todo el pueblo. Hé aquí como refiere san Efrén esta maravillosa mudanza. « Hallábanse un dia reunidos los habitantes del lugar, empezaron á hablar del Santo con grande admiración. Ya veis, decian algunos. que, á pesar de los malos tratamientos que le hemos dado, léjos de abandonarnos, permanece á nuestro lado, sin que jamás diga una palabra que pueda ofendernos, ni profesarnos el más leve odio. Ha sufrido con inalterable paciencia nuestras persecuciones. Seguramente no hubiera podido soportar estos ultrajes, si el Dios verdadero no estuviese con él, y si no fuese cierto lo

que nos dice del reino celestial y de los suplicios eternos. ¿ Y como hubiera podido derribar nuestros altares y hacer pedazos nuestros dioses, sin que estos se hubieran vengado de él, sí hubieran podido hacerlo ? Preciso es, por lo tanto, que sea siervo del Dios verdadero, y que todo lo que nos dice sea verdad. Así pues, debemos creer en el Dios que nos predica. »

Estas palabras fueron aceptadas por todos, é inmediatamente fueron á buscarlo, diciendo á grandes voces : « Gloria sea dada al Dios del cielo, que nos ha enviado á su ministro para sacarnos del error y salvarnos. — ¿ Cual no sería el gozo de este santo varón cuando los vió en esta actitud? Cual las flores que, refrescadas con el rocío de la mañana, ostentan más vivos colores, así apareció el rostro de este hombre de Dios. » Carísimos padres, les dijo, queridos hermanos, amados hijos, seais benditos de Dios todos los que habeis venido en su santo nombre. Demos gloria á Dios por la gracia que os ha concedido de ilustrar vuestras almas, para que le conozcais : recibid el carácter de salud, que os purificará de las abominaciones de la idolatría. Creed con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no hay más que un solo Dios criador de los cielos y de la tierra y de todo cuanto en ellos se contiene ; que existe desde la eternidad : que es incomprensible, inefable, inmutable, inmenso y eterno : que nos dá sus luces, y que nos ama hasta haberse constituido en Salvador nuestro. Él es grande, admirable, perfectísimo, fuerte, dulce é infinitamente bueno. Creed también en su Hijo unigénito, que es la sabiduría y el esplendor del Padre, y por el cual han sido hechas todas las cosas. Creed, por último, en el Espíritu Santo, que le es consustancial y coeterno, y que vivifica todas las cosas. Creed todas estas verdades, para que podais llegar un dia á la vida eterna. »

« Todos á una voz le respondieron : Sí, Padre mio, vos

sereis nuestro guía: creemos todo lo que acabais de decir, y observaremos todo lo que nos mandeis. Viendo el Santo tan buenas disposiciones, los bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, siendo unas mil personas las que recibieron el sacramento de la regeneración. Desde entónces les leia asiduamente las sagradas Escrituras, y los instruia en los principios de la fe, de la justicia y de la caridad. Les hablaba de la resurrección de los muertos, del juicio final, del reino de Dios, de las delicias de los santos y de los suplicios de los réprobos. Miraban á este santo hombre como á un ángel del cielo, y como la base y el cimiento del edificio espiritual, y sus corazones le amaban con un afecto filial; miéntras que sus almas podian compararse á las tierras fértiles de que habla el Evangelio, y que producen ora sesenta, ora treinta semillas: así es que escuchaban sus instrucciones con gozo y avidez, y sus almas se hermoseaban con los frutos de la virtud.

Un año entero pasó en aquel lugar despues que sus habitantes recibieron el bautismo, instruyéndolos para fortalecerlos en la fe, y transcurrido este tiempo, considerando que amaban á Dios con toda la sinceridad de sus corazones, llegó á temer que el afecto y la veneración extraordinaria que le profesaban pudiera ser motivo de relajación para ellos y para sí mismo. Lo cual demuestra cuán puro era su celo, y cuán profunda su humildad, que le llevaba á desconfiar de sí mismo. Grande ejemplo es éste para las personas consagradas al ministerio de la salvación de las almas, pues les enseña á no buscar más que la gloria de Dios y á obrar con gran desconfianza de sí mismas.

Estas consideraciones determinaron á este santo hombre á ceder á otros el campo del Señor, que él habia desmontado y cultivado con tanto celo, y á volver á su celda, cuando creyó haber cumplido su santa misión. En su virtud se levantó á media noche, é hizo á Dios esta plegaria: « Señor,

vos solo sois impecable é infinitamente santo: Vos reposais en las almas santas; Vos sois tan bueno y misericordioso, que habeis sacado á este pueblo de las tinieblas, y le habeis traido al conocimiento de la verdad: Vos habeis roto las cadenas con que el enemigo de la salud le tenia aprisionado al culto sacrílego de los ídolos. Yo os pido que lo conserveis en la fé. Venid en ayuda de este rebaño, de yo he sido pastor por un efecto de vuestra misericordia. No dejeis de fortalecerlo con el poder de vuestra gracia: guiadlo con vuestra luz celestial, para que observando una conducta agradable á vuestros divinos ojos, tenga la dicha de llegar á la vida eterna. No me rehuseis, Dios mio, vuestro auxilio en mi extrema debilidad, y no me imputeis á pecado en el dia del juicio la resolución que he tomado de retirarme, pues no lo hago sino llevado del deseo de seguiros. Despues de esta oración salió secretamente del lugar, le dió su bendición haciendo tres veces la señal de la cruz, y se retiró á otro lugar, en donde se ocultó lo mejor que pudo.

Puede calcularse el dolor de su pueblo, cuando no lo encontró en la iglesia. Aquellas ovejas errantes le buscaron por todas partes, llamando á su pastor con su dolor y sus lágrimas, y haciendo resonar en todos aquellos parajes sus lamentaciones. No encontrándole, acudieron al obispo para exponerle lo ocurrido. Este no se afligió ménos que ellos, y envió emisarios para que buscasen al Santo, como se busca una piedra preciosa. No encontrándole por ninguna parte, él mismo fué al lugar con su clero, dirigió su palabra al pueblo para consolarle, y viendo que sus habitantes estaban muy bien instruidos en la fé, y que practicaban exactamente los preceptos divinos, escogió de entre ellos á los que consideró más á propósito para las funciones eclesiásticas, ordenando á unos de presbíteros, á otros de diáconos, y á otros de lectores.

San Abraham supo con grande satisfacción lo que habia hecho el obispo: dió gracias á Dios, y no temiendo ya que opusiesen obstáculos á su retiro, volvió á su celda. Hizo edificar otra adosada á ésta, y que era como una celda exterior, que hacia la suya más adecuada para el recogimiento, y para la vida de oración que se proponia hacer. Pero apénas supieron en donde se hallaba las gentes de la aldea que habia convertido, fueron á manifestarle sus sentimientos de adhesión, considerándole siempre como su guia en el camino de la salud, y acudiendo á él con confianza filial para recibir sus instrucciones y edificarse con la admirable santidad de su vida: pues consideraban como un grande favor tener el consuelo de verle y escuchar sus edificantes palabras. » ¡ O maravilla sin igual ! exclama san Efrén ; ¿ quién podrá alabar dignamente á este hombre de Dios, y qué gloria no es para él el no haber relajado en nada sus austeridades, y el no haberse separado del camino de la santidad todo el tiempo que vivió en este lugar, en medio de tantos trabajos y de tantas persecuciones? No tenemos palabras suficientes para dar gloria al Señor, que le dió una paciencia tan constante como generosa, con la cual convirtió tanta gente, sin disminuir la penitencia que hasta entónces habia practicado. »

El demonio, que siempre ha sido enemigo declarado de la virtud, más irritado que nunca por las derrotas que Abraham le habia hecho sufrir con su heróica paciencia, y por la multitud de almas que le habia arrebatado, se propuso atacarle con todo su vigor, tanto para obligarle á que mitigase su penitencia, como para turbar su retiro. Unas veces se le aparecia de noche rodeado de espantosa claridad, y haciendo oir la voz de muchas personas, cual si fuesen espíritus celestiales que le alabasen y felicitasen por sus victorias: otras fingia echar á tierra su celda, para sepultarle en sus ruinas: otras hacia aparecer una multitud de gentes,

que se exhortaban mútuamente á atarlo y echarlo á una fosa profunda, y otras, por último, le presentaba horribles fantasmas para distraerle de su oración. Pero el Santo, que tenia puesta toda su confianza en Dios, no se turbaba por estos artificios; ántes por el contrario, despreciaba á su enemigo: le combatia con diferentes pasajes de las sagradas Escrituras, invocando el auxilio del Señor, y oponiéndole su humildad y su ferviente amor á Dios, lo cual desconcertaba al maligno espíritu, y le obligaba á retirarse lleno de confusión.

« Continuó este enemigo, dice san Efrén, durante mucho tiempo atacándole de diferentes maneras; pero todos sus esfuerzos no sirvieron para otra cosa, que para acrecentar en su alma el amor que á Dios profesaba y el gozo con que se consagraba á su servicio. Pues como le amaba con todo su corazón, y regulaba todas sus acciones por su divina voluntad, se hizo digno de recibir la gracia divina con mayor abundancia, y con ella se hallaba fortificado contra las potestades de las tinieblas, que, como es consiguiente, no podian dañarle. Habia llamado, continúa el mismo escritor, con tanta paciencia y perseverancia á las puertas de la divina gracia, que el Señor le abrió sus tesoros, y entre ellos escogió este Santo las tres piedras preciosas de la fé, de la esperanza y de la caridad, con las cuales realzaba el brillo de las demas virtudes, y formaba riquísima corona para ofrecerla al Rey de los reyes, de quién habia recibido dones tan singulares. »

« Pero quiero hablaros de uno de los hechos más admirables de su vida, ocurrido en su vejez, y que realzando el mérito de su caridad, puede servir á las personas espirituales de ejemplo muy útil y adecuado para inspirarles sentimientos de compunción. » Tal es la historia de su sobrina, que, según Tillemont, es la acción más grande realizada por san Abraham.

Habia tenido este Santo un hermano que, al morir, dejó una hija llamada María, y que, á la edad de siete años, le fué llevada por sus amigos. Se encargó, pues, de ella con la única intención de educarla en la piedad, y hacerla digna de los bienes celestiales. No deseando para ella más que la posesión de estos bienes, hizo distribuir á los pobres las riquezas que le habia dejado su padre, y la colocó en una celda inmediata á la suya, instruyéndola por una ventana que abrió al efecto. Hízole aprender el salterio y otros libros de la sagrada Escritura: la enseñó á alabar á Dios y cantar los salmos, le dió reglas de mortificación, y la formó con tanto esmero en la piedad, que en poco tiempo hizo maravillosos progresos, siendo las delicias de su santo tio, y adornando, á su ejemplo, su alma con todo género de virtudes.

Abraham, por su parte, no cesaba de rogar al Señor, que se dignase conservarla en la inocencia, é impidiese que su corazón se inclinase á las cosas de la tierra; miéntras que ella le pedia que la preservase de los lazos del demonio y de sus perniciosas sugestiones. De esta manera adelantaba con santa alegría en el servicio y amor de Dios, y guardaba fielmente la regla que su tio le habia prescrito. Este santo hombre se hallaba lleno de gozo viéndola perseverar en aquel género de vida y progresar en la verdadera caridad. San Efrén unia también sus instrucciones á las de su tio, y así es que la jóven se conservó durante veinte años cual cándida paloma, y como cordero sin mancha.

Pero el demonio no pudia tolerar el verse vencido por tan hermosa virtud, y al fin estalló su rabia. Puso, pues, sus redes para sorprenderla, y para distraer al mismo tiempo á su tio del amor que profesaba á Dios con la amargura que habia de derramar en su corazón. Así como se valió de la forma de serpiente para arrojar del jardín de las delicias á los primeros padres, y hacerles pasar á una

tierra que no produce más que abrojos y espinas, así también encontró un instrumento de perdición para la piadosa doncella. Este instrumento fué un falso monje, que venia algunas veces á ver á san Abraham con pretexto de instruirse en los deberes de su estado, y que poniendo sus ojos en la sobrina, se dejó arrastrar de su belleza, que era muy grande, de modo que en realidad no venia sino con objeto de verla, pero encubriendo siempre sus culpables intenciones con el pretexto de hablar al hombre de Dios. Durante un año entero tuvo este desgraciado que luchar con la virtud de María, pero fueron tantos los artificios de que se valió, que al fin pudo vencer su corazón.

El demonio que la habia fascinado para que no viese el abismo en que iba á precipitarse, le hizo ver entónces todo el horror de su profundidad para acabar de vencerla por medio de la desesperación. El espíritu de María que con tanta facilidad se elevaba á Dios, fué de pronto cubierto de espesas tinieblas : su hermosísima alma que gozaba de las dulzuras y tranquilidad de la divina gracia, se encontró sumida en horrible tibieza y disgusto de las cosas divinas, y su corazón experimentó crueles tormentos. Entónces entregándose á los remordimientos y al horror que le causaba su pecado, empezó á desgarrar su cilicio, á darse golpes en su rostro, y hasta intentaba darse muerte. « No puedo, decia dando gritos, no puedo vivir de esta manera: he perdido todo el tiempo que he pasado en la práctica de la virtud : he perdido todos mis trabajos : he perdido todo el fruto de mis lágrimas, de mis vigilias y de los santos cánticos en que he pasado la mayor parte de la noche : he cubierto mi alma de infamia, la he dado muerte, y la he hecho esclava del demonio. ¡ Qué aflixión para mi santo tio ! ¿ De qué me han servido sus consejos y los de san Efrén, cuando me encargaban con tanto esmero que me conservase pura, y me decian que tenia un Esposo inmortal, que era tan santo

como celoso de la modestia? ¿ Como me atreveré á asomarme á esa ventana, desde la cual me daba sus instrucciones? ¿ No saldrá de ella una llama para devorarme? Mejor es, puesto que estoy muerta á Dios y no me queda ninguna esperanza de salvación, mejor es irme á un pais en que nadie me conozca.

Tales fueron los sentimientos á que se entregó, según san Efrén, esta jóven caida de la virtud, y tal como lo pensó lo puso en práctica. pues en lugar de confesar su falta á su tio, que la hubiera ayudado á levantarse y á hacer penitencia, no pensó más que en huir, como lo hizo, á una ciudad en que se entregó enteramente al pecado. Pero al mismo tiempo manifestó Dios á Abraham la caida de su sobrina. Parecióle ver un dragón monstruoso que se acercaba á su celda dando terribles aullidos, y que, despues de devorar una paloma, se retiró á su guarida. Creyó en un principio que esta visión era el presagio de alguna persecución contra la Iglesia, y oró mucho para que se le comunicaran nuevas luces. Efectivamente, dos dias despues vió en sueños á este dragón, y teniendo valor para quebrantar con sus pies la cabeza del animal, éste vomitó la paloma, que aún estaba viva.

Al despertar, llamó á su sobrina, pues hacía dos dias que no la habia oido cantar las alabanzas divinas; pero no obteniendo respuesta, comprendió la visión que habia tenido, y no le quedó duda de la desgracia que le habia ocurrido. ¡ Ah! exclamó, gimiendo y derramando abundantes lágrimas ¡ qué desgraciado soy ! Un lobo cruel me ha arrebatado mi rebaño: mi hija ha sido cautivada. Despues lanzando lastimeros ayes, dijo: Jesús mio, Salvador del mundo, devolvedme á mi querida María, traedla á vuestro rebaño, para que este dolor no acompañe á este anciano á la tumba. No desoigais, Dios mio, esta súplica: haced que yo experimente pronto los efectos de vuestra misericordia,

sacando de este dragón á la hija muy amada, que aún vive.

Los dos dias que mediaron entre la primera y la segunda vision representaban, según san Efrén, los dos años que esta desventurada jóven permaneció en el desórden: dos años que pasó su santo tio derramando constante llanto y orando incesantemente por su conversión. Al cabo de este tiempo supo el lugar á que se habia retirado, y el género de vida que hacía. No se trasladó personalmente á este lugar, sino que encargó á uno de sus amigos que lo hiciera para cerciorarse de la verdad. Hízolo éste, y á su regreso le confirmó todas las noticias que le habian dado. El Santo le rogó entónces que le proporcionase un vestido secular y un caballo, y colocando en su cabeza un sombrero grande, para no ser conocido, se puso en marcha, y se hospedó en la misma casa en que habitaba su sobrina. Pero no viéndola por ninguna parte, dijo al dueño de la casa, fingiendo cierta sonrisa: Me han dicho que vive aquí una jóven muy linda, ¿no pudiera yo verla?

El dueño de la casa, admirado de que un hombre de avanzada edad le hiciera semejante pregunta, le dirigió algunas reconvenciones; pero no obstante, hizo venir á la jóven, la cual apareció con unos modales que daban á conocer su género de vida. El Santo no pudo ménos de experimentar vivísimo dolor; miéntras que al sentarse María á su lado sintió ese olor celestial que exhala la pureza, y acordándose del tiempo en que la practicó con tanta perfección, exclamó con voz entrecortada por los sollozos. ¡Qué desgraciada soy! El dueño de la casa se extrañó de estas palabras, y le preguntó la causa de su llanto, pues nunca habia dado señales de tristeza. Pero ella, sin dar explicación alguna, continuó diciendo: ¡Ojalá me hubiese muerto hace tres años!

No era esto un enigma para su santo tio, quién, con-

tinuando en su disimulo, le dijo, que no era aquel momento oportuno para hablar de sus pecados. Pero pasado algún tiempo, y encontrándose solo con ella, se quitó el sombrero que le cubria casi todo el semblante, y le dijo con acento entrecortado por las lágrimas : ¿ No me conoces, hija mia ? ¿ No soy yo Abrabam, que ha hecho para contigo los oficios de padre ? ¿ No soy yo el que te he criado ? ¿ Qué te ha sucedido, hija mia ? ¿ En donde está aquel hábito angelical que ántes llevabas ? ¿ En donde aquella hermosa virtud de la pureza ? ¿ En donde aquellas lágrimas, aquellas vigilias y aquella compunción del corazón ? ¿ En donde aquel tiempo en que te acostabas en la desnuda tierra, y en que, postrada, elevabas continuas oraciones al cielo ? ¿ Como has caido desde las alturas de éste hasta las profundidades del crímen ? ¿ Porque no me descubriste la tentación, cuando el demonio te la suscitaba? Efrén y yo hubiéramos orado por tí á Aquel que puede librarnos de la muerte, y no habrias caido en la desesperación. Considera cuán grande es la amargura que durante tanto tiempo ha devorado mi corazón. Hija mia, solo Dios es impecable.

Miéntras que el Santo le hablaba de esta manera, ella atónita y llena de confusión, no osaba levantar sus ojos, cual si fuese una estatua de piedra. « ¿ Porque, hija mia, continuó el Santo, porqué no me respondes ? ¿ No he venido yo á atraerte de nuevo al camino de la salvación ? Yo respondo de tus pecados ante el tribunal de Dios : yo haré penitencia por tí. » Estas palabras dichas con la dulzura que sólamente puede inspirar la caridad, y acompañadas de las lágrimas que el estado de su sobrina arrancaba de sus ojos, comenzaron á reponerla algun tanto de su sorpresa y abatimiento, hasta que al fin dijo : « Si no me atrevo á miraros á vos por la vergüenza que experimento, ¿ como sintiéndome llena de crímenes, he de atreverme á invocar el santo nombre del Señor? »

« Ya te he dicho, querida hija mia, que yo respondo á Dios de tus pecados : tú no tienes que hacer más que seguir mis consejos, y volver á tu antigua morada : nuestro querido Efrén, que se halla muy afligido, intercederá por tí. Yo, pues, te pido que te compadezcas de este anciano, y que no te niegues á seguirme. — Sí, contestó la jóven, aún estoy en tiempo de hacer penitencia, y si el Señor tiene misericordia de mí, estoy resuelta á seguiros. Me someto enteramente á vuestra voluntad, y beso vuestras pisadas en reconocimiento de lo que estais haciendo para sacarme del abismo en que me hallo sumida. » — Concluidas estas palabras, se postró en tierra, apoyando su cabeza en los pies del Santo, y en esta actitud continuó el resto de la noche, derramando abundante llanto, y diciendo al Señor : ¿ Qué podré yo hacer, Dios mio, para manifestaros mi reconocimiento por las gracias y misericordias que me dispensais ? »

Llegó, al fin, el momento en que empezaba á despuntar la aurora, y le dijo el santo anciano : « Levántate, hija mia, y partamos para nuestras celdas. — Aquí tengo, replicó ella, algún dinero, ¿ qué hago de él ? — Déjalo, le respondió el Santo ; pues pertenece al demonio. — Hízola subir en su caballo, y como el buen pastor lleva á la oveja perdida, hizo el santo anciano su viaje con el corazón lleno de gozo. La encerró en la celda interior, miéntras que él se quedó en la exterior. María volvió á tomar su cilicio, y emprendió sus primeros ejercicios de penitencia ; dejó penetrar su alma de la más viva compunción ; perseveró en las lágrimas y en la humillación de corazón ; castigó su cuerpo con vigilias y ásperos trabajos de penitencia, en los cuales se ejercitó con grande gozo espiritual afligiéndose sin cesar, y gimiendo en la presencia del Señor con el más vivo sentimiento de compunción, acompañado de una tierna confianza en su misericordia, y para decirlo en po-

cas palabras, su conversión tuvo los caracteres de una sincera penitencia y de una contrición verdaderamente medicinal para curar las heridas del pecado.

Despues de tres años de lágrimas y gemidos continuados, le dió Dios á entender por medio del don de milagros que le concedió, que su penitencia le habia sido agradable, y que sus crímenes le habian sido perdonados : pues con sus oraciones devolvió la salud á muchas personas. En cuanto al bienaventurado Abraham, pasó aún diez años glorificando al Señor por la conversión de su sobrina, y perseveró con admirable constancia la vida austera que habia practicado desde su ingreso en el estado monástico. Murió, al fin, á la edad de setenta años, y salió de este mundo, dice san Efrén, cual el corzo que se escapa de los lazos que se le han tendido, con un semblante lleno de gozo y de belleza, como indicando que los ángeles habian venido á tomar posesión de su alma.

San Abraham nació en el año 300 : se retiró á la soledad el 320 : perdió á sus padres y distribuyó entre los pobres los bienes que de ellos habia heredado el 330 : fué enviado y vivió en la aldea de los paganos del 330 al 334 : volvió á su soledad el 338. La caida de su sobrina acaeció el 358 : la volvió el camino de salvación el 360, y murió el 370. De este modo marca Tillemont las diferentes épocas de su vida. Todos los habítantes de Edesa concurrieron á su celda para presenciar sus funerales, apresurándose á tocar su cuerpo y á llevar consigo alguna reliquia. Se asegura que todos los enfermos que le tocaban quedaron sanos al punto. San Efrén, autor de la vida que hemos dado, escribió otra muy extensa, pero que no ha llegado hasta nosotros.

En cuanto á María, dice el citado sau Efrén, que sobrevivió cinco años á su santo tio : que durante este tiempo se ejercitó en todo genero de penitencia y de vir-

Imp. de Chambon aîné. Paris.

Gravé. Hourcq

St Aphrodise.

San Afrale.

tud con tanta contrición y fervor, que muchas personas, que, al pasar por su celda, la oian llorar y suspirar, no podian ménos de llorar y suspirar con ella. Al fin durmió el sueño de los justos, y en su rostro brilló un esplendor celestial, que obligó á todos los presentes á glorificar al Señor. Como tenia siete años cuando su tio se encargó de ella, y vivió veinte años en la piedad: como estuvo dos años en su pecado, y durante otros quince años continuó su penitencia, síguese que tenia cuarenta cuando murió en 375 ó 376. Los griegos celebran la fiesta de san Abraham y de su sobrina el 29 de octubre, y en el Martirologio romano se asigna al 16 de Marzo.

---

## SAN AFRAATO, SOLITARIO EN EDESA Y DESPUES EN ANTIOQUIA [1].

La gracia y la misericordia de Jesucristo brillan de una manera especial en san Afraato, al separarlo del seno del paganismo para hacerlo uno de los más ilustres solitarios, que florecieron en su tiempo, tanto en Edesa como en Antioquía. Era natural de Persia, de una familia muy ilustre, pero idólatra, y aún de raza de magos, es decir, de los maestros de la idolatría, y por consiguiente, de los más enemigos de la religión cristiana. La educación que recibió era conforme á la impiedad que sus padres profesaban; pero tuvo la dicha de abrir sus ojos á la verdad y de abrazarla con tanto ardor, que se consagró enteramente á seguir las máximas de la más estrecha perfección.

[1] Teodoreto, Vita PP.

Para ello abandonó su patria sin cuidarse del esplendor de su casa, y como habia preferido la fé al error, prefirió también la pobreza evangélica á la opulencia que hubiera podido gozar en el mundo. « Quiso mejor, dice Teodoreto, habitar en tierra extrangera que morar con los de su nación, que profesaban dogmas detestables. Se retiró primeramente cerca de Edesa en la Mesopotamia, en donde habiendo encontrado una casilla fuera de la ciudad, se encerró en ella con santo gozo, y emprendió un santo y generoso combate contra sus pasiones, trabajando incesantemente, como hábil jardinero, en arrancar de su alma las espinas del vicio, y en cultivarla con santas prácticas, á fin de presentar á Jesucristo abundantes y sazonados frutos de virtud. »

Dice Teodoreto que pasó despues á Antioquía, agitada á la sazón por la tempestad de las herejías. Como esta ciudad se encontraba en tan triste estado desde que fué desterrado san Eustaquio en 331 hasta la muerte del emperador Valente acaecida en 378, no puede precisarse la fecha en que el Santo se trasladó á ella. Es de creer, no obstante, que fué bajo á reinado de Juliano el Apóstata y ántes de Joviniano, que reinó muy poco tiempo, á lo ménos, estaba allí ántes que Valente empezase á perseguir á los católicos.

Al llegar, se estableció cerca de la ciudad. Aprendió la lengua griega, pues no sabia más que la de su pais, y en poco tiempo se halló en disposición de hacerse entender y de hablar de Dios con la abundancia de gracia de que el Espíritu Santo habia llenado su alma, verificándose en él, dice Teodoreto, este oráculo del Apóstol : *Soy tosco en el lenguaje, pero no en el saber* [1]. En efecto por más que la mezcla que hacía de su lengua natural con lo que sabia de la griega, hacía semi bárbaro su lenguaje, se dejaba enten-

[1] II Cor. xi, 6.

der con tanta claridad, y explicaba tan perfectamente los pensamientos que sacaba de la fuente misma de la verdad, que todos se apresuraban á oir sus discursos llenos de la más sólida piedad. Y no sólamente el pueblo, sino los magistrados, los militares, los sabios y personajes de las más elevadas categorías venian á escucharle, unos guardando el más absoluto silencio para no perder nada de sus saludables consejos, y haciéndole otros preguntas, que le daban ocasión para glorificar á Dios y edificar á los asistentes.

Habíase constituido como regla inviolable el que sólamente los hombres entrasen en su celda, hablando con las mujeres fuera de la puerta. No consintió que ninguna persona viviese con él, ni aún en caso de necesidad, alegando como razón que no queria ser servido de nadie. Jamás recibió pan ni otro alimento, ni vestidos más que de un amigo que le proporcionaba lo necesario, que por cierto era en muy pequeño cantidad, pues sólamente comia un poco de pan á la caida de la tarde, y en su vejez añadió algunas yerbas.

Habiendo regresado de una embajada á Persia, Antemo, que más tarde, en 405, fué prefecto, uno de los magistrados más ilustres y estimados de su tiempo, le trajo una túnica, y para obligarle á aceptarla, le dijo : « Padre mio, vos sabeis que es muy natural el amor de la patria, y muy agradables los frutos que produce ; hé aquí que este hábito que os traigo está hecho en Persia, y os ruego que lo acepteis dándome vuestra bendición. » — Lo tomó, lo puso sobre su asiento,y despues de hablar de otros asuntos,le dijo que le causaba mucha pena una cosa, no sabiendo á que determinarse.

Preguntôle Antemo que era lo que tanto le afligia, y el Santo le respondió : » Hace tiempo que me he impuesto como ley el no tener más que un solo compañero, y éste vive conmigo hace seis años; pero ha venido otro de mi

pais, y pretende con instancia que le admita, despidiendo al otro. No tengo motivo alguno para separarme de él, y me parece muy duro hacerlo despues de haberle tenido tanto tiempo á mi lado. Esto embarga mi espíritu, y me tiene apenado. — Teneis mucha razón, Padre mio, dijo Antemo, que no sospechaba á lo que el Santo se refería : pues ¿ como es posible que dejeis al que durante tanto tiempo os ha servido, sin haber cometido falta alguna, para recibir á otro, cuyas costumbres desconoceis, y sin otro motivo que el ser de vuestro pais ? »

« Dispensadme, dijo entónces Afraato, que no admita el hábito que habeis traido de mi pais, pues no siendo costumbre tener dos, me hallo contento con el que tengo, y comprendereis que no hay motivo para dejarlo y tomar el que me ofreceis. » — Antemo admiró la manera ingeniosa de que se habia valido para no aceptar su presente, y nada pudo replicarle.

Sigámosle en los trabajos que tuvo que sufrir en defensa de la fé católica. El emperador Valente, sostén de los arianos, volvió sus armas contra los católicos, aún cuando eran sus más fieles súbditos, miéntras que dejaba impunemente que los Escitas y otros bárbaros hiciesen correrías por tierras de su imperio ; la diócesis de Antioquía fué una de las que más sufrieron el rigor de la persecución. No sólamente desterró á su Pastor, como ya habia hecho en otras iglesias, sino que prohibió que se congregasen los fieles.

Viendo san Afraato que los católicos necesitaban de auxilio, dejó su retiro : se unió á Flaviano y á Diodoro, dos poderosas columnas de la iglesia de Antioquía en ausencia de san Melecio, su obispo, que se hallaba desterrado, y se consagró á combatir con la espada de la fé, es decir, con las palabras de los Libros santos, así como con sus milagros y con la santidad de su vida, el error de Ario, soste-

nido por los poderosos del siglo. Por todas partes se manifestaba como un defensor intrépido para animar y fortalecer á los fieles. Envió también, de acuerdo con Flaviano y Diodoro, á Acacio de Berea, para que hiciese venir á san Juliano Sabas, y tomara parte en la defensa de la verdad.

No le intimidó la presencia del emperador, que á la sazón se hallaba en Antioquía ; antes por el contrario, tuvo ocasión de hablarle, y lo hizo con la entereza de un varon verdaderamente apostólico. Hé aquí en sustancia, como expone Teodoreto este hecho. Habiendo ido Afraato hacia la parte del rio, que era el lugar en que se congregaban los católicos, se lo participaron al emperador, el cual le mandó acercarse, y le dijo: « ¿ A donde vas con tanta precipitación? — Voy, respondió el Santo, á orar por todo el mundo, y especialmente por el imperio. — ¿ Como es, replicó el emperador, que profesando la vida solitaria, en lugar de vivir en vuestra celda, vais á las asambleas públicas? — Príncipe, respondió el santo varón, si yo fuese una doncella encerrada en una celda, y se hubiese prendido fuego á la habitación de mi padre, ¿ me aconsejariais que permaneciese quieto, yque la dejase consumir por las llamas? — No, indudablemente. — Pues yo hago por la casa de Dios lo que, según vuestra confesión, haria esta doncella por la de su padre. Habeis prendido fuego á la casa del Señor, que es nuestro padre, y yo dejo mi retiro para ayudar à extinguirlo. No lleveis, pues, á mal el que haya dejado mi soledad por una causa tan legítima, y culpaos á vos mismo de haber causado este incendio. Obrando, como yo lo hago, léjos de faltar á mi profesión, imito á los buenos pastores que reunen sus rebaños y los alimentan con los celestiales pastos de la piedad.

Callóse el emperador, pareciendo dar á entender con su silencio que no desaprobaba una contestación tan sabia y racional ; pero uno de sus eunucos empezó á vomitar contra

el Santo mil injurias, y le amenazó con matarle. No tardó, sin embargo, mucho tiempo este adulador en experimentar el castigo de su insolencia, pues habiéndole mandado el emperador que preparase el baño, le dió un vértigo que le hizo caer en una caldera de agua hirviendo, y murió sin que nadie pudiera favorecerle.

Viendo Valente que no volvia el esclavo, envió á un oficial para que averiguase la causa de la tardanza, y no habiéndole encontrado, salieron otros muchos con el mismo fin, hasta que, por último, se le encontró muerto en la caldera.

Apénas llegó la noticia á la ciudad, todos sus habitantes se apresuraron á dar gracias á Dios, que de una manera tan patente habia vengado las injurias que este desgraciado Eunuco habia inferido á san Afraato. Los mismos arianos y hasta el emperador quedaron admirados, y con este motivo suspendió este príncipe la órden de destierro que habia dictado, y no prestando oidos á los que contra él le aconsejaban, comenzó á respetar su virtud; pero no por eso se convirtió, como tampoco lo hizo cuando el Santo curó milagrosamente uno de sus más hermosos caballos. Así es que no pudo escapar á la venganza divina; pues habiendo perdido la batalla contra los griegos, en la cual quedó herido, y no pudiendo huir, se refugió en una casa de campo, á la que pusieron fuego los bárbaros, sin saber que el emperador estaba en ella. De esta manera trágica murió este perseguidor de la Iglesia juntamente con su servidumbre, entre la cual se hallaba el mayordomo de palacio, uno de los más furiosos arianos, y que constantemente le habia animado á perseguir á los católicos. Ya tendremos ocasión de exponer más detalladamente este hecho, cuando hablemos de un solitario llamado Isaac, que vivia cerca de Constantinopla.

Devuelta la paz á la Iglesia con la muerte de este prín-

cipe, volvió san Afraato á su retiro, en donde continuó sus ejercicios de piedad y penitencia, sin dejar de hacer, como dice Teodoreto, muchos milagros. Este historiador se contenta con hacer mención de dos sólamente, obrándose el primero de ellos en favor de una distinguida señora, que se hallaba sumamente afligida de que su marido preferia al amor que ella le profesaba el de otra miserable mujer. Et Santo rogó por ella y por su marido : le dijo que se ungiese con aceite bendito, y se consiguió el fin que se deseaba. Fué el segundo, que, habiendo invadido la campiña una nube de langostas, vino á suplicarle que orase por él un hombre muy piadoso, pero que no contaba más que con un pedazo de tierra para el sustento de su familia. El Santo le dió agua bendita para que la derramase sobre su campo, el cual se vió rodeado por todas partes de los destructores insectos, sin que ni uno solo penetrase en él.

Dice Teodoreto que, siendo aún muy jóven, lo llevó su madre ante su presencia, para que le diese su bendición. El Santo debia ya ser muy anciano, pues lo era ya en tiempo del emperador Valente, hacia el año 375. Fué enterrado en la iglesia de los mártires, situada en uno de los barrios de Antioquía, en donde reposaban las reliquias de san Julián, mártir. Los griegos celebran su fiesta el 29 de enero, y el Martirologio Romano hace memoria de él en 7 de abril.

## SAN JULIANO, LLAMADO TAMBIÉN SABAS. [1]

San Juliano, á quién los griegos dan el sobrenombre de Sábas, es decir, anciano, por respeto á su santidad, adquirió una reputación extraordinaria, debida únicamente á sus excelentes virtudes, pues su nacimiento fué muy oscuro, como hijo de unos humildes campesinos. Desconocia, por lo tanto, las letras humanas, pero el Espíritu Santo le ilustró con sus luces, y le hizo un excelente maestro en la ciencia de la salvación. Se elevó á tanta altura en la perfección cristiana, que asegura san Jerónimo que en nada desmerecia de la de san Pablo y san Antonio, y san Juán Crisóstomo, queriendo dar una idea de un perfecto cristiano instruido en la ciencia del cielo, nombra al gran Juliano Sábas, como uno de los innumerables ejemplos que pudieran citarse. Hace notar también que puede juzgarse de la gloria que este Santo goza en el cielo por la que recibió en la tierra, en que todo el mundo se apresuraba á darle pruebas de una veneración extraordinaria.

El deseo de servir á Dios con toda libertad de corazón le decidió por la soledad. Habitó primeramente en una cabaña á la entrada de los desiertos de Osrhoene, en Mesopotamia, de que Edesa era capital, é internándose más en este desierto, encontró una caverna en que estableció su morada. Sólamente escogió este lugar por su amor á la penitencia; pues era húmedo y sumamente incómodo,

[1] Teodoreto.

y sin embargo, dice Teodoreto, que es el que nos ha dado la historia de su vida, que se estableció en él con tanto gozo, como sí hubiera sido en un suntuoso palacio. La vida á que se consagró correspondia á la austeridad del lugar. No comia más que una vez á la semana un poco de pan de mijo y sal, ni bebia agua sino en proporción del alimento que tomaba, procurando no quedar satisfecho. Al llegar á la vejez, añadia unos pocos de higos.

Pero lo que rehusaba á su cuerpo lo daba en abundancia á su alma, sustentándola con un alimento enteramente celestial, que consistia en las alabanzas divinas y en la oración continua. Se ocupaba constantemente en la contemplación de las perfecciones divinas: bendecia al Señor cantando los salmos, y se penetraba tan perfectamente de las disposiciones del Real Profeta en este santo ejercicio, que parecia que los sentimientos de este Rey piadoso habian pasado à su corazón. El amor de que entónces se sentia abrasado le trasportaba fuera de sí mismo. Encontraba siempre nuevo gusto en conversar con Dios, á quién su alma, desprendida de todas las cosas creadas, aspiraba incesantemente con amorosos deseos.

Tal era la ocupación de este hombre celestial dia y noche, cuando hé aquí que la fama de su virtud atrajo à su lado algunos discípulos, no sólamente de los lugares vecinos sino de las más apartadas comarcas. Su número fué en un principio de diez, que fué creciendo en poco tiempo hasta llegar à ciento. Todos se hallaban alojados en su caverna, que, como hemos dicho, era muy humeda; pero el Santo les enseñaba con sus consejos y con su ejemplo à no cuidarse del cuerpo sino del alma. Como él, se alimentaban con pan de mijo y sal, pero algun tiempo despues les añadió higos y yerbas silvestres que se criaban en aquel desierto, y que conservaban despues de saladas. Nada debia ser tan insípido como este alimento,

y sin embargo, estaban todos contentos, porque el ejemplo y las exhortaciones de su santo director les animaban á la penitencia.

Como quiera que la caverna brotaba agua por todas partes, la provisión de yerbas que hacían no tardaba en podrirse. En su virtud suplicaron al Santo que les permitiese edificar una pequeña celda en que pudieran conservarlas. Resistióse en un principio, temiendo que semejante concesión pudiera relajar su austeridad ; pero considerando, dice Teodoreto, que san Pablo no siempre siguió sus propios deseos, y que se acomodaba á los débiles, se rindió á sus súplicas, y les dió la medida que habia de tener esta celda.

Tenia costumbre de retirarse de tiempo en tiempo al desierto, en donde, separado de toda comunicación humana, se entregaba más libremente á la contemplación de las verdades divinas. Así lo hizo despues de conceder este permiso á sus discípulos; pero habiendo regresado al cabo de algunos dias, vió que la celda era algo más grande que lo que habia mandado. « Temo, hermanos mios, dijo á sus discípulos, que, haciendo más cómoda vuestra habitación en la tierra, hagais más estrecha la que Dios os prepara en el cielo : pues ésta nos sirve para poco tiempo, miéntras que aquella durará eternamente. » Contentóse por el pronto con esta sencilla reprensión sin poner más de relieve su falta, recordando estas palabras del Apóstol : *Yo en todo procuro agradar á todos, no buscando mi provecho, sino el de muchos, para que sean salvos* [1].

Hé aquí ahora la regla que les hacía observar. En primer lugar cantaban todos dentro de la caverna las alabanzas divinas hasta la salida del sol : despues salian de

[1] I Cor. x, 33.

dos en dos al desierto, en donde oraban y cantaban alternativente salmos, de modo que uno de ellos se ponia de rodillas para adorar á Dios, miéntras que el otro de pié cantaba quince salmos, despues de lo cual se ponia éste de rodillas para hacer la oración, y su compañero se levantaba para cantar los salmos. De este modo pasaban una gran parte del dia en la adoración y sagrados cánticos. En seguida descansaban un poco hasta la puesta del sol, en cuya hora volvian á la caverna, en donde todos juntos ofrecian á Dios el sacrificio de alabanza con los himnos y cánticos de la tarde.

Habia escogido para que con él compartiese el gobierno de su comunidad á un religioso llamado Jacobo el persa, hombre de una grande estatura de cuerpo, pero más grande aún por las nobles cualidades de su alma y por sus eminentes virtudes. Ya hemos hablado de él en la vida de san Eusebio, abad de Corifo, á cuyo lado se retiró despues de la muerte de nuestro Santo. Un dia iba con él este religioso á lo más intrincado del desierto, pero siguiéndole de léjos para no interrumpir su oración, y vió un dragón enorme. Detúvose un momento; pero tomando ánimo, le tiró una piedra, y lo mató. No era posible creer que una pedrada diese muerte á un animal tan duro, por lo cual no le quedó duda de que habia sido libertado de él por las oraciones del Santo. Aproximóse á él para referirle lo que le habia ocurrido, y entónces supo que habiendo acometido el animal á san Juliano, y teniendo ya abierta su boca para devorarle, habia elevado su corazón á Dios, y haciendo la señal de la cruz, lo vió caer muerto á sus pies.

No ménos merece ser referido otro milagro que obró en favor de otro de sus discípulos. Era éste un jóven solitario llamado Astero, cuyo ánimo superaba á sus fuerzas, pues era de una complexión muy delicada. Suplicábale éste que le tomase por compañero en los viajes que, para mayor re-

tiro, hacía al fondo del desierto, viajes que se extendian á cuatro ó cinco leguas, y que duraban ocho ó diez dias. Trató de disuadirle el Santo, tanto más cuanto que ordinariamente emprendia estas expediciones en el rigor del estío, y que esta soledad era muy árida, y no se encontraba agua en ella. Pero al fin se rindió á las reiteradas instancias de Astero, lo cual fué motivo para que obrase un milagro en su favor, abriendo en lo más intrincado del desierto una fuente para apagar su sed.

Despues nos ocuparemos en los hechos relativos á Astero, para no interrumpir el hilo de nuestra historia. La santidad de san Juliano habia llegado á ser tan conocida, á pesar de los esfuerzos que hacía para ocultarse á los ojos del mundo, que no podia atender á las frecuentes visitas que se le hacian, y le repugnaban los honores de que era objeto. Más y más humilde á medida que era mayor su mérito á los ojos de Dios y de los hombres, resolvió dejar su morada y trasladarse al monte Sina con algunos de sus discípulos, esperando ocultarse de este manera á los ojos de los hombres, y gozar enteramente de las dulzuras de la soledad. Habia una distancia muy considerable desde su caverna hasta esta montaña, y para recorrerla se empleaban muchos dias; pero no queriendo entrar en poblado, emprendieron el camino en linea recta á través del desierto, llevando algunas provisiones.

Dice Teodoreto, que, cuando llegaron á la deseada montaña, permanecieron en ella durante mucho tiempo, pues el reposo de que gozaban constituia sus mayores delicias. Añade este escritor, que edificó el Santo una capilla y un altar que aún se veian en su tiempo en la roca en que se hallaba oculto Moisés, cuando tuvo la dicha de ver á Dios de la manera con que es posible verle en la tierra. Por último, dice el mismo historiador que, pasado mucho tiempo, volvió con sus discípulos á su primera morada del desierto

de Edesa, para continuar en ella sus ejercicios ordinarios. No nos dice la causa de su regreso, pero parece deducirse que fué movido por la divina Providencia, que quiso acercarle á Antioquía, para que confundiese á los enemigos de la fé católica.

Reinaba aún el emperador Juliano, cuando nuestro Santo regresó á su caverna. Todo el mundo conoce el negro designo que habia formado este príncipe apóstata de destruir enteramente el cristianismo, si hubiera salido victorioso de la guerra de Persia; pero Dios que vela con especial providencia sobre su Iglesia, hizo que saliese herido de esta expedición, y que abortasen sus infernales proyectos. Nuestro Santo supo por revelación su muerte en el instante mismo en que acaeció, como refiere Teodoreto con estas palabras: « Sabiendo Juliano las amenazas que este emperador, que llevaba su mismo nombre, habia hecho contra los fieles, á los cuales se proponia exterminar despues de su regreso de Persia, y conociendo que muchos de sus cortesanos esperabau este momento para saciar su odio al nombre cristiano, dirigió durante diez dias fervorosas plegarias á Dios, y al cabo de este tiempo oyó una voz que le dijo, que ya no existia este abominable y asqueroso puerco. »

Cambió en seguida su oración en acción de gracias y de gloria á Jesucristo, que con tanta bondad atiende á los que son suyos, y que tan severamente castiga á sus enemigos. Despues de esta revelación se unió á sus discípulos, quienes, viendo que venia con semblante alegre y sonriendo, quedaron sorprendidos, tanto más, cuanto que siempre estaba serio y triste. Le preguntaron la causa de su alegria, y respondió : « Estamos en tiempo de gozo, pues, según la frase de Isaías, el impío ha dejado de vivir. Dios ha proporcionado su castigo á la grandeza de sus crímenes. Habia tenido la osadía de rebelarse contra su Criador y redentor; pero Éste le ha herido de muerte, y le ha dado la pena que

con tanta justicia tiene merecida. Ved aquí la causa de mi alegria : veo que ha terminado la persecución de este malvado, y que no han podido prestarle auxilio los demonios, á quienes tributaba sus adoraciones sacrílegas. »

Habiendo muerto Joviniano, príncipe muy piadoso que habia sucedido al Apóstata, Valente, que reinó despues que él, y que se declaró protector de los arianos, causó nuevas aflixiones á la Iglesia con la guerra que declaró á los católicos. Ya hemos hablado de las vejaciones que hizo sufrir á la Iglesia de Antioquía, á donde tuvo que ir nuestro Santo para combatir las imposturas de los herejes, y para predicar la fé con su palabra y con sus milagros.

En efecto, los arianos que, según hace notar Teodoreto, no se sostenian más que por la calumnia y la mentira, como han hecho siempre todos los herejes en su cualidad de hijos de la mentira, los arianos, digo, osaron publicar que el célebre Juliano Sabas profesaba sus mismas doctrinas. Esto hubiera podido causar una impresión desfavorable en el pueblo, que tenia en grande veneración al Santo, si los católicos no se hubieran apresurado á destruir la impostura. Con este objeto Flaviano, Diodoro y san Afraato, que hacian grandes esfuerzos para animar á los fieles de Antioquía, enviaron á Acacio, que más tarde fué obispo de Berea, para que suplicase al Santo que viniese á cerrar la boca á la mentira con el público testimonio de su fé.

Acacio llevó consigo á Astero, su maestro,y discípulo del Santo, y habiendo llegado á su monasterio, le habló de esta manera : « Os suplico, Padre mio, que nos digais como podeis soportar vuestras austeridades con tanta alegría. — Lo hago, respondió Juliano para agradar á Dios, cuya gloria debo preferir á mi propia vida y á todas la cosas. — Pues yo os voy á presentar un medio, añadió Acacio, para glorificarle más que lo habeis hecho hasta ahora. Cuando Jesucristo preguntó á san Pedro si le amaba, y éste le res-

pondió afirmativamente, le enseñó la manera con que habia de darle pruebas de este amor: Si me amas, le dijo, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Hé aquí lo que debeis hacer ahora que el rebaño de Jesucristo corre riesgo de ser devorado por los lobos. Y tened en cuenta que le amenaza esta desgracia, sin que puedan impedirla todos los esfuerzos que se hagan para conservar la fé católica, si tolerais con vuestro silencio que los herejes se sirvan de vuestro nombre para sorprender y engañar á los fieles. No debemos ocultaros que los cabecillas de la herejía se jactan, aunque falsamente, de que prestais vuestro asentimiento á los impíos dogmas que sostienen. »

Apénas oyó el Santo estas últimas palabras, se apresuró á dejar el reposo de su soledad, y á partir con los emisarios á Antioquía. Atravesaron el desierto, y al cabo de dos ó tres jornadas llegaron á una pequeña aldea, en donde una mujer, tan rica como piadosa, les salió al encuentro, y postrándose de rodillas, les pidió su bendición, y les rogó que se hospedasen en su casa. No rehusó el santo anciano este ofrecimiento, por más que hacía cuarenta años qué no entraba en casa de seculares, y Dios lo quiso así para manifestar su gloria, y hacer que se supiese en Antioquía por medio de un milagro la próxima llegada del Santo. Miéntras que esta piadosa señora se hallaba ocupada en asistir á sus huéspedes, cayó al pozo uno de sus hijos de edad de siete años. Esta desgracia turbó sobre manera á todos los habitantes de la casa; pero la madre impidió que se hiciese ruido alguno : fué al pozo, lo cubrió, y volvió al lado del Santo para asistirle, ahogando en su corazón el sentimiento de la ternura maternal. Entretanto el santo anciano la rogó que llamase á su hijo para darle su bendición, pero queriendo ésta ocultar la desgracia que habia ocurrido, le dijo que estaba algo indispuesto. El santo insistió, y no pudiendo la madre ocultar más tiempo su dolor, le mani-

festó la causa que lo producia. Al punto se levantó el Santo de la mesa, fué á quitar la tabla que cubria el pozo, y encontró al niño jugando sobre el agua. Tan luego como le sacaron, se postró la madre ante el Santo para manifestarle su gratitud, asegurando que lo habia visto impidiendo que se hundiese en el agua, y conservándole de esta manera la vida.

Al llegar á Antioquía, se dirigió san Juliano á una de las cavernas situada en la cumbre de una montaña, en donde se decia que se habia ocultado durante algún tiempo el apóstol san Pablo. Allí cayó en una fiebre ardiente, que tuvo bastante inquieto á Acacio, temiendo que esta enfermedad impidiese el bién que se habia propuesto con su venida ; pero el Santo le dijo : « No te aflijas, hijo mio, pues si mi salud es necesaria para la salvación del pueblo, Dios me la dará. » Diciendo estas palabras, se postró en tierra para orar, y se encontró curado ántes de terminar su oración. Acudió una multitud inmensa á verle, y al mismo tiempo curó á un gran número de enfermos.

En seguida se dirigió á la asamblea que celebraban los ortodoxos en la plaza de armas, á la que concurrió toda la ciudad con objeto de verle. Al pasar por la puerta del palacio imperial, curó á un pobre paralítico, que levantó su mano para tocar el hábito del Santo. Habiendo caido también gravemente enfermo el conde de Oriente, lo curó con su oración. Tantos milagros, cuya autenticidad no podian negar los mismos herejes, hubieran debido bastar para convertirlos ; pero á lo ménos sirvieron para poner de manifiesto sus imposturas, para cubrirlos de confusion, y para confirmar á los católicos en la fé de la Iglesia y llenarles de consuelo.

Despues que este gran taumaturgo hubo dado público testimonio de su fé, creyendo haber cumplido el objeto que le habia traido á Antioquía, se apresuró á volver á su

querida soledad, que únicamente habia dejado por la gloria de Dios y por las necesidades de su Iglesia. Pues como hace notar Teodoreto, estos ilustres solitarios que todo lo hacian con oportunidad, permanecian siempre en el desierto, y únicamente lo dejaban cuando el servicio de Dios lo exigia.

Al volver á su caverna, pasó por Ciro, hospedándose en la iglesia de san Dionisio, mártir. Los arianos habian llamado á ella á uno de sus obispos llamado Astero, hombre muy versado en las sutilezas de los sofistas, y habia peligro de que la sencillez de los fieles fuese sorprendida con su artificiosa elocuencia. Los pastores católicos se aprovecharon del viaje del Santo para rogarle que les ayudase con sus consejos y oraciones en el trance en que se encontraban. Les exhortó á que confiasen en el Señor, á que uniesen sus oraciones á las suyas para alcanzar los auxilios del cielo, y que añadiesen algunas prácticas de mortificación. Sus consejos fueron seguidos, y Dios no tardó en manifestar de una manera sensible cuán agradables le eran: pues Astero cayó enfermo el dia ántes de la fiesta en que debia predicar, y murió á las pocas horas. « Sucedióle, dice Teodoreto, lo mismo que á Balaam, que, habiendo sido llamado para que maldijese al pueblo de Dios, fué muerto por un israelita, recibiendo el castigo que merecia. »

Por último, llegó san Juliano á su desierto, en donde vivió mucho tiempo con sus discípulos, y fué á descansar en el seno de Dios de los trabajos, que por su gloria habia sufrido en este mundo miserable. No se dice cuanto tiempo vivió, ni en que año murió: sin embargo, se deduce de Teodoreto, que era muy anciano, cuando fué á Antioquía para combatir á los arianos, lo cual acaeció hacia el año 372. Hacía entónces más de cuarenta años que era monje, y durante este tiempo no habia visto ni una ciudad

ni una mujer. Lo cual induce á creer que se retiró al desierto hacia el año 330. Los griegos celebran su memoria el 18 de octubre, y el Martirologio Romano el 14 de enero. Sozomeno dice que san Efrén escribió su vida; pero la confunde con la de otro Juliano.

Hemos dicho que nuestro Santo tuvo muchos discípulos, siendo los principales Jacobo el Persa y Agripa, á quién despues de la muerte del Santo quiso encomendarse el gobierno de la comunidud; pero prefiriendo obedecer á mandar, se retiró al lado de san Eusebio, abad de Corifo ó de Teledan, como hemos dicho en la vida de este Santo. En cuanto á Astero, en cuyo favor hizo brotar san Juliano una fuente en medio del desierto, dice Teodoreto que pertenecia á una familia muy distinguida, y que habia sido educado con mucho esmero. Era muy jóven cuanda vino á ponerse bajo la dirección de san Juliano; pero tenia una gran fortaleza de espíritu, con la cual superaba la debilidad de su cuerpo. Permaneció durante mucho tiempo al lado de tan excelente maestro, y se aprovechó tan perfectamente de sus consejos, que se hallaba en disposición de diriger una numerosa comunidad, como lo hizo en Gindaro, aldea de la diócesis de Antioquía, á siete jornadas de la caverna de san Juliano, lo cual debió tener lugar hacia el año 355, según la cronología de Tillemont. No dice Teodoreto el motivo por el cual se retiró á este paraje, indicando sólamente que lo hizo movido por el espíritu de Dios, que quiso servirse de él para informar á otros muchos en la virtud.

Astero conservó siempre una profunda veneración á su santo Padre, así como una caridad la más tierna hacia los religiosos que vivian con él, á quienes amaba como á discípulos. Así es que no dejaba de visitarlos con la posible frecuencia, llevándoles tres ó cuatro caballos cargados de higos y otras provisiones. Pero los que destinaba para san

Juliano los cogía por sí mismo, y los llevaba sobre sus espaldas, no permitiendo que se le ayudase en esta carga, que llevaba con tanta satisfacción como reconocimiento. Viéndole un dia Juliano llegar cargado con su ofrenda, le dijo que no permitiria comer aquellos higos, porque no era justo que se recrease con un alimento que tanto trobajo habia costado al que se la llevaba; pero Astero le respondió que no se quitaria la carga, mientras que no le prometiese comerlos. Lo haré, dijo entónces, pero descargaos ahora.

Astero atrajo á su monasterio, entre otros discípulos, á Acacio, que fué más tarde obispo de Berea, y á quién desde la infancia instruyó en los ejercicios de la vida monástica. En ella hizo grandes progresos, y alcanzó gran reputación de virtud. Fué elevado al sacerdocio, y gobernó un monasterio en las inmediaciones de Berea ó de Chalcida. El buén concepto que de él se tenia formado movió á Flaviano, á Diodoro y á san Afraato á enviarle juntamente con Astero, su maestro, á que convenciese á san Juliano de la necesidad de defender la fé, como ya hemos visto. Fué también comisionado para visitar á san Basilio, y pedirle consejo para triunfar de la persecución de Valente. Él fué quién, en unión de un abad llamado Patel, comprometió á san Epifanio á componer su grande obra contra los herejes, llamada *Panarium*, como hemos dicho en la vida de este Santo. La persecución que ambos sufrieron de parte de los arianos, que incendiaron sus monasterios, les valió una carta de consuelo y de felicitación de parte de san Basilio, fechada en 377.

En este mismo año ó en el siguiente pasó Acacio á Roma, para gestionar ante el Papa Dámaso la condenación de la herejía de Apolinar. Es de suponer que fuese comisionado para ello por los católicos de Siria, que conocian

su ciencia profunda y su eminente virtud. Por último, habiendo regresado de su destierro Eusebio de Samosata, dió obispos á diferentes iglesias de Siria, y entre otros Acacio fué elegido para la de Berea en la primera Siria, al oriente de Antioquía. Esto debió suceder hacia el año 379, pues san Eusebio murió el 380. Teodoreto tributa grandes alabanzas á Acacio, llamándole varón admirable y de una gran reputación. Dice que no sólamente se distinguió en la vida religiosa, sino que conservó sus prácticas durante los cincuenta y ocho años que ejerció el oficio de vigilantísimo pastor. Le llama también atleta de la virtud, cuyos méritos se publicaban por todas partes, y le dá otros títulos que indican el gran concepto en que se le tenia. Sozomeno y otros muchos hablan también de él con mucho encomio, y nosotros quisiéramos al mismo tiempo tributarle mayores elogios ; pero oscureció su gloria con la conducta que observó con san Juán Crisóstomo, haciéndose instrumento de la pasión de Teófilo de Alejandría contra el Santo, y siendo despues de éste el caudillo de sus perseguidores. Esto nos impide consagrarle un capítulo especial, y colocarle al lado de otros santos, como le hubieran merecido sus virtudes, si no las eclipsase esta falta.

---

## SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y OBISPO DE CANES [1]

La historia de san Abraham, de quién hablamos aquí, tiene alguna semejanza con la de san Abraham, sacerdote y amigo de san Efrén, de que ya hemos tratado ; pero son

[1] Teodoreto, los Bolandistas, Vit, PP.

tan diferentes las circunstancias, que se hace preciso distinguirlos. Teodoreto, que lo coloca entre los santos solitarios que más se distinguieron por sus edificantes virtudes, dice que fué un fruto producido por la ciudad de Ciro, en donde nació, y fué educado y enriquecido con los tesoros celestiales de la soledad. En efecto, se consagró al laborioso ejercicio de la mortificación religiosa con un fervor extraordinario ; pero sus prolongados ayunos, sus vigilias y el hábito de estar siempre de pié, le debilitaron hasta el punto de impedirle andar. Dios, que queria hacerle pasar por estas primeras pruebas, para que se fortaleciese en una paciencia superior á todos los trabajos que le preparaba, le devolvió la salud, y Abraham, penetrado de reconocimiento por este favor, que le ponia en disposición de ejercitar su celo por la gloria divina y su amor por los sufrimientos, creyó que no podia manifestárselo de otra manera mejor que consagrándose á los trabajos. Con esta intención, y sabiendo que habia en el monte Líbano una aldea, en que reinaban la impiedad y el culto de los ídolos, ocultó con alguno de sus compañeros su cualidad de monje vistiéndose de mercaderes, y fingiendo ir á comprar nueces, que era el principal comercio del pais.

Alquiló una casa, como si quisiese establecer allí su negocio ; pero despues de haber guardado silencio durante tres ó cuatro dias, se le oyó cantar, aunque en voz baja el oficio divino, lo cual bastó para que los idólatras se previniesen contra él. A voz de pregonero fué congregado todo el pueblo, y hombres, mujeres, niños y ancianos cercaron la casa, y abriendo un agujero en la techumbre, empezaron á echar tierra, con el fin de ahogarle con sus compañeros.

Léjos de ofenderse por tan malos tratamientos, continuaron alabando á Dios, y su paciencia no pudo ménos de causar admiración á los más ancianos de entre los idóla-

tras, que empezaron á compadecerse, é impidieron que los demás siguiesen molestando á los santos varones. Abriéronles, pues, las puertas, pero les mandaron que saliesen del lugar. Entre tanto llegaron los comisionados encargados de cobrar los impuestos, los cuales apalearon á algunos de los habitantes, é hirieron á otros. Con este motivo practicó Abraham un acto de caridad cristiana, que fué para los idólatras un nuevo motivo de admiración : pues, olvidando las injurias que de ellos habia recibido, solicitó de los comisionados que no usasen de tanto rigor, y se ofreció á pagar en pocos dias cién piezas de oro que exigian. Esta generosidad acabó de ganar sus corazones, y como hasta entónces no habian tenido ningún superior, quisieron que él fuese el primero ; pero Abraham les hizo comprender que sólamente habia venido en busca de su salvación, y pidiendo á algunas personas conocidas de Edesa el dinero que habia prometido, lo entregó á los comisionados, y en reconocimiento sólamente pidió á los habitantes de la aldea que edificasen una iglesia. Sus corazones fueron tan movidos por la divina gracia, que ofrecieron construirla inmediatamente en el lugar que escogiese. Señaló, pues, el que le pareció más adecuado para sus piadosos designios, y el edificio quedó terminado en poco tiempo.

Habiendo Abraham conseguido el fin que se proponía, y viendo á este pueblo en tan buenas disposiciones, les propuso que se pidiese un sacerdote para que fuese su pastor y sirviese la nueva iglesia ; pero todos unánimemente manifestaron que no querian más que á él, y en su consecuencia recibió el órden sacerdotal.

Durante tres años cumplió con ellos todos los deberes que podian prometerse de su caridad, y viéndolos ya suficientemente instruidos y firmes en la fé, dejó á uno de sus compañeros el cuidado de la nueva grey, miéntras que

él se retiró al monasterio. Pero la santidad de sus costumbres y el celo por la gloria de Dios de que habia dado tantas pruebas, le hicieron digno del episcopado, y de que se le confiara la diócesis de Carres. Se necesitaban toda su paciencia y su esforzado ánimo para gobernar esta iglesia: pues dice Teodoreto que esta ciudad se hallaba enteramente sumida en la impiedad, y que sus habitantes estaban adheridos á las supersticiones idolátricas con tanta pasión, que rayaba en furor. Así es que tuvo que vencer muchos obstáculos, y sufrir muchos trabajos; pero al fin, Dios bendijo sus desvelos con tanta misericordia, que este campo erizado de espinas y abrojos, como dice el mismo historiador, fué cultivado por este infatigable obrero, y la semilla celestial en él arrojada produjo una mies muy abundante.

Lo admirable en este santo obispo es que, léjos de servirle sus trabajos de pretexto para disminuir las austeridades que ántes practicaba, las aumentó considerablemente: pues asegura Teodoreto que durante todo el tiempo que fué obispo, nunca comió pan, ni bebió agua, siendo siempre su alimento frutos en el otoño, y escarolas, peregil ú otras legumbres análogas en otras estaciones, las cuales comia una vez al dia despues de la hora de Vísperas. Jamás se encendió lumbre para él; no tenia lecho, casi toda la noche la pasaba en vigilia y rezando cuarenta salmos que interpolaba con noventa oraciones. Despues sentado en su sillón dormia un corto espacio de tiempo.

Tan duro como era para consigo mismo, era caritativo para con los demás. Aún cuando sus austeridades le debilitaban mucho, no las diminuia por los cuidados que el servicio del prójimo le proporcionaba. Recibia con una caridad que pudiera llamarse santamente pródiga á todos los peregrinos, á imitación del santo Patriarca cuyo nombre llevaba; pues este santo hombre que no tenia lecho,

ni lumbre, ni pan ni vino para sí mismo, les proporcionaba buenas camas, les asistia á la mesa, les daba buén pan, excelente vino, pescados, legumbres y todo lo que podia proporcionarse para tratarlos bién.

Pasaba con frecuencia dias enteros dando audiencia á su pueblo, conciliando los ánimos, exhortando á unos á que cediesen, cuando lo exigian la razón y el derecho, y valiéndose de la autoridad inherente á su elevada posición, cuando no bastaban la dulzura y la afabilidad para apaciguar los espíritus obstinados en injustas pretensiones. Nunca permitia que se vejase á los débiles, y se constituia en su defensor contra los que querian oprimirles.

Tantas virtudes, tanta caridad, tanta solicitud, tanta santidad, en una palabra, le conciliaron de tal manera el afecto de su pueblo, y le dieron tanto ascendiente en el corazón de todos, que no habia quién no escuchase con la más respetuosa atencion, y ejecutase con gozo sus consejos y mandatos. Su fama se extendió por todas partes, y hasta el mismo emperador quiso verle. Lo era á la sazón Teodosio el jóven, y cuando tuvo al Santo en su presencia, le abrazó con especialísimo afecto, y manifestó más estimación al pobre hábito del prelado que á su purpura imperial. Las princesas, por su parte, no le manifestaron ménos veneración, pues besaron sus manos, abrazaron sus rodillas, y se encomendaron á sus oraciones.

El Santo murió en este viaje, y cuando lo supo el emperador, ordenó que se le depositase en una iglesia, hasta que fuese trasladado á su diócesis, y quiso asistir juntamente con las princesas al convite fúnebre. También asistieron los magistrados y oficiales del imperio. En Antioquía se le recibió con una devoción, que demostraba la estima en que habia sido tenida su santidad. Con grande pompa se le condujo hasta el Eúfrates, en que los habitantes de las ciudades y campiñas se hallaban esperando para parti-

cipar de las bendiciones que esperaban recibir. Fué preciso que le escoltasen lictores, para evitar que arrebatasen sus hábitos, y al llegar á su silla episcopal, se oian por todas parte cánticos de alabanza mezclados con lágrimas, con que atestiguaban los fieles su dolor por la pérdida de su pastor, de su defensor y de su padre.

---

## ALEJANDRO, MONJE Y PATRIARCA DE ANTIOQUIA [1]

Alejandro fué primeramente monje, y despues patriarca de Antioquía. Poco tenemos que decir de él como monje; pero en el episcopado se distinguió por dos pruebas de celo que le honran mucho. así como también á la educación que recibió en el clautro. Hablando Teodoreto de su vida monástica y de sus talentos, dice que vivió mucho tiempo en el monasterio, ejercitándose en la práctica de todas las virtudes de su estado y combatiendo, cual esforzado atleta, sus pasiones con la austeridad de su vida. Profesaba el más soberano desprecio á las riquezas de este mundo, y la pobreza religiosa constituia su más preciado tesoro. Dios le habia dado una elocuencia tan persuasiva, que no era posible resistir á ella; pero lo que la hacia aún más victoriosa es que confirmaba con el ejemplo de su vida las instrucciones que daba á los demás. Añade, por ultimo, que tenia otras muchas cualidades que lo hacian muy recomendable.

Su elevación á la cátedra de Antioquía hizo que brillasen

[1] S. Cirilo, Teodoreto, Baronio.

sus talentos, y dice san Cirilo de Alejandría que tenia una gran libertad para decir todo lo que debia decir. Teodoreto, por otro parte, le llama el divino Alejandro, y hablando de él en la vida de san Zenón solitario, dice, que, habiendo caido enfermo este Santo, y no habiendo concluido de repartir todos sus bienes, encomendó su distribución al obispo, que era á la sazón, el grande y admirable Alejandro, gloria de la religión, modelo de la más perfecta virtud y viva imágen de la piedad cristiana.

Pero es preciso hablar de dos acciones admirables que practicó durante su episcopado, y que le merecieron los más grandes elogios. Fué la primera la unión de los eustaquianos á su iglesia, y la segunda la unión de su iglesia á la romana,lo cual produjo muy excelentes resultados en todo el Oriente. Hacia noventa y cinco años que la iglesia de Antioquía se hallaba dividida por el cisma de los eustaquianos, que, si bién eran católicos en sus creencias, no querian, sín embargo, communicar con los católicos. Fué ocasión de este cisma el que, babiendo siendo elegido obispo de Antioquía san Eustaquio en tiempo de las turbulencias de los arianos bajo el emperador Constantino, estos herejes consiguieron deponer al Santo, valiéndose de sus acostumbradas imposturas. Murió en el destierro, y fué sepultado en Trajanópolis, en la Tracia. Despues de su muerte consiguieron los arianos que ocupasen esta silla obispos pertenecientes á su partido, y durante este tiempo los católicos, á quienes los herejes llamaban eustaquianos, tenian sus asambleas aparte.

Habiendo venido, por último, Constantino á Antioquía en el año 360, se celebró un concilio, en el cual, ántes de tratar cosa alguna relativa al dogma, se dió principio por la provisión de esta cátedra, que habia dejado Eudoxio, obispo ariano, para subir á la de Constantinopla. Fué elegido Melecio, ántes obispo de Sebaste, personaje de un nacimiento

ilustre, de costumbres irreprensibles, sincero, temeroso de Dios, y de un carácter en extremo afable. Los arianos creian que pertenecia á su secta, y se jactaban de contar con toda la iglesia de Antioquía, sin exceptuar à los eustaquianos; pero los obispos católicos que le conocian mejor, consintieron en su elección, que se convino de común acuerdo.

Melecio se declaró ortodoxo en el primer discurso que pronunció al empezar á ejercer sus funciones, lo que le atrajo las simpatías de su pueblo; miéntras que los arianos llenos de indignación, consiguieron desterrarlo á Melitena, en Armenia, que era su patria. Aprovechó tan bién el poco tiempo que estuvo en Antioquía, que desterró el error de su iglesia, y quebrantando á los incorregibles, hizo que los fieles permanecieran inquebrantables en su profesión.

Los arianos colocaron en su lugar á un discípulo de Ario llamado Èuzoio, é inmediatamente se separaron de él los católicos del partido de Melecio, que celebraron sus asambleas en la iglesia de los Apóstoles, llamada la Palea. Quisieron unirse á los eustaquianos, que despues de la deposición de san Eustaquio habian comunicado con los arianos, pero estos rehusaron esta unión, pretextando que san Melecio habia sido elegido por los arianos. Así es que la iglesia de Antioquía se hallaba dividida en tres partidos; el de los católicos eustaquianos, el de los católicos melecianos y el de los arianos adictos á Euzoio.

El cisma entre los católicos se agravó por una imprudencia de Lucífero, obispo de Cagliari, que, habiendo venido á Antioquía á reunir á los dos partidos dándoles un obispo, consagró á Paulino que figuraba á la cabeza de los Eustaquianos, así es que no hizo más que ahondar la división. Paulino tuvo por sucesor á Evagrio en el gobierno de su grey, y san Melecio á Flaviano, quién procuró que no se diese sucesor á Evagrio para el gobierno de los eustaquianos; pero estos no dejaban de celebrar sus asambleas aparte,

lo cual duró hasta que Alejandro ocupó la silla de Antioquía. Despues de emplear inútilmente este prelado las súplicas y exhortaciones para reunir á los dos partidos, se dirigió un dia acompañado de su clero y de gran número de seglares al lugar en que los eustaquianos celebraban sus asambleas, y con ellos continuó el canto de las alabanzas divinas. Este acto de prudencia produjo tanta impresión en sus corazones, que todos se unieron á él, y le siguieron á la gran iglesia, de la cual habian sido arrojados los arianos. Alejandro celebró este acto de conciliación con inaudita solemnidad, y lo cimentó sobre un acto de prudencia y de caridad, que le ganó los corazones de los eustaquianos: pues admitió en su clero á todos los que habian sido ordenados por Paulino y por Evagrio, conservánles el rango que ocupaban.

No fué éste solo el bién que produjo esta acción: pues además de haber llevado á cabo una obra, en la cual habian trabajado con el mayor esfuerzo, aunque inútilmente, los papas, los más ilustres obispos y los emperadores, hizo que triunfasen los católicos sobre los judíos y arianos que quedaban en Antioquía.

Otro negocio no ménos importante y que era ocasión de grandes turbulencias y escándalos, llevó á feliz término con su moderación y piedad. Muchos obispos que habian perseguido á san Juán Crisóstomo, ó que abrigaban prevenciones contra él, se obstinaron en no poner el nombre del santo doctor en los sagrados dípticos, es decir, en el registro de las personas que morian en la comunión de la Iglesia, y en el que los obispos ocupaban un lugar distinguido. Alejandro fué el primero que tuvo el honor de poner el nombre de este santo doctor, y dió ejemplo á todas las iglesias de Oriente. De esta manera unió su iglesia á la romana, que no queria admitir en su comunión á los obispos orientales enemigos de la me-

moria del Santo que más habia defendido sus intereses.

Ya sea que Alejandro conociese las intenciones del papa san Inocencio, que no queria recibir en su comunión á ninguno de los obispos adversarios de san Juán Crisóstomo, sino á condición de que tributasen á este Santo el honor que le correspondía, ya sea que ejecutase un mandato expreso del Papa, como cree Baronio, ello es que envió una legación solemne á este santo Pontífice: que sus diputados fueron recibidos en Roma con bondad paternal y grande gozo, y que con esta reunión abrió san Inocencio el camino á la paz universal, manifestando que con el mismo gozo admitiria á los que cumpliesen las condiciones de que Alejandro habia dado ejemplo.

No se contentó este prelado con darse á sí mismo la paz, pidiendo la comunión á la primera Silla, despues de haberla dado á su pueblo, extinguiendo el cisma que lo dividia, sino que demostró un celo ardiente por honrar la memoria de san Juán Crisóstomo. Para ello escribió al emperador y á los obispos exhortándoles á inscribir su nombre en los díptico, como él lo habia hecho. Hizo también un viaje á Constantinopla, en donde habló con admirable firmeza: puso especial cuidado en sostener la comunión con el papa Inocencio, y tuvo el honor de recibir una carta de este Pontífice, en la cual resolvia algunas dificultades que le habia propuesto. Murió despues de haber gobernado durante cuatro años su iglesia, y segun otros, durante cinco. Pero este corto episcopado, según Tillemont, fué más provechoso que otros muy largos. Es de creer que su muerte acaeció ántes del año 416, pero se ignora la edad que tenia.

Podriamos hablar también de algunos otros obispos de Antioquía que salieron del monasterio para el gobierno de esta Iglesia, tales como Domno, Majencio y otros; pero lo que podríamos decir se refiere más á la historia

eclesiástica que á la monástica, sobre todo en este tiempo en que las herejías de Nestorio y de Eutiques causaron tantos desórdenes en el Oriente, y obligaron á los religiosos elevados á la dignidad episcopal á consagrarse á la defensa de la fé ortodoxa. Así es que los historiadores se han dedicado á exponer sus virtudes episcopales, sin ocuparse de las que practicaron en su anterior estado.

En la vida del grande san Eutimio hemos dicho alguna cosa de Domno, que sucedió á Juán, su tio, en la silla de Antioquía. Máximo que le sucedió, habia sido abad de un monasterio. San Cirilo habla con mucho encomio de su piedad y de su celo por la fé. Él fué quién movió á este santo Doctor á escribir su explicación del símbolo, para impedir que los fieles se dejasen sosprender por los erróneos principios de Teodoreto Mopsuesteno. El mismo Santo menciona algunos abades que debian pertenecer á la diócesis de Antioquía, á los cuales dedica su obra; pero nada de particular sabemos acerca de ellos.

---

## SAN TEOFANO Y SANTA PANSEMNA, SAN RABULO, SAN JACOBO, SAN SIMEON SALUS Y SANTO TOMAS DE APAMEA [1]

Hablamos de estos excelentes solitarios en un solo capítulo, porque los historiadores no nos han trasmitido memorias suficientemente amplias para formar muchos. San Teofano, de quién hacen memoria los Menologios griegos el 10 de junio, debió haber vivido en el siglo

[1] Procopio, Evagrio, Vita PP. los Bolandistas, Bulteau.

quinto, como opina Bulteau. Nació en Antioquía de padres idólatras, que le educaron en sus supersticiones, y le casaron á la edad de dieciocho años. Tres años despues perdió á su esposa, y se aprovechó de su libertad para hacerse cristiano, y al poco tiempo edificó una estrecha celda en las inmediaciones de la ciudad, en donde se consagró enteramente á los ejercicios de la vida solitaria, y á adquirir la perfección.

Los progresos que hizo en el estudio de las verdades de la religión le inflamaron de un celo tan ardiente por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, que habiendo sabido que una mujer de Antioquía, llamada Pansemna, vivia en grande desórden, y era motivo de caida para muchas personas, formó el designio de convertirla. Aún cuando sus intenciones eran muy buenas, debia desconfiar de sí mismo, por cuanto tenia que salir de su retiro para realizarlas; así es que oró muy fervorosamente para asegurarse de la voluntad divina, y el feliz éxito que obtuvo demuestra que habia obrado por movimiento de la divina gracia.

Salió, pues, de su celda, y se dirigió á la casa de su padre para vestirse lujosamente y tomar una suma considerable, sin decir á nadie el motivo de su conducta. En seguida pasó á la casa de Pansemna, quién, al verle, creyó que venia á aumentar el número de sus adoradores. Miéntras que ella abrigaba tan insensatos pensamientos, Teofano le preguntó cuanto tiempo hacía que llevaba aquella vida licenciosa. « Hace doce años, respondió ella, y en verdad os dijo, que entre todos los hombres á quienes he conocido no hay uno por quién mi corazón haya sentido tanto atractivo como por vos. Está muy bién, respondió Teofano; pero para que entremos en relaciones, es preciso que sean muy honestas, » y al mismo tiempo le enseñó el dinero que llevaba, como una prueba de sus buenas intenciones.

Pansemna creyó que pretendia casarse con ella, lo cual le era muy honroso, dada la situación en que se encontraba; así es que aceptó gustosa la proposición. En seguida la dejó Teofano para ir á edificar una celda algo distante de la suya, con objeto de encerrarla en ella, y cuando volvió, le exigió como primera condición que se hiciese cristiana. Pansemna manifestó grande repugnancia; pero como así lo queria Teofano, consintió al fin en ser bautizada. Durante siete dias fué instruida en los misterios de la religión, y especialmente en la recompensa que Dios tiene preparada en la otra vida á la virtud, y en los terribles sùplicios con que castiga el crímen, lo que, unido á las vivas exhortaciones de Teofano y á la divina gracia, hizo que despues del bautismo no pensara ella en otra cosa, que en secundar los designios de este Santo, que no eran otros que el que consagrase su vida al servicio del Señor.

En su consecuencia, dió libertad á sus esclavos, empleó en obras de piedad todos los bienes que habia adquirido con el crímen, y se retiró á la celda que el Santo le habia edificado. La vida penitente que emprendió fué tan perfecta, que Dios la favoreció con el don de milagros, y lo es que aún más notable, en ménos de veintidos meses se elevó á este eminente grado de perfección, y consumó el curso de su vida en el ósculo santo del Señor. Muy poco tiempo le sobrevivió san Teofano, y los Griegos dan á entender que, habiendo sido cada uno enterrado en su respectiva celda, fueron despues trasladadas sus reliquias á un oratorio de Antioquía. Así lo creen los continuadores de los Bolandos.

No es éste el solo ejemplo que nos suministra la historia monástica del celo con que algunos solitarios procuraron la conversión de algunas de estas desgraciadas mujeres, y la manera singular con que se conducian de-

muestra que su celo era inspirado por el mismo Dios. San Juán el Limosnero cita un ejemplo á este propósito, y que vamos á exponer en este lugar, por referirse á un solitario que murió en la ciudad de Tiro.

Refiere este Santo que leyó en la vida de un Padre, que, yendo dos solitarios á la ciudad de Tiro, encontró uno de ellos en el camino á una mujer de mala vida, que le dijo: « Padre mio, salvadme, como Jesucristo salvó á la pecadora. » Sin pensar en lo que pudiera decirse, la llevó á un monasterio. Los que le vieron juzgaron que queria abandonar su profesión para unirse á aquella mujer, confirmándose más en esta sospecha, cuando los vieron entrar en una iglesia que habia en el camino, en donde encontraron á un niño abandonado de todo el mundo. Movida á piedad la mujer, lo tomó para criarlo, queriendo sin duda con este acto de misericordia alcanzarla de Dios. Así pues, hubo que diferir su resolución de hacerse religiosa hasta que huvo criado á este niño. Sin embargo, el solitario la hizo bautizar y cambiar el nombre de Porfiria que llevaba por el de Pelagia.

Las lenguas malignas no dejaron de ensañarse en este religioso. Todo lo sufrió con humildad y paciencia admirable, sin decir ni una sola palabra para justificarse; pero habiéndole revelado el Señor que se acercaba el fin de su vida, suplicó á Pelagia que viniese á Tiro. Habia en esta época religiosas que no guardaban clausura, y de este número era Pelagia; así es que podia tener consigo al niño que habia criado. Vino, pues, á Tiro, acompañada de éste, que ya tenia siete años. Al poco tiempo cayó enfermo el solitario, y vinieron á verle muchas personas. Sintiendo que se acercaba su última hora, y viendo que habria unas cién personas al rededor de su lecho, royó que se le trajese un poco de fuego, y que lo calocasen sobre sus ropas, diciendo: « Así como la zarza que vió

Moisés ardia sin consumirse, de la misma manera estad seguros, hermanos mios, de que por la gracia de Dios no he cometido el pecado que se me atribuye. » Los circunstantes vieron, en efecto, que el fuego no habia causado daño alguno en sus hábitos, y por medio de este prodigio reconocieron su inocencia, quedando llenos de admiración y alabando al Señor, que tiene tanto servidores ocultos, y cuya virtud es desconocida á los hombres. Así entreyó este solitario su alma al Señor despues de haber desengañado al mundo de la desfavorable opinión que de él habia formado. En cuanto á Pelagia, el ejemplo de su conversión sirvió para la de otras muchas, que, habiendo imitado sus desórdenes, quisieron imitar su penitencia en el monasterio en que ella entró.

De san Rabulo no sabemos otra cosa que lo que nos dicen los griegos en sus *Méneos*, de donde consta que era natural de Samosata, y que fué criado por un hombre muy célebre llamado Barupsabas. Desde su infancia abrazó la práctica de la virtud, y á ejemplo del gran Elías y del Bautista, se retiró á la soledad, prefiriendo el silencio de las montañas y de las cavernas al ruido de la ciudades. Esto no impidió que la reputación de su virtud se extendiese por todas partes, y que atrajese á muchas personas á su retiro. Algunos años despues se resolvió á retirarse á otro lugar más oculto, y para ello tomó á un compañero, con el cual pasó á Fenicia, y estableció su morada en la cumbre de una montaña, en donde esperaba vivir enteramente oculto á los ojos del mundo. Pero sucedió todo lo contrario : pues el esplendor de sus virtudes, cual el de una llama encendida en una altura, muy pronto delató su retiro, y se vió visitado por las más distinguidas personas. Vióse, pues, obligado á ceder á los deseos de las personas que venian á instruirse, y tuvo que admitir á muchos discípulos.

Bién pronto se hizo el número de estos muy considera-

ble, y edificó un gran monasterio con la liberalidad del emperador Zenón y de Juán gobernador de Berite. Este establecimiento tuvo otras ventajas que la santificación de los religiosos; pues juntamente con ella, trabajó en la conversión de los idólatras, que en grán número quedaban todavía en aquella comarca, teniendo la dicha de convertirlos á casi todos á la fé de Jesucristo.

Volvió á Constantinopla despues de la muerte del emperador Zenón, y alcanzó de Atanasio, su sucesor, la construcción de un monasterio, que más tarde se llamó de Rabulo. Edificó algunos otros en varios lugares. Tales fueron los trabajos de su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. En cuanto á sus virtudes, se distinguió por su discreción en todas las cosas, por su modestia, por su dulzura y por su humildad, hallándose siempre dispuesto á ayudar á sus hermanos con sus consejos y buenas obras. El demonio le atacaba de tiempo en tiempo; pero para rechazarle, se servia de pasajes de las sagradas Escrituras, cuyas palabras dictadas por el Espíritu Santo han sido siempre temibles para las potestades de las tinieblas.

Habia llegado á los ochenta y un años de edad, cuando oyó una voz del cielo que le hizo esta consoladora invitación: « Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados: yo os consolaré. » Al poco tiempo una breve enfermedad le arrebató de la tierra. Esto acaecia en el año 530, de donde se deduce que nació en 449 ó 450.

El historiador Procopio nos ha dado á conocer, por medio de un milagro que refiere, el mérito de Jacobo, solitario de Mesopotamia, y que tenia su retiro á una jornada de Amida[1], « Cabades[2], dice, rey de Persia, resolvió hacer la guerra á los Romanos, y sin previa declaración, comenzó las hostilidades entrando en la Mesopotamia hasta la ciudad

[1] Hoy Diabekir.

[2] O Kobad.

de Amida, á la que puso cerco durante los rigores del invierno... Habia entónces en Siria un hombre de rara virtud llamado Jacobo, que se hallaba enteramente *consagrado* á las obras de piedad, y para que nada le turbase, hacía muchos años que se habia encerrado en un pequeño recinto situado en territorio de los Endolienses, á una jornada de Amida. Algunas personas del pais, para ayudarle en su piadoso designio, le habian hecho una cerca cubierta de ramaje, y como estaba hecha de piedras, tenia muchos claros por donde se le podia ver y hablar. Allí llevaba con una paciencia admirable las incomodidades del calor y del frio: no se alimentaba más que con legumbres, y aún durante muchos dias se abstenia de todo alimento. »

« Habiéndole apercibido algunos neftalitas que vagaban por los campos, quisieron herirle con sus flechas; pero sus manos quedaron como atadas á los arcos y privadas de todo movimiento. La fama de este milagro se extendió por todo el ejército, y llegó a oidos de Cabádes, que quiso verlo con sus propios ojos. Quedó tan admirado de su virtud, que rogó á Jacobo que perdonase á los bárbaros que le habian ofendido, y al momento quedaron libres sus manos. Cabádes ofreció darle cuanto desease, creyendo que le pediria una gran cantidad de dinero; pero no le exigió otra cosa que garantías de seguridad para todos los que se refugiasen á su lado, y en su consecuencia, Cabádes le expidió las correspondientes letras. Cuando se supo esto en el pais, acudió una gran multitud de personas buscando la seguridad de su vida y de sus bienes. » Todo esto acaecia bajo el imperio de Atanasio, hacia el año 502. La fiesta de san Jacobo se halla asignada en el Martirologio Romano en el dia 6 de agosto.

Tenemos que hablar ahora de un Santo, que, por una conducta más admirable que imitable, se fingió insensato durante muchos años, por lo cual se le ha dado el sobre-

nombre de Sal ó Salus, es decir, el extravagante; pero cuyo propio nombre era el de Siméon. Nació en Edesa, de padres muy nobles y ricos, que se esmeraron en educarle en la lengua y en las ciencias de los griegos, llegando á captarse las simpatías de sus compatriotas por los grandes progresos que hizo en ellas desde su más tierna juventud. Concluidos sus estudios, hizo un viaje á Jerusalem, á donde iban los pueblos de Edesa y otros comarcanos en peregrinación el dia de la santa Cruz, que se celebraba en setiembre. Siméon iba acompañado de varios parientes y conocidos, y principalmente de un amigo de toda su intimidad, llamado Juán. Cuando ambos hubieron satisfecho su piadoso deseo de visitar los Santos Lugares, y ántes de regresar á su pais por el valle de Jericó, tuvieron curiosidad de visitar los monasterios que se extendian á las orillas del Jordán, y quedaron tan edificados de las virtudes que observaron en los religiosos, que resolvieron renunciar al siglo y entrar en el monasterio de san Gerasimo, de que era abad el bienaventurado Nicón, el cual les dió el hábito monástico, y les admitió en el número de sus discípulos. Se aprovecharon tan bién de sus enseñanzas, y concibieron tanto ardor por la penitencia, que manifestaron deseos de abrazar la vida de los anacoretas, y con la anuencia de su superior se retiraron al desierto del otro lado del Mar Muerto, en donde permanecieron por espacio de veintinueve años, consagrados al silencio y á las más austeras prácticas. El demonio les atacó con violentas y obstinadas tentaciones; pero la gracia del Señor les hizo triunfar de todas ellas.

Pasado este tiempo, conoció Siméon que Dios queria santificarle por el camino de los oprobios y de las humillaciones, y que por este medio se habian de santificar otros muchos. Comunicó á Juán sus designios, que, léjos de aprobarlos, hizo toda clase de esfuerzos, y hasta empleó las lágrimas para disuadirle : pero como Siméon no podia re-

sistir al impulso que le arrastraba, y que Juán no podia comprender, se separaron, y nuestro Santo volvió á Jerusalem para visitar segunda vez los Santos Lugares, de donde pasó á Emesa, en Siria, y en donde permaneció hasta el fin de su vida.

Allí, entregándose á su amor por la humillación, empezó á practicar actos que chocaban con la prudencia humana, lo que no tardó en constituirle objeto de las risas del pueblo. Pero esta locura aparente, que ocultaba las grandes virtudes de su alma, no impedió que algunas personas dotadas de perspicacia, penetrasen sus intenciones, y admirasen en él una piedad tanto más extraordinaria, cuanto más se esforzaba por ocultarla á los ojos del mundo.

Así es que su vida llegó á ser un problema para los habitantes de Emesa. Se le veia, por una parte, correr por las calles con un traje de bufón, juguetear con los muchachos, mezclarse en las reuniones publicas, entrar en las tabernas y comer con toda clase de personas y toda clase de manjares, hablar con los aventureros, ofrecerles dinero, solicitar su amistad, y hacer otras mil cosas que indicaban tener trastornada su cabeza, y llevar unas costumbres desarregladas.Pero por otra parte,no dejaban de apercibirse, por más que procurase ocultarlo, que su ayuno era muy riguroso, pues con frecuencia pasaba semanas enteras sin tomar alimento alguno,y sus costumbres eran tan puras, que muchas mujeres de mala vida, á quienes hablaba, no tardaban en dejar sus desórdenes.

Miéntras que su conducta exterior le daba una reputación equívoca, Dios le justificaba con los dones maravillosos con que le favorecia, y entre otros con el de milagros y el de profecía. Una doncella le acusó calumniosamente, y el Santo, encontrando una ocasión oportuna para pasar por un gran pecador, no quiso defenderse ; pero Dios le justificó de una manera la más evidente, y la que le habia

calumniado se vió obligada á confesar la verdad,y á hacer justicia á su inocencia.

En otra ocasión se le vió golpear con un látigo las columnas de los edificios públicos, diciendo : « Teneos firmes, porque vais á bailar. » Esta acción, que parecia ser de un insensato,fué la predicción del terrible terremoto que fué tan funesto á Emesa, á Antioquía y á otras comarcas de la Siria en 550, en tiempo del emperador Justiniano. Se notó que ninguna de las columnas azotadas por el Santo cayó á tierra.

Un dia fué á la escuela pública, y dijo á los niños que tenian que hacer un viaje muy largo. Los maestros se mofaron de él creyéndole un loco ; pero á poco conocieron que era una predicción de la peste que no tardó en asolar toda la ciudad, y que arrebató á todos los niños, á quienes dirigió sus palabras. Pero la mayor prueba de su sabiduría fué la reforma de las costumbres realizada por sus piadosas insinuaciones, ocultas bajo una aparente locura ; pues convirtió á muchas mujeres licenciosas y á muchos jóvenes de mala conducta. Llegó, por ultimo, un dia en que todo el mundo abrió los ojos, y Simeón fué tanto más enaltecido y venerado, cuanto más se habia despreciado á sí mismo. Sus buenos consejos fueron también de mucha utilidad á los católicos, á muchos de los cuales preservó de la herejía de los acéfalos.

Se cree que murió en tiempo del emperador Justino. Dos dias ántes de su muerte hizo el relato de su vida á Juán, arcediano de Emesa, en cuya casa habitaba, y apoyándose en sus notas, la escribió cincuenta años despues Leoncio, obispo de Nápoli, en Chipre. Este mismo Leoncio es el que escribió la historia de san Juán el Limosnero. Evagrio dedica un capítulo de su Historia eclesiástica á este Santo, de quién era casi contemporáneo.El Menologio de los griegos y el Martirologio Romano hacen mención de este Santo el dia primero de julio.

Evagrio, á quién acabamos de citar, habla también de santo Tomás, religioso de Apamea, y dice que, como Simeón, llevó una vida muy austera, lo cual indica, como dice Bulteau, ó que fué monje como él, ó que también se fingió insensato, como se da á entender en el sumario del capítulo. De esta opinión es Bolando, que le llama santo Tomás Salus ; pero no la creemos muy fundada, porque dice Juan Mosch, que era procurador del monasterio, y no es de presumir que se confiara este empleo á un religioso que pasara por loco. Como quiera que sea, dice Evagrio, que, habiendo pasado á Antioquía con objeto de evacuar algunos asuntos de su monasterio, fué á solicitar á Anastasio, ecónomo de la gran Iglesia, el pago de una pensión que ésta satisfacia á su comunidad. Incomodado el ecónomo con su exigencia, le dió una bofetada, y habiéndose indignado los que presenciaban esta acción tan inicua, les manifestó Tomás que muy pronto no se hallaria Anastasio en disposición de dar ni de recibir cosa alguna. No tardó en cumplirse esta prediccion, pues Anastasio murió á la mañana siguiente, y habiendo caido enfermo Tomás poco despues, y ántes de regresar á su monasterio, fué llevado al hospital de la Iglesia de santa Eufemia, en el barrio de Dafné, en donde murió. Como no era de la ciudad, se le enterró en el cementerio destinado á los extranjeros. A la mañana siguiente se enterró otro cadáver sobre el del Santo ; pero algunas horas despues fué hallado este cadáver fuera del sepulcro, lo que se repitió por dos veces, de modo que fué preciso colocarlo en otro lugar. Algunos dias despues colocaron otro cadáver sobre el suyo, y ocurrió lo mismo que con el primero. Este milagro dió á conocer la santidad de Tomás. El patriarca Efren [1],

[1] Buteau dice que esto ocurrió en tiempo del patriarca Domno segundo ; pero Evagrio, á quieú signen los continuadores de los Bolandistas, dice que era entónces Efrén el patriarca.

que vivia en aquella época, fué avisado de lo que ocurria, y trasladándose con su clero al lugar del sepulcro, ordenó que las reliquias del Santo fuesen trasladadas al cementerio en que descansaban las de muchos mártires, y al punto cesó la peste que afligía á esta ciudad. Atribuyóse este beneficio á las oraciones del Santo, por lo cual se le erigió un oratorio en el cementerio. Santa Marta, madre de san Simeón el jóven, deseó ser sepultada junto á este oratorio, lo cual indica cuán grande era la veneración que se profesaba á este santo religioso. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 18 de noviembre.

---

## SAN TEODULO, SAN SIMEON EL JOVEN Y OTROS ESTILITAS [1]

Muchos anacoretas, movidos del ejemplo de san Simeón Estilita, quisieron abrazar su género de vida, y edificaron á los fieles con la austeridad de su penitencia. San Daniel se hizo célebre en Constantinopla, y san Teodulo le imitó en Siria, viviendo en una columna. Distinguióse éste en el mundo por la nobleza de su nacimiento y por la dignidad de gobernador de Constantinopla, y según otros, de prefecto del Pretorio, en tiempo del emperador Teodosio el Jóven. La conducta que observó en estos elevados puestos fué un modelo de probidad y de sabiduría; pero disgustado de los desórdenes que reinaban en el mundo, y principalmente de la avaricia y violentas exacciones de los oficiales

[1] Concilio II general de Nicea, Evagrio, Nicéforo Urano, Juán Mosch, los Bolandistas, Baronio y Bulteau.

del imperio, determinó renunciar su cargo y retirarse á la vida privada. Procla, su esposa, que pensaba de diferente manera, no pudo ménos de ver con grande pena esta inesperada mudanza, y aún cuando Teodulo procuraba atraerla á sus piadosos designios, ella, por el contrario, hacía todos los esfuerzos posibles para que volviese al gran mundo. Pero contra esta especie de vejación doméstica se fortificaba nuestro Santo con la meditación continua de las verdades de la religión, y practicando la rigorosa penitencia que era compatible con su estado, se disponia á la vida de austeridad que más tarde llevó en el desierto.

La muerte de su mejor le puso en condiciones de seguir sin obstáculos el plan que se habia formado. Distribuyó sus bienes á los pobres, á los monasterios y á las iglesias; dió á sus esclavos libertad y medios de vivir honestamente, y se retiró al territorio de Edesa. Allí encontró un lugar solitario y à propósito para imitar á san Simeón Estilita, y con licencia del obispo del lugar, levantó una columna, y se instaló en ella. Tenia cuarenta y dos años, y durante los treinta que permaneció en este trabajoso género de vida, Dios recompensó con favores extraordinarios el rigor de su abstinencia, su continuada oración y contemplación de las cosas celestiales. No por eso dejó de ser muy útil al prójimo, tanto con sus exhortaciones y excelentes consejos, como con las curaciones milagrosas que obró.

Al cabo de este tiempo fué turbada la paz de su alma con una tentación de vana complacencia en sus obras, que le incitó á la curiosidad de saber á cual de los siervos de Dios se igualaba en el órden de la gracia. Ejemplos de esta misma tentación hemos tenido lugar de ver en otros Santos, de quienes hemos hablado en el curso de esta historia; no es, pues, de extrañar que también le acometiese. Pero el Señor, que no queria permitir que fuese vencido, le reveló que se hallaba en el mismo grado de

virtud que un comediante de Damas, llamado Cornelio, y por sobrenombre Pendacro, ó el Violón. Nada tan adecuado para humillarle como este paralelo, y de esta manera la divina gracia curó la hinchazón que se habia producido en su corazón.

Teodulo no descansó hasta cerciorarse enteramente de la verdad. Bajó de su columna, fué á Damas, buscó al comediante, y supo que habia dejado su profesión y se habia entregado á la penitencia. Obligóle á que le manifestase ingenuamente el género de vida que llevaba. El comediante se excusó diciendo que era un grande pecador, y que despues de haber causado tantos escándalos, no podia hacer otra cosa que implorar las misericordias del Señor. Pero esta respuesta no satisfizo á Teodulo, y queriendo que le fuese más explícito, supo que el comediante habia practicado dos obras de caridad para con otras tantas personas, que estaban en peligro de caer en desesperación.

Una jóven muy distinguida en el mundo por su nacimiento, por sus riquezas y por su hermosura, habia tenido la desgracia de contraer matrimonio con un hombre, que, entregado al lujo y al libertinaje, habia disipado sus bienes y los de su esposa, y contraido una deuda, por la cual habia sido encarcelado. Esta mujer, llena de aflixión, y encontrándose sin recursos, pensó entregarse al desórden, pues se hallaba en la flor de su vida, y el dolor no habia marchitado su belleza.

Conmovido Cornelio de la situación de estos esposos, se propuso socorrerlos, y para ello no sólamente empleó el dinero que tenia, sino que vendió sus mejores vestidos y muebles, que le proporcionaron una suma considerable y suficiente para pagar la deuda del prisionero, la cual llevó á su mujer, exhortándola á vivir en el temor santo del Señor. Tal fué la confesión que Cornelio hizo á Teodulo. Este ad-

miró su virtud, y no quiso saber más; sino que volvió á su soledad edificado con este relato, subió á su columna, en donde, despues de haber vivido otros diez años, descansó paz á los noventa y en uno de edad.

Dios manifestó con muchos milagros la gloria con que habia premiado su penitencia, y se hizo célebre su sepulcro; pues no sólamente los pueblos, sino los abades y obispos venian á visitarlo por devoción. Los griegos honran su memoria el 3 de noviembre.

Otro estilita se hizo también no ménos célebre un siglo despues de san Teodulo. Fué éste san Simeón llamado el Jóven, para distinguirlo del primer estilita de que hemos hablado en otro lugar, y de otro Simeón que murió herido por un rayo, y del cual diremos despues alguna cosa. El historiador Evagrio habla de san Simeon el Jóven, como testigo ocular de sus hechos y de sus virtudes: pues habia sido su íntimo amigo, y le visitaba frecuentemente en la columna: así es que dá fé de los milagros que vió, y de los que refiere Nicéforo Urano, rector de Antioquía, que algunos años despues escribió extensamente la vida de este santo. No son estos los dos únicos historiadores de ella, pues Arcadio, obispo de Chipre, lo habia hecho antes, si bién su obra se perdió, pero fué conocida de san Juán Damasceno y de los Padres del segundo concilio de Nicea. El primero cita el milagro ciento treinta y dos que en ella se refiere, para autorizar el cutto de las santas imágenes, y el citado concilio de Nicea se sirve de su testimonio para confirmar el mismo dogma. Esto demuestra que san Siméon era considerado como un gran taumaturgo, y que fueron en tan gran mímero los milagros que hizo, que hay más motivo para admirar los dones con que Dios le habia favorecido, que para dudar de las maravillas que abundan en su vida [1].

[1] Baillet, en su Cuadro crítico de las Actas de los Santos, en el dia 24 de mayo, habla en estos términos de la vida de san Simeón.

Pero como el conocimiento de sus virtudes es más útil para nuestra edificación que el de sus milagros; haremos un breve resúmen de ellas.

Su nacimiento pareció un fruto de la gracia más bién que de la naturaleza. Menta, su piadosa madre, que, siendo jóven, se habia propuesto guardar su virginidad, contrajo matrimonio por respeto á sus padres, que se empeñaron en que se desposara con un hombre llamado Juán, natural de Edesa, y establecido más tarde en Antioquía. No se decidió á ello sino despues de haber orado mucho en la iglesia de san Juán Bautista, situada en una barriada, y despues de haber conocído la voluntad de Dios por un favor especial, que le concedió por la intercesión de este santo Precursor.

« Fué escrita primeramente, dice, por Arcadio, obispo de Chipre, de una manera muy extensa y libre. » Lo maravilloso que encuentra en la de Nicéforo Urano, le ha hecho creer que acontecia lo mismo con la de Arcadio, y por eso dice que estaba escrita de *una manera muy libre*. Pero ¿ como lo ha sabido, puesto que dice que esta obra se habia perdido ? ¿ Es que juzga de ella sin conocerla ?

La vida de este Santo era muy conocida de san Juán Damasceno y de los Padres del segundo concilio de Nicea, que la han citado contra los iconoclastas, y que no creyeron que estaba escrita de *una manera muy libre*, aún cuando se refieran muchos milagros, puesto que citan el ciento treinta y dos de los realizados por el Santo. ¿ A quién, por lo tanto, deberemos acudir para juzgar rectamente ? ¿ A Baillet, que confiesa que no conocia la vida escrita por Arcadio, porque se habia perdido, ó á san Juán Damasceno y al segundo concilio de Nicea que la conocian ?

El juicio que forma este crítico de la vida del Santo escrita por Nicéforo Urano no es ménos injusto. Dice que este autor no tiene *límites en la licencia de finjir* y *decir cosas increibles*. Pero ¿ en qué testimonios se apoya ¿ Lo que san Juán Damasceno y los Padres del segundo concilio de Nicea dicen de la historia escrita por Arcadio confirma el relato de Nicéforo. El historiador Evagrio, cuya autoridad reconoce Baillet, no lo confirma ménos. Para convencerse, no hay más que leer lo que, como testigo ocular y amigo del Santo, dice en el libro IV, capítulo 31 de su historia. Concluyamos : cuando sistemáticamente se rechaza, como fábulas, todo lo maravilloso que se encuentra en la vida de los Santos se corre el viergo de hacer fábulas en vez de crítica.

Así es que acudió á él, pidiéndole, que, como bendición de su matrimonio, le diese el Señor un hijo, que le consagraría cual otro Samuel. Esta súplica la acompañó de ayunos y largas vigilias. El Santo, efectivamente, colmó sus deseos, y le aseguró en una segunda visión que seria madre de un hijo que desde la cuna empezaría á practicar la mortificación, y á quién debia imponer el nombre de san Simeón Estilita, de quién un dia seria fiel imitador. Todo se cumplió como el Santo Bautista le habia anunciado. Marta dió á luz á este hijo sin dolor, si hemos de creer á Nicéforo Urano, el año 321, el cual fué bautizado al cabo de dos años en la misma iglesia de san Juán Bautista. Dos cosas muy singulares se notaron durante el tiempo en que su madre lo criaba. Fué la primera, que nunca mamaba del lado derecho, y la segunda que no lo hacía los dias en que su madre habia comido carne; así es que tuvo que abstenerse ésta de hacerlo hasta que lo hubo despechado. El niño, por su parte, no comia otra cosa que pan con un poco de miel y agua pura, continuando así hasta la edad de cinco años, en que perdió á su padre, que quedó sepultado entre las ruinas de su casa en un terrible terremoto, que en el año 526 destruyó la ciudad de Antioquía.

Su madre, que se hallaba en un oratorio, fué librada de esta desgracia, así como él mismo, que estaba en la iglesia de san Estéban; pero al salir de ella y ver tantas casas echadas por tierra, empezó á correr despavorido á la ventura, hasta que una mujer, que conocía á sus padres, le tomó consigo, y le llevó á un monte inmediato. Durante siete dias le buscó inútilmente su madre, y le creyó muerto, Pero san Juán Bautista, á quién invocó en su aflixión, le dió á conocer en otra visión el lugar en que estaba refugiado. Encontróle, en efecto, y la mujer que lo hubia acogido le dijo con admiración, que durante los siete dias que estaba á su lado no habia tomado más

alimento que pan y agua, lo cual no era nuevo para su madre. Llena ésta de gozo le llevó á la ciudad, y fué á dar gracias al Señor en la iglesia del santo Precursor, por cuya mediación habia abtenido tantas pruebas de la protección divina.

Dos años más permaneció el Santo al lado de ella; pero obrando en su corazón la gracia divina, que de una manera tan milagrosa le habia prevenido para las grandes cosas á que le destinaba, se encontró un dia en un paraje de la ciudad llamado los Querubines, en donde elevado en dulce arrobamiento, se le presentó nuestro Señor Jesucristo, que, sentado en un trono de gloria y rodeado de una multitud de Santos, le mostró de una parte el cielo, y de otra el lugar de los suplicios destinados á los pecadores, y le dijo : « Considera lo que está preparado á la virtud y al vicio : escoge la virtud como tu heredad. »

Esta visión ilustró maravillosamente su espíritu, y le comunicó conocimientos superiores á su edad en órden á la vida espiritual. Así es que inmediatamente se retiró de la ciudad, y se dirigió al pié de una montaña distante unas dos ó tres leguas hacia la parte de Seleucia. Cuando hubo vivido allí algún tiempo sin otra compañía que la de las bestias silvestres, pero sumamente consolado con las gracias sensibles con que Dios le favorecia, subió á la montaña, y encontró en su cumbre un pequeño monasterio dirigido por un superior llamado Juán, que vivia sobre una columna. Ya habia Dios revelado la venida del Santo a Juán, y éste habia prevenido á sus discípulos. Así es que, cuando se presentó, le reconoció fácilmente, y le manifestó su gozo más bién con sus lágrimas que con sus palabras.

Todo, pues, le previno en su favor, pues además de que su rostro asemejaba al de un ángel, hablaba con tanta

mesura y discreción, que no podia ménos de captarse las simpatías de cuantos le trataban. Pero lo más admirable es, que desde un principio abrazó con tanto ardor la práctica de las austeridades de su estado, que, excediéndose á las fuerzas de su tierna edad, ayunaba constantemente tres dias seguidos, y con frecuencia siete, y hasta diez, y despues de una abstinencia tan prolongada no reparaba sus fuerzas más que con algunas legumbres y un poco de agua.

El deseo de hacerse cada vez más agradable á Dios le movió á pedir á su superior permiso para subir á una columna é imitarle en este género de penitencia. Era demasiado jóven para que Juán accediese á su petición, pero dos sucesos, el uno referido por Evagrio, y el otro por Nicéforo, le determinaron á concederle su autorización. El primero dice que, hallándose Simeón en una montaña inmediata, encontró un leopardo, al cual ató del cuello con su cordón, y llevó al monasterio, sin que el feroz animal opusiese la más leve resistencia. El segundo dice que el demonio, celoso del fervor del santo jóven, inspiró á un pastór el negro designio de matarle, y como éste quisiera ejecutarlo, quedó paralítica su mano, sin que pudiese curar hasta que confesó su crímen á Juán, quién ordenó al Santo que pidiese al cielo su curación, cuya gracia se le concedió inmediatamente.

Estos dos sucesos extraordinarios confirmaron más y más á Juán en la idea de que Dios habia destinado á este niño á una santidad, no sólo eminente, sino rodeada de los esplendores de grandiosos prodigios. Así es que ya no vaciló en permitirle lo que consideraba un designio del mismo Dios, y Simeón, animado de un fervor extraordinario, subió gozoso á una pequeña columna, resuelto á vivir en ella como lo hacía su padre espiritual. Entregóse á este género de austeridad con tanto celo y afición, que,

miéntras Juán rezaba durante la noche treinta salmos, él recitaba cincuenta, y á veces ochenta, y hasta el salterio entero. Durante el dia casi nunca cesaba de cantar, así es que, temiendo Juán que se agotasen sus fuerzas con una salmodia tan prolongada, quiso que la moderase, y le dijo que bastaba á su edad que observase la regla general de los demás religiosos. Pero el santo niño le suplicó que no guardase consideración á su cuerpo, y que le dejase seguir por amor á Jesucristo el deseo de alabarle y de inmolarse á él, en que sentia abrasado su corazón.

No es de extrañar, por otra parte, que estuviese animado de estos generosos sentimientos, pues, según refiere su historiador, se le dejaba ver el mismo Jesucristo bajo la forma de un niño de celestial belleza, diciéndole que debia vivir en la cruz, así como El habia muerto en ella por sú salvación y la de todos los hombres. Esta visión hubo de inspirarle tan grande ardor por la penitencia, que por mucho que pudiera sufrir, no podia satisfacer el deseo que por el sufrimiento sentia.

El demonio, que veia con rabia este anhelo por la penitencia en un religioso tan jóven, le atacó de diferentes maneras, ora representándole con falsos, pero vivísimos resplandores, los encantos de las grandezas y placeres del mundo, ora apareciéndosele bajo horribles figuras, ora excitándole tempestades tan violentas, que amenazaban destruir su columna y su monasterio. En una ocasión fué tan terrible la tempestad, que los religiosos no se oian unos á otros, y creyeron que el Santo habia perecido. El abad Juán no quedó ménos espantado que ellos; y le llamó diferentes veces, hallándose todos los religiosos unidos al rededor de su columna, y sin que pudiesen oir su voz. Por último, Simeón hizo oir la suya, y le dijo: « No os intranquiliceis, Padre mio, el Señor cuida de mí, y me

preserva del furor de los espíritus malignos. Me hallo sobre mi columna, que no ha sido quebrantada. »

Los religiosos, que le creian muerto, admiraron la protección con que Dios le favorecia, y concibieron más grande veneración á su virtud. Cuando hubo cesado la tempestad, apareció el jóven con semblante risueño, que demostraba la tranquilidad de que habia gozado su alma.

No tardó mucho tiempo Efrén, obispo de Antioquía, en tener noticia de la vida maravillosa del Santo, y quiso cerciorarse por sí mismo. Se trasladó al monasterio, y viendo, dice su historiador, á un penitente tan jóven crucificado con Jesucristo, quedó tan admirado, que no pudo ménos de dar gracias á Dios, derramando abundantes lágrimas, y al regresar á Antioquía, hablaba á todo el mundo del jóven, como de un prodigio de la divina Providencia.

Pero Simeón no creia satisfacer su amor á Jesucristo, si á la austeridad de su vida no añadia algún nuevo género de maceración. Para ello se ciñó tan fuertemente los riñones con un cordel, que éste penetró en sus delicadas carnes, produciéndole muchas llagas, que se conocieron por el mal olor que exhalaban, y para quitarle esta cuerda, fué preciso que sufriese dolores agudísimos, que soportó con heróica paciencia. También estuvo un año entero sin sentarse más que sobre sus pies, lo cual relajó los nervios de las piernas, y le hizo derramar abundante sangre por las llagas que se causó. Habiendo llamado el abad Juán á un médico para que le curase, Simeón no quiso emplear otra medicina que la oración, y ésta fué tan eficaz, que recobró el uso de sus piernas, como si no hubiese padecido enfermedad alguna, con grande admiración del abad y de todos los religiosos.

Dios hizo brillar en otra ocasión la magnificentia de los dones con que habia enriquecido á su siervo. El dia de

Pentecostés dijo al abad y á los demás religiosos: « ¡ Qué felices seríamos, si Dios nos concediese la gracia de que el Espíritu Santo descendiese sobre nosotros en lenguas de fuego, como lo hizo sobre los Apóstoles y discípulos.— No es necesario, contestó el abad Juán que obre este milagro. — Pero es tan bueno,replicó Siméon, que se digna complacer á los que le temen y colmar sus deseos.» Dichas estas palabras, levantó sus ojos al cielo exclamando : « Dios omnipotente, que por vuestro Santo Espiritu habeis formado los cielos y renovado la tierra, Señor soberano, que hicisteis descender al Espíritu divino sobre los apóstoles, comunicándoles el don de lenguas, enviadle á este pecador. Y puesto que tengo la dicha de ser vuestro siervo, ilustradme con la claridad de vuestras luces, para que conozca vuestra divina voluntad. Vos sois todopoderoso, y poneis en la boca de los niños palabras adecuadas para glorificar vuestro santo nombre. » Y ¿ quién podrá alabar suficientemente la bondad infinita de Dios? exclama su historiador. Apénas el Santo hubo terminado su oración, se vió descender sobre él una luz celestial, que llenó su corazón del Espíritu de Dios. Desde aquel dia hablaba de las verdades de la religión con una elocuencia más que humana, y desarrollaba con admirable claridad los pasajes más difíciles de las santas Escrituras. Esto llenó de admiración al santo abad, así como á todos los religiosos de temor y gratitud al Señor, que tan maravillosamente habia ilustrado á su siervo.

Pero á medida que Dios derramaba sobre él los dones de su gracia, le preparaba á actos más heróicos, para que ensalzase su santo nombre con las virtudes con que tanto le enaltecia á los ojos de los hombres. Una noche favoreció á algunos religiosos con una visión, en la cual les manifestó tres gradas, y en cada una de ellas una silla, que se les dijo estar preparadas para Siméon. Esta visión no significaba sólamente los progresos que el Santo habia de hacer en la

virtud, sino las tres columnas á que sucesivamente habia de subir. En efecto algún tiempo despues le movió el Espíritu Santo á pedir una columna más elevada, cuya altura era de cuarenta pies, en la cual le instalaron el Arzobispo de Antioquía y el obispo de Seleucia, despues de haberle conferido el diaconado.

Durante ocho años estuvo sobre esta columna, y su padre espiritual, el abad Juán, que tanto consuelo encontraba en hablar con él, tanto por el tierno cariño que le profesaba, como por las gracias con que Dios le favorecia, se afligió al considerar que desde tan larga distancia no podia ver su semblante. Pero Siméon, por su parte, creyó que habiéndo subido á una columna más alta, debia elevarse también en virtud. Así es que acrecentóse su modestia y dulzura, así como su humildad y la compunción de su corazón, y su alma se abrasó de tanto fervor en una oración continuada, que debia aproximarse al de los espíritus celestes en las amorosas alabanzas que no cesan de tributar á Dios. Así lo cree un historiador.

Pero si Dios le favorecia con tantas gracias, no le dispensó de pasar por la tentación. No hay estado de virtud tan eminente, que se halle á cubierto de los combates de la carne contra el espíritu, y las almas más santas miéntras se hallan sobre la tierra, no están exentas de la tentación : pues los Libros santos declaran que la vida del hombre es una milicia, en que es preciso estar siempre en guardia y en disposición de rechazar todo ataque.

Así lo experimentó el santo Estilita en su nueva columna. El tentador le atacó de una manera muy violenta y sagaz, que no le causó sorpresa. Vió en él, aunque jovén, á un soldado de Jesucristo ejercitado en la santa milicia y fuertemente armado contra sus asechanzas. Sus armas habian sido la humillación del corazón, los gemidos, la oracion acompañada de lágrimas y la más absoluta confianza

en los auxilios del Señor. Y experimentó efectivamente este auxilio, tanto en la fuerza cón que resistió los asaltos del príncipe de las tinieblas, como en los nuevos favores con que Dios quiso consolarle despues de la victoria. Un dia vió á un anciano respetable revestido con hábitos sacerdotales, que tenia en la mano el cálix, y que embalsamaba todo el lugar con un perfume celestial, pareciendo como que le daba la Sagrada Comunión. Despues de lo cual le dijo el anciano: « Tén ánimo, hijo mio, con toda tu confianza en la gracia del Señor, y no temas á tus enemigos. » Estas palabras hicieron tan honda impresión en su corazón, que durante muchos dias no habló con nadie sino despues de la hora de Nona, pasando todo lo demás del dia humillado ante Dios y exhalando gemidos de compunción.

Poco despues le reveló el Señor que se aproximaba el fin del abad Juán. Este venerable anciano gozaba entónces de una salud robusta, continuando sobre la columna sus ejercicios laboriosos sin que el peso de los años hubiese amenguado sus fuerzas, y por lo tanto, habia llegado al fin de su carrera sin que ningún síntoma de enfermedad pudiese hacérselo presumir: pero advertido de ello san Simeón, no pudo dejar de manifestárselo, sin emplear rodeo alguno, pues este santo hombre se hallaba dispuesto á recibir la nueva, que para un mundano hubiera sido fatal. Así es que la recibió con reconocimiento, y pidió para su discípulo todas las bendiciones que necesitaba para sostenerse en la penitencia que habia emprendido. Simeón, por su parte, le pidió que le bendijese para el resto de su vida. Esta mútua despedida causó extrañeza á los religiosos, que suplicaron al abad les dijese lo que iba á hacer Simeón; pero el Santo abad les contestó sólamente que deseaba que todos tuviesen el celo y ardiente deseo de imitar las virtudes de este jóven, y que participasen de sus oraciones, porque era un verdadero vaso de

elección. Despues de esto, y habiendo encomendado su alma á Dios, se quedó dulcemente dormido, y durante este sueño su alma fué á descansar para siempre en el seno de Dios.

Despues de la muerte del abad Juán, se entregó Simeón con más ardor á los rigores de la penitencia. El fin de este bienaventurado abad, dice su historiador, fué para él como el principio de un nuevo género de vida mucho más austera. Se encerró más estrechamente : se entregaba á la oración y al canto de los salmos hasta la hora de Nona, en que hacía la incensación, y se vió con mucha frecuencia, que, no habiendo puesto fuego en el incensario, no dejaba de subir al cielo el humo del incienso que en él habia. Despues volvia á la oración, que era seguida de la lectura de los Libros santos y de profundas reflexiones que de ellos sacaba. Proseguia en este ejercicio durante toda la noche hasta la hora de la salida del sol, y entónces tomaba un poco de descanso, y volvia despues á las alabanzas divinas. Hubo ocasiones en que pasaron treinta dias sin que cerrase los parpados. En una ocasión pidió al Señor que le librase de esta necesidad; pero se le dijo que era preciso que diese este corto descanso al cuerpo.

Los demonios se esforzaron por espantarle presentándosele bajo la forma de horribles fantasmas; pero les hacía huir con la oración y con el signo de la cruz. Por último, despues de una visión con que fué favorecido por el Senor, alcanzó tan poderoso dominio sobre ellos, que les inspiró mucho más terror del que ellos habian intentado causarle con sus artificios. Al mismo tiempo hizo un gran número de milagros, entre los cuales figura la resurrección de un muerto. El Señor que queria castigar á la ciudad de Antioquía con una serie de azotes de que despues hablaremos, permitió que se extendiese por su territorio un número

prodigioso de bestias salvajes de diferentes especies: de modo que no se podia andar por los caminos, ni cultivar los campos, sino reuniéndose muchas personas para defenderse de ellas, pues con frecuencia entraban en las casas, y se cebaban en las personas que encontraban. Vinieron muchos á ver al Santo y á pedirle que con sus oraciones les librase de esta plaga, y despues que les hubo manifestado que, en castigo de los crímenes que se cometian, les habia enviado el Señor estos crueles animales, elevó sus oraciones al cielo, y quedó libre el pais de aquella destructora plaga. Este favor insigne unido á otros muchos milagros que hacía, atrajo á su columna muchísima gente que, colocando cirios en largas estacas, le rogaban que los aceptase, persuadidos de que si los ofrecia al Señor, les alcanzaría las bendiciones del cielo: pero el Santo no quiso aceptarlos, diciendo que Dios atenderia á su buena voluntad. Su negativa contristó á aquellas pobres gentes, que temian ser privadas del fruto de sus oraciones, y sus discípulos, ménos desprendidos que él, resolvieron tomar aquellos cirios; pero Dios reveló al Santo el designio que estos tenian, y habiéndoles llamados les reprendió severamente, recordándoles con el ejemplo de Achan, Giesi y Júdas, cuán detestable es la avaricia á los ojos del Señor: de modo que, espantados al ver que habia conocido su falta, se postraron en tierra, le pidieron perdón é hicieron penitencia.

El Santo habia anunciado á varias personas los estragos que habian de producir las fieras de que hemos hablado; pero Dios le reveló también en otra visión los terribles males que iba á enviar sobre Antioquía, cuyos habitantes habian irritado su justa cólera con los grandes crímenes en que habian caido. Vió, pues, á un ángel con la espada levantada sobre la desgraciada ciudad, y no dudando que esto era amenaza de un gran azote, se puso á orar con

gran fervor para aplacar la justicia divina ; pero se le dijo que habia llegado al colmo la iniquidad de los habitantes de la ciudad, y la vió al mismo tiempo invadida por todas partes y entregada á las llamas y á los bárbaros. Vió también que muchos se esforzaban por huir y por precipitarse desde elevadas montañas ; que otros salian en tropel por las puertas del Septentrión y del Mediodía, y en particular vió á dos de sus religiosos, que, sobrecogidos de terror, habian abandonado el monasterio y caido en poder de los enemigos, los cuales cortaron á uno la cabeza, y llevaron al otro prisionero.

Todos estos acontecimientos se le presentaron con tanta claridad en esta visión, cual si pasasen ante sus ojos, y no dejó de manifestarlos á algunas personas piadosas de la ciudad, pues Dios no queria que los buenos sufriesen la suerte de los malos.

No tardaron en verificarse sus predicciones, pues Coroes, el abuelo del que más tarde sitió á Jerusalem y arrebató la santa Cruz, entró en Siria con un poderoso ejército, y habiendo tomado á Antioquía, la redujo á ruinas, é hizo una horrible carnicería en sus habitantes, sin contar los que se llevó cautivos. Pero al mismo tiempo que Dios daba á conocer anticipadamente estos hechos á su siervo, le prometió su protección, tanto para su persona, como para su monasterio y para todos los que en él se refugiasen. En efecto, habiendo penetrado los persas en la campiña, y queriendo subir á la montaña en que se hallaba situado el monasterio, fueron detenidos por una mano invisible, y habiéndolo intentado obstinadamente otros, les opuso el Santo con sus oraciones una niebla tan espesa, que no podian distinguir el lugar en que se hallaban. De modo que, á excepción de dos de sus religiosos, que huyeron á la primera noticia de la irrupeción de los persas, ninguno otro cayó en sus manos, así como tampoco nin-

guno de los que vinieron á buscar un asilo á su lado.

Una protección tan señalada de parte de Dios debió haber tranquilizado á sus religiosos; pero el demonio, que no habia podido quebrantar su constancia, les inspiró tal miedo con la proximidad de los bárbaros, que le pidieron permiso para retirarse á algún lugar más seguro. El Santo no lo consintió sino despues de reprenderles dulcemente su pusilanimidad, y diciéndoles, que, aunque se separasen de su lado, no dejaria él de seguirles con su corazón y con sus oraciones. Los discípulos, efectivamente, se separaron, pero Dios no le abandonó, y para darle una prueba más señalada de su asistencia, permitió que los persas llegasen hasta su monasterio. Apénas llegaron, oró el Santo, y todos huyeron precipitadamente. Por, último, habiendo vuelto los bárbaros á su pais, regresaron los discípulos del Santo á su monasterio, y le encontraron tan tranquilo y gozoso, como si nada hubiera tenido que temer, de lo cual dieron acción de gracias al Señor. Para mayor prodigio, el religioso que habia huido con los demás, y habia sido hecho prisionero, recobró también su libertad. Habiánle los bárbaros encerrado en una prisión y cargádole de cadenas juntamente con un soldado que habia sufrido la misma suerte. El religioso le habló de los milagros de san Simeón, y durante el relato que le hizo, concibió deseos de implorar su protección. Hízolo así, y al punto cayeron rotas sus cadenas, y pasó á través del campamento enemigo sin que nadie le molestase. El soldado, testigo de este prodigio, hizo la misma oración, y obtuvo la misma gracia, volviendo gozoso á su patria para publicar el favor que le habia dispensado el Cielo por la intercesión del Santo.

Pero viendo san Simeón que se le acercaba mucha gente, impidiéndole gozar tan enteramente como deseaba, de las dulzuras de su retiro, y recordando que san Pablo

temia perderse miéntras que ganaba á los demás, resolvió retirarse al monte Carmelo, ó al de las Olivas ; pero la Providencia, á quién siempre encomendaba sus pensamientos y proyectos, lo dispuso de otra manera. Hacía ocho años que estaba sobre su columna, y determinó ir á una elevada montaña, situada á nueve millas, ó tres leguas de Antioquía, la cual no era frecuentada por nadie, porque carecia de agua, y servia de guarida á las serpientes y otras bestias salvajes. Le confirmó en esta resolución una visión en la que Jesucristo le demostró esta montaña, desde cuya cumbre le invitaba, asegurándole que se santificaria en este lugar, y que en adelante se llamaria *Montaña admirable*, á causa de las maravillas que en ella habia de obrar para gloria de su santo nombre.

En su consecuencia, congregó Simeón á sus discípulos : les declaró lo que Jesucristo le habia revelado : les nombró por superior á un anciano, cuya dulzura y prudencia era conocida de todos, y partió para el lugar que se le habia mostrado. En el camino curó milagrosamente á un paralítico, y habiendo llegado al pié de la montaña hizo oración, levantó una cruz de piedra, y buscando la torre sobre la cual habia visto á Jesucristo, subió á ella con gozo extraordinario.

Dice su historiador que tenia entónces veinte años, con cuyo dato podemos conocer la edad que tenia cuando subió á la primera columna. Habiendo estado seis años en la primera, y ocho en la segunda, se deduce que no tenia más que seis, cuando hizo su primer ensayo de la vida de los Estilitas. Esto era un verdadero prodigio, y no es de extrañar, por lo tanto, que su vida fuese una serie no interrumpida de milagros, por los cuales quiso Dios hacer ostentación de las maravillas de su gracia y de los prodigios de su poder.

Su nuevo retiro fué como un teatro más extenso en que

se manifestó la magnificencia de la gracia de Dios sobre su Santo. Simeón se habia retirado, tanto para que su humildad no encontrase obstáculos, ni verse expuesto á los halagos de la vana gloria, como para entregarse más de lleno á la oración y contemplación de las grandezas divinas; pero el Señor le colocó como una antorcha que sirviese de luz á todo el mundo, y para consuelo de una infinidad de personas, que acudian de todas partes á su nuevo retiro. No pudo ver á esta multitud de desgraciados enfermos, que imploraban su auxilio, sin que se compadeciese su corazón: así es que les imponia sus manos y quedaban curados.

En esta época de su vida, un león de los más grandes y terribles que se habian visto por aquellas comarcas, se arrojó sobre un hombre que venia á verle. Este no encontró medio más seguro para librarse del fiero animal, que invocando al Santo, con lo cual lo ahuyentó al punto. Pero habiendo referido este hecho al Santo, envió éste á uno de sus discípulos, llamado Anastasio, para que siguiese al león hasta su caverna, y le mandase dejar el pais, cuya órden fué obedecida por el animal. Entónces empezaron nuevas visiones, profecías y milagros, y seriamos interminables, si hubiésemos de seguir al historiador que los refiere. Diremos, no obstante, que no habia enfermo que no fuese curado con su palabra, ó tocando su báculo ó alguno de los objetos de su uso. Pero no podemos omitir la revelación que tuvo de la muerte de Efrén, patriarca de Antioquía, ocurrida en la misma hora que dijo á sus discípulos, como lo comprobaron estos al poco tiempo. Este prelado, que habia sido ordenado en el año 527, según los continuadores de Bolando, y que gobernó su iglesia durante dieciocho años, murió en 545, haciéndose recomendable, entre otras virtudes, por su caridad para con los pobres. Pero el que le sucedió, en lugar de seguir sus huellas, dió principio á su pontificado con un acto de

dureza indigno de su carácter. Al pasar por uno de los barrios de la ciudad, vió á muchos pobres á la puerta de la iglesia, y mandó que fuesen arrojados, alegando como razón, que era indecoroso ver tanta miseria en una ciudad tan magnífica como la de Antioquía. Acudieron estos desgraciados al Santo, exponiéndole que en Efrén habian perdido un padre caritativo, y que el nuevo prelado, lejos de compadecerse de su triste situación, no queria admitirlos en las puertas de la ciudad. Simeón procuró consolarles, diciéndoles que no tardaria el nuevo prelado en aprender á ser humano con los afligidos. En efecto, hizo su oración, y al punto se vió este patriarca acometido de vivísimos dolores en las manos y pies, que le dejaron paralítico.

Muy léjos estaba Simeón de la dureza que habia manifestado este patriarca,á quién Dios acababa de castigar tan severamente ; pues habiéndosele presentado un pobre medio desnudo, se despojó de su ropa para dársela, y se quedó sólamente con el escapulario, aún cuando era el mes de noviembre y se sentia intenso frio. Pero lo sufrió con gozo hasta que su discípulo Eugenio le llevó un manto para que se cubriese.

La ciudad de Antioquía fué nuevamente afligida con otro terremoto acompañado de lluvias torrenciales. Las sacudidas, que fueron muy violentas y frecuentes, alarmaron á todos los habitantes, y los paganos que no sabian atribuir estos fenómenos más que á la influencia de los astros, emprendieron la huida. Pero Dios habia anunciado esta desgracia á san Simeón, y éste la advirtió al pueblo el dia ántes que ocurriese. En efecto, el terremoto comenzó de noche, y el Santo oró con tanta eficacia, que logró apaciguar la cólera divina, y si fué grande y general el espanto, no lo fué ménos el gozo cuando cesó el castigo. El sabado de mañana se presentó el Santo con aire festivo ante el pueblo que habia venido á rodear su columna,

y pedirle que interpusiese sus poderosas oraciones, y le dijo : « Reconoced la necedad de los que pretenden atribuir á los astros lo que es efecto de la justicia divina. Su cólera está apaciguada, y me ha dado á conocer que le será muy grato que hagais penitencia. » Predijo también otro terremoto que, habiendo comenzado por la Siria, la Mesopotamia, la Palestina, la Fenicia y la Arabia en 554 ó 555, hizo perecer á tantas personas en Constantinopla, en Nicomedía y otras ciudades vecinas, que las dejó casi arruinadas.

Le reveló el Señor que era su voluntad, que edificase un monasterio, al cual vendría mucha gente de la parte de Persia, quedando alguna bajo su dirección. En otro capítulo hablaremos de este monasterio y de sus discípulos, consignando tan sólamente en este lugar, que, cuando estuvo edificado, dejó de vivir en la torre, en donde habia estado durante diez años expuesto á las inclemencias del tiempo, y subió á la edad de treinta años á otra columna que levantó cerca del monasterio, y en la cual estuvo otros cuarenta y cinco años, que completan el curso de su vida. Desde lo alto de ella continuó obrando multitud innumerable de prodigios, y haciendo fervorosas exhortaciones á los que iban á verle, tanto para exhortarles á la penitencia, como para animarles á la perfección. Allí eran librados del demonio todos los poseidos por este maligno espíritu, curados todos los enfermos, y resucitados algunos muertos. Allí multiplicó un poco de pan que habia en el monasterio para que, sin disminuirse, comiesen los religiosos y los pobres. Era ésta, para decirlo en una palabra, la montaña admirable por los prodigios de todo genero que obró este ilustre Taumaturgo.

Esto hizo que aquellos, en cuyo favor los hobraba, deseasen recibir de sus manos la sagrada Comunión, y no ménos lo deseaban sus discípulos. Le suplicaron, pues, con muchas

instancias que se dejase ordenar sacerdote. Pero este hombre, á quién Dios habia enaltecido tanto á los ojos de los hombres, era tan abyecto á los suyos propios, que, no pudiendo resolverse á complacerles, les decia con sentimiento de la más profunda humildad : « ¡ Ay ! hermanos mios, si el serafín que purificó los labios del profeta, á pesar de ser tan puro y abrasado en el fuego del Señor, tomó con unas tenazas el fuego que ardia ante el trono del Señor, ¿ como yo, hombre débil y miserable, me atreveré á tocar al Santo de los Santos ? » Pero si su humildad le hizo resistirse á recibir el sagrado carácter, Dios le significó en un éxtasis que era su voluntad que lo hiciese, y que consintiera en que Dionisio, obispo de Seleucia, que iba á venir á visitarle, le impusiese las manos.

En efecto, á la mañana siguiente el obispo Dionisio, acompañado de dos de sus eclesiásticos, vino al monasterio : llevado por un movimiento del Espíritu de Dios, subió á la columna, y despues de abrazar cariñosamente al Santo, le hizo bájar y le confirió el sacerdocio, á pesar de las razones alegadas por su modestia. El obispo se felicitó de haber tenido la dicha de consagrarle en vaso de elección, y volvió á su iglesia con el corazón lleno de gozo. Pero no sucedió lo mismo á Simeón. Tanto como habia temido recibir el sacerdocio, tanto temia ejercer sus funciones, considerando que carecia del fervor y del amor que para ello se necesitaban, y fué preciso que, para determinarse, recibiese una órden expresa del cielo. Con esta seguridad ofreció el santo Sacrificio, al mismo tiempo que ofrecia consagrarse con más ardor al servicio del Señor. Este brillante ejemplo demuestra el profundo respeto y santa devoción con que deben los sacerdotes tratar los misterios divinos. Dice su historiador que tenia treinta y tres años cuando fué elevado al sacerdocio, es decir, dos años despues de haber subido á aquella columna.

Si los frecuentes prodigios que obraba el Santo le atraian la veneración de los obispos y del pueblo, si su vida penitente y las virtudes que le adornaban eran como un prodigio continuado que le conciliaban el respeto universal, no era todo esto obstáculo para que los impíos y malvados, impulsados por el demonio, lanzasen contra él el veneno que contenian sus corazones, y se esforzasen en calumniarle como impostor, con objeto de inspirar desconfianza á las gentes sencillas. Su historiador cita algunos hechos, dos de los cuales sólamente expondremos.

Quedaban todavía en Antioquía algunos paganos, así como ateos, astrólogos y otros impíos, como los ha habido en todos tiempos. Algunos de estos pretendidos filósofos, que sostenian las necedades de la metempsícosis, y creian que todo acaecia por la ciega fatalidad, que no sabian definir, vinieron en busca del Santo con intención de sorprenderle con sus sofismas y confundirle ; pero ellos á su vez quedaron confundidos con la elocuencia que el Santo habia recibido de Dios y con la fuerza de sus milagros, y en lugar de rendirse á la evidencia que les abrumaba, se irritaron más contra él, y se propusieron vengarse, cuando encontrasen una ocasión favorable. Más esto no les sirvió sino para proporcionarse un nuevo castigo de parte del cielo. Habia caido enfermo un artista de Antioquía, y no encontrando alivio con ningún remedio humano, determinó acudir al Santo, que oró por él, y le devolvió la salud. De regreso á la ciudad, quiso manifestar su reconocimiento colocando sobre la puerta de su casa la imágen del Santo con lámparas. Apercibiéronse algunos de estos impíos, y uniéndose á otros no ménos malvados que ellos, vinieron tumultuosamente á la casa del artista, gritando como locos, y pidiendo hacer pedazos la imágen del Santo y al que allí la habia colocado. Este, dice el historiador, se hallaba ausente, y por lo tanto, pudo librarse de los insultos.

Dijeron, pues, á un soldado tan impío como ellos, que tomase una escalera y arrancase la imágen ; pero cuando tocó á ella, cayo á tierra. Subió otro á la escala, y sufrió la misma suerte. Por último, se obstinaron en que subiese otro, y también quedó tendido en tierra, lo cual no pudo ménos de producir la mofa de los cristianos que se habian reunido al oir el tumulto. Los impíos se retiraron llenos de confusión, pero no convertidos ; miéntras que los buenos cristianos alabaron al Señor, y manifestaron la veneración que profesaban al Santo.

Cuando llegó lo ocurrido á noticias de éste, lejos de hacerle impresión la injuria hecha á su persona, no pensó más que en la que hacian los impíos á Dios con sus blasfemias y con la obstinación en sus errores. Acudió á su recurso ordinario de la oración, y tuvo un éxtasis, durante el cual le pareció hallarse en el palacio del emperador en Constantinopla, y que uno de los principales personajes de la corte que habia sido enviado á Oriente, entró en Antioquía, en donde vió una bestia feroz que causaba grandes destrozos, y era seguida de muchos hombres, á los cuales condenó este personaje, á excepción de uno solo.

Habiendo vuelto de esta visión, la refirió á sus discípulos, enseñándoles lo que significaba, y que pudieron comprender mejor con el suceso. Efectivamente, cuatro meses despues envió el emperador á un prefecto llamado Amancio, hombre de letras, pero tan severo como equitativo, sobre todo cuando se trataba de castigar un crímen contra la religión. Recorrió ante todo el pais de su mando, y en todas partes dió muestras de severidad, que alarmaron á los pretendidos filósofos de Antioquía, muchos de los cuales ocupaban puestos distinguidos. No dejaban de ser fundados sus temores : pues el nuevo prefecto no atendia á otra cosa que al cumplimiento de la ley, sin

guardar consideraciones á ninguna clase de personas, por elevadas que fuesen.

Hizo, pues, arrestar á todos estos filósofos: les recogió todos los libros que trataban de adivinaciones, ó que contenian impiedades contra la religión, y los hizo quemar en la plaza pública. Recogió también todos los ídolos, y los mandó colgar en las encrucijadas y lugares más céntricos, para demostrar á los paganos el desprecio con que miraba sus falsas divinidades, y la impotencia en que se hallaban para defenderse. Por último, habiéndose dirigido á su tribunal, ordenó que se le presentasen los presos, y los castigó con toda la severidad de la ley, según la gravedad de sus crímenes. Solo faltaba para que se verificase lo que habia visto el Santo en su éxtasis, que uno de los criminales fuese perdonado. Merece ser referido este hecho, por ser muy edificante.

Entre los que habian sido encarcelados por órden del prefecto, habia uno que se distinguia por sus crímenes, y por la parte activa que tomó en la sedición de que hemos hablado. No podia abrigar esperanza alguna de perdón, pues eran muy terminantes las acusaciones que contra él se hacían. Pero miéntras que este desgraciado esperaba morir en los tormentos que le estaban preparados, vino un religioso á encomendarlo á las oraciones del Santo, exponiéndole como razón, que, aún cuando era muy grande su culpa, merecia que se interesase por él; « pues encontrándose, dijo, á mi lado en la iglesia, y habiendo oido que yo pedia al Señor que me facilitase un hábito, me compró éste que llevo. También ví que encontró á un pobre, y le hizo una buena limosna, y que, habiendo abandonado una mujer á su hijo por no tener con que sustentarlo, lo tomó á su cargo lleno de compasión, y lo encomendó á una nodriza, á la cual dió dos monedas de oro, prometiéndole pagar todos los gastos ne-

cesarios para el sustento y educación de este niño. »

Conmovido el Santo con este tierno relato, oró por el criminal, y su oración fué oida. Habia determinado el prefecto que este criminal fuese quemado vivo en una barca en medio del mar, y sólo esperaba este desgraciado el dia en que se ejecutase la pena, cuando uno de sus colonos vino á suplicar al Santo que le dijese lo que iba á ocurrir. « No temais, contestó Simeón, no perderá ni uno solo de los cabellos de su cabeza. » Corrió al punto á la cárcel para comunicarle esta buena noticia. A la mañana siguiente hizo el prefecto que compareciese el reo, y en vez de pronunciar la sentencia de muerte, le absolvió con gran extrañeza de todos los que se hallaban presentes. El primer uso que hizo de su libertad fué visitar al Santo, á quién se reconocia deudor de ella, publicándolo así por todas partes, para que todo el mundo conociese la grandeza de su santidad y la eficacia de sus oraciones.

Acabamos de ver que Dios se valió de la justicia humana para castigar á todos los que habian insultado al Santo en su imágen. También castigó á otros que habian hablado insolentemente de él, entregándolos al demonio. Nicéforo Urano refiere muchos de estos casos, haciendo constar al mismo tiempo que el único recurso que quedaba á estos infelices era recurrir al Santo y pedirle perdón, y al punto quedaban curados con sus oraciones. Pero Dios quiso en una ocasión vengar al Santo de una manera terrible, á fin de hacer patente la protección especial que le dispensaba, y reprimir la temeridad de los que se atrevian á despreciar su virtud, y á calificar sus milagros de prestidigitaciones. Un abogado de Antioquía se desencadenaba furiosamente contra él, siempre que se le presentaba ocasión, y cuando oia referir alguno de sus milagros, lejos de reconocer el don con que Dios le habia favorecido, lo atribuia á artes mágicas. Habiendo llegado á conocimiento

del Santo, encargó á uno de sus discípulos que iba á la ciudad, que le manifestase de su parte cuanto debia temer el juicio de Dios y los suplicios que están preparados á los pecadores despues de esta vida. Habia previsto que su consejo seria inútil, y que aquel desgraciado moriria impenitente. Obedeció el discípulo, y habiendo encontrado á Anastasio en uno de los lugares más públicos de la ciudad, se aproximó á él, y le dijo que tenia que hablarle de parte de Simeón. Queriendo Anastasio hacer alarde del desprecio con que miraba al Santo, dijo al discípulo que hablase alto y en presencia de todo el mundo. Hízolo el religioso, y cuando hubo concluido de hablar, se apoderó el demonio de Anastasio, lo arrojó á tierra, lo atormentó cruelmente, y le quitó la vida.

Además del don de profecía con que Dios le habia favorecido, le dió á conocer en varias ocasiones el mal estado de conciencia de algunos de los que venian á verle, sobre todo cuando usaban de disimulo, y querian aparecer buenos, siendo así que por su hipocresía eran doblemente odiosos á los ojos de Dios. Uno de los principales habitantes de la ciudad de Epifanía, [1] en Siria, le llevó un trozo de madera de la India, de aroma muy suave pura que lo usase en el incensario. El Santo no lo quiso aceptar, y le dijo que lo usase en su casa; pero obstinándose el que se lo habia llevado, recibió esta respuesta: « Dadme el incensario, para que se manifieste el poder de Dios. » Puso la madera aromática sobre los carbones encendidos, y en vez de suave perfume, exhaló un olor en extremo fétido, que infestó el monasterio, y se extendió á considerable distancia. « Confesad vuestras iniquidades, le dijo el Santo, y haced una sincera penitencia, para que el demonio no se apodese de vuestra alma, y seais un objeto de execra-

[1] Hoy Hamay.

ción y desprecio para todo el mundo. » Espantado este desgraciado del prodigio y de la amenaza del Santo, declaró todos los pecados de que era culpable, y recibió consejos saludables para conducirse bién en adelante.

Vino también á visitarle el tesorero de la iglesia de Apamea acompañado de muchos de sus parientes y familiares, y el discípulo que estaba encargado de presentarle á los extranjeros se manifestó en extremo obsequioso, ya fuese, dice su historiador, por política, ya por amistad, ó bién por ignorancia. — « No prodigueis tanto los elogios, dijo el Santo, pues decis lo que no sabeis. » — Léjos de recibir á este tesorero con las consideraciones que esperaba el discípulo, le tomó por los cabellos, y le dijo con tono de autoridad. « Espíritu impuro, que habitas en este hombre, declara ante todos los aquí congregados los crímenes á que le has arrastrado, para que reconozca que hay un Dios que ha criado el cielo y la tierra, y que desde las alturas de los cielos hace brillar su justicia sobre la tierra. » — Bién pronto se vió que hablaba el Santo movido por el mismo Dios, pues explicándose el demonio por la boca del tesorero, dijo con voz terrible : « Bién merecido tiene este castigo á causa de su idolatría, de sus sortilegios, de sus imposturas y de su impiedad. Él es el que me ha traido á este lugar, y sufro cruelmente al ver que han sido descubiertos los crímenes á que le he incitado. » — Todos los asistentes quedaron aterrorizados de oir al maligno espíritu, y sobre todo los padres del esorero, que, llenos de confusión, se postraron en tierra, prorumpiendo en gritos y lamentos del más vivo dolor. Conmovióse san Simeón, y mandó al demonio que callase. Entónces el tesorero, cuya inteligencia habia sido desvanecida por el maligno espíritu, volvió en sí, y sintiéndose oprimido por los remordimientos de conciencia, declaró públicamente todos los crímenes secretos de que se habia

hecho culpable, y que eran tan horribles, que Nicéforo Urano no se atrevió á consignarlos por escrito. Con esta humillante confesión mereció el tesorero ser reconciliado con Dios.

Por lo expuesto puede juzgarse de la eminente piedad de san Simeón y de todas las demás virtudes que le adornaban. Su fé aparece de sus prodigios, que demuestran igualmente el fervor de sus oraciones. Muy frecuentemente era arrobado en éxtasis sublimes, en los cuales le comunicaba Dios sus luces con tanta abundancia, que con ellas conocia los sucesos del porvenir y los más profundos secretos del corazón. Su caridad le constituia en padre y refugio de todos los afligidos, y ninguno de los que á él venian dejaba de alcanzar sus deseos, tanto en el alivio y curación de sus males, como en lo que á la salud de sus almas se referia. Sólamente se enardecia con celo ardiente contra los hipócritas, los herejes obstinados y los enemigos declarados de la Iglesia, y esto por el interés que se tomaba por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. A este fin exclusivamente dirigia todos los beneficios que dispensaba al prójimo, pues estaba penetrado de los terribles suplicios que están reservados á los pecadores en la otra vida, cuando hasta la muerte han abusado de las misericordias de Dios, sin pensar en su perdición eterna.

¿ Hasta donde llegó el rigor de su penitencia? A ella se entregó desde su más tierna infancia, y á medida que crecia en edad, aumentaba su rigor. Apénas dedicaba algunos momentos al sueño, y esto con gran pena, pues, como hemos visto, pidió al Señor que le librase de esta necesidad, y hubiera deseado no tener necesidad de alimento, pues miraba como tiempo perdido el que se dedicaba al cuerpo. Así es que todo su sustento consistia en un poco de miel silvestre y agua con algunas yerbas que nacian naturalmente en la montaña.

Pero más que todo esto es digna de admiración su profunda humildad. ¿Qué Santo hay que haya sido más favorecido del cielo, y más respetado de los hombres? Pues, como dice Evagrio, de todas las partes del mundo venian á verle, y no sólamente los Romanos, sino las naciones más bárbaras y remotas venian á tributar homenaje á su santidad y á encomendarse á sus oraciones, que nunca dejaban de ser eficaces. Sin embargo, se consideraba como nada á sus propios ojos, y se tenia por un gran pecador. Léjos de atribuir á sus méritos los dones celestiales que habia recibido, y de sentir algún movimiento de satisfacción por las alabanzas que de él se hacian, se olvidaba enteramente de sí mismo, y no se ocupaba más que de alabar á Dios, y de que los demás le glorificasen.

No supo hacer otra cosa durante su vida, y de aquí se deduce cuán preciosa debió ser su muerte á los ojos del Señor. Ya hemos dicho que estuvo en la casa de sus padres hasta la edad de cinco años: que á la de siete subió á una pequeña columna levantada al lado de la del abad Juán, en la que estuvo seis años. Vivió ocho en la segunda, que tenia cuarenta pies de altura, y diez en la torre de la montaña, y por último, cuarenta y cinco sobre otra columna más elevada y situada en la misma montaña, que forman un total de setenta y tres años, que fué el tiempo de su vida. Cuando llegó á esta edad, se le apareció el ángel de su guarda, anunciándole la proximidad de su fin.

Acabamos de decir, que, según Evagrio, se alimentó durante algún tiempo de plantas silvestres; pero apercibiéndose sus discípulos que no les pedia nada para comer, no concebian como pudiera vivir. Más cuando el espíritu celestial le anunció su próxima muerte, los reunió á todos participándole la noticia. No pudieron oirla sin experimentar vivísimo dolor, y les hizo una larga y caritativa exhortación sobre la observancia de los preceptos divinos, sobre

la caridad con que debian amarse unos á otros, sobre el amor del prójimo, sobre la fidelidad con que debian combatir las tentaciones, y sobre otros importantes puntos de la perfección cristiana.

Conociendo que tenian grande deseo de saber como habia podido vivir tanto tiempo sin tomar alimento, les habló de esta manera. « Yo no puedo ocultaros, mis carísimos hermanos é hijos, lo que deseais saber de mí, aunque no me hayais manifestado expresamente este deseo. Vosotros sabeis que el Señor me ha dispensado muchos beneficios desde mi niñez, y hacía mucho tiempo que yo le pedia con instancia que me librase de la necesidad de comer. ¡ Ay ! Señor mio Jesucristo, ¿ podré yo ensalzar suficientemente las misericordias que habeis dispensado á vuestro siervo? Un dia me pareció ver descender á través de los aires á un personaje venerable revestido con ornamentos sacerdotales, rodeado de una nube de luz, y teniendo en sus manos un vaso sagrado. Cuando llegó á mí, abrió este vaso : no sé lo que contenia ; pero ello es que, dándomelo á beber, sentí una cosa tan celestial, que no puedo expresar, y al mismo tiempo era su contenido tan confortante, que pude pasar la semana siguiente sin tomar alimento alguno. Desde este tiempo me se ha aparecido este personaje todas las semanas despues de la celebración de la santa Misa, y me ha favorecido con el mismo alimento celestial. Os he ocultado este señalado favor del Altísimo hasta ahora ; pero os tengo que abandonar, y debo ya revelaros este secreto, por lo mismo que os amo con toda la ternura de mi corazón. Por otra parte, vosotros sois testigos de toda mi vida, puesto que conmigo habeis compartido todos los combates que hemos tenido que sostener contra los enemigos de nuestra salvación, y que todos hemos marchado en mútua caridad por el camino de los preceptos del Señor. »

« Ahora bién, si por los desvelos con que he procurado

dirigiros santamente soy merecedor de alguna recompensa, yo no os pido otra que la fidelidad en observar las reglas que os he prescrito. Continuad despues de mi muerte portándoos como lo habeis hecho en vida. Obrad y hablad de la misma manera que si yo estuviese entre vosotros, y para que no molestaros con muchas recomendaciones, recordad que vendrá un dia en que todos hemos de comparecer ante el juez soberano, que hará públicas todas nuestras obras, dando á cada cual el premio ó castigo que por ellas hubiese merecido.

Hízoles algunas otras recomendaciones, y diez dias despues de la revelación que habia tenido por medio del ángel, ó sea el 24 de mayo, despues de cantar con los religiosos el oficio de la tarde, y de hacer otras oraciones prescritas por la regla, entregó amorosamente su alma en manos del Señor, como invitado por su infinita bondad á que gozase de su gloria, por que tanto habia suspirado, y á que le contemplase, no á través de los velos de la fé, sino frente á frente.

Dice Evagrio que, cuando supo que el Santo estaba próximo á morir, fué á dar aviso al patriarca de Antioquía, que era á la sazón Gregorio, el cual se apresuró á darle el último ósculo de paz, si bién no llegó á tiempo. Los continuadores de Bolando ponen su muerte en el año 596, y como entónces tenia setenta y dos, se sigue que nació en 520. Durante su vida ocuparon el trono cinco emperadores, que fueron Justino el Viejo, Justiniano, Justino el Jóven, Tiberio II y Mauricio. Bulteau opina que murió hacia el año 592; pero Baillet, que lo cita, no le ha seguido en este punto. Nicéforo Urano dice que las reliquias del Santo fueron orígen de innumerables prodigios, no sólamente para curar las enfermedades del cuerpo, sino principalmente las del alma. Los griegos celebran con grande solemnidad su fiesta el 24 de mayo, y Baronio

la asigna en el Martirologio Romano al 3 de setiembre.

A continuación hablaremos de algunos otros Estilitas, porque lo que de ellos sabemos no es suficiente para formar un capítulo. Cerca de cincuenta años ántes de san Simeón el jóven, cuando san Efrén era patriarca de Antioquía, habia cerca de la ciudad de Hierópolis un solitario que vivia sobre una columna, pero que desgraciadamente se habia dejado seducir por los sectarios de la heregía de Severo, y rechazaba el concilio de Calcedonia. Compadecido Efrén de su error, fué á buscarle, y despues de reprenderle, le exhortó á que volviese á la comunión de la Iglesia. Pero como la heregía suele ir acompañada de la soberbia, no escapó este solitario de la ley ordinaria, como lo dió á entender en su respuesta: « No puedo comunicar, dijo, con los que admiten el concilio de Calcedonia. — ¿ Como, pues, quereis, replicó san Efrén, que cure vuestra alma, y que satisfaga por vos á Jesucristo, cuando la santa Iglesia, que no puede tener mancha, resiste y rechaza la de la herejía? »

Creyendo el solitario llenarle de admiración, le dijo: « Encended una gran hoguera; los dos nos arrojaremos á ella, y aquel que quede incólume será el que profese la verdadera fé. — Deberiais, hijo mio, contestó Efrén, obedecerme como á padre vuestro que soy, sin exigirme que haga un milagro. Pero aún cuando soy un gran pecador, confio en la misericordia divina, y por procurar vuestra salvación, voy á hacer lo que me proponeis. Bendito sea Dios, añadió dirigiéndose á todos los que se hallaban presentes: traed la leña. La encendió delante de la columna, é invitó al solitario á que bajase de ella, para arrojarse ambos al fuego. Pero resistiéndose el Estilita, el patriarca le echó en cara el no querer cumplir lo que habia prometido, y tomando al mismo tiempo su estola, la arrojó al fuego, del cual salió ilesa al cabo de tres horas, y cuando

ya toda la teña se habia consumido. Este prodigio convirtió al estilita, que se separó de Severo y de su heregía, y volvió al seno de la Iglesia, recibiendo la sagrada Comunión de manos del patriarca, y dando gracias á Jesucristo.

Habia también otros dos Estilitas en Cilicia, el uno llamado Simeón, cerca de la ciudad de Egea, y el otro llamado Juliano, que vivia á cuarenta millas del anterior. Juliano tenia discípulos, por la cual es de creer que su columna estuviese dentro del recinto del monasterio. Era sacerdote, y dijo un dia á sus discípulos : « Poned perfumes en el turíbulo. » Extrañaron esta órden, porque la daba fuera de la hora acostumbrada, y le preguntaron la causa. « Es, respondió, que mi hermano Simeón acaba de morir á consecuencia de un rayo, y su alma sube gozosa al cielo. » Como los griegos reconocen á tres santos estilitas que llevaron el nombre de Simeón, siendo uno de ellos el primer Estilita, y el segundo Simeón el jóven, de creer es que este herido de muerte por un rayo sea el que celebran el 26 de julio con el carácter de sacerdote y de abad.

En cuanto á Juliano, el abad Estéban, superior del monasterio de san Sábas, referia á Juan Mosch, que habia en un terreno inmediato á su columna un león furioso que habia causado muchas víctimas, y deseando este anciano poner término á estas desgracias, llamó á uno de sus discípulos llamado Pancracio, y le dijo : « Busca el león que se halla á dos mil pasos de aquí : le encontrarás acostado, y le dirás : El humilde Juliano te ordena en nombre de Jesucristo que salgas de la provincia. » Ejecutó Pancracio el mandato de su superior, y tan luego como le comunicó la órden de éste, se retiró dócilmente el furioso animal, y no volvió á verse más.

Juán Mosch hace mención de otro milagro que le refirió Ciriaco, discípulo del mismo abad Juliano. « Me hallaba, le dijo Ciriaco, molestado por una enfermedad, sin en-

contrar remedio alguno en lo humano, y entónces mi padre y sus hermanos me presentaron al santo abad, el cual oró por mí, y al punto quedé curado. Este prodigio nos determinó á los tres á renunciar al mundo y á ponernos bajo su dirección. A mi padre encomendó el cuidado del trigo necesario para el sustento de los religiosos. Un dia vino á decirle que no quedaba ya trigo : « Id al granero, le dijo, y reunid el que sea posible para hoy, y para mañana Dios proveerá. » Mi padre que sabia que no habia quedado ninguno, en vez de hacer lo que se le habia mandado, se retiró á su celda triste y pensativo ; pero el Santo le llamó de nuevo, y le dijo con dulzura : « Hermano Conón, pues este era su nombre, id, tomad todo el trigo que encontreis, y preparad lo que sea necesario para que coman los religiosos. » — No dejó de molestar esta órden á Conón ; así es que tomó las llaves con intención de reunir el polvo que hubiese en el granero, y llevárselo ; pero quedó sorprendido cuando, al abrir la puerta, encontró resistencia. En efecto, el granero estaba lleno de trigo por un milagro de la divina Providencia : de modo que, admirado Conón del prodigio, corrió en busca del santo abad, pidiéndole perdón de su desconfianza y desobediencia.

El mismo Juán Mosch habla de otros dos Estilitas de Cilicia, que no vivian muy distantes el uno del otro. Uno de ellos era buén católico, y el otro seguia la herejía de Severo. Este que hacía mucho tiempo que se hallaba sobre su columna, creyó que su ancianidad le daba derecho sobre el otro, y le envió un emisario reprendiéndole porque no pensaba como él. El católico le pidió un dia que le enviase parte de la hostia con que comulgaba, á lo cual accedió inmediatamente, creyendo haberle ganado para su secta. Pero cuando recibió el pan, lo echó en una caldera de agua hirviendo, en la cual quedó enteramente disuelto. En seguida tomando una particula de la sagrada Eucaris-

tía consagrada en la Iglesia católica, la puso en la misma caldera, y notó que estaba frio el sitio en que puso la hostia, y que ésta permaneció entera y sin humedecerse. Juán Mosch añade que conservó esta hostia como testimonio del milagro, y que la mostraba á todos los que iban á visitarle.

A mediados del siglo sexto, hubo otros muchos solitarios que, á ejemplo de san Simeón el jóven, vivieron en columnas, así como éste habia imitado al primer santo Estilita. Puede verse la relación de ellos en las notas puestas por Assemani al fin de las *Actas de los Mártires*, en donde inserta también la vida de san Simeón primer Estilita.

---

## DISCIPULOS, MONASTERIO Y DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN SIMEON EL JOVEN, ELOGIO DE SU BIENAVENTURADA MADRE

Preciso es distinguir tres épocas en la vida de san Simeón, siendo la primera la que pasó bajo la dirección del abad Juán, la segunda desde la muerte de éste hasta que pasó á la montaña admirable, y la tercera hasta el fin de su vida. Con esta distinción se entenderá mejor lo que digamos acerca de sus discípulos, de sus monasterios y de su doctrina espiritual. Durante el tiempo que vivió el abad Juán, no dejó Simeón de ser su discípulo ; pero se distinguió por su santidad, por su penitencia extraordinaria y por sus prodigios, que le dieron cierta superioridad sobre los demás religiosos, así como por el don de sabiduría con que Dios le habia favorecido para hablar de las cosas divi-

nas y por el profundo conocimiento que adquirió de los deberes religiosos, que le hacía aparecer cual un anciano consumado en la vida ascética. Por esta razón le obligó en varias ocasiones su superior á que dirigiese su palabra á los demás religiosos, y aún estos mismos pedian al abad que se lo mandase. Pero tanto ó más que sus palabras debe admirarse el que, léjos de sentir los estímulos de la vana gloria por el deseo de oirle que demostraban sus hermanos, lo cual es un poderoso motivo de tentación para toda clase de personas y sobre todo para un jóven, léjos, digo, de sentir los estímulos de la vana gloria, se hallaba penetrado de un sentimiento tan bajo de sí mismo, que se consideraba como un ignorante desprovisto de virtud y de talento, y que no debiera abrir su boca sino para pedir perdón de sus pecados.

Un dia, pues, en que estaban reunidos todos los religiosos, y se le ordenó que les dirigiese la palabra, les dijo: « Cuando el Señor creó al hombre, le dió la razón para que le sirviese de guía, y para que pudiese discernir lo que debia rechazar ó admitir, á fin de que no se excusase con la falta de luz y de discernimiento entre el bién y el mal. Habiendo, pues, recibido esta razón, si nos entregamos á los deseos desordenados, y nos hacemos esclavos de ellos en lugar de rechazarlos con toda la fuerza de nuestro corazón, desmentimos la santidad del estado que hemos abrazado, tanto al recibir el santo bautismo, como al vestir en presencia de los ángeles el hábito religioso. Es verdad que llevamos dentro de nosotros mismos el peso de la concupiscencia; pero para contrarestar cualquier vicio á que nos incite, ya sea la cólera, ya el amor propio, ya la gula, etc., tenemos la conciencia que debe dirigirnos é inclinarnos á las virtudes contrarias. Consideremos que nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado que hay dos caminos: uno estrecho y sembrado de espinas que conduce

á la vida á los que tienen ánimo para emprenderlo ; el otro, por el contrario, ancho y cómodo, pero que lleva á la perdición. Entremos, pues, hermanos mios, en el camino estrecho, y hagámonos una santa violencia para llegar al reino que está preparado para los que se vencen á sí mismos. Así sea. »

En otra ocasión le suplicaron los religiosos que les hiciese una conferencia piadosa, y no pudiendo negarse á sus deseos, que consideraba como imperiosas órdenes, les habló de esta manera. « Padres y hermanos mios, no es propio de mi edad y de mi escaso talento discurrir acerca de las cosas divinas en una asamblea tan respetable ; pero tampoco me es posible desobedecer á los ancianos. Os diré, por lo tanto, con gran sencillez lo que se me ocurra acerca de la conducta que debe observarse en la profesión religiosa. Pienso que el solitario debe privarse de las satisfacciones de los sentidos, si ha de conseguir la tranquilidad y la paz del alma, y que su principal ocupación deben constituirla la salmodia y la oración mental. El solitario debe conservarse en el fervor de la caridad, y ejercitarse en la obediencia con un corazón humilde ; pues Jesucristo quiso morir para obedecer á su Padre celestial, y para enseñarnos á mortificar con esta virtud los deseos de la propia voluntad. El solitario debe acusarse y llorar sus faltas, acompañando su oración con los sentimientos de compunción de que se hallaba poseido el publicano, cuando se daba golpes de pecho en la presencia de Dios. Su conversación debe ser siempre religiosa, hablando con tono modesto, no diciendo cosa alguna que desdiga de su estado, y manifestando en todo dulzura y moderación. Jamás ha de emplear el juramente para afirmar lo que dice ; sino que debe limitarse á decir, creedme ó perdonadme. Debe evitar cuidadosamente el escándalo que procede de la avaricia, y despojarse de sus bienes. No sólamente debe abstenerse de

hablar mal del prójimo, sino también de escuchar la maledicencia. Debe compadecerse de los que sufren tribulación. No debe desdeñarse de lavar los pies á sus hermanos, ni de prestarles los oficios de la caridad. Debe combatir constantemente el vicio peligroso del orgullo, y considerarse como el último de todos. »

« Debe huir también el solitario de la acepción de personas, y considerar á Jesucristo lo mismo en los pequeños que en los grandes, lo mismo en los pobres que en los ricos : para todos debe tener una caridad sincera, darles hospitalidad y servirles con sencillez de corazón : pues el religioso, que hace más aprecio de la gloria del mundo que de la pobreza no será admitido en el salón del festin, sino rechazado como las vírgenes necias que descuidaron llenar sus lámparas de oleo. Jesucristo ha prometido hacer misericordia á los misericordiosos, cuando dice : *Lo que hagais al más pequeño de estos, á mí lo haceis.* De modo que el que no tiene compasión de sus hermanos, debe esperar no ser reconocido por el Hijo de Dios ; sino que puede decirse que obra como los saduceos, que no creian en la resurrección, y habian, por lo tanto, renunciado á la esperanza de los bienes de la otra vida. »

« El demonio se oculta entre las riquezas, y por eso se atrevió á ofrecer á Jesucristo todos los bienes de la tierra, si le adoraba. Pero el Maestro celestial se ocultó bajo la pobreza, pues no tenia ni aún donde reposar su cabeza. ¿ A quién, pues, daremos la preferencia, al demonio, ó á Jesucristo, que es el rey eterno de los cielos y de la tierra? No mireis nunca más que á Dios, tanto en los pobres como en los ricos. Hareis muy bién reconociendo en la miseria del pobre las riquezas evangélicas, y en la opulencia del rico una verdadera miseria, y manifestareis hacerlo así, si lavais á todos los pies con acción de gracias y con espíritu de sincera caridad : si les dais con gozo todo lo

que está en vuestras atribuciones, y si en todos mirais la persona de Jesucristo. Padres y hermanos mios, la pobreza es el tesoro de los monjes, que nunca son tan ricos, como cuando nada poseen, ó cuando teniendo en abundancia, no lo reservan para sí mismos, sino para socorrer á los necesitados. »

« El religioso debe esforzarse por conservar la pureza de alma y de cuerpo. Si sois atacados por la tentación, acudid, hermanos mios, á Jesucristo con humildad y compunción de corazón, decidle con espíritu de contrición : Señor mio Jesucristo, vos que sois un Dios lleno de misericordia y de bondad, vos que sois nuestro consuelo, vos que vivís desde la eternidad, vos que sois nuestro amoroso padre, y que no permitís que sean confundidos los que ponen en vos toda su confianza, libradme, Salvador mio, del poder de mis enemigos ; venid en auxilio de mi alma, salvadme con vuestra misericordia, porque vos sois todo mi gozo, y preservadme de los lazos que me tiende el infernal enemigo. Nada se oculta á vuestra mirada : vos veis lo que pasa en los más recónditos pliegues del corazón ; así es que conoceis que no he buscado yo los pensamientos que me atormentan, sino que estos han penetrado en mi alma contra toda mi voluntad. Acordaos que no soy más que polvo, y no permitais que la tentación se convierta en daño de mi alma, y le sea motivo de condenación. Señor, Señor, vos sois toda mi fuerza y mi salud, tomadme bajo vuestra protección en el combate que tengo que sostener. No me abandoneis á mi depravación. Tened piedad de mí, Dios mio, tened piedad de mí, pues mi alma acude á vos, y en vos tiene puesta toda su confianza. No os alejeis, Dios mio, de mí ; venid en mi auxilio, ayudadme, pues que sois mi Salvador, y nunca os apartais de mí. »

« De esta manera debe orar el religioso cuando se vé acometido por la tentación. Debe postrarse en seguida de-

lante del Señor, implorando su bondad, y reconociendo su propia miseria, y el Señor no dejará de protejerle con su paternal ternura. Exterminemos, hermanos mios, y arrójemos lejos de nosotros esos fantasmas de impureza que vienen á turbar nuestras almas : cuidad de que la gula no le sirva de pábulo : léjos de satisfacer el apetito, procurad la paz y la santidad, sin la cual no puede gozarse de Dios. Examinad en que os tienta la gula, así como todo aquello que pueda dar lugar á la tentación, y arrancadlo de raiz. Sed firmes, hermanos mios : combatid como esforzados atletas, velad sobre vosotros mismos, y tendreis el consuelo de que la tentación se disipe en seguida. »

« Acompañad el canto de los salmos con la compunción del corazón : sean vuestras oraciones como ardientes flechas de amor que lanceis hacia Dios para herir su tiernísimo corazón. Cuando trabajeis, pensad siempre que estais en la presencia de los ángeles. si teneis dos hábitos, dad uno de ellos al que de él carezca. Observad el ayuno hasta la hora de Nona : no procureis aparecer pálidos y macilentos á causa de los ayunos, como hacen los hipócritas. Procurad que al mismo tiempo ayune la lengua, enfrenándola con la discreción y la caridad. Cuando algún religioso de otra comunidad pase á vuestro lado, saludadle religiosamente, y preguntadle en que podeis serle útil. Si viniese con intención de hablar con alguno, le invitará á tomar alimento, hablándole al mismo tiempo del alimento esperitual y de otras materias piadosas y propias para excitar su fervor, así como de la vida de los santos Padres que nos han precedido. Pero al hablar de esta manera, guardaos de hacerlo por vanidad, y de complaceros en la facilidad de hablar de las cosas espirituales ; porque en esto, como en todas las cosas, no debemos proponernos otro fin que agradar á Dios con sencillez y fidelidad, y no buscar la gloria ante los hombres. »

Amad la pobreza voluntaria, y léjos de entristeceros cuando os falte alguna cosa, sírvaos esta misma privación para amarla con más ardor. Dad gracias á Dios por todo y en toda ocasión. Glorificad su santo nombre con vuestras palabras, y hacedlo con verdadero afecto de corazón que santifique vuestros discursos. »

Jamás entableis amistad con un religioso que haga ó intente cosas contrarias á su estado : examinad en todas las cosas aquello que más os convenga para practicar la virtud. Nunca se halle el demonio entre vosotros, advirtiéndoos que yo llamo demonio al que turba la paz de los religiosos. Amad la verdad, y nunca la dizfraceis con pomposas palabras, aunque en alguna ocasión sea contraria á los sentimientos de vuestro corazón. Cuando os senteis á la mesa y tengais sed, no pidais el agua de palabra al encargado del servicio, sino por medio de alguna señal. No escupais miéntras enteis en la mesa; pero si teneis necesidad de hacerlo, levantaos con licencia del superior, y volved en seguida para comer lo que se os presente con modestia tan religiosa, cual si recibiéseis la comida de manos de los ángeles. No ignorais que el uso del vino está prohibido á los religiosos, pero si alguno, por causa de enfermedad, necesita tomarlo, hágalo con moderación, pues el que se entrega á la pasión del vino abre las puertas de su alma al demonio : las llamas de la concupiscencia inflaman el cuerpo, adormecen los sentidos, embotan la inteligencia, y para decirlo en una palabra, embrutecen y destruyen la razón, que ha dado Dios al hombre para que se dirija en sus acciones. »

« ¿ Os hallais enfermo ? acudid á Dios que es el verdadero médico. Si alguno de vuestros hermanos cae enfermo, y exhala de su cuerpo mal olor, no acudais á otro para libraros del trabajo de asistirle. Prestadle los oficios de la caridad; limpiad con vuestras propias manos sus llagas :

hacedle la cama, y dadle todos los auxilios que necesite. Cumplid todos estos deberes sin manifestarle enfado ni incomodidad, y no creais, sin embargo, que habeis hecho demasiado, sino consideraos como un criado que ha servido á su amo, pues en realidad servís al mismo Dios, y éste os dará la recompensa. De esta manera, hermanos mios, mereceréis oir en el dia del juicio estas dulces y consoladoras palabras de la boca del mismo Jesucristo: *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.* »

Estas conferencias las daba san Siméon á los religiosos por órden expresa del abad Juán, y estos las escuchaban con tanta más satisfacción, cuanto que precisamente suplicaban al superior que se lo impusiese por obediencia. No es de extrañar, por lo tanto, que despues de la muerte de éste abad no hable ya el historiador del Santo de estos religiosos sino como de discípulos suyos. Quisieron, pues, que los dirigiese, y continuaron recibiendo de su boca sus saludables avisos. Sus virtudes, sus prodigios, su vida tan penitente y las luces con que Dios le favorecia, todo concurrió, aunque era muy jovén, á que respetasen sus instrucciones, y aún cuando les dejó para retirarse á la *Montaña admirable*, no dejó de cuidar de ellos, si bién hizo que un anciano ocupase su lugar. Iban con frecuencia á recibir sus consejos, y algunos de ellos se establecieron á su lado, lo cual dió ocasión á que se edificase sobre la Montaña admirable un nuevo monasterio, que se hizo muy célebre por el considerable número de discípulos que vinieron á ponerse bajo su dirección.

Los religiosos del monasterio del abad Juán que le habian seguido, contentáronse en un principio con edificar una pequeña casa cerca de la torre en que el Santo habitaba, y expuesta enteramente al aire; pero Dios, que queria hacer brillar las maravillas de su poder en el nuevo retiro

y constituirlo en un lugar de bendiciones y de gracias, le ordenó en una visión que edificase un gran monasterio y una iglesia. La montaña estaba inculta, era estéril y carecia hasta de agua, y Dios le dió á conocer que vendria á ella una gran multitud de enfermos, cuya curación alcanzarian con sus oraciones, los cuales construirian con gusto el monasterio, y le proporcionarian todo lo que fuese necesario. Le manifestó al mismo tiempo que un ángel mediria la extensión que habian de tener el monasterio y el templo, y les daria su plan.

Simeón no podia dudar de la voluntad divina, y esperó con confianza su cumplimiento. Algún tiempo despues llegó una multitud considerable de extranjeros, de los cuales unos estaban atormentados por el demonio, y otros afligidos por diferentes enfermedades, que venian á pedirle la curación de sus males. A todos los curó con solo hacer la señal de la cruz: pero les mandó que preparasen los materiales necesarios para la construcción de la iglesia y del monasterio, lo cual hicieron de muy buena voluntad, considerándose muy felices con tomar parte en una obra tan santa. Dos ó tres dias ántes de que terminasen sus trabajos, llegaron otros enfermos á los cuales curó también, y dedicó á la continuación de los trabajos, é hizo sucesivamente lo mismo con los que iban llegando. Ordenó también á sus discípulos que hiciesen un montón de cal; pero no habiendo agua para amasarla, alcanzó el Santo con sus oraciones, que lloviese tantas veces cuantas era necesario para la continuación de los trabajos.

Sin embargo, como la multitud de gente que acudia á la montaña aumentaba de dia en dia, preocupaba á sus discípulos el proporcionarles agua para sus necesidades y para las bestias en que llevaban á los enfermos. Es verdad que en otro tiempo habia enfrente dos grandes estanques; pero se ignoraba el sitio en que estaban, por hallarse cegados y

cubiertos de maleza. La necesidad, no obstante, obligó á ser industriosos, y al fin, despues de muchos trabajos los encontraron, y una vez limpios, fueron llenados de agua con una abundente lluvia alcanzada por las oraciones del Santo. Al mismo tiempo se pusieron en uso los antiguos canales que servian para la conducción de las aguas.

Esto no bastó para calmar enteramente la solicitud de sus discípulos : pues cuantos más extranjeros veian llegar, con tanto más fundamento temian que se agotasen los estanques. Sin embargo, no se atrevian á manifestar sus recelos al Santo, el cual, ilustrado por una luz sobrenatural, no los ignoraba. Llamó, pues, á uno de sus discípulos llamado Antonio, y le dijo : « Toma una cuerda, y mide la profundidud de los estanques. » Obedeció el discípulo, y volvió para decirle la altura á que estaban las aguas. Ocurría esto al fin de la primavera, y pasó todo el estio sin que lloviese ; pero llegado el otoño, mandó á Antonio que reconociese nuevamente el estanque, encontrándose que no habian disminuido las aguas, lo cual fué motivo para que tanto los discípulos como los demás á quienes refirieron este prodigio, glorificasen al Señor.

El demonio que veia que todas estas obras se dirigian contra él, por lo mismo que habian de servir para la gloria de Jesucristo, se propuso arruinarlas, y dió tan fuertes sacudidas á un departamento que se destinaba para los enfermos, que tuvieron que suspenderse los trabajos. Advertido el Santo de lo que ocurria, dió una vara á uno de sus discípulos, mandándole que diese con ella en el lugar escogido por el maligno espíritu, diciendo, como si le azotase : « Espíritu inmundo, Simeón te manda en nombre de Jesucristo que te retires de aquí. » En aquel mismo instante el demonio, produciendo un espantoso ruido, se retiró vergonzamente.

Concluyóse felizmente el edificio, se colocó la columna

en que habia de vivir el Santo, y se hizo una cisterna hacia la parte de Oriente para proveer de agua á todos los moradores del monasterio. No quiso el Santo que se cerrase esta cisterna, con objeto de que todo el mundo participase de ella, asegurando què nunca quedaria vacía, como así sucedió efectivamente, á pesar de ser muy considerable el consumo que de ella se hacía.

La iglesia, muy bella y ornamentada, fué dedicada á la Santísima Trinidad. En ella cantaban sus discípulos el oficio divino, y el mismo Santo componia cánticos adaptados á las diferentes festividades, tanto para animarles al amor de Dios, como para aplacar la cólera divina irritada con los pecados del mundo, y para dar acción de gracias al Señor por los beneficios recibidos de su mano misericordiosa. Su historiador nos ha conservado uno de estos cánticos, compuesto con motivo de una visión que tuvo, y en que Dios reveló el terrible terremoto de que hemos hablado en su vida: terremoto que destruyó gran número de edificios en Constantinopla, en Nicomedía y en otras ciudades. El sentido del cántico era de este modo: « Señor, así como en tiempo de Moisés os dejásteis aplacar por las oraciones de este caudillo, y no exterminasteis á los Israelitas que os habian ofendido, dignaos también hoy apaciguar vuestra ira. Cesad de hacer sentir sus efectos á vuestro pueblo, y escuchad benignamente las súplicas que os dirigimos para desarmar vuestra justa indignación. Perdonadnos, Salvador amoroso de nuestras almas, los innumerables pecados de que nos hemos hecho culpables, para que podamos glorificar vuestra misericordia. » — Dice el historiador de este Santo, que habia tanta unción en los cánticos que componia, que no podian cantarse sin que el corazón se sintiese penetrado de gozo ó de penitencia, según las circunstancias.

Cuando el monasterio y la iglesia estuvieron terminados,

hizo Dios que el Santo viese en espíritu á un gran número de personas de toda edad y sexo, que venian de la parte de Oriente, llevando cruces en sus manos, entonando cánticos y dirigidas por el Espíritu Santo. Y efectivamente, algunos dias despues llegó una multitud innumerable de gentes que habitaban en las fronteras de la Persia, y que, movidas por sus milagros, le traian enfermos, y venian á encomendarse á sus oraciones. Llevaban cruces en sus manos, como Dios le habia revelado en su éxtasis, pues todos ellos eran cristianos muy piadosos. Todos los enfermos quedaron curados al punto con las oraciones de san Simeón, y produjo tanto estupor este prodigio, que muchos hombres se quedaron en el monasterio, y otros, al regresar á su pais, publicaban por todas partes las maravillas de que habian sido testigos.

Aún cuando la iglesia estaba concluida, fultábale parte de la ornamentación, y entre otras cosas, los capiteles de las columnas. Uno de sus discípulos llamado Juán, excelente religioso, hombre de mucha oración, y que era muy celoso del esplendor de la casa de Dios, pero que por otra porte no entendia nada de escultura, rogó al Santo que impusiese la mano sobre su pecho, esperando que de este modo le daria Dios á conocer las reglas de este arte, y podria concluir la parte de ornamentación que aún faltaba. Consideró Simeón que debia acceder á sus piadosos deseos, y hacerle conocer al mismo tiempo el mérito de la penitencia. Puso efectivamente su mano sobre el pecho del religioso, diciéndo: « Hijo mio, pido al Señor que te haga un hábil escultor. » Con esta confianza puso Juán manos á la obra, y la hizo con tanta perfección, que se le comparó con Beseleel, á quién escogió el Señor en la antigua ley, para que construyese el arca de la alianza.

Merece ser referida la muerte de este piadoso y hábil arquitecto, revelada al Santo tres dias ántes de que ocur-

riese. Pero éste rogó humildemente al Señor que le dijese, si el nombre de este discípulo estaba escrito en el libro de la vida. Jesucristo le respondió, asegurándole que no sólamente el nombre de este discípulo sino el de todos los demás estaban escritos en él, lo que le produjo un gozo inefable. Postróse de rodillas, y dió gracias al Señor, teniéndo su corazón lleno de admiración y de consuelo por las misericordias que le dispensaba.

A la noche siguiente, hallándose todos los religiosos reunidos en el coro para cantar los Maitines, dijo san Simeón á su discípulo Juán : « Hermano mio, la paz de Dios sea contigo : te anuncio que Jesucristo, nuestro Señor y Rey, te llama. » Al oir estas palabras, se vió Juán dominado por dos sentimientos opuestos, uno de tristeza, y otro de gozo. De tristeza, porque la naturaleza teme la disolución de los cuerpos y la desaparición del mundo visible. De gozo, porque iba á dejar las miserias de esta vida, y esperaba que el Señor, al desatar su alma de los lazos del cuerpo, le llamaria al reposo eterno. Desde este momento se consideró como si no estuviese ya en el mundo, y no pensó en otra cosa que en aprovechar el poco tiempo que le quedaba en prepararse para la muerte de los justos. Así es que pasó los dos dias siguientes en continua oración, repitiendo frecuentemente estas palabras: Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu: Dios mio, llevadme á la tierra de la salud. Se quedó adormecido dulcemente; pero su sueño era la muerte de los santos, para ir á recibir en el cielo la recompensa de la obediencia y de las demás virtudes, que con tanta perfección habia practicado.

Hasta entónces no subió san Simeón á la columna en que murió, y queriendo Dios demostrar con nuevos milagros, que no nos es posible referir, que era su voluntad que pasase en ella el resto de su vida, le llevaron las ma-

deras necesarias para construirla. El mismo Jesucristo la consagró con su presencia sensible en una visión con que honró al Santo, y desde ella derramó este divino Salvador, por mediación de su siervo, copiosas bendiciones sobre el mundo, tanto para consuelo de los afligidos, como para la conversión de los pecadores y perfección de los justos.

Por último, en el año 555, una semana despues de Pentecostés, que se celebró el 4 de junio, según el cómputo de los continuadores de Bolando, despues del oficio de Maitines, mandó el Santo cerrar todas la puertas del monasterio, con objeto de que los extraños no tomasen parte en la ceremonia que iba à practicar, y congregando à todos sus discípulos, ofreció el incienso según era costumbre, y les hizo hincarse de rodillas. El, por su parte, se postró en tierra, é hizo oración acompañada de gran fervor y de abundantes lágrimas. Habiendo todos respondido *amen*, les dirigió su palabra, recomendándoles: 1° la caridad fraterna, exhortándoles á que se amasen mútuamente, como hasta entónces lo habian hecho; 2° á comprender exactamente el espíritu de su profesión, y á practicar sus virtudes, que son principalmente, la mortificación de los sentidos, el olvido de las cosas del mundo, el trabajo manual para atender á su sustento, la vigilancia sobre el corazón, la oración frecuente, los cánticos sagrados, la asidua lectura de las santas Escrituras, la meditación de las verdades contenidas en ellas, y sobre todo, que jamás contristasen al Espíritu Santo en sus corazones.

Se extendió mucho en estos y otros puntos relativos á los deberes de la profesión monástica: puso por testigos de las verdades que acababa de exponerles al Señor, á su santísima Madre y á los espíritus celestiales. Oró por todo el mundo en general, y en particular por los que no se dejan corromper con presentes para cometer injusticias, por todos los pecadores, para que alcanceu la

remisión de sus pecados, y por todos los justos, para que perseveren en la práctica del bién, y para que Dios recompense sus buenas obras. Dió su bendición á todos sus discípulos, encomendándoles á las misericordias del Señor. Despues de esto, quitándose la capucha, y teniendo sobre su pecho el santo Evangelio, fué llevado procesionalmente por sus discípulos á todas las celdas y otros lugares del monasterio, que bendijo en particular. Entró despues en la iglesia para orar, y subió, por último, á su columna. Su piadosa madre, de quién pronto hablaremos, tuvo la dicha de asistir á esta ceremonia, llevando en sus manos una cruz, y bendiciendo al Señor por haberle dado un hijo de tan eminente santidad. Ya hemos dicho que no tenia más que treinta años, cuando subió á esta columna.

Desde ella cuidaba de sus discípulos con la misma atención que lo había hecho hasta entónces, instruyéndoles en sus obligaciones, reprendiendo sus faltas, exhortándoles á la virtud, y animandoles es las tentaciones con que se veian afligidos. El enemigo, ya fuese para impedir los buenos efectos que sus exhortaciones producian en ellos, ó ya para afligir al mismo Santo, les inspiraba de tiempo en tiempo sentimientos de desconfianza y desanimación, siendo de notar que los negligentes abrian con más facilidad las puertas de su alma al maligno espíritu, y sucumbian con alguna frecuencia. Así se verificó especialmente en uno de los Persas de que hemos hablado, llamado Angulas, ó sea en lengua siriaca, perezoso, ya por que se le hubiese dado este nombre, dice su historiador, á causa de natural pereza, ó ya porque fuese su propio nombre. Habiendo dejado Angulas entrar al demonio en su corazón, empezó á murmurar del Santo, á causa de las grandes limosnas que se hacian á los extranjeros y á los pobres, y tachando su caridad de indiscreta, porque preferia á los extranjeros con detrimento de los religiosos.

Estas murmuraciones no dejaron de hacer impresión en algunos espíritus pusilánimes, que por su relajación se hallaban dispuesto á secundar los designios del demonio. Así es que resolvieron manifestar sus quejas al Santo, lamentándose de que, habiendo dejado su pais y sus bienes para ponerse bajo su dirección, abrigaban la esperanza de que, al mismo tiempo que de sus almas, cuidaria de sus necesidades materiales; pero que estas esperanzas habian quedado defraudadas, puesto que con sus prodigalidades para con los extranjeros, carecian los religiosos de las cosas más necesarias para la vida.

Algún tiempo ántes habian caido en la misma falta, pues seducidos treinta y cuatro de ellos por el demonio, habian resulto abandonarle; pero el Santo les expuso que eran culpables de ingratitud para con Dios por desconfiar de su providencia, despues de haber recibido de él tan señaladas pruebas de su bondad paternal, y les dijo que, si no querian corregirse, causarian honda pena en su corazón por verles abandonar su estado; pero que, á pesar de ello, podian retirarse. Este acto de firmeza les impuso silencio, y les hizo entrar en sí mismos, reconociendo que habian sido engañados por el demonio, de quién Angulas habia sido dócil instrumento, para turbar la paz del monasterio é impedir á los religiosos que se aprovechasen de las instrucciones de su santo abad.

Pero esto no fué más que el preludio de otros mayores ataques que preparaba el maligno espíritu. Dios los hizo conocer al Santo, el cual se apresuró á prevenir á sus religiosos, animándolos al combate y exhortándolos á la paciencia. Para ello los congregó, y les dijo: « Sed firmes, hermanos mios, cual corresponde á generosos soldados de Jesucristo: pues Dios ha permitido al tentador que os ataque, para que sea más gloriosa vuestra corona. » Despues tomó el libro de Job, considerando que era muy adecuado

para fortalecerlos y consolarlos con la esperanza de la gloria, y lo leyó desde el principio hasta el fin, explicándoles los pasajes más difíciles, y exponiendo el sentido oculto que en ellos se encerraba. Una vez concluida la lectura, les dijo : « Habeis oido, mis amados hermanos, lo que sufrió el santo patriarca Job, y cual fué el fin de todos sus trabajos. Estad dispuestos á combatir como él : ceñid vuestros lomos con la palabra : tomad por calzado el Evangelio de paz: cubrios con el escudo de la fé para rechazar los dardos del maligno espíritu. Pensad que no hay comparación entre los trabajos de la vida presente y la gloria que nos está preparada en el cielo. Las tribulaciones de esta vida no duran más que un momento ; miéntras que los goces de la vida futura durarán eternamente. »

Al hablar de esta manera, lanzó un profundo suspiro, y mezclando sus lágrimas con sus gemidos, anunció con la mayor claridad sucesos que no habian de tardar mucho en realizarse. « He aquí, hermanos mios, les dijo, la hora del combate : velad para que ninguno de vosotros se deje sorprender por el demonio, que procura enredaros en sus lazos. Sabeis que la casa que habitamos en la tierra ha de ser destruida, y que esperamos habitar en el cielo otra que no es hecha por mano de hombres, siempre que marchemos fielmente por los caminos del Señor. A esta celestial morada es á la que ha llegado felizmente nuestro bienaventurado hermano Juán, de cuyas virtudes é inocencia hemos sido testigos. Él ha sido nuestro compañero en el combate espíritual ; esforcémonos por participar de su gloria. »

« Hace diez años, hermanos mios, que estoy encargado de vuestra dirección, é incesantemente oro por vosotros al Señor, á quién he de dar cuenta de vuestras almas. No he obrado como el mercenario, que abandona su rebaño, cuando vé acercarse el lobo ; antes por el contrario, he procurado imitar al pastor que vela incesantemente por su rebaño, y

que expone su vida por defenderlo. He procurado alejar de vuestro lado al lobo infernal, apoyándome en el báculo del Señor. No ha dejado, sin embargo, de turbaros en algunas ocasiones, excitando en vuestros corazones el deseo de las cosas terrenas, y esforzándose por privaros de la gracia del Señor, para que dejeis vuestro estado; pero por la misericordia divina no ha podido conseguirlo; ántes bien, todos sus designios de malicia se han trocado en su propia confusión. Sin embargo, aún no estamos libres de la tentación : si no está en su poder el dañaros todo cuanto desea, llegará hasta donde pueda, y no tardará mucho en atacar, no sólamente á los jóvenes, poco arraigados en la virtud, sino que desplegará principalmente su rabia contra los que han hecho grandes progresos : pues cuanto mayor es su perfección, tanto más excitado se halla su furor contra ellos. »

La predicción del Santo se cumplió con la mayor exactitud. El demonio suscitó una terrible tempestad contra él, no sólo tentando nuevamente de murmuración á los religiosos, y sirviéndose de Angulas como de instrumento para realizar las malas disposiciones de sus corazones, sino excitando contra él á los gobernadores de las ciudades vecinas, y entibiando la confianza que en él habian puesto los pueblos. Pero Dios, que así lo habia permitido para probar su paciencia y su fidelidad, y que tiene en sus manos los corazones de los hombres, no tardó en cambiarlos en su favor : los murmuradores de su monasterio volvieron en sí mismos, y fueron en adelante sus más adictos discípulos. En cuanto á los extranjeros, Dios envió sobre Antioquía y otras ciudades una enfermedad epidémica, que obligó á sus habitantes á acudir al Santo, para que con sus oraciones les librase de aquel azote que habia causado gran número de víctimas. El monasterio fué también atacado por la cruel epidemia, pereciendo muchos religiosos, principalmente

de los murmuradores y negligentes, lo cual hizo á los demás que fuesen más sabios, á excepción de Angulas, que parece no haber sobrevivido á la enfermedad de que también fué atacado, sino para ejercitar la paciencia del Santo con su malicia y su envidia.

Otro religioso llamado Conón, á quién el Santo profesaba especial cariño por la dulzura de su carácter y su virtud, espantado de ver morir á tantos religiosos, sucumbió á la violencia de la enfermedad. Apenado el corazón del Santo, hizo fervorosas oraciones acompañadas de abundantes lágrimas, y sus instancias consiguieron que resucitase. Ya hemos hecho notar en el capítulo anterior que no fué éste el único resucitado con sus oraciones; pero como Dios encamina todos los sucesos á su gloria con una sabiduría infinita, al castigar á los pueblos y á una parte de los discípulos del Santo, se servia de este castigo para la enmienda de los demás. Los religiosos se hicieron más fervorosos: los extranjeros pusieron más confianza en sus consejos: muchos idólatras griegos y bárbaros, heridos con el resplandor de sus virtudes, abrieron los ojos á la fé, y muchos herejes volvieron al seno de la Iglesia.

No se contentó san Simeón con instruir de viva voz á los religiosos y á todos los que á él venian, sino que también escribió muchas cartas y algunos opúsculos piadosos, como oraciones á Jesucristo, á su santísima Madre y á los Santos. Escribió al emperador Justino contra las heregías de Nestorio y de Eutiques, como dice Focio en su biblioteca, el cual asegura que, escribiendo el emperador á Zoilo, patriarca de Alejandría, llama un tesoro á esta carta del Santo. Pero entre todas, es muy notable la que dirigió al mismo emperador[1] con motivo de un insulto inferido por los Samaritanos á las imágenes del Salvador, de su santísima

[1] Bulteau dice que fué dirigida al emperador Justino II.

Madre y de la cruz, en la cual manifiesta con la mayor vehemencia su celo contra estos impíos, y suplica al emperador que refrene sus excesos. Esta carta fué leida en el segundo concilio general de Nicea, é inserta en sus actas juntamente con la relación del milagro ciento treinta y dos hecho por el Santo, y que alega san Juán Damasceno para probar el culto de las sagradas imágenes. Preciso es hacer constar que, queriendo los enemigos de este culto hacer pasar por apócrifa esta carta, que tanto les condenaba, el papa Adriano sostuvo su autenticidad en otra carta que dirijió á Carlomagno en defensa de este concilio.

Terminaremos este capítulo haciendo un breve resúmen de la vida de la madre de san Simeón, que tiene la más estrecha relación con la de éste, y que es tenida en gran veneración por los griegos, que celebran con la mayor solemnidad su fiesta el dia 5 de julio, aniversario de su preciosa muerte. Su historia fué escrita por un religioso del monasterio del Santo, que fué testigo ocular de la mayor parte de los sucesos que narra, y todo lo que refiere contribuye á confirmar la historia de su hijo escrita por Nicéforo. La bienaventurada Marta, éste era su nombre, se distinguió por la práctica de todas las virtudes cristianas, y sirvió de modelo á las almas piadosas más adelantadas en la perfección. Estableció los fundamentos de la suya sobre una sincera humildad, teniendo formada una idea muy baja de sí misma, considerándose como una vil pecadora, no atendiendo nunca á las buenas obras que practicaba continuamente, y ocultándose cuanto podia, ó deseando, á lo ménos, que el bien que practicaba no atrajese sobre ella la atención de las criaturas. Su fé era viva y activa, es decir, tenia la fé de los Santos, que no consiste sólamente en creer, sino en practicar lo que se cree. Su esperanza le hacía suspirar constantemente por los bienes eternos, y su caridad ardiente para con Dios

la impulsaba á observar con toda perfección su santa ley, sin otro fin que glorificarle con los sentimientos de su alma y con todas sus obras, y de hacerse cada vez más agradable á sus divinos ojos con la pureza de sus intenciones.

Puede decirse que su vida era un ejercicio continuado de oración, de mortificación, y de obras de caridad para con el prójimo. Ayunaba con mucha frecuencia, y nunca dejaba de hacerlo los miércoles y sábados de todas las semanas. La proximidad de la iglesia, que estaba muy cerca de su casa, favorecia su deseos de oración, y á ella se dirigia, cuando no se lo impedian sus quehaceres domésticos. Tenia también devoción de contribuir con sus limosnas al alumbrado del templo y al consumo de incienso, que ofrecia en honor de Jesucristo, de su santísima Madre y de los Santos. Con frecuencia pasaba las noches enteras en la iglesia ocupada en orar y cantar himnos y salmos, y cuando no le era posible ir á ella, se consagraba en su casa á este santo ejercicio, interrumpiendo el reposo de su cuerpo, para que su alma se gozase en el Señor. Arreglaba con tanto órden los quehaceres de su casa, que el tiempo en que pudiera descansar lo invertia en la oración y prácticas piadosas. Asistia á las vigilias de las fiestas de los mártires, y era de las primeras que iban á la iglesia para asistir á los divinos oficios. Durante la celebración de estos procuraba alejar su pensamiento de los cuidados temporales para prepararse á comulgar dignamente.

Su modestia y recogimiento servian de edificación á todos los fieles. Jamás se sentaba, ni proferia una sola palabra, sino que se matenia en una posición respetuosa, con el espíritu elevado á Dios, con el corazón penetrado del santo temor del Señor, y arrasados con frecúencia sus ojos por las lágrimas de compunción.

Un buen religioso, llamado Simeón como su hijo, que

notó su larga permanencia en la iglesia y siempre en la misma posición, se acercó á ella, y le dijo: Madre nuestra, sentaos y tomad algún descanso; pero ella le respondió: Ruego á vuestra piedad, Padre mio, que considereis que los criados deben estar de pié delante de sus amos, á pesar de ser estos hombres como ellos: ¿como, pues, hemos de atrevernos á tomar asiento, cuando se celebran los santos misterios del Rey inmortal de la gloria, que es el criador y soberano Señor del universo?

Atenta en todo á adelantar en la perfección y á acumular buenas obras, llevaba siempre algunas prendas para darlas á los pobres: visitaba á los enfermos: no se desdeñaba de asistir á los desvalidos y hasta de acompañarlos á la sepultura, y añade su historiador, que lo mismo hacía con los religiosos de su monasterio, lo cual demuestra que este historiador pertenecia á la comunidad de san Simeón.

Su rectitud en los negocios no tenia igual: jamás litigaba ni para comprar ni para vender, pues en todo lo relativo al comercio se atenia á lo justo y equitativo. Dios le habia dado tacto para persuadir con dulzura, discreción en sus conversaciones y sabiduría en sus consejos, con cuyos dones ponia término á las disputas y disensiones. Así es que sus advertencias eran siempre escuchadas con respeto, tanto por consideración á su virtud, como por el don de consejo que habia recibido del cielo, y que se reconocia fácilmente en las saludables amonestaciones que hacía.

Profesaba gran veneración á los sacerdotes del Señor, manifestándola por medio de los servicios que podia prestarles, hasta el punto de arrojar perfumes á sus pies, como hizo María Magdalena con el Salvador, y pidiendo su bendición con profunda humildad. Su corazón no podia ver que una persona estuviese afligida sin prestarle el consuelo que podia.

Iba un dia á la montaña admirable con objeto de ver á su santo hijo, y encontró en el camino á un gran número de enfermos y de heridos, cosa muy frecuente en aquella época á causa de las incursiones de los bárbaros. A unos y otros dijo lo que su caridad le inspiró para su consuelo, y deshizo parte de sus vestidos para vendar sus llagas, limpiándolas antes con vino y aceite. Cuando llegó al monasterio, ejercitó con los religiosos todos los actos de caridad que estos necesitaban.

Admirábase también en ella la gracia especial que Dios le habia concedido para apaciguar con su presencia á los energúmenos, por lo cual la llamaban con mucha frecuencia á las casas en que habia algún poseido por el maligno espíritu : pues los que lanzaban voces y alaridos, los que desgarraban sus vestiduras, y se mordian á sí mismos, tan luego como se les presentaba Marta, volvian en sí, se dulcificaban, y tomaban los alimentos que tenian preparados.

Pero aún más que todo esto debe admirarse, como oportunamente dice su historiador, que la reputación que habia alcanzado su hijo con sus eminentes virtudes y con sus extraordinarios prodigios, y que tanto la honraba á los ojos del mundo, léjos de halagar su amor propio, le servia para glorificar al Señor. Cuando veia quedar curada la multitud de enfermos que rodeaba la columna, en vez de sentir natural complacencia, alababa y glorificaba al Señor. Puede también añadirse que, conociendo la debilidad del corazón humano y su propensión á la vanidad, en vez de gozarse en los milagros que hacía su hijo, temia en algunas ocasiones que éste se atribuyese la gloria de ellos. Por esta razón le recomendaba con frecuencia que velase muy cuidadosamente sobre sí mismo, para que el demonio de la vanidad no le arrebatase el mérito de sus buenas obras. « Hijo mio, le dijo un dia, dá sólamente gloria á Dios por las maravillas que obra por tu mediación, no pierdas de

vista tu miseria é impotencia, y conserva con grande cuidado en tu corazón los sentimientos de la más profunda humildad. » — Al mismo tiempo pedia constantemente al Señor que lo preservase de los lazos que el demonio tiende al orgullo, y encargaba á las personas que venian á visitarle, que no lo alabasen, para que no le hinchacen los estímulos del amor propio.

Llegó, por último, á una humildad tan profunda de corazón, que no deseaba más que ser desconocida de todo el mundo, y vivir, en cuanto le fuera posible, oculta á los ojos de las criaturas. Esto era precisamente lo que le atraia las gracias especiales con que fué favorecida por el cielo: pues como dice la sagrada Escritura, *¿ en quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que tiembla de mis palabras ?* [1] Así lo experimentó muy frecuentemente, siendo elevada á los más eminentes dones, y favorecida con muchas revelaciones. Dios le dió á conocer su muerte con un año de anticipacion, lo cual participó á su hijo que habia tenido la misma revelación, y éste á vez la comunicó á los demás religiosos. Cuando trascurrió este tiempo vino á verle su madre, la cual le hizo una fervorosa exhortación, animándole con maternal ternura á adelantar en el camino de la perfeccion. Le recomendó que no procurase más que la gloria de Dios en todas las cosas : que perseverase en la práctica del bién á que se habia consagrado ; á soportar con paciencia las injurias y contradicciones, y á ejercitar la caridad para con el prójimo. Entre otros consejos, le dijo estas notables palabras : « Yo te encomiendo, hijo mio, á nuestro Senor Jesucristo, Rey eterno de la gloria, á quién has consagrado tu corazón por su santo amor y por la penitencia, así como él te ha amado y ha sido crucificado por tí, para que te preserve de la

[1] Isaias, LXVI, 2.

tentación y del pecado, y para que, alejándote del mundo, te conceda por su misericordia la perseverancia hasta el fin. Por esta misericordia te ha buscado : por ella te ha inclinado á que dejes todas las cosas de la tierra, hasta á tus padres. Ejercita la caridad para con los pobres y afligidos y la hospitalidad para con los extraños, haciéndote tú pobre y extranjero en este mundo, y crucificándote con Jesucristo. Conserva siempre en tu corazón un bajo sentimiento de tí mismo, pues la humildad y la modestia preservan de la muerte eterna. Sé el padre de los huérfanos ; continúa, como hasta el presente, no haciendo acepción de personas, rebajándote hasta el nivel de los pequeños, é imitando la bondad de Dios, que se deja sentir en todas las cosas. Pide por todo el mundo, y en particular por tu patria y por todos sus moradones, aunque haya mucho tiempo que la dejaste, para habitar esta tierra de Santos. No te desdeñes de orar por los que han tenido la desgracia de alejarse de los caminos del Señor, así como también por los que le sirven fielmente. Acuérdate, por último, en tus oraciones de tu padre, para que el Señor le conceda su misericordia.

A estos consejos añadió una oración que hizo por él á Jesucristo. El dia en que esto acaecia era domingo, y se preparó con la santa Comunión para una buena muerte. Al dia siguiente pidió licencia á su hijo y á los demás religiosos para separarse, diciéndoles que era la ultima vez que los veia en esta vida. En efecto, cayó enferma en el camino, y habiendo sido llevada á la casa que habitaba en el barrio de Dafné, en Antioquía, extendió sus brazos, levantó sus ojos al cielo, dió gracias al Señor por llamarla á su seno, y espiró dulcemente, diciendo : «En vuestras manos, Dios mio, encomiendo mi espíritu. » Era el dia 5 de julio del año 551, precisamente el dia en que su hijo subió á la última columna. Este tuvo revelación en aquel mismo

momento de la muerte de su santa madre, y la puso en conocimiento de sus discípulos. Su cuerpo fué llevado tres dias despues con mucha solemnidad á Antioquía, y depositado en el monasterio de san Simeón, al lado derecho de la columna, en donde, asegura su historiador, que hizo muchos milagros. Mas tarde fueron trasladadas sus reliquias á un oratorio edificado expresamente, y en el cual continuaron obrándose los milagros.

---

## ADVERTENCIA SOBRE LA VIDA MONASTICA EN EL SIGLO VI

Antes de hablar de los solitarios del Asia Menor y de las provincias comarcanas, entre los cuales encontramos algunos de los nombres más ilustres que figuran en la historia de la Iglesia, como los de san Basilio y san Gregorio Nacianceno, debemos exponer el estado de los monasterios de Egipto, de Siria y de Palestina en el siglo VI y principios del VII, ó sea, en la época de san Juán Clímaco y de Juán Mosch.

Desde fines del siglo IV hasta terminar el VI, la historia monástica, con raras pero consoladoras excepciones, es más propia para producir dolor que edificación.

El error grosero de los antropomorfistas, ó de los que sostenian que Dios es un sér corpóreo, habia seducido, como hemos hecho observar en otro lugar, á muchos solitarios ; miéntras que otros habian caido en los errores de Orígenes. Los primeros indicios de estas impías tendencias debian ser desgraciadamente confirmadas no mucho tiempo despues. Las herejías fueron apoderándose de los

solitarios, y cambiando casi toda la faz de aquellos desiertos santificados por tan gran número de siervos de Dios. Miéntras que san Cirilo gobernó la iglesia de Alejandría (412-444), supo preservar á los monjes de la Tebaida y de otras soledades de la herejía de Nestorio, que con tanto vigor y sabiduría combatió el santo obispo. Pero despues de su muerte, Dióscoro su sucesor, se declaró ardiente defensor de Eutiques, y contaminó con esta herejía á muchos solitarios.

Desde entónces comenzó á verse el exacto cumplimiento de las predicciones de san Macario y de algunos otros Padres sobre la suerte de los solitarios de estas provincias. En otra parte hemos referido estas predicciones : bastará decir algunas palabras sobre sus motivos.

Hallándose un dia congregados los Padres, y hablando eobre el porvenir de los religiosos, preguntaron á uno de sllos su opinión : « En verdad, dijo, que nosotros procuramos ser fieles al Señor ; pero vendrán despues de nosotros algunos, que, si bién le servirán, lo harán con tanta relajación, que serán fieles á medias. Despues aumentará la iniquidad de tal manera, que la caridad se extinguirá en la mayor parte de los corazones. El contagio será muy peligroso, y los que en ese tiempo de seducción tengan la dicha de sufrir la prueba y permanecer fieles, serán mejores que nosotros y que nuestros padres. »

El Señor se reservó, efectivamente, entre los solitarios un gran número de siervos que conservaron la fé y la disciplina religiosa en medio de las persecuciones que tuvieron que sufrir de parte de los origenistas, de los eutiquianos y de los acéfalos. No quedaron enteramente destituidos de apoyo, pues si bién es verdad que despues de la muerte de san Cirilo, muchos patriarcas deshonraron con su impiedad la silla de Alejandría, y entre otros Dióscoro, Teodoro Eluro y Pedro Monge, hubo al mismo tiempo buenos obis-

pos que se esforzaron por remediar el mal, y atraer al seno de la Iglesia la parte del rebaño que se habia extraviado.

Al mismo tiempo que se debilitaba la vida monástica en Oriente, se desarrollaba con más esplendor en el Occidente.

« La regla de los monjes egipcios fué llevada á la Provenza al principios del siglo V por san Honorato y san Casiano, el primero de los cuales fundó un monasterio en Lerins, y el segundo en Marsella, de donde salieron sabios apóstoles de la fé cristiana y de la vida cenobítica, y entre otros san Patricio, fundador de las colonias monásticas de Irlanda. Las asociaciones religiosas siguieron en Occidente diferentes reglas, hasta que la órden benedictina sometió todos los monasterios latinos á su disciplina. Esta famosa órden debe su orígen á san Benito de Nursia, que, en 529, estableció en el Monte Casino una sociedad de cenobitas destinada á ser cabeza de una inmensa congregación. La regla dada por san Benito á sus monjes prescribia el trabajo manual y el estudio, sometiéndolos á los tres votos de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Aprobada por san Gregorio el Magno en 595, se esparció rápidamente por todas las provincias de la Iglesia latina. Los importantes servicios prestados por los benedictinos á la religión, á la humanidad y á las letras atrajeron la veneración de los fieles sobre estos religiosos. Los monasterios se constituyeron en seminarios de predicadores que iban á llevar á los bárbaros las luces de la fé, y con ella y por ella, los beneficios de la civilización. Las selvas y bosques hasta entónces estériles, se convirtieron por los monjes en ricas y prósperas campiñas, y merced á sus cuidados se conservaron las obras maestras de la antigüedad tanto griega como latina.

Este desarrollo de la vida religiosa coincide con la orga-

nización política del Occidente ; miéntras que el imperio de Oriente iba perdiendo su antiguo esplendor, á medida que las herejías iban oscureciendo y debilitando la fé.

Los eutiquianos, cuyo error más ó ménos velado habia sido reproducido con tanta obstinación, alcanzaron nuevo vigor en la segunda mitad del siglo VI, particularmente en la Armenia y en la Mesopotamia por la propaganda de Juán Zanzalo, monje sirio, elevado á la silla episcopal de Edesa por los eutiquianos en 541. Los nuevos sectarios llevaron el nombre de jacobitas.

La herejía de los triteistas, que, admitiendo tres naturalezas distintas en la Santísima Trinidad además de la naturaleza común, admitia consiguientemente la existencia de tres dioses, fué predicada por Juán Filopono, de Alejandría, en 540. Este heresiarca tuvo un número muy considerable de partidarios.

Los agnoetes, es decir ignorantes, tuvieron por fundador al diácono Ahemistio de Alejandría. Estos sectarios, procedentes en su mayor parte de los monofisitas, pretendian que Jesucristo habia ignorado muchas cosas, y que no habia en él más que una naturaleza, como resultante de la unión de la divina con la humana.

Volvamos á la Tebaida en donde encontraremos nuevos modelos de santidad.

---

## UN MONASTERIO DE EGIPTO VISITADO POR SAN JUAN CLIMACO [1]

Los monasterios de Egipto se hallaban en un estado tan deplorable, que san Fulgencio, abad de un monasterio de

[1] Vit. PP. S. Juan Climaco, Focio, Surio y los Bolandos.

Africa, despues de leer las obras de Casiano y la *Vida de los Padres de estos desiertos*, y deseando visitarles con la esperanza de ver á los sucesores de las virtudes de estos grandes hombres, desistió de su proyecto por consejo de san Eulalio, obispo de Siracusa, que le manifestó el deplorable estado de la iglesia de Alejandría, separada á la sazón de la comunión con la silla de san Pedro.

Pasemos estos desgraciados tiempos para venir á los de san Eulogio, que subió á la silla de Alejandría hacia el año 580. Este Santo habia sido ordenado sacerdote en Antioquía, y gobernó un monasterio que el emperador Justiniano habia hecho edificar en honor de la Santísima Vírgen. Habiendo llegado á Constantinopla, contrajo amistad con san Gregorio Magno, que se hallaba en esta capital como delegado del papa Pelagio. Su unión fué tan estrecha, que la conservaron siempre, y fomentaron sosteniendo frecuente correspondencia, como consta de muchas de las cartas de san Gregorio. Este santo Prelado trabajó mucho por la Iglesia: celebró en 588 un concilio para procurar la conversión de los Samaritanos, y escribió contra diversos herejes, muriendo colmado de merecimientos hacia el año 608.

En su tiempo san Juán Clímaco, que florecia en el desierto de Sina, hizo un viaje á Egipto. En el cuarto grado de su *Escala santa*, habla de un célebre monasterio situado cerca de Alejandría y habitado por religiosos muy perfectos. Vamos á referir la que dice acerca de ellos, como uno de los monumentos más edificantes del estado monástico, y como una prueba evidente, de que, á pesar de los desórdenes producidos por la herejía en estas provincias, hubo siempre monasterios que se conservaron en la integridad de la fé y en la pureza de la observancia regular.

La comunidad de este santo monasterio se hallaba compuesta de trescientos religiosos. El superior que la gober-

naba era hombre de una ciencia eminente, y dotado de un celo admirable por la santificación de sus religiosos. Para ello no omitia ni exhortaciones, ni correcciones, ni pruebas: su principal cuidado era conservarlos en la más estrecha unión, y formarlos en la más ciega obediencia. Los escuchaba caritativamente en sus dudas, en sus tentaciones y trabajos: vigilaba sus más insignificantes acciones para corregir cualquier defecto, por pequeño que fuese: probaba su virtud para hacerla más pura y sólida, y por último, proporcionaba á los pecadores que querian convertirse los medios de reconciliarse con Dios: á los que entraban en el camino de la penitencia, medios de reparar sus pecados: á los que caian, medios de levantarse; á los que se sostenian en el bién, medios de adelantar, y á los que adelantaban, medios de perfeccionarse. Tal era el superior de este monasterio, tal la sabiduría de su gobierno: así es que san Juán Clímaco habla de él con trasportes de admiración en su *Carta al Pastor*.

Escuchemos, pues, á este santo doctor, que habla como testigo ocular. « Habiendo ido un dia, dice, al monasterio de un excelente juez y de un caritativo pastor, ví muchas cosas dignas de admiración y de memoria, tanto en él como en su célebre grey. Permanecí bastante tiempo con ellos, informándome con el mayor cuidado de su conducta y disciplina, y no concluyendo de admirar como estas criaturas terrestres imitan á las celestiales. Todo el tiempo de mi vida no me sería suficiente para referir las virtudes de estos bienaventurados solitarios. »

« Hallábanse íntimamente unidos por los vínculos indisolubles de la caridad cristiana; pero este afecto era tan puro, que no permitia la libertad indiscreta de las palabras, ni se entregaban á vanas é inútiles conversaciones; sino que cada cual procuraba no proferir una sola frase, que pudiese herir la conciencia de los demás. Habian concertado entre

sí ciertas prácticas para ayudar á los demás, para corregir sus propios defectos y adelantar en la virtud. »

« Si alguno, en ausencia del abad, comenzaba una conversación poco caritativa para con el prójimo, ó poco adecuada á las reglas de la gravedad religiosa, ó simplemente inútil, se lo advertia alguno otro por medio de un signo secreto, para que los demás no lo advirtiesen. Si este religioso no entendia la señal, se hincaba el otro de rodillas ante él, y se retiraba.

« Lo mismo hacía, cuando, al pasar por algún sitio del monasterio, veia que disputaban dos hermanos, con el fin de dulcificar sus ánimos con su humillación exterior, y disipar los primeros movimientos de cólera.

« Si descubrian que algún hermano tenia aversión á otro, se avisaba al superior, el cual cuidaba de reconciliarlos, y en caso de no conseguirlo, enviaba al culpable á otro monasterio para que hiciese penitencia. En cuanto á aquellos á quienes de nada servian las amonestaciones del abad ni las humillaciones, se les castigaba privándoles de la comida hasta que se reconciliasen, y si continuaban obstinados, se les echaba del monasterio. Así se hizo con uno de ellos que tuvo la osadía de hablar injuriosamente de otro en presencia del superior, diciendo que era necesario que no hubiese en el monasterio dos demonios, uno visible y otro invisible. »

« Sus conversaciones ordinarias versaban sobre objetos propios para la edificación, principalmente sobre los que excitaban á sentimientos de contrición, de mortificación y desprendimiento de las cosas terrenas, tales como el pensamiento de la muerte y del juicío final. »

« Se corregian mútua y caritativamente por medio de signos secretos, y se excitaban, al espíritu de vigilancia y de oración. Si alguno cometia alguna falta, venian los demás á pedirle que les permitieran compartir con él los

beneficios de la corrección y de la penitencia que debia imponerle el abad. »

« Este abad celebraba ordinariamente su capítulo despues de la oración de la tarde, sentándose para ello en una silla tejida de varas de mimbre, y les dirigia su palabra con tanta unción y fervor, que los religiosos sentados á su alrededor, cual enjambre de sabias abejas, le escuchaban cual si les hablase el mismo Dios. »

« Las ordenes que daba este excelente superiora sí como las penitencias que imponia, estaban inspiradas en la justicia y en la caridad. A uno mandaba que recitase cincuenta salmos ántes de acostarse, á otro treinta, á otro ciento, á éste que hiciese tanto número de genuflexiones, y á aquel, por último, que durmiese sentado. Imponia también á algunos que leyesen, y á otros que hiciesen oración durante cierto tiempo. »

« Escogia dos de entre los religiosos, para que observasen si durante el dia hablaban algunos, ó estaban ociosos, y si durante la noche hacian vigilias irregulares é indiscretas. »

« Extendia también sus cuidados á dar á cada uno el alimento que le convenia : pues debia ser diferente según las necesidades de cada religioso. Así pues daba manjares más suculentos á los enfermos, ó que tenian una complexión más debil, y ménos nutritivos á los que eran más vigorosos, siendo de admirar que todos ejecutaban fielmente sus órdenes, sin que profiriesen la más leve queja, y cual si recibiesen del mismo Dios el sustento. »

« Este superior, cuya conducta estaba siempre inspirada por la prudencia y por una caridad dulce y condescendiente, por lo cual puede llamársele con justicía el padre de los padres y el doctor de los doctores, se encontraba lleno de gozo y de consuelos celestiales viendo los progresos que hacian sus religiosos. Examinaba con atención las disposi-

ciones de cada uno de ellos, y trataba con más severidad que á los otros, á aquellos en quienes observaba un deseo ardiente de santificarse, con objeto de darles con estas pruebas medios más poderosos para que adelantasen. Cuando veia que algunos estaban todavía apegados á su propia voluntad ó á alguna cosa del mundo, los privaba con tanta oportunidad de aquello mismo que amaban, que procuraban ocultar sus afectos y pasiones, y llegaban á concebir una gran indiferencia de todas las cosas y un desprendimiento absoluto de su propia voluntad. »

« Decia que era mejor echar á un religioso del monasterio, que permitirle que permaneciese en él para hacer su propia voluntad, pues con frecuencia ocurre que el superior que expulsa á los religiosos soberbios, los hace, con esta humillacion, más modestos y humildes, y los enseña á renunciar á su propia voluntad; miéntras que el que, por una falsa caridad y una mal entendida condescendencia, los tolera, dá motivo á que estos pobres desgraciados lo maldigan y detesten cuando salen al mundo, considérándose perdidos por su cruel indulgencia, cuando con una severa caridad hubieran podido salvarse. »

Debemos observar que el acto de expulsar á un religioso del monasterio no equivalia á cerrarle para siempre sus puertas: pues el que sufria esta pena se quedaba en la parte exterior en actitud suplicante, y humillándose ante todos los que entraban y salian, para que alcanzasen del superior que lo admitiese nuevamente. Con frecuencia permanecian en esta actitud durante muchos años, segun lo creia conveniente el abad para su enmienda, ó para la edificación de los demas religiosos.

A veces solia imponer esta pena por faltas de poca consideración, teniéndose para ello en cuenta la virtud de los delincuentes, ó su sumisión para humillarlos y purificarlos. San Juán Clímaco cita este ejemplo. « Habiendo notado

este pastor que algunos religiosos hablaban durante el oficio divino, á que yo mismo asistí algunas veces, les ordenó que permaneciesen durante una semana á la puerta de la iglesia, y que se postrasen como acostumbraban hacer los penitentes, ante todos los que entraban. » No tardaremos en ver otros ejemplos muy dignos de admiración, de la caritativa severidad de este superior. Pero lo que demuestra que estaba ilustrado por el espíritu de Dios, es el fruto producido por la observancia regular y por la perfeccion de sus religiosos.

« Esta disciplina tan exacta y laudable, dice san Juán Clímaco, no era estéril é infructuosa, sino que producia excelentes frutos aún á los ojos del mundo. Muchos de estos religiosos se distinguian por sus obras y por su contemplación, siendo tan humildes como discretos. Un espectáculo muy conmovedor y que al mismo tiempo producia reverencia y temor, era ver á algunos ancianos, en quienes resplandecia una majestad llena de respeto, correr como niños para ejecutar las órdenes del superior, y que cifraban su mayor gloria en prestarle humilde sumisión. He visto á algunos hombres que habian pasado cincuenta años en esta obediencia, confesando que, por la práctica de la renuncia y de la humillacion, se habian librado del combate de muchas tentaciones, y á otros, que habian adquirido la más completa insensibilidad en las injurias y ofensas.

« Entre estos hombres dignos de eterna memoria he visto á otros que, ceñida su frente por la blanca aureola de la ancianidad, y reflejándose en sus rostros la tranquilidad de los ángeles, han adquirido con la gracia de Dios y con sus trabajos una perfecta inocencia y una sabia sencillez, que nada tenia de esa debilidad de la razón y de esa ligereza pueril, que hace despreciables á los ancianos del mundo. Exteriormente no se veia en ellos más que una extrema

dulzura, una bondad maravillosa y una agradable afabilidad, sin nada de afectación ni de estudio, tanto en sus palabras como en sus costumbres. Y en lo concerniente á lo más íntimo de sus almas, no suspiraban más que por Dios y por su superior, como tiernos niños, sencillos é inocentes que miran amorosamente à su padre, miéntras que con mirada ruda y audaz dirijen sus ojos contra el demonio y contra el vicio. »

« Pregunté á uno de los más virtuosos de estos Padres, como la obediencia tiene por compañera á la humildad, y me respondio : Aún cuando el que es obediente y reconocido para con su director resucitase los muertos : aún cuando tuviese el don de lágrimas : aún cuando hubiese sido librado de la lucha de las tentaciones y de las pasiones, lo atribuiria todo á los oraciones de su padre espiritual, y de este modo estará exento de toda presunción : pues ¿ como habia de envanecerse por una cosa que conoce haber hecho con los auxilios de su padre, y no con sus propias fuerzas ?

« Habiendo observado un dia que uno de los religiosos prestaba más atención que los demás al canto de la salmodia, que parecia tener un sentimiento de devoción extraordinaria, y que, al empezar el oficio, parecia por los gestos de su semblante, como que hablaba con alguna persona, le supliqué que me dijese la causa, y me contestó : Padre mio, cuando empiezo el oficio divino, tengo costumbre de recoger mi pensamiento y todas las potencias de mi alma, y llamarlas diciéndoles : Venid todas á adorar á Jesucristo nuestro Rey y nuestro Dios, y á postraros ante su presencia [1].

« Observando con curiosidad las acciones del que cuidaba del refectorio, vi que tenia colgadas de la cintura

[1] Ps. XCVI, 6.

unas pequeñas tablillas, en las cuales supe que escribia diariamente todos los pensamientos que se le ocurrian para dar cuenta de ellos al abad, lo cual hacía por su órden, así como otros muchos ».

« No quiero pasar en silencio la virtud singular del cocinero de esta casa. Cuando le ví conservar en medio de las ocupaciones propias de su servicio un perpetuo recogimiento y un derramar constantemente lágrimas, le pregunté como habia alcanzado de Dios esta gracia. Nunca creo, me respondió, servir á los hombres sino á Dios, y como me he condenado á mi mismo y juzgado indigno de ningún reposo, este fuego que tengo ante mi vista, me recuerda á todas horas las llamas eternas del infierno.

Refiere también el mismo Santo una conversación que tuvo con uno de los religiosos, y que por ser muy extensa, no insertamos en este lugar. Versa principalmente sobre la necesidad de combatir y renunciar á la propia voluntad, de abrazar con ánimo y generosidad la paciencia que todo lo sufre, la humildad que se coloca por bajo de todos, y la caridad que los une á todos como verdaderos discípulos de Jesucristo, Entre otras muchas son muy notables estas palabras : Tened siempre la cruz en vuestro corazón, y encajadla en vuestro pensamiento, como se encaja el yunque en la madera, para que pueda resistir á todos los golpes de la tentación, de la tribulación y de la humillación sin ser herido ni quebrantado.

Dice, por último, que habiendo rogado á algunos de estos ancianos que le manifestasen su opinión acerca de la vida de los anacoretas, le respondieron con cierto aire de satisfacción : Padre mio, nosotros, por lo mismo que somos groseros y materiales, hemos abrazado tambien el genero de vida más grosero, considerando que debemos emprender una vida proporcionada á nuestras fuerzas, y que vale más combatir solámente contra hombres que se encolerizan

algunas veces, pero pasajeramente, que pelear contra los demonios que están siempre dispuestos á confundirnos.

Pero como el excelente abad de este monasterio quisiese atender á las inclinaciones y necesidades de todos sus religiosos, y suministrarles medios de santificación en armonía con sus aptitudes particulares, habia edificado una laura para los que, habiendo llegado á elevada perfección, podian practicar la vida de los anacoretas, y un monasterio de penitencia para los que tenian la desgracia de apartarse de la santidad de su profesión. Muy pronto hablaremos de este monasterio : san Juán Clímaco se ocupa de la laura en estos terminos :

« El superior tenia también á su cargo una laura, es decir, cierto número de pequeñas celdas, situadas en el desierto, á cierta distancia unas de otras, y á las cuales enviaba á aquellos de sus religiosos que habian llegado á un grado sublime de virtud, para que viviesen santamente en la soledad. »

## DE ALGUNOS SOLITARIOS CONOCIDOS POR SAN JUAN CLIMACO

San Juán Clímaco no se contentó con tratar en general de la observancia y de las virtudes del célebre monasterio de que acabamos de hablar, sino que confirma esta su edificante relación con algunos ejemplos, que dan á conocer el espíritu de sabiduría y de discernimiento del superior que lo dirigia, y la eminente virtud de los que vivian bajo su gobierno.

El primer ejemplo que refiere es el de la conversión de un insigne ladrón, de que fué testigo. Habiéndose presentado este hombre en el monasterio, solicitando ser admitido como religioso, le ordenó primeramente el abad que descansase durante siete dias, en los cuales podia observar el género de vida que se hacía en la casa. Pasado este

tiempo le llamó á solas, y le proguntó si se hallaba decidido á permanecer entre ellos, y convencido de que lo deseaba sinceramente, le dijo que le declarase todos los crímenes que habia cometido, lo cual ejecutó al punto. En seguida para probarle y purificarle más, le dijo que era necesario que los declarase públicamente ante los religiosos. Pero el penitente habia concebido un dolor tan grande de sus pecados, que le respondió que, si se lo mandaba, no sólo haria confesión publica ante los religiosos, sino hasta en la plaza pública de Alejandría.

La intención del abad, como despues manifestó á san Juan Clímaco, era en primer lugar, librar á este pecador de la vergüenza eterna, en vista de la que tendria acusándose públicamente ante los religiosos, y en segundo lugar, que este acto sirviese de ejemplo á su comunidad. « Así pues, dice san Juán Clímaco, este santo pastor reunió un domingo á todos los religiosos en la iglesia, y cuando en la celebración de los divinos oficios se hubo terminado la lectura del santo Evangelio, hizo venir á este criminal, conducido por dos religiosos, uno de los cuales le traia atado con una cuerda, miéntras que el otro le golpeaba dulcemente. Venia vestido con un saco de piel, con la cabeza cubierta de de ceniza, y las manos atadas atrás.

« Este espectáculo sorprendió á todos los asistentes que, no estando prevenidos é ignorando lo que era, prorumpieron en gritos y gemidos. Cuando lo llevaron á la puerta de la iglesia, exclamó el superior : « Deteneos, no sois digno de entrar aquí. » Estas palabras, salidas de la boca de un pastor tan venerable y pronunciadas desde el lugar santo, le aterrorizaron de tal manera, que le pareció haber oido el estampido de un trueno más bién que la voz de un hombre, como él mismo decia despues. En seguida se postró en tierra, y regó el pavimento con sus lágrimas. »

« Entónces el superior que, cual médico caritativo, no

procuraba otra cosa que la salud espiritual de este penitente, y ofrecer á los demás un modelo de verdadera y sincera humildad, le ordenó que confesase públicamente todas las faltas que habia cometido, lo que hizo con demostraciones de grande dolor, y horrorizando á los que le oian con los detalles de una vida tan criminal.

« Despues de una confesión tan humillante le admitió el abad en el número de los religiosos, ordenando que se le cortase el cabello, y que se le vistiese el hábito monástico. Además de la prueba de sincera conversión que acababa de dar este penitente, Dios la reveló á uno de los religiosos, el cual aseguró á san Juan Clímaco que habia visto á un hombre de un aspecto terrible, que tenia en una de sus manos un papel escrito, y en la otra una pluma, con la cual borraba los pecades escritos en el papel, á medida que este humilde penitente los iba confesando. »

El segundo ejemplo citado por san Juán Clímaco se refiere á un magístrado de Antioquía, llamado Isidoro. Dios le concedió la gracia de que renunciase al mundo, y de que se presentase al superior pidiéndole abrazar la vida solitaria. Este santo pastor quiso probarle previamente, sometiéndole á varios actos de humillación, que sirvieron para consumar su virtud. Díjole pues : « Si estais firmemente resuelto á llevar el yugo de Jesucristo, es necesario que ante todo os ejerciteis en actos de obediencia. » A lo cual respondió Isidoro : « Santísimo Padre, me someto enteramente á vos para que hagais conmigo lo que el artífice hace con el hierro. — Si así es, replicó el superior, os ordeno que permanezcais en la puerta del monasterio, puesto de rodillas, y diciendo á los que entran y salen. « Os ruego, « Padre mio, que oreis por mí, porque mi alma está en- « ferma ». — Isidoro obedeció esta órden con la misma fidelidad con que un ángel obedece las de Dios, y pasó siete años en este humillante ejercicio. En el primer año tuvo

que sufrir mucho: pues habiéndole preguntado san Juán Clímaco cuales eran las disposiciones de su ánimo durante este tiempo, le respondió que, en el primer año se representaba haber sido vendido y hecho esclavo por sus pecados. Esto le causaba una extraordinaria amargura de corazón, y le costó tanta violencia, que, al postrarse á los pies de los religiosos para cumplir su penitencia, arrojó muchas veces sangre. « Pero pasado, añadia, este primer año, lo hacia sin sentir la menor tristeza ni trabajo, confiado en que Dios recompensaria mi paciencia. Pasado el segundo año, me consideraba aún indigno de habitar en el monasterio, de gozar de la vista y trato de los religiosos, y de participar de los divinos misterios. Así es que, que teniendo siempre mis ojos inclinados á la tierra, y más humillado aún mi espíritu, pedia á los que entraban y salian que orasen por mí. »

Habiendo perseverado este humilde penitente durante siete años en este laborioso ejercicio de paciencia, y comprendiendo el superior que habia llegado á una profunda humildad y á una vivísima compunción, le consideró digno de ser admitido en el número de los religiosos, y de recibir las órdenes sagradas. « Pero rogó con mucha insistencia al abad, dice san Juán Clímaco, que le permitiese concluir su vida en aquel lugar y en el mismo ejercicio, dando á entender que sabía estar muy próximo el término de su vida, y que Dios le llamaba á su seno. »

Permitióle, en efecto, el abad que permaneciese en aquel estado, para corresponder á los designios de Dios, que le habia dado una vocación especial á la humillación y á la paciencia, y al cabo de siete dias concluyó este fervoroso penitente su vida con una dichosa muerte. Su larga permanencia en la puerta del monasterio le habia hecho contraer una estrecha y caritativa amistad con el portero, al cual dijo poco tiempo ántes, que habia pedido al Señor, que no

tardasen en unirse en el cielo para no separarse jamás. El plazo no fué, efectivamente, muy largo, pues á los siete dias murió este biénaventurado portero, queriendo Dios de esta manera, dice san Juán Climaco, dar un testimonio de lo mucho que le habian complacido la obediencia y la humildad de Isidoro, que le habian constituido en fiel imitador de su santísimo Hijo ».

El mismo Santo nos dá á conocer la profunda humildad de un venerable anciano de este monasterio, llamado Lorenzo. « Estándo sentados á la mesa, me dijo el abad al oido que queria que conociese una sabiduría enteramente celestial en una extrema vejez, y llamó á un buén padre, llamado Lorenzo, que se hallaba en la segunda mesa. Acudió al punto, poniéndose de rodillas ante el superior para recibir su bendición: despues se levantó y permaneció inmóvil ante la mesa, sin que nadie le dijese una palabra. En esta actitud permaneció durante la comida, lo cual me causó tanta confusión, que no me atrevia á mirarle. Terminada la comida, le mandó el abad que fuese en busca de Isidoro, de que ya hemos hablado, y le dijese estas palabras del Salmo XXXIX: *Aguardando aguardé al Señor, y me atendió, y oyó mis ruegos, y sacóme de un lago de miseria y de un lodo cenagoso* [1].

Este religioso tan perfecto tenia ochenta años, de los cuales habia pasado cuarenta y ocho en este monasterio, siendo segundo sacerdote de su iglesia. San Juán Climaco le preguntó á solas en que pensaba cuando estaba de pié junto á la mesa del refectorio, y el santo varón le respondió, que miraba á su superior como una imágen de Jesucristo: que no consideraba sus mandatos como dados por un hombre, sino cual si procediesen del mismo Dios: que entónces no le parecia hallarse ante la mesa de unos

[1] Ps. XXX, 2-3.

hombres, sino ante el altar en que ofrecia sus oraciones: que la confianza y el amor que profesaba á su abad le habian impedido concebir ningún pensamiento contra su mandato, y por último, que tenia muy experimentado que, á medida que se camina con mayor sencillez é inocencia, ménos trabaja el demonio por entrar en el alma.

El ecónomo ó mayordomo de este monasterio edificó extraordinariamente á san Juán Clímaco con su paciencia y humildad. Era un religioso de una sabiduría poco común y de una dulzura no ménos rara. Habia entrado muy jóven en el monasterio, en donde se le encomendó el cuidado de las bestias. En este tiempo cayó en una falta muy perniciosa para su alma, como decia despues á san Juán Clímaco; pero como tenia costumbre de manifestar humildemente á su superior todas las que cometia, no dejó de comunicarle ésta, y conociendo el superior el grande dolor que de ella habia concebido, le consoló, exhortándole á que convirtiese el gran temor que habia concebido en una ilimitada confianza en la bondad de Dios. En efecto, habiendo escuchado con ardiente fé estas palabras de boca de su superior, recibió á los pocos dias la seguridad de estar curada su alma, lo que le hizo avanzar rápida y gozosamente en el camino de la perfección.

Queriendo el abad que el ejemplo de su humildad aprovechase á los demás, le trató un dia con mucha severidad, sin que hubiese motivo alguno para ello, y ordenó que se le arrojase de la iglesia. San Juán Clímaco que se hallaba presente, llamó aparte al abad, y le manifestó que este religioso se hallaba inocente de la falta que se le imputaba; pero este admirable superior le respondió que sabia muy bién que no habia faltado; sin embargo, así como sería una dureza censurable que un padre quitase de la boca de un hijo hambriento el pedazo de pan con que habia de hartarse, de la misma manera seria reprensible la conducta

del superior que no procurase á un buén religioso nuevas coronas por medio de la humillación, siempre que pudiese soportarlas. Pues por una parte, se priva el superior de la recompensa que merece una reprensión caritativa y prudente, y priva, por otra, á los religiosos del fruto que les dá el que recibe la reprensión. Y lo que es de más fatales consecuencias y ocurre muy frecuentemente, es que aquellos que parecen más pacientes en los trabajos, pero que no están ejercitados mucho tiempo, ni reprendidos ni humillados por el superior, que los mira como muy virtuosos, pierden poco á poco su dulzura y su paciencia.

« Cuando yo estuve en esta santa casa, continua san Juán Clímaco, no podia ménos de admirar la fe, la paciencia y la virtud invencible con que sufrian los jóvenes las reprensiones, y el ser separados del trato de los religiosos y aún de otras personas inferiores á ellos. Habia uno, llamado Abbaciro, que hacía quince años que estaba en el monasterio, y durante todo este tiempo habia sufrido, por órden dél abad, malos tratamientos de los demás. Los que servian al refectorio le echaban algunas veces de la mesa, porque era naturalmente poco circunspecto en sus conversaciones, y con frecuencia se le dejaba sin comer; pero recibia estos malos tratamientos con tanta paciencia, que, habiéndole preguntado san Juán Clímaco la causa de que le tratasen de esta manera, respondio que, cuando entró en el monasterio, se le advirtió que los que renunciaban al siglo eran experimentados durante treinta años: que lo que se le hacía sufrir no procedia de un espíritu de rudeza, sino de una verdadera caridad, por la cual se le obligaba á cumplir fielmente los deberes de la vida religiosa, y por último, que era muy razonable y justo que se probase á los religiosos; pues que el oro no adquiere su perfección, sino cuando ha sido probado por el fuego.

« Este bienaventurado Abbaciro, añade san Juán

Clímaco, vivió dos años más despues que yo estuve en el monasterio, y estando próximo á entregar su alma á Dios, dijo estas palabras á los religiosos: « Doy gracias á Dios y á « vosotros por haberme probado de una manera tan dura; « pues hace siete años que me veo libre de pruebas y tentaciones por parte del demonio. » —Esto movió al superior á enterrarle, en premio de sus virtudes, como un confesor al lado de los Padres muertos en olor de santidad, y cuyos cuerpos descansan en este monasterio.

« Ofenderia yo, dice también san Juán Clímaco, á los amantes y celosos de las virtudes heróicas, si pasase en silencio los santos ejercicios y combates memorables de Macedonio, que era el primero de los diáconos de su monasterio.

« Habiendo suplicado al abad, dos dias ántes de la fiesta de la Teofanía (Epifanía), que le permitiese ir á Alejandría para evacuar algunos asuntos particulares, prometiendo volver protamente con objeto de disponer todo lo necesario para la fiesta, el demonio, enemigo de las virtudes de los Santos, puso tantos obstáculos á su regreso, que no pudo Macedonio llegar hasta la misma mañana de la fiesta.

« El abad le suspendió de su cargo de diácono, y le puso entre los novicios, á cuya penitencia se sometió Macedonio con una dulzura y una paciencia edificantes. Así pasó algunos dias, hasta que el abad lo restituyó á su cargo; pero á la mañana siguiente vino á suplicarle este humilde religioso que le permitiese entrar de nuevo en su penitencia alegando por razón el haber cometido una falta grave en Alejandría (se referia á su tardanza), lo cual le concedió el abad. De esta manera, se veia en el número de los novicios á un religioso respetable por su ancianidad y por su órden, que pedia sinceramente á todos sus hermanos que orasen al Señor para que le perdonase su desobediencia. »

San Juán Clímaco, atento siempre á aprovecharse de los

ejemplos de virtud que observaba en este santo monasterio, quiso saber de este santo religioso lo que le habia movido á entrar con tanto ardor en este género de humillacion, y éste le respondió que nunca se habia visto ménos atacado de las turbaciones que causa la tentación, ni más sensiblemente favorecido con las dulzuras de la luz divina.

El mismo Santo habla de otro anciano de esto monasterio, que dió pruebas de su santidad despues de su muerte. « Dios le llamó á sí, dice, siete dias ántes de que yo partiese de aquella santa casa; pero tres dias despues de su muerte, cuando celebrábamos sus funerales, y hacíamos las oraciones acostumbradas, se impregnó el lugar en que estaba su cuerpo de un olor tan dulce y agradable, que ordenó el abad que se abriese su sepultura, y entónces pudimos apreciar que de las plantas de sus venerables pies salian dos fuentes de un aceite de exquisito perfume, ante cuyo espectáculo dijo el abad : « Ved como sus trabajos y « sus pasos han sido como un perfume precioso que ofreció « al Señor, y que éste acepta favorablemente. »

Este excelente religioso se llamaba Meno : habia pasado cincuenta y nueve años en el monasterio, y ejercido todos los oficios de la casa. Refirieron los religiosos á san Juán Clímaco muchas acciones edificantes practicadas por él. Un dia que habia estado fuera del monasterio, llegó á la celda del abad, y se postró en tierra para pedirle su bendición, segun era costumbre. El superior le dejó en aquella posición hasta la hora del oficio, permitiéndole entónces que se levantase, y reprendiéndole por ser amigo de la ostentación y de la vanidad, y por haber sido causa de impaciencia. Este digno superior hacía esto, no porque hubiese verdadera falta, sino para que el religioso tuviese ocasión de merecer ante Dios, y para edificación de los demás religiosos. Por lo demás, este excelente religioso estuvo tan léjos de faltar á la paciencia en esta ocasión,

que, habiéndole preguntado otro, si se habia quedado dormido miéntras estaba de rodillas, le confesó que habia estado rezando el salterio.

---

## LA PRISION, O EL MONASTERIO DE LOS PENITENTES

El abad del monasterio de que venimos hablando, atendia por todos los medios que le inspiraba la Providencia, á la santificación de sus religiosos. Las prácticas comunes de la vida cenobítica eran para los que, á su vista, se ejercitaban en la renuncia de sí mismos y en las virtudes religiosas. Los que habian combatido fielmente sus pasiones por medio de la obediencia, de la paciencia, de la humillación y de la mortificación, y se hallaban elevados con los auxilios de la gracia al estado de contemplación, tenian la laura, á donde les permitia ir, para que en el reposo de una soledad absoluta pudiesen gozar de las dulzuras de la divina gracia, y para combatir contra el demonio como valerosos atletas.

Pero como el hombre lleva á todas partes su fragilidad, y puede descender fácilmente del más eminente grado de virtud, y caer en graves faltas, quiso atender á la salvación de los que tuvieran la desgracia de violar la santidad de su profesion, para lo cual estableció el monasterio de la prisión ó de los penitentes, en donde podian expiar sus crímenes por medio de las lágrimas y de la penitencia.

El Señor bendijo el celo de este excelente pastor, derramando abundantes gracias sobre este monasterio. En él

se veian prodigios de penitencia, y la compunción de los que la practicaban era tan viva y ardiente, que la relación que hace san Juán Clímaco como testigo ocular, pues que estuvo un mes en esta santa casa, es digna de admiración, y ha edificado á toda la Iglesia.

Preciso es mirar las disposiciones de estos venturosos penitentes como modelos dignos de imitación, cuando se quiere estar seguros de haber obtenido la reconciliación con Dios, despues de haber tenido la desgracia de ofenderle. Y no se pongan en duda estas severas mortificaciones, considerándolas como excesivas y fuera de la via ordinaria: Dios que inspiró á san Simeón Estilita el que subiese á una columna, y que lo puso por espectáculo á los ojos de los ángeles y de los hombres como un prodigio de la gracia, nos ha dado á estos como modelos de contrición, para confundir con sus santos excesos nuestra relajación y descuido en expiar nuestras faltas. Ha querido que los sagrados gemidos de estos ilustres penitentes fuesen como una voz atronadora, que penetrase en nuestros corazones, para que despertasen del letargo de la culpa: y si á nosotros no se nos exigen los mismos trabajos para la expiación de nuestras faltas, los de tantos religiosos, que tan amargamente lloraron las suyas, deben, á lo ménos, servirnos para excitar en nuestras almas sentimientos de verdadera penitencia y compunción, y de humillación por ser tan débiles los que concebimos.

No eran muchas veces grandes los crímenes por los que se entregaban á tan rigorosa penitencia estos fervorosos religiosos. Muchos de ellos la abrazaban como un purgatorio, en que expiaban faltas ligerísimas: otros la practicaban por el deseo ardiente de inmolar sus cuerpos á Dios por medio de rudas maceraciones, miéntras que le sacrificaban sus corazones con los ardores de su santo amor, y otros, por último, eran condenados á ella, no ya por fal-

tas graves, sino para evitar que cayesen en ellas, y para que el ejemplo de su castigo sirviese de escarmiento á los demás.

Refiere san Juán Clímaco, que, habiendo sido expulsado del gran monasterio uno de los solitarios, por haber acusado falsamente á otro religioso de emplear el tiempo en vanas conversaciones, estuvo siete dias enteros á la puerta del monasterio, suplicando que se le perdonase su falta, y se le permitiese volver á su celda. Al saberlo el abad, y tener conocimiento de que no habia comido en aquellos siete dias, se informó de que era sincero su arrepentimiento, y le declaró que, para volver al monasterio, era necesario que expiase su falta en el de los penitentes. Este religioso, verdaderamente contrito, se sometió al mandato de su superior.

Este monasterio distaba del grande una milla, y se le llamaba la prisión, porque estaba destinado para los que caian en alguna falta grave. De este lugar estaban desterrados todos los consuelos humanos, y no se experimentaban otros, que los que el espíritu de penitencia proporciona á las almas sinceramente arrepentidas. Nunca se veia en este monasterio humo, porque para nada se encendia fuego: no tenian otro alimento que pan y legumbres. Estaban separados unos de otros, ó á lo más vivian de dos en dos. Estaban constantemente encerrados, sin salir absolutamente para nada, hasta que el superior conocia que estaban reconciliados con Dios. Tenian por superior á un religioso muy ilustre, llamado Isaac, destinado por el abad para gobernarlos. Además de la oración que constituia su principal ocupación, se dedicaban á trabajos manuales, para impedir que el cansancio y excesivo trabajo espiritual los abatiese.

Entrando san Juán Clímaco en detalles sobre las disposiciones de estos fervorosos penitentes, dice: « Cuando

llegué á este monasterio, que puede llamarse con mucha propiedad el retiro de los que lloran, vi, si tengo valor para decirlo, lo que el ojo de un hombre relajado no ha visto jamás, lo que el oido de un hombre negligente no ha oído nunca, lo que el entendimiento de un hombre perezoso no concibe jamas, es decir, acciones y palabras capaces de hacer violencia al mismo Dios, mortificaciones y humillaciones suficientemente poderosas para inclinar en poco tiempo su misericordia. »

« Vi á algunos de estos inocentes culpables y de estos injustos justificados, que pasaban las noches enteras de pié y expuestos á las inclemencias del tiempo con los pies inmoviles, y que, estando agoviados de sueño, no sólamente no se daban reposo, sino que se acusaban á sí mismos de relajación y pereza. Otros tenian sus ojos elevados al cielo, y en actitud que excitaba compasión, pedian á Dios con tristes lamentos que les perdonase. Algunos tenian las manos atadas atrás, cual si fuesen criminales, y no se atrevian á levantar sus ojos, considerándose indignos de mirar al cielo, y permaneciendo abismados en profundo silencio : otros estaban sentados sobre cilicio y ceniza, ocultando su rostro entre sus rodillas, ó con la frente pegada á la tierra. »

« A estos se les veia golpear incesantemente sus pechos, acordándose del estado venturoso de sus almas ántes de caer en el pecado; miéntras que aquellos regaban el pavimento con sus lágrimas, ó golpeaban sus carnes en el exceso de su dolor, cuando no podian llorar, ó despues de ahogar algún tiempo los gemidos de su corazón, prorumpian en lamentos y quejas contra sí mismos. »

« Habia también muchos de ellos que se consideraban indignos de toda perdón, y publicaban en alta voz que no podian satisfacer á la justicia divina por los crí-

menes que habian cometido ; lo cual decian no por un sentimiento de desesperacion, sino por el convencimiento de la magnitud de sus ofensas, que los anonadaban con profunda humildad en la presencia de Dios. Por esta razón, le pedian que se dignase, por su misericordia, castigarlos en esta vida, para que pudiesen verse libres de los suplicios eternos. Habia también otros, que, sintiéndose llenos de esperanza, se esforzaban en pedir á Dios el perdón de sus pecados. »

« Por último, continua el mismo santo Padre, vi allí hombres tan humillados, tan mortificados y tan agoviados por la carga de sus culpas, que las oraciones y lamentos que dirigian á Dios hubieran sido capaces de quebrantar la insensibilidad de las piedras. »

« ¿ Cuando, añade, se les vió reir? ¿ cuando se les oyeron palabras inútiles? ¿ cuando se dejaron arrastrar de la pasión ? ¿ cuando de la cólera ? Ignoraban hasta que hubiese cólera entre los hombres ; pues era tan viva y profunda su aflixión, que apagaba todos los movimientos de la ira. ¿ Se vó una sola vez entre ellos la más lijera disputa, el más insignificante regocijo, la más pequeña libertad en las palabras, el más leve cuidado de sus cuerpos, el menor vestigio de vana gloria, el menor apego á los placeres, á la comida ó á cosa alguna que pudiera causarles satisfacción ? Hasta el deseo de las cosas más necesarias para la vida estaba desterrado de sus corazones, y muerto el cuidado de las cosas terrenas en sus espíritus. »

« Siempre tenian ante su vista el recuerdo de sus faltas y el de la muerte. ¿ Se nos manifestará de nuevo el Señor ? decian algunos. ¿ Podremos descargarnos, añadian otros, del peso de nuestros pecados ? Estamos atados con los lazos de la culpa, exclamaban otros : ¿ cuando oiremos decir al Señor, salid ? ¿ Llegarán nuestros lamentos hasta él ?

¡ Ay ! decian otros, ¿ que nos ocurrirá en el último trance de nuestra vida ? ¿ Qué juicio se pronunciará acerca de nosotros ? ¿ cual será nuestro fin ? Algunas veces se proponian unos á otros estas dudas : ¿ creeis, hermanos mios, que adelantamos ? ¿ creeis que alcanzaremos lo que pedimos en nuestras oraciones ? Creeis que Dios nos admitirá de nuevo á su gracia ? ¿ creeis que nos abrirá las puertas del cielo ? ¡ Ah ! tal vez se dejará vencer por nuestra perseverancia. Corramos, pues, hermanos mios, corramos : tenemos necesidad de hacerlo con todas nuestras fuerzas, pues que nos hemos separado de nuestros santos compañeros, y dejado el camino verdadero. Corramos sin consideración á los sufrimientos de nuestra carne : demos muerte á esta homicida que nos ha asesinado.

« Era tan vivo el dolor de que se hallaban penetrados por sus faltas, que muchos de ellos suplicaban al superior que les pusiese argollas de hierro al cuello, esposas en sus manos y grilletes á sus pies, para llevar estos signos de su castigo hasta la tumba. Tampoco faltaban algunos que se juzgaban indignos de ser sepultados como los demás, y rogaban que se les privase de sepultura, y que sus cuerpos se arrojasen al rio, ó se expusiesen en el campo para servir de pasto á las bestias. »

« Pero ¡ cuán terrible era el espectáculo que ofrecia la muerte de uno de estos penitentes ! Cuando estos bienaventurados veian que uno de sus compañeros iba á dejar este mundo, le rodeaban todos, y animados por el fuego de su celo, bañados en el agua de sus lágrimas y movidos por el ardor de sus deseos, le decian con palabras tristes y con sentimientos de compasión : ¿ Como os encontrais, hermano nuestro y compañero en nuestras desgracias y trabajos ? ¿ qué decís ahora ? ¿ qué esperais ? ¿ habeis obtenido lo que buscabais con tantos afanes ? ¿ teneis seguridad de vuestra salvación ? ¿ es bién fundada vuestra

esperanza ? ¿ No habeis oido en el fondo de vuestra alma una voz que, os dice : tus pecados te son perdonados ? O por el contrario, ? resuena en vuestros oidos aquella voz terrible, que decia que los pecadores serán arrastrados al infierno ? Hablad sinceramente para que podamos conocer el estado en que os hallais, y por el que nosotros hemos de pasar un dia : pues para vos está terminado el tiempo de la penitencia, y sólo os espera la eternidad. »

A estas preguntas respondian unos de los moribundos dando gracias al Señor por su infinita misericordia ; miéntras que otros, atemorizados por el terrible juicio de Dios que iban á sufrir muy pronto, manifestaban más vivamente el dolor que concebian por sus pecados. »

« Por lo que á mí toca, no puedo ménos de confesar que, cuando ví y escuché todas estas cosas, que me hacian comparar mi relajación con las mortificaciones y trabajos de estos penitentes, me asaltaron pensamientos de desesperación. Un mes entero pasé en este monasterio, y como me consideraba indigno de vivir en tan santa compañía, me volví al gran monasterio, en donde, viéndome el abad como fuera de mí mismo, y adivinando con su profunda sabiduría la causa, me dijo : Y bién, Padre mio, ¿ habeis observado los trabajos de estos generosos combatientes ? — Si, Padre, le respondí, los he visto : los he admirado, y he podido observar que estos hombres, que han caido en el pecado y lloran sus culpas, son más venturosos que los que no han caido, ni lloran, porque su caida ha sido causa de una resurrección que les preserva de nuevas caidas. »

« Exacto es vuestro juicio, me contestó, despues de referirme una historia que voy á consignar en este lugar. Hay cerca de diez años, me dijo, que teniamos un hermano, cuyo ardor y actividad para todos las ejercicios religiosos era tan grande, que, al verle con tal fervor de espíritu, me

estremecia, y temia que la envidia del demonio se sirviese de la velocidad con que progresaba para hacerle estrellar contra alguna piedra, como sucede de ordinario á los que caminan con mucha precipitación. Lo que yo me figuraba sucedió al fin. Despues de su caida vino á buscarme una tarde, descubriéndome su llaga, y pidiéndome remedio. Conocí la turbación de su espíritu y el dolor de que se hallaba poseido su corazón; pero cuando vió que su médico no queria usar de la severidad que él deseaba, pues era digno de compasión, se postró en tierra, abrazó mis pies, regándolos con abundantes lágrimas, y pidiendo que lo condenase sin condescendencia alguna á la prisión. Así es que, por una santa violencia, me ví obligado á cambiar la dulzura y compasión en rigor y dureza. »

« Apénas hube accedido á sus deseos, se trasladó al monasterio de los penitentes, haciéndose compañero de sus trabajos, y fiel imitador de sus lágrimas y afectos de compunción. Fué de tal manera herido en su corazón por la espada espiritual de la tristeza que el amor divino le habia causado, que al octavo dia entregó su alma en manos del Señor, pidiendo ser privado del honor de la sepultura; pero yo hice traer su cadáver á este monasterio y enterrarle en el cementerio de los Padres, de cuya gracia era muy digno, porque ví que, despues de una servidumbre voluntaria de siete dias, habia sido puesto en libertad al octavo, y un religioso supo con certeza, que Dios le habia perdonado su pecado ántes de levantarse de mis pies. He visto tambien á muchas almas que se hallaban poseidas hasta la manía del amor de las cosas sensibles y corporales, y que, habiéndose consagrado á la penitencia, se sintieron en seguida abrasadas en el fuego santo del amor divino, y que pasaron en un momento del temor servil al amor filial.

## SAN JUAN CLIMACO, ABAD DEL MONTE SINAI Y PADRE DE LA IGLESIA GRIEGA [1]

San Juan es llamado el Escolástico, á causa de la elevación de su espíritu y de la profundidad de su ciencia, y por la inapreciable obra que ha dado á la Iglesia con el título de *Escala Santa*, y que contiene los diferentes grados de virtud necesarios para llegar á la perfección, se conoce más ordinariamente con el nombre de Clímaco. Se presume que era natural de Palestina; pero se ignoran el lugar y el año de su nacimiento. Es de creer que fuese el año 525, bajo el imperio de Justiniano I. Lo que consta con entera certeza, tanto por los estudios que cultivó, como por haberse consagrado desde su juventud á la vida solitaria, es que recibió una educación tan esmerada como cristiana, la cual supone un orígen distinguido, buenas disposiciones naturales y padres piadosos.

No tenia más que dieciseis años, cuando, á pesar de sus talentos y de las esperanzas con que le brindaba el mundo, huyó de todo cuanto pudiera envanecerle, y vino á ocultarse en la soledad del desierto. Para ello escogió el monte Sinai, ya por ser el más adecuado que encontró al salir de Palestina, ó ya lo hiciese atraido por la reputación de que gozaban los religiosos que en él habitaban

« Hablando el historiador Procopio de estos religiosos, con motivo de una iglesia erigida por el emperador Justiniano bajo la advocación de la santísima Virgen, hace su elogio

[1] Procopio, la Escala Santa, Bulteau.

Imp. ch Chardon aîné. Paris. Gravé par

St Jean Climaque.

San Juan Climaco.

en estos términos: » En la comarca, que en otro tiempo se llamaba Arabia, y que hoy se conoce con el nombre de la tercera Palestina, hay un extenso desierto que carece de aguas y de vegetacion, y formando parte de él, existe una montaña de muy difícil acceso, llamada Sinai, muy próxima al Mar Rojo. Hállase habitada por solitarios, cuya vida laboriosa y penitente es una continua meditación de la muerte. En ella gozan con entera libertad de un absoluto retiro, que es lo que más aman en el mundo. No teniendo nada que darles el emperador Justiniano, porque nada deseaban, y ántes por el contrario, despreciaban los bienes de la tierra, ni se cuidaban de otra cosa que de no poseer nada, de mortificar su cuerpo, y de no aficionarse á los bienes perecederos del mundo, edificó un templo que consagró á la santísima Vírgen, á fin de que pudiesen tener en él sus oraciones, ofrecer sus sacrificios y vivir en aquel lugar que se halla al pié de la montaña, no habiendo querido edificarle en la cumbre de la misma á causa de las tempestades que en ella descargan.

Tal era la austera virtud de estos santos solitarios, que, léjos de espantar al jóven Juán, le sirvió para alentarle á hacer más completo su sacrificio. Se puso bajo la dirección de un santo anciano llamado Martirio, que se propuso informarlo en todas las virtudes monásticas, en que él mismo se distinguia, y para las cuales encontró en su discípulo las más excelentes disposiciones de inteligencia y de corazón, así como una docilidad á toda prueba. Puede decirse que jamás novicio alguno abrazó con tanto ardor y piedad las prácticas de la vida religiosa, ni las ejerció con tanta perfección. « Se servia, dice Daniel de Baitha, historiador de su vida, del objeto visible de la montaña santa, (así se llamaba el monte Sinai, en donde dió el Señor su ley), para elevar su espíritu á Dios, que es invisible. Huyendo del mundo, como medio de vencer las pasiones del mundo,

evitó el peligro de contaminarse con sus miserias: adquirió una humildad llena de modestia: cerró para siempre la puerta al demonio de la vana gloria y de la vana complacencia en sus propias luces: se sometió por amor de Dios y sin reserva á la disciplina de un director, con lo cual quedó garantizado de los peligros á que hubiera podido exponerse siguiendo su propio juicio. »

Pero ¿cual era la obediencia que prestaba á su director? ¿cuales los progresos que hizo en la renuncia de sí mismo? « Llegó á estar, dice el mismo historiador, tan enteramente muerto al mundo y á sus propias inclinaciones, que hubiera podido decirse con toda propiedad que su alma estaba destituida de razón y de voluntad, mucho más cuanto que, antes de abrazar esta celestial sencillez, se hallaba muy versado en las letras humanas y en la filosofía. El falso resplandor de la sabiduría humana dista infinitamente de la verdadera sabiduría de Jesucristo. »

Cuatro años estuvo instruyéndose y probándose ántes de hacer la profesión religiosa; así es que tenia veinte años cuando se consagró enteramente á ella. Un piadosísimo abad, llamado Estrategio, que asistia á la ceremonia, fué interiormente ilustrado por el espíritu de Dios, y predijo que el nuevo profeso seria un dia una de las más grandes lumbreras del mundo. Juán continuó bajo la disciplina de su director, que con gran satisfacción le veia adelantar extraordinariamente en las virtudes y en la ciencia de los Santos, y quiso llevarle á uno de los más ilustres solitarios de este desierto, llamado Anastasio, que, segun opinión, aunque infundada, de algunos autores, fué más tarde patriarca de Antioquía: pues este Anastasio es distinto del Sinaita, que es posterior á nuestro Santo, y del cual nos ocuparemos más tarde. Viendo, pues Anastasio á san Juán Clímaco, preguntó á Martirio quién le habia cortado el cabello, es decir, quién le habia admitido á la profesión reli-

giosa. A lo que contestándole Martirio que él mismo, replicó Anastasio con admiración : ¿ Quién creerá, Padre mio, que habeis consagrado al Señor al futuro abad del monte Sinai ?

Despues de estas dos predicciones consecutivas, quiso Martirio probar si Dios se dignaria hacer otra tercera por boca de otro célebre solitario, llamado Juán, y por sobrenombre el Sabaita, porque habia sido discípulo de san Sábas, para lo cual le llevó al desierto de Guddeen, donde éste moraba. Tan luego como llegó Martirio con su discípulo, se apresuró este ilustre solitario á lavar los pies del discípulo y á besar su mano ántes que al maestro. Estéban, discípulo de Juán el Sabaita, extrañando esta preferencia, le preguntó la causa, y su maestro le respondió, que no sabia quién era este jóven religioso ; pero que reconocia en él al futuro abad del Sinai.

Es de creer que en el intérvalo de estas predicciones le ocurrió lo que él mismo refiere en su *Escala Santa*. « Siendo yo jóven, dice, tuve que ir á una aldea, y apénas me habia sentado á la mesa, me sentí atacado de tentaciones de destemplanza y de vanidad. Pero temiendo los perniciosos efectos de la gula, preferí dejarme vencer de la vanidad, comiendo muy poco : pues sé que es muy ordinario que en los jóvenes pueda más el demonio de la destemplanza que el de la vana gloria. » No es extraño, añade : porque así como entre las gentes del mundo la avaricia es la raiz de todos los males, así entre los religiosos y solitarios la destemplanza es el principio de toda relajación. » — Cuando, pues, dice que prefirió dejarse vencer por la vana gloria en esta ocasión, no debemos creer que, comiendo poco, consintió en ninguna tentación de vanidad; sino que quiere decir sólamente que prefirió comer con sobriedad, aún cuando pudo exponerse á algún pensamiento de vana gloria . pues entónces habia ya adquirido ese espíritu

de discreción, que sabe discernir los lazos del demonio y encontrar medios de evitarlos.

Hacía diecinueve años que se ejercitaba con una sencillez admirable en la práctica fiel de la obediencia, cuando Dios llamó á su seno á su padre espiritual, el venerable Martirio. Entónces se propuso abrazar la vida de los anacoretas. Habia trabajado con tan buén exito en combatir sus pasiones, en desprenderse de todo afecto á las cosas de la tierra y en adquirir el espíritu de oración, que se hallaba en las más excelentes condiciones para abrazar este estado no ménos laborioso que santo. Estas son las condiciones que él mismo exige en su *Escala Santa* en los que quieren vivir solos en el desierto, y conocia tan perfectamente su necesidad, que no se hubiera atrevido á abrazar este género de vida, si hubiese carecido de ellas. Pero como siempre desconfiaba de sus propias luces, aún cuando las tenia muy claras y abundantes para poder dirigir á los demás, quiso tomar préviamente consejo de un santo anciano llamado Jorje Arseloite, el cual aprobó su designio, y del cual continuó siempre tomando sabios consejos.

Bajó, pues, de la montaña, y se retiró á una soledad que habia en la llanura, llamada Thola. De ella habla en la sexta grada de su *Escala Santa*, y dice que, entre los anacoretas que la habitaban, habia uno que estaba casi siempre trasportado fuera de sí, y que con frecuencia caia desmayado pensando en la muerte.

Su celda distaba cinco millas, es decir, unas dos leguas de la iglesia, que se cree ser la que mandó edificar el emperador Justiniano al pié de la montaña. A ella se dirigia los sábados y domingos, como los demás solitarios, tanto para asistir á los divinos oficios, como para participar de los santos Misterios.

En este nuevo retiro se propuso Juán una vida entera-

mente celestial, cual si hasta entónces nada bueno hubiese hecho; pero no por eso dejó de sostener grandes combates de parte de los demonios, y de sufrir violentas tentaciones. Así es que, hablando por propia experiencia á los solitarios de Raitha, les dice: « No hagais caso de esos ruidos vanos y fantásticos, de que se sirven los demonios para espantaros: pues el verdadero dolor de la penitencia no teme estos fantasmas, ni siente terror. »

En el mismo lugar habla de otra tentación que tuvo que sostener, y que le dió ocasión para demostrar como la vana gloria se desliza muchas veces insensiblemente en nuestros corazones. « Estaba yo un dia, dice, sentado en mi celda, y sentia tan grande decaimiento en mi corazón, que hasta me asaltaron pensamientos de dejar aquel lugar. Llegaron á la sazón algunas personas extrañas, y empezaron á ensalzar de tal manera la dicha que yo gozaba viviendo en aquella soledad, que mis movimientos de fastidio y desanimación se trocaron en los de vana gloria. Entónces pude observar que el demonio de la vanidad procura siempre estar á mayor altura que los demás demonios. — En la tercera grada de la *Escala Santa* hace la enumeración de las diferentes tentaciones, de que se sirven los enemigos de las almas para arrastrar á los anacoretas á la relajación, deduciéndose de sus expresiones que tuvo que sostener muchas de ellas, pero sin que se turbara su espíritu. Oponia la abstinencia y la huida de las ocasiones á los deseos de la sensualidad: el retiro y el silencio á la vana gloria: la meditación de la muerte al fastidio y á la pereza, y la privación de las cosas más necesarias y la caridad con que miraba á los pobres, dándoles parte de lo que ganaba con su trabajo manual, á la delicadeza y al apego de las cosas terrenas.

Por otra parte, en todas las cosas usaba de discreción, evitando los excesos que suelen ser lazos para el alma.

Hace notar su historiador que comia indistintamente de todo lo que permitia su profesión, pero sólo en la cantidad extrictamente necesaria para sostener las fuerzas del cuerpo : de esta manera vencia la gula comiendo poco, y la vanidad comiendo de todo sin afectación. Otro tanto hacía con el sueño, usando de discreción para no dejarse abatir por excesivas vigilias ; pero nunca se entregaba á éste sino despues de una larga oración.

Parece retratarse á sí mismo, si bién rebajándose en muchos pasajes de su libro, cuando atribuye á los anacoretas tres virtudes especiales, á saber : el desprendimiento de todos los negocios humanos, la continua oración y la vigilancia que hace al corazón inaccesible á los demonios. Esta absoluta privación de todo lo que apetecia y amaba, alejaba de su espíritu todo cuidado y toda ocupación que no fuese agradar á Dios. Su vigilancia sobre los más pequeños movimientos de su corazón no dejaba abierta ninguna rendija, por donde pudiesen penetrar los espíritus de las tinieblas : y su inteligencia y su corazón, desprendidos de este modo de todo recuerdo y de todo afecto á las cosas de la tierra, se hallan en la más absoluta libertad para elevarse á Dios por medio de una oración continua. Explica además en que grado de reposo de la vida solitaria se halla esta oración. « El que corre sabiamente, dice, por este santo camino tiene á Dios por objeto y regla de todos sus ejercicios, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos y en todas sus obras : todo lo hace en la presencia de Dios y con fervor interior.

Con esta continua presencia de Dios hacía meritorias todas sus acciones y hasta los más insignificantes pensamientos ; pero particularmente en el tiempo que destinaba á la oración, su espíritu se arrobaba en éxtasis admirables en que, tomando su alma elevado vuelo por una operación sobrenatural de la gracia, se encontraba trasportada á la

mansión de los ángeles, y conversaba con ellos acerca de los divinos misterios y de la inefable belleza del Hombre Dios. Puede decirse que en estos éxtasis de eminente oración, experimentaba lo que indica en su *Escala santa*, cuando dice : Que el último y más perfecto grado de oración consiste en un trasporte del alma, y un arrobamiento del espíritu en Dios, y que entre otras muchas especies de iluminaciones, hay una especialmente que, por medio de un éxtasis, pone al alma en presencia de Jesucristo de una manera secreta é inefable, y la llena de una luz espiritual y celeste.

De este don de oración tan perfecto procedia en él ese amor á la soledad y al silencio, que le hacía ocultarse todo cuanto le era posible á las miradas de los hombres, y guardar silencio ante estos, siendo así que tan maravillosamente hablaba de las cosas divinas. « No queriendo, decia, el verdadero solitario perder las dulzuras con que Dios le consuela, tanto más huye de los hombres, aunque no les tenga aversión, cuanto más estos le buscan.

Además de este hermoso dón de la oración, Dios le concedió otro no ménos estimable, que fué el de las lágrimas. ¿ Qué lugar, dice su historiador, daré en la corona de sus virtudes á este manantial perenne de lágrimas que habia en él, y que es una gracia que muy raramente se encuentra entre los solitarios ? Las derramaba en secreto, y como su celda se hallaba muy próxima á otras, desde las cuales se le podia oir llorar y gemir, se retiró á otra, que aún se vé al pié de la montaña, y separada de la suya lo suficiente para cerrar la puerta á la vana gloria, que, con las alabanzas, hubiera podido deslizarse en su corazón. Allí elevaba sus suspiros hasta el cielo con tanta amargura, cual si le hiriesen con el hierro, le quemasen con el fuego, ó le arrancasen los ojos. »

Estas lágrimas podian tener diferentes causas : unas ve-

ces procedian de un trasporte de ardiente amor á Dios: otras iban acompañadas de profundos gemidos, propios del que en esta vida se halla desterrado de la patria celestial, ó eran expresión vivísima de su contrición por sus pecados y por los de otros; pero siempre producian en su alma efectos admirables, y que no pueden expresarse mejor que con sus propias palabras: « Los que tienen, dice, una fuente de lágrimas en lo más sensible de sus corazones, odian su propia vida como la fuente de sus penas y aflixiones: tienen aversión á sus cuerpos como á un enemigo, tratándolo como á un esclavo, y así como el fuego material quema y consume la paja, así el fuego espiritual de sus lágrimas quema y consume sus impurezas visibles é invisibles. »

Añade otro de los efectos de las lágrimas santas, diciendo: « Los que han recibido este don pasan todos los dias de su vida en una fiesta espiritual, y así como la cera encierra la miel, así su dolor encierra un consuelo y una alegría imposibles de concebirse y expresarse. »

A la oración unia la lectura de los Libros santos y de los doctores de la Iglesia que le habian precedido. También solia leer algunas veces las obras de los herejes para refutar sus errores; pero acerca de esta lectura dá este importante consejo: « No leais libros de herejes antes de ser ilustrados y fortalecidos por el espíritu de Dios, pues sus palabras son tinieblas que oscurecen el espíritu de los débiles. » Esta máxima es muy sabia, pues por estas perniciosas lecturas muchas personas, en extremo curiosas y sin condiciones para discernir el veneno de la herejía, han tenido la desgracia de dejarse seducir por las sutilezas de estos malvados autores, y han caido en las tinieblas del error, que, como dice nuestro Santo, oscurece la inteligencia y emponzoña el corazón.

« La lectura de los Libros santos, dice, es muy conveniente para ilustrar nuestro espíritu y procurar el recogi-

miento interior, pues contienen las palabras del Espíritu Santoque sirven de luz y de guia para los que los leen con, piedad y respeto. Si vuestra vida es conforme al estado de santidad á que Dios os ha llamado, cuidad de poner en práctica lo que decís ; pues haciéndolo, no necesitareis leer otros libros. Buscad la inteligencia de la doctrina de salud, más bién en la práctica de las buenas obras, que en la lectura de los libros.

Recomienda que nadie se obstine en disputar con los herejes, pues que ordinariamente no vienen con deseo de conocer el bién, sino con el de hacer alarde de vana erudición : « Contentaos, dice, con exponerle una ó dos veces su extravío y su error. Pero si hubiese alguno que deseara sinceramente ser instruido en la verdad, no dejemos de darle instruciones santas y saludables : más no hagamos ni lo uno ni lo otro, sino cuando nuestro espíritu y nuestro corazón estén afianzados en el conocimiento de los misterios de la fé.

Esta recomendación repite casi en los mismos términos en su carta á un Pastor, considerándola de la mayor importancia ; pues sabía muy bién que uno de los más eficaces artificios de los herejes consiste en corromper la fé de los religiosos y de las mujeres, con objeto de dar más crédito y propagar más fácilmente sus errores : « Los superiores, dice, que no tienen más que un conocimiento muy superficial de los misterios y verdades de la fé, no deben comunicar con los herejes, como lo ordenan los santos cánones ; pero aquellos á quienes Dios ha hecho poderosos en palabra y en doctrina, deben entrar en el combate para mayor gloria de Dios, cuando son provocados por los herejes. » — No es de extrañar que san Juán dé estos consejos contra los herejes : pues habia muchos en su tiempo que atacaban principalmente los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, y que turbaban con sus novedades la Iglesia de Oriente.

Leia también las vidas de los Santos y las sentencias de los Padres de la soledad, y es de creer, según refiere en su *Escala santa,* que se animaba con sus ejemplos, y procuraba penetrarse de su espíritu. No se contentaba con saber sus acciones y su doctrina espiritual por las obras que acerca de esta materia se habian escrito, y que se hallaban en todos los monasterios para edificación de los religiosos; sino que iba á visitar las soledades de Egipto, para conocer más de cerca el espíritu de los antiguos habitantes, personificado en los solitarios ortodoxos que aún quedaban. Así es que ha podido consignar los edificantes ejemplos que refiere en su *Escala santa*, sobre todo el del monasterio de la Penitencia, del cual dice cosas admirables, y que nos parecerian increibles, si no hubiese sido testigo presencial de ellas. Debió también haber visitado el desierto de Esceta y los monasterios de Tabenna, porque de ellos habla en su obra; pero no se sabe en que tiempo haria estas piadosas escursiones. Despues de ellas le fué tan estimada su celda de Thola, que quiso reconcentrarse enteramente en ella. De este modo, semejante el bienaventurado Juán á una industriosa abeja que rebusca en las diferentes flores el licor de que forma su miel, formó en su celda el panal místico y dulcísimo que se saborea al leer su Escala Santa.

Pero su humildad era tan grande, que no pudo resolverse á escribir cosa alguna hasta que fué elegido abad del monte Sinaí, y despues de ser muy solicitado por el abad de Raitha. Era ya de una edad muy avanzada, y hasta entónces habia permanecido oculta bajo el celemin esta luz tan adecuada para ilustrar las almas. No lo habia hecho más que por humildad: pues hubiera deseado haber permanecido olvidado, así como todo lo habia olvidado por Dios. Este soberano Señor le bastaba, y no aspiraba más que á conocerle y á ser conocido por él. Este silencio tan rigoroso prueba mejor que nada su humildad: pues en su carta al

Pastor dice : « El que puede contribuir con sus instrucciones al bién de su prójimo y á la salud de sus hermanos, y no les distribuye con plenitud de caridad las palabras de vida que no ha recibido de Dios sino para comunicarlas á los demás, será castigado por haber ocultado el talento que debió negociar, según la frase del Evangelio. » Luego no lo hacía sino por el bajo concepto que tenia de sí mismo, y que le hacía considerarse inútil para los demás.

Pero Dios quiso hacerle conocer á algunas personas que vinieron á consultar sus dudas, y fueron tan sólidos y llenos del espíritu de Dios los consejos que les dió, que su fama se extendió poco á poco, hasta salir fuera del monte Sinai, y atraer á personas seculares de todos los estados que venian á pedirle reglas de conducta.

Refiere que vinieron un dia á verle unos seculares poco solícitos de su salvación, que querian excusarse de su relajación y negligencia, diciendo : ¿ Como hemos de consagrarnos á la vida solitaria y retirada, cuando nos lo impiden nuestras mujeres y los negocios á que necesariamente tenemos que consagrarnos? « Pero yo les respondí, dice ; haced todas las buenas obras que podais : no hableis injuriosamente de nadie : á nadie perjudiqueis : á nadie digais mentira : á nadie odieis : no dejeis de asistir á la iglesia : tened caridad y compasión con los pobres : no deis á nadie motivo de escándalo : respetad la unión conjugal. Si obrais de esta manera, no estareis lejos del reino de los cielos. » — De esta manera daba este hombre ilustrado por el espíritu de Dios reglas de salud á cada uno según su estado, no exigiendo de los seglares prácticas que sólo son propias de religiosos ; así como tampoco queria que estos, llamados por su estado á la práctica de los consejos evangélicos, limitasen su virtud á la simple observancia de los mandamientos.

Movido á deseo de imitarle un solitarió llamado Moisés,

quiso morar con él y ser su discípulo. Hasta entónces no habia tenido el Santo ninguno, á lo ménos no lo dicen los historiadores de su vida. Temiendo Moisés que por sí solo no podría conseguir sus deseos, interesó á algunos Padres del desierto, y el Santo creyó que debia acceder y tomarlo en su compañía. Dios manifestó que le era muy agradable esta caridad por medio de un milagro obrado con este motivo. Un dia mandó á Moisés que buscase en cierto lugar tierra para echarla en el huerto. Dispúsose el discípulo á ejecutar esta órden; pero llegado el mediodía no pudo resistir los rayos abrasadores del sol, (era el mes de agosto), y tomó algún reposo, sentándose á la sombra de una gran roca, y quedándose dormido. Entretanto hallábase san Juán en su celda entregado á la contemplación, y quedándose ligeramente adormecido, le pareció ver en su sueño á un hombre de aspecto venerable, el cual le reveló que Moisés se hallaba en peligro de perder la vida. Al punto despertó, y empezó á orar por él. Cuando regresó él discípulo, le preguntó que le habia ocurrido, y éste le dijo: « He estado á punto de ser aplastado por una enorme roca, á cuya sombra me habia quedado profundamente dormido; pero creí que me llamabais, y tembloroso y espantado me retiré de aquel lugar, sobre el cual cayó la enorme roca. » — El bienaventurado Juán no quiso manifestarle la visión que habia tenido, sino que movido por su profunda humildad, se contentó con dar gracias á Dios en lo más íntimo de su corazón.

Dios quiso en otra ocasión glorificar á su siervo, haciendo que sus oraciones no fuesen ménos eficaces para el consuelo de las almas afligidas por la tentación, que lo habian sido para la conservación de la vida del cuerpo. Un solitario llamado Isaac se hallaba tan fuertemente atacado de malos pensamientos, que con su violencia é importunidad casi lo tenian desesperado. Un dia se vió tan

sumamente afligido, que vino á refugiarse al lado del Santo, derramando amargas lágrimas, cual si se creyese seguro allí de las persecuciones del infernal enemigo. Conmovido sán Juan al ver su fé y humildad, le dijo: « Hermano mio, pongámonos en oración, pues Dios, que es bueno y misericordioso, no nos desoirá. » Hiciéronlo así, y aún no habian terminado su oración, y ya el enfermo espiritual se sintió enteramente cambiado y convertido en otro hombre. Una paz perfecta sucedió á las agitaciones de su espíritu: sintió que la tentación se habia disipado, y no pudiendo admirar suficientemente esta maravilla, que habia cambiado su situación tan humillante y aflictiva en una paz tan completa, dió gracias al Señor y al bienaventurado Juán que tantos beneficios le habia procurado con su oración.

De esta manera, dice el historiador de su vida, este esclarecido director de las almas enriquecia á todos los que venian á verle con las palabras de gracia que salian de su boca, como otros tantos rios de doctrina que repartia con una abundancia tan inagotable como su caridad: así como la eficacia de sus oraciones era un poderoso auxilio para los que se encontraban en peligro de caer en los lazos del infernal enemigo.

Tan singulares frutos de virtud debieran haber merecido la admiración y el respeto de sus hermanos, más bién que su envidia; pero el demonio, que, como se dice en el libro sagrado de Job, se encuentra algunas veces entre los hijos de Dios, queriendo impedir el fruto que producian sus santas instrucciones, tentó de maligna envidia á algunos solitarios, que tuvieron la debilidad de dejarse arrastrar por sus seducciones. Lejos de aprovecharse de su doctrina tan sabia como edificante, quisieron hacerle pasar por un hombre, que, olvidando su estado de solitario, quebrantaba las leves del silencio, por lo cual le llamaban hablador y charlatán.

Pero el Santo, guiado siempre por el espíritu de discreción y de humildad que le era tan propio, consideró que debia ceder, aunque los hermanos fuesen privados de sus sabias instrucciones, más bién que irritar á los envidiosos. En su consecuencia, manifestó á todos los que venian á verle que no queria hablar á nadie, y encerró en su celda los tesoros que hasta entónces habia derramado con espíritu de caridad.

Poco trabajo, sin embargo, le costó guardar silencio; pero al fin, los mismos que con sus murmuraciones le habian obligado á harcerlo se unieron á los demás religiosos para suplicarle que abriese de nuevo su boca, y emitiese sus celestiales oráculos. Su humildad y su modestia no pudieron ménos de impresionar á sus émulos, y los bienes de que habian privado á sus hermanos les hicieron conocer la injusticia con que habian procedido. Rogáronle, pues, que en adelante no suspendiese sus saludables instrucciones, y el bienaventurado Juán, que no sabia resistirse, volvió á emprender su antigua conducta.

Llegó, por último, el tiempo en que se cumpliesen las profecías de Anastasio y de Juán el Sabaita, de que ántes hemos hablado. « El bienaventurado Juán, dice Daniel, su historiador, que poseia todas las virtudes en un grado eminente, y que era admirado por todos, fué elegido unánimemente por todos los religiosos, para que, como en otro tiempo Moisés habia sido candillo del pueblo escogido, lo fuese de su vida espiritual. A pesar de sus reiteradas resistencias le impusieron el cargo de superior de Siria, y sacando esta lámpara de debajo del celemín, que tanto tiempo la habia tenido oculta, la pusieron sobre el candelero, para que iluminase toda la casa.

Cuarenta años habia pasado en desierto despues de la muerte del bienaventurado anciano Martirio, bajo el cual se habia ejercitado durante diecinueve en la más humilde

obediencia, los cuales, unidos á los dieciseis que tenia cuando abrazó la vida religiosa, demuestran que tenia setenta y cinco, cuando fué encargado del gobierno de los solitarios del Sina. Este cargo era de mucha importancia, y no podia ménos de serle muy pesado para una edad tan avanzada. Pero Dios que habia manifestado la gracia de su vocación en el dia de su profesión religiosa por medio de la profecía de Estrategio, quiso demonstrar con un nuevo prodigio que le era muy agradable la elección de este abad.

Otro historiador de su vida, religioso de Sinai, y que fué indudablemente testigo ocular, refiere este suceso prodigioso en los siguientes términos. « Cuando san Juán Clímaco fué constituido superior nuestro, acudió un gran número de huéspedes al monasterio, y estando todos sentados á la mesa, se vió á una persona que, vestida con túnica blanca á uso de los hebreos, iba y venia al refectorio, y daba órdenes á los cocineros y demás oficiales, disponiendo todo lo necesario para tratar bién á estos huéspedes. Cuando estos se levantaron, pusiéronse á comer los sirvientes, y buscaron por todas partes al hebreo para que les acompañase; pero no fué posible encontrarle. Entónces el siervo de Dios, nuestro bienaventurado Padre Juán, nos dijo: « No lo busqueis, porque el Señor y Dios de Moisés no ha hecho nada que sea extraño á su poder, queriendo ordenar por sí mismo todo lo necesario para ejercer la hospitalidad en este lugar que le está consagrado de una manera especial. »

El mismo autor dice también, que, habiendo en la Palestina una grande sequía, vinieron á verle los pueblos de esta provincia y á suplicarle que pidiese á Dios el beneficio de la lluvia, de que se hallaban tan necesitados. Hízolo el Santo, y el Señor confirmó su propia palabra, pronunciada por el Real Profeta, y según la cual el Dios hace la vo-

luntad de los que le temen y le sirven, y escucha favorablemente sus oraciones.

Expongamos ahora, según los datos de este mismo escritor, la conducta que observó el Santo en su nuevo cargo. « Subió, dice, cual Moisés al monte Sinai: entró, por medio de una sublime contemplación, en una nube inaccesible : se elevó á Dios por grados enteramente celestiales: recibió la ley grabada por la mano divina, es decir, la regla de conducta que debia observar: abrió su boca para recibir la palabra de verdad y de vida: recibió al Espíritu Santo, y hallándose lleno de las luces de la gracia, sacó de este rico tesoro de su corazón las preciosas é inestimables riquezas de su doctrina, que repartia sobre las almas con una abundancia y una bendición maravillosa.

Estas aguas de gracia y de salud no quedaron encerradas en el monte Sina, sino que Dios hizo que llegasen por medio del libro admirable de la *Escala santa,* primeramente al desierto de Raitha, y despues á toda la Iglesia. Entónces fué cuando se cumplió literalmente lo que cincuenta años habia vaticinado el abad Estrategio. Habia habido una unión muy estrecha entre los solitarios del Sina y los de Raitha : ambos desiertos tenian la gloria de haber dado mártires á Jesucristo, y si el monte Sina habia dado grandes hombres que lo ilustraron con sus talentos y lo edificaron con el buén olor de sus virtudes, no gozó de ménos prestigio bajo ambos aspectos el desierto de Raitha.

Un ilustre personaje, llamado Juán como nuestro Santo, y su especial amigo, gobernaba entónces el monasterio de Raitha. El conocimiento que tenia de sus talentos y de su doctrina profunda para la dirección de las almas, le determinó á suplicarle, tanto en su nombre como en el de todos los religiosos, a que escribiese lo que le dictase el Espirít Santo en órden á la práctica de las virtudes, y que les en-

señase lo que habia aprendido en la práctica de la ciencia espiritual. La carta que le escribió con este motivo es tan honrosa para san Juán Clímaco, que la espondriamos íntegramente, si no temiésemos extendernos demasiado. Se dirige á él como á un hombre igual á los ángeles, como al padre común de los padres de la soledad, y como á un doctor capaz de instruir á los demás doctores.

En seguida le pide en virtud de la obediencia que debe á Dios y á todas las personas que necesitan de su asistencia, que le trace por escrito las verdades que Dios le ha manifestado en sus celestes contemplaciones sobre la misma montaña, en que en otro tiempo se dignó mostrarse á Moisés. « Nosotros, dice, las recibiremos como otras nuevas tablas escritas por su propria mano, y que nos envia por vuestra mediación, como á nuevos y espirituales israelitas, que han salido de las agitaciones del mundo, como de los abismos del mar Rojo.... Puesto que habeis hecho tantas obras maravillosas con vuestra lengua animada por el espíritu de Dios, así como en otro tiempo hizo Moisés tantas maravillas con su vara prodigiosa, y puesto que sois el grande caudillo y el primer maestro de los que han abrazado esta vida enteramente angelical, no rehuseis las súplicas que os dirigimos, para que nos escribais los principales deberes de nuestro estado. Abrigamos la confianza de que accedereis á nuestros deseos : recibiremos con extraordinario consuelo estas reglas venerables, que serán como una escala santa, por la cual los que quieran subir al cielo llegarán con toda seguridad, y sin que puedan estorbárselo los espíritus de las tinieblas. »

El bienva enturado Juán tenia tan bajo concepto de sí mismo, que no pudo ménos de humillarse á sí mismo más y más á medida que más veneración le manifestaba el abad de Raitha. Sintió la misma dificultad para dar principio á su obra, que habia experimentado para encargarse del go-

bierno de los solitarios del Sina, y sólamente la emprendió por espíritu de obediencia, que le hacía mirar á Juán de Raitha como su maestro en la ciencia espíritual y en las virtudes religiosas, y someterse á sus órdenes como á las de un superior. »

« Cuando recibi, le contesta, la carta con que me habeis honrado, ó más bién el mandato que me habeis impuesto, mandato que es superior á las fuerzas de un pecador indigente y destituido de virtud, lo he mirado como muy conveniente á la santidad de vuestra vida y á la profunda humildad de vuestro corazón. Deberíais haberos dirigido á los maestros de la vida espíritual, y no á mí, que no he pasado de ser un discípulo; pero, considerando que los padres más eminentes en doctrina y en santidad nos han enseñado que la obediencia consiste en practicar ciegamente aún aquellas cosas que exceden á nuestra capacidad, he olvidado mi propia debilidad, y emprendo humildemente lo que no puedo cumplir. En su virtud os dirijo esta pequeña obra, pidiendo á Dios y á vos perdón de mi loca é indiscreta sencillez. Yo sé que vos, con la gracia de Jesucristo, sois muy capaz de instruirnos á los demás ; por eso la dirijo á esa comunidad consagrada al servicio del Señor, y que, como yo, recibe de vos las sabias instrucciones de un hombre tan ilustrado. Confiando en vuestras oraciones, como en manos espírituales que me ayuden á llevar el peso de mi insuficiencia, he tendido las velas al viento al tomar la pluma, y he abandonado á Jesucristo, el mejor de los pilotos, el gobierno de la nave, y la inspiración de todo lo que voy á decir por vuestro mandato y con vuestras oraciones. »

Entónces fué cuando apareció esta grandiosa producción de su genio eminente, de su consumada experiencia y de su ardiente caridad. Esta obra le hizo muy pronto célebre entre los griegos, y mucho más tarde entre los latinos. En ella trata las materias de una manera distinta que los de-

más autores griegos, que de ordinario con muy extensos en sus discursos; pero como estaba dotado de una inteligencia muy perspicaz, al mismo tiempo que grave y sólida, encierra muchos pensamientos y razones en muy pocas palabras. Expresándose más bién con sentencias que con pensamientos entrelazados, expone su doctrina en ideas breves, en principios y máximas, sin detenerse á exponerlos por medio de amplificaciones.

Esto es causa de que su obra sea oscura en algunos pasajes: pues no todos son capaces de llegar á la sublimidad de sus pensamientos. Así es que se procuró hacerlos más comprensibles y adecuados á la capacidad de todos por medio de notas y aclaraciones, que puso en griego Juán, abad de Raitha, cerca de cincuenta años despues. Más tarde publicó otras nuevas aclaraciones Elías, metropolitano de Creta, que hicieron más comprensible esta obra.

Nótase que nuestro Santo tenia una gran conformidad de carácter con san Gregorio Nacianceno, asi en la elegancia como en el estilo: pues ordinariamente propone sus instrucciones y discursos bajo una forma figurada, en que hace alusión á pasajes de la sagrada Escritura, mezclando algunas veces ejemplos raros y poco conocidos. Se encuentran tambien en sus obras imitaciones ingeniosas del lenguaje del Espíritu Santo, diversas alegorías del Antiguo Testamento, parábolas semejantes á las del Evangelio, que, bajo el velo de las cosas humanas, contienen verdades morales y espirituales, y por ultimo, cuestiones morales que propone á sus lectores, para excitarlos á buscar su resolución, por impedirle su modestia el decidirlas.

Aunque san Juán Clímaco protesta en su obra, que no la envia al abad de Raitha con intención de instruir al que considera como maestro, sino que lo hace en beneficio de los religiosos que este santo abad tenía bajo su direccion,

añade, no obstante, un pequeño tratado para el mismo abad, y que intitula *Carta á un Pastor*. Indudablemente debió hacerle muchas instancias para ello el abad Juán de Raitha, y esta obra, en la cual trata de los deberes de los que estan encargados de la dirección de otros, no es ménos útil para la instrucción de los superiores, que lo es la *Escala santa* para la de los demás, y especialmente para los religiosos. En ella se expresa también por medio de máximas y aforismos, y con la misma precisión y elevación de pensamientos que le es propia.

Entre las epístolas de san Gregorio Magno hay una dirigida á Juán, abad del monte Sina, que le habia escrito por medio del sacerdote Paladio, de quién pronto hablaremos. Este abad Juán no es otro que nuestro Santo. En esta carta, conservando el Papa su dignidad á través de una humildad profunda, se encomienda á sus oraciones, manifestándole que los religiosos que tienen la dicha de vivir en la soledad deben orar por los que, como él, están obligados á vivir en el embrevecido mar del mundo. Le indica al mismo tiempo los tres principales deberes de un superior, y le ruega que interponga sus oraciones, para que el Señor derrame su bendición sobre el rebaño que le está confiado : para que pueda animarlo á la virtud con su palabra y con sus consejos, y darle ejemplo de una santidad tan perfecta como la suya. Le pide también que proporcione algunos muebles para un hospital que un extranjero habia edificado en Sina, lo que demuestra que la caridad de este gran Pontifice se extendia á todas partes.

Es de creer que san Juán Clímaco no sobrevivió mucho tiempo á la composición de la obra de que venimos hablando. Despues de haber gobernado durante cuatro años el monasterio de Sina, resolvió abandonarlo para volver á su amada soledad de Thola, que, según la expresión de uno de sus historiadores, habia tomado por su compañera

y esposa. Regresó á ella con la misma inclinación á la vida oculta, con que una piedra tiende al centro de la tierra. Procuró encomendar la dirección del monasterio á un hermano que tenia, llamado Jorge, que habia llevado una vida muy perfecta en la soledad. Tal vez sea este Jorge el mismo de que habla Juán Mosch en su *Prado espiritual*, pero esta opinión no es aceptable, como veremos en su lugar.

Habiendo llegado el bienaventurado Juán á la edad de ochenta años, y aproximándose su última hora, vino á visitarle su hermano, y anegado en lágrimas, le dijo : « Y ¿ qué, hermano mio, me vas á dejar sin tu auxilio y asistencia ? Yo, como mayor, esperaba morir ántes que tú ; pues sin tí no me encuentro con ánimo para gobernar esta santa familia. ¡ Que desgraciado soy ! » San Juán le animó y confortó, diciéndole : « No te aflijas, hermano mio, pues si mi intercesión vale alguna cosa en la presencia divina, ántes de un año te atraeré á mí. » Asi sucedio en efecto ; el abad Jorge murió diez meses despues que su hermano. Se cree que san Juán Clímaco murió en 605 ó un año despues.

Además de los datos que pueden tomarse de sus obras para la historia de su vida, hay dos autores contemporáneos, que refieren todo lo que acabamos de exponer. Uno de ellos es un religioso de Sina, que vivia en su tiempo, y que habla de los hechos de su vida como testigo ocular. El otro es un monje de Raitha, que escribió poco tiempo despues de la muerte del Santo, fundándose en el testimonio de los que lo habian conocido y tratado ; así es que escribe estas palabras : « Todos los que han tenido la dicha de oir hablar al Espíritu Santo por la boca de este grande hombre, y muchos á quienes puso en camino de salvación, y que aún viven y brillan por sus eminentes virtudes, pueden dar testimonio de lo que digo. Pero uno

de los más ilustres testigos de la sabiduría de este salvador de las almas, es este nuevo David de que he hablado (se refiere al monje Isaac, á quién con sus oraciones libró de una grande tentación), así como también nuestro bienaventurado abad, á cuyas instancias descendió en espíritu este ilustre personaje de las alturas de la montaña del Sinai, como un nuevo contemplador de la majestad divina, y vino á traernos las tablas escritas por el dedo de Dios (*su Escala santa*), que contienen los preceptos necesarios para nuestra santificación, interiormente por la práctica de obras santas, y exteriormente por una contemplación enteramente celestial. »

Los griegos celebran la fiesta de este Santo el 30 de marzo, en cuyo dia presumen que acaeció su muerte. Los latinos le conocieron más tarde á causa de las irrupciones que hicieron las Sarracenos en el Egipto, en la Arabia y en la Palestina. Mucho tiempo despues es cuando se ha puesto en el Martirologio romano, es decir, despues que el estudio de la lengua griega, más cultivada en Occidente, dió á conocer su preciosa obra, que le ha hecho tan célebre en la Iglesia latina como en la griega, colocándole entre los Padres de la Iglesia, y entre los más eminentes maestros de la vida espiritual.

### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN JUAN CLIMACO

La Escala santa de san Juán Clímaco, de la cual vamos á sacar su doctrina espiritual, se compone de treinta grados, en cado uno de los cuales trata el objeto que se propone con mucha extensión, si bién á causa de la precisión de las palabras puede decirse que encierra varios pensamientos en cada una de ellas. Como se expresa, según hemos dicho, más bién por medio de máximas que de pensamientos encadenados, y como cada sentencia con-

tiene verdades muy instructivas, no podremos exponer más que algunas de ellas, teniendo que prescindir con pena de las demás. Preciso nos es, por lo tanto, reducirnos en lo posible, para no dar un volúmen en lugar de un análisis, bastando exponer algunas de las sentencias de cada grado.

Los tres primeros grados de la *Escala santa* se refieren á la renuncia del mundo, al despendimiento del corazón, al retiro interior y alejamiento de las criaturas, aún de aquellas que nos sean más queridas. En toda esta obra se refiere san Juán Clímaco á los religiosos ; pero sus enseñanzas convienen á todo el mundo.

### GRADO I

El retiro del mundo, dice en el primer grado, es un odio voluntario y un abandono de las cosas de la naturaleza, por el deseo de gozar los bienes que están sobre la naturaleza. Se puede llegar á él ó por la esperanza del reino celestial, ó por la pena que se tiene de su alejamiento, ó por el amor que se siente hacia Dios. Cuando no se experimenta ninguno de estos sentimientos, el retiro es indiscreto y temerario. Sin embargo, Dios es tan bueno, que no atiende mucho al fin que nosotros nos proponemos al entrar en la carrera, siempre que el término de ella sea el que Dios exige.

Al salir del Egipto del mundo, tenemos necesidad, como el pueblo judío, de un Moisés que nos guie, y que sea como un mediador entre Dios y nosotros. Así es que han sido engañados todos aquellos, que, confiando demasiado en sus propias fuerzas, no creian necesario que nadie los dirigiese.

Los que han abrazado este estado de santidad para llegar al cielo necesítan hacerse violencia, sobre todo al prin-

cipio de su retiro, hasta que el amor de los placeres, á que estaban acostumbrados, ceda, por la mortificación, al amor de Dios. Sepan que han de pasar por el fuego de las tentaciones y de las mortificaciones, si quieren que el fuego del cielo venga á abrasar sus corazones. Deben aplicarse con preferencia á tres cosas ; á una inocente sencillez, que les asemeje á niños sin malicia ni doblez, á la sobriedad y á la caridad que es hija de ésta.

Aunque en el principio de nuestro retiro nos cueste la práctica de la virtud mucho trabajo, violencia y amargura; pero á medida que se van haciendo progresos, va desapareciendo toda repugnancia, y llega un dia en que, estando los sentimientos terrenos como absorvidos por el celo del servicio de Dios, practicamos la virtud con gozo, con actívidad fervorosa, con ardiente deseo y con trasportes de amor.

Así como merecen alabanza los que desde un principio cumplen sus deberes con celo, así también debe lamentarse la conducta de los que, habiendo abrazado hace mucho tiempo la vida solitaria, han adelantado poco en la virtud, y les cuesta mucho trabajo el practicarla.

Es preciso no condenar ni rechazar á las personas que se han retirado del mundo por accidentes extraordinarios é imprevistos : pues Jesucristo se sirve de ellos para atraer á muchos á su amor. Nadie debe pretextar la multitud de sus pecados para considerarse indigno de la profesión religiosa. Esto no seria más que una falsa humildad, y con frecuencia una excusa frívola para perseverar en los placeres de la vida y en la impenitencia.

Corramos, pues, con gozo meclado de temor á este noble combate contra los demonios, y no temamos á estos enemigos. Armémonos contra ellos con ánimo generoso : pues son débiles contra los que les resisten con corazón intrépido y magnánimo. Dios, que es infinitamente bueno,

dulcifica muchas veces á los recientemente convertidos los rudos asaltos de esta guerra, para que la violencia del primer choque no los desanime y les haga volver al mundo. Por el contrario, se observa con mucha frecuencia que, cuando Dios vé un alma esforzada y generosa, permite que desde un principio tenga que sostener muy rudos combates, que muy pronto recompensa con inefables dulzuras.

Consagrad, pues, vuestra juventud á Jesucristo por medio de la penitencia, y en vuestra vejez tendreis la satisfacción de haber vencido las tentaciones y habreis alcanzado la paz del alma. Lo que se ha recogido en la tierna edad, consuela y anima en la edad avanzada. Trabajemos con ardor miéntras somos jóvenes : corramos con fortaleza y agilidad, porque es incierta la hora de la muerte.

### GRADO II

No debe bastar al solitario el haber salido del mundo y el haberse retirado al desierto, sino que debe tener su corazón desprendido de todas las cosas de la tierra. A esto se refiere san Juán Clímaco en el segundo grado. Aquel, dice, que se halla animado de un amor verdadero á Dios y del deseo del cielo, el que tiene un verdadero dolor de sus pecados, el que se halla santamente movido del temor de la muerte y del infierno, no se apega á las cosas profanas, ni tiene cuidado que le ocupe, ni solicitud que le turbe por las riquezas, por los padres, por los amigos, por la gloria mundana, ni por cosa alguna de la tierra ; pues ha rechazado todo vano afecto, y hasta odia su propia carne, por seguir á Jesucristo con un desprendimiento absoluto y un fervor incansable. ¿No sería vergonzoso para nosotros, que, despues de haber abandonado el mundo para seguir, no á un hombre, sino á Dios que nos ha llamado á su servicio,

nos hallemos agitados por los cuidados é inquiétudes por unas cosas, que de nada nos han de servir en la hora de la muerte?

Los demonios, llenos de artificiosa malicia, nos llevan algunas veces á estimar como dichosos a los que hacen en el mundo limosnas y obras de caridad, y á considerarnos desgraciados, porque no podemos practicar las mismas obras; pero al inspirarnos estos pensamientos, no tienen otro designio que desanimarnos en nuestra soledad y ver la manera de arrastranos al siglo.

Si queremos correr con fervor por el camino de la vida religiosa, consideremos que Jesucristo ha colocado, con relacion á nosotros, en el número de los muertos, á los que viven en el mundo, cuando dice: *Dejad que los muertos entierren á los muertos.*

Hay algunos que, despues de haber castigado sus cuerpos con todo género de mortificaciones y penitencias, cuando vivian en el mundo, no practican las mismas austeridades cuando abrazan la vida religiosa. Este relajamiento procede de que, cuando vivian en el mundo, era su virtud como una planta regada con la ostentación y los aplansos, que la hacian crecer fácilmente; pero le falta, por decirlo así, este jugo, cuando es trasplantada al suelo árido y seco del desierto, en donde no se percibe el aura de las alabanzas humanas.

Guardémonos de creer que marchamos por el camino estrecho y difícil, siendo así que en realidad hemos emprendido el ancho y fácil. Se conoce que vamos por el estrecho, si somos sobrios en la comida y fieles en observar las vigilias de la noche, en sufrir las humillaciones, los insultos y las afrentas sin murmurar y con paciencia: en llevar las injusticias y malos tratamientos con ánimo: en no manifestar cólera por lo malo que se diga de nosotros, y en humillarnos cuando se nos deprime ó condena.

¡ Bienaventurados los que marchan por este camino, porque de ellos es el reino de los cielos ¡

Hay que cumplir tres renuncias solemnes. Es la primera la que se hace de todas las cosas y personas; la segunda la de la propia voluntad, y la tercera la de la vana gloria, à la cual sigue la obediencia, cuando de ella se saca satisfacción y engreimiento: pues como dice Isaias, *será encorvada la arrogancia de los hombres*, y *será abatida la altivez de los varones*.

Cuando despues de habernos retirado del mundo, traten los demonios de enternecer nuestros corazones con el recuerdo de nuestros parientes, acudamos á las armas de la oración, y rechacemos semejantes tentaciones con el pensamiento de las penas eternas. Hay algunos que se forman la ilusión de no estar apegados á ninguna cosa, y sin embargo, sienten tristeza, cuando se les priva de ellas.

Los jóvenes que, despues de buscar con ardor los placeres del siglo, forman el designio de abrazar la vida religiosa, deben ejercitarse en la oración y en la mortificación, y abstenerse de toda delicadeza y de toda ofensa voluntaria, si no quieren volver á su primitivo estado: pues la religión es un puerto, en donde, á la vez que la salvación, puede encontrarse también el naufragio.

### GRADO III

En el tercer grado, que se refiere á la peregrinación ó retiro del mundo, recomienda mucho san Juán Clímaco al solitario que se despoje de todos los afectos, hasta de los naturales, sobre todo del de las personas que más se han estimado en el mundo, tales como nuestros amigos, nuestra patria y nuestros padres. No quiere esto decir, no lo permita Dios, que les tengamos aversión; sino sólamente que su presencia y compañía no nos distraigan de

la unión con Dios. « Pues el religioso, dice, es verdaderamente un peregrino que, por lo mismo que habla una lengua que el mundo no entiende, y que no entiende la lengua que habla el mundo, se consagra interiormente al conocimiento de Dios y de sí propio. »

« Escojamos para retiro aquellos lugares desiertos, más destituidos de todo consuelo humano, ménos expuestos á la vana gloria, ménos célebres y ménos conocidos de los hombres: de otro modo habremos salido del mundo; pero llevaremos consigo nuestras propias pasiones. Ocultad el esplendor de vuestra familia, y no os glorieis ante los hombres de llevar un nombre ilustre, no sea que se considere que sois tanto más bajos que los demás por vuestras pasiones, cuanto más elevados estais por vuestros nombres.

La regla de nuestras costumbres, que con tanto trabajo hemos formado, puede perderse en un momento, y las conversaciones con los seculares pueden pervertirnos. Si despues de haber renunciado al mundo, procuramos nuevamente conversar con él, puede pervertirse nuestro corazón, y perderse. »

### GRADO IV

Despues de estos tres primeros grados, habla san Juán Clímaco de la virtud de la obediencia, y á las máximas que dá añade muchos ejemplos edificantes y muy apropiados para animar á los religiosos á la práctica de esta virtud, que es uno de los principales fundamentos de la vida religiosa, y que constituye la paz y la corona de las almas piadosas. Suprimiremos los ejemplos, porque hemos de hablar de ellos en otro lugar. Hé aquí algunas de sus sentencias sobre esta virtud.

La obediencia es la mortificación del cuerpo subsistente

en la vida del espíritu: es un simple movimiento, en cuya virtud obramos sin discernimiento: es una muerte voluntaria: es una vida exenta de toda curiosidad: es una seguridad en el peligro: es una excusa legítima para comparecer en la presencia de Dios: es un medio para librarnos del temor de la muerte: es una navegación sin peligro, es, por último, un viaje que se hace durmiendo. La obediencia da muerte á la propia voluntad, y resucita la humildad. El que haya hecho morir su alma con esta muerte santa, no tiene motivo para temer, cuando tenga que dar cuenta á Dios de sus acciones. Por último, la obediencia es una renuncia que se hace del propio discernimiento por una plenitud de discernimiento.

El principio de esta mortificación es una mezcla de penas y trabajos: el progreso en ella unas veces se hace con trabajo, y otras sin él: su fin es siempre tranquilo: pero si el hombre dichoso que la practica, y que puede muy bién llamarse un conjunto de vida y de muerte, sufre algún trabajo, es cuando se apercibe de que ha hecho alguna cosa según su propia voluntad, temiendo llevar una pesada carga, cual es la de ser responsable de su propio juicio.

El camino de la obediencia es el más corto, aunque el más laborioso. Sólamente hay en él una ruta por la cual podemos extraviarnos, y es la que se llama confianza en su propio juicio y en su propia voluntad.

Cuando queremos someter nuestra cerviz al yugo de Jesucristo y confiar á otro la dirección de nuestra alma, examinemos cuidadosamente las cualidades del que escojamos para guiarnos y conducirnos, no sea que, cayendo en manos de un marinero en lugar de un piloto, entremos en un mar agitado en lugar de un puerto seguro, y naufraguemos. Pero despues de escontrar este piadoso y sabio director, aún cuando encontremos en él algunas ligeras faltas, que no son de extrañar en todo hombre, no le juz-

guemos, y contestemos al demonio que querrá tentarnos con ellas: Retírate, mentiroso: yo no soy el que debo juzgar á mi padre espiritual, sino él á mí.

Si el superior no cesa de reprender al que se ha sometido á su autoridad, todo va bién; pero si se mantiene silencioso, no sé lo que debo decir. Cuando las reprensiones nos punzan y entristecen, opongamos á este dolor injusto, el dolor justísimo que debemos concebir de nuestros pecados ¡ Bienaventurado el solitario que hace morir su propia voluntad, y se entrega incondicionalmente á la dirección del que Dios le ha designado por padre y maestro: pues merecerá ser colocado á la diestra de Jesucristo crucificado. El que rechaza toda corrección, justa ó injusta, renuncia á su propia salvación; pero el que la recibe humildemente, aunque con trabajo, no tardará en obtener el perdón de sus pecados.

El que descubre sus tentaciones á su padre espiritual, demuestra tener firme confianza en él; pero el que las tiene ocultas en su corazón, sigue un camino extraviado. El que en cualquier disputa quiere sostener su opinión, aunque sea verdadera, padece la enfermedad del orgullo. Si esta falta la comete con sus iguales, podrá ser curado por la corrección de los ancianos; pero si la comete con estos, ¿ quién podrá corregirle? El que no es recatado en sus palabras no puede ser justo en sus acciones: trabaja en vano, y su obediencia es engañosa.

El que unas veces obedece á su padre espiritual, y otras le desobedece, se parece á aquel que unas veces cura sus ojos con agua de rosas, y otras con cal viva.

Cuando confesais vuestras faltas, hacedlo como un verdadero criminal. Tened la vista recogida hacia la tierra; regad, si es posible, con vuestras lágrimas los pies de vuestro juez y médico, cual si fuesen los del mismo Jesucristo: descubridle vuestros males y heridas, y decidle sin que os

contenga la vergueiiza : Padre mio, esta falta es exclusivamente mia, y no puedo atribuirla más que á mi relajación, á mi negligencia y á mi pereza. No nos admiremos de que, aún despues de nuestra confesión, nos encontremos combatidos por la tentación : pues es mucho mejor combatir la miseria del cuerpo que nos humilla, que la del espíritu que nos ensoberbece.

Procuremos guardar un profundo silencio en presencia de nuestro superior, y manifestarle que somos tan ignorantes como mudos. El hombre amigo del silencio es un verdadero sabio, y lleno á cada momento de una nueva luz. En una ocasión vi á un religioso que, miéntras su superior le contaba una historia muy edificante, le interrumpia. Desde entónces nunca le ví sumiso, sino que en lugar de humillarse, de dia en dia se hacía más soberbio.

Cuando esteis reunidos con los religiosos, vigilad sobre vosotros mismos y guardaos de consideraros más justos que los demás. Sed fervorosos; pero no sólamente en vuestras palabras y modales, sino en lo más íntimo del espíritu. No sigais secretamente esos movimientos extraordinarios de fervor, si estais dispuestos á despreciar al prójimo, y si os sentis animados de este desprecio, haceos en todo semejantes á vuestros hermanos, no sea que por vuestra vanidad no os parezcais á ellos.

No creais que somos pacientes sólo cuando sufrimos generosamente las humillantes reprensiones de nuestros superiores, sino cuando soportamos con la misma generosidad los desprecios de los demás. Recibid de todos vuestros hermanos este brevaje de la humillación, como un agua saludable que dá la vida : entónces es cuando florecerá una pureza perfecta en vuestros corazones, y la luz divina no se eclipsará en vuestras almas.

No aparenteis sin razón y extemporáneamente guardar un silencio que turba y ofende á vuestro prójimo : cuando

se os mande que os apresureis, no obreis ni marcheis lentamente : pues la prontitud de los demás chocará con vuestra negligencia. Cuando los tibios y perezosos creen que son laboriosas y difíciles las cosas que se les mandan, prefieren la oración á estos trabajos; pero cuando se la ordenan cosas fáciles y agradables, huyen de la oración como del fuego.

Entre los que hacen profesión de obediencia, hay algunos que, conociendo la bondad y condescendencia de su superior, le piden algún empleo conforme á su propia voluntad; pero por lo mismo que han obtenido lo que deseaban, han perdido la corona de la obediencia.

Los que viven en comunidad deben combatir á toda hora las pasiones, y sobre todo la intemperancia y la ira : porque allí en donde hay muchas personas, encuentran estas pasiones el alimento que necesitan para la corrupción que les es propia.

Nadie puede instruirnos mejor acerca de la utilidad de la obediencia, que los que la han abandonado : porque estos reconocen que habitaban en el cielo, y que han caído del estado de felicidad en que se hallaban. Hermanos mios, vosotros que recorreis esta carrera de la obediencia, deteneos un poco y oid lo que dice el Sabio : *Probólos como el oro en la hornilla; y recibiólos como ofrenda de holocausto, y á su tiempo se tendrá cuenta de ellos.*

## GRADO V

San Juán Clímaco trata en este grado de la verdadera y sincera penitencia. Empieza exponiendo su naturaleza y cualidades. Habla despues de lo que vió en Egipto en el céleble monasterio de la Prisión, como hemos hecho notar en el capítulo anterior. Dá las reglas de la verdadera peni-

tencia, y pone especial cuidado en inspirar confianza á los pecadores, y en recomendarles que no se desanimen.

La penitencia, dice, es un restablecimiento del bautismo, una promesa que se hace á Dios, en cuya virtud se obliga el penitente á variar enteramente de vida: es una renuncia del espíritu á las comodidades del cuerpo: un juicio que se pronuncia contra sí mismo: una confesión sincera de los pecados: una reconciliación, en fin, con Dios por la práctica de las buenas obras contrarias al pecado.

Cuando hemos caido en el todazal del vicio, no podriamos salir de él, si no nos arrojáramos en el abismo de la humildad y de la penitencia, pero esta humildad es muy diferente de la condenación que pronuncia contra sí mismos la conciencia de los que pecan. Es también diferente de la rica y dichosa humildad que Dios inspira á las almas perfectas.

Cuando hemos caido en una falta, tenemos que combatir sobre todo al demonio de la tristeza, que, turbando nuestro espíritu, quiere destruir la eficacia y atención de la oración, por la cual acudimos á Dios. No nos admiremos, pues, de caer todos los dias en las mismas faltas: no dejemos por esto el camino del Señor; antes por el contrario, perseveremos con vigor y fortaleza en su santo servicio, y el ángel de la guardia verá con complacencia vuestra paciencia y constancia. Cuando una llaga es reciente se hace facil su curación: pero si se ha dejado envejecer por negligencia, se hace sumamente difícil curarla, y se necesita emplear mucho trabajo, mucho hierro y mucho fuego.

Antes de caer en el pecado, los demonios representan á Dios como muy misericordioso para con los hombres; pero despues de la caida, hacen creer que es muy despiadado. No los escuchemos, pues, si hemos tenido la desgracia de caer en alguna grave falta, y nos hallamos inclinados á caer en otras: pues pretenderá hacernos creer que debiamos ha-

ber evitado lo prímera, y que las demás no tienen importancia.

Los que lloran sinceramente sus faltas no esperan á la hora de su muerte para recibir la seguridad del perdón de sus pecados; que en esta hora sería muy incierto, sino que durante su vida dicen al Señor : Consoladme, Dios mio, dándome la seguridad del perdón de mis pecados, á fin de que yo no salga de este mundo sin tener este consuelo.

El que llora sus propios pecados no considera las caidas de sus hermanos. Procurad que sea tan grande la pureza de vuestra vida que no os reprenda vuestra conciencia. Cuando nos creemos siempre deudores, es una prueba de que hemos satisfecho nuestras deudas.

Nada hay que iguale á las misericordias del Señor : nada hay tan grande como ellas : por esta razón es un suicida el que se desespera. La señal de una verdadera penitencia es considerarse digno de todas las aflixiones que nos sobrevienen, y de otras aún mayores.

## GRADO VI

La meditación de la muerte, dice san Juán Clímaco, precede á los gemidos y lágrimas de la penitencia, como el pensamiento precede á la palabra, y ésta es la razón de que al grado de la penitencia una el del recuerdo de la muerte, y despues de éste trata de sus santos gemidos y de sus saludables lágrimas.

El temor de la muerte, dice, es un sentimiento natural en el hombre, y un efecto de su desobediencia ; pero el temblor que nos causan los horrores de la muerte, demuestra que aún no hemos expiado nuestros pecados por la penitencia. Así como entre todos los alimentos el pan es el más necesario, así entre todas las prácticas espirituales, la meditación de la muerte es la más útil.

Reconocemos que el pensamiento de la muerte se halla verdaderamente grabado en el fondo de nuestro corazón, cuando nos desprendemos voluntariamente de todas las cosas creadas, y renunciamos absolutamente á nuestra propia voluntad.

El que espera la muerte todos los dias es verdaderamente virtuoso; pero el que la desea á toda hora es santo. Así es que no todo deseo de la muerte es bueno: pues unos la desean con sentimiento de humildad, porque caen frecuentemente á causa de la violencia de los malos hábitos, y otros por desesperación, no queriendo hacer penitencia. Hay otros que la desean por presuntuosa opinión de su virtud; miéntras que otros, si bién pocos en número, por un movimiento eficaz del Espíritu Santo, suspiran por pasar de la vida presente á la futura. Así como los santos Padres declaran que el amor perfecto está exento de caida, así la perfecta meditación de la muerte está exenta de temor.

Un alma fervorosa se ocupa en muchos pensamientos fervorosos y saludables, y entre otros en el amor de Dios y en el deseo de su posesión eterna. Piensa en el celo que abrasaba á los mártires, en el testimonio que estos dieron de la fé de Jesucristo, en la gloria de los ángeles y de los santos, y por último, en la hora en que saldrá de este mundo, en el juicio á que ha de ser sometida, en la sentencia que se ha de pronunciar, y en los tormentos que están preparados á los réprobos. Todos estos pensamientos son grandiosos y excelentes.

No os dejeis engañar, ó solitarios, con la insensata persuación de que tendreis tiempo para satisfacer; pues por grande que sea la penitencia que se haga en un dia no es suficiente para satisfacer por las faltas que en él se cometen. Si queremos vivir santamente cada dia, representémonos que éste es el último de nuestra vida. Un pa-

gano reconoció esta verdad, cuando dijo que el amor de la sabiduría no consistia en otra cosa que en la meditación de la muerte.

### GRADO VII

Nuestro Santo se extiende mucho en este grado que trata de las santas lágrimas que hace derramar la compunción. Habla como maestro que tiene una gran experiencia, y todo lo que dice es muy precioso. Hé aquí un resúmen.

La tristeza de la penitencia, ó la compunción, es un remordimiento de la conciencia, que, á medida que se apodera de nuestros corazones por el recuerdo de nuestros pecados, nos produce un dulce consuelo por la confesión que hacemos á Dios. Las virtudes propias de esta tristeza son: la templanza, el silencio, la afabilidad, el olvido de las injurias, la humildad, la sed de humillaciones, el hambre de sufrimientos, y una caridad que no sólamente no condena á los que pecan, sino que se mueve á compasión por todos los pecadores.

Si una sola vez llegais á poseer el don de lágrimas, procurad conservarlo por todos los medios que estén á vuestro alcance, porque fácilmente se pierde, cuando no está arraigado en el corazón. Este don es como una voz fuerte que clama incesantemente á los oidos del Señor. Si el temor de su justicia es el que hace derramar estas lágrimas, se convierten éstas en poderosas medianeras para con él: si es su santo amor, nos aseguran que nuestras oraciones le han sido agradables. Nada tan conforme á la humildad como estas santas lágrimas: nada tan contrario á esta virtud como la risa desordenada.

Cuando os presenteis en la oración, hacedlo de la misma manera con que un reo se presenta ante su juez: responda

la disposición interior de vuestro espíritu á la humildad exterior del cuerpo, pues es imposible que la bondad divina desoiga á un alma tan afligida y humillada. No imiteis á los que, despues de haber sepultado á los muertos, en tanto lloran sobre sus sepulcros, como se regocijan en los banquetes que acompañan á sus funerales. El amor de las delicias es como un perro, que el verdadero penitente debe arrojar de su corazón. No hemos sido llamados á la vida religiosa como á una boda, sino para que lloremos sobre nosotros mismos.

Cuando os acosteis, representaos que estais tendido en la tumba. Cuando comais, pensad que un dia habeis de ser pasto de los gusanos. Cuando bebais, acordaos de la sed abrasadora que experimentan los condenados. Cuando el superior os reprenda y humille, representaos la última sentencia que ha de pronunciar el Juez soberano, y cuya ejecución ha de durar toda una eternidad. Excíteos á llorar vuestras faltas vuestro mismo hábito religioso, pues los que lloran á los muertos están vestidos de negro, como nosotros [1].

El que llora cuando quiere, no es el que ha recibido el don de lágrimas, sino el que llora lo que quiere llorar, ó más bién, el que llora lo que Dios quiere que llore: pues con frecuencia se mezclan con las lágrimas de la penitencia, que son agradables á Dios, las de la vana gloria, que le son desagradables. Esto debemos discernirlo con la luz de la prudencia y de la piedad.

La verdadera compunción se halla exenta de toda vanidad: así que, cuando vemos la cólera y el orgullo en

[1] Este pasaje de san Juán Clímaco nos indica cual era el color de los hábitos que usaban los religiosos del monte Sina. Se deduce, al mismo tiempo, de lo que hemos dicho en otro lugar que, cuando iban á la églesia á recibir la sagrada Communión, se ponian otro hábito blanco sobre este negro.

los que lloran, no podemos ménos de juzgar que estas lágrimas no vienen de Dios. No confieis en la abundancia de vuestras lágrimas, ántes de que vuestra alma se halle enteramente purificada. Nadie puede dudar que las lágrimas que vienen de Dios sean muy útiles; pero tan sólo en el momento de salir de este mundo es cuando conoceremos prácticamente la utilidad, que de ellas hemos sacado.

El que camina siempre hacia Dios con lágrimas pasa todos los dias de su vida en una fiesta espiritual; pero el que viviendo en las delicias corporales, pasa todo el dia en fiestas mundanas, pasará toda la eternidad en lágrimas.

Cuando considero cuanta es la virtud y eficacia interior de la santa compunción, admiro con estupor, como lo que se llama aflixión y dolor de la penitencia encierra una alegría y un gozo enteramente espiritual, lo que prueba que esta saludable tristeza es un verdadero don de Dios. Ahora bién, lo que hace que este dolor se encuentre junto en el alma con un placer dulce y agradable, es que Dios consuela de una manera secreta é invisible á aquellos, que tienen el corazón herido por una santa aflixión.

## GRADO VIII

Nuestro Santo habia dicho que la santa compunción es incompatible con la cólera, con el resentimiento, con la maledicencia, con la falta de mortificación de la lengua, con la mentira y con la pereza. En su consecuencia trata de todas estas cosas en los grados siguientes.

Sobre la dulzura, que es opuesta y triunfa de la cólera, dice, que hace que el alma permanezca como impasible, tanto en las injurias como en los aplausos: que para empezar á vencer la cólera, debe permanecer muda la lengua en medio de las turbulencias del corazón: que para pro-

gresar en esta victoria, es preciso acallar los pensamientos que, aún cuando con ménos intensidad, producen estas turbulencias, y que se triunfa enteramente de ellas, cuando se llega á una constante serenidad de ánimo en medio de las tentaciones, que, cual impetuosos vientos, le suscitan á toda hora los demonios.

Como la luz disipa las tinieblas, así la acritud y la cólera desaparecen de nuestra alma, cuando la humildad ha difundido en ella la dulzura de sus perfumes. Los que no emplean los remedios convenientes para curar la cólera, bajo pretexto de que es muy pasajera, no piensan que dice el Sabio : *El que hace alta su casa busca su ruina* [1].

Si es el colmo de la dulzura conservar la paz del espíritu y la ternura de la caridad en presencia del que nos trata mal, es también el colmo de la cólera agitarnos, cual furiosos, en palabras y denuestros contra él. El Espíritu Santo se llama la paz del alma ; pero la cólera es la turbación de ella : luego nada la aleja tanto de este Santo Espíritu como la cólera.

Los que, por disimulo, fingen sufrir con paciencia una injuria, al mismo tiempo que gravan su recuerdo en el corazón, me parecen aún más desdichados que los que se dejan arrebatar de la cólera. Es un mal grave turbar el alma con ella : mucho más grave aún el manifestarla con palabras destempladas ; pero nada hay tan opuesto ni tan indigno de la vida religiosa, que debe ser una vida enteramente angélica y divina.

Si quereis quitar la paja del ojo de vuestro hermano, no os sirvais de un instrumento grosero, tales como palabras duras y gestos indecentes, que no conseguirán otra cosa que clavàrselo más : emplead uñ instrumento más deli-

[1] Prov. xvii, 16.

cado, cual es una instrucción dulce, ó una reprensión caritativa y moderada.

El primer grado de la paciencia es sufrir caritativamente las humillaciones, aún cuando cueste alguna violencia. El segundo es no abrigar resentimientos, y el tercero considerarlas como alabanzas. Yo ví en una ocasión á tres solitarios que recibieron á la vez una misma ofensa. El primero se sintió herido por ella, pero guardó silencio, porque temia la justicia de Dios. El segundo se manifestó regocijado, porque esperaba que Dios le recompensase, y el tercero se afligió mucho, no por sí, sino por el que le habia hecho el ultraje, porque se hallaba animado de verdadera caridad para con el prójimo. He notado en algunas personas una cosa verdaderamente deplorable, y que procedia de una secreta vanidad, y es encolerizarse por haberse encolerizado. De esta manera castigaban su primera falta con otra no ménos lamentable. Atemos, pues, la cólera, como se ata á un tirano furioso con las cadenas de la dulzura: castiguémosla duramente con la vara de la penitencia, y venzámosla con los lazos del santo amor.

### GRADO IX

Dice san Juán Clímaco acerca del recuerdo de las injurias, que forma el noveno grado, que es la consumación de la cólera, y que fomenta los pecados en el alma; que es el odio de la justicia, la ruina de las virtudes, y un veneno que emponzoña el corazón. Es un motivo de confusión para el que ora, y un obstáculo perpetuo á las súplicas que eleva al Señor. Es un ojo de iniquidad que jamás duerme, una malicia que se renueva incesantemente, un pecado continuo.

Un anacoreta que fomenta en su alma el recuerdo de las injurias, es en su celda como un aspid en su agujero,

y que lleva por todas partes el veneno de que se halla lleno. El que quiera recordar injurias, entreténgase en recordar las que el demonio le ha inferido, y el que quiera vengarse de ellas, vénguese de su propio cuerpo.

La oración que Jesucristo nos ha enseñado debe cubrir de verguenza á los que se acuerdan de las injurias, pues no podemos repetirla con su propio espíritu, si conservamos este pernicioso recuerdo. La consideración de los sufrimientos de Jesucristo puede curar del recuerdo de las injurias á un alma, por la extrema confusión que debe producirle este ejemplo de paciencia, que tan evidentemente contrasta con su impaciencia. El olvido de las injurias es la señal de una verdadera penitencia ; pero el que conserva animosidad y cree tener espíritu de penitencia, se parece á un hombre que cree correr, cuando lo que hace es soñar que corre.

Muchos han abrazado con ardor grandes trabajos para merecer la remisión de sus culpas ; pero el que olvida las injurias que se le han hecho, no tardará en obtener esta gracia : pues es una verdad innegable, que el que prontamente perdona obtendrá abundante perdón, como enseña Jesucristo en el santo Evangelio.

### GRADOS X,XI Y XII

Habla el Santo en estos grados de la maledicencia, del silencio y de la mentira.

1° Hablando, en primer lugar, de la maledicencia, la llama una sanguijuela oculta en el alma, que saca de ella toda la sangre de la caridad, una corrupción del corazón, y un peso que agovia la conciencia. En una ocasión, dice, oí á unas personas que murmuraban del prójimo : quise reprenderlas, pero me contestaron, que lo hacian

por amor de aquel mismo de quién tan desventajosamente hablaban. Yo les repliqué: si lo amais verdaderamente, pedid á Dios en secreto que lo libre de sus faltas, y no le deshonreis con vuestras palabras. He visto también á un hombre que, habiendo cometido un crímen público, hacía penitencia en secreto, y encontré que el que era condenada como incontinente, era considerado por Dios como casto, pues se habia reconciliado con él por medio de una verdadera conversión.

Si quereis vencer al demonio de la maledicencia, no atribuyais el pecado al hombre que lo ha cometido, sino al demonio que lo ha sugerido. El fuego no es ménos contrario al agua, que el juicio temerario al espíritu de penitencia. Cuando veais á un hombre pecador, aún en la misma hora de su muerte, no lo condeneis, pues el juicio de Dios se halla oculto á los hombres.

Ne guardeis consideraciones humanas hacia aquellos que murmuran del prójimo, ántes bién, decidles: Dejad, hermano mio, de hablar mal de esta persona: ¿como podré condenarla yo, que todos los dias caigo en faltas mucho mayores? De esta manera hareis dos bienes, el de vuestra propia curación y el de la de vuestro hermano.

Juzgar al prójimo es usurpar unas atribuciones que sólamente son propias de Dios, y condenarle es procurarse una muerte funesta. Así como un vendimiador entendido no corta las raices verdes, sino las secas, así el hombre prudente no mira más que las virtudes de los demás; miéntras que el insensato murmurador no fija su atención más que en sus defectos. No condeneis, por último, á vuestro prójimo, ni aún con el testimonio de vuestros propios ojos, porque estos con frecuencia se engañan.

2° Hablando del silencio en el grado undécimo, dice: « La intemperancia de la lengua es como el trono de la

vana gloria : constituye el carácter distintivo de los ignorantes, y la antesala de la maledicencia. Es la madre de la burla, la hacedora de la mentira, la ruina de la compunción, la disipación de la meditación, la destructora de la vigilancia sobre sí mismo, el resfriamiento del fervor, y el oscurecimiento de la luz que la oración produce en el espíritu.

El silencio, por el contrario, acompañado de la prudencia y de la sabiduría, es el padre de la oración, la conservación del fuego divino que debe abrazarla, el amigo de las lágrimas saludables, el enemigo de la confianza presuntuosa, el progreso continuado en la virtud, y una elevación secreta del alma á Dios. El que conoce verdaderamente sus faltas reprime su lengua ; miéntras que el que habla demasiado no se conoce como debe.

El que es amigo del silencio se acerca á Dios : entra de una manera misteriosa en una familiaridad santa con él, y se halla ilustrado con sus divinas luces. El silencio del Hijo de Dios impuso respeto al mismo Pilatos, y el silencio de un hombre piadoso le libra de las tentaciones de la vana gloria.

El que ama la soledad ama el silencio, y el que es aficionado á salir de ella, se vé como impulsado á dejar su celda por la comezón de hablar. Cuando se siente el olor de los perfumes que el fuego celestial produce en el alma, se huye de la conversación de los hombres, como las abejas huyen del humo. Difícil es detener el curso de las aguas, si no se les opone un dique, y más difícil es aún contener la difusión de la lengua, si no hay un freno que la sujete.

3º Contra la mentira, de que habla en el grado décimo segundo, dice : Un hombre verdaderamente sabio no considera la mentira como una falta de poca importancia ; pues no hay un vicio contra el cual haya fulminado el Espí-

ritu Santo una sentencia tan terrible en las sagradas Escrituras. La hipocresía es la madre de la mentira, y frecuentemente es su objeto y materia.

Hay muchos que mienten solo por el placer de mentir: otros lo hacen por satisfacer una pasión; otros por hacer reir, y otros por dañar al prójimo. Los jueces ahogan la mentira en la boca de los criminales por medio de los tormentos, pero los penitentes la ahogan en sus corazones por medio de la compunción. El mentiroso se excusa algunas veces, diciendo que miente por hacer un bién, y no vé que toma por una acción justa, lo que es motivo de perdición para su alma.

### GRADOS XIII, XIV Y XV

En estos tres grados trata san Juán Clímaco de la pereza, de la gula y de la castidad.

1° Acerca de la pereza dice, que es una relajación del alma, un disgusto de las cosas espirituales y una aversión á la vida religiosa que se profesa: que vuelve al alma lánguida en el canto de los salmos, soñolienta en la oración, y le hace preferir el trabajo corporal á los ejercicios espirituales. Cuando nos dedicamos al oficio divino ó á la oración, nos trae el recuerdo de algunos negocios puramente necesarios, y por más que se halle destituida de todo fundamento, busca razones especiosas para ver de sacarnos de esta santa ocupación.

Cada vicio destruye la virtud que le es opuesta, pero la pereza es la muerte general de todas las virtudes en un religioso. Este enemigo no nos ataca, sino cuando llega la hora de cantar los salmos, y estando pesados nuestros ojos durante el oficio, se abren tan luego como éste termina.

Si observais atentamente, notareis que la pereza tienta á

los que están de pié, inspirándoles que se sienten : á los que están sentados, moviéndoles á que se apoyen sobre la pared, á mirar por las ventanas de la celda, y á hacer ruido con los pies. El que tiene el espíritu de verdadera compunción no se vé acometido por esta enfermedad.

La pereza procede unas veces de la insensibilidad del alma, otras del olvido de los bienes celestiales, y otras del exceso de trabajo corporal. Sus hijos y compañeros son la inconstancia, el desprecio de los consejos del padre espiritual, el olvido del juicio de Dios, y algunas veces la deserción del estado religioso. Los remedios contra ella son el canto de los salmos, el trabajo manual, la meditación de la muerte, y sobre todo, la meditación y el deseo de los bienes celestiales.

2° Dice de la gula que es la madre de la incontinencia, de la misma manera que la mortificación y el ayuno lo son de la castidad. El que halaga á un leon logra amansarlo, pero el que halaga al cuerpo lo hace más cruel y feroz.

Dominad, pues, vuestro apetito, ántes que él os domine, y para que no llegueis un dia á la vergonzosa necesidad de hacer grandes esfuerzos para libraros de su tiranía. La inteligencia del que ayuna está siempre llena de buenos pensamientos ; miéntras que no los produce sino malos la del intemperante.

Si en vuestra santa profesión prometisteis á Jesucristo marchar por el camino estrecho del Evangelio, reprimid vuestro apetito por medio de la templanza: pues si tratais bién á vuestro cuerpo, violais vuestra promesa.

Los efectos de la destemplanza son casi innumerables, como las arenas del mar. Es la madre de la pereza, de las vanas palabras, del libertinaje, de la desobediencia, de las discordias y de la murmuración. Produce la indocilidad, la insensibilidad, el embotamiento de la inteli-

gencia, la presunción, el amor del mundo, y como es consiguiente, la impureza. Los remedios contra ella son el ayuno, la contrición, el recuerdo de la muerte, y la oración.

3° En el grado décimo quinto hace el elogio de la castidad en estos términos. Es una participación de la naturaleza angélica : prepara una habitación digna de Jesucristo : es el escudo del corazón, un cielo terreno, una renuncia que se hace de la naturaleza por un movimiento sobrenatural, y un maravilloso combate de emulación entre nuestro cuerpo mortal y corruptible y los espíritus celestiales que no tienen cuerpo.

Hay tres clases de personas que combaten contra el vicio contrario á esta virtud. Unos lo encadenan con los combates de la vida religiosa, que son los trabajos de las penitencias corporales, otros con la humildad, y otros con la infusión secreta de una luz divina. Los primeros se asemejan á una estrella en medio del dia : los segundos á la luna en su plenitud, y los terceros al sol en todo su esplendor. Todos, sin embargo, tienen su conversación en el cielo.

Desconfiad siempre de vos mismo : no confieis en vuestros ayunos : no pretendais oponer á la fuerza de la tentación la fuerza de la razón, porque combatireis en vano ; por el contrario, presentad á Dios vuestra debilidad, reconociendo humildemente vuestra impotencia, y os concederá el don precioso de la castidad. Cuando dan alguna caida los que comienzan en el servicio de Dios, es porque se han dejado llevar de la gula. Las caidas de los que se hallan más avanzados en la virtud proceden de la vanidad, así como si los perfectos caen alguna vez, es porque juzgan y condenan con demasiada facilidad á su prójimo.

La castidad es una virtud austera. El vicio opuesto es algunas veces compasivo, caritativo con los pobres, y excita fácilmente al llanto. Es preciso desconfiar de esta ter-

nura. Cuando tenemos que conversar con el mundo por algún asunto necesario, ó que nos impone la obediencia, nos hallamos protegidos por la mano de Dios. Pero guardémonos de los ardides del demonio, que muchas veces parece suspender la tentación, y excitarnos á sentimientos de piedad para tentarnos más astutamente. Otras veces aprovecha la ocasión de que se hable con mujeres sobre cosas de piedad, como la consideracion de la muerte, del juicio, y hasta de las excelencias de la pureza; pero esta falsa piedad hace que el religioso se vaya convirtiendo en mundano : que decaiga del fervor de su espíritu, y que de pastor celoso de las almas se trueque en lobo cruel y mortífero. Huyamos de este peligro : guardemos nuestro corazón y nuestra lengua, y no vayamos en busca de lo que hemos abandonado, si no queremos ser víctimas de nuestro presunción.

Hay una grande diferencia entre el primer movimiento del alma que se siente impresionada por cualquier objeto, entre la reflexión fija y detenida sobre el mismo objeto, y entre el consentimiento que presta al pecado, á que le arrastra este objeto. El primer movimiento nada tiene de pecaminoso : el segundo lo es en algunas ocasiones, y el tercero, ó sea el consentimiento, lo es más ó ménos según el estado y la disposición del espíritu que lo presta, según que haya opuesto más ó ménos resistencia.

Nada hay que sea tan favorable á los movimientos de la concupiscencia, como los que siguen á las impresiones de la vana gloria. Huid de ese enemigo, que, despues de haberos hecho ofender á Dios, pone obstáculos á que le pidais perdón, y á que hagais penitencia. ¿ Quién es el que vence su cuerpo? sólamente el que tiene un corazón contrito y humillado. Y ¿ quién tiene este corazón? el que ha renunciado á su propia voluntad.

## GRADOS XVI, XVII, XVIII, XIX Y XX

Estos grados versan sobre la pobreza voluntaria, sobre la insensibilidad, sobre el sueño en la oración, las vigilias y el temor afeminado.

1° En órden á la pobreza, dice, que la avaricia es una verdadera idolatría é hija de la infidelidad: que el que ha vencido esta tentación ha cortado de raiz los movimientos desordenados del espíritu, y que el que es esclavo de ella jamás podrá ofrecer á Dios oraciones que le sean agradables. Dice además que la pobreza voluntaria es un viaje, en el cual, para ir más ligeramente al cielo, se descarga el alma de todo lo que puede impedírselo, y destierra todo temor. El verdadero pobre es señor de todo el mundo. Cuando una vez se han gustado los bienes del cielo, no pueden ménos de disgustar los de la tierra. No debemos aparecer más desconfiados de la divina Providencia que los pájaros, que no se inquietan por lo presente, ni atesoran para lo porvenir.

Sólo es grande en la presencia del Señor el que, por hacerse rico en virtud, renuncia á los bienes del mundo, y aquel es verdaderamente santo, que, por hacerse pobre de espíritu, renuncia á su propia voluntad.

2° En el grado décimo sexto habla de la insensibilidad del corazón, es decir, de una especie de languidez interior, en cuya virtud un religioso que conoce sus deberes, léjos de cumplirlos, los mira con hastío é indiferencia, y aún cuando algunas veces se lamenta de su miserable estado, continua, no obstante, violándolos. Llama también á esta insensibilidad una paralísis del alma, que le quita todo gusto por la piedad, una negligencia que, con el trascurso del tiempo, se ha hecho como natural, un en-

torpecimiento del espíritu, una traba que sujeta nuestros pies, un lazo, en fin, que se nos tiende.

El insensible es un filósofo insensato que, al mismo tiempo que instruye á los demás, pronuncia su propia sentencia. Habla á los demás de las llagas del alma, y envenena las suyas. Pide á Dios que le libre de la servidumbre de la culpa, y en seguida cae en ella. La insensibilidad dice: hago mal, y continua, sin embargo, haciendo lo malo. Pronuncia elocuentes discursos acerca de la muerte y de la eternidad, y vive como si nunca tuviera que morir; predica la abstinencia, pero siempre va buscando los más exquisitos alimentos. Alaba las vigilias, la oración, la obediencia, y el desprendimiento; pero no practica ninguna de estas virtudes. Despierta algunas veces de su letargo y lanza algunos suspiros; pero sacudiendo la cabeza, vuelve á caer en su sueño. Nada excita las lágrimas de los que se hallan en este triste estado: son duros y llenos de tinieblas en la oración: no tienen sentimientos de piedad para la sagrada Encaristia, y reciben este don del cielo, cual si fuese un pan ordinario. Se mofan de los que dan señales de compunción, y por último, esta insensibilidad es la madre de la risa insensata, el alimento del sueño, y la envidia de la mesa espléndida. Ninguna amonestación la conmueve: su piedad es falsa, y da muerte á todas las virtudes que se han adquirido con el fervor del espíritu y con las austeridades corporales.

3°. En el grado décimo octavo habla san Juán Chrisóstomo del sueño y de la oración. Por lo que al sueño se refiere, dice que es necesario que el religioso se acostumbre desde el principio á combatirlo, y hablando despues de la oración señala los diferentes artificios de que se valen los demonios, ya para impedir el que se haga, ó ya para hacernos tibios y disipados.

Si fijamos nuestra atención, dice, observaremos que,

cuando al sonido de la campana, que es como una trompeta espiritual, se levantan los religiosos y se congregan para el oficio de la noche, se congregan también invisiblemente los enemigos invisibles. Unos se esfuerzan, tan luego como hemos despertado, y nos hacen dulce violencia para que nos acostemos nuevamente, persuadiéndonos que podemos quedarnos en el lecho, hasta que hayan terminado las oraciones é himnos que preceden al canto de los salmos, y que es todavía muy temprano para ir á la iglesia. Otros nos inspiran que salgamos de ella por un motivo aparentemente razonable. Otros nos mueven á hablar en ella : otros á que nos apoyemos en la pared, y otros á que bostecemos y riamos con el fin de irritar á Dios con nuestra inmodestia. Unos nos excitan á indevoción, para que pronunciemos muy ligeramente los versículos, y á que lo hagamos con demasiada y negligente pausa : otros, por último, nos cercan de tal modo, que nos tienen cerrada la boca, y hacen que nos cueste mucho trabajo el abrirla.

Pero el que considera con vivo sentimiento de su corazón, que está en la presencia de Dios durante la oración, permanece cual firme columna, sin que le engañen los demonios con ninguna de estas ilusiones. Es muy contrario al respeto que se debe á Dios el pensar durante la oración en cosas inútiles é impropias. Así es que es preciso regular el tiempo que ha de emplearse en ella y en el trabajo, pues así lo ordenó expresamente el ángel en tiempo del gran san Antonio.

4° Como las vigilias eran una de las principales ocupaciones de los solitarios, nos enseña san Juan Clímaco en el grado décimo noveno de su *Escala santa* los ejercicios que practicaban durante el silencio de la noche. Unos, dice, dirigen á Dios sus votos y súplicas, teniendo sus manos elevadas hacia el cielo : otros permanecen de pié ante la Majestad divina, cantando salmos é himnos : otros se de-

dican á leer las sagradas Escrituras: otros combaten el sueño con el trabajo manual á con la meditación de la muerte. Dios aceptaba los homenajes de todos ellos, y los recompensaba según el fervor y la piedad de cada uno.

Los exhorta vivamente á que practiquen estos ejercicios, y condena á los que se abandonan á un sueño excesivo: pues el ojo corporal que vela, dice, purifica el del alma, y un sueño prolongado oscurece la luz del espíritu. El solitario que ama á Dios, al oir entonar el oficio, dice lleno de gozo: Anímate, anímate; miéntras que el perezoso dice con pena: ¡ay! ¡ay!

De las vigilias corporales pasa san Juán á la vigilancia interior, que recomienda mucho. Así como el mercader, dice, cuenta al cabo del dia la ganancia que ha realizado, así el solitario virtuoso examina despues del canto de los salmos el fruto que ha sacado. Velad, pues, atentamente sobre vosotros mismos, y vereis que los demonios, no pudiendo sufrir el que los hayais combatido durante la oración, se esfuerzan á su vez en combatiros, ya procurando que les deis vuestros últimos pensamientos, cuando os vais á acostar, ó los primeros cuando os vais á levantar.

5° Lo que dice san Juán Clímaco en el grado vigésimo acerca del temor afeminado, tiene por objeto fortificar la pusulanimidad de algunos anacoretas, á quienes el demonio turba con vanos temores. Díceles que este temor procede de que no tienen suficiente confianza en Dios, y se apoyan en sus propias fuerzas: pues el que es verdadero siervo de Dios le teme sólamente como á soberano Señor; miéntras que el que no le teme, teme su propia sombra.

### GRADOS XXI, XXII

San Juán Clímaco habla en estos grados de la vana gloria y del orgullo; más como ya hemos hablado en otro

lugar de estos vicios, nos extenderemos muy poco en ellos.

1° Hace notar que la vana gloria es una pasión mentirosa, que nos representa de una manera muy diferente de la que en realidad somos, haciéndonos ostentar virtudes de que carecemos, y ocultar los defectos que tenemos: que nos hace perder el fruto de nuestros trabajos: que es un enemigo doméstico que nos arrebata las virtudes: que es el precursor del orgullo, y por último, que nos hace naufragar en el puerto. Como el sol derrama su luz sobre todos los seres, así la vana gloria derrama su veneno sobre todas las buenas obras. El solitario que se halla dominado por ella es doblemente miserable, pues mortifica su cuerpo sin sacar fruto de sus austeridades. Dios nos cierra frecuentemente los ojos, para que no veamos nuestras virtudes; pero si nosotros los abrimos para mirarlas con complacencia, al punto huyen de nuestra alma.

El que se gloría en sus cualidades naturales, nunca gozará de los dones sobrenaturales. Cuando álguien empiece á alabaros, repasad al punto vuestros innumerables pecados, y vereis que no son merecidas las alabanzas que se os tributan. A la manera que un gusano se convierte en mariposa, y toma alas, así también la vana gloria engendra el orgullo, que es el colmo de todos los vicios.

2° Hé aquí el retrato que del orgullo hace el Santo. Es, dice, una renuncia de Dios, una invención del demonio, un desprecio de los hombres: es el autor de los juicios temerarios, un funestísimo efecto de las alabanzas que se nos tributan, una señal de la esterilidad del alma, la privación de los auxilios divinos, el precursor del endurecimiento del corazón, la causa de las más grandes caidas, la materia de la epilepsia espiritual, el manantial de la cólera, la puerta de la hipocresía, el más fuerte apoyo del demonio, el fiel guardián de nuestras ofensas, el cruel autor de

todas las inhumanidades, y el olvido de toda compasión.

El principio del orgullo es el colmo de la vana gloria : su progreso es el desprecio del prójimo, la ostentación de los trabajos, el amor de las alabanzas y el odio á las reprensiones. Su fin es la renuncia á los auxilios de la divina gracia, una presuntuosa confianza en las propias fuerzas, y una posesión espiritual del demonio. Cuando un alma cae en el pecado, es señal de que ántes se ha elevado insensatamente por el orgullo. El solitario soberbio contesta siempre con violencia y acritud ; pero el humilde no se atreve á mirar al que le reprende. El altanero desea mandar, y aún cuando de ello le resulte su ruina, prefiere perderlo todo con tal de mandar.

Un anciano muy virtuoso é ilustrado reprendió un dia á un religioso jóven, por haberse dejado llevar del orgullo, y este ciego espiritual le respondió : Perdonadme, padre mio, yo no soy orgulloso. A estas palabras replicó el anciano : ¿ De qué manera más clara podeis decir que lo sois, sino diciendo que no lo sois ?

Las personas habituadas al orgullo deben someterse á un director, escoger el género de vida más grosero y despreciable según la estimación de los hombres, y aplicarse á leer los ejemplos heróicos de humildad que nos han legado los santos Padres, para llenarse de confusión.

## GRADO XXIII

En este grado trata san Juán de los pensamientos de blasfemia que excitan los demonios en el alma, y lo que dice es muy conveniente para consolar á las personas piadosas, que son algunas veces atormentadas con estos pensamientos horribles, y que llegan hasta á desesperar de su salvación. Muchos solitarios se han visto atacados de ellos, como aparece de lo que dice este Santo, y de lo

que hemos expuesto al hablar de la doctrina de san Nilo. Lo que dice san Juán es tan sólido y consolador, que si no fuera por la necesidad de abreviar, lo expondríamos íntegramente.

« El demonio que tienta de blasfemia, dice, es el más cruel de todos cuantos tenemos que combatir, y lo más temible es que nos cuesta mucho trabajo descubrir estas sujestiones al médico espiritual de nuestras almas, por lo cual muchos han caido en la desesperación. En el momento mismo en que se celebra la santa Misa, en esa hora terrible, en que se ofrece sobre nuestros altares el más grande de todos los misterios, ese monstruo execrable viene á inspirarnos pensamientos de blasfemia contra Jesucristo, y esto es precisamente lo que nos hace conocer que estos pensamientos proceden de la malicia del demonio: pues si fuesen nuestros, ¿como podriamos adorar, como lo hacemos, este don que recibimos del cielo? ¿como podríamos á un mismo tiempo bendecirlo y maldecirlo?

Este seductor de las almas ha llevado á muchas hasta la extravagancia; pues nada hay tan difícil de manifestar como estos pensamientos, lo cual es causa de que algunos los dejen corromper en su alma hasta el fin de la vida. Por eso nada hay que dé tanta fortaleza al demonio, como el tener ocultos estos pensamientos.

Que nadie, pues, se considere culpable por tenerlos: el Señor vé claramente los más acultos repliegues de nuestro corazón, y sabe que no son nuestros, aunque estén en nosotros, sino de los demonios, nuestros enemigos.

Cuando oramos, se levantan estos pensamientos contra nosotros mismos; pero se retiran, cuando en lugar de fijarnos en ellos, continuamos nuestra oración: pues de ordinario no combaten sino á los que se entretienen en combatirlos.

No sólamente nos tienta el demonio inspirándonos estos

pensamientos, sino que nos hace proferir interiormente malas palabras, para que abandonemos la oración y caigamos en la desesperación. A muchos ha separado de la participación de los santos misterios con estos artificios: á otros los ha sumido en la tristeza, y les ha movido á hacer excesivos ayunos, y á que no se permitan alivio alguno, y ha llegado hasta á persuadirles que no pueden abrigar esperanza alguna de salvación, y que son peores que los infieles.

El que se siente turbado con estos pensamientos debe tener por cierto que no proceden de su corazón, sino sólamente del demonio, y en su consuencia, debe despreciarlo á imitación del divino Maestro, y decirle sus mismas palabras: *Vete, Satanás*: *porque escrito está*: *al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás* [1].

El que desprecia á este enemigo se libra de su tiranía; pero el que pretende combatirlo con otras armas que con el desprecio, se encontrará cada vez más sometido á su poder. Un solitario muy virtuoso, que durante veinte años se vió atormentado por este demonio habia mortificado su carne y secado su cuerpo con ayunos y vigilias; pero viendo que no lograba ahuyentarlo, escribió en un papel la situación en que se hallaba su espíritu, y fué á entregarlo á un santo varón, postrándose en tierra, y no atreviéndose á mirarlo. El anciano, despues de leer el papel, se sonrió, y levantando al religioso, le dijo: Hijo mio, pon tu mano sobre mi cuello: yo tomo tu pecado sobre mí, tanto por lo pasado como por lo porvenir: no te aflijas pues. Esto fortaleció al religioso de tal manera, que aún no habia salido de la celda del anciano, y ya habia desaparecido la tentación.

[1] Math. IV, 10.

## GRADO XXIV

San Juán Clímaco habla en este grado de la dulzura, en cuanto es opuesta á la cólera, y de la sencillez, que es opuesta á la malicia.

1° Dice de la dulzura, que consiste en sufrir con santa insensibilidad las incomodidades que nos proporcione el prójimo, y en orar por él: que rompe las agitaciones de la colera, como la roca que se halla en medio del océano rompe las olas que la azotan: que es el apoyo de la paciencia, la madre de la caridad, la ayuda de la obediencia, y el vínculo de la sociedad fraterna.

El corazón de los dulces es el trono de Dios; miéntras que el de los turbulentos y coléricos es el tribunal en que preside el demonio. En el alma dulce y apacible asienta la sencillez, y el espíritu colérico y violento es un manantial de malicia.

Un dia se encontraron un colérico y un trapacero, en cuyas palabras nada habia de sólido y sincero: pues quién hubiera visto al descubierto el corazón del primero no habria encontrado en él más que insensantez y locura, miéntras que en el del ssgundo no descubriria más que refinada malicia.

2° La sencillez es opuesta á la doblez: permanece insensible á la corrupción del espíritu y á la depravación del corazón: se halla siempre llena de júbilo santo y exenta de todo artificio: es una intención recta que no busca ni sutilezas y substerfugios para esquivar la verdad: es tan sincera en sus acciones, como sencilla y sin afectación en sus palabras.

La malicia, por el contrario, es la ruina del corazón: es un abismo de mentiras; un hábito de engañar: un

orgullo constituido en naturaleza, un enemigo mortal de la humildad.

Si deseamos que Jesucristo venga á nuestros corazones, acerquémonos á él con sencillez, sin artificio, sin doblez, sin malicia y sin curiosidad: porque quiere que las almas que se le acerquen sean sencillas para que sean humildes; pues la sencillez es inseparable de la humildad.

Así como la ciencia, según el Apóstol, hincha y llena de vanidad á la mayor parte de los hombres, así también puede decirse que la sencillez es compañera inseparable de la vanidad. Combatid y trabajad por desengañaros de vuestra falsa sabiduría, pues de esta manera encontrareis la salvación de vuestro alma en la sencillez de vuestro corazón.

## GRADO XXV

San Juán Clímaco expone muy extensamente este grado, que se refiere á la humildad, y á la que llama exterminadora de las pasiones. Habla de ella como de una virtud tan sublime, que confiesa que, despues de haber conferenciado con muchos solitarios para definirla con propiedad, todo lo mejor que puede decirse de ella es, que es una gracia que no puede ser conocida sino por los que la practican: que es un don del cielo, un tesoro inefable, y uno de los nombres del mismo Dios: pues Jesucristo, que es verdadero Dios, dice: *Aprended de mí que manso soy y humilde de corazón* [1].

La penitencia nos eleva al cielo: las lágrimas llaman á su puerta, y la humildad es la que la abre. Así como el sol ilumina todas las criaturas visibles, así la humildad dá valor y mérito á todas nuestras acciones.

[1] Matth. xi, 29.

El que es verdaderamente humilde de corazón no corre peligro de perder la humildad con discursos vanos y presuntuosos. Un dia apareció el demonio á uno de los más ilustrados religiosos, tributándole grandes alabanzas: pero éste con gran sabiduría le dijo: Si dejas de alabarme, me hará concebir tu silencio una opinión ventajosa de mí mismo; pero si continuas alabándome, me servirá para conocer la depravación de mi corazón.

Habiendo pretendido también el demonio sugerir pensamientos de vanidad á otro solitario, se levantó, y escribió en los muros de su celda los nombres de las más eminentes virtudes: la caridad perfecta, la humildad evangélica, la oración pura, la castidad incorruptible y otras semejantes, diciéndose á sí mismo: Cuando yo posea todas estas virtudes, será cuando pueda conocer cuán léjos estoy de Dios.

El que posee la humildad no tiene ni apariencia de odio, ni el menor signo de contradicción, ni la más insignificante señal de desobediencia. Los valles que producen en abundancia granos y frutos, son figura de las almas humildes, que, hallándose en medio de las montañas de la vanidad y del orgullo, permanecen firmes en los sentimientos de su bajeza.

La humildad es un velo divino que cubre nuestras buenas acciones, y las oculta á nuestros propios ojos: es un abismo en que nos perdemos á vista de nuestra nada, y este abismo es impenetrable á los ladrones de nuestra alma.

El conocimiento de sí mismo es como la primera semilla de la humildad, sin el cual no puede florecer esta virtud en nuestra alma. El que se conoce á sí mismo conoce cuanto debe temer á Dios, y con este temor llegará á la puerta del amor. Si queremos conocernos bién, no dejemos de examinarnos bién, y si con un verdadero sentimiento de nuestro corazón nos ponemos debajo de los de-

más, estemos persuadidos de que la misericordia de Dios está cerca de nosotros.

Todos los que entran en la carrera de la vida religiosa por otra puerta que lo de la humildad, son como ladrones de su propia salvación.

Hay diferentes maneras de practicarla según los diferentes medios que pueden proponerse. Unos se sirven del recuerdo de sus pecados: otros piensan en lo que Jesucristo ha sufrido por ellos, considerándose infinitamente deudores á su bondad: otros se humillan viendo las continuas imperfecciones en que caen y las tentaciones que sufren, y otros, en fin, lo hacen tanto más, cuanto más grandes son los favores que reciben de Dios, y cuanto más indignos se consideran de ellos, mirándolos como nuevas deudas que jamás podrán pagar.

La humildad y la caridad son dos fieles y sabias compañeras: la una nos levanta hasta el cielo; miéntras que la otra nos impide caer cuando hemos sido levantados. Un alma será tanto más fértil en virtudes y en flores celestiales, cuanto más profundice en el conocimiento de su nada. El que se conoce bién á sí mismo no emprende con temeraria presunción cosas superiores a sus fuerzas; sino que se contiene en el dichoso sendero de la humildad, y por él camina con entera seguridad.

Todos podemos salvarnos sin tener revelaciones, ni el don de profecías, ni el de los milagros; pero nadie puede entrar en el cielo sin la virtud de la humildad. Dios, por un designio admirable de su misericordia y para humillarnos, permite que los demás conozcan mejor que nosotros nuestras propias llagas, á fin de que no atribuyamos su curación á nuestra sabiduría, sino á los consejos de nuestro prójimo y á los auxilios de la divina gracia.

El que tiene un espíritu humilde odia su propia voluntad, y se deja dirigir por su padre espiritual, pues no es ménos

trabajoso al humilde fiarse de su propio juicio, que al soberbio someterse al de otro.

Si el orgullo ha sido capaz de convertir en demonios á algunos ángeles, ¿ quién duda que la humildad pueda convertir en ángeles á los hombres que viven como demonios? Hé aquí porque no deben nunca perder su confianza en Dios los que han tenido la desgracia de caer en la culpa.

Si tomais las armas para combatir contra cualquier vicio, llamad siempre en vuestro auxilio á la humildad. Ella camina sobre la cabeza de los aspides y basiliscos, de los leones y de los dragones : ella quebranta con sus pies todos los vicios y todos los monstruos del infierno. La humildad, por último, es una santa y divina máquina, que tiene la virtud de sacar al alma del abismo de sus pecados, y de atraerla hacia el cielo.

### GRADOS XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX Y XXX.

Despues de haber hablado san Juán Clímaco muy extensamente de la humildad, trata de la discreción en el grado vigésimo sexto, y del reposo de la vida solitaria en el vigésimo séptimo ; pero no nos detendremos en ellos, porque en lo relativo á la discreción no hace más que repetir algunas máximas que ya ha expuesto en los grados precedentes, y lo que dice del reposo de la vida solitaria conviene especialmente á los anacoretas.

En cambio, lo que dice en el grado vigésimo octavo acerca de la oración puede ser de mucha utilidad para todo el mundo. » Cuando os pongais, dice, en la presencia de Dios, y vayais á hablar con él en la oración, no lo hagais sin la conveniente preparación ; purificad ántes vuestras almas de todo resentimiento ; pues de otra manera no sacareis ningún fruto de vuestras oraciones : sean éstas

sencillas y sin afectación, pues el publicano y el hijo pródigo inclinaron á su favor la justicia y la misericordia divina con una sola palabra.

Comencemos siempre la oración con una acción de gracias muy sincera: continuémosla con la humilde confesión de nuestras faltas acompañada de un vivo arrepentimiento, y despues expongamos á Dios, como á Señor de todo cuanto existe, nuestras suplicas y necesidades. Este modo de orar es muy excelente, como en otro tiempo lo revéló un ángel á un solitario.

No busqueis en vuestras oraciones palabras muy elegantes, ni al hablar con Dios, hagais largos discursos. Cuando os halleis afectados con alguna palabra conmovedora que pronuncieis, deteneos en ella, y aún cuando hayais llegado á la cumbre de la virtud, no dejeis de pedir á Dios el perdón de vuestros pecados.

Trabajad en vuestras oraciones por elevar vuestros pensamientos al cielo, ó encerradlos en la meditación de algunas palabras santas. Si vuestro espíritu cae en la distracción por hallaros en la debilidad de vuestra infancia espiritual, tened cuidado de levantarlo al punto.

El primer grado de la oración consiste en rechazar con la vista del espíritu todas las distracciones en el mismo momento en que se presentan. El segundo en retener el espíritu en la meditación de las oraciones que recitamos, y el tercero en un trasporte del alma á Dios.

Cuando en unión con otros asistimos de pié al oficio de la Iglesia, contentémonos con humillar interiormente nuestra alma en la presencia del Señor. Pero cuando oramos sin ningún testigo de nuestras acciones, unamos á la humillación del alma la del cuerpo, portrándonos en la presencia del Señor, pues en los que son imperfectos el interior se conforma ordinariamente con el exterior.

Cuando hayais pedido durante largo tiempo alguna

gracia al Señor, no digais que no habeis sacado ningún fruto de vuestra oración, pues la asiduidad en ella es por sí misma un gran fruto.

Así como en la guerra se conoce el amor que profesan los soldados á su príncipe, así el tiempo de la oración dá á conocer el que los solitarios profesan á Dios. Si habiendo comenzado alguna obra, la continuais cuando ha llegado la hora de la oración, sois engañados por el demonio.

El que posee á Dios no se propone ningún punto especial de meditación para hablar con él en la oración: pues el Espíritu Santo ora por él con gemidos inenarrables [1].

Sucede con frecuencia que una persona que ha recibido de Dios el don de una oración perfecta, y que ha gustado sus dulzuras, oscurece la pureza de su alma con una palabra inconsiderada, y en seguida no encuentra en sus oraciones lo que buscaba, y lo que ántes tenia costumbre de encontrar.

Así como un rey profesaria grande aversión á cualquiera de sus súbditos que, hallándose en su presencia, en lugar de hablararle con respeto, volviese su rostro para conversar con sus enemigos, así Dios mira con grande aversión al que durante la oración se distrae voluntariamente, entreteniéndose con pensamientos malos é indiscretos.

No empleeis el tiempo de la oración en cuidados, por necesarios que sean, ni en asuntos, aunque sean espirituales: pues el hacerlo sería un artificio del demonio para robaros el más precioso tesoro de la vida religiosa.

Tened siempre una confianza firmísima en Dios, y él se hará vuestro maestro, y os enseñará á orar.

Habla nuestro Santo en el grado vigésimo noveno de la tranquilidad del alma, ó sea de esa dichosa paz del espí-

[1] Esta máxima no es para todo el mundo: pues de ordinario, es conveniente propornerse algún punto, para que haya materia de meditación.

ritu libre del tumulto de las pasiones. Éste es el estado de las almas que, habiendo trabajado mucho para combatirse á sí mismas y ejercitarse en las virtudes que doman la naturaleza, llegan, por último, á la perfección, y gozan de la paz interior que es uno de los frutos del Espíritu Santo. Pero es preciso no confundir este estado con la ilusión de aquellos que han dado en el error de la apatía : pues miéntras estemos sobre la tierra tendremos que estar en guardia contra las pasiones, que nunca mueren en nosotros, pero que podemos domar, y tener á raya con el auxilio de la divina gracia.

Esta paz de que habla nuestro santo doctor constituye la perfección de las almas en esta vida. « Pero como es imperfecta, dice, va siempre creciendo hasta la muerte, y santifica al alma hasta tal punto, que, desprendiéndola de todas las afecciones de la tierra, la hace enteramente celestial. »

Puede decirse que un alma posee esta tranquilidad perfecta, cuando le son tan naturales las virtudes, como los vicios lo son á los voluptuosos.

Aquel á quién Dios ha concedido la gracia de llegar á este estado tan sublime es aquí abajo, aunque revestido de una carne mortal, el templo vivo de Dios, que le dirige y gobierna en todas sus palabras, acciones y pensamientos. Con la luz interior con que ilustra su alma, le hace oir la voz de su divina voluntad, y decir con el real Profeta. *Señor, ¿ cuando vendré y apareceré ante la cara de Dios ?*[1] pues ya no puedo soportar más tiempo este deseo que me oprime y consume mi vida. Yo suspiro por la belleza inmortal que disteis ántes que el primer pecado de desobediencia nos hubiese sujetado á la muerte. ¿ Qué diré pues ? El

[1] Ps. XLI, 3.

que posee esta dicha vive, no ya él, sino vive Cristo en él, según la frase del Apóstol [1].

Termina san Juán Clímaco su obra con las otras virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, á las que dedica pocas palabras. Considero, dice la fe como el rayo del sol, la esperanza como su luz, y la caridad como su círculo ó su globo. La fe puede hacerlo todo, hasta las cosas que parecen imposibles : la esperanza va siempre acompañada de la misericordia de Dios, y la caridad no se detiene en su curso, no da reposo al que habiendo sido herido por sus dardos, se halla como trasportado de una santa y dichosa manía.

La esperanza es un bién del cielo que nos enriquece con bienes espirituales y ocultos : es el alivio de los más grandes trabajos, la puerta de la caridad, la enemiga mortal de la desesperación, y la imágen presente de los bienes futuros. Ella nos sostiene en nuestras aflixiones, nos alcanza la misericordia del Señor, y nos fortifica en su amor, porque nos hace esperar su recompensa.

El que pretende hablar de la caridad tiene que hacerlo del mismo Dios. El amor santo es una semejanza del hombre con Dios, en cuanto son capaces de ella las criaturas mortales.

No tiene tanta complacencia una madre en estrechar entre sus brazos al hijo de sus entrañas, como la que experimenta el que se halla abrasado en el fuego del amor divino, viéndose unido á su Dios, y como entre los brazos de este Padre celestial.

Si la presencia de una persona querida nos llena de un gozo tan grande, que se refleja en nuestro semblante, ¿ qué mudanza no obrará la presencia del Señor en un alma pura, cuando viene á mostrársele de una manera invisible ?

[1] Gal. II, 20.

Dime, ó la más bella y excelente entre todas las virtudes, ¿ en donde apacientas tu rebaño ? ¿ en donde reposas durante el calor del medio dia ? Ilústranos, guíanos, condúcenos, llévanos de la mano, pues deseamos llegar hasta ti. Nos has herido, y no podemos soportar el fuego en que nos has abrasado. Es preciso desahogarlo alabándote, y con estas alabanzas voy a concluir esta obra. Tú dominas sobre las potestades del mar, y calmas la violenta agitacién de sus furiosas oleadas, tú humillas á los soberbios en sus pensamientos de orgullo, y heriste mortalmente á tus enemigos con la fuerza de tu brazo, é hiciste invencibles á los que te aman.

Explícanos de que manera te vió Jacob apoyado sobre esta escala misteriosa : en que estado debemos hallarnos para subir á ella, y cuales son las virtudes, por las cuales, como por otras tantas gradas, se puede llegar hasta tí.

Al hablar de esta manera, me parece que esta reina de las virtudes me apareció desde lo alto del cielo, y me dijo : No podrás, ó amador del amor divino, contemplar todos los rasgos de mi belleza, hasta que estés despojado de este cuerpo terrestre. Conténtate ahora con saber que esta escala es el órden y el encadenamiento espiritual de las virtudes que la componen, y que yo soy el que me hallo apoyado en lo alto de ella : pues ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad ; más de estas la mayor es la caridad [1].

Compendio *de la carta de san Juán Clímaco á un Pastor.*

Si san Juán Climaco merece grandes elogios por su Escala santa, los merece mucho mayores por su *Carta á un Pastor.* En ella es en donde desarrolla toda su sabiduría, y en donde demuestra un profundo conocimiento y

[1] I Cor. XIII, 13.

una experiencia consumada de los deberes de los Pastores, de la conducta que deben observar en su gobierno, y de los medios que deben emplear para la salvación de las almas que les están confiadas.

No hay superior de casas religiosas, no hay director de conciencias, que no deba leer esta excelente obra. En ella encontrarán tanta luz para cumplir su santo y terrible ministerio, como pueden encontrarla los prelados en los libros de La Consideración de san Bernardo para instruirse en sus obligaciones. Por último, esta excelente carta vale por muchos libros, pues contiene en compendio todo lo más sabio, prudente y útil, que puede haberse escrito sobre esta materia.

1° Acerca de la vocación del pastor se expresa san Juan Clímaco de esta manera : « Hay algunos que, mirando como cosa indiferente la carga que echan sobre sus hombros, se encargan de la dirección de las almas, se ingieren temerariamente á conducirlas, y que, habiendo sido ricos en virtudes al tomar esta carga, salen con las manos vacías, por haber distribuido entre los demás sus riquezas, y haber quedado privados de ellas. Hay otros que, estando abrasados de un celo y de un amor enteramente divinos por la salvación de las almas, se encargan de su dirección, y otros que, aún cuando hayan recibido de Dios las gracias y luces necesarias para dirigir á los demás, tienen tan poco celo por la salvación de sus hermanos, que no se encargan de su dirección sino con mucho trabajo. Aquellos son felices, y Dios les promete una recompensa proporcionada á su caridad ; pero á estos últimos ha de juzgarles muy severamente, por su falta de caridad.

2° Acerca de la excelencia del ministerio de los pastores dice : « El más agradable de todos los perfumes que podemos ofrecer á Dios es consagrarle nuestras almas por medio de la penitencia. Una sola alma vale mucho más que

todo el universo, porque éste es corruptible y pasajero, miéntras que las almas son inmortales, y subsistirán eternamente ».

3° Acerca de la ciencia de que debe estar adornado el pastor dice : « El verdadero pastor es el que puede con sus cuidados y oraciones poner á las ovejas en el camino recto. Debe ser un piloto espiritual ilustrado con tanta luz por la infusión del Espíritu Santo y por su propia experiencia, que pueda sacar las almas de entre las embravecidas olas de la tentación, de los vicios y de las pasiones. Un superior nunca puede excusarse con la ignorancia de las cosas que está obligado á saber : pues el que por ignorancia comete faltas dignas de castigo, será castigado por no estar instruido en lo que tenia obligación de aprender».

4° Acerca de la santidad del pastor dice : « Así como los que han logrado la benevolencia de los príncipes pueden reconciliar con ellos á los oficiales que les han dado algún motivo de disgusto, así los pastores que con sus virtudes se encuentran favorecidos por Dios, pueden con sus oraciones reconciliar con él á los que han tenido la desgracia de ofenderle. Por esta razón nos es muy provechoso tener por amigos á aquellos pastores que son amigos de Dios ».

« El pastor ó el médico espiritual ha de tener un cuerpo casto y un alma pura. Debe despojarse de sus pasiones : pues así como sería peligroso encomendar el gobierno de un rebaño á un león, no lo sería ménos confiar á un hombre sujeto á pasiones la dirección de personas que no tienen ménos pasiones que él ».

El pastor debe instruir con su ejemplo á los demás á ser caritativos unos con otros, y á ser prudentes y circunspectos con los demonios. Cuanto más confianza tengan sus discípulos y aún los extraños en su dirección, tanto más debe vigilar sobre sus acciones y sus palabras, sabiendo,

como debe saber, que estas personas le miran como el modelo que deben imitar ».

5° Acerca de la dulzura del pastor dice : « Una raposa causa mucho destrozo en un gallinero, pero un pastor colérico los produce mucho mayores en los religiosos : pues así como la raposa da muerte á los indefensos animalitos, así el mal pastor escandaliza y da muerte á las almas que le están encomendadas ».

« Así como es un bién para los enfermos que su médico no repugne los malos olores que exhalan sus llagas, no es menor la felicidad de las almas religiosas el que su pastor tenga an alma á prueba de todas las pasiones, y el espíritu siempre en calma y tranquilo ».

No basta que ore por ellas, sino que es necesario además que se compadezca de sus debilidades, según las exigencias de cada una. Debe procurar no ser quisquilloso ni demasiado severo, reprendiendo las más insignificantes faltas : de otra manera no imitaria la bondad de Dios, que sufre á toda hora nuestras imperfecciones y defectos. »

6° Acerca de la caridad del pastor dice: « El amor y la caridad son los que dan á conocer al verdadero pastor, pues el príncipe de los pastores, que es Jesucristo, fué crucificado sólamente por amor. El pastor que quiere cumplir santamente su cargo entra en él con ánimo de dar su alme por la salvación de su prójimo, es decir, con propósito de encargarse de su alma para purificarla de todos sus pecados pasados, de enmendarla de los presentes, y prevenirla contra los que pudiera cometer en lo futuro. »

7° Acerca del celo y de la vigilencia del pastor dice : « El pastor debe despertar incesantemente el fervor de sus ovejas con vivas y santas exhortaciones, principalmente cuando observa que se van relajando, pues nada teme tanto el demonio como la virtud celestial de estas exhorta-

ciones. Debe también emplear en algunas ocasiones palabras rudas para corregir á aquellas almas que se detienen en el camino de la perfección, de la misma manera que los pastores castigan aquellas ovejas que se separan del rebaño ».

Cuando vé que alguno de sus súbditos ha caido en la tibieza, debe levantar sus ojos al cielo, pedir que le dé nuevo vigor, y vigilar sobre él con mayor cuidado y caridad que ántes ».

8° Acerca de la prudencia del pastor dice: « Un pastor no debe manifestar á todos los que vienen á ponerse bajo su dirección que el camino del cielo es estrecho y difícil, sino por el contrario, que el yugo de Jesucristo es dulce y suave su carga. Debe obrar con gran discernimiento según las diferentes disposiciones de los que vienen á consultarle. Es preciso que haga ver la dulzura del yugo de Jesucristo á aquellos á quienes la enormidad de sus crímenes pudiera arrastrar á la desesperación; miéntras que á aquellos que se hallan llenos de presunción debe exponerles que es muy estrecho el camino que conduce al cielo. »

« Un pastor hábil debe, á ejemplo de un sabio capitán, dedicarse á conocer perfectamente el espíritu y el corazón de los que le obedecen, y el lugar que á cada uno corresponde. Debe observar también que hay dos clases de personas que vienen á la religión: unos que entran como criminales para oir de su boca el juicio del mismo Dios, y otros que, habiendo llevado una vida inocente, vienen á consagrarse al culto y al servicio del Señor. Siendo diferente la causa por la cual entran estas personas en la religión, diferente debe ser también la vida que hagan; pero como ordinariamente el que se halla más enfermo, débil y agoviado bajo el peso de sus pecados, tiene también el corazón más humillado, debe ser tratado más dulce-

mente ; así como, por el contrario, siendo ménos humilde el que ha cometido ménos faltas, necesita ser tratado con más severidad. »

Consideremos, pues, con el mayor cuidado, cuando hemos de tratar á las almas con todo el rigor de la justicia, y cuando hemos de usar de condescendencia: pues un pastor no debe ser igualmente exacto y severo con todos, ni los débiles pueden resistir la misma severidad que los robustos. »

« Observad cuales entre los religiosos son más virtuosos y fuertes, y humilladles en presencia de los débiles, aunque no hayan cometido faltas que merezcan semejante humillación, á fin de que con los remedios que apliqueis á las falsas heridas de los que estén sanos, cureis las verdaderas heridas de los enfermos. »

Un pastor debe soportar con paciencia todas las imperfecciones de aquellos á quienes dirige ; pero no debe permitir que le falten á la obediencia.

« No debe humillarse ante sus ovejas con una humildad imprudente, ni elevarse sobre ellas con una autoridad indiscreta ; sino que en todo debe seguir el ejemplo de san Pablo, que unas veces se humillaba para consolar y edificar á los débiles, y otras se elevaba para confundir y anonadar á los soberbios. Por lo mismo que hasta Dios oculta con frecuencia algunas imperfecciones de los pastores, para que las ovejas no pierdan la confianza que en ellos tienen depositada, no deben tampoco los pastores descubrirselas, para que no pierdan esta confianza. »

9° Acerca de la vida privada del pastor dice : » 1° Que debe guardarse de disipar en alta mar las riquezas que ha ganado en el puerto, es decir, que no debe perder los bienes espirituales que habia adquirido en el retiro, disipándose con los cuidados inherentes á la dirección de una casa religiosa, sino que debe conservar tranquilo su cora-

zón en medio de estos cuidados, tratando sólo exteriormente con los hombres, y conservando el recogimiento interior. 2° Que á medida que es pastor y director de los demás, Dios mismo le sirve á él de pastor y director, y por consiguiente, que debe tomarle por guia en todas sus acciones, tanto interiores como exteriores, y que renunciando á su propia voluntad para no hacer más que la divina, debe dejarse llevar como un niño por las luces é inspiraciones del Espíritu Santo. 3° Preciso es que comprenda la necesidad que tiene de la gracia y de los auxilios de Dios para remediar los males de otros, y para que, al corregirlos, se mire á sí mismo como culpable de sus faltas: más si tiene el consuelo de que sean provechosos sus cuidados, no lo atribuya á sus propia virtud, sino á la fe y humilde obediencia de su súbditos, y por lo tanto, tiene una entrecha obligación de orar por ellos. »

Termina, por último, su Tratado con un consejo que es de la mayor importancia: « Os ruego, querido Padre, dice, que ante todas cosas dejeis á vuestros hijos, como herencia divina y celestial, la pureza inquebrantable de vuestra fé y la santidad de vuestra doctrina, para que podais llevar á Dios, no sólamente á vuestros hijos, sino también á los hijos de vuestros hijos, por el camino de la verdad ortodoxa y católica. » Esta instrucción es muy esencial para los pastores: pues en todos los tiempos ha podido observarse, que los herejes han procurado insinuarse en los monasterios para perder las almas de los religiosos, y nunca será excesiva la vigilancia de los superiores.

## PALADIO, HESIQUIO, ESTEBAN Y OTROS SOLITARIOS DE SINA [1]

Paladio era sacerdote del monte Sina, y sólamente es conocido por una carta de consuelo que le dirigió san Gregorio el Grande en respuesta á la que le habia enviado por medio de Simplicio que iba á Roma. El piadoso solitario habia sido atacado por lenguas maldicientes que le habian afligido mucho. Con este motivo le escribe el santo Pontífice una carta muy tierna y adecuada para afirmar en la paciencia á los siervos de Dios, que tienen la desgracia de ser blanco de las lenguas malignas y maldicientes. « Nos hemos informado, dice este gran Santo, por medio de nuestro hijo Simplicio de la causa de vuestra aflixión. Vuestrá caridad no necesita de nuestras palabras para consolaros, pues el que es la Verdad por esencia ha dicho: *Si llamaron Beelzebub al Padre de familias, ¿cuanto más á sus domésticos?* [2] .... *Si el mundo* os *aborrece, sabed que me aborreció á mí ántes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; más porque no sois del mundo, ántes yo os escogí del mundo.* [3] . Entiende por el mundo á los que tienen afecciones carnales y son amantes del siglo. Como no ignorais estos oráculos, nos admiramos que os dejeis abatir de dolor por las palabras de los hombres. Ya se nos alabe, ya se nos ofénda, no hagamos caso de lo que se nos dice, sino de lo que es

[1] S. Juán Clímaco, Vit. PP. Juán Mosch.

[2] Math. x, 25.

[3] Joan. xv, 18-19.

verdad. Si se nos alaba sin haberlo merecido, aflijámonos; pero si se nos ofende sin motivo, regocijémonos. ¿De qué nos servirian todas las alabanzas de los hombres, si nuestra conciencia estuviese manchada? ¿Porque hemos de estar tristes, cuando nos acusan los hombres, miéntras que nuestra conciencia está tranquila? *Nuestra gloria*, dice san Pablo, *es el testimonio de nuestra conciencia en simplicidad de corazón y en sinceridad de Dios*[1]. *El que es testigo de mi conducta*, dice también el santo patriarca Job, *está en el cielo.*[2]. Puesto que tenemos un testigo fiel en el cielo, y otro en el fondo de nuestro corazón, ¿qué más podemos desear? En su consecuencia, despreciemos las necedades que se digan de nosotros : pues los murmuradores y calumniadores son como los que soplan á la tierra, y levantan polvo que, entrando en sus ojos, les impide ver la verdad. Conveniente es, sin embargo, advertirles sin emoción y con caridad, y procurar apaciguarles en lo posible para impedir, como dice Jesucristo, que se escandalicen ; pero si rehusan rendirse á la verdad, podemos consolarnos con el ejemplo de nuestro Señor: pues cuando sus discípulos le dijeron, *Maestro, ¿ sabes que los fariseos se han escandalizado, cuando han oido tus palabras ?*, les respondio : *Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raiz. Dejadlos : ciegos son y guias de ciegos, y si un ciego guia á otro ciego, entrambos caerán en el hoyo*[3]. El Apóstol dá también este excelente consejo : *Si ser puede, cuanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres*[4]. Notad que dice *si ser puede*, con lo cual dá á entender que es cosa difícil, y añade *en cuanto esté de vuestra parte*, pues si

[1] II Cor. I, 12.
[2] Job. XVI, 20.
[3] Math. XV, 12-13.
[4] Rom. XII, 18.

conservamos sentimientos de caridad para con los que nos odian, aún cuando ellos no quieran vivir en paz con nosotros, no dejaremos por nuestra parte de conservar con ellos la paz á los ojos de Dios. Por lo que á vos toca, hijo carísimo, conservad la de vuestro corazón en todos los sucesos, acordándoos siempre de estas palabras de la sagrada Escritura: *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida* [1]. »

« Os hacemos estas advertencias en testimonio del amor que os profesamos, y os suplicamos que roguéis por Nos al Señor, para que nos proteja contra los espíritus de las tinieblas y contra la malicia de los hombres perversos. Nos hallamos rodeados de males por todas parte en la peregrinación de esta miserable vida, y podemos decir con el Profeta: *En ti, Señor, he esperado: no quede yo corrido para siempre*: en tu justicia líbrame *y escápame, inclina á mí tu oreja y sálvame* [2]. Roguemos al Señor que nos sostenga su gracia, á Nos en medio del mundo, y á vos en el desierto: pues en todas partes nos tienta la serpiente. Despues que ésta hizo caer al hombre en el paraiso terrenal, ¿qué lugar puede haber inaccesible á sus perniciosas sugestiones? No tenemos otro recurso que el de nuestro Salvador, al que debemos clamar incesantemente: Sed nuestro refugio y asilo, para que no perezcamos. En nombre del Príncipe de los Apostóles os enviamos una capucha y una túnica: recibidlas con los mismos sentimientos de caridad que nos animan al enviároslas. »

Esta carta de san Gregorio Magno nos demuestra, de una parte, la profunda humildad y grande caridad de este insigne Pontífice, y por otra, la singular estimación que profesaba á este piadoso religioso del monte Sinaí.

[1] Prov. IV, 23.
[2] Ps. LXX, 1-2.

Lo que vamos á decir de Hesiquio, llamada el Corebita, lo sabemos por san Juán Clímaco, que lo conoció y trató personalmente. Moraba este solitario en el monte Oreb, que se halla próximo al de Sina, como hemos dicho en otro lugar. Pasó una gran parte del tiempo de su retiro en la negligencia y sin cuidarse de su salvación, hasta que una grave enfermedad puso en peligro inminente su vida. Durante más de una hora se creyó que estaba muerto ; pero volviendo en sí, rogó á san Juán Clímaco y á otros religiosos que estaban presentes, que se retirasen. En seguida cerró la puerta de su celda, en donde permaneció doce años sin hablar á nadie, y no sustentándose más que de pan y agua. Se ocupó durante todo este tiempo en reparar en su memoria lo que Dios le habia hecho ver en el tiempo que estuvo casi muerto, y que habia sido un verdadero éxtasis. Su pensamiento estaba tan fijo en esta meditación, que no variaba de posición, guardando un silencio, profundo y derramando constatemente lágrimas. « Cuando vimos que iba á morir, dice san Juán Clímaco, rompimos su puerta, y le rogamos que respondiese á algunas preguntas que le hicimos, pero se excusó con estas palabras : Perdonadme, hermanos mios : no puedo deciros otra cosa, sino que el que tiene grabado en su espíritu el pensamiento de la muerte no puede nunca pecar. Quedamos todos admirados de ver la gran mudanza que se habia obrado en este religioso, ántes tan negligente y relajado. Lo depositamos solemnemente en el cementerio próximo á la aldea, y cuando volvimos algunos dias despues, no encontramos su cuerpo, queriendo sin duda Dios manifestar con este hecho milagroso cuán perfecta habia sido su penitencia, y cuán agradable la habia sido. »

Hablando el mismo Santo de las lágrimas de la penitencia, refiere otro ejemplo, distinto del anterior y que llenó

de grande temor á los religiosos que lo presenciaron. « Nada, dice, es tan adecuado para persuadirnos de la necesidad que tenemos de llorar nuestras faltas, como la historia que voy á referir. Un religioso, llamado Estéban, y que vivia hacía mucho tiempo en el monasterio, se hizo celebre por sus ayunos y lágrimas, y por haber enriquecido su alma con todo género de virtudes. El deseo ardiente de una vida más solitaria le llevó á una celda del monte Oreb; pero al poco tiempo se trasladó al departamento de los anacoretas llamado Sidden, con el fin de hacer una vida más austera: pues este desierto, que se halla á unas veintitres leguas de Sina, está desprovisto de todo consuelo humano, y es casi inaccesible á los demás hombres. Despues de practicar en él una rigorosa penitencia, volvió este buén anciano á su primitiva celda del monte Oreb, en donde tenia dos discípulos muy piadosos de Palestina, que poco ántes se le habian unido. Cayó enfermo de muerte, y en un arrobamiento de espíritu en que conservaba abiertos sus ojos, miraba á derecha é izquierda de su lecho, como si viese á algunas personas que le pedian cuenta de sus acciones. Respondió con voz tan alta, que todos pudieron oirle estas palabras. Sí, lo confieso, es verdad; pero no he ayunado tantos años, sino con el fin de expiar esta falta. Otras veces decia: eso no es verdad, y mentís: Otras veces se oia decir: Eso lo confieso, pero he llorado mucho, he hecho mucha penitencia, y he prestado muchos servicios á los religiosos. Por último, á otras acusaciones decia: Es verdad: nada tengo que contestar á eso, sino que Dios es muy misericordioso. »

« En verdad, continua san Juán Clímaco, que este juicio invisible y tan severo era un espectáculo que causaba horror y espanto, y lo que en él habia más terrible era que le acusaban de faltas que no habia cometido. ¡ O Dios mio ! si un solitario y un anacoreta decia que nada tenia que res-

ponder á algunas faltas de que se le acusaba, aún cuando había pasado cuarenta años en la vida religiosa y solitaria, y había tenido el don de lágrimas ¡ desgraciado, y mil veces desgraciado de mí ! Además algunos me han asegurado como cosa muy cierta, que, cuando este religioso estaba en el desierto, daba de comer con sus manos á un leopardo. Miéntras que se le pedia cuenta de su vida, se separó su alma del cuerpo, no pudiendo saberse cual fué el resultado del juicio, ni la sentencia que se pronunció. »

Habia además en el monte Sina otros dos solitarios, llamados ambos Jorge : el uno era hermano de san Juán Clímaco, y del cual no sabemos más que lo que hemos dicho al fin de la vida de este Santo. Del segundo consigna Juán Mosch un hecho milagroso, que le refirió la venerable Damiana, madre de Athenógeno, obispo de Petra y pariente del emperador Mauricio, la cual consagró su viudez al Señor en el desierto. Esta respetable abadesa dijo, pues, á Juán Mosch, que habia en el monte Sina un anciano célebre por su santidad y por la austeridad de su vida, llamado Jorge, el cual, hallándose en su celda un Sábado Santo, sintió un deseo extraordinario de ir á la mañana siguiente á Jerusalem, para recibir los santos Misterios en la iglesia de la Resurrección. Pidió al Señor con grande fervor que le concediese este deseo, y entretanto vino á preguntarle uno de sus discípulos,si queria ir á la iglesia en que se reunian los solitarios por la tarde para prepararse á la Comunión del domingo. Le respondió que iria, y que viniese á avisarle la hora de la Comunión. Permaneció en su celda hasta la hora en que se distribuia la sagrada Eucaristia en la iglesia de la Resurrección en Jerusalem. Entónces fué trasportado á ella, y recibió este augusto sacramento de manos de Pedro, patriarca de esta ciudad. Este prelado que le conocia muy bién, quedó sorprendido al verle, y dijo á Ménas, uno de sus oficiales, que lo detuviese despues

del santo Sacrificio, para que se desayunase á su mesa. Cumplió el oficial su comisión, y Jorge le respondió sencillamente, cúmplase la voluntad del Señor; pero despues de adorar el sagrado sepulcro de nuestro Señor, desapareció, y se encontró trasportado á su celda. En este momento llamó su discípulo á ella, y le anunció que se acercaba la hora de la sagrada Comunión. En su consecuencia, se trasladó á la iglesia de Sina, en donde comulgó segunda vez con los demás solitarios.

El patriarca de Jerusalém que ignoraba el camino por donde se habia ido Jorge, se manifestó quejoso de que no se hubiese detenido, y en este sentido escribió á Focio, obispo de Farán, y á los padres del monte Sinai, para que le reprendiesen por su desobediencia. Los Padres de Sina, que ignoraban la gracia que el Señor habia dispensado á Jorge, enviaron á tres religiosos, sacerdotes eminentes, á saber, Estéban de Capadocia, Zozimo y Dalmacio Romano, para asegurar al patriarca que Jorge no habia salido de la montaña, y que el domingo de Resurrección habia comulgado con los demás religiosos en su iglesia. El mismo Jorge escribió justificándose, pero sin declarar el milagro que Dios habia obrado en su favor, y contentándose con decir: No quiera Dios, Padre mio, que yo desobedezca vuestras órdenes. Y añadía: debo anunciaros que dentro de seis meses nos encontraremos en la otra vida y en la presencia de nuestro Señor Jesucristo. La sacerdotes comisionados entregaron esta carta al patriarca, juntamente con otra del obispo de Farán, en la cual declaraba este prelado, que hacía cerca de setenta años que no salia Jorge de su desierto. Sin embargo, el patriarca tomaba como testigos á los obispos y clérigos que se hallaban presentes, cuando Jorge se acercó á la sagrada Mesa, en que él mismo le dió la santa Comunión, y todos los demás le dieron á besar la paz. Por último, se cumplió la predicción

de Jorge: pues murió á los seis meses, así como el patriarca, hacia el año 546.

Zozimo el Ciliciano, otro de los religiosos del monte Sina, se retiró muy jóven á esta soledad, y pasó despues á la de Ammoniaco, á donde le llevó Dios, para que diese sepultura á un santo anacoreta. Referia este suceso á Juán Mosch y á Sofronio, su discípulo, de la siguiente manera: « Habiendo llegado á Ammoniaco con pensamiento de permanecer allí, encontré á un anciano que dijo ántes de saludarle: ¿ Que venís á hacer en este lugar, Zozimo? no podeis permanecer aquí. Yo me arrojé á sus pies; y le supliqué que me dijese como me habia conocido. Me respondió que, dos ó tres dias ántes, se le habia aparecido un hombre, diciéndole, que vendria á este lugar un solitario, llamada Zozimo, y que no le detuviese, porque estaba destinado á ser obispo de Babilonia, en Egipto. El anciano se retiró un poco de mí, y pasó dos horas en oración. Al cabo de este tiempo me abrazó tiernamente, y me dijo que Dios me habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Le pregunté cuanto tiempo hacía que moraba en este desierto, y me contestó que hacía cuarenta y cinco años. A su vez apareció su rostro tan resplandeciente, cual si fuera de fuego, y añadió: « Hijo mio, quedad en paz y orad por mí. » Dichas estas palabras se recostó, y entregó su espíritu al Señor. Yo le dí sepultura, glorificando el nombre santo de Dios. » De este modo refirió Zozimo á Juán Mosch como habia descubierto á este santo solitario.

Volvió á Sina despues de haber practicado este acto de caridad, y de allí pasó al desierto de Porfirita, en donde permaneció con un discípulo llamado Juan, y en donde encontró á otros dos solitarios, llamado el uno Pablo de Galacia, y el otro Teodoro. Este habia sido educado en el monasterio de san Eutimio, y todos permanecieron juntos cerca de dos años, hallándose retiradas sus celdas como

unos dos estadios. Durante este tiempo, hallándose un dia sentado su discípulo Juán, fué mordido por una serpiente, y murió. Esta desgracia le causó suma aflixión, y para consolarse, pasó á las celdas de Pablo y Teodoro, los cuales, al verle tan angustiado, comprendieron la causa, y se trasladaron á la celda del muerto, resucitándole. En seguida le dijeron : Padre mio, id á Sina, porque Dios quiere confiaros el gobierno de la Iglesia de Babilonia. Hízolo así acompañándole su discípulo, y habiéndole enviado algunos dias despues el superior del monasterio con otros dos religiosos, á que evacuasen algunos negocios en Alejandría, les detuvo el patriarca Apolinar, y los hizo obispos, á Zozimo de Babilonia, á Pablo de Heliópolis, y á Teodoro de Leontópolis [1]. Durante algunos años ejerció las funciones de su cargo pastoral, que dimitió en su vejez para volver á su celda del Sinai.

Habla también Juán Mosch de un solitario de Sina, llamado Orento, que en una ocasión reprendió con mucho celo á los oficiales de la iglesia de este desierto, con motivo de algunas faltas que no explica este historiador. Dice que le referian los Padres del monasterio de Sina, que, habiendo entrado un dia en la Iglesia con la túnica vuelta del revés el abad Orento, que era un santo anciano, y estando de pié en el coro, le llamaron la atención los oficiales. Entónces el santo abad, valiéndose de la autoridad que le daba la edad, les respondió : Habeis trastornado todas las santas costumbres del Sina, sin que nadie os reprenda, y no po-

[1] Hemos dicho en el tomo anterior que Babilonia de Egipto se hallaba situada á la orilla derecha del Nilo, y en el nacimiento del gran canal que se dirige desde el Nilo al golfo de Arabia. Heliópolis estaba situada á 11 kilómetros N-N-E del Cairo. De ella no quedan más que ruinas. Leontópolis pertenecía al Bajo Egipto, así como Babilonia y Heliópolis. Existe aún, y se le conoce con el nombre de Tel-Essabé. Heliópolis debió su nombre á un templo consagrado al sol, y Leontópolis á un ídolo que tenia cabeza de león.

Imp. ch. Chardon aîné. Paris

Cerani direxit

L'Abbé André.

El Abad Andres

deis tolerar que yo traiga mal puesta la túnica. Reparad ante todo los desórdenes que habeis introducido, y despues repararé yo la falta que notais en mí hábito.

---

## JUAN EL SILICIANO, EL ABAD ANDRÉS, MÉNAS, DANIEL, Y TEODORO, RELIGIOSOS DE RAITHA. — LOS DOS GREGORIOS

Hemos dicho que san Juan Clímaco escribió su excelente obra de la *Escala santa* á ruegos de Juán, abad de Raitha, y á quién este Santo tributa grandes elogios. Entre otras cosas admira su humildad, pues, siendo tan capaz de instruir á los demás, se dirigía á él para su edificación y la de sus religiosos; pero aún más que su profundo conocimiento de las cosas santas, reconocia la excelencia de su mérito en la práctica de todas las virtudes.

Créese que este biénaventurado abad es Juán el Ciliciano, de que ya hemos hablado, y las máximas que le atribuye Juán Mosch en su *Prado espiritual*, confirman lo que dice san Juán Clímaco acerca de las luces con que el Señor le habia favorecido.

El desierto de Raitha se hallaba habitado por religiosos muy respetables por su edad y por sus virtudes, cuando vino a consagrarse en él al Señor. Habia ancianos que durante setenta años no se habian alimentado más que con yerbas y dátiles, y esto confirma lo que hemos dicho en la vida de san Nilo.

Allí pasó setenta y dos años en los trabajos de una vida la más austera, y tuvo grandes tentaciones que sostener de

parte de los demonios, que, envidiosos de su eminente virtud, le declararon una guerra prolongada y cruel. Su mérito le atrajo bién pronto la confianza de todos sus hermanos, que quisieron tenerle por abad. Les recomendaba muy encarecidamente que huyesen del mundo, y que con la mortificación reprimiesen los malos deseos. « Esta es, les decia, una morada de solitarios, y no un lugar de tráfico. » Les recordaba los ejemplos de los antiguos, sobre todo su penitencia tan austera, y su recogimiento tan rígido. Les daba, por último, este excelente consejo, que deberia estar escrito en todos los monasterios, y grabado en el corazón de todas las personas religiosas. « Guardémonos, hijos mios, de profanar con nuestros vicios un lugar, de donde nuestros Padres arrojaron á los demonios. »

Entre los principales solitarios de Raitha merece especial mención el abad Andrés, que fué una de sus más brillantes lumbreras. Le damos aquí el título de abad con el autor del *Prado espiritual*, no por que fuese superior de Raitha, sino porque se daba este nombre á los solitarios más respetables, sobre todo cuando á su avanzada edad unian una virtud eminente.

La reputación del abad Andrés habia llegado hasta Antioquía, en que san Simeón el Jovén, que era la admiración de todo el Oriente, le dió una prueba de la veneración que profesaba á su virtud. Hallándose poseido del demonio un solitario, vino á Antioquía en busca de san Simeón para que le librase por medio de sus oraciones. Preguntóle en donde vivia, y al saber que era religioso del monte Raitha, le dijo : « Me admira que, habiendo en vuestro monasterio padres tan respetables, hayais emprendido un viaje tan largo, para venir á un pecador tan miserable como yo. Volved á Raitha, y pedid al abad Andrés que ore por vos. » Hizo el solitario lo que le mandó el Santo : se arrojó á los pies de Andrés, que oró por él, y le alcanzó la libertad con

el fervor de sus oraciones. Pero como estaba dotado de una profundísima humildad, léjos de atribuirse la gloria de este milagro, la atribuyó á Dios, de quién procede todo bién, y á la mediación de san Simeón.

Hemos hablado en otro lugar de un solitario llamado Andrés, á quién se atribuye una bellísima sentencia, pero es distinto de éste. Juán Mosch refiere extensamente un suceso extraordinario del abad Andrés, que vivia en las inmediaciones de Alejandría, en el departamento ó barrio décimo octavo.

Dios ilustró con una luz sobrenatural al mismo san Simeón, de quién acabamos de hablar, para la conversión de un solitario de Raitha, que había tenido la desgracia de abandonar su estado para volver al mundo.

Este solitario, llamado Ménas, habia sido elevado al diaconado, y ejercía sus funciones en el monasterio de Raitha. Habiéndole enviado fuera su superior para que evacuase un asunto de la comunidad, fué tentado de volver al siglo, y sucumbió á la tentación. Algunos años despues, yendo de Teópolis á Seleucia, vió á lo léjos el monasterio de san Simeón, de quién habia oido hablar mucho, y la curiosidad le llevó á él, para ver á este santo hombre, que, subido en su columna, era el prodigio de su siglo, como sán Simeón el anciano lo habia sido del anterior.

Conoció el Santo por revelación quién era el que se le acercaba, y mandó á su discípulo que tomase unas tijeras, y cortase los cabellos á aquel hombre. Admirado Ménas y lleno de terror, no pudo hablar, y se dejó cortar el cabello sin oponer la más leve resistencia. El Santo le dijo entónces que volviese á Raitha, y Ménas, algo repuesto de su estupor, le manifestó que no podia hacerlo sin grande confusión, ni soportar la mirada de aquellos venerables Padres, á quienes habia abandonado. « No temais, hijo mio, le replicó el Santo : os recibirán con mucha caridad,

y vuestra conversión les causará grande gozo. Os acaecerá algo extraordinario, que os demostrará que el Señor ha perdonado vuestro pecado.

Consolado Ménas con estas palabras, volvió á Raitha, en donde se verificó puntualmente la predicción, del Santo: pues los Padres le recibieron con grandes demostraciones de ternura y de caridad. Le permitieron que ejerciese las funciones de su órden, y un dia que llevaba el cáliz con la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo, le pareció como que le salia de la cabeza uno de sus ojos, lo cual fué una señal, por la que conocieron los Padres que Dios le habia perdonado su deserción, como le habia asegurado san Simeón.

Añade el mismo autor que el abad Eusebio, sacerdote del mismo monasterio, le refirió que un dia el maligno espíritu, que se transforma algunas veces en ángel de luz, tomó las apariencias de un monje, y llamó á la puerta de la celda de un anciano. Era costumbre entre estos santos religiosos empezar todas sus conversaciones con la oración. Abriendo la puerta el buén anciano, recibió á este espíritu fantástico, cual si fuese lo que aparecia, y le dijo: « Hagamos oración ; » pero el demonio no dijo más que la mitad de una fórmula, que en realidad nada significaba. El anciano se apercibió de ello, y le dijo que orase ; pero el maligno espíritu no hizo más que repetir lo que ántes habia dicho. Entónces el anciano le replico : orad de esta manera : *Gloria al Padre, al Hijo y al* Espíritu Santo ahora y por los siglos de *los siglos*. Al oir estas palabras, desapareció el demonio.

El abad Daniel fué también religioso de Raitha, lo mismo que Teodoro, que escribió acerca del misterio de la Encarnación ; pero nada de particular sabemos de su vida. Conservamos parte de ella escrita por san Juán Clímaco : Teodoro no es conocido más que por su obra dogmática.

Dos solitarios con el nombre de Gregorio, el uno Bizantino y el otro Faranita, se retiraron á una isla del mar Rojo, en la que no habia agua dulce ; de modo que tenian que venir á tierra firme de tiempo en tiempo para proveerse de ella. Una noche se hizo pedazos la barquilla á causa de una tempestad, y se vieron reducidos á morir de sed. Ocho meses despues algunos solitarios de Raitha, que pasaron á esta isla, descubrieron sus cuerpos, que aún estaban enteros, y llevándolos consigo, les dieron sepultura en su monasterio. En el dorso de una tortúga encontraron escritas estas palabras. « El abad Gregorio de Farán ha muerto de sed, despues de estar veintiocho dias sin beber, y yo he pasado treinta y siete dias en la misma necesidad.

---

## ESTADO DE LOS MONJES DE EGIPTO Y DE LAS PROVINCIAS COMARCANAS EN TIEMPO DE SAN JUAN MOSCH [1]

Juán Mosch, religioso del monasterio de san Teodosio, en la diócesis de Jerusalem, hizo dos viajes á Egipto. El primero para evacuar algunos asuntos de su comunidad hacia el año 580, y el segundo con su discípulo san Sofronio hacia el de 606, y con este motivo visitó á muchos solitarios, tanto de Egipto como de los desiertos inmediatos. Expondremos aquí lo que refiere de ellos, y esto confirmará lo que hemos dicho en los capítulos precedentes acerca, de los religiosos que se sostuvieron en la fé y piedad

[1] Vitt PP., Juán Mosch, Baronio, Surio, Cotelier y Bulteau.

en medio de las vejaciones de los herejes, no cediendo en virtud á los primeros habitantes de estas soledades.

Se refiere en las actas de san Aretas, que en el reinado del emperador Justino, hacia el año 521, habia en Alejandría un obispo católico llamado Astero, que fué á ofrecer á Dios sus oraciones juntamente con dos religiosos ortodoxos que vivian en Nitria y en Esceté ; que además habia dos iglesias en los desiertos de las Celdillas, una en que se congregaban los católicos, y otra que servia á los entiquianos y acéfalos, que no admitian el concilio de Calcedonia, y que tachaban de nestorianos á los católicos.

Habia entónces en el desierto de las Celdillas un buén solitario llamado Jacobo, que se distinguia por su humildad, y que á la vez que por los católicos, era amado y respetado de los herejes. Hallábase unido á los primeros, y asistia al oficio divino en su iglesia. Estos le recomendaban mucho que no se dejase seducir por los eutiquianos, los cuales por su parte se enforzaban por persuadirle que obraba su ruina espiritual en la iglesia de los católicos, á quienes acusaban de nestorianos. Jacobo, tan sencillo como humilde y de escasa instrucción religiosa, no sabia de que lado inclinarse, y agitado su espíritu por continua inquietud, se dirigió á Dios, pidiéndole que le diera á conocer el partido que debia abrazar. A este fin tomó el hábito con que debia ser enterrado, se encerró en una celda separada del monasterio, como si quisiera sepultarse en una tumba, y pasó cuarenta dias en oración y ayuno. Al cabo de este tiempo se sintió tan debilitado, que cayó desmayado en tierra. En esta situación vió entrar en su celda á un niño, que se presentó á él con rostro sonriente, y le dijo : ¿ Qué haceis aquí, abad Jacobo ? Con estas palabras se sintió ilustrado con una luz celestial, y reanimado su cuerpo, pudo responderle : Vos, Señor, sabeis el motivo de mi amargura : unos me dicen, no dejes la verdadera Iglesia

que es la de los católicos ; miéntras que otros quieren persuadirme, que estos siguen la impía doctrina de Nestorio. De modo que no sabiendo que hacer, he llegado al estado en que me veis. Entónces el niño, ó más bién el ángel que le hablaba bajo la forma de un niño, le dijo : Abad Jacobo, bién estais en donde estais. Jacobo que creia estar en su celda, se apercibió de que habia sido trasportado á la iglesia de los católicos, lo cual le hizo comprender que no debia separse de su comunión.

Al decir que este solitario tomó el habito con que debia ser sepultado, y se encerró en su celda, debemos hacer constar que era costumbre de los solitarios de Egipto conservar hasta la muerte el hábito ó túnica que habian tomado al entrar en religión, hábito que se llamaba santo, por cuya razón no lo llevaban más que el domingo á la sagrada Comunión, guardándolo siempre con el mayor cuidado. Esto nos demuestra el respeto que profesaban los solitarios al santo hábito, pues querian ser sepultados con el mismo con que se habian consagrado al Señor.

El solitario Focas, á quién debemos estos datos, dice que el padre del abad Jacobo lo fué, no sólamente según la carne, sino también segun el espíritu, lo que demuestra, ó que fué superior del monasterio, ó que tuvo bajo su especial dirección á su hijo. Focas debió tener más edad que él cuando se hallaba en esta comarca, como se deduce de este pasaje de sus escritos ; » Un dia, en que yo estaba en Esceté, vino á buscarme el abad Jacobo, y á exponerme que se hallaba combatido de una tentación tan violenta, que temia sucumbir á ella.He resuelto, me dijo, encerrarme en tal caverna, y os pido por amor de Dios que á nadie lo digais, ni aún á mi mismo padre. Tened la caridad de ir á buscarme al cabo de cuarenta dias, y de administrarme la sagrada Comunión, si Dios me conserva la vida, ó darme sepultura si he muerto.

Pasados los cuarenta dias, fuí á verle, llevando el Santísimo Sacramento, y un poco de pan y de vino, porque suponia que necesitaria de este alivio. Al entrar en la caverna, sentí un hedor insoportable, y creí que estaria muerto; sin embargo, aún tenia un soplo de vida. Tan luego como me vió, me tendió los brazos, y me indicó por medio de señales que le administrase la sagrada Comunión; pero tenia la boca tan contraida por los rigores de la abstinencia, que tuve necesidad de valerme de un instrumento para desencasquetarle los dientes. Despues de darle el cuerpo adorable y la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo, empecé á reponer sus abatidas fuerzas, haciéndole tomar algunos pedazos de pan mojados en vino. Por último, la gracia del Señor hizo que en un solo dia se repusiese, y á la mañana siguiente se halló en disposición de volver á su celda. En adelante se vió libre de la tentación que lo atormentaba. » Tal es el relato del solitario Focas, que residió durante algún tiempo en el desierto de Esceté, y que más tarde se retiró al monasterio de Teognio, cerca de Jerusalem.

Ya hemos dicho que Juán Mosch hizo dos viajes á Egipto. En el primero oyó hablar de un célebre solitario llamado León, natural de Capadocia que se habia retirado al Oasis, desierto de la Libia. Quiso ir á verle, y encontró en él tanta virtud, que confiesa, que excedia en mucho á todo cuanto se le habia dicho. León era un religioso desprendido de todas las cosas del mundo, lleno de caridad para con su prójimo, amante de su retiro en el que vivia en absoluto silencio, y lo que más prueba su sólida virtud es que estaba fundada sobre una profunda y sincera humildad.

Dice Juán Mosch que quedó sumanente edificado de su conversación, así como los que iban con él; pero les dijo una cosa cuyo sentido no pudieron entónces penetrar,

y les costó mucho trabajo conciliar la alta idea que habian concebido de su virtud y sabiduría con la humildad que parecia echarse de ménos en algunas de sus palabras. « Creedme, les dijo, hijos mios, yo estoy destinado para reinar dentro de algún tiempo. » Se referia á la esperanza que abrigaba de entrar en breve en el reino celestial; pero Juán Mosch y sus compañeros que creyeron que se referia á un reino terreno, le dijeron: Abad León, no sabemos que haya salido ningún emperador de Capadocia, así es que debeis desechar semejante ilusión. — Antes por el contrario, replicó León, tengo muy fundadas esperanzas de reinar muy pronto.

Algún tiempo despues los Mazicos hicieron una irrupción en la provincia, y habiendo penetrado en el desierto de óasis, asesinaron á muchos solitarios, y llevaron á otros cautivos. Entre ellos habia tres enfermos, á saber; el abad Juán que habia sido lector en la iglesia mayor de Constantinopla, el abad Eustaquio el Romano, y el abad Teodoro el Ciliciano. Como les hubiesen atado, dijo el abad Juán á los bárbaros: Llevadme á la ciudad, y yo pediré al obispo que os dé veinticuatro piezas de oro por nuestro rescate. Hiciéronlo así, y uno de ellos se encargó de acompañarle.

En este tiempo se hallaba en la ciudad el abad León con algunos Padres del desierto, cuya circunstancia hizo que escapasen al furor de los bárbaros. Presentóse, pues, el abad Juán al obispo, y le suplicó que diese las veinticuatro piezas de oro en que habia concertado su libertad; pero no teniendo el prelado más que ocho piezas, y obstinándose el bárbaro en las veinticuatro, no se pudo conseguir nada de él, y se llevó á su cautivo.

A los tres dias el abad León rogó al obispo que le diese las ocho piezas, y con ellas se fué al campamento de los Mazicos, diciéndoles: Ya veis que se hallan enfermos estos

tres religiosos que teneis cautivos, y que de nada os pueden servir: aceptad, pues, el partido que os voy á proponer. Aquí teneis ocho piezas de oro: tomadlas, hacedme á mí cautivo, y dejad en libertad á estos tres religiosos. Yo me hallo en buena salud: estoy en estado de prestaros servicios; miéntras que si rechazais el partido que os hago, morirán estos tres buenos solitarios, y no tendreis ni hombres ni dineros.

Comprendiendo los Mazicos que esta proposición les era ventajosa, tomaron las piezas de oro, retuvieron cautivo á León, y dieron libertad á los otros tres. Lleváronle á un lugar muy lejano, y viéndole sumamente fatigado, le cortaron la cabeza. Entónces comprendimos, dice Juán Mosch, el verdadero sentido, en que nos habia dicho que estaba destinado á reinar, pues es verdaderamente reinar dar la vida por los amigos.

El cardenal Baronio expone extensamente el relato de Juán Mosch en sus anales, y considera la muerte del solitario León como un verdadero martirio. San Juán Clímaco parece hacer alusión á la misma historia, cuando dice en el grado vigésimo sexto de su *Escala Santa*: « Nadie dé por excusa que es imposible al hombre observar los preceptos del Evangelio, pues hay almas que hacen más que lo que manda el Evangelio. Debe persuadiros de ello el ejemplo del que amó á su prójimo más que á sí mismo, y dió su vida por él, por más que no se lo mandase la ley de Jesucristo. » — Los que han comentado la obra de este santo doctor de la Iglesia griega, están conformes en que el ejemplo á que alude es la generosa acción del abad León. Más adelante veremos otro hecho heróico de caridad llevado á cabo por otro solitario.

Juán Mosch hizo su segundo viaje á Egipto en compañía de su discípulo Sofronio. Ambos fueron á visitar á un solitario llamado Juán de la Piedra, ya porque fuese

natural de la Arabia Pétrea, ó porque habitase en la Piedra, cerca del Nilo, y éste les exhortó muy encarecidamente á que amasen la pureza, y se desprendiesen de todas las cosas del mundo. Les habló de los solitarios de Esceté, entre los cuales se habia educado en su juventad, y queriendo proponerles un ejemplo de privación de las cosas necesarias paro la vida, les dijo que vivian tan pobremente, que un anciano que padecia del hígado, no pudo encontrar en todas las celdas un poco de vinagre con que calmar los dolores que sufria. Sin embargo, habia en este desierto tres mil quimientos religiosos repartidos en cuatro monasterios.

Juán Mosch y Sofronio fueron á Therenut con objeto de visitar al abad Teodoro de Alejandría, que les habló de los solitarios de Esceté. Díjoles que, si bién es verdad que se habian obrado grandes revoluciones en este desierto, como habian predicho los antiguos Padres; pero que despues habian florecido entre los habitantes de él religiosos de una caridad, de una abstinencia y de una sabiduría admirables: pues habia algunos que no comian sino cuando se les iba á visitar, y entre otros, un anciano llamado Ammón. « Como yo sabia, dijo, su costumbre, porque vivia cerca de él, cuidaba de visitarle todos los sábados, y con este pretexto le hacia tomar algún alimento. » — Era también costumbre de los solitarios de Esceté que, al venir alguna persona á visitarles, la invitaban á orar, y entre tanto se le preparaba la comida.

Se ocupaban entonces muchos en cultivar la tierra, y Dios manifestó á un anciano en una visión, que este trabajo era para muchos un motivo de tentación: pues este buén anciano vió una noche al demonio que estaba haciendo escardillos, ganchos y canastos, y al preguntarle lo que esto significaba, respondió: Preparo distracciones á los solitarios, para que, teniendo preocupado el espíritu con

su trabajo, cuando van á la oración, la hagan con disipación y negligencia.

El abad Ireneo era el que referia esta visión á Juán Mosch y á Sofronio. Este abad vivió primeramente en Esceté; pero cuando los bárbaros vinieron á este desierto, se vió obligado á huir para no caer en sus manos. Fuese, pues, á Palestina, y se retiró á una laura en el territorio de Gaza. El abad del monasterio le dió á leer un compendio de las acciones y máximas más notables de los antiguos Padres de la soledad, lo cual demuestra que habia en las casas religiosas estos compendios, para instruir á los religiosos en sus deberes con los ejemplos y sentencias de los que les habian precedido en el mismo estado.

Tan luego como abrió el libro, encontró un capítulo que le pareció haber sido escrito expresamente para él : pues se decia que, habiendo ido un religioso en busca de un anciano para encomendarse á sus oraciones, le respondió éste. « Cuando seais de los nuestros, oraré por vos ; pero ahora no lo hago, porque nos habeis dejado, para ir á donde habeis querido. »

Tan luego como leyó Ireneo estas palabras, cerró el libro, y dijo : ¡ Desgraciado de mí, que he dejado á mis padres de Esceté para venir por mi propia vóluntad á otro pais ! Estos padres no orarán por mí. » Devolvió el libro al abad, y se despidió de él para volver á Esceté ; pero como en este desierto no habia seguridad á causa de las frecuentes irrupciones de los bárbaros, se detuvo en el de las Celdillas.

La conversación que Juán Mosch y su compañero tuvieron con Marcelo, solitario de Esceté, les sirvió de mucha edificación. Este religioso era natural de Apamea en Siria. Cuando estaba en su pais, un corredor, llamado Fileremo, que quiere decir *amador del desierto,* fué vencido en una carrera publica, y los de su partido exclamaron : Fileremo no

alcanzará corona en la ciudad. Aunque estas palabras no se referian á Marcelo, se las aplicó en un sentido espiritual, y se retiró al desierto de Esceté, recordándolas siempre que tenia que salir del monasterio, y diciéndose á sí mismo: *Marcelo Fileremo, ó el amador del desierto, no obtendrá corona en la ciudad.* Confesó á Juán Mosch y á Sofronio, que este pensamiento le habia servido mucho para aficionarse á la soledad, en que vivió durante treinta y cinco años. Despues de este tiempo los bárbaros penetraron en el desierto de Esceté, le llevaron cautivo, y le vendieron en el pais de Pentápolis. Más tarde se retiró al monasterio de Monidión, en el cual Juán Mosch y Sofronio tuvieron el consuelo de hablarle.

Les refirió, aunque atribuyéndolo á otra persona, que, hallándose en Esceté, se levantó una mañana á cantar los salmos, y apénas hubo empezado, oyó el ruido de una trompeta, cual si diése la señal de combate. No pudo ménos de turbarse, y decirse á sí mismo : ¿ De donde viene lo que oigo ? No hay trompeta, ni soldados, ni ruido de guerra en este desierto. Pero el demonio se le apareció, y le dijo : Sí, lo que tú oyes es señal de guerra : si no quieres ser atacado y combatir contra nosotros, retírate á dormir.

« Creedme, hijos mios, añadió, nada hay que espante, que desconcierte y que irrite tanto á los demonios,como la meditación continua de los salmos. Es verdad que los otros libros de las sagradas Escrituras son muy útiles, y les turban mucho ; pero no tanto como los salmos : pues podeis observar que cuando en una ciudad una parte del pueblo alaba al emperador, los demás no se ofenden ; pero si al mismo tiempo que los que cantan las alabanzas del príncipe injurian á los demás, estos no podrán ménos de irritarse y ofenderse. »

« De la misma manera, cuando leemos los Libros santos, aún cuando los demonios son despreciados en ellos, nunca

lo son tanto, como cuando meditamos ó cantamos los salmos, porque en estos sagrados cánticos no sólamente mezclamos las alabanzas de Dios con nuestras oraciones, sino que maldecimos á los demonios. Así por ejemplo, glorificamos la misericordia de Dios, cuando le decimos: *Tén piedad de mí, ó Dios, según tu misericordia, y según la multitud de tus piedades borra mi irriquidad....No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo* [1]. Pero á la vez atacamos á los demonios, cuando decimos: *Levántese Dios, y sean dispersos sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen* [2]..... *Ví al impio sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Líbano, y pasé, y hé aquí que no existia, y le busqué y no fué hallado en el lugar de él* [3]..... *Levántate, Señor, en tu ira, y muestra tu grandeza en medio de mis enemigos* [4]. »

También les dió este consejo el abad Marcelo: « Acordaos, hijos mios, que el que renuncia al mundo poseerá en la otra vida un reino resplandeciente de honor y de gloria, pues las cosas intelectuales son mucho más preciosas que las sensibles; por el contrario, el religioso que abandona su profesión, aún cuando llegase en esta vida á ocupar un trono muy glorioso, será cubierto en la otra de confusión y vergüenza. »

Al mismo tiempo les decia: « El hombre fué formado en un principio á imágen de Dios; pero el pecado le degradó hasta hacerle semejante á las bestias. Tiene una mala inclinación á los placeres de los sentidos, y no hay otro medio de reprimirla que la mortificación. No os espanteis de los trabajos de la virtud: sólamente practicándola es como podreis conocer sus dulzuras y sus ventajas. Vivamos cual

[1] Ps. L.
[2] Ps. LXVII.
[3] Ps. XXXVI.
[4] Ps. VII.

los ángeles por la pureza, pues esta virtud nos promete la misma gloria de que estos gozan. Dejemos á los hombres carnales, que cifran su felicidad en la tierra, el que sigan las voluptuosidades que aman. Por lo que á nosotros toca, librémonos de esta vergonzosa servidumbre, como los Israelitas se libraron de la de Egipto. Guardémonos, por último, de apegarnos á los bienes de este mundo, porque la avaricia es madre de todos los males. »

Habia en el desierto de Esceté un anciano egipcio, llamado David, cuya gran virtud manifestó el mismo Dios por medio de un milagro, que vamos á referir. Habiéndose puesto al servicio de un labrador en tiempo de la recolección, según era costumbre entre los solitarios de este desierto, sobrevino un dia un calor tan extraordinario, que se vió obligado á refugiarse en una caverna. Al verle parado el labrador, le dijo con acento de cólera. Buén hombre, ¿ por que no trabajais ? ¿ no os pago para ello ? — Es verdad, respondió este santo hombre ; pero es tan excesivo el calor, que hace que el grano caiga de las espigas, y estoy esperando á que refrezque un poco, con objeto de que no salgais perjudicado — Levantaos, y trabajad, replicó el labrador, aunque toda la mies se queme. Levantóse el solitario, y apénas habia empezado á trabajar, cuando se echó á arder el trigo. Reconociendo el labrador su falta, corrió á los solitarios que trabajaban en otro paraje, y les pidió que interviniesen con el anciano, á fin de que extinguiese el fuego con sus oraciones. Arrojáronse, efectivamente, los solitarios á los pies del anciano, y este colocándose entre el trigo que ardia y el que aún estaba intacto, dirigió su oración al Señor, con lo cual quedó instantáneamente extinguido el fuego.

Habia también en el desierto de Esceté, en el monasterio del abad Sisci, un anciano que estaba ciego, y aunque su celda distaba unos mil pasos de los pozos, no quiso per-

mitir nunca que ninguno le llevase el agua que necesitaba; y para proveerse de ella sin peligro, ató una cuerda desde su celda al pozo, y por ella se guiaba para no extraviarse. A un jóven que se empeño en llevarle agua, le respondió: Hace veintidos años, hijo mio, que yo la traigo, y ¿ querrás hoy privarme del fruto de mi trabajo?

Juán Mosch nos ha conservado los siguientes consejos de un anciano solitario del desierto de las Celdillas: « Queridos hijos mios, decia, no busquemos las delicias de los egipcios, porque nos harian caer en la tiranía de Faraón. ¡ Ojalá, tuviesen los hombres tanto ardor por el bién, como el que manifiestan por el mal! ¡ Ojalá, que el afán de que se hallan poseidos por los espectáculos, por los vanos goces, por las riquezas, por la vanidad y por la injusticia, se trocase en deseos piadosos! Bién pronto comprenderian cuán ventajoso es servir á Dios, y cuán grande es la debilidad de los demonios que los solicitan al pecado. »

« Nada hay comparable á Dios. Él es más grande que todo, y está sobre todo. Siendo esto así, ¿ qué podemos temer, teniéndole por protector? ¿ quién más fuerte y dichoso que nosotros? Es verdad que Dios está en todas partes: pero puede decirse también que está más cerca de los que combaten por él, y le sirven con piedad y amor. Ahora bién, cuando Dios está tan cerca de nosotros, ¿ qué hay que pueda engañarnos ni perjudicarnos? La virtud del hombre no procede de su naturaleza, que está sujeta á mudanza, sino de los auxilios de Dios y de la firme resolución en el bién. Tengamos, hermanos mios, un especial cuidado de nuestra alma, asi como lo tenemos por la conservación del cuerpo. »

« Jesucristo, médico soberano de las almas, nos ha dado como remedio para nuestros males espirituales, la piedad, la justicia, la humildad y la obediencia. Estos son medios eficacísimos con que quiere curarnos: no los despreciemos;

ántes bien, apliquémoslos á toda hora. Este divino Maestro nos recomienda también la templanza y la mortificación ; pero somos tan miserables, que nos inclinamos siempre á la satisfacción de los sentidos. Muramos para el pecado, y vivamos para Jesucristo : dejemos el sendero del mal, y adelantemos en el del bién. Aspiremos incesantemente á la perfección, á que Dios nos ha llamado por la gracia de la vocación. »

Un religioso, por último, se lamentaba de haber juzgado con excesiva ligereza á su prójimo, y el santo anciano le respondió que esto procedia de no conocerse suficientemente á sí mismo : « Pues el que se conoce bien, le decia, no se ocupa de los defectos de otros. »

Habia también en la misma época excelentes religiosos en el monte de san Antonio. Habiendo venido á esta montaña un sarraceno de los que moraban en Clisma, á orillas del mar Rojo, en donde habian edificado una fortaleza, vió á un religioso sentado en un paraje algo más elevado, y que leia con mucha atención un libro. Se acercó á él con intención de matarle; pero cuando estaba cerca, levantó el solitario su mano, y le dijo : detente. El bárbaro quedó inmóvil durante dos dias, y viéndose en tan triste situación, suplicó al santo varón, en nombre del Señor á quién adoraba, que le dejase en libertad para retirarse, como así lo hizo. Juán Mosch asegura que este mismo sarraceno, aunque pagano, le refirió este hecho.

Este mismo escritor fué con Sofronio á una montaña cerca de Lique, habitada por solitarios, de los cuales unos moraban en cavernas, y otros en pequeñas celdas. Tuvieron una conversación con uno de ellos, llamado Isaac, natural de Tébas, el cual les refirió un caso que le habia ocurrido hacía más de cincuenta años, lo que prueba que era uno de los ancianos de esta soledad. Les dijo, pues, que, trabajando un dia, le salió tan mal su obra, que no sabia

como enmendarla. Cuando estaba afligido con la pena de haber perdido todo el dia en hacer y deshacer, vió entrar en su celda á un jóven, que le dijo que no era preciso hacerla de nuevo, sino que él la enmendaria. Respondióle el religioso que para esto no necesitaba de su ayuda. Insistió el jóven, é Isaac insistió también en su negativa; pero importunado por sus instancias, le dijo Isaac con tono de amargura, que más bién habia venido á hacerle daño que beneficio. Es, dijo el jovén, que vos mismo me habeis llamado, y sois mi amigo. —¿Como es esto? preguntó Isaac. — Sí, replicó el jóven, pues habeis comulgado tres dias, guardando en vuestro corazón resentimiento contra un religioso, vecino vuestro — Mientes, dijo Isaac — No miento, contestó el demonio, (pues no era otro el jóven que se le habia aparecido). Yo soy el que tienta á los hombres, y los excita á la cólera y al recuerdo de las injurias. Sé muy bién que tienes resentimientos de él, y por esta razón te he dicho que eres amigo mio. Al oir estas palabras, salió Isaac de su celda, fué en busca del solitario, se postró á sus pies, le pidió humildemente perdón, y se reconcilió con él. A su regreso encontró que el demonio, lleno de desesperación, habia destruido toda su labor, y causado muchos desperfectos en su celda.

Juán Mosch fué también á visitar á los solitarios que viven en las inmediaciones de Antinoe. Uno de estos le habló de otro solitario de una gran virtud, que habia pasado sesenta y dos años en su celda, y habia tenido diez discípulos, entre los cuales habia uno que no se aprovechaba de sus consejos, y que cumplia sus deberes con mucha negligencia. El buén anciano no cesaba de reprenderle, pero sin conseguir cosa alguna, por más que le recordaba sus obligacionesy le amenazaba con una muerte próxima y con el rigor de los divinos juicios. Por último, murió este discípulo, y temiendo el anciano por la suerte de su alma,

rogó al Señor que se la diese á conocer. Entónces arrebatado en espíritu, vió una especie de estanque de fuego, cuyas llamas se elevaban muy alto, y sumergido en él hasta el cuello á este religioso negligente, de modo que soló tenia fuera del fuego la cabeza. Conmovido al verle en tan triste estado, le dijo : ¡ Ay! hijo mio, ¿ porqué no te has aprovechado de mis consejos, cuando yo te exhortaba á que cuidases de tu alma? — Respondióle el discípulo : ¡ Ay! Padre mio, aún doy gracias á Dios, porque, merced á vuestras oraciones, tengo algún alivio, hallándose mi cabeza libre del fuego.

Vió también en la ciudad de Antinoe á un sabio, llamado Fibamón, el que, para edificarles, refirió á él y á Sofronio la siguiente historia : « Habia en Hermonópolis un famoso ladrón, llamado David, que no se contentaba con robar y matar, sino que cometia toda clase de crímenes, hasta el punto de no haber quién le igualase en crueldad. Hallándose un dia robando con otros treinta compañeros, entró de pronto en sí mismo, y penetrado de dolor y arrepentimiento de sus maldades, abandonó á los demás, y se dirigió á sus compañeros. Preguntóle el portero lo que deseaba, y él le respondió que queria hacerse solitario. Avisado el abad, se presentó, y viéndole tan avanzado en edad, le manifestó que no se hallaba en estado de soportar las austeridades que se practicaban en el monasterio. Admitidme, no obstante, dijo. Padre mio, y os aseguro que no se me quedará cosa alguna por hacer. — Pero viendo que el abad insistia en su negativa, añadió : Os declaro, Padre mio, que soy David, el jefe de los ladrones : vengo aquí á llorar mis pecados, y protesto en nombre del Dios que está en los cielos, que, si rehusais admitirme, sereis la causa de que yo vuelva á mis maldades, y sereis responsable de todos los crímenes que yo cometa. »

« Oyéndole el abad hablar de este modo, le cortó el ca-

bello, y le vistió el hábito monástico. Su conversión fué tan sincera, y combatió con tanto ánimo, que superó á todos los demás religiosos en la práctica de la abstinencia y de la humildad, por más que la comunidad se hallaba compuesta de setenta y dos religiosos. De modo que era un objeto de edificación y un modelo de santidad.

Hallábase un dia sentado en su celda, y se le apareció un ángel, diciéndole : « David, David, Dios te ha perdonado tus pecados, y te ha concedido la gracia de hacer milagros. » A estas palabras contestó : « El número de mis pecados excede al de los granos de arena que hay en la orilla del mar, ¿ como he de persuadirme de que Dios me los ha perdonado en tan poco tiempo? — Si yo no perdoné á Zacarías, replicó el ángel, cuando no quiso prestar fé á la promesa que le hice de que tendria un hijo, sino que até su lengua para que aprendiese á no ser incrédulo, tampoco te perdonaré á tí, y muy pronto perderás la palabra. »

Postróse David en tierra, y dijo con grande humildad : « Si cuando yo derramaba la sangre humana, y cometia toda clase de crímenes, Dios me dejaba en libertad de hablar ¿ querreis privarme de ella ahora que sólo deseo servirle y cantar sus alabanzas ? — Cuando tengas que cantar los salmos, replicó el ángel, conservarás el uso de la palabra ; pero serás privado de ella para todas las otras cosas. » — El hecho siguió inmediatamente á la predicción : pues David obró muchos milagros. Jibromón refirió todo esto, como testigo ocular, á Juán Mosch.

De Antinoe pasaron Juán Mosch y Sofronio á Alejandría, en donde visitaron á muchos solitarios de eminente piedad, y entre otros, á Paladio, Ménas, Juán el Eunuco, Teodoro de Pentápolis y algunos otros. Paladio era natural de Tesalónica, metrópoli de la Macedonia, y se retiró cerca de Alejandría, á una comarca llamada Telazomena. Preguntado por Juán Mosch y su compañero, como se

habia hecho religioso, les dijo : « Un anciano, llamado David, natural de Mesopotamia y que se distinguia por muchas virtudes, entre otras por su ardiente caridad, se retiró á un lugar distante unos tres estadios de Tesalónica, en donde pasó ochenta años. En los últimos tiempos de su vida hicieron los bárbaros varias correrías por aquel pais. Los soldados que guarnecian la ciudad, vieron una noche que salia humo de la celda de este santo anciano, y creyendo que los bárbaros le hubiesen prendido fuego, se dirigieron á ella á la mañana siguiente ; pero viendo que nada habia ocurrido al anciano ni á su celda, quedaron llenos de admiración.

A la noche siguiente ocurrió lo mismo, y así sucesivamente hasta la muerte del santo solitario, de suerte que este milagro fué conocido en toda la ciudad, y muchos se dirigian á las murallas para contemplarlo. Yo fuí uno de ellos, y sorprendido con esta maravilla, me dije á mí mismo : Si Dios dá en esta vida una gloria tan grande á sus siervos, ¿ cuanto mayor será la que les tiene reservada en la otra, cuando su rostro resplandecerá más que el sol? Hé aquí, hijos mios, lo que me movió á abrazar el estado religioso. »

Les refirió también lo que ocurrió á otro solitario, llamado Addas, que habia venido de Mesopotamia á Tesalónica, despues de la muerte de David, y se habia encerrado en el tronco de un árbol muy grande, en el cual hizo una ventana para hablar con los que venian á verle. Habiendo invadido los bárbaros el pais, uno de ellos descubrió esta celda singular, y se dirigió á él para matarle con su espada ; pero su brazo quedó inmóvil y suspendido en el aire. Los otros bárbaros, sorprendidos con este prodigio, rogaron al solitario que curase á su compañero, lo que hizo por medio de la oración.

Refirióles también algunas otras historias muy notables,

que expondremos, aunque muy brevemente. La primera es relativa á un homicida condenado á muerte : « Habia sido encarcelado, les dijo, en Arsinoe, un hombre que habia cometido un asesinato, y despues de sufrir muchas torturas, fué condenado á pena capital. Cuando marchaba al lugar del suplicio, y á unos seis mil pasos de la ciudad, vió á un solitario, y volviéndose á él, le dijo : Padre mio, ¿ no teneis una celda, en que debeis vivir y trabajar ? — Sí, hijo mio, le contestó el solitario, tengo una celda para vivir, y trabajo en que ocuparme — Pues ¿ porque no os quedais en ella, replico el reo, para llorar vuestros pecados ? — Tienes razón, hijo mio ; pero como soy un negligente y no siento en mi corazón la compunción que debiera tener, vengo á excitarme á ella con el ejemplo de tu suplicio. — Id, Padre mio, añadió el homicida ; volved á vuestra celda, y dad gracias á Jesucristo : pues desde que se hizo hombre, y se dignó padecer y morir por amor de los hombres, el hombre no muere. »

Un seglar anciano, les dijo tambien, cometió un homicidio, por el cual fué preso en Antioquía y sometido á la justicia. Este desgraciado acusó falsamente á un jóven de veintidos años, de ser su cómplice, y á pesar de las protestas de inocencia que éste hizo, fué condenado también á muerte. Se les llevó, pues, al suplicio, á mil pasos de la ciudad y cerca de un templo dedicado á Saturno, y queriendo que fuese ejecutado primeramente el jóven, se postró éste á los pies de los arqueros, rogándoles que le volviesen hacia el oriente, porque era cristiano, y hacía siete meses que habia recibido el bautismo. Estas palabras les conmovieron hasta el punto de hacerles derramar lágrimas. El viejo, por el contrario, bramando de rabia, les dijo : Pues á mí volvedme hacia Saturno.

Indignados los arqueros con esta impiedad, comenzaron por él la ejecución, y cuando se disponian á dar muerte al

jóven, apareció de pronto un hombre montado á caballo, manifestando ser enviado por el gobernador de Egipto, y trayendo el indulto del jóven, lo cual llenó de gozo á todos los presentes. De esta manera, este jóven que habia sido librado de la muerte cuando ménos lo esperaba, renunció al mundo, y se hizo solitario.

Habia también, añadió, en Alejandría un soldado, que observaba esta regla. Todas las mañanas iba al monasterio vestido con un cilicio, y permancia hasta la hora de Nona cerca de las gradas del altar de san Pedro, haciendo canastas sin hablar con nadie. Despues de cantar en voz baja estas palabras del salmo décimo octavo : *Purifícame, Señor, de mis pecados ocultos*, permanecia una hora en silencio, y volvia á repetir las mismas palabras y á guardar silencio siete veces. Cuando llegaba la hora de Nona volvia á tomar su uniforme de soldado, y se retiraba. Decia Paladio que le habia visto hacer esto durante ocho años consecutivos, y que esta piedad le habia servido de mucha edificación.

No podemos omitir otro ejemplo que referia el mismo Paladio á Juán Mosch, y que demuestra cuán eficazmente se hace sentir la protección de la santísima Virgen sobre aquellos que la imploran con confianza. Un rico comerciante de Alejandría, hombre temeroso de Dios y muy caritativo, tuvo que ir á Constantinopla, y no quedando en casa más que su mujer, una hija de seis años y un criado, le dijo la esposa : Tú te vas, y ¿ quién cuidará de nosotros en tu ausencia ? — Os dejo, le contestó, bajo la protección de la santísima Virgen, Madre de Dios : esta Señora cuidará de vosotros.

Cuando hubo partido, el espíritu maligno inspiró al criado que matase á la mujer y á la niña para apoderarse del dinero y alhajas que habia en la casa. Con este designio tomó un cuchillo de la cocina, y se dirigió al aposento en

que ellas estaban ; pero cuando llegó á la puerta, se apoderó de él un aturdimiento tan grande, que, por más esfuerzos que hizo, no pudo avanzar ni retroceder. Una hora permaneció en este estado, y en su turbación no hacía más que llamar á su señora. Esta que ignoraba lo ocurrido á su criado, le dijo que entrase ; pero viendo que tardaba, salió á su encuentro, y ¡ oh espectáculo ! el infeliz, lleno de desesperación, se habia clavado el cuchillo, y yacia anegado en sangre. A los gritos dados por la señora acudieron algunos agentes de policia. El criado aún no habia muerto, y pudo declarar el crímen que se proponia cometer. Este suceso fué motivo de que se alabase al Señor, que, por medio de este milagro, habia salvado á la madre y á la hija.

Paladio habia hecho preceder estos edificantes relatos de algunos piadosos consejos dados á Juán Mosch y á Sofronio al principio de su conversación. « Hijos mios, les decia, el tiempo es corto : combatamos con ánimo para merecer los bienes eternos. Considerad como combatieron y alcanzaron la victoria esos atletas celestiales, que llamamos mártires. Sus trabajos han pasado ; pero su corona brillará eternamente. No podemos ménos de llenarnos de admiración, cuando reflexionamos sobre los horribles suplicios que sufrieron. ¡ Cuanta paciencia en medio de tan horribles tormentos ! A unos sacaban los ojos : á otros cortaban las manos ó los pies ; á estos aserraban los huesos : á aquellos consumian con el fuego ; á unos ahogaban sumergiéndolos en el agua, y á otros entregaban á las fieras. ¿ Quién podrá expresar la multitud y crueldad de suplicios que inventaba el demonio, envidioso de sus virtudes, para saciar su malicia ? Sin embargo, ¡ con que fe tan viva, con que constancia tan generosa se elevaron aquellos heroes sobre la debilidad humana ! Pero tantos y tan grandes trabajos los consideraban como nada en com-

paración de las recompensas que esperaban en la eternidad. »

Combatamos, pues, á su ejemplo ; suframos con paciencia los trabajos de esta vida, y venzamos con los auxilios del Señor. De este modo le demostraremos que le amamos verdaderamente. No estamos solos en el combate ; Dios nos asiste en él, nos ayuda con su gracia, triunfa en nosotros, y nos sostiene y fortalece con sus poderosos auxilios. »

« Aprovechemos el tiempo empleándolo en buenas obras : vigilemos sobre nosotros mismos en el reposo y el silencio de nuestra soledad : ejercitémonos en prácticas de mortificación y penitencia : seamos templos santos, en que habite el Señor por su gracia y amor, y animémonos á todas estas cosas con le consideración de la brevedad de esta vida y de las recompensas que nos están prometidas para la eternidad. »

« Observemos todos los pensamientos y movimientos de nuestro corazón : despojémonos de todas las afecciones al mundo y á todo cuanto encierra. Sigamos el consejo del Apóstol que nos recomienda soportar con paciencia la tribulación á fin de merecer la corona de la gloria [1]. Por último, para desprender mejor nuestros corazones de las comodidades de esta vida y animarnos á practicar la pobreza voluntaria y la penitencia, acordémonos de que Jesucristo no tenia en donde dejar caer su cabeza [2]. »

Hablando, en fin, de los herejes, les decia : « Creedme, hijos mios : sólamente el amor propio, que es enteramente opuesto al amor de Dios, es el que ha introducido los cismas y las herejías, y ha levantado el estandarte de la rebelión contra la Iglesia. »

[1] Rom. v.
[2] Math. VIII.

Juán Mosch y Sofronio vieron también en Alejandría á tres personajes ilustres, que no eran, propiamente hablando, solitarios; pero practicaban sus virtudes, y como ellos llevaban una vida muy austera. Eran estos Teodoro el Filósofo, Zoilo lector y Cosme el Escolástico. Todos los bienes del primero consistian en un saco y algunos libros. Llevaba desnudos los pies, y aunque tenia la vista muy debilitada, leia asiduamente las santas Escrituras, de modo que las sabia de memoria. Al fin de sus dias quiso gozar de los beneficios de la vida religiosa, y se retiró al monasterio de Salcimo, en donde murió santamente,

Zoilo el Lector practicaba la pobreza evangélica con tanta perfección como Teodoro, y era tan humilde y mortificado como éste. Vivia con mucho recogimiento, privado de todos los consuelos de la vida, y no satisfaciendo sus sentidos en cosa alguna. Jamás se le vió reir, ni dejarse llevar de la más pequeña disipación. Sufria el frio y el calor con invencible paciencia, y trataba su cuerpo con tanta dureza, que parecia no participar de la debilidad humana. Como en esta vida ascética practicaba tan perfectamente las virtudes religiosas, tenia el espíritu y el corazón de un religioso, y queria que su cuerpo esperase el dia de la resurrección en un monasterio. Por esta razón fué enterrado en el del abad Paladio, despues de consumar santamente una vida llena de merecimientos.

Cosme fué religioso en el estado secular, pues estaba adornado de todas las virtudes religiosas. Era humilde, benéfico, mortificado, casto, afable, dulce y sociable. Amaba á los pobres, prestándoles todos los servicios que estaban á su alcance, pero era tan pobre, que hasta carecia de muebles. Todas sus riquezas consistian en una biblioteca muy considerable, y tal vez la mejor que habia en Alejandría, la cual más servia á los que la necesitaban que á él mismo, pues prestaba sus libros para que repor-

tasen utilidad á los demás. Su erudición era muy profunda, y le mereció el título de Escolástico; pero no se servia de ella más que para regular sus costumbres y para el bién espiritual de los demás. Tenia un celo muy ardiente por la conversión de los judíos, para los que escribió algunas obras, y á algunos de los cuales dirigió cartas por mediación de Juán Mosch. Su casa estaba siempre abierta á todos los que querian ir á instruirse. Treinta años hacía que llevaba este género de vida, cuando Juán Mosch tuvo la dicha de conocerle.

El mismo autor habla de otro solitario, llamado Teodoro ó Teodulo, que vió también en Alejandría, y que recibió el hábito de religioso en su monasterio de san Teodoro, de donde pasó á Egipto. Teodoro le habló de un solitario romano, llamado Cristóbal, que, siendo jóven, conoció en su primer monasterio, y el cual, despues de reiteradas instancias, le contó su vida, que es por cierto muy edificante.

Cristóbal hizo su profesión religiosa con vehementísimo deseo de cumplir perfectamente sus deberes. Era muy fervoroso tanto en la oración como en la salmodia. Además de cantar en coro las horas canónicas, bajaba de noche á la caverna en la que san Teodosio y otros padres habian tenido costumbre de orar. Como para ir á ella habia necesidad de bajar dieciocho gradas, se detenia en cada una de éstas, y hacía una adoración. Despues hacía cién genuflexiones, y esperaba hasta que se hacía la señal de Maitines.

Hacia once años que observaba esta santa práctica, ejercitándose al mismo tiempo en el ayuno, en la renuncia de los placeres de los sentidos, en el desprendimiento de todas las cosas, sobre todo de su propia voluntad y en el trabajo manual, cuando al bajar una noche, tuvo de pronto una visión, en la que le pareció que la caverna estaba llena

de cirios, y vió al mismo tiempo á dos hombres vestidos con hábitos blancos y capas, que los encendian. Preguntóles porque habian puesto estos cirios que impedian la entrada de los religiosos, y le respondieron que eran los cirios de los Padres. Preguntóles nuevamente Cristóbal porque ardian unos, y otros nó. — Esto depende, le contestaron, de su buena ó mala voluntad. — Pues entónces hacedme la caridad de decirme si arde el mio. — Orad y lo encenderemos. — ¡ Ay ! les dijo, hasta ahora no he hecho otra cosa. — Inmediatamente desapareció la visión, y entrando en reflexiones consigo mismo, se dijo: Cristóbal, es preciso trabajar, pues hasta el presente no lo has hecho. A la mañana siguiente salió del monasterio, encaminándose al monte Sinai, y no llevando consigo más que su hábito. En este desierto pasó cincuenta años, y al cabo de este tiempo oyó una voz que le dijo: Cristóbal, vuelve á tu primer monasterio, en que en otro tiempo combatiste muy bién, y concluirás tu vida en compañía de tus padres. Teodoro, que referia todo esto á Juán Mosch, añadió que poco tiempo despues de habérselo comunicado Cristóbal, pasó su alma á reposar en el seno del Señor.

Dijo también Teodoro de Cristóbal, que queriendo hacerle conocer con cuán grande cuidado debe conservarse el recogimiento, principalmente en la oración, le refirió que, habiendo ido á Jerusalem con objeto de adorar la cruz del Salvador, encontró, al salir de la Iglesia, á un religioso parado en el umbral de la puerta. Al mismo tiempo vió dos cuervos que revoloteaban á su alrededor, y le impedian entrar. Comprendió que estos animales eran espíritus malignos, y dijo al religioso: ¿ Porque estais parado aquí, y no entrais en la iglesia? — Perdonadme. Padre mio, contestó el religioso: no sé lo que debo hacer. Por una parte quisiera entrar á adorar la santa Cruz ; pero por otra pienso hacer ántes una cosa precisa ; y despues

volveré : por eso estoy detenido y sin resolverme. Cristóbal entónces le tomó de la mano, y le introdujo en la iglesia. Al punto desaparecieron las cuervos, y despues de adorar ambos la santa Cruz, quedó el religioso en paz.

El mismo Teodoro refirió á Juán Mosch y á Sofronio otro rasgo histórico, que demuestra que no debemos dejarnos llevar por las apariencias de piedad que se ven algunas veces en los herejes ; pues estas señales exteriores nada deciden en favor de sus dogmas. « Hay aquí, les decia, entre las iglesias de santa Sofía y de san Fausto, un hospital para los extranjeros. El que cuida de él me pidió en una ocasión que fuese á pasar algunos dias á su lado. Hícelo así, y encontré allí á un religioso de Siria, á quién se habia dado hospitalidad, y que no tenia más que un cilicio, un manto y algunos panes. Se habia retirado á un rincón, con nadie hablaba, y pasaba el dia y la noche recitando y cantando salmos. »

« Cuando hubo llegado el domingo, me acerqué á él, y le dije : Vamos, hermano mio, á santa Sofia para asistir y participar de los divinos misterios. » Habiéndome respondido que no venia, le pregunté la causa, y me dijo que, siendo severiano, no podia comulgar en nuestra iglesia. No pude ménos de escandalizarme ; pero considerando por otra parte la pureza de su vida, me retiré llorando á mi celda, y una vez encerrado en ella, me postré en tierra en la presencia del Señor, y pasé tres dias en oración, diciendo á Jesucristo : Señor y Dios mio, que habeis descendido del cielo á la tierra, y tomado nuestra carne por un efecto de vuestro divina bondad en el seno de la santísima Vírgen para obrar nuestra salvación, dadme á conocer de que lado está la verdadera fe, si es en la Iglesia que yo sigo, ó en la secta de Severo. Al dia tercero oí una voz que me dijo : Vé, Teodoro, y considera cual es la fé de este monje. A la mañana siguiente fuí al hospital, y

me puse cerca de él, esperando conocer por algún signo sensible cual era su creencia. Al cabo de una hora, y miéntras yo le escuchaba atentamente cantar los salmos en su lengua, ví sobre su cabeza una columna de humo muy negro y sucio, que exhalaba malísimo olor. Comprendí que este humo representaba los caracteres de su fé desfigurada por sus errores. » Refiere Juán Mosch que Teodoro exhalaba profundos suspiros miéntras le referia este hecho. ¡ Tan conmovido se hallaba y reconocido á la gracia que Dios le habia dispensado, de conocer la verdad ! ¡ Tanta era la pena que le causaba la desgracia de este solitario sumido en el error !

Hablemos ahora del abad Ménas y de Juán el Eunuco. Vivian en la aldea llamada novena, porque estaba situada á nueve millas,ó á tres leguas de Alejandría. Allí gobernaba Ménas el monasterio de Salana, y Juán vivia en una laura de la misma aldea. Nada sabemos del primero, sino que refirio á Juán Mosch algunos rargos históricos relativos al papa san León y á san Eulogio, patriarca de Alejandría, y que no se relacionan con nuestro propósito. Habia también en su monasterio dos antiguos religiosos, que habian sido ántes sacerdotes de la iglesia de Constantinopla, los cuales le refirieron que Dios habia castigado con una muerte repentina á un eclesiástico que llevaba una vida escandalosa, y á quién no pudo sacar de sus extravios el patriarca Gennadio, á pesar de sus exhortaciones y castigos.

Juán el Eunuco vestia el hábito religioso hacía ochenta años, cuando le visitaron Juan Mosch y Sofronio. No podia guardar dinero, ni libros, ni vestidos ; pues aspirando sólamente á los bienes eternos, todo lo daba á los pobres. Su compasión era tan tierna, que se extendia hasta á los animales. En una ocasión pidió prestado á otro ermitaño un escudo de oro para prestarlo á su vez á un paisano que se hallaba en necesidad, y que le prometió devolvérselo al

cabo de un mes. Pero pasaron dos años sin que cumpliese su promesa, y al cabo de este tiempo le exigió el pago de la cantidad que se le habia prestado ; pero este hombre aseguró que se hallaba imposibilitado de satisfacerla. « Pues bien, le dijo Juán, yo he encontrado un medio de que pagueis vuestra deuda. — Ordenadme cuanto querais, respondió el paisano : estoy dispuesto á todo género de sacrificios. — No quiero otra cosa, replicó Juan, sino que cuando no tengais trabajo, vengais aquí, y hagais ante el Señor treinta genuflexiones : yo os daré una pieza de plata, y cuando hayais ganado de esta manera el escudo de oro, lo pagareis. »

El pobre hombre se creyó muy dichoso con poder satisfacer de una manera tan sencilla. Cuando carecia de trabajo, se iba á la celda del solitario, para hacer las treinta genuflexiones acompañadas de algunas cortas oraciones, y Juán, al mismo tiempo que la pieza de plata, le daba de comer y algunos panes para su familia.

Resulta de este pasaje histórico que Juán no vivia en comunidad, sino en una celda como los anacoretas que abundaban en aquellas comarcas, y que guardaban para su sustento el dinero que ganaban con el trabajo manual. Es verdad que Juán Mosch dice que Juán el Eunuco vivia en una laura ; pero este escritor daba indiferentemente este nombre, así como el de monasterio, á una simple celda.

Teodoro de Pentápolis vivia en el monasterio de Calamón, situado entre un lugar llamado Mafora y la aldea décimo octava, porque estaba á dieciocho millas,ó seis leguas de Alejandría. Juán Mosch y Sofronio le preguntaron si les era lícito quebrantar la costumbre de no beber vino, cuando iban á visitar á otros religiosos, ó estos venian á visitarles, y habiéndoles respondido que no les era permitido, replicaron ; ¿ como es que lo hacían los antiguos Padres ? — Es, contestó, porque estos ilustres personajes estaban de tal

manera afianzados en la virtud, que si en alguna ocasión tenian que prescindir de la austeridad ordinaria, al punto volvian á ejercerla. Pero nosotros no nos parecemos á ellos, pues una vez que nos relajamos, aunque momentáneamente, en la abstinencia que hemos abrazado, nos es muy difícil volver á nuestra vida austera y religiosa. »

Habia también en un monasterio distante dieciocho millas de Alejandría, un anciano egipcio, que practicaba la vida solitaria con la más grande perfección. Juán Mosch y Sofronio fueron á visitarle, siendo el primero ya religioso, y el segundo secular, Rogáronle que les diese algunas reglas para realizar su designio de renunciar al mundo. El anciano alabó sus propósitos, les ofreció su celda, y les dijo que podian permanecer en ella, vivir sobriamente, vigilar sobre sí mismos, y consagrarse al silencio y á la oración, en la confianza de que, observando estos consejos, Dios ilustraria sus almas con su luz divina.

Les dió como regla fundamental que huyesen del trato con las criaturas, y que no imitasen á los religiosos vagamundos, que iban de pueblo en pueblo para satisfacer su avaricia ó ambición, y llenar sus almas de vanidad. « Huyamos, decia, hijos mios, huyamos, porque se aproxima el tiempo de la aflixión. ¡ Ay ! entónces lloraremos, y nos arrepentiremos de no haber hecho lo que ahora podemos hacer. No prodemos ménos de envanecernos cuando se nos alaba, de disgustarnos cuando se nos deprime. En el primer caso nos hincha la vanidad, y en el segundo nos agovia la tristeza, y nada bueno puede haber allí en donde dominan la tristeza ó la vanidad. »

Les advirtió también que es costumbre de los demonios hacernos caer primeramente en el pecado, y despues en la desesperación, para que nos perdamos irremisiblemente. Es preciso, pues, no escucharlos, sino levantarnos de la caida con confianza, esperando que Dios nos concederá la

gracia de devolvernos la vida del alma, para referir; como dice el Profeta, las maravillas de su misericordia[1] .

Este buén solitario que les daba instrucciones tan sólidas, era por otra parte tan humilde, que les decia : « Nuestros Padres, por lo mismo que eran tan ilustrados como santos, podian apacentar con su celeste doctrina numerosa grey ; pero yo soy tan miserable, que no puedo dirigir ni una sola oveja, y estoy á todas horas expuesto á las mordeduras y furor de los lobos. »

[1] Ps. CXVII.

FIN DEL TOMO V.

# INDICE


Pages

Los santos Baradat y Talaleo, solitarios de Siria. . . . 1
Solitarios de la diócesis de Ciro. — Los santos Maisimo, Acepsimo, Zebinas, Polícrono, etc. . . . . 10
San Marón y sus discípulos, Jacobo el Sirio y Limno . . 20
Los santos Eusebio, Juan, Moisés, Antioco, etc. . . . . 35
Religiosas de Siria. . . . . 39
Desierto de Chalsis. — San Marciano. . . . . 44
Discípulos de san Marciano. — San Malch, solitario y cautivo. . . . . 55


## Parte VII

### SOLITARIOS DE LA SEGUNDA SIRIA Y DE LA MESOPOTAMIA


El abad Marcelo y santa Febronia, religiosa y mártir. . . 65
Pablo de Telmiso y otros monjes perseguidos por los arianos. . . . . 86
San Publio, abad, y sus sucesores. . . . . 92
San Salaman, sacerdote y hesicasta en Siria. . . . . 101
San Teodosio de Antioquía, abad del monasterio de la Roca en Cilicia. . . . . 105
Primeros solitarios de Mesopotamia. — Los pastores y los monasterios. . . . . 118

San Jacobo anacoreta y obispo de Nisibis. — San Julián, solitario. . . . . .
San Efrén. . . . . .
Doctrina espiritual de san Efren. . . . . .
Algunos pasajes historicos referidos por san Efren. . .
Oraciones de san Efrén. . . . . .
Los santos Barsés y Eulogio, solitarios y obispos en Mesopotamia. . . . . .
San Abraham, solitario y sacerdote, y santa Maria penitente, su sobrina. . . . . .
San Afraate, solitario en Edesa, y despues en Antioquía .
San Juliano, llamado también Sabas . . . . . .
San Abraham, solitario y obisno de Carres. . . . . .
Alejandro, monje y patriarca de Antioquía. . . . . .
San Teofano y santa Pansemna, los santos Rabulo, Jacobo, Siméon Salus y Tomás de Apamea. . . . . .
Los Santos Teodulo, Siméon el jóven y otros estilitas. .
Discípulos, monasterio y doctrina espiritual de san Siméon el jóven. Elogio de su bienaventurada madre. . . .
Vida monástica en el siglo VI . . . . . .
Un monasterio de Egypto visitado por san Juan Clímaco .
Algunos solitarios conocidos por san Juan Clímaco . . .
La prision, ó el monasterio de los penitentes . . . . .
San Juan Clímaco, abad del monte Sinai, y Padre de la iglesia griega . . . . . .
Doctrina espiritual de san Juan Clímaco . . . . . .
Paladio, Hesiquio, Estébau y otros solitarios del monte Sina
Juan el Ciliciano, el abad Andrés, Ménas, Daniel y Teodoro, religiosos de Raitha, y los dos Gregorios . . . . . .
Estado de los monjes de Egipto y de las provinciens vecinas, en la época de san Juan Mosch . . . . . .

FIN DEL INDICE DEL TOMO V.

Saint-Amand (Cher). Imp. DESTENAY, Bussière frères.

139
149
186
209
219

231

238
259
266
278
283

288
299

334
359
362
371
380

388
410
460

469

473